

LAS ISLAS NEGRAS

Una trilogía canaria

Alexis Ravelo

Prólogo de Ernesto Mallo

Siruela Policiaca



Alexis Ravelo

LAS ISLAS NEGRAS
Una trilogía canaria

La ceguera del cangrejo
Un tío con una bolsa en la cabeza
Los nombres prestados

Prólogo de
Ernesto Mallo

Siruela
Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: febrero de 2026

En cubierta: fotografía © Mlenny / iStock
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Alexis Ravelo, 2026
© Talia Rodríguez Ferrer, 2026
Autor representado por
The Ella Sher Literary Agency, *www.ellasher.com*
© Del prólogo, Ernesto Mallo
© Ediciones Siruela, S. A., 2026

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-44-8

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Prologar la Ausencia,
por Ernesto Mallo

LAS ISLAS NEGRAS

La ceguera del cangrejo

Un tío con una bolsa en la cabeza

Los nombres prestados

Prologar la Ausencia
por Ernesto Mallo

Conocí a Alexis Ravelo en mi primera incursión en la Semana Negra de Gijón. Estaba sentado a una mesa en la terraza del hotel Don Manuel. Sonreía sin maldad, sin picardía, divertido. Era una de esas personas que, al verlas por primera vez, uno sabe que ha encontrado un amigo. Lo invité a acompañarme en la presentación de una de mis novelas: imposible, él presentaba una suya el mismo día y a la misma hora. Me invitó a presentar una suya, yo presentaba otra mía el mismo día y a la misma hora. Participó en la antología *Tiempos negros* que, a mi cuidado, publicó Siruela con un cuento estupendo lleno de vericuetos sombríos titulado «El centro del olvido». Lo invité al BAN! —Buenos Aires Negra—, el festival de literatura policial que yo organizaba en la capital argentina. No pudo venir, me dio una razón muy valedera que me hizo jurar que jamás revelaría y que me llevaré a la tumba. Entre encuentros y desencuentros se desarrolló una relación de amistad que, al decir de Jorge Luis Borges, «a diferencia del amor, que puede requerir pruebas y confirmaciones constantes, […] puede prescindir de la frecuencia».

El 30 de enero de 2023 un infarto fulminante nos dejó sin «el escribidor calvo de Las Canarias», como a él le gustaba denominarse. Tal vez esta ausencia desolada estuviera preanunciada en sus obras, como en *La ceguera del cangrejo*, que relata el duelo tardío de Ángel Fuentes, que viaja a Lanzarote a despedirse de Olga, su amor. Escribe Ravelo como si estuviera hablando de su propio futuro: «Contra todo pronóstico, en uno de esos paisajes en los que jamás piensas que te alcanzará la muerte, Olga encontró la suya junto al mar que había amado». Había ido a Lanzarote a escribir un

libro sobre César Manrique que no terminaría.

¿De cuántos libros nos habrá privado esta muerte demasiado anticipada? Ravelo no había cumplido aún los cincuenta y dos años y le quedaban todavía muchas cosas por contar. De joven, durante años, sirvió copas en el Cuasquías, el legendario bar de la capital grancanaria, que tampoco existe ya.

Alexis Ravelo nació en Las Palmas de Gran Canaria, en el barrio de Las Escaleritas, así llamado por las que lo unían con la parte baja de la ciudad, en el verano caliente de 1971, el 20 de agosto, mientras se vivía la última década de la dictadura franquista y sucedían muchas cosas en España: la erupción sin preaviso del San Antonio añadió más de doscientos mil metros cuadrados de superficie a la isla; a pesar de la represión, una huelga de transporte paralizó Gran Canaria durante más de cuarenta y cinco días, forzando al Gobierno a negociar; el «búnker» franquista, liderado por Carrero Blanco, ganaba peso frente a los sectores más «aperturistas»; Franco declinaba y la sucesión se preparaba cuidadosamente, con el príncipe Juan Carlos cada vez más visible.

España estaba inquieta y revuelta, grandes cambios se avecinaban entre reclamos por la desigualdad y las carencias de los sectores menos favorecidos de la sociedad. En ese clima revulsivo se formó Ravelo, principalmente en la calle. Aunque hizo algunos estudios de filosofía, era un acabado autodidacta, como muchos de los más grandes escritores que no pasaron por la academia. De ello da cuenta una escritura cargada de melancolía, puntillosamente descriptiva y transida de una poesía áspera, sin amaneramientos ni florilegios.

En sus novelas, Ravelo construye minuciosos universos. Sus obras, independientes en argumento y personajes, dan cuenta del compromiso del autor con el lenguaje, con las verdades incómodas y con la descripción de la corrupción, a la que siempre encontramos reptando entre sus páginas junto a una penetrante observación de personas, lugares y costumbres. Su pluma, como el escalpelo del forense, disecciona los pliegues más oscuros de nuestra condición y, al hacerlo, los humaniza.

Es para celebrar que Ediciones Siruela haya resuelto reunir estas tres novelas producto de su talento narrativo para lo policiaco: *Un tío con una bolsa en la cabeza*, *La ceguera del cangrejo* y *Los nombres prestados.* Son tres aproximaciones distintas a un mismo núcleo: la fragilidad de los seres humanos ante la violencia, el pasado y la culpa. Cada una nos lleva a escenarios distintos: una celda, una isla, un pueblo detenido en el tiempo. Cada una nos presenta protagonistas rotos, heridos, complejos, que buscan no redención, sino un sentido que no es seguro que hallarán, pero los veremos recorrer el camino.

La ceguera del cangrejo (2019) nos lleva a Lanzarote, donde el duelo se convierte en investigación y la memoria se mezcla con el paisaje. Hay que celebrar y asombrarse de esta extraordinaria operación literaria. Con el trasfondo de la figura de César Manrique y las tensiones entre arte, naturaleza y especulación, Ravelo crea una historia de silencios, sospechas y revelaciones. Como en toda su obra, lo importante no es solo la trama, sino cómo se cuenta: con contención, con exactitud, con una belleza que no disimula la aspereza del mundo.

Un tío con una bolsa en la cabeza (2020) se ofrece como la segunda vértebra de este eje narrativo que va del dolor íntimo al horror compartido. En esta novela, el encierro y la violencia se cruzan con una investigación que, más que resolver un crimen, desnuda una sociedad. Es un puñetazo seco, sin ornamentos, que demuestra la maestría de Ravelo para el manejo del ritmo, del diálogo y de la tensión narrativa.

En *Los nombres prestados* (2022), Ravelo nos involucra en la España de los ochenta, que aún sangra por las heridas del terrorismo. La escritura, firme y poética, carece de sensacionalismo o de rencor. En el ficticio pueblito de Nidocuervo, sus personajes, marcados por el pasado, se arrastran por el presente con el paso de quienes ya han perdido demasiado. Hay ecos de *western* crepuscular y de tragedia griega, pero también una ternura soterrada que hace humano hasta lo irreparable.

Las tres novelas que el lector tiene entre manos no solo comparten

un autor, sino también una ética. Ravelo escribía como quien escucha a las víctimas, a los olvidados, a los que no tienen voz, y como quien ha aprendido que el suspense no reside en lo que se oculta, sino en lo que se muestra con honestidad. Su escritura, lejos del efectismo, apuesta por lo esencial: personajes que respiran, decisiones que pesan, verdades que duelen.

Hoy, leer a Alexis Ravelo es un acto de memoria y de gratitud. La literatura puede ser negra y al mismo tiempo capaz de iluminar lo humano. Como todo buen narrador, nos dejó historias que siguen diciendo cosas nuevas cada vez que se abren sus páginas; magro consuelo para las que ya no vendrán.

LAS ISLAS NEGRAS

LA CEGUERA DEL CANGREJO

Cita

«En Lanzarote está mi verdad».
CÉSAR MANRIQUE

Por qué José Ángel Fuentes Medina compró una navaja de las pensadas para matar y por qué le dio el uso para el que había sido concebida es algo que la instrucción del sumario (con su inventario de nombres, fechas, lugares, circunstancias y grados de premeditación) pretende haber aclarado de forma meridiana. Pero el desvelamiento de sus motivos últimos (o primeros) está más allá del ámbito de su competencia. Así que no está tan claro ni es tan evidente por qué Ángel Fuentes hizo lo que hizo. Resultaría brutalmente sencillo decir, como han dicho tantos, que Fuentes era un perturbado o que, sin serlo, la locura hizo presa en él en algún momento, que el dolor lo llevó a obsesionarse y dar rienda suelta a unos celos enfermizos. Yo me niego a creer que todo sea tan fácil. Al margen de etiquetas patológicas, tiene que existir algún hecho, oculto entre los silencios del proceso, que dé una explicación o, al menos, otorgue un poco de lógica a sus acciones, más allá de la versión oficial.

Y acaso la mejor manera de comenzar a hacerse esas preguntas sea repetir y contestar aquellas que sí parecen tener respuesta. Para empezar, por qué Ángel Fuentes vino a Lanzarote.

Ángel Fuentes vino a Lanzarote porque en Lanzarote había muerto Olga Herrera. Y Olga había venido porque aquí había vivido César Manrique, porque estaba a punto de terminar su libro, porque no sabía que moriría sin hacerlo. Contra todo pronóstico, en uno de esos paisajes en los que jamás piensas que te alcanzará la muerte, Olga encontró la suya junto al mar que había amado. Irónicamente, ella siempre afirmaba que el mar era lo que le daba la vida. Solía decírselo en las raras ocasiones en que podían compartir un rato de playa o cuando surgía el asunto de un posible destino de Ángel en los Pirineos: «El mar me da la vida; yo no sé vivir tierra adentro».

Isleño como ella, Ángel solo veía en eso una más de las muchas peculiaridades de Olga, aquellas que había aprendido a aceptar y sin las cuales, muy probablemente, no habría sido la mujer que había borrado a todas las demás mujeres del mundo. Eso sí: nunca estuvo seguro de que a ella le ocurriera lo mismo, de que para ella él fuese el único hombre.

Mientras Olga acababa su libro yendo y viniendo entre Lanzarote y Gran Canaria como antes había hecho con Madrid o Nueva York (donde César Manrique también había vivido), pero con la ventaja de la cercanía, él había estado en el Líbano igual que antes en Afganistán y en Mali, centrado en hacer su trabajo y mantener intacto su propio pellejo hasta el final de la misión, con pocos permisos y casi ninguna posibilidad de seguir sosteniendo aquella relación que, no obstante, continuaba viva y creciendo día a día, pese a la distancia o acaso gracias a ella. Pero no podía evitar fogonazos en los que imaginaba a Olga perdiéndose entre los brazos de otro hombre, alguien sin nombre ni rostro que iba imponiendo entre ellos una distancia peor que la física. Ella, sin embargo, lograba borrar todas aquellas ensoñaciones de la infamia con una

sola llamada telefónica, con un mensaje o un *email*, con la calidez que desplegaba en cada uno de los raros permisos de Ángel, con gestos generosos como el de aquella ocasión en que había regresado de Nueva York solo para pasar junto a él cuatro días de permiso que a ambos les supieron a poco. Pero después, cuando las circunstancias volvían a separarlos, regresaban los temores de Ángel, quizá porque nunca acabó de creerse del todo que alguien como Olga pudiera conformarse con un tipo como él. Lo aterraba pensar que algo que no fuera la geografía acabara alejándolos. Y ahora, pese a las fotos de Míster Sonrisas (que habían puesto cara a su fantasma particular), se llamaba imbécil por haber pensado así, por perder tanto tiempo del poco que había podido disfrutar de ella en aquellas inseguridades, aquellos celos, aquellos complejos de inferioridad, porque al fin quien se la había arrebatado no había sido otro hombre, sino la muerte, y Ángel había acabado sintiendo la rara tristeza que suele dejar aquello que uno mismo se ha negado por tozudez, ignorancia o miedo.

La llegada

El hotel era profuso en cartelitos que prohibían fumar y amenazaba con recargar la factura de los infractores con setenta y cinco euros en concepto de «limpieza profunda de la habitación». Ángel Fuentes se había alojado en establecimientos donde la limpieza profunda de la habitación era más cara, pero cuando estaba en su casa tampoco solía fumar en su dormitorio: era una de las pocas restricciones que Olga había impuesto en su cotidianeidad y él la había convertido en norma. Así que salió al balcón para fumar un cigarrillo y comprobar, de paso, que le habían dado justo lo que había reservado por internet: una habitación doble con vistas al mar. Y el mar era el gigantesco animal dormido que había allí, al otro lado de la carretera, tumbado sobre la costa entre el islote del Francés y la punta de La Lagarta, de un verde y un azul que, pronto lo comprobaría, nunca eran los mismos; una alfombra falsamente llana que, de haber podido atravesarla en línea recta desde donde se encontraba, lo habría llevado al Sáhara Occidental, acaso a algún punto desolado de la inmensidad que se extiende entre Akhfennir y Tarfaya. Pensó, sin poder evitarlo, en otros desiertos en los que había estado, en la inmensidad arenosa entre Irak y Arabia Saudí, en el desierto de Registán, en toda aquella belleza y todo aquel miedo, mientras miraba la estampa cercana: la chica que se bañaba con su perro lanudo en la caletilla que había entre el Puente de las Bolas y el Nuevo, los turistas que cruzaban ambos, el taxista de la parada cercana que se entretenía, como quien echa millo a las palomas, arrojando pan a las lisas que frecuentaban los bajíos.

El Puente de las Bolas se llamaba así por las dos esferas de piedra que coronaban las columnas de un puente levadizo que ya no volvería a elevarse, porque el Castillo de San Gabriel ya no servía para defenderse, sino como museo y zona de recreo. Ángel se

acordó de la base Miguel de Cervantes, de donde había regresado hacía unas semanas, y la soñó convertida en un enorme parque público para la gente de Marjayún. Eso fue durante solo unos segundos, los que tardó en darse cuenta de que ya casi se había acabado el cigarrillo. En el balcón no había cenicero, así que, sin miramiento alguno, arrojó la colilla a la calle y entró para deshacer la maleta. Tenía ropa para una semana. Si se quedaba más tiempo, ya vería si compraba o lavaba.

Aunque estuviese algo anticuada, la habitación era amable y luminosa: la puerta se abría con una llave convencional y no con una de esas tarjetas magnéticas, el suelo estaba cubierto por una castigada moqueta gris y el ropero era un enorme armario empotrado. Junto a las puertas acristaladas del balcón, había un escritorio amplio, de los que se compran por lotes para oficinas. Sobre él había una bandeja con un calentador de agua, un par de tazas y sobrecitos de infusiones y de azúcar. Bajo la mesa descubrió una neverita. Pronosticó cervezas, un bote de nescafé, paquetes de papas o de frutos secos que le entretuvieran el hambre en los ratos muertos. Cerca de allí habría algún sitio donde comprarlos.

Dedicó un rato a organizarse un pequeño despacho en el hueco que dejaba la bandeja. Situó su portátil y, junto a él, puso un bloc escolar y un bolígrafo. Después comenzó a sacar del bolso de viaje las cosas de Olga, esparciéndolas en principio sobre la cama, para luego ir acomodándolas en la mesa: el móvil, la tarjeta de memoria de la cámara fotográfica, las subcarpetas amarillas (que contenían respectivamente, tal y como sus etiquetas anunciaban, recortes sobre César Manrique y recortes sobre Lanzarote), el disco duro externo y los tres cuadernos.

Por supuesto, cuando Alfonso le entregó todos aquellos objetos, él ya los había visto en múltiples ocasiones en las manos de ella, en sus bolsos, en sus maletas, en las mesas de noche o los escritorios de su casa o de los hoteles y apartamentos que habían compartido. Y, antes de venir, había estado leyendo los cuadernos y el borrador. No lo había hecho porque fuera a venir a Lanzarote; la cosa era al revés: había venido a Lanzarote porque los había estado leyendo.

Olga solía ser minuciosa y ordenada en su trabajo. Aquellos

cuadernos Moleskine o Paperblanks se iban preñando con su caligrafía pulcra de escolar diligente distribuida en renglones rectos que formaban párrafos rigurosamente marginados. Esos primeros apuntes eran los borradores que iban creciendo y perfeccionándose cuando los pasaba al ordenador. Picar texto, lo llamaba ella. Ángel no había tenido necesidad de traerse el portátil pequeño y fiable que también viajaba siempre con ella, porque Olga almacenaba sus trabajos en el disco duro externo. Un lápiz de memoria no le habría bastado: su labor involucraba el tratamiento de innumerables series de imágenes que reproducían obras plásticas, pero también fotos de personas y entornos, catálogos expositivos, recortes de hemeroteca y hasta maquetas de instalaciones. Ángel dejó a un lado los cuadernos y las carpetas de documentación, inició su ordenador y le conectó el disco duro.

Volvió a abrir la carpeta de las fotos. Días atrás, cuando Alfonso le entregó el bolso de viaje con las pertenencias de ella, fue lo primero que hizo: conectar el disco, explorarlo y dar enseguida con las fotos, las interminables series de fotos que Olga había hecho en sus últimos tiempos: panorámicas del Mirador del Río, el interior de los Jameos, la Casa del Palmeral, vistas de Timanfaya, de la Casa del Taro de Tahíche o los malpaíses que la rodeaban; planos detalle de tuneras, euforbias, veroles o higueras que crecían en lugares inesperados; estudios de las obras de César Manrique, tanto de los cuadros que había en los diferentes museos como de las esculturas que salpicaban las carreteras de la isla. Aparecían pocas personas en aquellas fotos: Sonia, sola o con Julia; un perro o un niño que se le habían cruzado y Olga había querido incluir en la composición; un grupo de hombres viejos en la mesa de un café que habían accedido a ser arrastrados por ella mientras jugaban al envite; un tipo alto con barba gris que debía de ser algún experto en Manrique, porque posaba señalando uno de sus murales y, por último, despertando la curiosidad de Ángel y cierta incomodidad que fue creciéndole en la boca del estómago, el treintañero insultantemente atractivo a quien bautizó al instante como Míster Sonrisas.

En una de las fotos estaba sentado al otro lado de una mesa que, evidentemente, había compartido con Olga en un restaurante

playero. Ahí se le veía bien de cintura para arriba: tenía ojos negros, cabellos castaños peinados con un flequillo, una camisa blanquísima de algodón que el tipo llevaba a la ibicenca, con las mangas y el cuello mao sin abotonar. Sonreía mostrando unos dientes aún más blancos que la camisa y, en conjunto, parecía sacado de un anuncio de colonia. En otra, vestido con un polo celeste y unos bermudas que tiraban al amarillo pastel, enseñaba nuevamente aquella sonrisa destellante apoyado en el vano de la puerta de un presumible museo y Ángel comprobó que debía de ser alto y con un cuerpo fibroso pero musculado por el ejercicio y la buena dieta. La última foto de Míster Sonrisas había sido robada por Olga: aparecía de perfil, sentado en una mesa de terraza sobre la que había una taza de café, leyendo un libro de bolsillo. Ella lo había sorprendido en esa actitud y había decidido que era una estampa interesante la del guapetón leyendo sin saber que estaba siendo observado. Aquí no había blancura de dientes, pero sí la evidencia de que a Olga le gustaba verlo, de que le atraía lo suficiente para hacerle fotos furtivas, de que para ella tenía algo de animal bello que valía la pena retratar. Por eso esta fue la foto que más le jodió.

Recordó cómo se le había helado la sangre la primera vez que la vio, hacía ahora un par de semanas, en la soledad de la casa de La Minilla. Quién carajo era aquel elemento y qué cojones hacía con Olga; eso fue lo primero que se propuso averiguar. Pero luego decidió no comportarse como el energúmeno que se sabía capaz de ser, no llamar inmediatamente a Sonia para preguntarle, no conectar el móvil de Olga para buscar mensajes comprometedores ni ponerse a rebuscar como un loco entre sus cosas hasta encontrar las pruebas de una traición que, de momento, solo estaba en su cabeza. Y en este instante, al sentir de nuevo aquellos celos, volvió a dominarse: si el tipo debía aparecer, lo haría; si no, se lo tomaría como una anécdota. No había venido para reclamar unos derechos de macho lastimadito que ya no tenían sentido. Había venido para otra cosa, aunque no supiera exactamente cuál. Por eso cerró la carpeta de fotos y comprobó, como si temiese que algo los hubiese hecho desaparecer, que los demás archivos estaban allí, que la última carpeta editada continuaba siendo la que se llamaba «CMVO» y

correspondía al título provisional del libro de Olga: *César Manrique: una vida, una obra.* La carpeta también contenía archivos de imagen, pero sobre todo de texto. Uno de ellos, «Proyecto», detallaba los objetivos del libro, la obtención de la beca, el acuerdo alcanzado con la editorial y referencias a la extensión de los plazos de entrega. El segundo era una copia del contrato. El tercer documento se titulaba «Plan General». Consistía en un sumario de las diferentes partes que tendría el libro. Ángel había curioseado durante días en los archivos. De algunos de ellos no había entendido nada, sobre todo porque estaban en alemán o en francés. Parecían artículos de revistas de arte escaneados. Pero se había centrado, sobre todo, en un doc titulado «CMVO_provisional», porque ese era el texto del borrador del libro de Olga. Ese era el que había leído y releído, el que había hecho que le naciese la idea de venir a Lanzarote.

Envió un mensaje a Sonia para decirle que había llegado. Ella lo llamó cinco minutos después, y él, móvil en mano, volvió a salir al balcón para fumar mientras hablaban. Como si en realidad fuesen amigos, le preguntó si había tenido buen vuelo y volvió a disculparse por no haber podido ir al aeropuerto, a recordarle que había llegado en horas lectivas, a decirle que no tenía a nadie para sustituirla en clase.

—No te preocupes por eso, muchacha —dijo Ángel—. De todos modos, tenía reservado un coche de alquiler.

—Más tranquila me dejas. ¿Ya comiste?

—No, acabo de llegar al hotel.

—¿En cuál estás?

—En el Miramar.

—Vale. Si no tienes otro plan, podríamos comer juntos. ¿Te paso a buscar en media hora, más o menos?

—Perfecto.

Cuando cortaron la comunicación, Ángel dejó el teléfono sobre la mesita de plástico del balcón. Era blanca y debía de llevar mucho tiempo allí. Ningún mueble de exterior blanco parece blanco cuando lleva algún tiempo a la intemperie. Pensó en eso mirando las sillas a juego con la mesa, del mismo color y sometidas a un proceso similar. No se sentó. Continuó apoyado en la baranda, mirando a la nada, encandilado por la luz de mediodía. Pensó en darse una ducha, como hacía siempre que podía después de viajar, por corto que fuese el vuelo. De hecho, se había duchado esa misma mañana antes de salir para el aeropuerto, en el piso de La Minilla que había compartido intermitentemente con Olga durante cinco años, pero en el que habían hecho mucha menos vida en común de la que ambos habrían querido. El mismo piso que comenzaba a considerar poner

en venta.

Arrojó también esta colilla, se olió los sobacos y fue a la maleta aún abierta sobre la cama. Sacar el neceser de aseo contribuiría a terminar de vaciarla. Ya solo quedarían los cargadores del ordenador y el móvil, el despertador, las dos novelas que se había traído para los ratos muertos. Con el neceser, se fue al baño y se desnudó. Se vio de refilón en el espejo, pero no se detuvo a mirarse. Como todos creemos conocer nuestro propio cuerpo, él creía saberse de memoria su torso velludo y musculado, aunque algo barrigón; el tatuaje que recorría sus pectorales recordando en inglés que el único día bueno fue ayer; la pequeña cicatriz bajo la clavícula derecha, cuyo origen le estorbaba a veces el sueño; la barba corta y cerrada que comenzaba a encanecer; los ojos de demonio azul profundo que fascinaban a Olga y habían llegado a aterrorizar a otras personas que no hablaban su idioma; la nariz algo torcida que había sido recta antes de que el puño de un legionario se estrellase contra ella en un bar de Puerto del Rosario tras unas maniobras de hacía una década; el cabello castaño y fuerte que habría sido rizado si él lo hubiese dejado crecer, pero que llevaba rigurosamente cortado al dos. No le interesaba mirarse a sí mismo. No le interesaba mirar aquel cuerpo del que en otro tiempo había estado orgulloso y que ahora casi lo avergonzaba.

Al meterse en la ducha, recordó la última visita que le había hecho a Alfonso, los largos silencios del viejo, sus miradas dirigidas al vacío, su hospitalidad hecha café en la casa en la que ya solo le quedaban recuerdos, lo que le dijo después de un rato, cuando ya estaba a punto de volver a recoger las tazas para llevarlas a la cocina: «Yo no sé si de verdad es bueno que vayas para allá, mi hijo. Yo no sé si te va a servir de algo».

Sonia se retrasó. Desde la terraza del hotel, la vio cruzar la avenida sin reconocerla hasta que la tuvo a unos metros. Fue a causa de su peinado, porque ahora llevaba el pelo cortado por los hombros y teñido de violeta; quizá también de los kilos que había ganado en los dos años que llevaban sin verse. Por lo demás, seguía siendo la profe de Lengua y Literatura que había parado de envejecer a los treinta y pocos, la mujer de rostro redondo y risueño y grandes ojos escrutadores ocultos tras unas gafas de montura de color naranja. La misma Sonia de siempre. La feminista. La roja. La que él siempre sospechó que no era demasiado feliz con la idea de que la pareja de su mejor amiga fuese un militar.

Le plantó en las mejillas dos besos sonoros y le dio un abrazo de abuela, antes de pararse a mirarlo como también una abuela lo habría hecho. Luego se disculpó por el retraso y le propuso comer en el Charco de San Ginés. El sol y el viento eran dueños del paseo, así que callejearon hasta allí buscando la sombra y el soco. Pero en el Charco no hubo manera de evitarlos, mientras rodeaban la lagunita donde las barcas dormitaban al solajero. De entre las terrazas que ofrecían su sombra y sus olores a buena fritura, escogieron la de una tasquita y comieron boquerones y atún teriyaki, charlando sobre el trabajo de ella (que a Ángel le interesaba bien poco) y los viajes de él (que a Sonia le interesaban aún menos). Después hubo un silencio en el que los ojos se les fueron a las palomas que merodeaban por esa orilla del Charco, a un viejo que paseaba con un perro todavía más viejo, a una chica que se cruzó con el perro y el viejo y se detuvo a darle un cariño al chucho. Entonces Sonia le preguntó a bocajarro cuál era su plan. Ángel no respondió enseguida. Se encogió de hombros, encendió un cigarrillo y, tras exhalar la primera bocanada de humo, dijo que en realidad no

tenían ningún plan, que simplemente había estado leyendo el trabajo de Olga y le había dado por venir, por ver qué había estado haciendo, dónde había estado en los últimos tiempos, o, mejor dicho, en sus últimos tiempos.

Sonia se ajustó las gafas mirando al centro de la mesa y a él le pareció que ese gesto intentaba disimular su compasión. Se sintió pequeño, se sintió torpe, se sintió ignorante, como siempre que estaba con Olga y con ella o con alguno de los amigos que ellas frecuentaban. Eran gente inteligente, que había estudiado, que conocía rincones de la realidad a los que él se consideraba incapaz de llegar. Pese a su incomodidad, no solo notó a Sonia compasiva, sino también buena.

—Igual te hace bien. Igual es tu forma de cerrar el duelo.

Ángel asintió sin decir nada, barajando una forma apropiada de preguntar a Sonia por Míster Sonrisas, dejarlo caer al pasar, como si no tuviese importancia. Pero lo reservó para otro momento, porque ahora ella sonreía, recordando alguna anécdota íntima, algo a lo que él era ajeno. Ante su mirada de curiosidad, decidió iluminarlo:

—«Él no sabe todo lo que sabe». Eso es lo que decía Olga sobre ti. —Ángel frunció el ceño, sin comprender del todo. Sonia insistió—: Siempre decía eso: que tú no sabías todo lo que sabías. Que no eras consciente de lo inteligente que eres.

A Ángel aquella declaración le pareció una cifra más de la lástima. Ni siquiera se ruborizó. Se limitó a agradecerle el intento devolviéndole el cumplido en forma de recuerdo.

—A ti estaba todo el día nombrándote —dijo—. Aunque pasara meses sin hablar contigo, siempre estabas en todas las conversaciones.

Sonia se añurgó un poco al decir:

—Ella va a estar siempre en todas las nuestras, supongo. A lo mejor esa es una manera de sobrevivir, ¿no?

Ángel asintió, pensando en aquello que acababa de decir Sonia.

—Sobrevivir no es vivir —se le ocurrió comentar.

—¿Ves tú? El animal conoce —se jactó ella—. Tú eres más listo de lo que aparentas.

Compartieron una sonrisa resabiada; luego el silencio, un par de

miradas breves a lo lejos y una última y prolongada que buscaba un punto de fuga entre las migas del mantel.

—Se está quedando el día así como triste, ¿no? —dijo Sonia, por señalar lo evidente.

La sobremesa no se alargó mucho más. Ángel pidió la cuenta y se prepararon para levantar el campamento. No la dejó pagar. Sonia protestó y quedaron en que la próxima vez invitaría ella. La acompañó hasta el aparcamiento del islote del Francés, donde había dejado su polvoriento Ford Fiesta. El coche de alquiler de Ángel estaba estacionado un poco más allá. Él se lo hizo notar.

—Lo mejor que hiciste fue dejarlo aquí. Por ahí, en el casco, no hay sitio. Mucha calle peatonal. Un lío.

Ángel le dio la razón como si hablaran de algo importante. Ella se ofreció a acercarlo al hotel, pero él le dijo que estaba solo a doscientos metros, que pasearía. Se quedó allí, viéndola maniobrar hasta incorporarse al tráfico. Se saludaron con la mano y Ángel recorrió la avenida, asfixiado por el calor húmedo que el viento malcriado apenas disipaba.

La marea había subido hasta cubrir la barra de Juan Rejón y los peñascos que se extendían entre San Gabriel y el Francés. Un grupo de chiquillos se entretenía lanzándose al agua desde el puente. Se sentó en un banco y se entretuvo con el espectáculo, recordándose a sí mismo en el muelle de Agaete con esa edad o un poco menos.

La primera vez que pisó Lanzarote era un niño pequeño. Fue uno de los pocos veranos en los que su familia pudo permitirse unas vacaciones. De aquella ocasión recordaba los mareantes viajes en ferri, los juegos en la arena con su hermana, el timbre metálico de su bicicletita amarilla, el guineo de su hermano con la puta canción del Comando G, el aliento a cerveza de su padre, las sillas de playa baratas y los bocadillos de aquella tortilla de papas fría que sabía ser grasienta y reseca al mismo tiempo.

La segunda vez fue con Laura. Llevaban un par de años casados, estaban ya a punto de no estarlo y el viaje fue un último intento de reavivar una pasión que ambos se negaban a reconocer que jamás había existido. Ángel guardaba de aquella escapada una memoria triste, preñada de silencios disimulados por la lectura o la atención a los teléfonos móviles, por el visionado compartido de programas de televisión en un apartamento de Puerto del Carmen, por la música pachanguera en la radio de un coche alquilado para hacer tediosas excursiones a las playas más alejadas.

Así que la tercera oportunidad en que pisó la isla, aquella en la que acompañó a Olga en uno de sus primeros viajes (cuando aún no había obtenido la beca ni cerrado el acuerdo para el libro, pero ya coqueteaba con la idea de escribir sobre César Manrique), no era tan deseada como impuesta por las ganas de estar junto a ella. Y, precisamente por esto último, supuso una sorpresa redescubrir la isla en aquel ir y venir desde la casa de Sonia en Playa Honda,

donde la profesora les había cedido un espacio que no le sobraba. Olga logró que los ojos se le llenaran de los sitios que había sufrido con Laura. Refractario a los tópicos del volcán y el viento, más atento a la boca de Olga que a lo que esta le contaba sobre la Casa del Taro o los Jameos, no asimiló casi ninguna de las muchas cosas que ella le explicó, pero en su memoria Lanzarote cambió para siempre. Ya no volvería a ser aquel recuerdo confuso de la infancia ni el lugar del hastío, sino una especie de sonrisa áspera y amable a un tiempo.

Hoy, no obstante, lamentaba no haber encontrado en sí mismo una pizca de sensibilidad para todo aquello que la apasionaba. Como cuando ella había escrito sobre Óscar Domínguez, Remedios Varo o Manolo Millares, la escuchaba sin prestar demasiada atención ni comprender del todo. No era que no le importase: era que carecía de conocimientos, de disposición, de habilidades para comprender aquellos conceptos que ella utilizaba. No era una cuestión de actitud, sino de aptitud. Le habría ocurrido igual si Olga hubiese sido economista o neurocirujana en lugar de historiadora del arte, porque el problema (había entendido él hacía tiempo) era su falta de conocimientos, su poca sensibilidad, su delgada capacidad intelectual. Dijera Olga lo que dijese, estuviese Sonia de acuerdo con ella o no, él se consideraba a sí mismo uno de esos tipos a los que apaleas y caen bellotas. Pero si quería que aquel viaje tuviese algún sentido, tendría que esforzarse por dejar de serlo, aunque ya no hiciera falta, aunque ya todo fuese inútil.

Volvió a la habitación con provisiones adquiridas en un supermercado cercano. Se entretuvo un poco en la puerta, porque no recordaba que había dado dos vueltas de llave al salir. Se propuso no volver a hacerlo: parecía un hotel tranquilo. Bastaba con una vuelta. O con ninguna.

Aunque la nevera no enfriaba demasiado, las cervezas se mantendrían a una temperatura presentable. Lo demás lo situó sobre la bandeja, para no robar espacio al ordenador y los papeles.

Sopesó la idea de telefonear a Mauri, pero sabía que, si lo hacía, esa tarde ya no haría otra cosa que beber con él. También desechó la tentación de hacer una siesta. Prefirió hacerse un nescafé, iniciar el ordenador y abrir el borrador para releerlo.

La introducción del libro comenzaba contando que a los treinta y ocho años César Manrique era ya un artista de éxito. Había esculturas y murales suyos por toda la geografía española y exponía en París, en La Habana, en Friburgo, en Río, en Oslo o en Buenos Aires. Durante años, su estudio de la calle Covarrubias había sido un lugar interesante para la vida artística madrileña, hasta que decidió no volver jamás a él después de que a Pepi Gómez, su pareja, la fulminara un cáncer. Entonces fue cuando se marchó a Nueva York, alquiló un estudio en la Segunda Avenida y salió del armario en todos los sentidos. Allí conoció a Warhol, Stamos y Rothko, y la Catherine Viviano Gallery comenzó a vender muy bien sus obras a coleccionistas de todo el continente americano. Lo normal habría sido que continuara viviendo en los Estados Unidos o se trasladara a París, a Berlín, a los sitios donde los artistas crecen, desarrollan relaciones, aumentan su prestigio. Sin embargo, Manrique decidió volver a Lanzarote. En realidad, nunca se había ido del todo: durante sus periodos madrileño y estadounidense había regresado

periódicamente para vacaciones o para cumplir encargos y había continuado cultivando sus relaciones con familiares y amigos de toda la vida. Pero fue en ese momento, en esos años en los que su carrera había despegado, cuando César Manrique pareció entender que en Lanzarote era donde estaba su lugar creativo. Aquello no era un mero apego a la patria chica, comentaba Olga, que citaba al mismo artista al decir que él se sabía ciudadano del mundo, que no creyó nunca en un provincianismo paleto. No, era algo más profundo, más importante, algo que con toda probabilidad estaba más allá del propio entendimiento de César, algo a lo cual solo era capaz de llegar mediante una especie de intuición.

Así que César volvió a Lanzarote y comenzó con la que sería realmente su gran obra. Y esta no fue un cuadro, una escultura, un mural, una pieza concretos, sino la isla toda, una isla transformada por la mirada del artista que, en la novedad de su intervención, desvelaba la prístina verdad de su naturaleza.

Con estas palabras exactas concluía Olga su introducción, y Ángel, la primera vez, hubo de releer ese último pasaje y solo tras buscar el adjetivo «prístino» en un diccionario en línea comenzó a hacerse una vaga idea de lo que quería decir. Pero aún no lo tenía del todo claro.

A última hora de la tarde, dejó de leer para buscar en un programa de geolocalización los caminos que habría de tomar, consultar horarios y distancias. Le costó un buen rato, porque de pronto su ordenador se había puesto a funcionar a ritmo de tortuga. Supuso que la culpa la tendría la red del hotel.

Luego bajó a la calle y buscó un restaurante presentable donde cenar. Lo encontró en la avenida Fred Olsen, frente a la playa del Reducto: un italiano tranquilo donde se comió una *pizza* y se bebió media botella de vino, agradeciendo a medias la conversación que el camarero, tan italiano como el restaurante, se sintió en la obligación de darle.

Aprovechó que la llegada de una familia a una de las mesas del interior del local atrajo la atención del camarero para acabarse su vino con tranquilidad, pensando sin estorbos, reflexionando sobre su necesidad de estar allí, en Lanzarote, de interesarse por un artista que jamás le había importado antes de Olga y que incluso estando con ella tampoco le había interesado demasiado.

Por supuesto, como cualquier otro canario de su edad, Ángel sabía quién era César Manrique. Más personaje que persona, era aquel tipo amanerado y enfático que aparecía en noticias o reportajes trabajando en un lienzo con un mono azul, paseando con camisa graciosera y vaqueros por un paisaje de lava volcánica o con bañadores diminutos en la caleta de Famara. En la época en que Ángel era pibe se decía que Manrique era un gran defensor del medio ambiente, que peleaba con uñas y dientes por el paisaje lanzaroteño. Y debía de ser verdad, porque cuando aparecía en televisión o en radio siempre se le oía soltar discursos imprevistos, impulsivos, sin lugar a réplica, realmente cabreado con políticos y empresarios que parecían llevarle la contraria. En una ocasión,

encabezó un piquete que paralizó el trabajo de unas excavadoras en no recordaba qué playa. A este hombre le quieren cerrar la boca, dijo su padre señalando a la tele, pero no van a poder: este es de los que tienen los huevos bien puestos y no se callan ni debajo del agua. Ángel, adolescente, no sabía con exactitud quiénes eran aquellos que querían cerrarle la boca al artista, aunque tampoco le interesaba demasiado.

También se decía que Manrique tenía prestigio internacional y amigos muy importantes, pero prefería tratar con campesinos, pescadores o albañiles. Quizá por eso todo el mundo hablaba de él mencionándolo por el nombre de pila, casi nunca por el apellido. Ángel era más bien refractario a toda aquella simpatía: como tantas otras personas que aparecían en las noticias, César Manrique solo formaba parte del mobiliario del mundo en el que le había tocado vivir.

En la época en que dejó el instituto y se puso a trabajar con su padre en el bar, Manrique ya era viejo, aunque no lo aparentara. Y todo el mundo pensaba que en cualquier momento le comenzarían los achaques, se haría mayor de verdad y la vejez lo iría quitando de en medio poco a poco, como hace con todos los viejos. Pero no: César Manrique no se dejó comer lentamente por ninguna enfermedad, no permitió que la decrepitud le fuera menguando las energías hasta la extinción. Murió en septiembre de 1992, en un accidente con un Jaguar que conducía él mismo.

Hubo quien dijo que el accidente había resultado demasiado oportuno y conveniente para los enemigos de César, que eran muchos y poderosos y habían pasado los últimos años negándole el pan y la sal. En cualquier caso, tras su muerte vinieron los panegíricos, los homenajes, las conmemoraciones, ahogando el murmullo de las teorías de la conspiración. Pero Ángel siempre había sido más de los que leen las páginas deportivas que las culturales o las políticas y César Manrique se quedó ahí, en el fondo de su memoria, mientras la vida le iba pasando a él mismo por encima: sus propios padres fueron llegando a aquella vejez que el artista se negó, las cosas se pusieron feas y el bar de la familia hubo de ser liquidado para pagar las deudas, su hermano y sus hermanas fueron

abandonando la casa y él mismo entendió que tendría que hacer algo con su vida y acabó presentando una solicitud para ingresar en el Ejército.

Los últimos veinticinco años los había pasado de uniforme, yendo y viniendo de un lado al otro del país o del mundo, divorciándose una vez, queriendo y dejando de querer muchas, rompiendo relaciones con sus hermanos a causa de un absurdo pleito por la menguada herencia de sus padres, permitiendo que la vida tironeara de él por la superficie del tiempo hasta que apareció Olga y todo cambió para siempre, pues con Olga llegó la sospecha de que la realidad era algo más amplio y más profundo de lo que él había creído conocer hasta ese momento.

A la mayor parte de las mujeres que habían pasado por su vida las había atraído en un principio gracias a su uniforme. Olga, por el contrario, lo había querido a pesar de él. De hecho, en los últimos años habían fantaseado juntos con la idea de que él se licenciase y se dedicara a otra cosa. Se recordaba a sí mismo en la cama con ella, poco antes de irse al Líbano, hablando de la posibilidad de montar una empresa de excursiones de montaña, un recinto de *paint ball*, cualquier cosa para la que se considerase apto y que le permitiera permanecer en la isla y trabajar en algo en lo que no le mandara nadie. Hasta habían hecho cálculos económicos y barajado fechas y posibilidades. Olga habría sido feliz. Y él también lo habría sido.

Regresó al hotel dando un lento paseo por La Marina. Al llegar a la habitación no volvió a encender el ordenador. Se lavó los dientes, fumó un último cigarrillo y se acostó. Tenía previsto levantarse a las siete de la mañana. Pero se despertó a las seis y cuarto, bañado en sudor, huyendo de una pesadilla de la cual su memoria solo pudo rescatar un olor a incendio.

Mientras esperaba a que comenzara la hora del desayuno en el bufé del hotel, salió a fumar y contempló un amanecer lleno de nubes, pensando en lo que haría esa mañana: la mañana del día en el que comenzaba realmente su viaje.

FORTALEZA DEL HAMBRE

El bufé estaba situado en la azotea y disponía de una amplia terraza donde se permitía fumar. Sin embargo, desayunó en el comedor, para que no le jodiera el viento. Coincidió con pocos huéspedes: un matrimonio de jubilados peninsulares, una familia joven con un niño menos ruidoso de lo que él había temido en principio y tres solitarios de mediana edad con pinta de representantes comerciales que atendían la provincia. Uno de ellos era una mujer que no apartaba la vista de su teléfono móvil. Los otros dos eran tipos grises que estaban pendientes de sus *tablets*, cada uno en un extremo del comedor. Seguramente adelantaban el trabajo de esa jornada. Él, por su parte, hizo algo similar con ayuda de un mapa de la isla y de uno de los cuadernos de Olga, mientras mojaba churros en el café. Cuando se los terminó, dobló el mapa y lo introdujo en el cuaderno. Siempre tendría tiempo, por el camino, de parar a repasarlos tomando algo.

Se sirvió otro café y salió a tomárselo a la terraza. El viento amainó un poco y le permitió disfrutar de un cigarrillo, en pie, junto a la barandilla.

Notó, en algún momento, la presencia de la mujer. También había salido a la terraza a fumar y acabarse el café con leche, sentada a una de las mesitas de mármol. Sintió que le echaba un vistazo de reojo, entre una y otra mirada al móvil. Aprovechó que ella volvía a su teléfono para mirarla también. Llevaba el cabello castaño claro recogido en un moño, un vestido fucsia de algodón, fresco pero bastante formal. Desde donde estaba podía ver uno de sus zarcillos de falsa amatista y parte de un rostro maquillado sin exceso. Comprendió que era más joven de lo que había pensado en los primeros instantes. Acaso tendría cuarenta y pocos. Cuando ya iba a dejar de mirarla, la mujer notó que lo estaba haciendo y alzó la vista

hacia él para regalarle una sonrisa que le pareció agradable. Ángel correspondió, pero, en el mismo movimiento, aplastó el cigarrillo en el cenicero y cruzó ante ella para marcharse. A modo de saludo, intercambiaron también una inclinación de cabeza, todo muy formal y muy amable, aunque, mientras se dirigía a la salida, entendió que la mujer no le quitaba la vista de encima. Más que incómodo, se sintió halagado.

No sabía si la capital de Lanzarote tomaba su nombre de los arrecifes que salpicaban la costa oriental de la isla, pero sí que el Castillo de San José había sido una de las fortificaciones levantadas para defenderla. Según el libro de Olga, lo habían construido en el siglo XVIII y lo habían apodado la Fortaleza del Hambre porque había dado trabajo a mucha gente durante una de las periódicas hambrunas conejeras. La de esa época había sido causada por una sequía persistente y por las erupciones del Timanfaya, pero no había sido distinta ni menos devastadora que otras con motivos menos concretos. El castillo era un edificio austero sobre el borde de un acantilado, un rectángulo levantado con bloques de piedra volcánica que miraba al mar pero se defendía por el lado que daba al interior con dos torretas y un foso. César Manrique concibió la idea de convertirlo en un museo de arte contemporáneo, que se inauguró en 1976. Y cuarenta y un años más tarde, Olga murió intentando sacarle una foto.

Ángel estacionó en el aparcamiento del castillo, pero no entró. Caminó hacia la carretera y recorrió el paseo que iba hacia el noreste y la bordeaba hasta que esta giraba hacia la Vía Medular. A su derecha se extendía un litoral hecho de riscos que se alternaban con pequeñas calas, conformando una bahía encerrada entre la boca de Naos y el puerto de Los Mármoles. A su izquierda, al otro lado de la carretera poco transitada, un barrio de casas terreras y un pequeño polígono industrial con naves y almacenes. Se fijó en la zona de aparcamientos que había ante el polígono: allí era donde Olga había aparcado el Ford Fiesta de Sonia. Al menos, allí era donde había aparecido el coche, cerrado y sin signos de violencia. Calculó, por lo que le habían contado y por la posición del polígono, que el lugar era el que tenía ahora mismo ante sí, el saliente pelado

entre un mirador y el acantilado sobre el cual se alzaba el castillo.

Salvó el murete de protección y avanzó hacia el promontorio por la explanada de tierra, piedra y picón. Cuanto más se acercaba al borde, más fuerte era el viento, que le daba cachetadas y le inflaba la ropa, dificultándole el avance. Al parecer, aquella tarde también soplaba el viento. Como casi siempre. De hecho, la explicación oficial era que el accidente había sido causado por una racha de viento, por un resbalón, o por la más que probable combinación de ambas circunstancias, unidas a la temeridad de Olga al acercarse tanto al precipicio. Sonia, en una de sus conversaciones telefónicas, le había contado que Olga pretendía sacar una foto del castillo desde una distancia de unos doscientos metros, recortándose al atardecer contra Naos. Desde el mirador cercano, el saliente debía de estorbarle la estampa. Por eso había hecho lo que en ese mismo instante estaba haciendo él: caminar, más allá del muro, los quince o veinte metros que lo separaban del borde sintiendo la ventolera en el rostro y la gravilla del picón bajo las suelas de los botines, encorvándose un poco para poder avanzar.

Al llegar hasta allí, Ángel se arrodilló y miró al precipicio. A esa hora, el mar no alcanzaba el pie del acantilado. Había una zona de lajas que solo las mareas más altas llegarían a cubrir. Pudo calcularlo con claridad porque la caída no era grande, acaso diez o doce metros desde el borde del precipicio hasta las lajas. Olga había debido de caer mal, sin tiempo de prepararse para el topetazo. O quizá, absurdamente, tuvo el tonto reflejo de proteger la cámara en lugar de la cabeza. No falleció en el acto. Debió de agonizar durante horas. Se había roto las piernas, tres costillas, un brazo y el cráneo. No obstante, habría podido salvarse. Ángel se había sometido al martirio minucioso de la consulta de los informes: el traumatismo craneoencefálico la había dejado sin conocimiento, pero finalmente falleció a causa de un neumotórax. Las costillas le perforaron el pulmón izquierdo y le entró aire en el espacio pleural. Si la hubieran encontrado a tiempo, habría habido varias maneras de salvarla. Pero no comenzaron a buscarla hasta la hora de la cena, cuando a Sonia le pareció extraño que no hubiese vuelto. Y no la encontraron hasta después de medianoche, tras dar con el Ford Fiesta aparcado frente

a las naves y dedicarse a peinar la zona.

Entre tanta fatalidad, un único consuelo: la encontraron antes de que la marea se la llevase y Alfonso pudo darle el sepelio que consideró digno depositando sus restos allá donde reposaban los de su esposa, la madre de Olga, fallecida hacía tanto, uniendo en la muerte a las dos personas más importantes en su vida.

Él, Ángel, no había estado. No pudo despedirse de Olga porque se encontraba destinado en la Posición 4.28, vigilando la Blue Line entre Líbano e Israel. De haber estado casados, le habrían dado permiso para venir de inmediato y acaso habría llegado a tiempo. Pero no lo estaban. Y todo ejército, por moderno que sea, tiende al puritanismo. Así que no le dieron permiso y Ángel tuvo que comerse el dolor y la angustia en medio del frío invierno de Ghajar, porque «el primer deber es el cumplimiento de la misión». Siempre había estado de acuerdo con esa lógica del sacrificio, hasta esa mañana fría en la que su capitán y el páter le dijeron que lo comprendían, que los tenía allí para cualquier cosa que necesitara, que procurarían rebajarlo de servicio y hacerle la situación lo más soportable posible, pero que en ese momento era imposible concederle permiso para volver. Tardó tres semanas en poder regresar a España. Para ese entonces ya solo pudo encontrarse con Alfonso, visitar el cementerio de San Lázaro y ver la lápida que su oficioso suegro había elegido para el nicho.

Allí, sobre el saliente, mirando el acantilado por el que Olga había caído, recordó el día en que Alfonso lo hizo ir a su casa para darle las cosas de ella, todo aquello que el hombre se había llevado de Lanzarote cuando le tocó venir para hacerse cargo del cadáver de su única hija. Y se acordó de su entereza, del pragmatismo con el que fue enumerándole el contenido del bolso de viaje mientras lo iba extrayendo y distribuyendo sobre su mesa de comedor.

—La cámara está inservible por la caída, pero la tarjeta está intacta. El móvil no se llegó a mojar, así que también funciona. En el pósit que tiene pegado está el pin, por si quieres mirar algo. Igual habrá fotos de ustedes dos que quieras conservar o conversaciones, no sé. También hay un par de carpetas, los cuadernos de notas de ella y el disco duro. Lo exploré y di con el borrador. Hice una copia. La editorial quiere revisar el libro y editarlo. Pero yo todavía no les he respondido. Primero quería hablarlo contigo. ¿Cómo lo ves?

—Decide tú —le contestó en aquel momento—. Legalmente, es decisión tuya.

—Eso ya lo sé. Te estoy preguntando qué te parece.

—Tú eres el heredero legal —insistió Ángel.

El viejo negó con la cabeza, se sentó en el brazo del sofá.

—Yo no voy a hacer nada sin contar contigo, querido. Aunque no hubiera papeles de por medio, tú eres mi yerno y punto.

Ángel recordaba la imagen: el hombre delgado y miope, mirando las pertenencias de su hija muerta con los brazos cruzados y la obstinación en el rostro macilento, los escasos cabellos grises despeinados sobre su cabeza de pera.

—Yo sé que tú la querías. Y que ella te quería a ti. Con eso me basta, mi hijo.

A Alfonso se le quebró un poco la voz en las últimas palabras. Por

un momento, Ángel temió que se echara a llorar. Pero no fue así. De repente, pareció reponerse y señaló una carpeta con papeles.

—Ahí está el informe del atestado. Fueron muy minuciosos. Hicieron las cosas bien. Sonia también se portó muy bien. Me quedé en casa de ella cuando fui para allá. No me dejó solo ni un momento.

Por tercera vez en esos días, Ángel le dijo que sentía mucho que él se hubiese tenido que hacer cargo de todo, y Alfonso volvió a repetirle que no se preocupara, y él, a insistir en que intentó por todos los medios volver a España, pero que no lo dejaron, y Alfonso le puso un brazo en el hombro y zanjó la cuestión diciéndole que no se agobiara, que él había hecho la mili, que sabía cómo son esas cosas o, mejor dicho, cómo son los mandos.

—Me jode que no hayas podido venir, pero no por mí, sino por ti, porque sé que habrías querido estar. Pero eso no me jode tanto como esto de ahora —añadió—. Esto de que sea yo «el heredero» de Olga. Tendría que ser al contrario, Ángel: ella tendría que ser heredera mía, no al revés. Así que lo que vamos a hacer es lo siguiente: las decisiones las tomas tú y yo firmo lo que haga falta. Y, por ahora, queda responderle a la editorial. Hay un contrato de por medio, pero, además, yo creo que sería un bonito homenaje. ¿A ti qué te parece?

Ángel estuvo de acuerdo en entregar el borrador. En realidad, era lo que menos le interesaba. Le preocupaba más, muchísimo más, entender qué había pasado realmente, qué había estado haciendo Olga en sus últimos días, cómo había podido ocurrir aquel absurdo. Pero no se lo dijo a Alfonso, no le dijo que, aunque él entendía su dolor, el suyo propio era aún más lacerante porque estaba entreverado de culpa. No le dijo tampoco que sentía que le había fallado a Olga, no solo por no estar allí cuando tuvo el accidente, sino por haber faltado antes, mucho antes, por no haber estado cerca de aquella faceta de su vida que para ella era la más importante.

Solo ahora entendió Ángel que en los días que siguieron a aquella conversación con el padre de Olga, mientras leía sus apuntes y el borrador, mientras telefoneaba de vez en cuando a Sonia para

preguntarle detalles o hacerla partícipe de su idea de venir a Lanzarote, mientras visitaba a Alfonso y pasaba alguna tarde con él para fingir que ambos podían dejar de sentirse solos al menos por un rato, todo lo que veía, hacía o pensaba lo iba encaminando hacia allí, hacia aquel precipicio al borde del cual estaba arrodillado en este instante, aquel precipicio por el cual él también podría caer como había caído ella, agonizar como ella lo hizo, borrarse del mundo.

Aún pensaba en lo fácil que es borrarse del mundo cuando escuchó la voz. Desde la carretera, alguien intentaba atraer su atención. Tras un par de gritos, entendió una frase por entre el ulular del viento:

—Tenga cuidadito, mi niño.

El que gritaba era un tipo de edad, grandote y panzudo, con un gorro de pescador y una camisa gris que llevaba arremangada hasta los codos y por fuera de unos pantalones cortos. Estaba más allá del murete y tenía pinta de estar paseando por allí cuando lo vio en el acantilado.

—No se preocupe, ya tengo cuidado, ya —respondió levantándose y sacudiéndose la tierra de los pantalones.

El viejo señaló al mirador cercano mientras él volvía a la avenida.

—Si quiere, allá abajito tiene un mirador. Es más seguro. Pero ahí, con toda esta ventolera, es peligroso.

—Sí, tiene pinta. Solo quería echar un vistazo.

—El viento es cabrón. Uno se despista, se cree que lo tiene controlado, y, ¡baj!, de repente le da un zarpazo que lo lanza para el aire.

Ángel ya había regresado al muro. Ahora lo cruzó. De cerca, el viejo tenía todo el sol de Lanzarote en las grietas de la piel y unos ojos negros que el tiempo y el ron le habían ido opacando tanto como la voz. Se notaba, además, que tenía ganas de cháchara. Sacó un paquete de Lucky Strike y le ofreció uno, que encendieron con el mechero de Ángel, haciéndose soco mutuamente con las manos.

—Pues sí, esta zona es jodida —prosiguió el hombre—. Ahí más allá se desriscó una chiquita joven. —Olga tenía treinta y ocho años. A esa edad, solo si te desriscas se habla de ti como de alguien joven —. Por lo visto, se fue hasta allí, hasta donde estaba usted, y la ventolera se la llevó para Las Chacaritas.

—No pasa mucha gente por aquí, ¿no?

El viejo se encogió de hombros.

—Pasan coches. Y a veces los chiquillos que van para allá, para la playa de La Arena a bañarse. Pero la mayoría de la gente se queda abajo, en el castillo. Turistas que vienen a ver el museo.

—¿Y usted? ¿Viene mucho?

—Yo vivo por allí abajo, por El Lomo. Y me echo mis paseítos todos los días. De mi casa subo por aquí hasta allá, hasta Los Mármoles. —Mientras decía esto, el viejo señaló primero a la ciudad y luego al paseo que serpenteaba por la costa hacia el muelle. Después se dio un par de palmadas en la barrigota y añadió—: Es bueno para el embarazo.

—Uno se deja ir y enseguida pierde la forma, ¿no?

—Baj, yo, desde que me jubilé, empecé a echar kilos para arriba que da miedo.

Ambos se rieron. A Ángel le gustaba la muletilla del viejo, aquel «baj» en el que arrastraba suavemente la jota final, y que servía para introducir cualquier frase que se le ocurriese. Su padre empleaba también aquella interjección. Aquel «baj» era un disparo al aire, una bengala lanzada para atraer la atención del oyente, una expresión de asombro ante cualquier hecho del mundo.

—¿Y antes? ¿A qué se dedicaba?

—A la construcción. Maestro albañil. Hasta que me jubilé, trabajé en obras para el cabildo. Baj, ¿usted ve todo eso que hay allí abajo? En todo eso trabajé yo.

El viejo señalaba ahora hacia el Castillo de San José. Ángel decidió picarlo:

—Bueno, yo tenía entendido que el castillo era del siglo XVIII. No lo hacía yo a usted tan mayor.

El viejo sonrió:

—El castillo sí, pero eso estaba todo abandonado cuando don César hizo el proyecto.

—¿Don César? ¿César Manrique?

—Pues claro. Yo trabajé con él. No directamente, sino con don Luis Morales, que era mi jefe, y que fue el que hizo todas estas cosas.

Ángel asintió.

—¿Usted trabajó en la rehabilitación?

—Oh, y esto fue lo de menos. Los Jameos del Agua, el Mirador del Río, el Jardín de Cactus… En todas esas obras trabajé yo. Baj, usted no sabe lo que era esto y cómo lo cambiamos todo. Y sin las máquinas que hay ahora. A pico y pala. No dio trabajito ni nada. Don César le venía a don Luis con un dibujo a mano alzada y le decía: «Luis, hágame esto», y don Luis nunca le decía que no. Usted lo miraba en el papel y veía el sitio y decía que aquello era una locura. Pero después, cuando estaba la obra hecha, se daba cuenta de que aquello exactamente era lo que había que hacer. Qué época, cristiano. Estaba don José Ramírez Cerdá de presidente del Cabildo. Y él se guiaba por don César para hacer todo. Ni una señal de tráfico se cambiaba sin preguntarle.

—Vaya época, ¿no?

—Ni se lo imagina. Cuando quiera le cuento yo cosas de entonces que ni se las iba a creer. Y, bueno, usted ¿qué? ¿Ya había venido a Lanzarote? Porque usted no es de aquí, ¿no?

—Canarión.

—Algo así me imaginé yo.

—He venido un par de veces. Pero siempre de pasada. Ahora me voy a quedar un par de días más.

—¿Y no vino con la familia?

Ángel negó con la cabeza. Le pareció mejor eso que explicar que la muchacha riscada era su pareja, que él no había podido venir para enterrarla, que viajar a Lanzarote y recorrer sus pasos era su forma de despedirse. Así que negó con la cabeza y sonrió, temiendo que el viejo siguiese preguntando. Pero no lo hizo: se había terminado el cigarrillo y, en ese momento, se agachó, lo apagó en el murete y se guardó la colilla en el bolsillo del pantalón. Ángel sintió pudor de arrojar la suya al suelo, así que sostuvo entre los dedos el filtro totalmente extinguido.

—Bueno, voy a seguir con el paseo —dijo el hombre. Después le tendió la mano—. Yo me llamo Ezequiel.

—Ángel —dijo, correspondiendo al apretón.

—Si me necesita para lo que sea mientras esté aquí, por la tardecita suelo estar en la cafetería San Francisco. En la terraza. Allí

hago la tertulia. Para lo que sea, allí me puede encontrar. Y si no estoy, deja recado para Maestro Ezequiel.

No daba la impresión de que fuera un ofrecimiento de compromiso. Ángel le dijo que le tomaría la palabra. Volvieron a intercambiar una sonrisa y Ezequiel bajó al mirador para tomar el camino de Los Mármoles. Lo observó alejarse hasta que solo fue una figura diminuta bordeando la costa. Luego dio media vuelta y bajó hacia el castillo.

La visita fue corta, aunque se le hizo larga. Adquirió su entrada en la caseta de la tienda de regalos junto al aparcamiento y cruzó el antiguo foso ahora cubierto y decorado con unas cuantas esculturas cuyos nombres y autores no se detuvo a leer. En la primera sala había una exposición permanente de cuadros y esculturas que no entendió, aunque llamó su atención un piano en cuya superficie habían pintado una bandera española que lo recorría longitudinalmente. Era obra de Juan Hidalgo. El nombre le sonaba de oírselo a Olga, que una vez lo entrevistó. Le interesó más la sala Pancho Lasso. Según Olga, en Manrique habían influido mucho sus conversaciones con Lasso. Se detuvo durante un rato ante cada escultura hasta que comprendió que miraba sin saber con exactitud lo que debía ver. Dejó esa planta atrás y bajó por las escaleras abiertas en la piedra blanqueada, que le dieron la impresión de estar introduciéndose en un útero calcáreo y fresco.

En la sala contigua al descansillo inferior había una exposición itinerante que entendió aún menos que la permanente. Le pareció de una especial futilidad una instalación que consistía en unas baldas de metal en las que había libros hinchados con agua hasta volverse ilegibles. Sin embargo, al salir de la sala, vio algo en lo que no había reparado al entrar: una antigua garita de vigilancia en la que se exponía un esqueleto de tamaño natural realizado con material de reciclaje. El esqueleto era de un gris muy oscuro, casi negro, y posaba sentado a medias en un poyo de madera que sobresalía del muro. Guardias como estas las he hecho yo, pensó sonriéndose. Barajó la posibilidad de volver a las salas, leer los títulos de las obras, esforzarse un poco por comprender. Descubrió que no estaba de humor para eso. Sin embargo, había pagado la entrada y no llevaba allí más de un cuarto de hora. Podía tomarse un

café en el restaurante, gozar de las vistas, revisar las notas.

Había poca afluencia de público a esa hora de la mañana, así que pudo elegir una mesa cercana a los ventanales. Mientras el camarero le traía el café (un café doble en taza de desayuno, pero «café café te lo juro por mi madre», le pidió provocando una sonrisa de compromiso), observó las grúas y los contenedores del puerto de Los Mármoles, al otro lado de la bahía. A sus pies, un acantilado de unos cuarenta metros que moría en un lajar. Y abajo, en la orilla, distinguió una serie de esculturas ecuestres de tamaño natural. Eran cuatro. Representaban a jinetes cuyo rostro no podía ver, sobre caballos cuyas cabezas tenían la forma de la de un pájaro carpintero. Dispuestas aquí y allá, con las patas de las monturas introducidas en el agua, como si se hubiesen parado a abrevar antes de seguir su camino hacia ninguna parte. Las cabezas de los caballos le recordaron a las torres de extracción petrolífera que él mismo había visto en Irak, pero que cualquiera que hubiese visto una *road movie* yanqui podría reconocer. Más tarde, cuando salió a la terraza para fumar un cigarrillo, una placa informativa le demostró que no se había equivocado: la obra se titulaba *The rising tide* y su autor, Jason deCaires Taylor, pretendía «reflexionar sobre el impacto del hombre sobre la naturaleza». Fíjate, Ángel, tan tonto no eres: lo pillaste a la primera, se felicitó entre calada y calada, antes de apoyarse en la barandilla y volver a contemplar las esculturas.

Al volver a la cafetería se encontró con que una excursión de turistas europeos había desembarcado de golpe y el guía los llevaba de acá para allá. Sorteando guiris, salió de allí en cuanto pudo y se metió en el coche. Justamente después de hacerlo, vio que tenía un mensaje de Sonia: lo invitaba a un picoteo en su casa esa noche. Irían Julia y Blas y quizá también algún otro amigo. Le respondió que sí y le preguntó a qué hora. Sonia debía de andar entre clase y clase, porque enseguida le dijo que sobre las nueve y media y le envió la ubicación. «Por si no recuerdas cómo llegar», añadió.

FAMARA

Tomó la salida de la ciudad hacia el norte y condujo en dirección a Teguise. Luego continuó hacia Famara. El coche de alquiler era un Seat León blanco que aún olía a nuevo. Esto último lo solucionó fumando sin ningún tipo de reparo.

Desde la capital, habría sido mucho más práctico desviarse hacia el centro de la isla para visitar la Fundación. Sin embargo, ese día no se había propuesto ser práctico, sino cronológico: ver aquel paisaje costero que Olga mencionaba en el primer capítulo. Al llegar a la carretera de acceso a la playa, se paró y salió del coche. Soplaba el viento, pero la marea estaba baja y pudo ver la amplia superficie de la playa, las peñas del Chache formando los riscos de Famara invertidos en el espejo de la orilla. Para ver aquello era para lo que había llegado hasta allí.

La familia de Manrique pasaba las vacaciones de verano en la Caleta de Famara (el pueblo que Ángel tenía ahora mismo a su izquierda), y muchos años más tarde, en una entrevista, el artista había dicho que su principal recuerdo de la infancia era el de sí mismo de pequeñito, desnudo, corriendo como un animal salvaje por aquella playa, con una arena impecable, como un espejo, en la que se reflejaban los acantilados. Y que, ya entonces, se sentía fascinado por lo que él llamaba «la gigantesca belleza de la propia naturaleza de Lanzarote».

Sí, allí había empezado a formarse aquella mirada que veía lo que otros no podían ver. Allí había comenzado todo.

No sabía si en la época de Manrique habría tipos tirándose en parapente, como los que él veía ahora. Pero, pese a los parapentistas, pese a los kitesurfistas que preparaban sus tablas para meterse en el agua, pese a las familias que aquí y allá luchaban con el viento en su empeño de tomar el sol o darse un baño, la

playa era lo bastante grande para continuar pareciendo virgen, tranquila, agradablemente inhóspita.

Se fue hacia la Caleta, aparcó en un descampado y paseó a pie por la población, que no era más que la clásica aldea costera, con casitas enjalbegadas de una o dos plantas, con las puertas y las ventanas pintadas de azul, con zonas sin asfaltar en las inmediaciones de la costa y barquitas varadas en esta o aquella calle, como si la marea las hubiese dejado allí suavemente durante la noche. El pueblo disponía a su vez de su propia zona de playa, la caleta de la Villa. Allí encontró un restaurante marinero que tenía unas cuantas mesas al borde del paseo. Aún no era la una, así que la única en la que se almorzaba era la ocupada por una pareja de guiris, probablemente alemanes, pero le apeteció sentarse allí. Aparte de los guiris, casi al mismo tiempo que él, se sentaron dos peninsulares, con polos y bermudas, que se pusieron a consultar un plano bebiendo cerveza. Pidió una caña y, tras dudar un poco, unas sardinas y unas lapas a la plancha.

Dedicó unos segundos a pensar en la invitación de Sonia, en que habría de llevar algo, quizá el postre o una botella de vino. Pero luego pensó en el viejo, Ezequiel, que le había mencionado a César y a Luis Morales y a José Ramírez Cerdá, Pepín Ramírez, como lo llamaban muchos en su época. Olga también hablaba de Morales y de Ramírez en el libro.

Buscó alguna referencia en el cuaderno que se había traído. Pero de Morales no había ninguna y de Ramírez muy pocas, porque estaba dedicado a contar que había sido un niño feliz que se había criado entre Arrecife y Mácher, donde la familia tenía terrenos; que ya desde crío dibujaba mucho, pero que no se privaba de correr de un lado para otro o de jugar bajo las higueras; que en el instituto de Arrecife había tenido un profesor de dibujo que lo había animado mucho en la disciplina; que, gracias a las revistas que su padre le traía de sus viajes de trabajo, se había familiarizado con Picasso, con Matisse, con Braque.

A Ramírez Cerdá no lo mencionaba Olga hasta referirse a la Guerra Civil. Aunque se conocieran de antes, César y Pepín habían pasado una larga temporada en la misma batería, en el frente de Cataluña,

donde el pintor combatió como artillero. Este dato sorprendió mucho a Ángel la primera vez que lo leyó. El adjetivo «marcial» era uno de los que nunca habría atribuido a César Manrique. A él le parecía un tipo más bien afeminado, ingenuo hasta lo pueril, algo *hippie* y hasta libertario. No se lo habría imaginado nunca de uniforme, en posición de firmes, cumpliendo con la ordenanza, y menos aún manejando un mortero o una Hotchkiss hasta casi el final de la guerra. Ahora, al repasar esto, le pareció curiosa su amistad con Pancho Lasso, el escultor, que era militante republicano y había regresado a Lanzarote precisamente para huir de las represalias. Pensó en aquellos dos tipos, que se llevaban quince años y habían hecho la guerra en bandos distintos, haciendo tertulia.

La segunda y última mención de Pepín Ramírez en aquel cuaderno la encontró mucho más adelante, al referirse a la por entonces escandalosa relación de César con Pepi Gómez. Se habían conocido en Madrid, adonde César había ido a estudiar Bellas Artes, y vivían juntos sin haberse casado, porque ella ya lo estaba con un tipo que debía de ser un impresentable. Esto es, eran adúlteros que vivían amancebados en la España católica y gris de aquella época. Y, además, lo hacían sin complejos, sin esconderse, con la misma normalidad con que lo habrían hecho treinta o cuarenta años después. Por supuesto, si aquello fue un escándalo en Madrid, en Lanzarote la cosa resultó mucho peor. Todas las personas bien les dieron la espalda mientras estuvieron juntos y, en los días en que viajaban a Arrecife, para visitar a la familia de él o de vacaciones, nadie los invitaba a su casa. Con una única y notable excepción: la de Pepín Ramírez y Concha, su mujer.

Llegó la comida y Ángel guardó el cuaderno, reflexionando sobre aquella amistad de toda la vida entre César y Pepín Ramírez, y esa asociación de ideas lo hizo acordarse de Mauri. Mauri, el brigada Mauricio Rodríguez Paz, era el único amigo de verdad que tenía en Lanzarote, pero le conocía los ritmos, las intensidades, el temperamento alocado, la agresividad alegre. Temía que lo distrajese demasiado de sus propósitos, que reclamara para sí un tiempo del que él no había previsto disponer. Pensó, no obstante, que ese era un buen momento para darle un toque: tendría tiempo

por la tarde para tomar algo con él y, como había quedado para cenar, una excusa para marcharse a una hora prudente.

Buscó su número en la agenda del móvil y llamó. Casi enseguida sonó al otro lado su voz de chacolín asmático, tan aguda como rasposa.

—¿Qué hubo, mi sargento?

Ángel y Mauri se conocían desde hacía una década. Habían coincidido en Pontevedra, en la Brigada Galicia VII, y luego habían servido juntos varios años, incluyendo una misión en Afganistán, hasta que Ángel conoció a Olga y solicitó traslado al Canarias 50. Mientras tanto, Mauri había ascendido. Ahora era brigada. Pero, en la intimidad, continuaba tratando a Ángel por el rango que tenía cuando se conocieron, el mismo que continuaba teniendo, porque a él nunca le interesó ascender. Aquel «mi sargento» con el que siempre lo interpelaba era un recuerdo del tiempo en el que había sido su superior, pero también de una época en la que lo habían compartido todo, cubriéndose mutuamente las espaldas no solo sobre el terreno, sino también en la vida. Los primeros días, tras separarse de Laura, Ángel había dormido en su sofá. Y luego había sido padrino del hijo de Mauri, a quien este ahora solo veía en régimen de custodia compartida. La última vez que Ángel y Mauri habían estado juntos había sido en unas maniobras, antes de que el vigesimoséptimo fuese enviado al Líbano. Pero seguían en contacto. De hecho, cuando lo de Olga, Mauri fue el primero de sus compañeros en llamarlo para darle el pésame, en ofrecerse para lo que hiciera falta, porque él estaba en Lanzarote de licencia, esperando a que le asignaran destino. Ángel, en aquel momento confuso, tan lleno de horror y de frío, no le tomó la palabra. Lo avisó cuando tomó la decisión de venir, aunque no se dejó convencer para alojarse en su casa ni le dijo qué día llegaría exactamente.

Ahora ni siquiera estaba seguro de que estuviese en la isla. Eso fue lo primero que le preguntó: dónde estaba y si todavía estaba de licencia. Le alegró saber que aún le quedaban quince días antes de volver a Pontevedra, que seguía en Arrecife, en casa de los viejos, tranquilito.

—Y tú, mi sargento, ¿por dónde andas?

—Ahora mismo, echándome unas lapas en Caleta de Famara.

—¡No me jodas! Qué cabrón. ¿Ya viniste? ¿Cuándo?

—Esta mañana —mintió Ángel.

Mauri volvió a echarle la bronca por no haber tenido en cuenta que en su casa había sitio si quería quedarse allí. Ángel le dijo que prefería quedarse en el hotel, que necesitaba tiempo a solas, y el brigada no le preguntó para qué. Sería muy viva la Virgen, pero también lo suficientemente listo para saberlo. Solo le preguntó en qué hotel estaba. Cuando le dijo que en el Miramar y quiso saber si él vivía cerca, Mauri soltó una carcajada.

—Esto es Lanzarote, querido. Aquí todo está cerca.

Quedaron a las cinco, en El Príncipe. Cuando colgaron, Ángel calculó que disponía de tres horas. Tiempo de sobra.

Pidió la cuenta casi al mismo tiempo que uno de los godos se levantaba para ir a pagar a la barra. Extrañamente, le resultó familiar. No tardó en comprender que era uno de los comerciales taciturnos del hotel. Lo más probable era que, a fin de cuentas, no fuese un viajante, sino un turista. O un viajante con tiempo de hacer turismo. Mientras el hombre regresaba para reunirse con su compañero, que también se levantaba ya, cruzaron una mirada y vio que sus ojos de cejas pobladas tenían el brillo de los tipos listos y prácticos.

Entonces fue cuando ocurrió: en cuestión de segundos, el tipo fingió no reconocerlo y rehuyó el contacto visual y, quizá por eso, Ángel sintió el impulso de fijarse en él, en su pelo plateado formando un casquete a la romana en torno a sienes demasiado pálidas para ser conejeras, en sus pómulos picados de viruela y su hermosa nariz, tan perfecta que parecía postiza. En ese momento no supo por qué, pero se aplicó en hacerle bien la ficha, poniéndose en guardia. El otro tipo era más joven, llevaba la cabeza afeitada y tenía un cuerpo perfilado por el ejercicio, uno de esos cuerpos fibrosos que Ángel sabía que podían ponerse en acción en décimas de segundo, una especie de Cocoliso musculado. Aparentemente ajenos a él, los dos hombres intercambiaron un par de frases que no alcanzó a oír y compartieron una carcajada demasiado ruidosa para ser sincera. Sin dejar de reír, se adentraron en las calles del pueblo.

Ángel solo dejó de mirar hacia la esquina tras la cual se habían perdido cuando le trajeron la cuenta. Decidió dejarlo estar por el momento, mantener la serenidad. Al fin y al cabo, no había más indicios que una coincidencia y una mirada huidiza, y, por tanto, era muy posible que se equivocase, que su tendencia a la suspicacia le estuviese jugando una mala pasada. Pero, en el fondo de todo aquello que le decía el sentido común, latía, como el corazón de un volcán, la sensación de haber puesto los pies en tierra hostil.

La Casa del Taro

La anécdota era conocida y, además de reseñarla en el libro, Olga se la había contado varias veces, añadiendo u obviando detalles. Debió de suceder a mediados de los sesenta. César Manrique ya había decidido instalarse en la isla. Vivía de alquiler en Arrecife y trabajaba en un estudio prestado que habría de abandonar pronto. En una de sus rutas por la isla, paró el coche ante un malpaís en las inmediaciones de Tahíche. No lejos de la carretera, en medio del mar de lava negra, vio una pequeña higuera que surgía del suelo aparentemente estéril y quiso verla de cerca. De pronto, descubrió que lo que veía no era una higuera pequeña, sino la parte superior de un árbol adulto que nacía en el fondo de una burbuja volcánica. Continuó explorando la zona y encontró, guiándose por la vegetación escasa y superviviente, otras burbujas subterráneas que habían quedado en el terreno tras las erupciones del siglo XVIII. Dio, al menos, con cinco aprovechables. Entonces empezó a concebir la idea: construir su casa allí, a partir de aquellas semiesferas de aire que el volcán había respetado.

Hacerse con las tierras no resultó complicado: el propietario era un médico que se las cedió sin pedirle nada a cambio, porque no le parecían útiles. ¿Qué se podía construir o sembrar allí, en medio de aquel pedregal? Hacia 1968 César comenzó a demostrar que podía construirse mucho.

Sobre la superficie, la Casa del Taro parecía un grupo de pequeñas casitas blancas de típica construcción lanzaroteña, aunque en su interior había muchos elementos modernos, con grandes ventanales y cuartos de baño abiertos a jardincitos.

Bajo la superficie, en cambio, las burbujas originales se habían convertido en cinco habitaciones comunicadas por medio de galerías. Las paredes irregulares eran el seno mismo del basalto, que

contrastaba con los suelos indefectiblemente blancos. A un costado del complejo existía una zona al aire libre y, más allá de ella, César había establecido, cuando aún se estaban excavando los túneles, un estudio en el que trabajar cómodamente.

Hoy la casa era la sede de la Fundación César Manrique. De hecho, acababa de inaugurarse como tal cuando él murió. Y de allí acababa de salir cuando tuvo el accidente que lo mató. Olga había escrito en su libro que el accidente de Manrique ocurrió en un momento extraño de su vida: su obra se había convertido ya en epítome de la simbiosis entre el arte y el crecimiento sostenible, pero, al mismo tiempo, especuladores y políticos movían hilos para intentar aplastarlo.

En sus correos, en sus conversaciones, Olga se refería con frecuencia a la Fundación, donde la dejaban usar una sala de investigadores. Ángel sabía que pasaba mucho tiempo allí, buceando en los archivos, cotejando y ampliando información, con la secreta esperanza de dar con un dato oculto: algo inédito, inesperado, importante; algo que convirtiese su biografía de César, entre tantas existentes, en la imprescindible, si no la definitiva, que es lo que desea, le impida su falsa modestia confesarlo o no, todo biógrafo.

No había demasiados visitantes a esa hora: algunas parejas de extranjeros, una familia china, dos chicos franceses que iban de la mano y se hacían cariñitos en cuanto se creían solos. Ni rastro del tipo de los hoyuelos ni del calvo. Se sintió algo más tranquilo mientras pagaba la entrada y se encaminaba al zaguán tradicional. Ya conocía la casa: después del zaguán, el gran salón diáfano en cuyo suelo se abría enseguida la primera burbuja, con una higuera ahora aletargada que nacía en el centro de la Burbuja Roja e iba a dar a la superficie. A la izquierda, la pequeña sala con cuadros de contemporáneos de Manrique, adquiridos por él u obsequiados por sus autores. Más allá, la balconada abierta sobre la zona al aire libre.

Volvió sobre sus pasos y comenzó a hacer el recorrido diseñado por César: primero, la visita a las habitaciones que un día fueron dormitorios y donde hoy se exhibían apuntes, borradores, esbozos de obras mayores; luego, las escaleras que conducían a la burbuja de la fuente, la que tenía el tragaluz más amplio y en cuyo centro

crecía un papayero. Aún permanecían en la pared de basalto las anillas entre las que Manrique tendía su hamaca. «Al hombre le encantaba estar aquí tumbado, por la noche, mirando las estrellas», le había contado Olga cuando fueron juntos. Ahora la recordó: recordó su presencia junto a él, tan chica y tan fuerte, con su cuaderno en la mano y la cámara colgándole del cuello, sintiendo su tarea de adoctrinamiento como otra forma más de placer, haciendo chistes sobre cosas que ella consideraba sagradas para hacérselas atractivas a él.

Al entrar por el túnel que conducía a la Burbuja Blanca, ella le dijo que siempre que se metía en aquel pasillo se acordaba de un cuento de Virgilio Piñera sobre un tipo que, ya viejo, volvía a introducirse en el útero de su madre. Ángel se acordaba bien porque, después, ella le hizo leer el cuento. «Para hacer el túnel vinieron los mejores cabuqueros de la isla. Usaron dinamita», le explicó como si eso tuviese que maravillarle. Y, al llegar a la siguiente burbuja, le señaló las lámparas que pendían del techo, realizadas a partir de botellones cubiertos con cilindros de metal pintados de rojo. El habitáculo, con sus poyos de piedra y sus cojines rojos, le recordó al bar en el que bebían los tipos de *La naranja mecánica*, y cuando se lo dijo a Olga, esta sonrió maravillada y le contestó que había un experto norteamericano que había comparado aquellas decoraciones con las de las películas de Kubrick.

Sintió una leve vanidad al rememorar aquella conversación. A lo mejor eran esas cosas las que le habían hecho decir a Olga aquello de que él «no sabía lo que sabía». Continuó avanzando, cruzándose aquí y allá con algún turista. En la sala siguiente, un tipo peninsular explicaba a una pareja joven cómo se habían hecho los túneles, pidiéndoles que se fijasen en cómo la luz natural se distribuía desde el techo, y creyó reconocer en él al hombre con pinta de experto que salía en las fotos de Olga. La pareja asentía, se admiraba, sacaba fotos y, entretenidos como estaban, Ángel pudo observar al cincuentón con comodidad. Sí, era él, el tipo alto de barba gris, el experto. Por un momento, temió encontrarse también con Míster Sonrisas. Pero no: solo el hombre explicando, en ese momento, que en la casa-museo procuraban mantenerlo todo siguiendo los

dictados de César. Los saludó con un gesto de cabeza, pidiendo permiso para pasar; ellos correspondieron haciéndole hueco y él llegó a la parte al aire libre, donde estaban la barbacoa y el horno tradicional, la gran mesa del rincón a la sombra de un roquedal, la piscina, la diminuta pista de baile.

Todo basalto y blanco y azul. Todo profusión de helechos, palmeras, buganvillas y euforbias. Todo al abrigo de la piedra por un lado y abierto al sol por el otro. Todo pensado para el placer. Sacó una ficha que había copiado de otro de los cuadernos de Olga. Un trozo de una carta que le había escrito Manolo Millares a César:

> Esta casa de Tahíche no dudo que quedará muy al gusto de los Sres. que vayan ahí a dar rienda suelta a su erotismo pecaminoso (léase con voz de cura). Y hasta veo el milagro de la fecundidad en las mujeres estériles en virtud de sus misteriosas grutas lávicas.

El experto y la pareja habían seguido sus pasos y pasaron junto a él, cruzando la piscina, pero no les prestó atención, porque pensaba en el texto de la ficha y lo relacionaba con algún reportaje de los setenta en el que se veía a Manrique compartiendo piscina con amigas y amigos. También algunas de las fotos de archivo en las que gente joven y guapa se bañaba allí. Imaginó los fiestones que debían de organizarse en aquel mismo lugar y se sonrió con malicia.

Continuó andando y empezó a cruzar el puentecito de piedra que atravesaba la piscina. De pronto, sin saber por qué, se detuvo: se quedó parado en mitad de la pasarela, miró la pared de piedra que tenía enfrente y elevó la mirada hasta la balconada abierta al nivel de la superficie. Y allí, entonces, vio al tipo joven, el Cocoliso musculado que acompañaba al de la cara picada en Famara.

Podía ser casualidad. Famara y la Casa del Taro eran dos de las atracciones turísticas. Pero el itinerario que había trazado para sí mismo ese día no era el más natural, así que resultaba extraño que aquellos tipos estuviesen haciendo exactamente el mismo recorrido y al mismo tiempo.

Como si quisiera confirmar sus sospechas, ahora el individuo acababa de desaparecer: al darse cuenta de que él miraba hacia

arriba, había dado un paso atrás y se había perdido de vista.

Si lo estaban siguiendo con disimulo, eran dos auténticos inútiles.

Acabó de cruzar el puente y atravesó las últimas estancias para volver a la superficie.

Había llegado a los antiguos talleres de Manrique, que hoy eran las salas polivalentes. Allí se ofrecían exposiciones itinerantes, pero también había conferencias, presentaciones, mesas redondas. El peninsular de la barba gris se lo estaba explicando justo en ese momento a la parejita.

Ángel se preguntó si el tipo de la cabeza afeitada habría llegado ya a la piscina. Calculó sus posibilidades: podía marcharse y coger el coche. Pero también podía esperar allí, ver qué pasaba.

Eligió esa última opción. Se situó no lejos del hombre y la pareja. Ahora contemplaban algo que ya lo había impresionado a él la vez anterior: un ventanal abierto al malpaís y la montaña, pero construido de tal forma que la lava penetraba en la sala por debajo del cristal. Sobre el lametón de piedra, crecían dos cactus. Escuchó al experto contar lo mismo que Olga le había contado en su momento:

—César decía que este era su mejor cuadro. Si os fijáis, nunca es el mismo, porque la luz nunca lo es. Cambia de un momento a otro, como cambia el clima. Al atardecer es una maravilla: la luz recortando el volcán, creando claroscuros sobre la piedra.

Ángel lo escuchó con gusto (el hombre tenía una voz de barítono de las que atontan), mirando la ventana y el mar de lava, el bajo edificio blanco que, allá lejos, debía de pertenecer ya al pueblo, y la montaña al fondo. Una belleza, ciertamente. Pero solo lograba prestar atención a medias. Estaba más pendiente de la puerta que daba a la misma escalera por la que él había subido, aquella por la que esperaba ver aparecer de un momento a otro al tipo de la cabeza rasurada. El peninsular le dijo a la parejita que los invitaba a un café y salieron al jardín. Él permaneció allí un rato, mirando la ventana. Apareció la familia china, que se metió en una de las salas, donde un monitor ofrecía en bucle un vídeo sobre la casa y la Fundación. Los franceses subieron un instante después y se soltaron de la mano para sumarse a los chinos. Un instante después,

apareció el tipo.

Momento de la verdad, se dijo a sí mismo. Instintivamente, se puso el cuaderno bajo el brazo y se preparó para lo que viniese. Si el elemento del pelo rapado venía hacia él y se ponía también a mirar la ventana, consideraría la posibilidad de que se tratase de una casualidad. Si hablaba con él o interactuaba de algún modo, ya vería cómo comportarse. Si intentaba disimular y se largaba, entendería que, en efecto, lo estaba siguiendo.

El tipo se adentraba ya en el pasillo. Si hubiera seguido en línea recta, habría llegado adonde estaba él en unos segundos. Pero lo que hizo fue dar unos pasos antinaturales hacia la derecha, como si la zona en la que Ángel estaba oliese mal. Simulando no verle, se detuvo a curiosear uno de los cuadros matéricos de Manrique, fingió leer un poema de Alberti que reproducía un panel cerca de la salida y se fue.

Ni sombra de Carapicada. Quizá estaba en el aparcamiento, con el coche preparado. O habían decidido separarse.

Así que sí: unos inútiles. Porque, al parecer, solo debían seguirlo sin dejarse notar. Y lo habían hecho: se habían dejado notar con ganas. En todo caso, ya no tenían forma de disimular y era a él a quien le tocaba comportarse como si no se hubiese percatado de su presencia. Al menos de momento, hasta que averiguara de qué carajo iba todo aquello.

Por supuesto, él podría haberse dejado llevar por la lógica, por el sentido común. Podría haberse dicho a sí mismo que la cabeza le estaba jugando una mala pasada, que era víctima de algún tipo particularmente estúpido de paranoia. Pero no. La pregunta no era si lo estaban siguiendo o no. La pregunta era por qué lo hacían, qué estaba haciendo él que motivase que lo vigilaran un par de individuos a los que no había visto en su vida.

Esto lo pensó mientras cruzaba el último jardín y pasaba junto a la parejita y el peninsular de la barba gris, que tomaban café sentados en los bancos que había junto a la cafetería.

Cuando subió en el Seat y arrancó, entendió enseguida que en el Opel Corsa de alquiler solo iba el amigo Cocoliso. Para terminar de asegurarse de que lo seguía, al llegar a la rotonda, en lugar de

continuar hacia Arrecife, cambió de sentido como si regresara a la Fundación. Al hacerlo, comprobó que llevaba el Corsa pegado al culo.

—Puto subnormal —dijo entre dientes, volviendo a cambiar de sentido.

Al tomar nuevamente hacia Arrecife, notó que el otro aflojaba el paso, como si solo en ese momento el tipo se hubiese dado cuenta de la necesidad de disimular un poco, de tomar distancia. Al fin, entendió Ángel, debía de estar pensando que sabía adónde se dirigía. Se preguntó si Cocoliso también se alojaría en el Miramar o si más bien viviría en alguna residencia para cretinos.

MAURI

—Pero, vamos a ver, el plan era escarbar en todo lo que hizo la piba tuya —dijo Mauri después de dar un trago al botellín.

—En realidad no había ningún plan. La idea era, sencillamente, venir y guiarme por el libro, estar en los sitios donde ella estuvo. No sé, una forma como otra cualquiera de despedirme, ¿no?

Mauri hizo con la boca una imitación particularmente convincente de un pico de pato, la quebró con un chasquido y retiró los labios hasta mostrar por completo los dientes a través de los cuales aspiró un aire que no necesitaba.

—¿Qué? —preguntó Ángel.

—No, nada, mi sargento. Pero no sé si es buena idea.

—¿Y por qué va a ser mala?

Antes de contestar, Mauri volvió a dar un trago. Necesitaba refrescarse. El aire de las cinco de la tarde calcinaba la terraza, pese a la abundancia de sombrillas. Las mesas del café El Príncipe se distribuían en el rincón que formaban el edificio de Cáritas Diocesana y un negociado municipal, cerca de la plaza de Las Palmas y la iglesia de San Ginés. Desde donde estaba, Ángel veía el campanario de la iglesia y parte de la plaza, donde dos indigentes conversaban en un banco a la sombra de los árboles. Los otros clientes de la terraza eran parroquianos que merendaban en el interior del local y un par de grupos de guiris que habían movido las sombrillas para hacer la fotosíntesis, así que Ángel se había sentido libre de hablar de lo que le había ocurrido con Carapicada y su amigo Cocoliso. Mauri lo había escuchado con atención antes de comenzar a expresar sus reticencias. Ángel le conocía las mañas: era de los que te dejaban hablar y luego se dedicaban a buscarte el fallo. A veces, porque estaba convencido de tener razón. Otras, solo por llevar la contraria, por hacer de abogado del diablo o, simplemente, por

joder. Ahora mismo no sabía por qué lo hacía, aunque esperaba averiguarlo pronto.

—Todavía estás jodido, mi sargento. Yo te conozco y sé que estás jodido. Lo tienes muy reciente. A eso súmale que no pudiste venir en su momento. Que, también, manda cojones los mandos, siempre con el cumplimiento de la misión y la gran puñeta, pero eso es otra cosa. A mí, si quieres que te diga la verdad, me da la impresión de que estás emparanoiado.

—¿No te crees lo de los tíos estos?

—A ver, mi sargento, si tú me dices que estaban allí, es que estaban allí. Pero igual fue coincidencia.

Le llegó a Ángel el turno de hacer una mueca: llenó los carrillos de aire y lo soltó de un resoplido. Él se había cuidado de relacionar lo de los tipos con el trabajo de Olga. Pero Mauri estaba tomando esa dirección.

—Quiero decir, mi sargento: ¿tú estás pensando que lo de los pelaos estos podría tener que ver con alguna historia chunga del curro de la piba?

—No. Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas.

—Bueno, no se me ocurre ninguna otra cosa por la que me pudieran seguir. No estoy metido en movidas raras desde hace años. Y en Las Palmas no me han seguido nunca, que yo sepa. Ni en Las Palmas ni en ningún lado. Solo aquí y ahora.

—Vamos a pensar un poco, mi sargento: en el caso, ya improbable, de que te estén siguiendo porque vienes a ver lo que hizo Olga, ¿cómo carajo iban a saber los tipos cuándo ibas a venir y para qué?

Era una buena pregunta. A Ángel le sorprendió su contenido, pero, sobre todo, el hecho de que Mauri no estaba haciéndosela a él, sino más bien a sí mismo. Como ajeno a su presencia, el propio brigada comenzó a responderla:

—No. Para empezar, tendrían que haber sabido que venías y para qué venías. Y ni tú mismo sabías que ibas a venir hasta hace poco, ¿no?

—Correcto.

—¿Y quién sabía que ibas a venir?

—De aquí, solo la amiga de Olga, Sonia. No sé si ella se lo habrá contado a alguien.

—Pero esa piba es de confianza, ¿no?

—Claro que sí.

—Pues, tío, entonces solo hay una explicación: ha dado la casualidad de que coincidiste con los tipos y, como estás sensible con todo esto que te ha pasado, te pusiste un poco paranoico.

—¿Y cómo explicas que el nota me siguiera en el coche?

—Igual le gustaste, vete tú a saber. Pero tenlo claro: para que hubiese algo chungo con estos dos, tendría que haber algo chungo primero en el trabajo de ella. Y, según tú, no lo hay, ¿no?

—No —dijo Ángel. Después añadió, matizando—: A ver, se mete mucho con políticos y con empresarios, sobre todo en la última parte, cuando habla de cómo se les enfrentó César. Pero eso es cosa sabida, no es nada nuevo.

—Y, además, a estos tíos les suda la polla. Llevan mogollón de años en los papeles un día sí y otro también. Aparte de eso, nada más, ¿no?

—Bueno, le dedica un capítulo a la conspiranoia que hubo cuando murió Manrique.

Mauri soltó una carcajada.

—Joder, cómo está la peña. Si eso ya está más que demostrado que fue un accidente.

—Sí. Ella misma lo dice en el libro. Pero, así y todo, habla de las teorías que soltó más de uno. Había hasta un tipo que decía que a César le tenían pinchados los teléfonos y lo seguían para prepararle una jugarreta muy cabrona. Cuando lo leas, vas a ver. Para descojonarse.

—Bueno, no estoy yo para leer. Me estoy preparando los exámenes.

—¿Cómo va?

—Ahí estoy, metiéndole caña. Pero vamos al lío: en los papeles, no te parece a ti que haya nada peligroso para nadie, ¿no?

—No. Nada raro.

—Pues blanco y en botella es leche, mi sargento, hazme caso: toda esa movida es un trabe suyo.

A Ángel le hizo gracia cómo se escarranchó Mauri a continuación en la silla, cómo se bebió de un lingotazo la cerveza que le quedaba con la chulería parsimoniosa de un viejo *sheriff* en una mala película del Oeste.

Él se acabó el suyo y pidió otra ronda por señas. Mientras la traían, encendió un cigarrillo.

—Igual sí, igual es paranoia mía.

—Fijo —dijo Mauri—. Pero, eso sí, ¿que me equivoco y estos tíos te están oliendo el culo? Me avisas, que tampoco sería la primera vez que montamos una fiesta de hostias tú y yo, ¿no?

Ángel sabía que Mauri estaba a punto de comenzar a rememorar broncas legendarias que habían tenido en bares de medio país, pero el camarero los libró a ambos del inventario.

—¿A qué hora quedaste para el compromiso ese tuyo?

Ángel miró instintivamente el reloj.

—Sobre las nueve y media. Pero tengo que comprar algo para llevar. Y me quiero dar una ducha y echarme un poco antes de ir.

—¿Es algo de postín?

—No, qué va. Es en casa de la amiga de Olga. Un picoteo.

Acabaron la cerveza hablando de los planes que tenía Ángel para el día siguiente. Mauri le propuso que se llamaran para almorzar.

Tras despedirse de Mauri, compró dos botellas de El Maipés blanco y una cuña de queso. Después volvió al hotel, lastrado por la bolsa de plástico, embotado por el último calor de la tarde y el calor de la cerveza. Aunque no tan colocado como para no notar que la habitación estaba cerrada con dos vueltas de llave. Y él la había pasado solo una vez.

Así que todo el sentido común que Mauri le había aportado se desvaneció enseguida y casi pudo ver a Carapicada haciendo de las suyas con una ganzúa mientras Cocoliso vigilaba el pasillo. Sin embargo, esta imagen también desapareció inmediatamente, cuando comprobó que habían limpiado la habitación: la camarera de piso había hecho su trabajo, cambiando toallas, reponiendo geles y jabones, haciendo la cama hasta dejar la colcha estirada impecablemente, poniendo orden en el escritorio y, de paso, en la cabeza de Ángel. No habían entrado a espiarlo; habían entrado a limpiar.

Metió el vino en la nevera. No daría tiempo a que se enfriase del todo, pero se refrescaría. Se hizo un nescafé para despejarse. Lo tomó en el balcón, fumando, mirando nuevas acrobacias de los chiquillos que se lanzaban desde el puente y le espantaban las lisas al taxista.

Después se lavó los dientes, se dio una ducha, volvió a vestirse. Cuando salió, llevando la bolsa del supermercado con el queso y el vino, se aseguró de dar solo una vuelta a la llave.

Playa Honda

La casa de Playa Honda la recordaba más grande, quizá porque la memoria tiende a amplificar los espacios de la felicidad y para él habían sido muy felices los días que había pasado allí. Pero en realidad solo tenía un salón con cocina americana, un dormitorio, un baño completo, un aseo y un despacho que se transformaba en cuarto de invitados gracias al sofá-cama donde él había dormido con Olga. Y todo, menos el aseo, donde apenas cabían el retrete y el lavamanos, lleno de los libros y los *souvenirs* de Sonia, que había aprovechado cada pared o rincón libre para encasquetar una librería, un par de baldas, un arcón, cualquier cosa en la que pudiese poner parte de su biblioteca o de los cachivaches étnicos que se traía como trofeo de sus viajes. Olga celebraba las reuniones como aquella en el patio que recorría las partes posterior y lateral de la casa. Como estaba rodeada por viviendas de dos o tres plantas, el espacio era discreto, estaba al abrigo del viento y, en conjunto, resultaba más amplio que el salón y la cocina juntos. Además, era muy agradable. Las enredaderas recorrían la fachada de la casa colindante y Sonia cuidaba de que los geranios, los helechos y hasta una buganvilla en flor se alternaran con su colección de cactus en torno a una mesa de jardín situada en la parte trasera.

Allí lo esperaban ya picoteando Julia y Blas cuando Sonia salió a recibirlo y, tras poner el vino y el queso en la cocina, le colocó una lata de Tropical en la mano y le dijo que se adelantase, que ella tenía que sacar las papas.

El matrimonio lo saludó más cariñosamente de lo que nunca lo había hecho. Hasta el tímido Blas se levantó para darle un abrazo. Durante los primeros minutos, se dedicaron a preguntarle lo mismo que todos (si había llegado bien, dónde se alojaba, hasta cuándo se quedaría) y él fue contestando como pudo, intentando preguntarles

también a ellos qué tal le iba a Julia con el bufete y a Blas en el trabajo (aunque nunca había sabido exactamente a qué se dedicaban ni él ni su empresa), cómo estaban los niños. Esta última pregunta provocó encendido de teléfonos móviles y profusión de fotografías de los dos churumbeles, niño y niña, en distintas situaciones, atmósferas y grados de gracia, acompañados de chascarrillos de los orgullosos padres que fingían ser sufridos aguantadores de mataperrerías.

Julia y Blas eran la i y el punto. Y ella era la i: casi un metro ochenta de mujer delgada, con el pelo rizado y abundante que dejaba encanecer sin preocuparse. Sin embargo, su rostro, lavado y terso, continuaba en los treinta años que había dejado atrás hacía ya nueve. Como siempre que no estaba trabajando, llevaba un vestido suelto y se comportaba de manera extrovertida y tolerante, con un sentido del humor un tanto maligno pero siempre generosa, intentando volver a ser la *hippie* que en realidad nunca fue, dedicada a los estudios y el derecho laboral, defendiendo a quienes no habían tenido la suerte de contar con unos padres que pudiesen darles carrera. Blas, que le sacaba quince años, era más del modelo oficinista: bajito y rechoncho, intentaba disimular sus lorzas llevando las camisas por fuera del pantalón, pero apenas lo conseguía. Sus ojos miopes, siempre tras unas gafas de montura al aire, tendían a orientarse hacia abajo, como herencia de una timidez juvenil que jamás había superado del todo. Tenía cara de luna y una frente que le acababa casi en el cogote, aunque nunca se había decidido a afeitarse los cuatro pelos que aún le crecían en torno a la coronilla. Por lo demás, era un hombre amable, llevaba siempre la sonrisa puesta y no se negaba a la conversación, aunque jamás era él quien la iniciaba, probablemente por miedo a decir algo inconveniente. Ángel los había conocido cuando acababan de tener a la niña, la más pequeña de su progenie. Por entonces, ya formaban pareja desde hacía años; de lo contrario, jamás hubiese pensado que dos personas así pudiesen estar juntas. Pero su relación mostraba una solidez envidiable y a Ángel casi lo enternecía ver cómo se miraban a veces, fugazmente, en los momentos en que creían que nadie los veía.

Sonia llegó con un plato de queso y volvió a marcharse, tras pedir un voluntario para cortar el pan y terminar de preparar la ensalada. Fue Blas quien acudió a la llamada. Julia comenzó a liar un cigarrillo mientras Ángel encendía uno de los suyos.

—Cuéntame, Ángel, ¿cómo lo llevas?

Esto lo preguntó Julia sin mirarlo, concentrada en poner en el papel de fumar la cantidad de tabaco exacta.

—Bien, ya te dije. Llegué ayer y me he estado dando un paseo por…

—No me refiero a eso.

La abogada le clavó sus ojos zarcos y Ángel entendió a qué se refería. Le pareció extraño, porque nunca habían tenido demasiada confianza. Sin embargo, no se sintió incómodo: Julia tenía la capacidad, quizá adquirida en el trabajo, de adentrarse en la intimidad de la gente sin parecer una intrusa.

—Bueno, qué te voy a contar. Estoy jodido. La echo de menos. Y, además, por cómo ocurrió todo, es muy raro. Es como si no fuera verdad. Como si todo el mundo me hubiera mentido y ella, en realidad…

—Fuera a aparecer de pronto.

—Eso es. Como si fuera a aparecer de pronto y a reírse de mí, diciéndome que todo era coña. O que se equivocaron o qué sé yo. Es jodido no haber estado aquí para enterrarla.

Julia asintió varias veces, cerró el cigarrillo y lo prendió.

—Fue un palo —dijo—. A Sonia no se lo notarás, pero sigue hecha polvo.

—Tú estuviste con ella buscándola, ¿no?

Julia exhaló una bocanada de humo y meneó la cabeza arriba y abajo.

—Sí. Sonia me llamó, me dijo lo que había y cogimos el coche. Blas fue también en la moto por ahí. Y David —Ángel no sabía a quién se refería, pero prefirió no interrumpirla—. Luego, cuando la Policía encontró el Ford Fiesta, nos fuimos para la zona del castillo. Y por allí estuvimos, buscando por las naves industriales, hasta que a un policía le dio por mirar en el acantilado. La pobre Sonia se derrumbó. Estuvo no sé ni cuánto caminando de un lado a otro, agarrándose la

cabeza. Cuando logré trincarla, se me desparramó en los brazos. Pero luego, con todos los trámites, estuvo muy entera. Fue ella la que llamó a Alfonso, porque no quería que se lo dijera la Policía, sino alguien cercano. Y, en lo que él venía para acá, se comió el marrón de identificarla. Para no cansarte: esa chiquilla ha aguantado mucho. Yo a Olga la quería mucho, pero con Sonia, ya sabes, eran como hermanas. —En este punto, Julia paró de hablar, recapacitó acerca de algo y le puso una mano en el hombro—. Nosotros lo pasamos mal, pero ni me quiero imaginar lo que habrá sido para ti, allá, cuando te lo dijeron.

—Es una puñeta, Julia. Estaba en la 4.28. —Julia puso cara de no entender y Ángel aclaró—: Es una posición en una zona delicada. Bueno, pues estaba allí y solicité permiso. Pero no me lo dieron. «Asumir y practicar racionalmente, por sentido del deber, las reglas del Ejército, para garantizar el cumplimiento de la misión» —recitó con un dejo de ironía—. Esa es la primera norma de la disciplina. Y me la hicieron cumplir a rajatabla. Me pusieron en evaluación psicológica y a tomar por culo. Lo que me tiene roto no es solo lo que le pasó a Olga, sino que, como no estuve aquí, no pude hacer nada.

—¿Y qué ibas a hacer?

—No sé. Me queda magua de no haber estado. No después del accidente: antes.

—Pero ¿tú estás seguro de que habrías estado aquí? No te puedes machacar con eso, Ángel. Tú tienes tu trabajo y ella tenía el suyo. Y, aunque hubieses estado aquí, ya sabes cómo era Olga: si ella quería irse sola a sacar fotos, se iba sola a sacar fotos. Esto es lo que hay, querido.

—Bueno, ¿y el después? Yo tendría que haber sido quien la identificara, quien se lo dijera a Alfonso…

—No te fustigues más —lo cortó Julia, apretando con cariño el hombro que no le había soltado—. Yo entiendo que tú necesitas seguir tu proceso, hacer tu duelo. Y, de hecho, me parece muy lindo que hayas venido, que te intereses por lo que ella hacía. Todo eso está muy bien. Pero, hazme el favorcito, no te machaques. Tú no tienes la culpa de nada ni has estado por debajo de ningún tipo de

expectativa que se te ocurra. Y, que yo sepa, ni Sonia ni Alfonso ni nadie lo piensa así. Lo tengo muy hablado con Sonia, lo mal que lo tuviste que pasar allá, tan lejos, sin poder…

—… hacer nada —concluyó Ángel.

—Sin poder estar cerca —matizó ella.

—¿Sin poder estar cerca de dónde? —oyeron decir a Sonia, que venía con la ensalada.

Julia adivinó el pudor de Ángel y, rápidamente, contestó en tono de cachondeo:

—De ningún sitio que te interese, cotilla.

—Bájeme el labio, zinguanga, que el respeto es muy bonito —le siguió Sonia la broma mientras encendía un par de velas con olor a fresa y las distribuía en la mesa.

Del interior de la casa, comenzó a surgir música a medio volumen, obra de Blas, que apareció tras los primeros compases, trayendo más cerveza para todos.

—¿Otra vez el mismo disco? —le dijo su pareja.

—Mujer, está bien —lo defendió Sonia mientras Blas se sentaba con una sonrisilla maligna.

—A ver, que a mí también me gusta. Pero se pasa la vida poniendo el *Kind of Blue*. Y mira que grabó cosas Miles Davis.

—Hice una selección —aclaró Blas—. Luego hay temas de Coltrane y de Thelonious Monk.

Ángel no tenía ni puta idea de lo que estaban diciendo. Pero le importó poco: estaba concentrado en abrir la lata que Blas le había dado.

—Bueno, ya está todo preparado —dijo Sonia—. A ver si este hombre no tarda mucho más.

Entonces, Ángel contó los servicios que había puestos en la mesa: eran cinco. Julia notó su curiosidad.

—David, la pareja de Sonia —le aclaró.

Mientras esperaban por el tal David, Sonia le preguntó a Ángel adónde había ido ese día. Ángel habló de Famara y del restaurante, que todos conocían. Luego contó su visita a la Casa del Taro y se refirió al peninsular que explicaba el museo a la parejita. Sonia le dijo que era Pepe Dolz, el archivero de la Fundación. En ningún momento mencionó a Carapicada y Cocoliso, que parecían ahora lejanos y brumosos, como esas nubes que fingen ser islas. Por último, se refirió a su visita del día anterior al Castillo de San José y a su encuentro con el viejo.

—El hombre me contó que había trabajado en el Cabildo. Con Luis Morales. Ezequiel, me dijo que se llamaba.

—Maestro Ezequiel Ferreras —dijo Blas.

—¿El de Ye? —le preguntó su mujer.

—A mí me dijo que vivía en El Lomo.

—Y allí vive —confirmó Blas—. Pero el hombre es de Ye.

—¿Ye?

—Debe de ser el pueblo con el nombre más corto del mundo, ¿verdad? —terció Sonia.

—Está en Haría. Cuando vayas para el Mirador del Río, ya pasarás por allí —continuó diciéndole Blas a Ángel.

—Y te sabrá a poco —comentó Julia—. El pueblo no es mucho más grande que el nombre.

—Pues sí, Maestro Ezequiel es de allí. Yo lo conozco porque una sobrina de él está casada con un primo mío. Me lo veo fijo allá, en la calle Real, haciendo tertulia.

—¿En la cafetería San Francisco, puede ser? —intentó confirmar Ángel.

—Ahí mismito.

—Eso me dijo él.

—Y sí es verdad que trabajó un montón de años para el Cabildo. Si quieres saber algo sobre cómo se hizo todo esto y de cómo era antes de que se hiciera, ese es tu hombre. Yo creo que es de los poquitos que quedan vivos.

A Ángel le pareció rara tanta locuacidad en Blas. Incluso lo había mirado a la cara un par de veces. Evidentemente, le gustaba hablar del tema. Y a él le interesaba, así que le tiró de la lengua.

—Según el libro de Olga, parecían como un equipo, ¿no?

—«Parecían» no: *eran* un equipo —corrigió Blas—. Hay que entender una cosa: César veía en la isla lo que no podían ver los demás. Era un visionario.

—«Yo soy un contemporáneo del futuro», decía él —apuntó Julia.

—Eso es. Tenía un proyecto estupendo. Pero solo lo pudo llevar a cabo porque se dio la circunstancia de que en el mismo momento, en el mismo lugar, coincidió una serie de personas que creían en ese proyecto.

—De presidente del Cabildo estaba José Ramírez Cerdá —dijo Julia —, el jefe de obras era Luis Morales y el maestro artístico, Jesús Soto. Y lo bueno es que, entre ellos y César, también supieron ilusionar a los aparejadores, a los capataces, a los peones. Al final, si miras atrás, fue una obra colectiva.

Blas esperó a que su mujer terminara de hablar, observó la impresión que había causado en Ángel (que había sido más bien poca) y pareció decidir que debía explicárselo mejor:

—Piénsalo, querido: en pleno franquismo, mientras en la Península se empezaban a cargar toda la costa, y en Tenerife y Gran Canaria los caciques se planteaban quitar los latifundios para llenarlo todo de ladrillo, aquí hubo unos tíos que, de repente, se paran a escuchar a un artista. Y el artista les dice que Lanzarote es un filón turístico de primerísima división, pero solo si las cosas se hacen bien. Lo del desarrollo sostenible aún no era un término que se utilizase demasiado, pero ellos estaban poniéndolo en práctica. Sin mucha teoría, pero echándole huevos. Sin pedir permiso. Arrimando el hombro. Y era una idea cojonuda, porque, sí, aquí hay sol, buen clima y playas, pero eso también lo hay en muchos otros lados. Todo el que tenga un cachito de costa por debajo del ecuador lo tiene.

Pero toda esta belleza que crearon ellos, aprovechando lo que les daba la naturaleza, no la tiene casi nadie.

Julia aprovechó que Blas se echaba un buche de cerveza para intervenir:

—Hicieron una cosa fantástica: que todas las intervenciones fueran centros de arte, cultura y turismo, todo a la misma vez.

—Y, al mismo tiempo, Ramírez Cerdá, con este mismo equipo, fue mejorando las infraestructuras, intentando solucionar el problema del agua, trazando las carreteras. No sé si te habrás fijado, pero en las carreteras de aquí no hay vallas publicitarias.

—Es verdad —dijo Ángel, que no sabía si arrepentirse de haber picado a Blas para que siguiera hablando.

—Eso fue cosa de César —dijo Julia—. No movían piedra sin consultar con él.

—Lo que hicieron fue cojonudo —sentenció Blas.

—Hasta que se empezó a joder —comentó Sonia, jugueteando con el mechero con el que acababa de encenderse un cigarrillo.

—Como en todas partes, supongo —opinó Ángel.

—Sí y no —dijo Julia—. Aquí la cosa tuvo sus peculiaridades. Para empezar, la famosa Reunión de los Seis. Eso fue a principios de los ochenta.

—¿La Reunión de los Seis?

—¿Tú viste *El Padrino II*? —dijo Julia—. ¿Te acuerdas de cuando sale la famosa reunión de La Habana, cuando es el cumpleaños del mafioso judío? No me acuerdo ahora mismo de cómo se llamaba…

—Hyman Roth —aportó Blas, cinéfilo desde el vamos.

—Eso es. Bien: están en el cumpleaños de Hyman Roth y a la celebración van todos los mafiosos que han ido a La Habana a reunirse con Batista para sobornarlo y que se lo ponga fácil para invertir en Cuba. ¿Te acuerdas, Ángel?

—Me acuerdo.

—Y la tarta tiene dibujado el mapa de Cuba y luego los camareros la van cortando y repartiéndosela a los mafiosos. Pues así más o menos debió de ser la Reunión de los Seis. El dinero venía de fuera. Pero no de mafiosos o de especuladores. Venía, por lo menos al principio, directamente de partidos políticos que tenían un pastizal

para blanquear y no sabían cómo hacerlo ni dónde invertir. Entonces, apareció una figura oscura, un senador que hizo de contacto con los partidos para que pudieran meter su dinero en Lanzarote.

—Había mucha pasta que, si no se invertía, se perdía —apuntó Blas.

—Pero ¿quiénes eran los seis? ¿Tipos de fuera?

Julia casi se rio:

—No, qué coño. Los seis eran alcaldes, de diferentes partidos.

—Los alcaldes de seis municipios de aquí —dijo Sonia, que, aunque no hubiese nacido en la isla, había escuchado aquella historia muchas veces.

—De casi todos los que tenían costa —puntualizó Blas.

—Y que luego se irían saliendo de sus partidos y formarían agrupaciones independientes —aportó Sonia.

—Eso es un clásico, Ángel —le dijo Blas, poniéndole una mano en el hombro—: En este país, cuando veas que hay un partido que se presenta como Independiente de tal o cual sitio, o Coalición de Independientes de no sé qué, tenlo claro: detrás hay cuatro listos hijos de puta que vienen a la política para hacerse el bisnes. Caciques de los de siempre o caciques de los nuevos, pero siempre caciques.

—Sí, pero lo de los independientes fue después —dijo Julia—. En ese momento, lo que hicieron fue montar un plan para invertir el pastizal de marras, construir a lo bestia y sacarse su comisión. Aparte del senador aquel, hay otro personaje muy curioso. El secretario del Ayuntamiento de Viéitez. Que, además, tenía una asesoría legal. La mayor parte de los ayuntamientos le encargaban los informes de todos los asuntos urbanísticos. Así que era el que más meaba: todos los contratos pasaban por él. Pero, a la misma vez, el tipo asesoraba a las empresas constructoras, ¿te das cuenta?

Ángel no sabía de qué tenía que darse cuenta. Julia intentó aclarárselo con un ejemplo:

—Tú imagínate: una empresa quiere construir en el municipio equis, ¿no? El ayuntamiento solicita los preceptivos informes, ¿verdad? Hasta ahí, todo bien. Pero da la casualidad de que quien elabora el informe para la resolución que aprueba o deniega la

solicitud por parte del ayuntamiento es la misma persona que ha redactado la propuesta por parte de la empresa constructora. Te lo traduzco, que ya sé que es un lío: yo escribo la solicitud de parte del empresario y me la presento a mí mismo, que tengo que evaluarla por parte del ayuntamiento. ¿Te parece a ti que me la voy a denegar?

—Así funcionaba. Así es como fueron dando pelotazos por la costa —confirmó Blas.

—O sea, que fue una movida montada por alcaldes —quiso saber Ángel.

—A ver —continuó explicando Julia—, estos, en realidad, eran maúros del campo que no sabían hacer la o con un canuto. No eran tan listos. Los listos de verdad eran los que les pusieron la tarta delante, con todo el merengue: los intermediarios, el senador este, el secretario y los que parecía que eran recaderos y que luego se han ido quedando con todo el chiringuito, cuando estos alcaldes fueron cayendo. Porque algunos cayeron. Mira, si no, Domingo Ferrer.

Hasta a Ángel le sonaba Domingo Ferrer, que aún estaba en la cárcel y figuraba involucrado en muchos de los escándalos de corrupción que habían saltado en la isla y, sobre todo, en los dos que habían llegado a los tribunales y habían acabado por tener sentencia firme.

—Pero ¿ves?, este, al final, era un pringado. Es el que ha salido en todos lados, pero el verdadero bisnes se lo hicieron los otros, los intermediarios.

—¿Y quiénes eran?

—No eran: *son* —corrigió Sonia—. De todos los nombres no me acuerdo ahora, pero mira las noticias sobre los casos de corrupción que se han abierto en los últimos años, porque ahí salen los nombres de casi todos, aunque los casos todavía estén abiertos y casi ninguno haya sido condenado.

—De hecho —dijo Blas—, los más peligrosos son los que tienen pasta para apelar y apelar, e interponer un recurso tras otro. De eso sabe mucho Julia.

Julia, que en ese momento estaba masticando un trozo de queso,

asintió varias veces antes de tragarlo y decir:

—Tú ya sabes cómo es esto: los pleitos no los gana quien tiene razón, sino quien tiene más pasta para abogados. Sin contar con que hasta la fiscalía y la judicatura están un poco podridas por algunos laditos, ¿me entiendes? Hay fiscales y jueces que no se han querido meter en el asunto porque eso es un berenjenal. Pero hay otros que, directamente, no están limpios del todo.

A Ángel, que había empezado hablando de Maestro Ezequiel, comenzaba a resultarle todo cada vez más confuso. Tenía la sensación de haber dado con una piqueta en una tubería de la que surgía un chorro de información que salpicaba hacia todos lados. Así que intentó centrar el asunto.

—Lo que no entiendo es qué tiene que ver todo eso con César Manrique. Él murió en el noventa y dos.

—Sí, pero estos lodos de ahora vienen de la polvajera de esa época —dijo Blas.

Entre los tres, fueron contándole más cosas. Por ejemplo, que Blas había conocido a César, porque había formado parte, de pibe, de varias asociaciones ecologistas a las que César apoyaba. Por ejemplo, que en las imágenes de televisión en las que el pintor formaba parte de un piquete que detenía las excavadoras, a Blas se le veía al fondo, con diecisiete años, melenudo y violento. Por ejemplo, que el saqueo al litoral había comenzado en Puerto del Carmen, había seguido por Playa Lunar y luego había continuado con Playa Blanca y Costa Teguise.

—Ellos siguen ahí, intentando hacer pasta, aunque tengan que cargárselo todo. Si no se les hubiera opuesto nadie, ahora mismo no quedaría ni un cachito de costa sin joder —dijo Sonia.

—Pero ahí está la segunda diferencia con respecto al resto del país —dijo Blas—: aquí sí que hay un proyecto sostenible que oponer a estos sinvergüenzas.

Ángel no acababa de entenderlo. Ahora fue Sonia quien intentó explicárselo.

—En otros lados, en Gran Canaria, sin ir más lejos, se metieron a enladrillar el sur de la isla a saco. Y hubo respuesta por parte del ecologismo. De hecho, todavía la hay. Pero es un movimiento de

reacción. Aquí no. Aquí ya había un modelo sostenible y que funcionaba perfectamente. Que estaba consolidándose cuando estos cabrones se metieron a esparcir cemento. Y ese modelo es el legado de César.

—Por eso es tan importante la figura de él —dijo Julia—. Él, y los que tenía alrededor en aquella época, crearon esa conciencia colectiva de que había que defender la isla, preservarla.

—Y lo bonito es que no es solo una historia de culturetas o de gente metida en política —dijo Sonia—. Habla con cualquier taxista, con las limpiadoras, con los camareros: cuatro de cada cinco te van a hablar del modelo de César como de algo propio.

—Así que, cada vez que intentan dar un paso más, hay una sociedad civil que se les opone. Hay batallas que se han ganado y batallas que se han perdido, pero la guerra sigue —concluyó Blas. Parecía que iba a continuar hablando, pero, por debajo de la música, oyeron un coche que aparcaba delante de la casa.

—Ahí está David —dijo Sonia, poniéndose en pie y mirando su reloj —. Solo media hora tarde.

Blas continuó hablándole a Ángel sin girarse hacia la casa, donde se oía la puerta de la calle abriéndose y cerrándose.

—Un día, si quieres, nos echamos un café y te cuento con tranquilidad. Te estás quedando en el Miramar, ¿no?

—Sí.

—Pues el lunes me paso por allá a buscarte, si te viene bien. Yo trabajo al ladito. Aquí todo está cerca.

Blas rio su propia broma y Ángel le correspondió como si no la hubiera oído antes. Pero su atención se orientó hacia la puerta trasera, en cuyo umbral acababa de aparecer el tal David. Sonia se dirigió a su encuentro.

—Buenas noches a la concurrencia. Perdón por el retraso.

—El retraso te lo perdonamos, pero no nos vuelvas a llegar tarde —bromeó Julia.

Tal y como estaba sentado, Ángel solo pudo verlo de espaldas, vestido con vaqueros y una camiseta naranja, mientras le palmeaba el hombro a Blas y recibía el beso en los labios que le dio Sonia, antes de girarlo hacia Ángel para hacer las presentaciones.

—Este es Ángel. Ángel, este es David.

Ángel se puso en pie para estrechar la mano que el tal David le tendía, pero no acertó a decirle que estaba encantado porque, al elevar la vista, se enfrentó al guapo y único rostro del mismísimo Míster Sonrisas.

Al entender que Míster Sonrisas estaba con Sonia, comenzó a reformularse preguntas, a reorganizar su mapa mental, haciéndose, no obstante, el propósito de suspender su juicio. Entraba en lo posible que Sonia no conociese la existencia de las fotos que a él le habían tocado los huevos. Así que decidió no mencionarlas, no hacer preguntas sobre Olga y él, mantener bien abiertos ojos y oídos.

Las maneras del individuo estaban a la altura de su apariencia. Desinhibido y simpático, tenía ese tipo de déjame entrar que te hacía sentir inmediatamente que lo conocías de toda la vida. Demostró enseguida su don de gentes evitando referirse explícitamente a lo que había pasado con Olga, pero dándole a entender a Ángel que lo acompañaba en el sentimiento con el simple gesto de prolongar un poco el apretón de manos y mirarlo blandamente a los ojos. Después, mientras Sonia y Blas traían la comida, volvió a disculparse.

—Tuve una reunión de esas que se hacen largas.

—¿En Arrecife? —preguntó Julia.

—Ojalá. No, en Viéitez, en la oficina.

—Eso son cuarenta minutos de coche.

—Fijo.

Ángel no sabía dónde estaba Viéitez ni a qué se dedicaba el tipo. Pero se había prometido callar y escuchar.

El picoteo estaba completito: aparte de la ensalada y el queso, había papas arrugadas, ensaladilla rusa, ropavieja de pulpo (traída por Blas) y una carne de cochino que Sonia había hecho por la tarde y acababa de calentar. Ángel se fijó en que había más botellas de vino de la misma marca que él había traído. Como si lo estuviera observando, Sonia le dijo a David, que en ese momento descorchaba una:

—Esa es de las que trajo Ángel.

David sonrió y se dirigió a él:

—Veo que tienes buen gusto.

Se rieron todos menos Ángel, que no comprendió la broma. Julia se lo explicó:

—El Maipés es la bodega de David.

—Mía no: de mi familia —corrigió él.

—Bueno, en la práctica, la tuya.

David creyó oportuno explicarle a Ángel que su abuelo por parte de padre ya hacía vino cuarenta años atrás, pero que no se trataba de una cosa de calidad, sino de vino de gasto que vendía a las tabernas y a las tiendas de aceite y vinagre. Luego, su padre, al morir el viejo y heredar los terrenos, se había dedicado a otras cosas, aunque por una cuestión más bien sentimental había mantenido los viñedos y vendía la uva a otras bodegas. Hasta que, hacía unos años, a él se le había ocurrido que era un buen momento para abrir su negocio.

—Hacemos un malvasía volcánica que no tiene nada que envidiarle a El Grifo o al Bermejo. La bodega y las oficinas las pusimos en Viéitez, porque allí teníamos unas instalaciones que se podían aprovechar, pero los viñedos siguen estando un par de kilómetros al norte, en La Geria, con lo cual conservamos la denominación. Ahora estamos empezando a exportar bastante a la Península, pero solo a tiendas de *gourmet*. Yo prefiero vender poco y de calidad que tener un montón de clientes y darles meado de gato. En cualquier caso, el producto tiene una buena relación calidad-precio.

De calidad Ángel no entendía mucho; acerca del precio, recordó que cada botella le había costado trece con noventa y nueve, esto es, catorce pavos cada una. Y él era de los que no solían gastar más de tres o cuatro euros por botella, con lo cual entendió que la calidad de El Maipés tenía que ser la hostia.

Justo después de dar su explicación, David le sirvió una copa y él pudo comprobar que sí que estaba bueno, que tenía el toque afrutado que dejaba siempre el malvasía de Lanzarote, por seco que fuese. Estaba fresquito, además.

Míster Sonrisas le preguntó lo mismo que le habían preguntado antes, dónde había estado, qué había hecho desde que llegó. Y él

respondió más o menos igual, pero ahora nadie habló de corrupción, de desarrollismo o de reuniones legendariamente sospechosas. Todo lo más, se desgranó el ya consabido rosario de lugares que Ángel no debía perderse: Timanfaya, los Jameos y la Cueva de los Verdes, el Jardín de Cactus, el Mirador del Río.

—El lunes tengo previsto moverme hacia el norte —dijo él cuando David nombró el Mirador.

Al mencionar el lunes, descubrió una extraña mirada de complicidad en Blas, que prácticamente no había vuelto a pronunciar palabra desde la llegada de Míster Sonrisas. Sintió que, de algún modo, aquel quería recordarle su cita. Fue a decirle algo, pero Blas se lo impidió, diciendo rápidamente:

—El lunes es un día cojonudo para los Jameos y los Verdes. No cogerás mucha cola de gente para entrar.

—¿Y hacia el sur no tienes previsto ir? —preguntó David.

—Puede que sí, algún día de estos.

Aún no había acabado de decirlo cuando entre los dedos del otro se materializó una tarjeta de visita.

—Pues si te pasas por Viéitez, no dejes de ir a verme y te enseño aquello. Me tienes por allí de lunes a viernes. Pero, si te quieres asegurar, dame un telefonazo antes de ir, no sea que me pilles fuera de la oficina.

Ángel se guardó la tarjeta en la cartera, preguntándose si llegaría a utilizarla, que es lo que se pregunta en algún momento todo aquel que recoge una tarjeta de visita no solicitada antes de guardársela.

Después de la cena, aparecieron sobre la mesa las bebidas fuertes. Ángel, que había bebido cerveza y vino, advirtió que solo se tomaría un cubata y Sonia le dijo que no se cortara, que no había ningún problema si quería quedarse a dormir allí. Hablaron sobre política, sobre series de televisión que veían en plataformas de pago, sobre el último disco de Arctic Monkeys y sobre absurdas polémicas en Twitter. Ángel, que se consideraba refractario a la política, no estaba suscrito a ninguna plataforma de televisión en *streaming*, había oído a los Arctic Monkeys solo alguna vez porque a Olga le gustaban y no tenía más que un perfil de Facebook que tampoco consultaba demasiado, asistió como libre oyente a aquella especie de reunión de facultad, interesándose en lo poco que entendía de lo que decían, pero interviniendo lo imprescindible.

Hacia el tercer cubalibre, David le sacó a Ángel el tema de su trabajo y le preguntó cómo era el Líbano. Y él, que en principio no supo qué decir, luego mencionó el tópico de la calma tensa en la Blue Line, no por tópico menos cierto. Y ahí fue donde tuvo que ponerse a hablar más, porque hubo de explicarles lo que era la Blue Line. También, más a causa del ron que de las ganas de hacerlo, les habló del vigésimoséptimo, de la Brigada Canarias, de la Base Miguel de Cervantes y de las posiciones desde las que se observaba la frontera, de un resort instalado en la orilla libanesa del río Wazzani donde los turistas daban quebraderos de cabeza porque se empeñaban en meterse en el río para sacarse selfis en agua de nadie, de los campos de minas y de la amabilidad de los libaneses, de los pastores cuyo ganado a veces cruzaba la frontera (un animal no sabe lo que es una frontera y no hay modo de explicárselo) y de las unidades israelíes que aparecían enseguida a pedir explicaciones a los dueños de los corderos (y a los corderos mismos, si así les

cuadraba), de las patrullas en la fría madrugada o en mediodías calcinados por el sol, de la Posición 4.28, donde no era agradable cumplir servicio, porque allí había ocurrido el accidente del cabo Soria. Ellos no sabían a qué se refería y él les habló de Francisco Javier Soria, a quien se había llevado por delante una granada de mortero israelí en medio del fuego cruzado con Hezbolá. David creyó recordar la noticia y a Julia le extrañó que lo llamara accidente.

—Pues claro que lo llamo accidente —dijo Ángel—. Todos allí lo llamamos así, accidente. Te acostumbras a hacerlo. Lo llamas accidente porque tú estás ahí, donde mismo lo mataron a él. Lo llamas accidente y así te haces a la idea de que no es algo que pase todos los días ni algo que pueda volver a pasar en cualquier momento. Para engañarte a ti mismo diciéndote que eso no te puede pasar a ti. Lo llamas accidente para que no te tiemblen las piernas, para no mearte encima del miedo.

De pronto, entendió que lo escuchaban con un silencio respetuoso y que de él emanaba una especie de miasma de melancolía que les estaba jodiendo la noche. Así que dio unos golpecitos en la mesa y alzó su vaso diciendo:

—Pero lo peor de todo es que allí no hay Arehucas. ¡Un brindis por el buen ron, carajo!

Se permitió a sí mismo tres rones más antes de marcharse, agradeciendo pero rechazando la insistencia de Sonia en que se quedara. Se fue al mismo tiempo que Blas y Julia, que vivían cerca y habían venido andando. Desde la puerta, los despidieron Sonia y Míster Sonrisas, que, con toda probabilidad, dormiría allí. O follaría y se marcharía. O vaya usted a saber y a quién carajo le importa, pensó Ángel intentando centrarse para no rozar el coche al sacarlo de la plaza donde había estacionado.

El trayecto hasta Arrecife era corto y sencillo, pero pudo hacerlo más bien por intuición, porque le bailaba la cabeza y el panel de mandos del auto era una escafandra de goma que se agostaba y se expandía en la inmensidad del espacio y el tiempo y, en algún momento, notó que había cambiado de carril casi sin darse cuenta.

Tuvo suerte de no toparse con ningún control de tráfico o, peor aún, con otro coche. También la tuvo de dar con la cerradura al llegar a su habitación. Nuevamente, había dos vueltas de llave dadas, aunque la extrañeza y la preocupación le duraron los pocos segundos que tardó en sentir los vahídos del bajón del alcohol, del sofoco de la habitación recalentada, de la molestia de las ropas que se arrancó mientras se dirigía a encender el ventilador y abrir la puerta del balcón. Bebió agua, fumó su último cigarrillo de la noche y se acostó sin taparse, completamente desnudo, derrengado por la buena mesa y el mal trago, sin llegar a poner el despertador ni apagar la luz de los apliques, sabiendo que pasaría mala noche y que la mañana no sería demasiado mejor.

RESACA

Como era sábado, el piberío comenzó a llegar pronto a la calita y el puente, armando un escándalo de mil demonios que se sumó a los ruidos de la calle. Ya se había despertado varias veces durante la madrugada (para mear, para vomitar, para intentar refrescarse, para apagar los apliques) e interpretó aquel concierto para testosterona y orquestina como la señal de que tocaba arrastrarse fuera de la cama.

En el bufé se sirvió un café doble, un zumo de naranja y un vaso de agua y se los llevó a la terraza. No se imaginaba capaz de tragar algo sólido aún. Le extrañó ver allí a la mujer del vestido fucsia: era de esperar que en fin de semana los comerciales estuvieran en su casa y no en los hoteles de las islas a las que iban a trabajar. Quizá él se había equivocado y la mujer se dedicaba a otra cosa. En todo caso, ahí estaba, esta vez con unos *shorts* y una camiseta blanca, tomando café con leche y fumando mientras leía el periódico. Se dieron los buenos días y él se puso en la mesita de al lado, se endulzó el café, encendió un cigarrillo e intentó beberse el zumo, que le bajó por el gaznate como vitriolo. Debió de arrugar mucho la cara, porque enseguida oyó decir a la mujer:

—¿Una noche dura?

La miró. Ella tenía una gran sonrisa burlona en medio de su rostro carnoso plagado de pecas. Ángel le devolvió la sonrisa, meneando la cabeza.

—Llega un momento en el que uno, en vez de resacas, tiene convalecencias —dijo.

Del bolso que tenía en la silla de al lado, la mujer sacó algo y se lo mostró. Era el envase individual de un comprimido efervescente.

—A mí me suele venir bien esto.

Ángel aceptó de buena gana, abrió el sobrecito y puso a disolver el

Actrón en su vaso de agua, dándole las gracias. La mujer dijo que no había por qué darlas, que entre viajeros solitarios hay que apoyarse.

—Porque tú eres un viajero solitario, ¿no? —añadió.

Ángel asintió varias veces, con una sonrisa de labios cerrados.

—¿Vacaciones?

—Algo así —dijo él, mirando el vaso en el que el agua burbujeaba. Decidió mentir a medias y aprovechar para saciar su difusa curiosidad—. Me vine un par de días para darme una vueltita. ¿Y tú? ¿Viniste por trabajo?

—A medias —respondió la mujer, haciendo oscilar la mano en el aire entre el peso de sus dedos meñique y pulgar—. Hasta ayer sí.

—¿Eres de Gran Canaria?

—Como tú, supongo. Con la empresa, hago muchos viajes entre islas. Tengo la zona de Lanzarote y Fuerteventura.

—Y decidiste quedarte el fin de semana.

—Total, tenía que regresar el lunes. Ayer preparé la maleta y ya iba a dejar el hotel, pero, en el último momento, me lo pensé y cambié el vuelo. Total, en Las Palmas no me espera nadie ahora mismo.

Ángel se estaba tomando el Actrón cuando la mujer dijo esto. Después asintió varias veces y miró abajo, un poco hacia la izquierda, donde las piernas de ella se extendían hasta unas chancletas de plástico. Tenían alguna pequeña variz aquí y allá y algo de gordura en los muslos, pero habían sido y quizá todavía eran unas piernas bonitas. Y entendió, por lo que su dueña había dicho y, sobre todo, por cómo lo había dicho, que se estaban mostrando para él. No le apetecía tener una aventura, pero cayó en la tentación del coqueteo.

—Es raro —dijo.

—¿El qué?

—Que no te espere nadie.

La mujer suspiró, se estiró en la silla para hinchar el busto, desinhibida, poderosa.

—No es tan raro. En la vida a veces toca elegir. Y yo he decidido elegirme a mí misma.

Ángel, por su parte, decidió que quizá era mala idea coquetear con

la mujer: demasiada intensidad para aquella hora de la mañana con aquel sol cabrón que empezaba a recalentarle las meninges. Se propuso acabarse el café lo antes posible, pero la mujer se apresuró a decir:

—Oye, yo conozco bien la isla y no tengo ningún compromiso hasta el lunes —dijo ella, metiendo otra vez las manos en el bolso—. Si necesitas una guía, o no te apetece estar solo.

Ángel supuso que le daría una tarjeta, pero la mujer sacó un bolígrafo y un taco de notas. Apuntó su nombre y un número de móvil y le entregó el papelito.

—Dunia —leyó él en voz alta—. Yo soy Ángel.

—Un placer —contestó ella levantándose. Cogió el bolso, volvió a guardar el boli y el papel y se quedó en pie, mirándolo y, sobre todo, permitiendo que él la mirara—. Ya sabes, si te apetece compañía, solo tienes que silbar.

—Lo tendré en cuenta.

Dunia se marchó, caminando lo más elegantemente que le permitían las chancletas. Ángel se rio de ella y de sí mismo, pensando en lo absurdos que son siempre los rituales del cortejo. Mientras se guardaba el papelito, se acordó de David, de su tarjeta de visita y su invitación. También se acordó de Blas, que quería tomar algo con él. Y de Maestro Ezequiel. Por último, de Mauri, con quien comería ese día. Se le estaba llenando la agenda. Si aceptaba todas las invitaciones que le estaban haciendo, no le iba a quedar un momento libre.

Se había quedado solo. En la terraza y en el comedor. Solo se veía a las camareras, de aquí para allá, reponiendo el bufé o recogiendo mesas. Carapicada habría desayunado temprano. O tal vez se había ido, al sentirse descubierto. De Cocoliso, ni siquiera estaba seguro de que se alojase en el hotel. Al pensar en esto, le vino a la mente su regreso de la noche anterior, las dos vueltas de llave que debían haber sido solo una.

Aunque la wifi iba muy lenta, Ángel solo tardó un cuarto de hora en averiguar lo que necesitaba saber del negocio del tal David. Según la sección «Origen» de su sitio web, las bodegas El Maipés habían sido fundadas en 2010 por la familia Rivallo, que durante tres generaciones había elaborado vino artesanal a partir de las cepas de Malvasía Volcánica y Moscatel que cultivaba en la zona de La Geria, en el municipio de Yaiza, pero, además de continuar trabajando con estas variedades, elaboraba vinos en cuyos procesos intervenían también la Diego, la Listán Blanco y la Listán Negra. Lo decían así mismo, incluidas las mayúsculas. En un parrafito se contaba la historia mil veces contada de la erupción del Timanfaya entre 1730 y 1736, del nacimiento de unos nuevos terrenos de cultivo sobre la ceniza volcánica en los cuales los agricultores lanzaroteños supieron cultivar con un sistema único, protegiendo las vides con socos de piedra y aprovechando la mineralidad de la tierra y la escasez de lluvias.

Bien, maravilloso todo. Pero, aunque el Actrón y el café iban haciendo su efecto, aún tenía mal cuerpo. Por eso no tardó en ir pasando las subpáginas dedicadas a los diferentes vinos como quien pasa las hojas de un periódico de ayer y no tardó en obviar la enumeración de supuestas maravillas enológicas, abrir la geolocalización que mostraba la página y enviársela al móvil para ver cómo llegar si se decidía a hacerle una visita a Míster Sonrisas.

Reconsideró lo que sabía sobre el tipo. Una cosa que le había extrañado al principio era el hecho de que ni Sonia ni Olga le hubiesen hablado de su existencia. Pero durante la noche anterior había entendido que Sonia y él llevaban pocos meses saliendo y que, hasta hacía bien poco, no habían hecho pública la relación. De cualquier manera, las sospechas acerca de una posible historia entre

Olga y David se habían ido desvaneciendo la noche anterior conforme hablaba con él. En suma, había acabado entendiendo que si Olga no se lo había mencionado nunca, había sido, muy probablemente, porque no le daba al tipo gran importancia. Pese a que le encantase fotografiarlo.

Algo que estaba empezando a notar era que en Lanzarote la discreción era casi tan común como el rumor. O, precisamente porque la clínica del rumor estaba tan arraigada, tanto los naturales como quienes se habían acostumbrado al ritmo de la isla (ese era el caso de Sonia y podía ser que hasta el de Olga) sabían que había que mantener compartimentos estancos en sus relaciones sociales, en aquello que sabían o no sabían, opinaban o no opinaban sobre los demás.

El primer signo de esto se lo había dado la forma en que Blas, Julia y la propia Sonia habían cambiado de tema al llegar David, como si no quisieran hablar delante de él sobre aquellos asuntos. Y, sobre todo, en cómo evitaron referirse a la corrupción cuando se volvió a hablar de César Manrique.

Sentía curiosidad por esto. Hizo una búsqueda de David Rivallo. Con lentitud de camello, el buscador le mostró una ristra de informaciones hagiográficas acerca del emprendedor lanzaroteño: entrevistas a David Rivallo, director de Bodegas El Maipés; noticias sobre el pase a semifinales de David Rivallo en un campeonato provincial de tenis; una mención en un artículo de fondo en el que se hablaba de la importancia de la familia Rivallo para la sociedad conejera, refiriéndose de pasada a la continuidad que David, el vástago de Conrado Rivallo, daba a su prosperidad.

Buscó el nombre de Conrado Rivallo. Ahí le aparecieron nuevas hagiografías, esta vez del *pater familias*, uno de esos empresarios de la construcción hechos a sí mismos que había acabado convirtiéndose en un prócer, querido por muchos, envidiado por muchos más. Y entonces, con cierta malignidad, pensó haber dado en el clavo y amplió la búsqueda. Siguió haciendo búsquedas con el nombre del padre de Míster Sonrisas, pero añadiéndole los de las operaciones anticorrupción de las que tenía noticia, empezando por las más recientes y remontándose a las de hacía una década.

El resultado fue negativo. En las noticias que vio, o se hablaba del caso de turno y no se mencionaba a Rivallo o viceversa. Así que el padre del tipo perfecto también parecía el padre perfecto.

Cansado de no encontrar nada que le interesase, de la lentitud de la conexión y de sentir que estaba haciendo el imbécil allí encerrado cuando afuera el día parecía tan luminoso y tan lleno de vida, apagó el ordenador y se levantó.

Fumó en el balcón, mirando el trasiego en el puente, y decidió seguir el plan que tenía previsto en principio para ese día. Solo se había retrasado una hora y, al fin y al cabo, el sitio al que iba no estaba demasiado lejos: aún tenía tiempo de sobra para ir y volver antes de mediodía. No sabía que, nuevamente, no estaría solo en su visita.

MONUMENTO AL CAMPESINO

Alguna vez, Olga había intentado que Ángel leyera a Agustín Espinosa, pero él era más de estilos convencionales, de historias que podían seguirse sin escollos, con un comienzo, una mitad y un final. Sin embargo, gracias a aquellos intentos, Ángel se había sentido mucho menos perdido al leer el comienzo del capítulo que ella le dedicaba al Monumento al Campesino, porque arrancaba con una cita de Espinosa que se refería a Mozaga como un pueblo descolocado, un barco presto a zarpar para Oriente, con casas como «dados del cubilete lancelótico».

Ahora, al llegar al monumento y bajar del coche, releyó el inicio del texto. Había visto al pasar el pueblo de casitas blancas que debió de ser más pueblo de casitas blancas en la época en que Espinosa escribió aquello, pero que aún era un pueblito de dados enjalbegados blanqueando el llano de ceniza. Se detuvo, antes de ir a la casa-museo, a observar el Monumento a la Fecundidad. En su día había provocado una polémica que Olga consideraba absurda. Algunos no veían un homenaje a la madre y a la tierra en la estructura metálica que se recortaba contra el cielo a quince metros de altura. Algunos habrían querido una escultura figurativa de una campesina labrando la tierra o sosteniendo un bebé entre sus brazos. César Manrique había hecho ya antes cosas así para murales de clubs náuticos y hoteles. ¿Por qué no podía seguir en aquella misma línea? Pero César, el contemporáneo del futuro, había querido aquel monolito multiforme y deslumbrante, que reverberaba al sol y se mantenía incólume frente al viento jodelón de Lanzarote. Su primera idea había sido fabricarlo con tanques de barco desechados en los talleres del puerto de Los Mármoles, pero el óxido había podido con ellos. No había manera de soldar aquella chatarra ferrujienta, así que su equipo de trabajo construyó unos tanques

idénticos y los fue alzando según el diseño de Manrique sobre una estructura de hormigón cuyos cimientos se hundían en la roca. Una roca al pie de la cual Olga, en su día, le había explicado todo aquello.

Se internó en el caminito que atravesaba el jardín de picón y llegó a la falsa placita de pueblo, impecablemente blanca y luminosa, como una piscina semicircular en la que en vez de agua había sol y viento. La fachada de la zona donde estaba la cafetería semejaba una chimenea. En el libro, Ángel había leído que había sido construida por el simple procedimiento de maximizar la escala de la chimenea real de una casa de Teguise. Al acercarse, se fue sintiendo pequeño. Aparte de las mesas de la terraza del restaurante, aquí y allá había bancos construidos a partir de sillas de montar en camello. En un rincón, destacaba la réplica de un lagar, cerca de una balconada típica. Todo pintado de verde, ese verde de las ventanas y las puertas de las casas níveas del interior de Lanzarote. El conjunto venía a ser la reproducción de un pueblo conejero que no existía en la realidad, pero que contenía todo aquello que había en los pueblos de la isla. Y uno se sentía como una de esas figuritas que se incluyen en los dioramas para dar una idea de su escala.

Buscó una mesa libre en la terraza, donde algunos guiris silenciosos hacían parada, y pidió café, agua y algo dulce y se quedó al soco del edificio contemplando la placita, más allá del cual se veía la entrada que él mismo acababa de atravesar.

Su idea era seguir hacia el interior tras reponer fuerzas, visitar la casa-museo que, según había escrito Olga, homenajeaba el esfuerzo de los trabajadores de la tierra. César tenía fama de estar a gusto entre los campesinos y los pescadores. Visitaba los pueblos y los villorrios, hablaba con los lugareños, jugaba con los niños. De hecho, se decía que él mismo había ido casi casa por casa, convenciendo a sus propietarios de que no construyeran por encima del segundo piso, de que mantuviesen sus estructuras tradicionales, de que pintaran sus fachadas como se había hecho siempre, encaladas y con las puertas y ventanas de azul, si estaban en la costa, o verde, si eran de interior. Aquel lugar era un homenaje sincero a una clase que no era la suya, pero a la que admiraba. Existía un fuerte

contraste entre ese apego a la tradición y su propia obra, que se había ido volviendo cada vez más abstracta. El mismo que había entre el Monumento a la Fecundidad y el patio en el que él estaba en ese mismo instante. Sin embargo, el efecto funcionaba.

Además, Ángel ya había estado allí y sabía que tras ese patio había otro, este más grande, en cuyo centro se abría una escalera de caracol que descendía hacia la parte principal del museo, porque aquí, nuevamente, la superficie engañaba: lo importante estaba oculto. Como casi todo en Lanzarote, pensó.

El camarero le trajo el café, el botellín de agua y una magdalena, y él endulzó el café y comenzó a tomárselo, mojando sin complejos el dulce. Y se dio cuenta de que no entraría a la casa-museo, porque tenía compañía.

Lo vio por entre el grupo de ancianos que estaba llegando al patio. Más allá de las cabezas cubiertas con gorras publicitarias y sombreros de paja, en la base del Monumento a la Fecundidad. Cocoliso. El insistente y torpe Cocoliso, allá, creyendo que él no lo veía, mirándolo con disimulo y hasta fotografiándolo mientras fingía retratar la escultura y el conjunto. Le estaba haciendo un *book* completito.

Debía haberlo seguido hasta allí, aunque él no había visto el Opel en ningún momento. Miró a su alrededor buscando a Carapicada, pero no: Cocoliso estaba solo entre turistas, camareros y un viejito que conversaba con ellos en la barra, seguramente parte del paisaje del falso pueblo.

Se preguntó qué hacer. Su primer instinto fue subir hasta el monumento y desempolvar a hostias a Cocoliso. Sin embargo, pensó en lo que le había dicho Mauri: podía estar un poco paranoico, podía ser una casualidad. También se le ocurrió que el hecho de dejarlo estar podía llegar a tener sus ventajas. Él, en realidad, no tenía nada que ocultar. Y, por otro lado, le interesaba averiguar por qué lo estaban siguiendo. Aparte, podría divertirse mucho.

Así pues, se acabó con tranquilidad la magdalena y el café y cogió el botellín de agua para llevárselo.

Mientras le cobraban, aprovechó para sacarle a Cocoliso (o más bien a la cabeza de Cocoliso, allá, tan lejos) una foto con el móvil.

No era de buena calidad y se lo veía chiquitito, casi oculto por un desnivel del terreno, pero, acercando la imagen, le serviría para demostrarle a Mauri que no estaba tan loco.

Cocoliso se hizo brujo en cuanto Ángel comenzó a subir hacia el aparcamiento. Al llegar, él no se dirigió a su coche, sino que se situó en la base del monumento. Desde allí, se dominaba todo el *parking* y, con disimulo, como si admirara el paisaje, alcanzó a ver al de la cabeza afeitada entrando en un utilitario azul oscuro a cuyo volante debía de estar el amigo Carapicada. Después comprobaría que se trataba de un Peugeot 308. Habían cambiado de vehículo porque habían tenido en cuenta la jugarreta de la rotonda en Tahíche. Se sentían seguros, ahí, cuatro coches más allá del suyo. De nuevo, tuvo la tentación de ir hasta ellos y romperles la cara. Sin embargo, eso no habría sido inteligente y él no perdía nada por intentar ser inteligente al menos durante un cuarto de hora.

Metió la llave en el contacto, pero no arrancó aún. Primero telefoneó a Mauri. No pensaba decirle nada todavía acerca de este encuentro con los tipos. Sobre todo, para que no le diera la brasa con aquello del sentido común. El brigada contestó con voz de sueño.

—¿Qué hubo, mi sargento?

—¿Te desperté?

—No. Me levanté hace un rato, pero todavía estoy medio sobado.

—Te llamaba para decirte que a lo mejor no llego a comer.

—¿Y eso?

—Estoy medio liado con una movida. —De pronto, se le ocurrió que no sería mala idea conducir a los tipos a la cita, para que Mauri lo viera todo con sus propios ojos. Pero quedaba mucha mañana por delante—. ¿Adónde pensabas que fuéramos?

—A Arrieta. Por arriba de Teguise. Desde Arrecife es un paseíto. Además, aquí todo…

—Aquí todo está cerca, ya lo sé. Mira, te voy llamando y te digo.

—Pero ¿qué es? ¿Ligaste o algo?

—Más o menos —contestó.

—Bueno, yo ahora todavía me estoy espabilando. Pero vete avisándome, para ver qué hago.

Ángel miró el reloj. Eran las once y media.

—Te llamo en una horita y te digo.

—Perfecto.

Tras colgar, Ángel encendió el motor y puso Rock FM. Emitían una versión de *Born to Be Wild* y le pareció una feliz coincidencia. Se dirigió hasta la salida del aparcamiento y se detuvo unos instantes para asegurarse de que el Peugeot comenzaba también a salir de su plaza. Entonces subió a tope el volumen y metió primera. Mientras llegaba a la rotonda que lo conduciría a la carretera principal, vio al

Peugeot acelerar atravesando la nube de polvo que el León había dejado a su paso. Se sonrió al pensar que les daría un paseo largo. Muy largo.

Hasta los años sesenta, circular en automóvil por las tortuosas carreteras de tierra de Lanzarote, llenas de los badenes que la cachetada constante del viento dejaba en ellas, debió de ser una proeza. En la actualidad, las vías de la isla tendían a la línea recta, a las curvas suaves, a la altura constante, a la visibilidad. Solo el viento dificultaba la conducción. Pero hasta el viento aprovechó Ángel para joderles la vida a Carapicada y Cocoliso.

Durante hora y media se hizo seguir por la mitad norte de la isla, pasando de las carreteras principales a las secundarias, tomando bifurcaciones inesperadas que llevaban a pistas locales o a caminos privados que conducían a fincas ante las cuales daba media vuelta, aumentando o disminuyendo bruscamente la velocidad para obligarlos a improvisar si querían mantener la distancia sin perderlo de vista, haciendo completas las rotondas antes de elegir un camino solo por divertirse con el efecto cómico que producía su desorientación. A mediodía se apiadó de ellos y de sí mismo y regresó a Arrecife por la carretera principal, la que corría paralela a la costa, a velocidad constante, sin hacer giros bruscos, pero primero había atravesado Nazaret y Teguise, Teseguite y Los Valles, había pasado a un lado de Haría para bajar por el barranco del Chafarís y volver nuevamente a Haría, donde esta vez tampoco entró, antes de subir hacia Máguez, Guinate, Ye (que, como le habían pronosticado, había cruzado en un suspiro), La Corona y Las Hoyas. En Órzola se detuvo cerca del muelle y salió del coche, se apoyó en el capó y fumó un cigarrillo contemplando el mar y un yate que zarpaba en ese momento hacia La Graciosa o algún otro pedazo de tierra del archipiélago Chinijo. Los tipos no descendieron del coche, aparcado a treinta o cuarenta metros. E hicieron bien. Porque él, de pronto, arrojó el cigarrillo, se metió en el León y arrancó a

toda leche.

Ahora, ya cerca de la ciudad, se permitieron aumentar la distancia. Pero a él le bastaba con aminorar un poco y dejar pasar a los dos o tres coches que los separaban para verlos de nuevo en el retrovisor, intentando conseguir una inútil discreción y, con toda probabilidad, acordándose de varios miembros de su familia con diversos grados de consanguinidad.

Entró en el aparcamiento del islote del Francés, buscó estacionamiento y se volvió para mirar hacia la entrada. Al instante, los vio pasar de largo. No entrarían inmediatamente. Pero lo habían visto meterse allí. Lo más probable sería que diesen la vuelta para darle tiempo a salir y meter ellos también el Peugeot. O podía ser que encontrasen aparcamiento cerca y lo esperasen para seguirlo a pie. Pensó que esto último era poco probable; no había demasiadas plazas por la zona.

No se equivocó. Diez minutos más tarde, el Peugeot, cubierto de polvareda, entró en el *parking* al aire libre y estacionó dando la espalda al León de Ángel. Carapicada y Cocoliso salieron mirando a su alrededor con pinta de sospechosos. Miraron hacia el coche de alquiler de Ángel, cerrado y vacío, y, encogiéndose de hombros, salieron a la calle. Comenzaron a caminar hacia el Puente de las Bolas, pasando junto a la Cruz del Siglo y el banco que había ante ella en la orilla sur del islote. Miraban al frente, atentos a encontrar al hombre a quien seguían. Por eso no vieron cómo ese mismo hombre surgía de detrás del muro que separaba el islote de la avenida y se ponía a andar con pachorra de pensionista a unos veinte o treinta metros por detrás de ellos, fumando un cigarrillo y con una sonrisa cínica en el rostro, mientras sacaba su móvil y accionaba la cámara.

A Arrieta fueron en el cuatro por cuatro del padre de Mauri, un sufrido Mitsubishi Montero que cumplía con su función desde hacía más de veinte años. Mauri le explicó que el viejo había cogido el coche diariamente para ir a trabajar a Los Mármoles hasta su jubilación y que ahora todavía lo usaba para acercarse a la huertita que la familia seguía teniendo en Máguez.

—Está superorgulloso, el viejo. Es la única finca del pueblo en la que se han dado las ciruelas. En realidad es un cachito chico de terreno, y ciruelos solo tiene tres, pero, qué quieres que te diga, así está entretenido. Tú ya sabes cómo es eso: en cuanto se quedan sin nada que hacer, empiezan a ir para atrás.

—Pasé por Máguez hoy. Pero no vi muchas huertas.

—Te tienes que fijar. En cualquier llano que tenga un soquito de piedras alrededor, hay cosas plantadas. Pero hay que fijarse. Mira ahí, por ejemplo.

En ese momento, a un lado de la carretera, vieron a una mujer agachada en una explanada, sachando el suelo. Mauri aminoró un poco la marcha para que Ángel no se lo perdiera.

—¿Lo viste? A veces solo te das cuenta de que hay un cultivo porque ves a la gente trabajando. Es como si estuvieran…

—Como si estuvieran escondidos —dijo Ángel.

—Eso es.

Ángel había aprovechado el movimiento de mirar a la campesina para echar un vistazo hacia atrás. Ya lo había hecho varias veces durante el camino. Pero no vio ni rastro del Peugeot, ni de ningún otro coche que pareciera seguirlos.

A mediodía, había sido la sombra de Carapicada y Cocoliso durante un rato, hasta que llegaron al Puente de las Bolas y se sentaron en el murete del paseo. Solo entonces lo vieron y él, que ya no estaba

sacando fotos, pudo cruzar de acera y hacerse el longuis hasta llegar al hotel. Pero cinco minutos más tarde, al asomarse al balcón, comprobó que ya no estaban allí. Tampoco volvió a verlos después, cuando Mauri lo recogió. Por el momento, se habían hecho humo.

El brigada no le preguntó qué era aquello que lo había retrasado. Se limitó a decir que se moría de hambre y que, con la hora que les había dado, les costaría conseguir mesa en la terraza.

La consiguieron por los pelos, porque La Casita de la Playa estaba atestada de familias, del país o del extranjero, que comían pescado a carrillo lleno. Quedaba una mesita ventosa, algo alejada del bullicio sabático, lo cual les agradó.

Pidieron escaldón de gofio, parrillada de pescado y una botella de El Maipés seco. A Ángel ya casi se le había pasado del todo la resaca, pero la huella de la mala noche continuaba allí, por lo que los primeros sorbos de vino le entraron como si se los hubieran inyectado en vena. Se había sentado de forma que ante sí, a su derecha, tenía la playa de Arrieta. Más allá, un muelle de madera al que, hacia la mitad, le faltaban unos diez metros. En algún momento, el mar se había llevado lo que faltaba y había dejado aislado el extremo del embarcadero. Imaginó ese pedazo de madera y hierro en medio de la noche, incomunicado por el mar, la imagen de la soledad absoluta. Pero no tuvo tiempo para dedicarlo a ese pensamiento. Mauri estaba de buen humor y le habló de la juerga que se había corrido la noche antes con un primo suyo, los *gin-tonics* que se habían metido en el Manhattan, las pibas con las que habían estado.

A sus treinta y tantos, Mauri seguía siendo un niño gamberro, un muchachote que deseaba hacerse hombre y pensaba que la hombría estaba en beber, follar y palabrotear más que nadie. A Ángel casi le despertaba ternura aquella ingenuidad, acaso porque se veía a sí mismo hacía diez años, o incluso menos. Antes, en cualquier caso, de conocer a Olga y descubrir que la vida estaba llena de senderos inexplorados, de perspectivas en las que quizá él aún no era capaz de situarse. Allí, tomando vino con un Mauri que le contaba su juerga, recordó cómo Olga le iba poniendo en las manos libros que creía adecuados para él, picándolo como la madre de un

adolescente. Lo había engolosinado con novelas policiacas o de espías, con historias de aventuras entre las cuales le iba colando los clásicos que podía. Y reflexionó sobre eso, sobre el hecho de que Olga intentaba cambiarle y con su inevitable corolario: si intentaba que fuese diferente, tenía que ser porque no le gustaba cómo era. De ahí, pasó a una pregunta que siempre le había aterrado: ¿lo quería Olga realmente?

En algún momento, Mauri se dio cuenta de que la suya era una sonrisa burocrática, de que lo oía sin escucharlo mientras él describía a la venezolana con la que creía haber ligado y a la que llamaría esa misma noche para ver si quería quedar.

—Te estoy dando la brasa, ¿no? —dijo Mauri, cortando la descripción de las tetas de la piba.

—No —se disculpó Ángel—. Todo bien. Lo que pasa es que tengo un resacón importante.

—Cuéntame, ¿cómo fue lo de anoche?

Ángel se lo contó. No entró en demasiados detalles. Le dijo dónde y con quién había estado, qué había bebido, cómo había llegado haciendo eses hasta el hotel, la mala noche que había tenido, cómo había despertado. Siguió con su visita al Campesino, obviando el encuentro con Dunia, porque sabía que, de mencionarla, la conversación se iría por otros derroteros. Y él prefería decirle a Mauri que estaba equivocado, que era cierto que lo estaban siguiendo, que no sabía por qué, pero Cocoliso y Carapicada existían y se habían pasado la mañana oliéndole el culo mientras él se los vacilaba. En esa parte sí que hizo un inventario más o menos minucioso de lo que había ocurrido. Y finalizó mostrándole las fotos que les había hecho. Especialmente las de la avenida. En casi todas aparecían de espaldas, pero ahí estaban, vivitos y coleando, pasando junto al *Homenaje a la Internacional* de Pancho Lasso o casi llegando al Puente de las Bolas, con el Castillo de San Gabriel al fondo.

Mauri pasó las fotos un par de veces, amplió alguna, volvió hacia atrás y, finalmente, le devolvió el móvil. Ángel había parado de hablar y esperaba su opinión. Mauri no se la dio enseguida, entre otras cosas porque en ese momento trajeron la comida. Solo cuando la camarera se hubo marchado, el brigada, entre bocado y bocado,

dijo:

—Vale. Está bien. Hay dos tíos siguiéndote. Bueno, eso dices tú.

—¿Cómo que «eso digo yo»? ¿No acabas de ver las fotos?

—Acabo de ver las fotos de dos tíos a los que seguías tú.

—¿Y la del monumento?

—Sintiéndolo mucho, yo ahí no alcanzo a ver una mierda, mi sargento. Una cabeza pixelada. Poco más.

—Joder.

—Pero, en fin, al lío. Aunque tengo mis dudas, si tú dices que te están siguiendo, yo elijo creerte. La cuestión es —Mauri hizo una pausa para señalar alrededor con el trozo de morena frita que tenía en la mano—: ¿dónde están? Porque yo no los veo. ¿Tú crees que nos siguieron hasta aquí y que ahora están escondidos en el aparcamiento?

—No, coño, Mauri, no digo eso. De hecho, me fijé por el camino.

—¿Y?

—Y no nos seguía nadie.

—Okey. ¿Y anoche, cuando fuiste a casa de la amiga de Olga? ¿Te siguieron al ir para allá o al volver?

—Que yo sepa, no.

—Entonces, ¿te siguen solo cuando saben que vas a estar solo?

—Ahora que lo dices, eso parece.

—¿Y cómo saben que vas a estar solo? ¿Son adivinos o qué?

Ángel se quedó mudo. No se había dado cuenta de eso.

—O mejor: la amiga de Olga y yo también estamos en el ajo, ¿no? Hay una conspiración de cojones y media isla te está haciendo la cama. En fin, mi sargento, tú te das cuenta de lo que parece, ¿verdad? —dijo Mauri.

—Parece que estoy como una baifa, ¿no? —se resignó a decir Ángel.

—Hombre, yo no diría tanto. Pero un poquito de los nervios sí puede que estés.

Ángel asintió. Se preguntó por enésima vez si podía estar equivocado, si su mente le estaba haciendo una jugarreta. Pero no: a Carapicada y Cocoliso los había paseado por la isla la mitad de la mañana. Y luego los había seguido por la avenida. Hacía apenas una

hora que los había visto por última vez. Así se lo recordó a Mauri, enumerando cada detalle sospechoso, incluyendo el jaleo de vueltas de llave en su habitación.

Mauri lo dejó hablar y, finalmente, dijo:

—Está bien, mi sargento. Vamos a hacer una cosa. Bueno, lo que ya te dije, lo que tenías que haber hecho esta mañana: si los vuelves a ver, te paras donde estés y me llamas. Yo voy enseguida y los ponemos firmes. Y así, de camino, me sacas de dudas. Porque, te lo tengo que decir: mis dudas las tengo.

—Lógico, Mauri. Yo en tu lugar también las tendría. Pero no estoy ni loco ni paranoico ni de los nervios: estos tíos me tienen cogida la matrícula desde que llegué. Eso lo tengo claro. Mi problema, el problema que tengo, es saber por qué coño me siguen.

Ante eso, Mauri se encogió de hombros y negó varias veces con la cabeza, dijo que él no tenía ni puta idea y cogió de la bandeja una vieja para ponérsela en el plato.

—Pero te digo una cosa —añadió antes de comenzar a comérsela —: si todo lo que me dices es verdad, la única manera de enterarnos va a ser hostiarlos pero bien.

Sobre las cinco de la tarde, Mauri lo dejó en el hotel, otra vez borracho. No contó las vueltas de llave ni se paró a fumar en el balcón. Solo puso a medio volumen la tele, donde daban una peliculeja de monstruos marinos, y se echó en la cama para dormir la mona.

Soñó con Olga. Estaban en su piso de La Minilla. Ella movía el sofá y, debajo de él, le descubría una escalera de caracol que se internaba en un suelo de lava. Por los bordes del agujero sobresalía la piedra volcánica de la que debía de estar hecho el subsuelo. Él se asombraba y ella se reía como de un niño. «Pero ¿no te lo dije cuando compramos la casa? ¿Me vas a decir que no sabías que es un volcán?». En el sueño, Olga lo invitaba a bajar y él se negaba. No era capaz de decir lo que había abajo, pero sabía lo que era y sabía también que era horroroso. Por eso estaba seguro de que no quería bajar y enfrentarse a ello. Olga insistía e intentaba atraerlo hacia la escalera, tirándole de las muñecas. Él la rechazaba una y otra vez, de forma más violenta a cada ocasión, hasta que, en algún momento y sin en realidad pretenderlo, le daba un empujón y ella se precipitaba escaleras abajo. En el último momento, antes de verla desaparecer, Ángel intentó agarrarla para que no se hiciera daño, pero no llegó a tiempo. Y, de pronto, la piedra de la grieta cobró vida, una vida viscosa y caliente, y se comprimió hasta cerrarse, como en la contracción de un esfínter gigantesco. Ángel se quedó parado ante la cicatriz de la tierra sin saber qué hacer. Y, entonces, muy bajito al principio, mucho más alto después, comenzó a oír a Olga abajo, gritando y llamándolo por su nombre, pidiéndole ayuda, diciéndole que allí todo estaba oscuro, que no veía nada, que él le hacía falta. Se agachó e intentó volver a abrir el agujero. La piedra se había tornado nuevamente blanda, y las manos de Ángel se

hundían en ella sin lograr hacer el hueco suficiente para permitirle pasar. No conseguía volver a abrir la grieta. O sí podía, pero, como comprendió un instante antes de abrir los ojos, no quería hacerlo.

Despertó empapado en sudor y lágrimas. Afuera ya casi había anochecido, y en la tele una panda de tertulianos vestidos como damas y caballeros se gritaban como animales. A tientas, dio con el mando y apagó el aparato. Luego, de un trago, se bebió lo que le quedaba en la botella de agua.

Ya no tenía resaca. Los vapores del alcohol casi se habían disuelto, dejándole en la boca un sabor a cansancio. Sintió una melancolía que los ruidos de la gente que salía a pasear o de copas no contribuía a disminuir. En un rato, se daría una ducha y bajaría a la calle para ir a cenar a algún sitio tranquilo. Compraría agua y regresaría para leer y volver a buscar el sueño.

Primero se puso los pantalones y salió al balcón a fumar, consultando su móvil. Tenía un mensaje de Sonia preguntándole qué tal había llegado a casa la noche anterior y una llamada perdida de Alfonso. Respondió al mensaje de Sonia diciendo que había llegado bien, que había pasado un rato agradable y que la llamaría para quedar esa semana, si a ella le apetecía. Sonia respondió con un emoticono de pulgar alzado.

Después vio que aún no habían dado las diez de la noche y le devolvió la llamada a Alfonso.

—¿Viste mi llamada? —preguntó el viejo al descolgar. De fondo se oía el mismo programa de televisión con tertulianos odiándose a gritos.

—Sí. Perdona, me estaba echando una siesta. ¿Qué pasó?

—En realidad, nada. Te llamé para ver qué tal te iba. ¿Viste a Sonia?

—Cené en casa de ella anoche. Hizo un picoteo con Julia y con Blas. Y con el novio, el tal David.

—A ese chico lo conocí cuando fui para allá. Un muchacho agradable. ¿Cómo está Sonia?

Ahora resulta que todo el mundo conocía ya al bobomierda este, pensó. Pero no lo dijo. Prefirió responder a la pregunta de Alfonso sobre Sonia:

—Yo la vi bien. Normal. También comí con ella el jueves, cuando llegué. Está jodida, como lo estamos todos, pero bien.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Que cómo estás. ¿Te está sirviendo esto para curarte?

Ángel sopesó la respuesta. Y se le ocurrió que con él podía ser sincero.

—¿Yo? Qué quieres que te diga, suegro. No te puedo decir que esté feliz.

Hubo un silencio y Ángel supuso que, al otro lado de la línea, Alfonso reprimía las ganas de decirle que ya se lo había advertido.

—Por ahora, he ido a Famara, a la Fundación César Manrique, al Monumento al Campesino. Y hoy comí en Arrieta. ¿Conoces Arrieta?

—Lo conozco.

—Fui con Mauri.

—Ah, el compañero tuyo. Me había olvidado de él.

—Y fui al sitio donde pasó todo.

Volvieron a callarse. El volumen de la tele de Alfonso disminuyó. El viejo debía de haber cogido el mando para silenciarla o se había ido a otra habitación. El caso es que ambos permanecieron callados un buen rato, hasta que Ángel dijo:

—Oye, suegro, te va a parecer una locura la pregunta, pero la última vez que hablaste con ella fue ese mismo día, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te mencionó alguna cosa extraña?

—¿Extraña como qué?

—No lo sé. Igual es una tontería, pero ¿le notaste algo raro?

—No sé, estaba como siempre. Bueno, estaba contenta, ansiosa. En esos días estaba hecha una jiribilla. Por terminar el libro.

—¿Y no te dijo nada de…?

—Me dijo lo que ya te conté —lo cortó Alfonso, que parecía no querer volver a tocar el tema—. Que tenía el borrador terminado. Que solo le faltaba hacer dos o tres fotos y comprobar un par de datos que habían aparecido.

—¿Qué datos?

—Y yo qué sé. Pero me decía que había un par de datos nuevos

que tenía que contrastar.

—¿Y no te dijo dónde había dado con esos datos?

—No. Supongo que en el archivo. Lo único que me dijo fue que en Lanzarote solo le quedaba hacer eso y las fotos, y que luego se venía para revisar el borrador y entregarlo. Pero ¿por qué me estás preguntando todo esto?

—Si quieres que te hable en plata, no lo sé.

—Hombre, por algo será.

—No, de verdad. Ya te dije que igual era una tontería.

El nuevo silencio se prolongó tanto que a Ángel le dio tiempo de arrojar la colilla del cigarrillo, buscar otro y encenderlo. Entonces oyó suspirar a Alfonso al otro lado de la línea. Y luego el viejo dijo que al principio él también había llegado a pensar que había algo raro en la muerte de Olga, pero que era normal, que cuando ocurre algo tan horroroso, uno intenta convencerse de que no es posible que solo sea casualidad. Y para finalizar dijo que, a día de hoy, no podía decir que hubiese nada raro en todo aquello. Sin embargo, luego añadió:

—Pero yo no estoy ahí, Ángel.

—¿Qué quieres decir?

—Que si las cosas no fueron como parecen, sé que tú lo vas a averiguar.

—Alfonso, yo no sé si…

—Si me preguntaste, por algo será. Si hay algo que no esté…, que no esté en orden… —Alfonso se calló unos segundos, intentando buscar las palabras adecuadas. Al fin las encontró—: Si hay algo que no esté en orden, sé que tú lo vas a poner en su sitio.

TIMANFAYA

En esta ocasión no tuvo que consultar el itinerario en su ordenador, por lo demás, cada vez más lento. Llegó a Timanfaya cerca de las nueve y media de la mañana, relajado como después de un masaje. Le había venido bien levantarse temprano y desayunar casi a solas en el bufé, darse una ducha y salir con la mochila antes de que la ciudad despertara del todo, meterse en el coche sin haberse cruzado con comerciales recién separadas ni perseguidores fantasmagóricos, conducir por la carretera despejada atravesando primero Tías, luego Mácher, después Uga, pueblos blancos y pacíficos que el rabillo de su ojo fue registrando en el silencio del domingo mientras se adentraba en el occidente mineral de la isla.

En Yaiza, a los lados de la carretera, la huella del volcán adoptaba formas singulares y aun toleraba las palmeras y los chabocos con higueras o vides que manos humanas habían puesto aquí y allá. Pero enseguida vio el echadero en el que los camelleros acomodaban a los turistas para la visita al parque y después ya no hubo más cultivos, solo un paisaje lunar en el que, de vez en vez, lengüetazos de rofe gris o negro irrumpían en el imperio de la lava colorada.

Ya había bastante público cuando llegó a la entrada al parque natural. En coches alquilados o en autocares, los turistas esperaban a que se les permitiera ascender por la pista de acceso que trabajadores del parque iban organizando. Con todo, tardó solo unos diez minutos en llegar al aparcamiento y otro empleado le indicó dónde debía estacionar. Al apearse entendió que no era el único: un segundo trabajador, con el uniforme verde que el Cabildo les había puesto a todos, ordenaba otra zona del amplio *parking*.

Se mezcló con los turistas que subían hacia el restaurante El Diablo. Al fin, él no era otra cosa que un turista. Un turista triste y

algo solo, con quebraderos de cabeza y dolores que mitigar, pero turista al fin. Así que se integró entre sus iguales, en el semicírculo donde los visitantes esperaban la primera demostración. Querían ver lo que habían visto tantas veces por televisión o en los folletos o en los libros de viajes. El trabajador, con una sonrisa de orgullo, dilató la intriga demorándose un poco en llenar un balde de agua, luego indicó a todo el mundo que se apartara del agujero en la tierra y, como un prestidigitador de pueblo, arrojó el agua al boquete. La nube de vapor tardó unos segundos en elevarse en el aire y, cuando lo hizo, vino acompañada por un olor a azufre y castañas asadas que se abrió paso entre los aplausos y las exclamaciones de asombro. No era ninguna sorpresa. Todo el mundo conocía aquella atracción. Sin embargo, los franceses, los alemanes, los rusos que componían el público habían recorrido miles de kilómetros para ver aquello, para olerlo, para poder aplaudir y asombrarse ante aquel túnel que llevaba al centro ardiente del mundo, aunque no fuera verdad, aunque llevara solo hasta la parte superior del manto.

Junto al falso géiser, había otra atracción no tan famosa, pero también interesante. El empleado condujo al grupo hasta ella: era un agujero algo más ancho, cerca del cual había un montón de sarmientos secos. El hombre cogía con una horquilla unos cuantos sarmientos y los colocaba al borde de la grieta. Un instante después, los matojos ardían. La gente volvió a aplaudir, a asombrarse, a reír, y el hombre acabó la demostración alejándose del boquete, tomando un puñado de picón del suelo y dándoselo al turista más cercano. En este caso, fue una jovencita rusa, que soltó el picón al instante. Otros visitantes se agacharon inmediatamente para tocar la ceniza volcánica. En realidad no quemaba, pero estaba muy caliente, como el propio Ángel comprobó. Entre risas, el grupo continuó hacia El Diablo mientras el empleado volvía a la primera atracción para esperar al siguiente grupo. Ángel no los siguió. Se quedó allí, al pie del restaurante acristalado que coronaba la montaña, encendió un cigarrillo y se sentó en el murete del mirador para observar el paisaje que se extendía hasta el mar.

Sacó uno de los cuadernos y leyó una página que había marcado para ese día. Timanfaya había estallado hacía tres siglos, había

asesinado a hombres y ganados, había engullido poblaciones y cultivos. Después se había callado. Pero no estaba muerto. Solo dormía. Y de su interior había brotado vida. Una vida nueva que aún se abría paso. Aquellas colinas que se alzaban entre los valles de rofe y picón eran los brazos de un gigante que se agitaba en el sueño. Timanfaya era el lecho donde un titán dormía la siesta.

Guardó el cuaderno, subió al restaurante y volvió a ser uno más de los turistas asombrados ante el pozo que hacía de asador, sobre cuya parrilla una veintena de muslos de pollo se cocinaban con el calor del interior de la tierra.

Pidió un café y lo consumió en la zona de la cafetería, mirando lo mismo que había estado mirando antes, pero añadiendo una perspectiva de las dos atracciones. Desde arriba, los agujeros en el suelo le recordaron su pesadilla. También lo que Mauri le había contado acerca de los huertos. Todo oculto. Todo escondido. Todo sumergido en las profundidades del subsuelo.

Volvió a la barra para pedir otro café y, mientras se lo ponían, echó un vistazo al comedor. Allí, en una de las mesas dispuestas junto al mirador acristalado, desayunaba una familia. Al contrario que el resto de la clientela, en la que predominaban las ropas cómodas de excursionista, estos estaban vestidos de domingo, como para ir a misa. Uno de los camareros les prestaba especial atención y procuraba que no les faltara nada. Así que debían de ser más o menos fijos, más o menos importantes. Y, de pronto, se dio cuenta de que entre la pareja de ancianos y los niños, entre el matrimonio treintañero y la adolescente que no dejaba de mirar su móvil, se sentaba también David Rivallo.

El comedor era grande. Y la barra, doble y con forma de elipse, lo situaba a unos quince metros de la mesa. Eso le permitió observarlos durante un buen rato. Fue entendiendo que era la familia de Míster Sonrisas. Los viejos debían de ser sus padres. El treintañero de la pareja no se parecía en nada a él, salvo por el precio de su ropa, así que debía de ser su cuñado, marido de aquella mujer que quedaba de espaldas a Ángel, madre de los críos. Entendió eso porque, en algún momento del viernes, Rivallo comentó que él no había tenido hijos. Ángel dudó entre acercarse a

saludar o pagar y marcharse. David Rivallo le impidió elegir porque, de pronto, alzó la cabeza y lo miró directamente. Ángel lo vio tomarse un momento para reconocerlo antes de levantar la mano, ponerse en pie e ir hacia él.

—¡Hombre! ¡Qué sorpresa, Ángel! —dijo cuando ya casi estaba en la barra, estrechándole la mano, palmeándole el hombro.

—¿Qué tal? —acertó a decir—. No estaba seguro de que fueras tú.

—Sí. Venimos a veces los domingos, con la familia. A mi madre le gusta mucho desayunarse aquí —dijo Míster Sonrisas, señalando a la mesa de su familia.

A excepción del padre (que en todo momento continuó masticando ajeno a todos, mirando el paisaje tras el ventanal), los Rivallo habían prestado una efímera atención a David cuando este se levantó, hasta que entendieron que tenía un conocido en la barra. Ahora proseguían comiendo, acostumbrados a que David tuviese conocidos en cada sitio al que iban.

—Hay que cuidar a la familia. Nunca sabes cuándo te va a faltar —dijo Ángel, por decir algo.

El pijo asintió con cara de circunstancias, como si el militar hubiese dicho algo interesante. Luego, preguntó:

—¿Y tú qué? ¿Haciendo el recorrido?

—Sí. Me vine temprano.

—Hiciste bien. Los domingos a mediodía esto está a tope. ¿Te tomas algo con nosotros? —dijo volviendo a señalar a su espalda.

Ángel se imaginó yendo con él a la mesa, siendo presentado, ocupando un hueco improvisado y rechazando bollitos y bocadillos de gente que en realidad no quería que los aceptara.

—Te lo agradezco, pero ya casi me iba.

—¿Vas a seguir de ruta?

—Sí. Quiero ver un par de sitios más. Y quedé con un amigo a mediodía —mintió Ángel.

—Oye, acuérdate de llamarme si vas por Viéitez.

—Lo haré.

—O por La Vegueta.

—¿La Vegueta?

—Sí, por ahí arriba, por Tinajo. Yo vivo allí.

Ángel aprovechó para disipar una duda.

—Pensé que vivías con Sonia.

—Ah, no. Qué va. No lo descarto, en un futuro. Pero para eso igual es pronto. No llevamos tanto saliendo. Y tú sabes cómo es de independiente. Eso sí, el día de mañana, vete a saber.

Míster Sonrisas lo acompañó hasta la puerta y lo despidió con muchísima cordialidad, más de la que Ángel hubiese deseado. Después, al entrar en el vehículo, vio su silueta atravesar la cafetería de vuelta a su mesa y comprendió que Rivallo se había quedado mirándolo mientras bajaba hacia el coche.

Playa Lunar

No regresó a Arrecife. No le apetecía meterse en el hotel antes de mediodía. Fue hacia el sur, a ver Playa Lunar. Olga la mencionaba en el libro no porque allí hubiese alguna intervención de César, sino por lo contrario: se refería a ella como ejemplo de atentado contra el medio ambiente y de lo que Manrique describió como «arquitectura fascista». Era una zona costera perteneciente al municipio de Viéitez donde, originalmente, solo había un grupo de casitas de pescadores en torno a la playa del Lunar. Hasta que en los años ochenta la especulación la fijó como su objetivo y así acabó convirtiéndose en la actual Playa Lunar, no sin la resistencia de los habitantes originales. De hecho, aún permanecía allí una última casa de pescadores, la Casa Violeta, que había acabado convirtiéndose en un símbolo de la resistencia al desarrollismo.

Le costó encontrarla. No la localidad: a ella llegó enseguida. Pero no había forma de ver la playa. Igual que le habría ocurrido en Costa Teguise o en Playa Blanca, se vio en medio de una zona turística como tantas otras zonas turísticas del Archipiélago, como cualquier otra zona turística del país. Condujo por el laberinto de calles que habían crecido desde la caleta hasta la carretera principal. Cemento, hormigón, bares con menús infectos y jarras de sangría, el tufillo indisimulable de la depuración del contenido de los bajantes de un buen par de miles de camas turísticas, varios hoteles y apartoteles de lujo, tiburones a cuyo alrededor los apartamentos y bungalós se alimentaban como rémoras de lo que a ellos les sobraba. Habría dado igual que estuviese allí, en Los Cristianos, en Playa del Inglés, en Estartit o en Torremolinos. Habría dado igual, porque eran pocas las diferencias y, al final, lo que se había hecho en cada una de esas costas era exactamente lo mismo. Más o menos grandes, más o menos cuidadas, con mejor o peor clima, todas aquellas zonas no

eran más que un montón de escoria arrojada sobre los restos putrefactos de la gallina de los huevos de oro.

Aquello, la Playa Lunar que había crecido sobre la playa del Lunar, también era Lanzarote. Como había escrito Olga, «se empieza por convertir un sustantivo en un adjetivo, una referencia a lo que Gómez de la Serna llamaba el punto final del poema de la belleza en una alusión a un satélite, y se acaba transformando una playa casi virgen en un horror urbanístico». Ángel entendió el empeño de César Manrique en sus últimos años, sus denuncias ante los medios de comunicación, sus amenazas de marcharse de la isla, sus intentos de utilizar todas sus influencias (y tenía muchas) para intentar frenar aquel desastre que, en su época, estaba comenzando.

Pero, finalmente, César Manrique no había podido hacer nada, entre otras cosas porque murió. Y un puñado de listos con dinero, aliados con un puñado de listos con poder, habían conseguido perpetrar aquel disparate.

Al fin, desde el *parking* de un centro comercial que perecía de inanición, Ángel pudo ver un trocito de la playa original. Mucho más allá, en un rincón, estaba la famosa Casa Violeta, la única vivienda de pescadores que había sobrevivido al caos. Pertenecía a una familia que se había negado a la venta y había resistido hasta hoy los intentos de expropiación. Desde lejos, miró la fachada sencilla, que, en realidad, no era violeta, sino blanca, pero que tenía las puertas y los marcos pintados de ese color. A la entrada, como le habían dicho que ocurría siempre, había un par de ancianos, sentados en sillas que habían sacado de la cocina. Eran los hermanos (un hombre y una mujer), últimos supervivientes de la familia. Se habían criado allí y allí morirían. Y cuando murieran, alguna empresa se haría con todo y cubrirían con asfalto o cemento el último trozo de terreno que quedaba libre en torno a la costa.

Había previsto hacer una parada larga en Playa Lunar, tomar algo en alguna cafetería, dar una vuelta por la playa. Pero lo único que le pareció digno de ser visto fue aquella casa donde resistía el Lanzarote original. Así que ni siquiera se bajó del coche. Se limitó a arrancar y a buscar la forma de salir lo antes posible de aquel vertedero.

Aprovechó la modorra vespertina del domingo para sentarse frente al ordenador y organizarse bien el día siguiente. Tardó mucho en hacerlo, porque la conexión a internet iba a ritmo de recurso administrativo. Acabó por apagar el cacharro y ponerse a repasar los cuadernos. No sabía con exactitud qué andaba buscando, pero sentía que había algo que se le escapaba. Y que ese algo era lo que motivaba que aquellos tipos lo siguiesen.

Por supuesto, en los cuadernos se hablaba bastante de tejemanejes políticos y empresariales con suelo público entre los años ochenta y la muerte de César Manrique. Pero no había nombres de personas o empresas. Como mucho, existían referencias a actuaciones en lugares concretos que habían provocado movimientos ciudadanos de los que Manrique formó parte: Playa Lunar, por ejemplo. Allí la cosa se había puesto realmente dura. Pero no sabía qué promotora, qué alcalde, qué empresario o grupo de empresarios habían iniciado o estaban implicados en el saqueo. Ni siquiera el teórico de la conspiración que citaba Olga se atrevía a dar nombres. Leyó el párrafo que Olga le dedicaba al tipo. Pertenecía a un capítulo en el que hablaba de las circunstancias de la muerte de César y tocaba el asunto de la nómina de conspiranoicos que habían escrito artículos, libros o entradas de blog difundiendo sus teorías:

> El más conspicuo de estos teóricos de la conspiración es Emeterio Brito Alemán, quien afirma que, en sus últimos años, Manrique fue investigado de forma minuciosa, que era seguido constantemente por detectives privados y que incluso fue objeto de espionaje telefónico. Según Brito Alemán, los que él llama «poderes fácticos» de la época llegaron a tramar un atentado contra su vida. Y, con indirectas, relaciona ese supuesto plan con el accidente que al artista le costó la vida. Pero sabemos que en el siniestro fatal no concurrió

> ninguna circunstancia sospechosa y, además, Brito Alemán no aporta pruebas ni datos concretos. Ni siquiera da nombres, aduciendo que se trata de personas muy poderosas y de quienes él mismo teme represalias. El resultado final es que sus teorías se pierden ineluctablemente en los abismos de la conjetura.

Fue otra vez al ordenador y buscó el nombre de Emeterio Brito Alemán. La búsqueda le condujo a un blog, pero la página tardaba muchísimo en cargarse y terminó cansándose.

Cogió la subcarpeta de recortes sobre César. Contenía entrevistas en periódicos nacionales, reproducciones de anuncios de exposiciones, artículos sobre su actividad o sobre su fallecimiento. Volvió a guardarlo todo en la carpeta. Entendió que sería inútil abrir la otra, la de los recortes sobre Lanzarote.

Salió al balcón a fumar y pensó en Dunia, la viajante, en lo fácil que sería hacer uso del número que ella le había dado, quedar con ella, flirtear para ver qué pasaba. Y en lo poco que le apetecía hacerlo. Era probable que algún día volviese a sentirse atraído por alguna mujer. Sin embargo, ese momento aún no había llegado.

Olga se había llevado el deseo consigo, igual que tantas otras cosas. Podía ser que hasta se hubiese llevado su cordura. No estaba loco, por supuesto. Había visto con sus propios ojos a Carapicada y Cocoliso, les había sacado fotos. Pero no estaba del todo sereno, se obsesionaba, bebía más de lo habitual, le costaba dormirse y, cuando lo hacía, dormía demasiado, con sueños horrendos. Y eso ya le ocurría desde antes de ir a Lanzarote y comenzar a toparse con aquellos dos.

Buscaría un psicólogo. Alfonso se lo había aconsejado. Él lo había llamado «buscar ayuda», y eso era un eufemismo de ir a un psicólogo. Uno de verdad, no el del regimiento. Alguien que lo ayudase a procesar todo aquello.

En cualquier caso, eso sería cuando volviese a Gran Canaria. Por ahora, le tocaba bregar solo con la tristeza y, sobre todo, con la obsesión.

Decidió terminar de leer la novelita sobre el hombre de negocios y la viajera misteriosa. Creyó (y se equivocaba) que eso lo ayudaría a

no pensar en Olga, en César Manrique, en Carapicada y Cocoliso, en por qué en Lanzarote todo estaba oculto bajo la superficie.

CASA DEL PALMERAL

El lunes volvió a madrugar. Cuando subió al bufé, solo había una parejita extranjera. Jóvenes y guapos, se hacían cariñitos y se servían platos y más platos de beicon y huevos fritos.

Conteniendo la náusea, se puso unos churros y un café y se fue a la terraza. La panza de burro se había instalado sobre la ciudad durante la noche, pero si el viento continuaba soplando como lo hacía en ese momento, se marcharía pronto. Una racha se llevó por el aire los sobres de azúcar ya vacíos y la servilleta de papel. Desistió de intentar recogerlos. Volvió a buscar otra servilleta y entonces vio a Cocoliso y Carapicada. Estaban sentados al fondo del comedor. Como si fueran de uniforme, ambos vestían vaqueros y camisas a cuadros cuyos faldones se habían dejado por fuera. Entendió que llevaban camisetas bajo las camisas. La de Carapicada era amarilla. La de Cocoliso estaba fuera de su alcance, porque desde donde estaba le daba la espalda.

Acertó a ver que se habían servido café, zumos y mucha fruta. Cocoliso, además, atacaba en ese momento lo que debía de ser un bocadillo. Comían y charlaban en voz baja, aparentemente ajenos a él. Tuvo la tentación de acercarse y ponerles las pilas, pero se reprimió.

De vuelta a la terraza, movió un poco la silla para poder mirar hacia el comedor a través de la puerta acristalada. Los tipos continuaron comiendo y hablando mientras él mojaba churros en el café y fingía contemplar el paisaje que se extendía hacia el noreste de la ciudad. En algún momento, Carapicada sacó su móvil y se puso a teclear mensajes. No estuvieron allí mucho más. No repitieron café ni se acabaron la fruta. Como si alguien los hubiera mandado llamar, se levantaron al unísono y se marcharon, estirándose la ropa, sacudiéndose las migas de la camisa.

Dunia apareció cuando él ya estaba apagando el cigarrillo. Se saludaron con un beso en la mejilla, cordiales, amables, como dos vecinos, que es lo que, en realidad, eran. Ella habló del trabajo que tenía esa mañana, de que le tocaba ir de un lado a otro hasta el mediodía. Le preguntó qué haría él.

—Poca cosa —contestó—. Dar una vuelta por ahí.

Se desearon un buen día y él se fue hacia el ascensor mientras ella se abalanzaba sobre la cafetera.

Haría continuaba siendo el pueblito blanco de la época en que César decidió hacerse allí su última residencia.

La Casa del Taro había sido un éxito. Tanto que allí ya no tenía forma de estar tranquilo y trabajar, porque siempre había una visita, unos invitados, un equipo de televisión o de cine que venía a filmar. Así que fue interviniendo en un terreno que había comprado en los años setenta, diseñando y edificando a partir de una vivienda de labranza en ruinas. Y a finales de los ochenta se mudó a aquella casa construida en medio de un palmeral. No la disfrutó más de tres o cuatro años: hacia allá se dirigía desde la Casa del Taro cuando tuvo su accidente en 1992.

Al contrario que la Fundación, la Casa del Palmeral no disponía de *parking*. Las pocas zonas de estacionamiento cercanas estaban ya ocupadas por coches de alquiler cuando él llegó, así que tuvo que callejear por el pueblo hasta conseguir un hueco libre. Le pareció una circunstancia afortunada: no soplaba demasiado viento, la panza de burro se había abierto y el sol de media mañana lamía con mansedumbre el pueblito silencioso, por el que daba gusto pasear.

A todo esto, no había notado que lo siguiera nadie desde Arrecife: Carapicada y Cocoliso habían hecho mutis a la hora del desayuno y no había noticias de ellos por el momento. La obsesión le estaba dando una tregua y pensó que podía volver a fingir que era, simplemente, un visitante, un turista más. Y que, fingiéndolo, a lo mejor podría acabar siéndolo.

A la entrada de la casa, a un lado del jardín, se exponía el Seat Ibiza pintado por Manrique. A Ángel, a quien le gustaban los coches, le había interesado saber que no había sido su única intervención en automóviles: un par de años más tarde se uniría a Calder, Warhol o Stella en la nómina de artistas elegidos por BMW para sus *art cars*.

El único español hasta la fecha.

No se detuvo demasiado a ver el auto. Adquirió su entrada y pasó del zaguán al patio interior que hacía de vestíbulo. Allí había una pileta, una balconada, aperos varios. Lo que se encuentra uno habitualmente en cualquier casa de labranza conejera. Solo que aquello no estaba allí en la vivienda original: César lo había construido o hecho traer desde diferentes puntos de la isla. Olga lo contaba en el libro tan bien como se lo había explicado a él mismo la primera vez que fueron.

De aquella casa, a Ángel le gustaba mucho la sala principal, enorme y con diferentes ambientes: la biblioteca, el comedor y el salón con sillones en torno a una gran chimenea a cuyos flancos había una hermosa colección de cerámicas. Junto a los sofás, viejas botellas de licor llenaban el armazón de una máquina de coser convertido en mueble bar.

En los armarios de los dormitorios, los conservadores del museo habían dispuesto una muestra de la ropa y los zapatos de Manrique, que debían de resultar bastante escandalizadores en su época. O no. Como Olga sugería, podía ser que su indumentaria se interpretase como un rasgo de excentricidad, un soplo de aire fresco en medio de una España gris y timorata. Sí, en la sociedad de aquellos años, a Manrique se le toleraban las formas y los atuendos, su salida del armario tan descarada como elegante, la afición a lo lúdico y hasta a lo pueril. Al menos, hasta que llegaron los años ochenta y empezó a tocar los huevos.

La piscina estaba más allá del salón. No era demasiado grande, pero sí acogedora. Según Olga, había un toque Bauhaus en los muebles que la rodeaban, quisiera decir lo que quisiese decir aquello.

Cruzó el jardín trasero por un camino que atravesaba una amplia explanada de picón y palmeras. Y, mientras lo hacía, recordó las imágenes televisivas de los años ochenta en las que César Manrique pasaba por aquella misma zona, ataviado con un mono azul de trabajo y jugueteando con Palme, un gran danés oscuro y noble que, cuando se ponía a dos patas, le sacaba una cabeza.

El estudio era un almacén largo. Lo habían conservado tal y como

lo había dejado en su momento. En una pared había un pañol de herramientas y útiles. Otra estaba casi por completo recorrida por estanterías en donde se almacenaban materiales: pinturas, disolventes, trapos. También alguna pieza suelta aquí y allá: una cabeza de maniquí, el diseño de una máscara.

Al fondo, se veían dos grandes lienzos, los últimos cuadros en los que el pintor había estado trabajando. Colgando de una silla, su mono de trabajo.

Una vez, Olga le dijo a Ángel que la gente que visita los museos o frecuenta las galerías a veces no sabe el trabajo que hay detrás. Trabajo con productos químicos, con herramientas, con materiales que pueden llegar a ser muy pesados. Trabajo físico para el que es necesario estar en forma, en caso de que te dediques al gran formato. Manrique, en muchas ocasiones, ponía el lienzo en el suelo y se agachaba para trabajar sobre él, rodeándolo por un lado u otro, doblando el espinazo durante horas, con el mismo esfuerzo con el que se labra la tierra. Lo hizo así durante años, hasta el mismo día de su muerte. Y murió con setenta y tres años.

Después de ver esa zona, volvió sobre sus pasos y reparó en una vitrina que no había mirado antes. Exponía la agenda de César, abierta por los días 16 y 17 de mayo de 1990. Solo había una anotación, hecha a bolígrafo con letras de molde: «TRABAJANDO TODO EL DÍA».

Entonces, hubo un fogonazo en la mente de Ángel. Tuvo la desagradable convicción de haber olvidado algo, pero no lograba recordar qué había olvidado. Salió al jardín, sacó los cuadernos de Olga y allí, parado, se puso a buscar como un loco. Encontró lo que buscaba al final del último. Era una anotación al margen, cosa infrecuente en ella. Por eso le había llamado la atención en su momento, aunque luego no le hubiese dado importancia. Decía: «Agenda de César. 28/9/92. Consultar. Incluir datos».

Podía ser una tontería, pero una de las últimas anotaciones de Olga en su cuaderno era aquella: la de consultar e incluir (probablemente en el libro) lo que había en la agenda de César Manrique para el lunes 28 de septiembre de 1992.

No se detuvo a ver nada más. Salió lo más rápidamente que pudo

y se dirigió hacia donde había dejado el coche, preguntándose por qué no lo había pensado antes, por qué no le había extrañado que Olga estuviese interesada en lo que César Manrique tenía previsto hacer tres días después del viernes 25, la fecha en la que murió.

Nada más llegar a la habitación, encendió el ordenador para que fuera iniciándose. Mientras el cacharro arrancaba (lo cual tardaba cada vez más en hacer), se fue al balcón a buscar de nuevo en los cuadernos de Olga. Tras un rato, confirmó que no se le había escapado ninguna otra anotación referida a la agenda de César Manrique salvo aquella nota garrapateada al margen. Así que estaba convencido de que, si ella había encontrado algo importante a partir de aquella búsqueda, habría incluido el hallazgo en el manuscrito. Era allí donde quería buscar, donde debía buscar para enterarse de qué tenía que ocurrir en la vida de César Manrique el lunes 28 de septiembre de 1992, qué era aquello que debía ocurrir y no ocurrió, pero tan importante como para que Olga se recordase a sí misma averiguarlo.

Quizá al final no había encontrado nada, quizá había sido una pista falsa, pero él no podía evitar pensar que si alguien lo seguía era por aquellas averiguaciones que Olga había hecho, por lo que parecía, en el último momento. Sin embargo, aunque lograra descubrir esto, le quedaba una incógnita: ¿cómo sabían que aquello, fuese lo que fuese, estaba en los papeles de Olga?

Vamos por partes, se dijo a sí mismo, volviendo al escritorio para ver si el portátil estaba ya a pleno funcionamiento. Lo estaba. A la misma velocidad de días anteriores, así que el sistema de archivos del disco duro tardó casi dos minutos en abrirse y no logró acceder al borrador hasta casi cinco minutos más tarde.

Y, justamente cuando iba a comenzar a buscar dentro del texto, le sonó el móvil. Era Blas.

—¿Qué pasó, querido? —preguntó Ángel.

—¿Estás en el hotel o por ahí?

—En el hotel.

—Perfecto. Estoy al ladito. ¿Nos echamos un café?

—Mira, ahora mismo, la verdad, me coges liado.

—Ah.

—Es el ordenador. Estoy aquí peleándome con él. Va lento como un desfile de cojos.

—Es un cacharro viejo… —supuso Blas.

—No tanto, pero lleva un par de días jodido. Antes iba como un tiro.

—Subo y le echo un vistazo.

—¿Tú sabes de esto?

Al otro lado de la línea se escuchó una risotada.

—A ver —dijo Blas—, ¿no te acuerdas de a qué me dedico yo?

Ángel balbuceó algo. La verdad es que lo había pillado en falta. El otro volvió a reírse, entendiendo que nunca lo había sabido.

—Tengo una empresa de mantenimiento informático. Desde hace veinte años. Dime en qué habitación estás, subo, te lo arreglo y nos echamos de una vez el dichoso café.

Blas dejó su mochila sobre la cama y se sentó al ordenador. Le hizo un par de preguntas de esas que hacen los informáticos y, por las respuestas de Ángel, fue enterándose de qué programa antivirus utilizaba, cuándo había descargado o actualizado programas por última vez y cuáles eran los detalles de los problemas que le estaba dando el portátil. Luego se sentó al escritorio y le pidió diez minutos.

—Al principio pensé que era la wifi del hotel —le repitió Ángel, en pie detrás de él—, pero ahora es que tarda mucho en arrancar y hasta le cuesta leer el disco duro.

—Ya —dijo Blas, sin quitar los ojos de la pantalla, mientras tecleaba un comando para acceder directamente al panel de control.

—Puede ser también por el disco duro de Olga, que…

Se calló de golpe porque Blas, siempre sin volverse hacia él, había alzado la mano izquierda pidiendo silencio.

—Déjame diez minutos y enseguida te digo.

Ángel se quedó cortado ante la inusitada autoridad de Blas. Se fue al balcón y encendió un cigarrillo.

El otro no tardó diez minutos, sino quince. Luego, desde el balcón, Ángel lo oyó levantarse, buscar el mando a distancia del televisor, pedirle silencio con un gesto, pulsar el mando y poner, con el volumen a tope, el primer canal que encontró. Solo después de hacer todo esto, salió al balcón.

—¿Qué pasa? —preguntó Ángel.

—Tienes un troyano.

—¿Qué cojones? ¿Un virus?

—Algo más sofisticado. Pero te lo han instalado directamente.

—¿Cómo directamente?

—Alguien le metió mano a tu ordenador y te lo instaló. Me fijé en que no le tienes puesta contraseña.

—¿Para qué? Solo lo uso yo.

Blas negó varias veces con la cabeza.

—Angelito de mi vida —dijo Blas con compasión—. Eso es como ir por ahí pidiendo que te den una patada en el culo. Así que quien te lo hizo, solo tuvo que arrancar el ordenador y pincharle un USB. ¿Puedo? —preguntó cogiendo el paquete de tabaco de Ángel. Cuando este asintió con un gesto, sacó uno y lo encendió—. Vamos a ver, tú llegaste el jueves por la mañana, ¿no?

—Sí.

—Pues el programa se instaló ese día, a las tres de la tarde. ¿Estabas aquí?

—Estaba con Sonia, comiendo. Y, coño, cuando volví, me dio la impresión de que alguien había entrado en la habitación.

—Correcto. Alguien entró y te instaló eso. Y no me extrañaría que te hubieran puesto micros. Por eso puse la tele.

—Me cago en la puta.

—Vamos a salir de aquí para poder hablar con tranquilidad y ver qué hacemos. Vete tú a saber si hay escuchas también en el balcón.

Poco después estaban en el Puente de las Bolas. Caminaron unos metros hacia el Castillo de San Gabriel. Solo cuando llegaron cerca del portón, Blas se detuvo, le pidió otro cigarrillo y le dijo:

—Alguien está muy interesado en lo que haces. Sea lo que sea.

—Yo no…

—A mí me da igual —lo cortó Blas—. Mira, Ángel, yo no te conozco demasiado ni sé mucho sobre ti ni lo quiero saber. Pero me pareces buen tipo. Y si no lo fueras, Olga no habría estado contigo, ni Julia y Sonia te apreciarían como te aprecian. Así que no creo que estés metido en nada chungo, ¿no?

—¿Chungo como qué?

—Chungo como para que le interese a la Policía o a la Guardia Civil. ¿Hay algo de eso?

Ángel lo miró con asombro.

—Pero ¿qué dices?

Blas pensó unos segundos, sopesando, seguramente, si podía confiar en Ángel o no.

—Está bien —dijo, decidiéndose, al parecer, por la primera opción —. Lo que te instalaron es una cosa que se llama *shadow71*. Es un troyano. Un programa espía. Muy parecido a los programas de control parental. Los que los padres les instalan a los chiquillos en los teléfonos móviles para saber lo que hacen, en qué páginas se meten o si algún viejo verde les va detrás. Vamos, que alguien tiene acceso remoto a todo lo que haces con el ordenador. Lo que pasa es que han sido muy torpes. Te instalaron una versión que no va bien con tu PC, que es algo más viejo. Por eso te lo ralentiza tanto. Si no llega a ser por eso, no te hubieras enterado en la puta vida.

—Por eso y porque apareciste tú.

—Vale, por eso y porque aparecí yo —concedió Blas dando una

calada profunda. Ángel se fijó en que cogía el cigarrillo con las puntas del índice y el pulgar y daba bocanadas demasiado cortas o demasiado largas tras las cuales observaba el cigarrillo, como hacen quienes no tienen el hábito o lo han dejado hace años y ahora solo fuman en eventos sociales o situaciones de estrés.

Mientras Blas fumaba, Ángel comenzó a atar cabos, a entender por qué el amigo Carapicada y su colega Cocoliso sabían siempre dónde iba a estar. Si eran ellos quienes le habían instalado aquella mierda (y no le cabía la menor duda de que eran ellos), sabían, por las búsquedas que hacía en los programas de geolocalización, qué ruta iba a hacer en cada momento. Otra cosa era averiguar quiénes eran ellos, a qué se dedicaban, si actuaban por cuenta propia o por encargo de terceros. Y, sobre todo, qué era lo que andaban buscando.

—¿Y se puede limpiar? —preguntó Ángel.

—¿El qué? —preguntó Blas, que de pronto parecía estar en la inopia.

—El ordenador. El troyano ese. ¿Se puede eliminar?

—Ah, claro que sí. Pero no lo hice porque no sé de qué va la cosa.

Ángel no comprendió qué quería decir. Se lo hizo saber frunciendo el ceño, ladeando la cabeza hacia él.

—Quiero decir —prosiguió Blas— que no sé si te interesa borrarlo o si te conviene más mantenerlo ahí y que quien te lo haya metido no se entere de que te diste cuenta. Por eso te dije que saliéramos.

Ángel se quedó mirando a Blas. Indudablemente, era más espabilado de lo que él había creído hasta ese momento. Y como había visto lo que le habían hecho en el ordenador, podía hablarle de los dos tipos que lo seguían sin que pensara que eran imaginaciones suyas, al contrario que con Mauri. Por eso se lo contó, día por día, paso por paso. Le contó todo lo que le había ocurrido desde que llegó, incluido el asunto de la anotación en la agenda. Nunca habría sospechado que, de todas las personas que conocía, fuera Blas la única con la que tuviese realmente libertad y confianza para convertirla en su confidente. Blas lo escuchó asintiendo de vez en cuando, mirando al mar o a los islotes, jugueteando con el cigarrillo al principio y luego con la colilla, que apagó en el murete de

protección pero no tiró.

—El caso es que lo único que se me ocurre es eso —concluyó Ángel—: que los tíos estos me estén siguiendo porque Olga averiguó algo raro que tiene que ver con César Manrique. Pero, ahora, viéndolo bien, ¿para qué carajo me están siguiendo todavía? Quiero decir: si lo que averiguó estaba en el borrador del libro, y ellos ya han tenido acceso a mi ordenador, ¿qué más quieren?

—A lo mejor no se trata de lo que ella sabía —dijo Blas—, sino de saber si lo sabes tú. De asegurarse de que no llegues a saberlo.

—No entiendo.

—Se me ocurre… Y es solo una suposición, ¿eh? Pero se me ocurre, como hipótesis, que ella estaba a punto de averiguar algo delicado justo antes de morir. O que, incluso, llegó a averiguarlo, pero no tuvo tiempo de añadirlo al libro. Podría ser, ¿verdad? Como hipótesis, digo.

—Sí —concedió Ángel—, podría ser.

—¿Y si alguien tuviera miedo de que tú, siguiendo los pasos de Olga, llegaras a enterarte de eso que no quiere que se sepa?

Blas llamó a Julia para decirle que no iría a almorzar. No había demasiado problema con eso, le explicó después a Ángel: muchas veces era ella la que comía fuera y, además, los niños, entre semana, comían en casa de los abuelos.

—Mis padres viven al ladito del colegio —dijo mientras esperaban el ascensor en el hotel—. Julia y yo estamos muy liados con el curro. Yo tengo a tres personas trabajando conmigo, pero incluso así, muchas veces estoy en la oficina hasta última hora de la tarde. Si no fuera por los abuelos…

Ángel escuchó con gesto comprensivo mientras Blas le contaba que no se podían quejar, que les iba bien en sus trabajos, que su empresa, por ejemplo, hacía el mantenimiento y la supervisión de varias instituciones, aparte de las empresas privadas. Pero que eso tenía el coste personal de no poder disfrutar de los mejores años de sus niños, de llevar una vida de familia solo el fin de semana. Y no siempre, porque a veces había que llevarse trabajo a casa. A Ángel le interesaban tres pepinos los pormenores de la conciliación familiar de Blas y Julia. Su mente estaba ocupada en sus propios asuntos.

Una vez en la habitación, volvieron a poner la tele a tope y Blas se las arregló para mostrarle el directorio en el que estaba el troyano. Eso era lo que habían acordado en la calle: Blas le diría dónde estaba y, cuando él lo considerase oportuno, podría eliminarlo.

Después cogieron la mochila de Blas y se fueron otra vez.

Ángel le propuso que comieran en algún lugar discreto y Blas lo llevó allí cerca, a La Recova, un local que atravesaba un inmueble entre las calles Ginés de Castro y Otilia Díaz, decorado con fotos antiguas y motivos marineros, donde daban comida casera y económica.

El informático saludó a la camarera por su nombre, pidieron dos jarras de cerveza y ocuparon una mesa cercana a la salida trasera, junto al almacén y los baños. Cuando les trajeron las cervezas, aprovecharon para pedir las tapas.

—Aquí comes como en casa de tu madre —dijo Blas cuando la chica empezó a ir y venir materializando pinchos de tortilla, medias de ropavieja y raciones de ensaladilla rusa.

Para poder hacerlo sin interrupciones, no empezaron a hablar hasta que todo estuvo servido.

—A ver —dijo Blas—, lo de la agenda, ¿qué crees tú que puede ser?

Ángel se vio obligado a reconocer que no tenía ni idea.

—Pero —agregó— si alguien se está tomando todas estas molestias, tiene que ser algo gordo.

—Y comprometedor. Algo que puede joder bien a alguno.

—Pero en los papeles de Olga no hay ninguna agenda de César Manrique —insistió Ángel.

—Como para haberla —dijo Blas, haciendo círculos en el aire con el tenedor—. Todas esas cosas las conserva la Fundación.

—En Tahíche.

—Ahí mismo. —De pronto, el rostro de Blas se iluminó con una idea—. Espera un momento: Pepe Dolz.

—¿Quién? —preguntó Ángel.

—Pepe, el archivero de la Fundación. ¿Lo llamo?

—¿Lo conoces?

El hombrecillo no respondió a esa pregunta ni esperó respuesta a la suya: soltó el tenedor, cogió el móvil y, buscando un número en la memoria del aparato, salió a la calle trasera para hablar con tranquilidad. Ángel lo vio caminar de un lado a otro mientras hablaba mirando alrededor. Al volver, enarbolaba una enorme sonrisa.

—Ya está. Dice que te espera en la Fundación, luego, a las cuatro y media. Que preguntes por él en la puerta. Yo no voy a poder ir contigo, pero…

—¿Qué le contaste?

Blas se paró en seco. Entendió la preocupación que se le había pintado a Ángel en el semblante.

—No te preocupes —explicó—, le conté lo mínimo: le dije quién eres y le conté que necesitabas ver los archivos porque estás completando el libro de Olga con cuatro datos que faltaban. Si le quieres contar más, eso lo decides tú.

Ángel se quedó más tranquilo. Pero le extrañó que la gestión hubiese sido tan fácil.

—¿Y, con que lo llamaras, ya está?

—Claro, ya está. Yo lo conozco mucho porque con la empresa hacemos cosas para la Fundación. Además, Pepe también le tenía mucho aprecio a Olga. —Blas masticó y se tragó un trozo de tortilla antes de añadir—: Y es de los nuestros.

—¿De los nuestros?

—Un tipo decente.

Ángel también se tragó su trozo de tortilla y se refrescó el gaznate con cerveza antes de decir:

—Carajo, me está dando la impresión de que tú piensas que hay mucho indecente por aquí, ¿no?

Blas sonrió, atacando la ropavieja.

—En realidad, son solo un puñado. Pero muy poderosos. La otra noche no te pude hacer bien el mapa.

Ángel le recordó el momento en el que Blas cambió bruscamente de tema al llegar David Rivallo y le preguntó si era David uno de los del puñado de indecentes.

Blas negó un par de veces con la cabeza.

—No, qué va. El pobre David es un buen tipo. Algo pijo, un poco gilipollas, pero buen tipo. Y lo conozco bastante, de antes de que estuviera con Sonia. Lo que pasa es que no me apetecía incomodarlo.

Ángel no entendió a qué se refería y no tuvo que decirlo para que Blas se diera cuenta. Pero se demoró un poco en explicárselo, porque primero se llenó la boca de pan y ropavieja. Blas tenía un saque de lansquenete y, mientras lo observaba masticar a dos carrillos, a Ángel se le ocurrió que si hubiera comido con ese apetito de chico, a lo mejor habría crecido un poco más.

—Esto es Lanzarote, Ángel —dijo por fin—. Aquí todo está cerca y todo el mundo tiene un primo, un cuñado, una hermana o una abuela que están emparentados con gente con la que no querrías tomarte ni un café.

—¿Y con quién está emparentado David?

—Con Ginés Blume, que es el tío de David, el hermano de su madre. Y con su propio padre, Conrado Rivallo, que también fue un cabrón con pintas en su época, pero que como hijo de puta no le llegó nunca ni a la altura de la suela del zapato a Ginés. —Blas había dicho esto último a un volumen moderado, asegurándose de que el ambiente de la cafetería solapaba sus palabras, pero, aun así, bajando la voz cada vez que pronunciaba un nombre—. En realidad, yo creo que David se ha pasado media vida intentando que la gente se olvide de que es sobrino de Blume. Puede que fuera de la isla lo haya conseguido, pero aquí lo tiene un poco más difícil.

Ángel continuaba a ciegas con respecto a quién era Ginés Blume y por qué era tan cabrón.

—¿Te acuerdas del secretario de Viéitez del que te hablamos?

—Sí. El que hacía el chanchullo con los informes jurídicos.

—Exacto. Pues ese es Ginés Blume. Hay quien dice que la idea de la mismísima Reunión de los Seis fue de él. Y no te extrañe: el tipo era amigo de Domingo Ferrer desde chicos. Fueron al mismo colegio, jugaban en el mismo equipo de fútbol. Es más, puede que quien encaminó la carrera política de Ferrer fuera Ginés, que era el que venía de familia de perras de las de antes y tenía todos los contactos. En fin, que Ginés era un elemento de cuidado. Y de todo

lo que hacía pillaba un cachito. Pero, fíjate tú, cuando trincaron a Ferrer, a él nadie le tocó un pelo.

Había algo que no le cuadraba a Ángel.

—Vamos a ver: si el tal Blume hacía un chanchullo, no podía figurar el nombre de él en las mismas cosas que aprobaba.

—Para eso estaba Conrado —dijo Blas—, el padre de David. Al principio, de joven, tenía solo una empresita que se dedicaba a vender materiales de construcción y a alquilar maquinaria, pero luego entró en negocios con Ginés y hasta dio el braguetazo con la hermana. Y eso coincidió con el despegue de la isla. Luego vino la Reunión de los Seis y ahí empezaron a correr los ríos de pasta. Date cuenta de que Blume ya se llevaba su comisión por cada chanchullo que hacía, pero es que además se fue encargando de que en todo lo que se hacía tuviera algo que ver la empresa de Conrado, que también era la suya, aunque no constara en ningún lado. Con los materiales y la maquinaria hicieron negocios por toda la isla. Luego se montaron también su propia promotora, justo cuando empezó a moverse lo de Playa Lunar. Y ahí fue cuando se forraron de verdad. Les costó, porque para ese entonces la cosa empezaba a oler y la sociedad civil ya no tragaba.

—César Manrique tendría que ver bastante en eso, supongo.

—Sí y no. —Blas quiso matizar aquello—. A ver, lo que te dijimos el otro día: el modelo ya existía, gracias a César, a Ramírez Cerdá y los otros. Pero la gente se levantó sola. Eso te lo puedo decir yo porque estaba ahí. Lo que pasó es que cuando nos planteamos qué acciones podíamos llevar a cabo, nos dimos cuenta de que César era la mejor punta de lanza. Él no solo era el creador del modelo, sino que encima tenía mucho prestigio y contactos en todos lados, mientras que nosotros éramos cuatro melenudos muertos de hambre.

Ángel no pudo evitar sonreírse ante la imagen que evocaba aquel Blas tan calvo. Y este también se rio, algo picado.

—Sí, no te rías, jodío: yo también tenía melena. Y no te creas que a ti no te va a pasar lo mismo. Es cuestión de tiempo.

—Voy para los cuarenta y todavía no se me cae —siguió picándolo Ángel, divertido.

—Hazme caso, compadre: si te quieres ver a mi edad con el pelo

que tienes ahora, mejor vete sacándote una foto. Porque te vas a acabar peinando con la toalla, como todos.

Ya casi habían terminado de comer y pidieron café. Blas lo tomó amargo y solo y retomó la conversación tras darle el primer sorbo.

—En fin, para no cansarte: que en cuanto le dijimos que estábamos preparando una plataforma, César se subió al carro y se puso al frente. Y gracias a él se paró más de una cosa. Pero era una avalancha, Ángel. No podíamos con todo. Y a él le empezaron a hacer la guerra como se hace aquí.

—¿Lo amenazaron o algo?

—¿Quién? —preguntó Blas, como si la pregunta lo hubiera sacado de un lugar lejano.

—Los indecentes.

Blas sonrió con ironía.

—Ah, no, mi niño. Aquí la cosa es más sutil. Va por fases. Los indecentes, como les dices tú, nunca van a ir de entrada de modo agresivo. Primero te van a intentar dar negocio o a aprovecharse de tus debilidades. Una debilidad de César era el entusiasmo, la ingenuidad. Por eso lo primero que hicieron fue llamarlo para encargarle la decoración de un hotel, el primero que hicieron en Playa Lunar. Una cosa más o menos bien diseñada, integrada en el paisaje. Todavía está allí, aunque todo lo demás impide verlo. Pero cuando César, que sería ingenuo pero no era tonto, se dio cuenta de que el resto de lo que estaban planeando para la zona iba a ser un desastre, rompió el contrato y los mandó a tomar por culo. Entonces pasaron a la segunda fase.

—¿Amenazarlo?

—Y dale. Tú lees muchas novelas policiacas, ¿no? Eso no funciona de esa manera. Al menos aquí.

—Entonces, ¿cuál es la segunda fase?

—Yo lo llamo la fase del burrito. ¿Recuerdas el cuento de los burritos, que se ponían de acuerdo para rascarse la espalda mutuamente? Yo te rasco la espalda a ti y luego, cuando a mí me pique, tú me la vas a tener que rascar a mí. Te sobornan, pero no con dinero. De hecho, no parece un soborno. Se te acercan y te piden un supuesto favor en el que en realidad el beneficiado eres tú.

A César le decían: «Vale, ya sé que no estás de acuerdo con lo que estamos haciendo aquí, pero vamos a inaugurar tal hotel en este otro sitio y necesitamos un mural para el vestíbulo. Toma el cheque en blanco y pon tú la cifra». Y si tú andas liado y no puedes trabajar en el mural de marras o no necesitas perras, ellos siempre tienen un primo con un bufete que necesita un abogado. Y, vaya, qué casualidad, tu hijo estaba estudiando Derecho, ¿verdad? O, mira tú qué favor nos haría tu mujer vendiéndonos a nosotros la casa esa que tiene en venta hace tanto. ¿Me vas entendiendo?

—Sí.

—El día de mañana, cuando les quieras tocar los huevos, ya será más fácil hacerte entender que el favor te lo hicieron ellos a ti. Y plantearte que igual la venta de la casa no estuvo del todo en regla, que el mural no ha gustado tanto y a lo mejor hay que derribar ese tabique y que los costes del derribo superan el pago, que igual el chiquillo no está haciendo tan bien su trabajo, aunque ahora ya esté en plantilla como letrado.

—Muy hábil, ¿no?

Ángel comenzaba a necesitar un cigarrillo, pero entendió que Blas no quería hablar sobre nada de aquello fuera de allí. Y que, incluso allí, pese a su locuacidad, procuraba no alzar demasiado la voz.

—Pues claro que sí. Son unos fieras haciendo ese tipo de cosas, creando redes en las que puedan caer los incautos. Pero con César lo llevaban jodido. De entrada, no los necesitaba para nada. Tenía bastante pasta porque la obra se vendía bien y no le faltaban encargos fuera. Y, en cuanto al entorno, no tenía ni mujer ni hijos y la familia que le quedaba estaba bien situada. A todo eso, súmale que ya les había cogido la matrícula y sabía perfectamente de qué iba la cosa. Con todo, lo siguieron intentando. En una de estas, un día lo llamó el padre de David, haciéndose el chachi, diciéndole que tenía razón en criticar el desarrollo en Playa Lunar, que lo habían planeado mal, pero que si él los asesoraba, a lo mejor podían remediar el desastre estético. ¿Sabes qué le contestó César?

—¿Qué?

—Le dijo: «Mira, mi niño, yo no voy a perder ni mi tiempo ni el tuyo intentando hacerle tragar una aspirina a un muerto».

Blas se rio ante la anécdota que él mismo acababa de contar.

—Eso se lo oí decir yo mismo, porque la llamada fue en medio de una reunión que estábamos teniendo en la Casa del Palmeral. Nos solíamos reunir allí cuando no teníamos más locales. Bueno, para no cansarte, que les fallaron todos los recursos que tenían. Así que solo les quedó uno: la baja volada.

—¿La baja volada? ¿Eso qué es?

—La baja volada conejera: no te cortan las alas, pero te impiden volar. Lo primero es hacer esto —Blas señaló a su alrededor con las dos manos—, venir al bar. Vienes al bar y empiezas a decir que el Cabildo le paga un montón de pasta a César por dibujar cuatro tonterías. Lo cual, por cierto, era mentira, porque ni eran cuatro tonterías ni le pagaban un duro. Luego sigues con que se monta orgías en el chavolón que le hemos pagado entre todos, con que se hace pasar por amiguito del pueblo, pero está forrado y siempre va en primera y tiene criados y los trata fatal, que lo sabes tú porque una prima tuya trabaja para él. Y luego, cuando ya has logrado romper la imagen del hombre, empiezas a decorarla otra vez a tu manera: encima de que el tío es rico perdido, no quiere que nadie más progrese; a él le dan igual los puestos de trabajo que se pierdan, con la falta que hacen, porque, total, él está forrado. Lo de él es codearse con los políticos y el artisteo, ir de ecologista pijo y chupar de la teta del Cabildo mientras su pueblo se muere de hambre. ¿Entiendes, Ángel? ¿Ves cómo va?

—Entiendo.

—La baja volada es eso: te echan tanta mierda encima a ti y a los que tienes alrededor que no hay quien se mueva. Pero ni eso les sirvió, porque aquí podían engañar a cuatro paletos, pero, fuera, a César se le siguió escuchando y respetando. Y eso les jodió muchos pelotazos.

A estas alturas, se habían terminado ya el café. Ángel pidió la cuenta sin preguntarle a Blas y este volvió a su habitual laconismo. Quizá temía haber dicho algo que le molestara al militar. Él se dio cuenta y le aclaró que solo era que tenía ganas de fumar.

—¿Tú qué vas a hacer ahora? —le preguntó.

Blas miró su reloj y dijo:

—Me va a tocar volverme a la oficina. Pero, oye, para cualquier cosa que necesites o cualquier duda que tengas, dame un telefonazo.

—Lo haré.

La camarera trajo la cuenta y Ángel consiguió que Blas no pagase, aunque le costó.

—Estaría bueno, Blas, con el favor que me has hecho.

—Favor ninguno. No sé si te has dado cuenta de una cosa, Ángel.

—¿De qué?

—César murió, pero la guerra sigue.

—Ya, me lo dijiste la otra noche.

—Y ahora tú estás también en la trinchera. Lo cual nos viene muy bien, porque nunca habíamos tenido en nuestro bando a un militar. —Blas volvió a reír su propia broma. Pero luego se puso serio para añadir—: En todo caso, ten mucho cuidado. Yo creo que esos tíos son detectives privados o algo así. Pero si no lo son, serán algo peor.

—Tranquilo, nadie se come a nadie —dijo Ángel guiñándole un ojo.

—Seguro que eso es lo que pensaba el atún de la ensaladilla que nos acabamos de papear.

PEPE DOLZ

Cuando le preguntó por Pepe Dolz, el empleado de la taquilla le hizo una seña al vigilante de seguridad y descolgó el teléfono para avisar al archivero. El vigilante le abrió la puerta y le pidió que pasara a un vestíbulo. Allí no había nadie más. En las oficinas casi todos trabajaban solo hasta mediodía, a no ser que tuviesen algún evento, le dijo el hombre antes de agregar que don José vendría enseguida y volverse a su puesto en la entrada de la Fundación.

Ángel se entretuvo mirando los reclamos enmarcados de jornadas, conferencias y exposiciones que habían tenido lugar en la casa museo a lo largo de los años. En los carteles aparecían algunos nombres que conocía y otros que Olga había conseguido que le sonaran, como los de Günter Grass y Susan Sontag. José Saramago tenía un cartel aparte, con un texto que reproducía un discurso o parte de un discurso suyo, bajo una foto en blanco y negro de aquel portugués que un día decidió vivir el resto de sus días en Lanzarote. No tuvo tiempo de leerlo completo, porque Pepe Dolz había salido ya a recibirlo, presentándose y estrechándole la mano. Efusivo, amable, con una cortesía de las que ya no se estilan, Dolz lo hizo pasar ante él hacia el archivo, atravesando dependencias con escritorios vacíos donde predominaban el color blanco, carteles similares a los del vestíbulo y la luz que entraba por los amplios ventanales de la parte trasera del edificio.

La sala, en medio de los anaqueles acristalados que ocupaban tres de sus paredes, disponía de una gran mesa rectangular que debía de servir también para reuniones, a juzgar por la bandeja con botellines de agua y paquetes de frutos secos que había en una esquina. Allí, ante una ventana que se abría al mar de lava, lo hizo sentar Pepe Dolz. Le dio uno de los botellines y puso, en un cuenco, unas almendras que ni él ni Ángel llegaron a tocar. Dolz tomó asiento a la

izquierda de Ángel, donde había colocada ya una subcarpeta de cartón amarilla, del mismo tipo de las que utilizaba Olga.

—Le agradezco que me haya recibido tan pronto. Y por la tarde, que ya veo que no trabajan.

—Ah, no hay problema. Yo vengo muchas tardes, para adelantar trabajo. No vivo lejos. Además, aquí, en Lanzarote, nada…

—Nada está lejos.

—Eso es —dijo Dolz, riéndole la gracia—. Oiga, usted y yo nos hemos visto ya, ¿verdad?

—Sí. Estuve aquí el otro día. Usted le estaba enseñando el museo a una parejita joven.

—Ah, ya me acuerdo. Un sobrino de mi mujer. Vino con la novia, a pasar la semana. —Pepe Dolz sonrió al comentar—: Estos son los inconvenientes de vivir en el sitio adonde todo el mundo va de vacaciones: te pasas la vida atendiendo a las visitas.

—¿Su mujer es peninsular?

—De Vitoria.

—Y usted, catalán, ¿no?

—Sí. De un pueblito que no conocerá, Sant Antoni de Vilamajor, en el Vallés.

—Conozco el Vallés.

—¿Ah, sí?

—Tengo un compañero de Granollers. Una vez pasé unos días por allá.

—¿Un compañero de trabajo?

Ángel se preguntó qué le habría contado Blas sobre él. Decidió confirmarlo.

—De armas. Ya le habrá dicho Blas a lo que me dedico, ¿no?

Pepe Dolz asintió sin perder la sonrisa y Ángel se fijó en que sus ojos tenían una mirada cansada pero limpia.

—Pues sí: un catalán y una vasca, ¿qué le parece? —comentó Dolz, rehusando abundar en el tema del oficio de Ángel.

—Y se conocieron aquí —supuso él, a quien, no sabía por qué, el hombre le estaba resultando especialmente simpático.

—Sí, señor. En el ochenta y siete. Los dos veníamos como profesores de instituto, a consolidar plaza. Pero ya ve, aquí nos

fuimos quedando. Ella dice que primero se engolosinó con la isla y luego se engolosinó conmigo.

Pepe Dolz se rio ante su propio comentario. Ángel se dio cuenta de que, pese a que no hubiese perdido el acento, a veces colaba en su discurso, como en broma, giros canarios. Estuvo a punto de comentarlo, pero Dolz parecía haber decidido que ya había hablado bastante sobre sí mismo.

—Bueno, Ángel, Blas me contó por qué está en la isla. Ante todo, debo decirle que lamento mucho su pérdida.

—Muchas gracias —dijo Ángel, que nunca sabía que contestar cuando alguien le daba el pésame.

—Olga era una persona encantadora. Una mujer admirable y muy competente en su trabajo. —Esto lo dijo Dolz señalando una de las estanterías. Entre los volúmenes que había en ella, Ángel reconoció los libros que Olga había escrito sobre Varo, Domínguez y Millares. También su monografía sobre la Escuela Luján Pérez—. Sería una pena que el libro no saliera o saliera mal. Así que aquí me tiene para lo que necesite.

—¿Usted leyó el borrador?

El archivero negó con la cabeza.

—Olga me dejó leer el sumario, algún capítulo concreto sobre el que quería mi opinión y poco más. Había quedado en darme una copia del borrador cuando acabara. ¿Llegó a terminarlo?

—Yo diría que sí, aunque no soy ningún experto. Y creo que le faltaban algunos datos por comprobar —dijo Ángel mientras abría la mochila y sacaba el último cuaderno, donde había marcado la anotación al margen—. ¿Sabe usted si llegó a mirar esto?

Dolz leyó la inscripción al margen, frunció el ceño y, mientras se levantaba y se dirigía hacia la puerta, le explicó:

—No lo sé. Yo la dejaba aquí y ella trabajaba por su cuenta. No me gustaba molestarla.

Ángel, tras un momento de duda, se levantó también y lo siguió. Ya en el pasillo, el hombre se dirigió a la habitación de al lado, y sacó una llave. El cuarto era más pequeño, pero estaba todavía más atestado de anaqueles, iluminados solo por la luz de un fluorescente, porque no tenía ventanas. Las baldas eran metálicas, estanterías

modulares que ocupaban todas las paredes hasta el techo. Y todas estaban repletas de cajas de cartón con fechas y anotaciones que debía de haber hecho el mismo Dolz a lo largo de los años.

El archivero cogió una de las cajas y sacó de ella una agenda.

—Aquí está. Vamos a la sala de estudio, que tiene mejor luz.

Volvieron a la sala donde habían estado antes y se sentaron en la misma posición. Solo entonces, Dolz le dio la agenda. Era un dietario vulgar y corriente, de los que solían regalar las empresas a sus clientes. Llevaba el logotipo del mismo *rentacar* en el que Ángel había alquilado su coche. Era de color marrón, con tapas de plástico imitación piel y una cinta negra como punto de lectura.

El punto de lectura había quedado justo entre el 27 y el 28 de septiembre.

En la página del 27 de septiembre, la anotación decía: «Discurso Día Mundial del Turismo en los Jameos». En la del 28 de septiembre: «Vuelo a Gran Canaria a las 07:15. Vuelo a Madrid a las 08:30. Reunión a las 13:30 en Neumanntours con Alois. Posible almuerzo. Vuelta Gran Canaria a las 17:10. Vuelo a Lanzarote a las 21:00».

Ambos, Dolz y Fuentes, leyeron las anotaciones, realizadas a bolígrafo azul con la letra de molde de César Manrique. El sentido de estas era claro: el domingo 27, el artista daría un discurso en los Jameos. El lunes iría a Madrid exclusivamente para asistir a una reunión con un tal Alois en Neumanntours. A Ángel no le sonaba de nada Neumanntours. A Pepe Dolz, sí.

—Por aquella época era el turoperador más importante que había en Europa. No solo gestionaban viajes, sino que tenían su propio grupo hotelero. Y marcaban tendencia: donde ellos invertían, venían a hacer negocio todos los demás. Recuerdo que César me había hablado de ese viaje.

—¿Era para un encargo o algo así?

Dolz negó con la cabeza, antes de decir:

—No. Él ya había hecho un par de encargos para ellos. Pero no. Esta reunión la había propuesto él. Me explico: en esos tiempos, estaba sobre la mesa lo de la playa del Lunar.

—Blume y compañía —apuntó Ángel.

—Exactamente. Y usted ya supondrá que, en un asunto de esas

características, contar con el favor de los turoperadores es fundamental. Aquí lo habíamos intentado todo y no habíamos conseguido parar aquel desastre. Así que a César se le ocurrió darles a los promotores donde más les doliese: convencer a los turoperadores de que ese destino concreto, Playa Lunar, no valdría la pena.

—¿Y usted cree que lo habría logrado?

—No lo sé, pero seguro que al menos les habría hecho replantearse invertir ahí. En aquel momento, era influyente. Y estaba muy bien relacionado. —Señaló hacia su espalda, donde estaba la parte principal de la casa museo—. Esa piscina de ahí no solo servía para guateques. Ahí se han sentado presidentes de gobierno a discutir sobre asuntos de Estado, Ángel. Así que no sé si César habría podido llegar a convencer a un operador turístico de que no apoyase una inversión, pero, al menos, habría tenido que escucharlo.

Ángel frunció el ceño y volvió a mirar la agenda. Dolz puso un dedo sobre ella, señalando una palabra.

—Y este Alois no era un simple empleado de Neumanntours en España. Era Alois Neumann, el fundador y presidente del grupo en aquella época. Eran muy amigos.

—Esto empieza a parecerse a una novela de suspense, ¿no le parece?

Ángel lo dijo medio en broma, sonriéndole a Pepe Dolz. Pero esta vez el archivero no le devolvió la sonrisa. Miró la agenda, lo miró a él y dijo:

—Ojalá fuera una novela.

Ángel también volvió a ponerse serio.

—¿Quién sabía que Manrique iba a tener esta reunión?

—Bueno, no era ningún secreto. Es más, él mismo se lo largó a Blume y a Rivallo. Les dijo que, si hacía falta, hablaría en persona con cada turoperador de Europa para contarles aquel desastre que ellos pensaban hacer. No sé si hizo bien. Yo, viéndolo fríamente, pienso que habría sido más efectivo reunirse con Neumann sin que los otros lo supieran. Pero César era así, impulsivo, a veces no pensaba bien las cosas.

Muchos huevos y poca cabeza, pensó, pero no dijo, Ángel.

—Supongo que estaría muy cabreado con Blume y con Rivallo, ¿no?

—Y ellos con él —repuso Pepe Dolz—. Y a Blume y Rivallo súmele usted a Domingo Ferrer, el alcalde de Viéitez. Y, en fin, a todos los que estaban implicados en el proyecto de Playa Lunar, que no eran pocos.

Ángel se rascó la barba a la altura del maxilar izquierdo. Notó el preámbulo de la ansiedad naciéndole en el vientre. Sintió que necesitaba fumar, salir de allí, pensar en todo aquello. Pero aún no podía. Tenía que averiguar algunas cosas más.

—Dígame, don José…

—Pepe —concedió el otro.

—Dígame, Pepe, sabiendo que él tenía esa reunión el lunes siguiente, ¿a nadie le pareció extraño que se estampara con el coche el viernes?

—Al principio, a todo el mundo —dijo Dolz, a quien seguro le habían hecho esa pregunta miles de veces, a juzgar por el gesto que adoptó al responderla—. Claro que sí. Olía a chamusquina, ¿verdad? Sobre todo, por cómo fue el accidente. Fue aquí cerca, en la rotonda que tomó usted para venir, la que tiene un Juguete del Viento.

—Sí, sé cuál es.

En aquella época no había rotonda, le contó Pepe Dolz. Entonces había solo un cruce entre las carreteras que comunicaban la Fundación con Costa Teguise y Tahíche con Arrecife. César había estado en la Fundación. Venía de Arrecife, de encargar piedra para la casa de Haría, y se había pasado por allí para ver qué tal iba todo. Habían hablado sobre el discurso que iba a dar el domingo y sobre el viaje del lunes. Luego se marchó para irse a Haría. Lo hizo, como siempre, en su Jaguar verde, aquel coche que se había hecho casi tan famoso como él en la isla y que no había dejado de conducir ni siquiera después de que lo operaran de la vista. Pepe Dolz recordaba que lo había oído arrancar mientras se preparaba él también para irse a casa, porque pasaban de las dos de la tarde. Y entonces los vinieron a avisar. César debió de saltarse la señal de *stop* y se incorporó a la carretera de Arrecife pensando que le daría tiempo de

seguir circulando antes de que llegase al cruce el Toyota Land Cruiser que venía desde el pueblo. Si fue así, erró el cálculo: el todoterreno lo alcanzó por la izquierda, aplastando la puerta del conductor como si fuese de papel. Los dos vehículos quedaron hechos polvo, pero el Jaguar se llevó la peor parte, porque fue el embestido y porque el Toyota era más robusto. Como justo en ese momento pasaba una ambulancia de Cruz Roja, los atendieron enseguida. Pero, para sacar a César, hubo que cortar las puertas del coche. Con todo, en veinte minutos estaban ya en el hospital. Aunque no sirvió de nada.

Pepe Dolz le contó todo aquello con la mirada opaca de quien ha visto cómo enfermeros, guardias civiles y bomberos intentaban en vano extraer de un amasijo de hierros y salvar la vida a alguien a quien quería. Habían pasado veinticinco años, pero el recuerdo le seguía doliendo.

—¿Y el otro conductor?

—El otro conductor no sabía ni dónde estaba. Era un señor de Fuerteventura, creo. Solo tuvo heridas leves, pero por dentro se quedó hecho polvo, según me han contado. No sé qué habrá sido de él. En todo caso, él no tuvo la culpa. Yo había ido con César en ese coche y sé cómo conducía. Y el cruce era peligroso. No fue el único accidente ahí, hasta que hicieron la rotonda.

—Pero hubo teorías de la conspiración en aquella época. Y todavía hay un tipo que insiste en que hubo gato encerrado.

Dolz apartó aquella idea con un gesto de la mano.

—Emeterio. Un pobre loco.

—¿Usted lo conoce?

—Todo el mundo lo conoce. Pero no dice más que estupideces. Y seguro que no es el único: ya sabe usted cómo es la gente y cómo funciona la clínica del rumor. A ver —pareció corregirse Dolz—, yo no digo que no hubiese quien lo habría preferido muerto. Y estoy seguro de que más de un malnacido se alegró de aquello. Pero el accidente fue un accidente. Por muy sinvergüenzas que fueran los enemigos de César, no me los imagino haciendo una barbaridad así. Y, aunque me los imaginara, yo, que estuve entre los primeros en llegar al cruce, le aseguro que todo eso son inventos: fue un

accidente. Vamos, a mí no me cabe la menor duda en ese sentido.

El tono de Dolz se había vuelto muy serio. Casi severo. Daba la impresión de que se había pasado años explicando lo mismo y él tenía un conocimiento directo de aquello, así que por ahí no había nada sobre lo que plantearse enigma alguno. Pero tenía que haber algo entre los papeles de Olga y la vida de César Manrique lo suficientemente importante como para que alguien se gastara dinero en detectives privados o en vaya usted a saber lo que serían Carapicada y Cocoliso.

—Entonces, esto es lo que consultó Olga: lo de la reunión de ese lunes. ¿Habló con usted sobre esto?

Pepe Dolz se encogió de hombros ante la pregunta.

—No. Alguna vez, hace dos o tres meses, hablamos sobre el último día de César. Sobre el recuerdo que yo tenía del accidente.

—¿Usted vio a Olga el día del accidente de ella?

—Estuvo por aquí, por la mañana, trabajando.

—¿Y notó algo raro?

—No. Fue todo de lo más normal. Llegó, le abrí el archivo y la sala y la dejé trabajando. Estuvo hasta casi el mediodía, nos despedimos hasta el día siguiente y se marchó. Por cierto, ese día se dejó esto.

Mientras hablaba, Dolz había empujado hacia él la subcarpeta amarilla. Ángel la abrió. Contenía fotocopias de viejas entrevistas hechas a César en los años ochenta. En principio, nada que él no hubiera visto ya. Sin embargo, eran los últimos papeles que Olga había tenido en las manos y deseaba conservarlos.

—¿Puedo quedármela?

—Por favor, suya es. Para eso se la tenía preparada.

No estuvo mucho tiempo más allí y el resto de la conversación giró en torno al libro de Olga, al borrador al que Pepe Dolz le echaría gustoso un vistazo si Ángel lo consideraba oportuno. Y Ángel lo consideraba así, porque no estaba seguro de que ni Alfonso ni él tuviesen suficiente criterio para juzgarlo. Sumó una nueva tarjeta de visita a la colección y se dispuso a marcharse, después de darle las gracias al archivero. Pero, cuando ya se dirigían hacia la puerta, el hombre le dijo:

—Oiga, Ángel, si me permite la pregunta: ¿usted está pensando

que hubo algo raro en lo que le pasó a Olga?

Ángel se paró en mitad del pasillo.

—Con sinceridad, no lo sé. Pero hay algunas cosas que comienzan a no cuadrarme.

Pepe Dolz no preguntó a qué se refería. Su mirada se perdió sobre los zócalos. Debía de estar intentando hacerse una composición de lugar con los datos de los que disponía.

—Soy incapaz de imaginar que a alguien se le ocurriese hacerle daño.

—Yo también. Pero igual me costaba imaginar que pudiera morir así. Y fíjese.

Dolz asintió varias veces, comprendiéndolo, pero consternándose ante aquella idea. Y Ángel sintió que estaba en presencia de uno de los decentes.

En el hotel, encendió el ordenador, se hizo un café y se fue a la terraza para fumar y pensar en todo aquello.

César Manrique había muerto en un accidente. Se había saltado un *stop* y se lo había llevado por delante un todoterreno que no tuvo la más mínima oportunidad de evitarlo. Era un hecho probado y sobre ello, como había dicho Pepe Dolz, no cabía la menor duda, aunque hubiera gente (el tal Emeterio Brito Alemán, por ejemplo) que pensara lo contrario.

Sin embargo, Olga había estado muy interesada por lo que César Manrique hizo en sus últimos días. O, más exactamente, por aquello que tenía previsto, pero no había llegado a hacer. Eso, en realidad, no tenía nada de extraño: al fin y al cabo, era su biógrafa. Lo raro era que ella misma hubiese fallecido luego en un accidente cuando menos inusual. Y que a él, que había estado repasando lo que la propia Olga (y, descubriendo, de forma inevitable, lo que ella no pudo o no llegó a hacer), lo estuviesen siguiendo dos fisgones.

Se preguntó si el motivo del seguimiento que le estaban haciendo tendría que ver con él y no con Olga. Y se contestó que no, que tenía la conciencia tranquila, que la última vez que había estado relacionado con algo parecido a un asunto turbio había sido cuando aún se metía coca y, de vez en vez, trapicheaba o hacía algún favor, llevándole un paquetito a alguien. Pero de eso hacía un lustro y, en todo caso, nunca habían sido cantidades significativas, ni sus contactos de aquella época habrían podido interesar a la policía de entonces, ni mucho menos a los dos huelebraguetas de ahora.

Así que la razón debía de estar en Olga. En Olga y el trabajo de Olga. En Olga y César Manrique. En César Manrique y Ginés Blume. O Conrado Rivallo. O Domingo Ferrer. O todos juntos. O, en todo caso, en César Manrique y Alois Neumann. Alois Neumann de

Neumanntours.

Usó el teléfono móvil para hacer un par de búsquedas y averiguó que Alois Neumann había fallecido en 2003 y su empresa había pasado a manos de sus hijos. Ángel no sabía ni le interesaba saber cómo la habían gestionado ellos, pero en 2007 Neumanntours fue absorbida por una multinacional belga que acabó haciéndola caer en el olvido. Típico caso: el padre se mantiene treinta años como líder en el sector y luego los herederos le hacen un destrozo con el legado.

En perfiles biográficos de Neumann pudo ver que el hombre había sido un ricachón de los de antes, con tendencias filantrópicas y propensión a hacer amistades con el artisteo y la cultura. Vio fotos de él con César Manrique, pero también con Warhol y Antoni Tàpies, con Heinrich Böll y con un gordo que resultó ser Friedrich Dürrenmatt, de quien Ángel recordaba haber leído una novela policiaca. ¿Habría llegado Manrique a convencer a Neumann de participar en un boicot en Playa Lunar? Eso nunca se sabría, aunque Ángel intuía que todo habría dependido del interés económico del proyecto, pues sabido es que los millonarios filantrópicos suelen dejar la filantropía al margen en cuanto hay un buen fajo de billetes sobre la mesa. Pero vaya usted a saber, quizá él subestimaba, como Dolz había sugerido, la influencia de César Manrique. En todo caso, si eran como Blas se los había descrito, a los que estaban metidos en el asunto de la urbanización no debió de hacerles maldita la gracia que César les contara que iba a verse con el alemán.

Regresó a la habitación. El ordenador se había abierto, pero tardaba en cargar las páginas. Mientras se cargaba el programa de geolocalización, aprovechó para vaciar la mochila. Segundos más tarde estaba de pie ante el escritorio, con la subcarpeta que le había dado el archivero en las manos. La carpeta (esta vez sin etiquetar, porque etiquetarla era otra de las cosas que Olga no había tenido tiempo de hacer) contenía recortes sobre César. Y él estaba a punto de ponerla sobre las otras, en concreto sobre aquella etiquetada como «Recortes César». ¿Para qué usar dos carpetas? Decidió sacar el contenido de la nueva (veinte o treinta páginas fotocopiadas) e incluirlo en la que ya tenía en el escritorio. Al vaciarlo, fue cuando

ocurrió: en la cara interior de la tapa trasera, vio las anotaciones en la esquina superior izquierda, de puño y letra de Olga, como si se debieran a una información que le había llegado de repente y que había apuntado en lo primero que había tenido delante. Decía: «Antonio García Suárez. Info César. Martes, 09:00 P. M. Los Chinijos».

¿Quién era Antonio García Suárez? Con el móvil, hizo un par de búsquedas que ya sabía que resultarían infructuosas. Un nombre demasiado común como para que resultara relevante si uno no tenía más datos. Pero en Lanzarote todo estaba cerca y todo el mundo se conocía, y los móviles, además de para navegar por las redes, continúan sirviendo para telefonear. Blas respondió enseguida y lo primero que hizo fue preguntarle por la entrevista con Pepe Dolz.

—Estupenda. Todo perfecto. Pero te llamo por otra cosa. ¿Conoces a un tal Antonio García Suárez?

—Suárez… no sé, pero conozco por lo menos a tres Antonios García.

—¿Y alguno tuvo que ver con César Manrique?

—Que yo sepa, no. No directamente, al menos. ¿Por qué?

Ángel le explicó lo que acababa de descubrir. Blas le dijo que a quien sí que conocía era a Ramón, el dueño de Los Chinijos.

—Pero no tengo el teléfono. Lo que podemos hacer es ir allí esta noche y hablamos con él.

—No te molestes, puedo ir yo solo.

—A ti no te conoce. Y es un tío discreto. No te va a decir nada. Déjame que me organice con Julia y los chiquillos, pero yo creo que nos podemos ver sobre las diez o diez y pico. ¿Te viene bien?

—¿No es tarde para ti?

—Para hablar con él es mejor que vayamos sobre esa hora.

—¿Qué le vas a decir a Julia?

—Que me busqué una querida y me voy a fugar con ella. No, carajo, qué le voy a decir: que me voy a ver contigo.

—¿Le contaste lo que hablamos hoy?

—Todavía no.

—Mira, no te voy a pedir que le mientas a tu mujer, pero sí que esperes un poco, hasta que sepamos algo seguro. ¿Me podrías hacer

ese favor?

—Sí. Yo también creo que es lo mejor.

—Gracias.

—Pues nos vemos esta noche. Te paso a buscar por el hotel.

—Te voy avisando, porque no sé si estaré —dijo Ángel sentándose frente al portátil y tecleando una ruta en el buscador.

—¿Tienes algún compromiso?

El mapa comenzó a abrirse. Ángel sonrió con malicia al decir:

—Medio quedé con un par de amiguetes.

LA COLINA

Ángel había buscado dos rutas distintas en el programa de geolocalización. La primera iba hacia el norte, a Órzola. La segunda, hacia el sur, hasta Papagayo. Consultó el tráfico que habría a las seis de la tarde, esto es, media hora después, para ambos itinerarios. Después, con algo de malignidad, hizo una tercera búsqueda, que llevaba a El Cuchillo, en Tinajo. No había estado nunca en El Cuchillo y entraba en lo posible que no llegara a ir allí jamás.

La ventaja de hacer esas búsquedas le pareció obvia: obligaba a sus vigilantes a seguirlo desde la salida, haciéndoles perder la posibilidad de esperarlo en el sitio. La última ruta evitaba, además, que los individuos se separaran. Estaba casi seguro de ello: lo seguirían desde que se subiera al coche.

Así fue. Cuando sacó el Seat del *parking*, no tuvo que esperar mucho para ver por el retrovisor cómo el insecto azul oscuro tomaba el mismo camino que él. Camino que fue el del norte. Entre otras cosas porque Ángel lo recordaba bien y sabía que había más de un descampado, más de un mirador, más de un pago solitario donde parar y esperarlos.

Lo hizo tras veinte minutos de viaje, antes de llegar a Guatiza. Abandonó la carretera general y tomó una pista secundaria hasta llegar a un lugar que le pareció oportuno. Para empezar, estaba en zona despoblada. El único signo de presencia humana era un huerto al margen de la carretera, al pie de una colina. En segundo lugar, había una pequeña pista que conducía al huerto. Allí podría dejar el León durante un rato, a no ser que al dueño le diese por ir a regar justo ese día.

Al salir del coche, miró hacia el pueblo de casas indefectiblemente blancas, un par de kilómetros más allá, fantasmal por entre las reverberaciones del sol sobre la carretera, ajeno a todo aquello que

iba a ocurrir allí, tan cerca. Un instante después, el Peugeot pasó en esa dirección. En el coche iban los dos, estaba seguro: Carapicada y Cocoliso. Y lo habían visto. No tardarían en llegar a alguna rotonda, a algún cruce donde pudiesen dar la vuelta.

Comenzó a andar por un sendero que se dirigía a la colina y pronto entendió que la flanqueaba y ascendía por el lado oculto de esta. Estaba ya empezando a perder de vista la carretera cuando escuchó a sus espaldas el sonido del Peugeot, su desplazar de gravilla y sus cambios de marchas, sus maniobras para aparcar.

Ahora la pregunta era si lo seguirían en la caminata, si lo esperarían en el vehículo o si se separarían para hacer ambas cosas a la vez. De esas tres opciones, la primera era la que le complicaría un poco las cosas, pero solo la segunda lo obligaría a improvisar. Pensando en esto, llegó al otro lado de la colina y, en lugar de continuar el ascenso, salió del camino subiendo la pendiente en vertical, se sentó sobre una roca y, para entretener la espera, cogió una piedra del suelo. Una piedra cualquiera entre tantas otras piedras. Permaneció un rato así, sopesándola, jugueteando con ella. No era muy grande. Del tamaño de un tomate. Tenía forma de pera, con un extremo bastante puntiagudo. No creía que fuese de origen volcánico, pero no lo sabía con seguridad. En realidad, no sabía nada sobre rocas o minerales. No sabía nada sobre casi nada. Pero las pocas cosas que sabía le habían servido para sobrevivir casi cuarenta años en un mundo que cada vez era más extraño y cada día le gustaba menos.

Un soplo de viento le enfrió el sudor de la frente.

Calculó de dónde venía ese viento.

Miró hacia el caminito por el que había venido, oculto ahora por la pendiente y el desnivel del terreno.

Calculó la distancia. Nueve o diez metros entre el camino y él.

Desde donde estaba, aunque no viese el sendero, sí que podría ver perfectamente a cualquiera que lo recorriese.

Escuchó. Escuchó el bu del viento. Oyó una camioneta que luego vio perderse a lo lejos en la carretera general.

La carretera general por la que pasaban vehículos tan ajenos como el pueblo a lo que iba a suceder allí.

Pero también oyó el desplazarse de las piedras y la tierra. Los pasos acercándose. Los pasos que, entendió con regocijo, eran de un solo hombre.

Volvió a mirar hacia la carretera para comprobar que no pasaba ningún coche más en ese momento y, acto seguido, a la cima de la colina, recriminándose a sí mismo no haberlo hecho antes, para comprobar que no había ningún paseante, ningún senderista por los alrededores.

No lo había.

Y entonces, el sonido de los pasos fue más cercano y, al movimiento de los pasos, le correspondió una cabeza.

La cabeza que apareció desde su derecha. Una cabeza que se movía al mismo ritmo tranquilo que el resto del hombre. La cabeza rasurada de Cocoliso.

Ángel temió por un momento que Cocoliso alzara la vista, mirase a su izquierda, arriba, y lo viera, pero entendió enseguida que estaba demasiado preocupado en mirar al suelo desconocido para no tropezar.

Ahora estaba casi a su altura y Ángel supo que era el momento perfecto, que estaba solo, que Carapicada debía de haberse quedado en el coche o, en todo caso, muy rezagado.

Se levantó, sin hacer ruido.

Volvió a comprobar la velocidad y dirección del viento.

Teniéndolas en cuenta, alzó la mano con la que sostenía la piedra, la retrasó todo lo posible para imprimirle impulso y, con un movimiento seco, se la arrojó apuntando a la cabeza brillante de sudor cuyo propietario no había tenido la precaución de proteger del sol con una gorra.

No erró ninguno de sus cálculos: la piedra impactó como una bala en la cabeza de Cocoliso. Lo hizo justo en medio del parietal izquierdo, luego rebotó un segundo hacia arriba antes de caer a un lado del camino y volver a no ser más que una piedra cualquiera entre tantas otras piedras.

Cocoliso no llegó a caer por el terraplén. Pero se tambaleó, noqueado y, mientras intentaba mirar hacia arriba para comprender qué había pasado, se llevó los dedos de la mano izquierda a la cabeza para comprobar si tenía sangre. No llegó a hacer ninguna de las dos cosas. Como una avalancha, Ángel estaba ya sobre él y le bastaron un manotazo en el cogote y un rápido traspiés para hacerlo caer.

El tipo era fajador y sabía lo que hay que hacer cuando estás demasiado desorientado para defenderte. Se hizo un ovillo para protegerse la cabeza, la mayor parte de los órganos y los genitales, casi todas las cosas imprescindibles para la vida con la excepción de los riñones. Estos fueron los que recibieron la mayor parte de las patadas y los pisotones que Ángel le descargó con todas sus ganas, con toda su rabia, con toda la minuciosa crueldad que era capaz de desplegar cuando le tocaban los huevos.

Cuando se cansó, cuando estuvo seguro de que Cocoliso no se levantaría de pronto para intentar algo, se apartó dos o tres pasos y se quedó mirándolo, cogiendo resuello y permitiéndole hacer lo mismo.

Al descubrir que los golpes habían cesado o que, al menos, se abría una pausa, Cocoliso se fue incorporando hasta quedar sentado. Se frotó la riñonada y, por fin, pudo comprobar que sí, que tenía sangre, que una capa escarlata rebozada de polvo le cubría el lado izquierdo de la cabeza y de la cara. Ninguno de ellos había pronunciado palabra hasta el momento. Ángel no era perro ladrador. Y el otro parecía de los que entienden perfectamente los mecanismos de la violencia: había sabido enseguida que el insulto o el grito solo le habrían servido para malgastar fuerzas. Solo cuando Ángel sacó un cigarrillo y lo encendió sin quitarle ojo, el tipo dijo:

—Joder, tío.

Ángel no dijo nada. Le ofreció el paquete de tabaco. Cocoliso tardó unos segundos en comprender. Cuando lo hizo, negó con la cabeza.

—No fumo. Es malo para la salud.

—Seguirme también.

Cocoliso asintió. Ángel dio una calada profunda antes de continuar hablando.

—Bueno, si no quieres que te dé otra carda, ya me estás contando de qué cojones va todo esto.

Cocoliso se inclinó para alcanzar el bolsillo trasero de sus bermudas. Ángel lo dejó hacer: no había manera de esconder allí ningún tipo de arma. Lo que sacó, tal y como había pensado, fue una cartera. Y de esta, un pequeño carné que le alargó. Ángel no tuvo que leerlo completo para saber que se trataba de una tarjeta expedida por el Ministerio del Interior. No leyó dónde había sido expedida ni el número. Solo se fijó en el nombre: Bernardo Morán Ruiz. Se lo devolvió con desdén y una burla en la mirada.

—¿Bernardo?

Al otro se le debían de haber estado burlando del nombre desde el jardín de infancia, así que acogió el comentario con un mero alzamiento de hombros.

—Me dicen Nano.

—Me suda la polla cómo te digan. Supongo que para saber quién coño te contrató te voy a tener que dar otra paliza, ¿no?

—Me puedes dar seis. Yo no sé el nombre del cliente. Y mi compañero tampoco.

—A ver. Me lo explicas rapidito, que no tengo toda la tarde.

Bernardo volvió a abrir la cartera y sacó una tarjeta de visita. Esta vez Ángel sí la leyó. Estaba a nombre de Bernardo, pero contenía el nombre de una agencia de detectives y una dirección de Gran Canaria.

—No siempre nos dan el nombre del cliente. Solo teníamos que hacerte un seguimiento.

—Que incluía meterse en mi ordenador. Cosa que es ilegal, por cierto.

—Vale. Denúncianos. Solo tienes que demostrar que fuimos

nosotros.

—Y todo esto, ¿para averiguar qué?

—Ni idea. Presentamos informes diarios. Eso es todo.

—Y si me presento en la agencia y le rompo la cara a todo dios, ¿me dirán quién es el cliente?

—Puede ser. Pero le tendrás que romper la cara a todo dios, como acabas de decir. Y ya viste la dirección, la agencia está al ladito de la comisaría.

—Eso no se me había ocurrido —dijo Ángel sacando su teléfono móvil—. ¿Y si llamo ahora mismo a la Guardia Civil y le cuento que me han estado siguiendo?

Bernardo se señaló a sí mismo de arriba abajo: tenía rozaduras en las rodillas, una herida en la cabeza que no paraba de sangrar, la ropa llena de mugre y, seguramente, bajo la huella de los pisotones que había en la tela del polo, sus riñones habían comenzado a hincharse como balones.

—Igual tienes que explicar tú más que nosotros.

Ángel no se guardó el móvil, pero reprimió el gesto ya iniciado de marcar el 112.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Olga?

—Ni puta idea. —Bernardo había logrado ponerse de rodillas. Usaba el faldón del polo para contenerse la sangre de la cabeza, que ahora fluía más lentamente. Con algo de esfuerzo, se levantó. Ángel no vio riesgo en permitírselo. Al fin y al cabo, el tipo estaba colaborando—. De hecho, no sabíamos quién era hasta que vimos que consultabas los documentos de ella. Hicimos una búsqueda y nos enteramos de lo del accidente. Y entonces empezamos a comprender un poquito lo que hacías aquí. Tú estabas en el extranjero cuando pasó, ¿no?

—Supongo que eso ya lo sabes.

—En realidad, no sabemos tanto. Ya te digo: nos dieron tus datos y nos dijeron que había que seguirte e informar. Yo me suponía que era un asunto de infidelidad marital. Pero al ver lo que le pasó a esta chica, yo mismo me he estado preguntando por qué podría estar alguien interesado en lo que haces.

—¿Y por qué no llamamos a Las Palmas y te enteras? —dijo Ángel

ofreciéndole el móvil.

—Primero, porque puede que esta movida ya me cueste el puesto. Y segundo, porque no me da la gana.

Ángel se guardó el teléfono y reprimió las ganas de darle una bofetada. Se conformó con empujarlo por el hombro.

—Anda, tira para el coche.

Al ver venir a su compañero humillado y sucio, caminando un par de pasos por delante de Ángel, Carapicada salió del coche y corrió hacia ellos.

Bernardo intentó contenerlo, pero no consiguió agarrarlo antes de que lo sobrepasara y se lanzase sobre el sargento, que ya lo esperaba totalmente prevenido.

Igual que su colega, Carapicada acabó en el suelo casi enseguida, conteniendo la asfixia que le produjo un puñetazo de Ángel en el plexo solar.

Él se quedó en pie, mirándolo, preguntándose si el tal Bernardo haría algo por proteger a su compañero. Si se ponían de acuerdo y tenían huevos suficientes, aquellos dos podían crearle problemas. Pero no parecían tener muchos huevos y, definitivamente, no se pusieron de acuerdo. Lo máximo que hizo Bernardo fue acercarse al otro para ayudarlo a ponerse en pie y procurar tranquilizarlo.

—Nos trincó bien, Caco —le dijo—. Gran cagada.

Ángel calculó que Carapicada debía de llamarse Juan Carlos. Y que ninguno de ellos intentaría ajustar las cuentas.

Permitió que el amigo Nano le explicara al amigo Caco lo que había pasado al otro lado de la colina mientras este último terminaba de recuperar la respiración. Pensó en apretarles un poco las clavijas para intentar averiguar algo más. Pero entendió que sería trabajo inútil si no sabían más que lo que Bernardo le había dicho que sabían. Así que preguntó:

—Bueno, ¿y ahora qué?

Los tipos se miraron entre sí. La herida de la cabeza de Cocoliso ya casi había dejado de sangrar. En realidad, no era grande, solo un picotazo. No necesitaría sutura. Caco le contestó sin dejar de masajearse el pecho:

—Ahora nada. Informaremos y ya nos dirán qué hacer.

—Vale —dijo Ángel—. Pues mientras les dicen qué hacer, yo me voy a ir y espero no tener que verlos más oliéndome el culo.

—Va a ser jodido —dijo Bernardo—. Estamos en el mismo hotel.

Ángel se dirigió hacia el coche.

—Avisados están. Y guerra avisada no deja muertos.

—Te voy a denunciar por agresión —se atrevió a decir Caco.

Ángel se paró un momento, volvió sobre sus pasos y se le enfrentó:

—¿Quieres que te dé motivos para que la denuncia no sea solo por agresión?

No tuvo que esperar más que unos segundos para leerle en la mirada que la amenaza había tenido efecto. Al arrancar, los vio por el retrovisor, dirigiéndose al Peugeot mientras discutían, perros apaleados que se conforman con ladrarse entre ellos.

CANARIAS OCULTA

Regresó al atardecer. Cruzó mensajes con Blas para quedar en firme. Inició el ordenador, seleccionó *shadow71* y le dio el tratamiento prescrito por el experto: borró el programa y pasó el antivirus. Mientras este hacía su trabajo, le dio un telefonazo a Mauri desde la terraza para contarle lo que había pasado con los detectives. Más que nada, para poder decirle al final:

—No me gusta decirte que yo tenía la razón, pero yo tenía la razón.

—Pero, joder, mi sargento, ¿por qué no me avisaste?

—Pues porque esos tíos y tú son como Superman y Clark Kent: nunca están en el mismo sitio a la misma vez.

No lo había pensado. Fue solo tras decir esa frase cuando cayó en la cuenta de que era cierta: los tipos nunca lo habían seguido a sus encuentros con Mauri. Empezó a sentir una incomodidad que se fue instalando en la conversación desde abajo, como un ruido de fondo que va creciendo, al mismo tiempo que Mauri le decía, medio en broma, que era un mamón y que había sido temerario (en realidad, lo llamó locoplaya), que la cosa habría podido salir muy mal.

—Pero salió bien.

—Y bastante que me alegro, mi sargento. Bueno, ¿y ahora qué vas a hacer? ¿Nos echamos una cañita?

Mauri no le había dado verdaderos motivos para ello, pero hacía unos minutos que había comenzado a no fiarse de él, por prudencia, porque todo era cada vez más raro, porque en Lanzarote nada queda lejos y lo importante está oculto bajo la tierra, así que respondió:

—Qué va, tío. Estoy hecho polvo. Voy a cenar una *pizza* en el hotel y me meto en el sobre. Mañana, si eso, te doy un toque, ¿te parece?

Mauri no insistió. Se despidieron hasta el día siguiente y él se

quedó con el teléfono en la mano, mirando a la noche que crecía a su alrededor. Una melodía lo avisó de que el ordenador se había reiniciado tras el análisis y volvió al interior.

Comprobó, con alivio, que el sistema estaba libre de virus. Su ordenador volvía a ser el que era y él se pudo permitir navegar con tranquilidad. Empezó por lo último que había intentado hacer sin éxito: visitar el blog de Emeterio Brito Alemán.

El sitio se llamaba «Canarias oculta», tenía una apariencia noventera, con *banners* que conducirían con seguridad a errores 404, fuentes de letra llamativas y diseños que combinaban colores como el rosa y el verde. Era como la secuencia de títulos de una película porno en VHS pero con peor gusto. En la foto, borrosa, que acompañaba a su perfil, se veía a un tipo de unos sesenta años, con cara de enfadado y delante de una estantería en la que había libros como podía haber habido coles. Era calvo, pero dejaba crecer hasta los hombros una coronilla de cabellos blancuzcos.

Si la apariencia del blog no resultaba demasiado atractiva, el contenido no era mucho mejor. Brito Alemán escribía con faltas de ortografía y problemas de sintaxis, con tendencia a las mayúsculas, a los signos de exclamación, al aspaviento. Proclive también al plural mayestático, a la sentencia y el refrán mal reproducido, el hombre dedicaba sus entradas a todo aquello que pudiera sonar misterioso y tuviese que ver con Canarias: la luz de Mafasca, la desaparición del *Fausto*, las supuestas bases para submarinos alemanes en Fuerteventura, el presunto establecimiento de una colonia nazi en la que la raza aria habría acabado pariendo monstruos debido a la endogamia y los experimentos de un genetista amigo de Hitler, criaturas abisales, San Borondón y avistamientos ovni. A César Manrique le dedicaba muchas entradas. La mayoría trataban acerca del accidente y la posible conspiración, pero también había otras que hablaban sobre el panteísmo en su obra, sobre supuestas intenciones mágicas en algunas de sus intervenciones y hasta sobre la posibilidad de que perteneciese a una logia de prohombres de la que también habrían formado parte Aldous Huxley, Jorge Luis Borges y Luis Buñuel. Esta entrada le hizo gracia. Según Emeterio, los miembros de este grupo secreto de filántropos eran reconocibles

porque todos, en algún momento de su vida, habían tenido problemas de visión. Otra entrada, todavía más desternillante, estaba dedicada a la posición que ocupaba la primera de las burbujas de la Casa del Taro, aquella en la que César tendía su hamaca. El bloguero afirmaba que estaba situada estratégicamente para captar señales enviadas desde los confines de la galaxia que solo podían ser percibidas por determinados sujetos «ultrasensibles» y terminaba apuntando a la posibilidad de que en César se hubiese encarnado un viajero interestelar. Por supuesto, Brito no podía afirmar esto último con seguridad, pero tampoco podía descartarlo.

Después de surfear sobre aquellas entradas, no le extrañó que Dolz pensara de él que era un pobre loco.

Aun así, leyó una acerca de la muerte de César. Emeterio no culpaba al conductor del todoterreno, a quien, según él, agentes al servicio de los poderes fácticos habían utilizado como arma homicida.

> Sabemos, porque lo emos comprobado, que es muy facil manipular un vehiculo. Ay dispositivos que, una vez instalados propiamente en la maquinaria, permiten controlarlos por control remoto. Al pobre conductor, además, ¡LO HABIAN DROGADO ANTES! POR ESO NO PODIA RECORDAR NADA EN EL MOMENTO POSTERIOR TRAS EL LUCTUOSO SUCESO.

Brito Alemán no se conformaba con elaborar aquella teoría, sino que afirmaba que, además, había otro plan preparado para el caso de que aquel intento fallara.

> Fuentes bien informadas que no podemos rebelar, dejan claro que este no era el unico plan. Si fayaba, existian hombres encargados de hacer las cosas de forma mas rudimentaria pero no menos efectiva. No savemos si con veneno o de manera mas violenta, pero CESAR MANRIQUE TENIA QUE MORIR.

Hasta a Ángel, que no era precisamente un académico de la lengua, le sangraban los ojos con las faltas de Emeterio. Pero le parecían todavía más chocantes sus teorías, cada una más disparatada que la otra. Concluyó que, si quería llegar a averiguar por qué alguien

había contratado a Cocoliso y Carapicada (ahora ya sabía sus nombres, pero prefería continuar llamándolos así), leer el blog de Brito Alemán era perder el tiempo.

Volvió al archivo que contenía el borrador de Olga. Él ya lo había leído, pero, por si acaso, buscó, dentro del documento, el nombre de Antonio García Suárez. La búsqueda no dio resultado alguno.

Los Chinijos

Los Chinijos estaba frente al parque Nuevo, cerca del Club Náutico, y era un restaurante casi oculto al que se accedía por una puertita que parecía la de una vivienda particular. A Ángel le gustó el local, decorado con aperos de labranza, carteles de ferias de ganado y fotos antiguas. El único camarero era el propio dueño del local: entre él y la cocinera se bastaban para atender el comedor, en el que no cabrían más de treinta personas.

Allí todo resultaba cálido, familiar y tranquilo, porque era ese tipo de negocio al que acudes porque lo conoces o porque lo conoce algún amigo. No había cartas en las mesas: Ramón se acercaba, saludaba a los clientes y leía en voz alta la lista de platos que llevaba en un bloc escolar, anotada a bolígrafo por él mismo. Luego dejaba el cuaderno sobre la mesa mientras los recién llegados se decidían.

Esa noche era lunes, así que estaba a medio gas. Se instalaron en la mesa más cercana a la barra y Ramón, el dueño, tras saludar a Blas con cariño y a Ángel con cordialidad, cantó la carta y les dejó la libreta mientras les abría una botella de El Maipés seco. Se decidieron pronto: un carpacho de pulpo con burgados y una ventresca de atún. Ramón les alabó el gusto y se fue a la cocina a ordenar la comanda. Ángel le preguntó a Blas cuándo le iba a sacar el tema.

—Luego. Ramón tiene sus tiempos.

Ángel estuvo de acuerdo. Observó a Ramón en su ir y venir entre el comedor y la cocina. Parecía un tipo de carácter, de esos a quienes hay que saber entrarles si no quieres dar con una puerta cerrada. Era amable, pero serio. De cincuenta y tantos, con cabellos plateados y el rostro perfectamente afeitado, su cuerpo fibroso parecía medir cada movimiento, cada gesto, para no hacer ninguno innecesario. Claro estaba que esa era la actitud adecuada para

alguien que lleva un negocio sin ayuda, pero Ángel sospechaba que Ramón debía de ser así en muchas otras facetas de su vida. Y se propuso tratarlo con cuidado, porque había topado con otros hombres flacos y serios que no malgastaban ningún movimiento y la experiencia le decía que con ellos convenía ser tan prudente como respetuoso.

Blas le volvió a sacar el tema de los detectives. En el camino desde el hotel, que habían hecho dando un paseo, Ángel le había contado lo que había ocurrido con ellos. Sin darle demasiados detalles, sin contarle los pormenores de la emboscada que les había tendido ni el enfrentamiento. Pero le había dicho que eran detectives de una agencia de Gran Canaria, que decían no saber quién era el cliente, que solo les habían encargado seguirlo e informar. Blas lo había escuchado primero con asombro, después con interés, por último con inquietud. Ahora comentó que no podía imaginar quién los habría contratado.

—Yo tampoco tengo ni puta idea —contestó Ángel—. Lo único que se me ocurre es que alguien esté preocupado por lo que pueda averiguar yo. Lo que pueda averiguar yo sobre algo que debió de averiguar Olga.

—Pero ¿a quién le puede importar ya lo de esa época?

—Bueno, a ti y a Julia, sin ir más lejos. No paran de hablar de eso.

—Sí, pero como si habláramos de arqueología, de historia. Entiende una cosa: cualquier delito económico de entonces habría prescrito hace siglos. Así que ¿para qué carajo se iba a molestar nadie en intentar ocultar nada?

Se encogió de hombros. No sabía. La verdad era esa: que no sabía. No sabía casi nada. Por eso estaban allí. Si lograba enterarse de quién era el tal Antonio García Suárez, de por qué Olga se había citado con él, quizá pudiese empezar a saber realmente algo de lo que estaba pasando y, sobre todo, de lo que había pasado, tanto hacía un par de meses como veinticinco años antes.

A medianoche eran los únicos clientes que quedaban en el local. Pidieron la cuenta y Ramón cerró las puertas antes de llevársela, acompañada de una botella de ron miel y tres vasos de chupito.

—Estuvo bien el asunto hoy para ser lunes, ¿no? —dijo Blas

señalando al comedor.

—Vamos escapando, pero la cosa está floja en general —dijo Ramón, sirviendo tres chupitos.

Alzaron los vasos y brindaron. Ramón iba a irse a cobrar, pero le dijeron que no les diera las vueltas. Así que volvió a servir.

—Bueno, pero está mejor que el año pasado, ¿no? —le insistió Blas.

—Y el pasado mejor que el anterior, pero fíjate tú…

—Oye, antes no los presenté, Ramón. Este es Ángel, un amigo.

Ramón, ceremonioso, le dio la mano a Ángel y se dijeron que estaban encantados, que un placer.

—La comida, buenísima —añadió Ángel.

—Muchas gracias. El mérito es de la cocinera.

—Y del buen producto —añadió Blas.

De ahí pasaron a hablar de cómo hacía las compras Ramón, de los madrugones que se daba para llegar a la cofradía para conseguir la mejor ventresca que pudiera encontrar. Tras un rato hablando del asunto, ya Ramón había tomado confianza, había mostrado alguna sonrisa y, sobre todo, se había sentado con ellos. Entonces Blas aprovechó un silencio para decirle a Ramón:

—Tú, seguramente, conociste a la pareja de Ángel. Olga Herrera, ¿te acuerdas? La amiga de Sonia.

Ramón comprendió enseguida. Inmediatamente, miró a Ángel, algo sorprendido y recuperando la seriedad.

—Sí que la conocí. Mi más sentido pésame, Ángel.

—Muchas gracias.

—No la conocí mucho, pero sí que vino por aquí alguna vez. Una muchacha muy agradable. Fue terrible, eso. Terrible.

—Ángel está comprobando un par de datos para acabar un trabajo que estaba haciendo Olga.

—¿El libro de César? —preguntó Ramón.

—Eso es —respondió Ángel, recordando que en Lanzarote nada estaba lejos—. Lo dejó casi terminado, pero quiero cotejar los últimos datos que Olga consiguió.

—Y a lo mejor tú nos puedes ayudar con una cosa, Ramón —terció Blas—. ¿Tú conoces a un tal Antonio García Suárez?

Ramón los miró alternativamente de reojo y, suspicaz, respondió:

—Conozco como a treinta tíos que se llaman así. Pero tú te estás refiriendo a uno concreto, ¿verdad? —Ellos le sostuvieron el silencio. Comenzaban a entenderse—. Antoñito el Ruin.

Ángel y Blas se miraron entre ellos. Ninguno se imaginó a Olga reuniéndose con un tipo al que llamaran el Ruin.

—Uno que tiene una cicatriz de aquí a aquí —continuó explicando Ramón señalándose el rostro desde la sien derecha hasta la mitad de la barbilla—. De un accidente que tuvo hace años.

—¿Viene por aquí? —preguntó Blas.

—Antes venía más. Últimamente, poquito. Yo creo que la última vez que lo vi fue cuando se reunió con Olga aquí. —Se quedó mirándolos un momento y luego prosiguió—: Porque está claro que ustedes están interesados en si se vio con Olga, ¿verdad? Blanco y en botella es leche.

—Pues sí —reconoció Ángel—. Se supone que ella tenía que reunirse aquí con él. No sé cuándo exactamente, pero tenía cuadrada una cita para cenar.

—Yo tampoco recuerdo el día exacto, pero tuvo que ser como un mes antes de lo que le pasó a ella, un día de entre semana. Lo que sí te puedo decir es una cosa: no se conocían. Antoñito vino con Emeterio y la esperaron aquí hasta que ella llegó.

—¿Emeterio Brito? —preguntó Ángel.

Ramón asintió.

—Ese mismo. El de los ovnis y todas esas movidas.

—Emeterio Jiménez del Oso, le dicen —comentó Blas, provocando una sonrisa escasa en Ramón.

—Ese está jodido del tomate —dijo Ramón, dándose toquecitos en la sien con la punta del dedo índice—. Por eso me extrañó que Olga tuviera tratos con él. Yo sabía que ella estaba escribiendo sobre César, pero no me la imaginaba tratando con Emeterio. La cosa es que se conocían, porque, cuando ella llegó, él se levantó para darle un abrazo y le presentó al Ruin. Ahí mismo, en esa mesa.

Ramón se había girado para señalar la mesa más cercana a la puerta.

—Y no sabrás de qué hablaron, ¿verdad?

Ramón lo miró con atención mientras se pensaba la respuesta.

—Sé que hablaron de César. Pero poco más. Lo que sí te digo es una cosa: a ella, estos dos no le caían bien. Emeterio, Blas te lo puede decir, es un confianzudo. Pero ella le marcaba la distancia. Lo trataba de usted, ¿me comprendes? Y con el otro, yo notaba como que era amable porque era lo que tocaba, pero estaba claro que era porque él tenía algo que le interesaba a ella. ¿Qué era eso? No lo sé. Pero había algo que yo creo que ella le quería sacar a él. Información, te quiero decir. En un momento dado, el Ruin, haciéndose el interesante, le dijo algo así como que aquí no podían hablar, que tenían que quedar en otro momento.

—¿Y qué información se te ocurre a ti que le quería sacar? —preguntó Blas.

—Ni puta idea. Ese de arte sabe lo mismo que yo de neurocirugía. Y no es de los que trabajaron con César ni nada por el estilo. Así que ni idea, mi niño. Y lo que sé de ese día, lo sé porque lo oí al pasar. Tú ya sabes que la gente se piensa que los camareros son sordos.

Ángel asintió, reflexionando. Aunque Ramón tampoco sabía de qué habían hablado, era cierto que Olga se había visto con el tal Antonio (y, de paso, con Emeterio Jiménez del Oso, que era quien debía de haberle hecho el contacto) para conseguir de él algún tipo de información. Y ahora, al descubrir que los tipos eran confianzudos, que Antonio García Suárez era Antoñito el Ruin y tenía una cicatriz que le partía la cara, empezó a temer que Olga hubiese tenido un mal encuentro. Por eso le preguntó a Ramón si sabía dónde podría encontrar a alguno de aquellos dos. Ramón se rascó la cabeza y pensó antes de contestar:

—Emeterio vive por ahí, por arriba de la iglesia de San Ginés. Aquilino Fernández, creo que se llama la calle. Antoñito el Ruin no sé. Sé que es de Viéitez. Antes venía bastante. Pero luego se jubiló.

—¿En qué trabajaba?

—Trabajar, trabajaba poco. Era conserje en Viéitez. Estaba allí enchufado. Pero como ganaba su dinerito, venía a gastárselo a Arrecife. A todos estos los jubilaron hace un par de años, cuando empezaron a contratar a empresas de vigilancia. Por eso se le veía menos, porque desde entonces subía poco a la capital. Pero al

Emeterio, si lo buscas por la zona de la iglesia o por la calle Real, lo encuentras enseguida. Y ese tiene controlado al otro, seguro.

Ángel apuntó en una servilleta el nombre de la calle: Aquilino Fernández. Al día siguiente, preguntaría por allí. Pero, antes de que la conversación se agotara, quiso saber qué tal tipo era Antoñito el Ruin.

—Yo de amigo no lo quiero —dijo Ramón—. No digo que sea mala persona, y en los últimos tiempos está más manso, pero le gustaba la gresca y más de un pleito formó por ahí. La mujer lo dejó tirado hace años, harta de aguantarle borracheras y escándalos. Y ni los hijos quieren saber nada de él.

—Un tipo duro —sugirió Ángel.

—Más bien un abusador. Más gritón que otra cosa. Pero yo no le daría la espalda. Si le dicen el Ruin, será por algo.

El cliente

Al día siguiente se despertó temprano. Acababa de amanecer cuando se fumó el primer cigarrillo en el balcón, haciendo tiempo para subir a desayunar.

Luego se refrescó, se vistió y subió al bufé. No hacía demasiado viento, así que se puso el café y los churros y salió a la terraza. Y allí descubrió a los detectives, desayunando en una mesa del rincón. Se quedaron parados con los bocadillos en la mano, mirándolo con consternación. Él dejó el desayuno sobre una de las mesas más cercanas a la puerta y se dirigió hacia ellos, que soltaron la comida y se pusieron en pie, preparándose para lo que fuera. Pero, antes de que llegara, Caco le señaló dos maletas que había en un rincón.

—Tranquilo, tío, tú ganas —dijo.

—Nos vamos para Las Palmas.

Bernardo añadió esto último alzando las manos para pedir tranquilidad. Ángel se había quedado a un metro de ellos, con los puños cerrados en posición de guardia baja, dispuesto a montar un buen pollo, pero al ver las maletas y la actitud de los tipos, se relajó un poco. Se fijó en que Cocoliso tenía una tirita en la cabeza, allá donde él lo había apedreado. En el cuello se le veían también golpes y rasguños que ya se habían amoratado. Llevaba pantalones largos, aunque imaginó cómo tendría también las rodillas. Pero lo que más le interesó fue que los tipos se iban. Eso quería decir que habían hablado con sus jefes en Gran Canaria. Que les habían dado orden de volver. Y que, probablemente, ya sabrían quién había contratado a la agencia. Decidió hacer un intento.

—Supongo que no les habrán dicho quién es el cliente, ¿verdad?

—No —comenzó a decir Caco.

—Pero aunque se lo hubieran dicho, no te lo van a decir a ti —dijo una voz a sus espaldas. Una voz de mujer. La voz de Dunia.

No la había oído llegar. Ahora, al volverse, la vio a un par de metros, con su traje fucsia, su bolso de Mary Poppins y un *trolley* que había arrastrado hasta allí sin ruido.

—¿Qué coño…?

—Habla bonito —dijo Dunia, de repente seria y autoritaria, como si hubiese crecido repentinamente unos cuantos centímetros.

De reojo, descubrió que su sorpresa había dibujado sonrisillas burlonas en los rostros de Carapicada y Cocoliso. Dunia se dirigió a la mesa donde Ángel había dejado su café y sus churros.

—Venga, vamos a hablar tú y yo.

Los otros dos volvieron a sentarse y él se dejó atraer a la mesa, en la que Dunia había dejado también su desayuno al llegar y ver lo que ocurría al fondo de la terraza. Como si no pasara nada, ella se sentó y se puso a endulzarse el café con leche.

—¿Quién…? —empezó a preguntar.

—Pero ¿te quieres sentar de una vez? —volvió a cortarlo Dunia y él, amansado, obedeció—. Mira, de entrada te digo que ayer te comportaste como una mala bestia. Pero no te vamos a denunciar, porque entendemos que es una reacción normal.

—Espera, para. Vamos a empezar por el principio —dijo Ángel, señalando a la mesa donde los detectives habían vuelto a comer, pero mirando hacia ellos de vez en cuando—. ¿Tú estás con estos dos?

Dunia negó con la cabeza, tragó el sorbo de café con leche que estaba dando y respondió:

—No, querido. Estos dos están conmigo. Yo soy la jefa.

—No me jodas…

—Que me hables bonito, carajo. Tú no te preocupes, que en una hora estamos subiendo al avión y no te molestamos más. Yo te explico ahora. Pero, anda, desayuna, que se te van a enfriar los churros.

Obedeció: endulzó el café y comenzó a mojar churros en él.

—A ver, trabajamos para una agencia. Y, eso ya te lo dijo ayer Nano, solo nos encargaron seguirte e informar.

—¿Quién?

—Ese dato concreto no lo sé todavía, pero tú mismo te vas a

enterar pronto.

—¿No dices que eres la jefa?

—Sí, pero yo también tengo jefes. Anoche los informamos de lo que había pasado y hoy nos dieron instrucciones de volver para Las Palmas. Por lo visto, van a hablar con el cliente para que hable contigo.

—¿El cliente? ¿Conmigo?

—Sí. —Dunia miró su reloj e hizo unos cálculos—. Yo supongo que en un rato alguien te dará un telefonazo. No sé más. La cosa es que nadie pensó que te fueras a poner tan violento. Y, ya te digo, yo lo entiendo. Fueron un poco chapuzas. En realidad, no tenías que haberte enterado de nada. Pero, qué se le va a hacer, el pobre Nano es demasiado nuevo y Caco es demasiado vieja guardia, no está muy puesto en informática.

—El que me metió el troyano en el ordenador fue Caco, entonces.

—¿Qué troyano? ¿Qué ordenador? —preguntó Dunia mirándolo con tanta fijeza como frialdad, antes de mostrarle una sonrisa—. No sé nada de ningún ordenador.

—Entiendo.

Continuaron comiendo como si fueran amigos, como si todo estuviera aclarado, como si en realidad no hubiera pantanos entre ellos. Pero tras terminarse los churros, mientras encendía un cigarrillo, Ángel dijo:

—Lo que no comprendo es por qué me hiciste el acercamiento.

—¿Qué quieres decir?

—Se supone que solo tenían que seguirme, sin hacerse notar. ¿Por qué hablaste conmigo? Me diste hasta tu número.

Dunia dio un suspiro, encendió también un cigarrillo.

—Si quieres que te hable en plata, nos despertó mucha curiosidad saber lo que le había pasado a tu novia. Y nos dio pena, también. Tú debes de andar muy perdido, hecho un lío. Yo pensé que me podría enterar de algo más, de si tú veías algo raro en lo que le pasó a ella. Además, te digo una cosa, no me caes mal. Me pareces buen tío. Salvaje como pocos, pero buena gente.

Ángel le agradeció el cumplido inclinando un poco la cabeza hacia un lado.

—El que los contrató es alguien importante, ¿verdad?

—Vuelvo a decirte lo mismo: no sé quien contrató a la agencia, pero te vas a enterar enseguida. Mis jefes ya avisaron al cliente. No tardará mucho en hablar contigo.

—Dunia… Porque te llamas Dunia, ¿no?

—Sí. Eso es verdad: me llamo Dunia.

—Está bien, Dunia —dijo Ángel, sacudiendo lenta e innecesariamente la ceniza—. Tú sabes que yo estoy empezando a sospechar que lo de Olga no fue un mero accidente, ¿verdad?

—Sí.

—Y sabes que si logro comprobar que no lo fue, no voy a ir a la Policía.

—No lo sabía. Pero ahora lo sé.

—Quiero decir que lo resolveré yo solo.

—Sí, te entendí.

Ángel dejó de mirar al cenicero y fijó los ojos en Dunia:

—Bueno, pues que te quede bien claro: no me importa buscarme la ruina. Si me entero de que tu cliente tiene la más mínima relación con eso, le voy a sacar las tripas. A él, a sus hijos y a su puta madre. Y a ustedes, si se me cruzan por en medio.

Por primera vez, se abrió una grieta en la seguridad de Dunia. Buscó instintivamente con la mirada a sus compañeros, que terminaban ya sus cafés. Pero supo dominarse y recuperar el aplomo. Asintió, aplastó el cigarrillo en el cenicero y probó a plantar cara.

—¿Eso es una amenaza?

—Sí —se limitó a responder él.

Dunia se puso en pie y lo miró desde arriba.

—Está bien. Lo tendré en cuenta si te vuelvo a ver.

Los otros dos se habían levantado también y, arrastrando sus maletas, llegaron hasta ellos, que continuaban manteniéndose la mirada.

—¿Vamos, jefa? —preguntó Caco.

—Vamos —dijo Dunia y, sin mirar a su compañero, le ofreció la mano a Ángel—: Buena suerte, Ángel.

—Buen viaje —correspondió él.

Los tres se marcharon hacia el ascensor atravesando el bufé. Dunia iba delante y Nano cerraba la marcha. Ángel los observó, encendiendo un nuevo cigarrillo. Ninguno de ellos volvió la cabeza en ningún momento.

Así que no eran dos, sino tres huelebraguetas. Así que Dunia no era una tía a la que le gustaba, sino una tía que lo vigilaba. Así que el cliente lo llamaría de un momento a otro. Eso lo escamaba: ¿tendría huevos, fuera quien fuese, de encima llamarlo? ¿Y para qué? ¿Para convencerlo de que dejara de buscar? Y, en ese caso, ¿cómo? ¿Sobornándolo? ¿Amenazándolo? Pensó en las diferentes estrategias de los indecentes que Blas le había descrito. ¿Cuál le tocaba ahora? ¿La del burrito?

Se hacía estas preguntas al tiempo que comprobaba itinerarios, preparaba la mochila, se lavaba los dientes o alistaba la ropa que se pondría. Cuando iba hacia la ducha, le sonó el móvil. Corrió a cogerlo, pensando que sería el famoso cliente. Pero vio que la llamada era de Alfonso. Si la otra llamada era inminente, era mejor no estar ocupado. Ya le telefonearía más tarde.

Mientras se duchaba, el teléfono volvió a sonar otra vez. Supo que no llegaría a cogerlo (aún estaba enjabonándose), pero se apresuró. Al salir, vio en el registro que la nueva llamada era de Alfonso. Y que, además, le había dejado un mensaje en el buzón de voz. Con voz de enterrador, le decía que lo llamara urgentemente, que era importante. Lo dijo así: «Es importante que me llames enseguida». Fuera urgente o no, estaba claro que tendría que hacerlo, aunque solo fuera por quitarse al viejo de encima y dejar la línea libre para la llamada del cliente.

En *shorts* y chancletas, sin haberse secado del todo, se sentó en el balcón, encendió un cigarrillo y lo llamó. Alfonso no esperó al segundo tono para contestar.

—¿Qué pasó, Alfonso?

—¿Cómo estás, Ángel?

No era un saludo. Le hizo esta pregunta y se quedó aguardando

respuesta de las de verdad. Pretendía que le contase realmente cómo estaba. El anciano, de pronto, parecía haber perdido la prisa, justo cuando a él menos le convenía. Pero el respeto es muy bonito y él a Alfonso lo respetaba mucho. Así que respondió:

—Bien. No te cogí el teléfono antes porque estaba en la ducha.

—Ah.

—Y ahora vi tus llamadas y tu mensaje.

—Ya veo.

—¿Qué es eso tan urgente? Ahora puedo hablar poco, porque estoy esperando una llamada, pero si quieres, más tarde…

—¿Qué llamada? —lo interrumpió Alfonso.

—Bueno, es una movida larga de contar.

Más tarde, recordando aquella conversación, se acordaría de que, en aquel momento, casi pudo oler la sonrisa de Alfonso al otro lado de la línea, el silencio que impuso mientras encontraba las palabras.

—Espérate, Ángel, que igual hasta te la puedo contar yo.

—¿El qué?

—La «movida» esa. Estás esperando a que te llame el que contrató a la gente a la que le diste una paliza ayer, ¿verdad?

—¿Qué carajo…?

—Pues no te esperes más, mi hijo.

Hubo reproches, por supuesto. Hubo sorpresa y desconcierto. Discutieron durante un rato y Ángel estuvo a punto de faltarle al respeto reverencial que siempre le había tenido a Alfonso. Pero, igualmente, hubo disculpas y explicaciones y, poco a poco, Ángel fue comprendiendo, atando cabos, poniéndose en la piel del viejo, descubriendo que quizá él, de estar en su lugar, hubiese hecho algo parecido.

La cuestión era, o había sido, que a Alfonso también le olía a podrido el accidente de Olga. Pero no tenía ningún motivo objetivo para convencer a la Policía de que volvieran a echar un vistazo al asunto. Y cuando Ángel le dijo que iría a Lanzarote para seguir sus pasos, a él se le ocurrió que era buena idea que una agencia profesional lo vigilara. Quizá, siguiendo las huellas de Olga, el propio Ángel diera con algún indicio que sirviese para revisar el sumario. Eso no era todo, sin embargo. Ese no había sido el único motivo para encargar el seguimiento. Cuando Ángel le preguntó cuál era el otro motivo, si lo había, Alfonso respondió:

—Que estaba preocupado por ti, mi hijo.

—¿Por mí?

—Sí. Vamos a ver: tú te has ido a Lanzarote para ver lo que vio Olga. En el caso de que lo de ella no sea un accidente, de que alguien le hiciera eso porque descubrió algo, si tú descubres lo mismo, te podría pasar algo a ti. ¿Me entiendes? Ponerte a esa gente era una manera de intentar protegerte.

—Pues se lucieron.

—Sí, ya sé que casi los mandas a saludar a san Pedro. De hecho, me ha costado conseguir que la agencia no te denunciara.

—Suegro, ¿tú te das cuenta de la que se podía haber montado?

—Lo sé, mi niño. Perdona. La verdad es que estoy arrepentido.

Pero la intención era buena.

—En cualquier caso, puede que no haya mucho secreto que descubrir.

—¿Qué quieres decir?

Le contó lo que sabía. La cena de Olga con Antoñito el Ruin y con Emeterio. Le habló de la mala fama del Ruin, de la probabilidad de que él y Olga hubiesen vuelto a citarse.

—Quiero decir, suegro, que a lo mejor la cosa no va de secretos o negocios raros. A lo mejor va de un par de hijos de puta, ¿me entiendes?

Ahora el silencio fue largo. Él no podía hablar porque lo cegaba la rabia y a Alfonso, probablemente, el dolor: solo imaginar que alguno de aquellos cabrones le hubiese hecho o hubiese intentado hacerle daño a Olga los revolvía por dentro. Pero lo cierto es que era la hipótesis que había ido cobrando fuerza mientras hablaban. Hasta ese momento, Ángel pensaba que si había algo extraño en su muerte, tendría que ver con una conspiración, con un secreto bien guardado que ella había descubierto o estaba a punto de descubrir. Sin embargo, al saber que era Alfonso quien había enviado a los detectives, había comenzado a darle vueltas a aquella idea: un tipo como Antonio García Suárez, Antoñito el Ruin, el tipo facineroso y de mala vida con una cicatriz en la cara, intentando quedar en algún lugar discreto con Olga, que era una mujer bonita y tan segura de sí misma que, en muchas ocasiones, resultaba confiada hasta la ingenuidad.

Escuchó a Alfonso carraspear, recuperar la voz hasta poder decir:

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No lo sé con seguridad. Pero si puedo, voy a dar con estos tíos.

—¿Y cuando des con ellos?

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

El blog de Emeterio Brito llevaba semanas sin actualizarse, pero en su perfil figuraba una dirección de correo electrónico. A esta dirigió un *email* diciendo que vivía en Madrid, que solo estaría un par de días en Lanzarote y quería verlo para ofrecerle una información importante sobre un asunto que a él le interesaría mucho. Añadió su número de móvil y le pidió discreción.

Estaba seguro de que un tipo como Emeterio, seguramente necesitado de atención, picaría en ese anzuelo. No obstante, decidió aprovechar el tiempo y llamó a Mauri.

Ahora podía hacerlo con tranquilidad. Era evidente que no estaba conchabado con los detectives. De hecho, lo primero que hizo fue confesarle que había dudado de él, antes de contarle su conversación con Alfonso y explicarle lo que había averiguado en Los Chinijos. Mauri se hizo el ofendido, lo obligó a disculparse un par de veces antes de decirle que se lo perdonaba solo a cambio de una cena.

—Y en Los Chinijos, compadre.

—Eso está hecho. Cuando tú quieras, tío.

—Mañana mismo te tomo la palabra.

—Oye, pero, por el momento, me puedes ir haciendo un favor.

—Ah, ahora sí, ¿no? —se cachondeó Mauri—. Ahora sí quieres que te ayude…

—Venga, carajo, déjate de coñas.

—A ver.

—¿Tú conoces a estos tíos?

—¿A quién?

—Al tal Emeterio y al amigo.

—Al amigo no. Pero al Emeterio lo conoce toda la puta isla.

—Me dijeron que vive en la calle Aquilino Fernández. ¿Sabrás tú

exactamente o me lo puedes averiguar?

—Sé que vive por ahí, pero no el número exacto. De todos modos, déjame que pregunte. La calle no es grande.

—Cojonudo.

Después de colgar, se preguntó qué hacer hasta tener noticias de Emeterio. O sobre Emeterio. La respuesta fue sencilla: probar con el otro, con Antonio García Suárez.

Bajó a la calle, llegó a la esquina y subió la calle Real buscando una pequeña galería que había visto al pasar durante esos días. En uno de los escaparates de las tiendas de regalos había visto en algún momento un buen surtido de cuchillos y navajas. Y ese fue el instante en que, tras inspeccionar por encima todo el muestrario, eligió una navaja de un solo filo, de hoja no demasiado grande, aunque bastante ancha. Era un artilugio recio y poco llamativo, pero fiable, con empuñadura ergonómica y seguro anticierre. Evidente, un cuchillo de los pensados para matar.

VIÉITEZ

Otro pueblo blanco. Otro mar de silencio en la mañana. Otra planicie de rofe salpicada aquí y allá de aulagas y carnosas mecidas por el viento. Otro guardián del volcán que, hacia el norte, marcaba el límite entre su municipio y el de Yaiza.

Ángel no se detuvo a contemplar las vistas. César Manrique no había hecho nada por allí y, de hecho, había luchado con todas sus fuerzas contra lo que había hecho Viéitez con el trocito de costa que gobernaba, el destrozo en la playa del Lunar que había acabado siendo Playa Lunar. Y, además, solo había ido allí por Antonio García Suárez. Buscó la iglesia, buscó la plaza, buscó el centro que ha de tener todo pueblo que se precie: el bar. En realidad, dio con unos cuantos. Así como encontró que la plaza no era una plaza tradicional, aunque intentara imitarla. Lo único que se conservaba como debía de haber sido siempre era la iglesia, casi una ermita, cuya fachada miraba con desdén a la hamburguesería, el kebab y la cafetería que la rodeaban. Los tres eran negocios de franquicia. Pero, justo enfrente de la iglesia, sobrevivía un bar que parecía de los de verdad. Hacia allí se dirigió.

La clientela se reducía a tres viejos que tomaban cerveza y comentaban las tonterías que decían en la tele, puesta a medio volumen. Lo de siempre al filo del mediodía: el último escándalo, la última grabación hecha a escondidas a un alto cargo, el último ultimátum del independentismo catalán respondido con amenazas por el nacionalismo español, que eran recibidos con el interés propio que tres jubilados pueden poner en algo que ocurre a dos mil kilómetros. La camarera, una mujerona bastante seria, los atendía como si le molestaran mientras iba de acá para allá haciendo esas cosas que los camareros hacen cuando no hay nadie: reponer cámaras, llevar comida a los expositores, contar el cambio. Con la

misma mala gana le puso a Ángel la cerveza que había pedido, y él entendió que sería complicado sacarle nada. A los viejos se acercó después de asentir varias veces a sus comentarios, de sonreírse ante alguno de ellos como si tuvieran gracia, aprovechando que, en un momento dado, el más esmirriado de los tres puso a parir a un político de nueva hornada al que estaban entrevistando y le preguntó qué opinaba él. Por supuesto, Ángel entendió que le convenía opinar lo mismo: aquel estaba en política para chupar del bote, para coger su teta, para la mamanza. Como casi todos, por lo demás. Eso acabó de ganarle el favor de los viejos, que empezaron a tratarlo como a un igual, a hacerlo partícipe de la charleta desganada con la que entretenían el poco tiempo que les quedaba en el mundo.

No tardaron ni cinco minutos en preguntarle si era canarión. Y él aprovechó para decir que sí, que lo era, pero que tenía familia en Lanzarote, los hermanos de su madre, y que precisamente allí, en Viéitez, se suponía que seguía viviendo un primo de ella. A los viejos se les dilataron las pupilas, como se le dilatan siempre a todo anciano de provincias cuando tiene la oportunidad de descubrir un parentesco. Pero el brillo en sus miradas se opacó cuando Ángel mencionó a Antonio García Suárez, a quien le habían dicho que llamaban Antoñito el Ruin. Uno de los viejos fingió no conocerlo. Otro puso mala cara y se perdió en la observación del culo enorme de la camarera, que, en ese momento, llenaba servilleteros de espaldas a ellos. El único que contestó fue el primero que le había hablado, el esmirriado. Según él, el Ruin paraba poco en el pueblo. Tenía una casita en las afueras, en el camino viejo a Playa Lunar, una finquita que no trabajaba, una furgoneta blanca con la que atravesaba a veces el pueblo con escándalo, unos hijos que no lo querían. Y con justicia, porque él nunca había sido buen padre.

De pronto, nada más callarse el viejo, se escuchó la voz de la camarera, que se dio la vuelta para decirle a Ángel:

—Mi hijo, yo solo le digo una cosa, sin ofender, pero hablándole en plata: un garbanzo negro lo hay en toda familia. El de la de usted es el Ruin.

Ángel comprendió, cambió de tema para no prolongar la

incomodidad, invitó a una ronda a los viejos, pagó y se fue.

Se subió en el coche y, sin arrancar, se puso a buscar en el móvil el camino desde el pueblo a Playa Lunar. Pero ni siquiera llegó a abrir el navegador. Lo interrumpieron unos toques en la ventanilla. Al mirar, vio el rostro de David Rivallo.

No hubo manera de quitarse de encima a Míster Sonrisas. Como lo primero que hizo fue quejarse de que no lo hubiera llamado, Ángel, con el móvil aún en la mano, dijo que qué casualidad, que estaba a punto de hacerlo, que su idea había sido dar una vuelta por el pueblo antes de darle un toque. David supo que mentía, y, de hecho, Ángel supo que él lo sabía, pero ambos fingieron que se lo había tragado. Las bodegas quedaban a un par de kilómetros al norte y Míster Sonrisas, que venía de hacer un trámite en el Ayuntamiento, se dirigía hacia allá.

—Puedes dejar el coche aquí y vamos en el mío —le propuso—, o puedes seguirme.

Ángel prefirió lo segundo. David conducía un BMW X6, un cochazo color tabaco que Ángel ya había visto aparcado frente a la casa de Sonia y que ahora siguió con envidia hasta la entrada de la finca en la que estaban las bodegas. Aparcaron en la zona de visitantes, donde un guía estaba comenzando a reunir un grupo para un *tour*.

Se los encontraron varias veces durante la visita, pero David siempre se llevaba aparte a Ángel para aislarlo de los guiris y de las explicaciones que el guía, como un loro que tiene unas cuantas gracias aprendidas, les iba dando en inglés y alemán sobre procesos de elaboración, tiempos de envejecimiento en barrica o en botella, variedades de uva y ventajas de cada una, salpicando el discurso con anécdotas sobre la historia de la familia Rivallo.

David fue más somero y más amistoso, pero no le dijo mucho más de lo que ya decía la página web, y Ángel sospechaba que lo que le contaba lo había contado antes mil veces y que las contaría luego mil más. Como el guía. Como un loro un poco más gracioso. Por eso fue atajándolo aquí y allá con asentimientos, diciendo que sí, que

claro, que ya entendía, que ah, amigo, y consiguió que la visita por la bodega resultara lo más breve posible y fueran a lo interesante: a la cata que hicieron en la cantina de la zona de visitantes, adonde volvieron en tan solo media hora, mientras el rebaño de turistas continuaba entre barricas.

Tomaron asiento en una de las mesas de la terraza y probaron un malvasía volcánica seco del 2015 fermentado en barricas de roble francés, un vino del que David estaba especialmente orgulloso. Y con motivo, dijo Ángel, que no sabía demasiado de vinos pero que lo disfrutó desde el primer sorbo. Míster Sonrisas se alegró de saberlo y lo demostró dándole una palmada en el hombro mientras miraba el paisaje del pequeño viñedo que había más allá del aparcamiento. Mera decoración, le había explicado al llegar, una muestra de las plantaciones enormes que la familia tenía más al norte. Aun así, era hermosa aquella colección de medias lunas distribuidas sobre el picón negro, protegiendo el verdor de las parras. Y el día estaba luminoso, con una brisa suave que aliviaba.

—Joder, esto sí que es vida —dijo Ángel, contemplando también la vista. Luego, señalando hacia atrás, al complejo de edificios de las bodegas, de apariencia rústica pero de nueva construcción, añadió —: Y todo esto les quedó muy bonito.

—Costó lo suyo, no te vayas a creer —dijo David, echándose hacia atrás el flequillo—. Y no solo por las perras, que también, sino por el montón de trabas que nos pusieron. Tú no sabes la de burocracia a la que se enfrenta uno en cuanto quiere hacer algo. Ese *parking*, por ejemplo; fueron dos años de papeleo hasta conseguir el permiso. ¿Y el almacén de ahí? Un año de recursos administrativos.

Ángel observó el almacén al que se refería. Estaba separado del complejo principal por la carretera que llevaba al pueblo y, aunque, como el resto del complejo, imitaba a la arquitectura tradicional, los dos camiones y el contenedor que había en la parte trasera dejaban claro a qué estaba dedicado.

Sin embargo, no prestó demasiada atención a los posteriores comentarios de Míster Sonrisas. Pese a que el tipo le estaba cayendo mejor de lo que pensaba, la mente la tenía ocupada con Antonio García Suárez y la posibilidad de dar con él. Por eso no se dio cuenta

de que David había ido cambiando de tema, de que ahora hablaba de Olga, de que pronunciaba su nombre y contaba que había venido una vez a la bodega con Sonia, que le había encantado.

—No pude tratarla mucho, pero era un encanto de mujer.

Ángel reprimió un aspaviento y disimuló sacando el tabaco y encendiendo uno. Míster Sonrisas acababa de mentirle descaradamente. No podía ser que no la hubiera tratado mucho y que ella tuviese de él más fotos que de Pepe Dolz, a quien veía casi cada día y que era fundamental en su investigación. Además, solo ahora cayó en la cuenta, Sonia no aparecía en ninguna de las fotos que Olga le había hecho a David.

—Yo pensaba que se veían con frecuencia.

David pareció hacer cálculos.

—No tanta. Yo la conocí cuando empecé a salir con Sonia. Y, claro, en las épocas en que se quedaba aquí, nos veíamos en casa de ella. Pero con lo liado que estoy con el trabajo, tampoco coincidíamos tanto. Alguna vez me apunté a las comidas o a las copas con ellas. A veces también con Julia y Blas.

Ángel comenzó a sentir las piernas flojas, y esa flojera le subió de pronto hasta la boca del estómago, al tiempo que un dolor de cabeza tremendo le atravesaba las sienes. Era, lo entendió enseguida, el correlato físico de la rabia, de los celos, de la más profunda decepción. Odió a David y, sobre todo, odió a Olga. Porque, aunque no tuviera pruebas, supo que no solo David, sino también Olga, le habían mentido. Que la mentira de él no era más que el eco de la mentira de ella. Míster Sonrisas y ella habían tenido algo que le habían ocultado a él y, claro estaba, a la propia Sonia. Aquel tipo tan simpático, tan amable, tan hospitalario, se había follado a Olga. Y si alguien quería convencerlo de lo contrario, se iba a tener que esforzar mucho, porque él tenía fotos que ella le había sacado a David y él, ahora, negaba que la hubiera visto a solas.

—Pero, fíjate tú, aunque nos conociéramos tan poco, sí sé que ella hablaba mucho de ti —estaba diciendo en ese momento David—. Siempre te nombraba. He estado pensando en lo que nos contaste el viernes, lo del Líbano. Debe de ser jodido estar allá, tan lejos, ¿no?

Tuvo el inmediato deseo de estamparle al tipo en la cara la copa que en ese momento tenía en la mano y luego hacerle tragar los cristales. Y después, o al mismo tiempo, agarrarlo por el pescuezo y romperle la cabeza contra la mesa. Pero algo, un instinto de supervivencia, un destello de lucidez, le dijo que era mejor no hacerlo, que era mejor tragar por el momento, disimular, fingir que era tan tonto como Míster Sonrisas pensaba que era.

—No tanto, David. Tienes el móvil, tienes las videoconferencias. Los chats. Más o menos te vas apañando. —Míster Sonrisas se había quedado sin palabras ante esta respuesta, y él aprovechó para cambiar de tema—: Oye, y entonces, ¿tú vives en La Vegueta?

—Sí.

—¿Y tu familia también?

—Sí. En realidad, compartimos finca. Estuve viviendo mucho tiempo en Tahíche. —Al oír esto, Ángel recordó los chaletazos de diseño que había visto en las inmediaciones de la Casa del Taro—. Pero cuando me divorcié, la casa se la quedó mi ex, así que me volví con mis padres y me hice una casita al lado de la de ellos. Vivo bien allí y tengo mi independencia.

—No sabía que habías estado casado.

—Ocho años.

—¿Hijos?

—Por suerte, no. Ya, sin hijos, se quedó la casa y el coche. Así que imagínate si llega a haber pibes de por medio. Tú sabes cómo es eso.

—No lo sé. Cuando yo me divorcié, no tuve gran problema. Supongo que cuanto más tienes, más puedes perder, ¿no?

Míster Sonrisas aceptó el envite de la referencia material.

—Bueno, en realidad, yo no tengo tanto. Bien es verdad que nací en una familia a la que no le ha ido mal. Pero el dinero no era mío, sino de mis padres. Yo no soy más que un emprendedor que va escapando poco a poco, tirando del carro.

Ángel giró la cabeza alrededor para abarcar con la mirada los edificios de las bodegas, el almacén, la falsa plantación y el *parking* donde estaba el cochazo de David, antes de sonreír y decir:

—Ya.

Rivallo volvió a quedarse callado. Ángel tampoco encontró nada más que decir. Se había terminado la copa. También el cigarrillo. Miró el reloj y le dio las gracias por la visita y por el vino, realmente bueno, añadiendo que tenía que irse.

—¿Te vas? —fingió extrañarse Míster Sonrisas—. Yo pensaba enseñarte los viñedos.

—A ver si cuadra mejor otro día. Quedé para comer. Pero, de verdad, muchas gracias por la visita. Y por el vino.

—No hay de qué. Un placer, Ángel.

—Lo mismo digo —respondió Ángel mintiendo como nunca antes.

MIRADOR DEL RÍO

No volvió a Arrecife. Tenía la cabeza llena de violencia, las tripas reventadas de ira, la vista nublada por la rabia que no había dejado explotar. Se conocía bien. Sabía que, cuando estaba así, lo mejor era subirse al coche y tirar millas. Y eso hizo: condujo. Condujo como un loco por toda la isla, ignorando radares y adelantando a quien se le cruzaba por delante, acojonando a la mitad de los conductores y cabreando a la otra mitad. Cuando se vino a dar cuenta, había llegado a la otra punta, al municipio de Haría. Y, de pronto, cerca de Ye, vio el cartel que anunciaba el camino al Mirador del Río.

Se alegró de que la zona de estacionamiento no estuviera tan abarrotada como en los otros centros. Quizá era debido a las nubes que habían enturbiado el cielo hacía un rato y que ahora se habían posado sobre las peñas cercanas, humedeciendo el aire.

Antes de entrar, se quedó apoyado en el coche, fumando, dando la espalda al mirador, contemplando el lado contrario de la montaña, el que se orientaba hacia el este y a los barrancos que desembocaban en Órzola. Necesitaba serenarse un poco más. Preguntarse qué hacer. Asimilar la traición. Porque Olga, evidentemente, lo había traicionado. Si David Rivallo le hubiese contado que tenía una relación más o menos estrecha con ella, que quedaban de vez en cuando para comer o pasear, aún habría existido la posibilidad de que él estuviese equivocado. Pero ahora ya no la había: Olga tenía algo con David. Lo había tenido o lo continuaba teniendo cuando murió. Y, al averiguarlo, él la había perdido del todo. Triste, acaso groseramente, hasta aquel momento le quedaba la memoria, tan física y tan profunda a un tiempo, de aquel cuerpo que era ella en la intimidad que compartían. Y ahora ese recuerdo ya no se conservaría puro; se mezclaría para siempre con la imagen de Míster Sonrisas. En adelante estaría ahí, inevitable, David Rivallo, sobre el

cuerpo desnudo de Olga o debajo de él. Y eso le helaba la sangre. El cuerpo de Olga. Aquel cuerpo menudo e imperfecto que a él lo volvía loco gozando con aquel pijo de mierda. La piel de Olga, quizá demasiado bronceada, con alguna estría, con sospechas de hoyuelos aquí y allá, pero suave como no lo había sido ninguna piel acariciada por Ángel, recorrida por las manos y la boca de Míster Sonrisas. La boca de Olga, aquella boca que había sido suya, en la boca, en el cuello, en el sexo de David Rivallo.

Se preguntó qué coño hacía él en Lanzarote. Si había venido a pasar su duelo por Olga, a hacerle un último homenaje. O si, en realidad, lo había hecho para descubrir lo que acababa de descubrir. Probablemente, para esto último, aunque hubiese hecho creer a todos, incluso a sí mismo, que había venido para lo primero. De cualquier manera, ya sabía lo que tenía que saber: que Olga lo había traicionado. Podía volverse a casa, con aquella verdad de mierda que parecía sacada de un bolero. Miénteme, di que soy el único; que no es de mi rival la saliva que empapa tu piel, recordó ahora, por zaherirse, un bolero que a ella le gustaba cantar en los asaderos.

De pronto, se le clavó en la mente una pregunta: ¿cuánto tiempo había estado Olga liada con el tipo? Y esa le llevó a otras: ¿habían estado liados durante meses o solo habían tenido una aventura que había acabado en un polvo rápido? ¿Era algo serio o solo carnal? ¿O era un lío que había surgido en las últimas semanas de Olga, una aventura que podría haber llevado a algo más serio y que la muerte de ella había cortado de raíz?

Continuó haciéndose preguntas, dejándose invadir por imágenes que no deseaba y que intentaba borrar sin conseguirlo del todo, mientras se encaminaba a la puerta, mientras pagaba la entrada, mientras se internaba en el nuevo útero blanco que aquí conducía al restaurante, probablemente el último sitio relacionado con Olga y con su trabajo que visitaría antes de irse, ese mismo día.

Nadie, cuando llega al Mirador del Río, se queda en el restaurante. Nadie empieza admirando el amplio salón cuyos techos de bóveda irregular imitan a las cuevas, ni los enormes móviles metálicos que penden de estos fingiéndose lámparas y evitando las reverberaciones del sonido, que, de otro modo, serían insoportables. Nadie va a sentarse al otro extremo, donde está la chimenea descomunal. Todo eso se disfruta después, porque, al entrar, se atisba el paisaje a través de los ventanales del lado contrario y uno se ve atraído irremisiblemente por el espectáculo que ofrece la atalaya, cruza la estancia y sale de inmediato por una de las dos puertas que conducen a ella. Y ahí, sí; ahí uno se para y ve la isla de La Graciosa, más allá de un estrecho que es tan estrecho que aquí ha sido llamado río y, si hay suerte, Montaña Clara, Roque del Oeste, Alegranza. Hoy no la había. Las nubes se habían arrastrado por la loma hasta un poco más allá de La Graciosa y se habían hecho muro gris para ocultar los islotes. Las salinas se veían a los pies de la desriscada, como una enorme jarea puesta a secar. Y, más allá del Río, el puerto de La Graciosa, Caleta de Sebo, la punta de Pedro Barba, si uno miraba un poco más hacia el norte.

Se mantuvo en un extremo del mirador, apoyado en la barandilla inminente a la degollada, ajeno a los pocos turistas que, a su alrededor, sacaban fotos o intentaban hacerse selfis que incorporaran tras sus rostros ferrujientos el espectáculo paisajístico. Y, de pronto, sintió una mano en el hombro y temió que Míster Sonrisas lo hubiese seguido hasta allí. Pero no, al girarse se encontró con Maestro Ezequiel.

Maestro Ezequiel subía a Ye un par de veces por semana, para ver a la familia, para regar y cuidar un huertito que todavía tenía allí. Y, como no estaba lejos y él ya tenía tiempo de sobra para hacer lo que le apeteciese, se acercaba, de vez en vez, al mirador, donde trabajaba de camarero un sobrino suyo. Y, qué casualidad, porque tampoco es que viniera mucho, estaba en la barra, echándose un vinito y hablando con el sobrino, cuando lo vio pasar.

—Mire usted cómo es la cosa, que siempre nos vemos al borde de una desriscada —dijo el viejo, apoyándose también en la barandilla y ofreciéndole tabaco—. Esta vez invito yo.

Ángel le aceptó el cigarrillo y lo encendió a la tercera, protegiéndose del viento.

—Qué bonito es esto, ¿verdad? —dijo Maestro Ezequiel, señalando, no a la vista, sino al edificio.

—Aquí también trabajó usted, ¿no?

El albañil asintió.

—Usted no sabe lo que costó. Hay gente que piensa que era una cueva que se aprovechó. Nada de eso. Por aquí solo había un puesto militar medio abandonado. A don César se le ocurrió hacer el mirador así, de forma que pareciese como una cueva, con todo el edificio escondido en la montaña. Era una locura, pero ya se sabía que las locuras de don César funcionaban. Los materiales los teníamos que subir por una carretera de acceso que era un desastre. Baj, un follón. Así que tuvimos que hacer otra. Y no se vaya a creer que teníamos apisonadora ni nada de eso. La hicimos a pico y pala, y a golpe de camión.

Ángel ya lo había leído en el libro de Olga, pero le apetecía oírselo explicar a él, por eso fingió extrañeza:

—¿Cómo a golpe de camión?

—Cogíamos el camión, lo cargábamos de material y le dábamos para arriba y para abajo. Venga camión para arriba, venga camión para abajo, pimpán, pimpán, hasta que terminamos alisando todo el terreno. Y luego, aquí, fue otro lío porque, después de hacer el edificio, había que cubrirlo todo con rofe, esconderlo en la piedra, para que pareciera una cueva. ¿Usted se imagina?

Ángel se lo imaginaba. También lo había hecho al leer el relato de Olga, más detallado, pero, en el fondo, menos inspirador que el que el viejo le acababa de hacer, porque la literatura no podía reflejar lo que había en los ojos de Maestro Ezequiel, en su voz, en las manos que apoyaba en la barandilla, unas manos callosas de dedos enormes, como si en vez de manos tuviera dos manojos de pollas. Hay cosas que se le escapan a la literatura. Que siempre se le escaparán. Notó que se sentía algo menos nublado, como si la charla del albañil tuviese un efecto sedante o, al menos, le sirviese de distracción.

—Y, bueno, usted ¿qué? ¿Cómo le ha ido estos días?

—Bien. ¿O de verdad quiere que le cuente? —contestó Ángel medio en broma.

Maestro Ezequiel no supo o no quiso captar el chiste.

—Tiempo tengo —le dijo.

Ángel recapacitó un momento. Si empezaba a hacerlo, tendría mucho que contar. No obstante, el viejo esperaba ahí, ante él, a que dijese algo. Así que pensó: a tomar por culo, y dijo:

—¿Se acuerda de la muchacha que se desriscó por la zona del castillo?

—Vaya si me acuerdo… —empezó a decir Ezequiel. Pero Ángel lo atajó poniéndole una mano sobre el brazo.

—Era mi novia. Llevábamos cuatro años viviendo juntos, en Las Palmas.

—Vaya, cuánto lo siento. Mi más sentido…

—No, espere. Deje que le cuente. Cuando a ella le pasó aquello, yo estaba en el Líbano. Soy militar. Estaba de misión allí. Y no me dejaron volver en el momento. Así que ahora me vine a la isla para despedirme. ¿Lo entiende? —Maestro Ezequiel ya no intentó interrumpirlo. Se limitó a asentir—: Ella era historiadora del arte.

Estaba escribiendo un libro sobre César Manrique.

—Lo sé.

Ángel se detuvo en su explicación. Pensaba continuar contándole hasta lo que había ocurrido ese día, quizá por descargarse, quizá porque deseaba pedir consejo a quien fuera. Pero Maestro Ezequiel le había dicho que lo sabía, que sabía que Olga estaba escribiendo su libro. Y en este mismo instante se había vuelto hacia él, para añadir:

—Yo la conocí. Poco, pero la conocí.

—¿Y eso?

—Vino una vez por la cafetería San Francisco. Estaba buscando a gente que hubiera trabajado con don César. Me hizo una entrevistita. Hasta me grabó con el móvil y todo. Pero después, volvió otro día, preguntando por Emeterio.

—Emeterio Brito.

—No conozco a ninguno más. Por lo visto, Emeterio le interesaba porque conocía a un tipo con el que ella quería hablar.

—Antonio García Suárez.

Maestro Ezquiel dijo que sí, que así era: Antonio García Suárez, Antoñito el Ruin. Luego, como si el nombre le repugnara, escupió hacia el abismo, antes añadir:

—Un sinvergüenza. Igual que el otro, Emeterio, que es un machango. Yo no sé por qué esa muchacha se relacionaba con la chusma esa.

—¿Lo conoce mucho usted, al Ruin?

—Trabajamos juntos. Bueno, trabajaba yo. Él se dedicaba a escaquearse, todo el día parando para ir a echarse el carajillo. Un borracho de mierda. Y un fanfarrón.

—¿Quiere decir que él trabajaba en la misma cuadrilla que usted?

El anciano meneó un par de veces la cabeza.

—Poquito tiempo. Luego don Luis Morales lo pasó a otra, porque en la nuestra no lo podíamos ni ver. Y en la otra pasó lo mismo. Así que lo acabaron echando. Pero, fíjese usted, al changa ese lo enchufaron después en el Ayuntamiento. ¿Se puede creer?

—¿Quién lo enchufó?

Maestro Ezequiel se encogió de hombros.

—Seguro no sé decirle. Pero sé que el bisne se lo buscó Blume.

—¿Ginés Blume?

—Ese. El secretario de Viéitez. ¿Sabe quién es?

Ángel respondió que sí, pero Maestro Ezequiel, como si hubiera respondido que no, comenzó a soltar todo lo que sabía sobre Blume, con esa repugnancia sorda que inspiran los poderosos entre la gente humilde. En resumen, le contó su propia versión de la historia que ya le había contado Blas, la misma que sabía toda la isla, la de las décadas de corruptelas y amaños que nadie había podido hacer nada por impedir.

—Bueno, pues el Blume este fue el que le buscó el enchufe al Ruin, igual que les buscó enchufes a un montón de gente más. Pero, usted se imaginará, Blume no da gratis ni los buenos días. Así que algún favor le habrá hecho Antoñito, el puto gandul.

—Le cae bien, ¿eh?

—Baj, me cae de puta madre —ironizó el viejo—. Lo veo ahogándose y le tiro una piedra para que se hunda antes.

Abrir la navaja

No almorzó. No habría podido tragar nada. Tenía el estómago revuelto, la garganta cerrada por un odio ronco que ni estallaba ni se iba.

Al volver al hotel, encendió el ordenador para buscar un vuelo de regreso a Gran Canaria. Pero, casi sin darse cuenta, se encontró releyendo los últimos correos electrónicos que le había enviado Olga. Le escribía casi cada día, aunque él no le contestara. No le contaba casi nada sobre su trabajo. Le hablaba, sobre todo, de las cosas que veía que le recordaban a él. Le enviaba noticias y cosas graciosas que creía que podían gustarle. Le contaba cómo lo echaba de menos. Le pedía que se cuidara.

De pronto, buscó en su móvil sus últimos mensajes. Habían sido del mismo día de su muerte. Le decía que casi había terminado, pero que había encontrado algo que tenía que contrastar. Y después se volvería a Las Palmas. Y lo esperaría allí. «Siempre te voy a esperar». Fue casi lo último que le escribió, antes de decirle que le escribiría de nuevo por la noche. Por la hora y la fecha, debió de enviarle aquellos mensajes antes de salir a coger el coche, antes de dirigirse hacia el Castillo de San José, hacia la muerte.

Meditó un instante sobre aquel mensaje: «Siempre te voy a esperar». No era la frase de una mujer infiel. O, al menos, no de una mujer como Olga, que podía ser cualquier cosa menos hipócrita.

Quizá se equivocaba. Quizá Rivallo le había mentido por otro motivo. Porque Olga (no la Olga que él se imaginaba cuando el miedo a perderla le nublaba la vista, sino la Olga de verdad, la que él conocía), de haber encontrado a otra persona, de haberse sentido atraída por otro, se lo habría contado. O, al menos, no habría seguido siendo tan efusiva con él, no le habría dicho que siempre lo iba a esperar si no pensaba hacerlo.

Domínate, se dijo.

Domínate, sabes hacerlo. No tienes que comportarte siempre como un patán. Ya lo hiciste hace poco: dominarte, abrir los ojos y los oídos, suspender el juicio, comprobar si te equivocas antes de meter la pata. Puedes hacerlo otra vez. Un poco más.

Salió al balcón, a fumar. Sin darse cuenta, se había puesto a juguetear con la navaja, que estaba sobre la mesa. La abría y la cerraba casi compulsivamente. La hoja tenía un afilado minucioso y parecía fuerte. Casi habría podido afeitarse con ella.

Domínate. Una navaja no se abre si no es para utilizarla. Un instante después de pensar esto, cerró la navaja y la dejó sobre la mesa de plástico.

Un paso atrás. Dos pasos atrás. Puedes estar un par de días más aquí, intentar comprobar si te equivocas o no. Hablar con Sonia. Con Blas. Ver si puedes coger al tipo en otra mentira. Y, mientras, localizar a Emeterio Jiménez del Oso. A Antoñito el Ruin. Averiguar qué le hizo Antoñito a Olga. Asegurarte de que fue él. O de que fueron los dos. Y, entonces, sí. Entonces, abrir la navaja.

Telefoneó a Mauri para preguntarle si había localizado la dirección de Emeterio, y cuando este le respondió que aún no, le dijo que lo dejara, que iría a la cafetería San Francisco para preguntar por él.

Y eso hizo: subió León y Castillo y se sentó en la terraza de la cafetería, donde a esa hora, la de la siesta, había poca clientela. Por eso pudo preguntarle al camarero por aquel señor, Emeterio Brito. No había mucha gente que se llamase así, por lo que el camarero, un tipo enorme y hosco, puso una sonrisa burlona en su cara de pocos amigos y le dijo que hacía unos cuantos días que no venía. Sin embargo, al preguntarle por su dirección, se dejó llevar por la discreción profesional y se limitó a señalar hacia una bocacalle.

—Sé que vive por ahí, por Aquilino Fernández —dijo—. Pero no sé decirle mucho más. ¿Le quiere dejar algún recado o algo?

Ángel le dijo que no, que muchas gracias. Ya iba a pedirle la cuenta cuando apareció Mauri calle abajo. Venía en chándal, con la cara recién lavada, como si con su llamada él lo hubiera sacado de la siesta. Pidió un cortado y se sentó a tomárselo y fumar, medio zumbado.

—¿Qué te pasa?

—Me cogiste sobando. Antes, cuando me llamaste.

—Ya me lo supongo. Lo que digo es qué te pasa, para qué viniste. Yo me sé cuidar solo.

—Sí, pero te fallé. Te tenía que haber encontrado al tipo y no lo hice. Así que aquí estoy, para echarte un cabo.

—No hace falta, Mauri. Tampoco es que te pague.

Mauri dejó el cigarrillo en el cenicero, el cortado sobre su platillo y lo miró de frente.

—Mira, mi sargento, la verdad es que tengo la sensación de haberme portado como un machango. Cuando me contaste aquella

movida, no te creí. Y luego, no sé, he pasado de todo.

—Bueno, yo también desconfié de ti y…

—Pero, chacho, es normal que desconfiaras. Lo estuve pensando: tienes que estar emparanoiado de cojones, con toda esta movida tan chunga y tan rara. Así que no te lo puedo tomar en cuenta. A partir de ahora, cuenta conmigo para lo que sea. —Se dio una fuerte palmada en el centro del pecho y dejó la mano allí para decir—: Aquí me tienes, mi sargento. Tu colega Mauri está aquí para lo que haga falta.

Ángel le dio las gracias. Habría preferido que no estuviese tan solícito, ir él solo a la calle Aquilino Fernández. Pero no fue posible. No se le separó. Cuando se tomó el cortado, se fue con él a buscar a Emeterio Brito.

Aquilino Fernández estaba a dos manzanas. Era una callecita estrecha y poco transitada que subía desde la plaza de Las Palmas hasta la calle Emilio Ley, aún más pequeña, que comunicaba el Charco de San Ginés y la calle Real. Tocaron en un par de casas, preguntaron aquí y allá y, al final, una señora que estaba asomada a la ventana supo señalarles el portal y el piso de la vivienda de Emeterio, a quien no veía desde hacía un par de días, pero que, sin duda, vivía allí, solo, en la segunda planta de un edificio de cuatro que hacía esquina.

Nadie contestó al portero automático. Tampoco cuando llamaron directamente a la puerta, tras lograr acceder al edificio gracias a un vecino confiado. En el interior no se oía nada ni se veía luz. Casa vacía.

De nuevo en la calle, Mauri propuso que se quedaran por allí, haciendo guardia por si el tipo aparecía.

—No. No vale la pena. Ya lo intentaré otra vez esta noche. O mañana.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Ángel lo pensó sinceramente. Era media tarde. Todavía quedaba día por delante y prefería dedicarlo a otra cosa que a soportar el intempestivo compañerismo de Mauri.

—Pues, mira, me da que me voy a ir a echar un rato. Llevo todo el día del tingo al tango y yo no me eché siesta, como tú. ¿Y tú?

—Bueno, si no vas a hacer nada de especial, me piro a casa yo también.

Mauri se fue calle arriba. Ángel se dirigió al hotel. Pero, en cuanto perdió de vista a su compañero, sacó el teléfono móvil. Mientras daba con Emeterio o con el Ruin, bien podía aprovechar para intentar enterarse de otras cosas.

Sonia le aceptó la invitación a una cerveza, aunque tuvo que ser en Playa Honda, porque ella debía volver a casa para corregir trabajos. Así que una hora más tarde estaban ambos en el paseo, tomando cerveza en la terraza de un *grill* ante la playa, que el mal tiempo había vaciado. No llovería, pero hacía fresco y una plancha de plomo se había cerrado sobre el cielo. La terraza, sin embargo, estaba asocada en el porche del edificio en el que se situaba el local. Durante un rato hablaron de lo humano y lo divino. Después, como si hubiese disfrutado con la visita, Ángel le contó que había estado con David en las bodegas, que se había sentido muy bien tratado.

—David es muy hospitalario —corroboró ella—. Se lo ha currado mucho y le encanta comprobar que valió la pena. Está orgulloso.

—¿Ustedes se conocen de siempre?

—Qué va. Hará un año. A ver, yo sabía quién era él, pero no nos habíamos tratado demasiado. Un día coincidimos en un convite y ahí empezó el tonteo. Así estuvimos, para arriba y para abajo, hasta hace seis meses. No, seis no, un poco más: ocho meses, creo que llevamos.

Ángel se sonrió.

—¿No llevas la cuenta?

—Te va a parecer una tontería, pero no. No la llevo ni la quiero llevar. Hay cosas a las que no quiero ponerles números. Como si se fuesen a estropear, ¿comprendes?

Ángel comprendía.

—Oye, una curiosidad que tengo: ¿qué tal se llevaba Olga con él?

Sonia pareció extrañarse ante la pregunta, pero solo un poco.

—Pues de puta madre. David le caía simpático y a él le interesaba mucho lo que ella hacía.

—Entiendo.

Ahora la extrañeza volvió al rostro de Sonia, que juntó las cejas y achicó los ojos.

—¿Por qué me preguntas eso?

Él intentó disimular su interés, su íntimo regocijo al ver que Sonia había mordido el anzuelo.

—No, por nada en especial —dijo—. Ella nunca me habló de David.

—No lo consideraría importante.

—No, supongo que no —dijo Ángel, sacando su teléfono móvil y haciendo una búsqueda en la memoria—, aunque yo, viendo la tarjeta de memoria de la cámara de Olga, me encontré con estas fotos.

Le entregó a Sonia el móvil, en el que había guardado copias de las fotografías. Sonia fue deslizando el dedo por la pantalla para pasar de la foto de David en el museo a la del restaurante playero y, de esta, a aquella en la que se le veía leyendo.

—¿Las habías visto?

Sonia le devolvió el móvil.

—Pues claro que sí. Esta última, en la que se le ve leyendo, hasta me la mandó. La tengo de salvapantallas en el ordenador de casa.

Ángel asintió. De pronto, se sintió reconfortado. Sin embargo, ahora había algo que encajaba aún menos en todo aquello. Sonia, por su parte, lo miraba con una curiosidad seria, con la severidad y la compasión entreveradas en el rostro.

—Ángel, no sé qué es lo que has pensado. Quiero decir, no sé si te has pensado que había algo raro entre Olga y David. Si es así, quítatelo de la cabeza. Yo tengo plena confianza en…

—Espera —la atajó él—. La verdad, al principio pensé algo así. Soy un celoso, no me importa reconocerlo. Pero la pregunta que me estoy haciendo no es esa. La pregunta que me hago es otra: ¿por qué David, cuando hablamos esta mañana, me dijo que no conocía mucho a Olga?

—¿David te dijo eso?

—Me dijo que solo se veían contigo. Que nunca habían ido solos a ningún lado. Y, por las fotos, parece que sí. Así que contéstame si puedes: ¿por qué me dijo eso, si luego resulta que se llevaban tan bien?

Una sonrisa de alivio se instaló en la expresión de Sonia y dijo, no a Ángel, sino como para sí misma.

—Claro. Claro que sí. —Él la interrogó con la mirada y ella dio un trago a la cerveza y le manoteó el hombro, antes de explicarle—: La culpa es mía. Ya veo lo que pasó. A ver, Ángel, yo le conté a David que tú eres un tío con carácter.

—¿Con carácter?

—Hombre, Ángel, tú eres un buen tío, pero tener tu genio, lo tienes. Y, de hecho, me acabas de decir tú mismo que eres celoso. Así que igual David pensó que…

—Que era mejor no contarme que ellos se veían para salir.

—Algo así. Aunque la verdad es bonita, David ha sido bastante torpe con todo esto. Igual por pasarse de prudente. Ya le pondré yo las pilas.

Aquello cuadraba. Ángel comenzó a relajarse.

—Pero te lo aseguro yo, Ángel: nunca hubo nada raro. Ellos se veían para ir a museos o por ahí, o para tomar una caña, si yo no podía. Además, él conocía bien a todo el mundo en la isla. Le abrió muchas puertas. En todo caso, por ahí no tienes nada que temer. Todo era muy inocente.

Aunque Ángel asintió, ella quiso asegurarse de que estaba convencido.

—De verdad, Ángel, yo pongo la mano en el fuego. No solo por David, que también, sino, sobre todo, por Olga. Ella era la tía más leal que he conocido, pero, aparte de eso, estaba loca por ti. Con todo el tiempo que llevaban juntos ustedes, y ella siempre parecía que acababan de empezar, enamoradita como una niña. Eso te lo digo yo, que la conocía mejor que nadie. Mejor que tú, si me apuras. ¿Lo entiendes?

Él volvió a asentir. Ahora, de Sonia, había desaparecido toda la severidad. Solo quedaba en ella compasión. Esa compasión fue la que la llevó a tomarle la mano y decirle:

—Yo te lo puedo asegurar, Ángel: Olga solo tenía ojos para ti. Quería estar contigo. Y para siempre.

El Ruin

Por la noche no sería lo mismo, pero contaría con la ventaja del anonimato. Nadie lo vería llegar. Nadie lo vería marcharse. Si las cosas iban como él suponía que iban a ir, eso resultaría lo más conveniente. Porque no descartaba quitar de en medio al Ruin. Pero eso lo vería después. Primero tenía que localizarlo, hablar con él, interrogarlo (a hostias, si hacía falta) hasta asegurarse de que no le había tocado un pelo a Olga o comprobar que lo había hecho. Y, en este último caso, borrarlo del mundo, aunque se buscara la ruina. Buscarse la ruina con el Ruin. Se rio al pensar en este tonto juego de palabras, mientras buscaba la ruta en el geolocalizador.

Llegó a Viéitez sobre las diez de la noche. Esta vez no se detuvo. Atravesó el pueblo, que comenzaba a adormilarse, y tomó la carretera de Playa Lunar como si en vez de un coche alquilado condujese un carromato fantasma.

Ahora el Seat León avanzaba lentamente por la carretera que se internaba en la monotonía de la soledad y la noche, interrumpida por fincas que iban apareciendo a los lados. Cuando esto ocurría, Ángel aminoraba un poco más, para poder observarlas. En el porche de la primera casa, jugaban unos niños. La segunda era un chaletazo a cuya entrada había una Harley-Davidson y un monovolumen de los caros, del cual no supo registrar la marca. Una casa de familia en la que papá ha entrado en la crisis de los cuarenta. La tercera vivienda era más humilde y tenía uno de esos huertos ocultos que él ya había aprendido a distinguir. Por las ventanas surgía el resplandor azulado de alguien que ve la televisión. Se preguntó si sería allí, pero reparó en el viejo Renault 4L aparcado a un flanco del edificio.

Continuó avanzando hasta que, poco después de una curva suave, vio el paralelepípedo que parecía más un alpendre abandonado que

una vivienda. Y junto a él, una Nissan Trade blanca. Era esa. Esa tenía que ser la casa de Antoñito el Ruin.

No se detuvo. No quería que ningún improbable pero no imposible conductor recordara un coche de alquiler aparcado allí. Continuó avanzando hasta la siguiente curva y un kilómetro antes de la siguiente finca, cuyo escorzo se recortaba ya contra las luciérnagas que dibujaban Playa Lunar, encontró una pista de tierra que le venía perfecta para dejar el coche. Apagó las luces en cuanto pudo, comprobó que llevaba la navaja en el bolsillo del polar e, iluminándose con el móvil, caminó a campo través.

Tardó diez, acaso quince minutos en acercarse a la casa por la parte de atrás. Tropezó, pero poco. Se cansó, pero poco.

Al llegar al huerto abandonado se detuvo a hacerse una composición de lugar. Se puso en cuclillas, apagó el móvil, permitió a sus ojos acostumbrarse a la oscuridad hasta que se aprendió de memoria las malas hierbas que había en el rectángulo pedregoso del huerto; el galponcito que, pegado a un extremo de la fachada, debía de ser un cuarto de aperos; las cuatro ventanas y la puerta trasera, a la que se accedía subiendo tres escalones; la azotea, en la que unas camisas debían de llevar tendidas semanas, a juzgar por el acartonamiento que se les adivinaba al moverse. No parecía haber nadie, pero tenía que haber alguien, porque la furgoneta, cuyo morro veía ahora sobresaliendo por el otro lado, permanecía allí.

¿Habría sido más fácil rodear el edificio, situarse en el lado de la carretera y llamar a la puerta principal? Lo habría sido, si hubiese venido simplemente a hablar. Por eso se acercó con el menor ruido posible y afinó el oído. No captó nada más que el silencio del monte, una brisa ululante que movía, más arriba, las camisas acartonadas. Si el tipo estaba en casa, debía de estar durmiendo la mona. Luego examinó las ventanas y la puerta. Las ventanas tenían contraventanas de madera, todas perfectamente cerradas. La puerta también lo parecía. Era estrecha y de aglomerado, sin pomo, con una mera cerradura Yale. Y parecía hinchada por el sol y la humedad. Podría haberla reventado de una patada. Pero prefirió no hacerlo. Volvió a alumbrarse con el móvil, sacó la navaja, desplegó la hoja e introdujo la punta entre la puerta y el bastidor a la altura del

fechillo, para probar a hacer palanca. No hizo falta: nada más apoyar la navaja, la puerta se abrió y él entendió que no estaba cerrada.

Se encontró en una cocina. Apestaba. Había un olor ácido, acre, como si alguien hubiese destripado a un gato para embadurnar las paredes con sus entrañas.

El haz de luz del móvil iluminó el fregadero, lleno hasta los topes. Ángel reprimió una arcada y reflexionó un momento: la puerta no había hecho demasiado ruido al abrirse, pero algo había hecho. Así que, si el tipo hubiese estado en la casa, que no era muy grande, lo habría oído. Por tanto, se permitió buscar el interruptor de la luz.

Habría preferido no hacerlo: bajo el frío resplandor del fluorescente, el espectáculo era aún peor. Los platos del fregadero no habían sido vaciados y en ellos se mezclaban restos de comida, colillas y servilletas de papel. Y todo se amontonaba en torno a un caldero con los restos de un potaje que parecía haber desarrollado su propio ecosistema.

Ya era oficial: aparte de ruin, el dueño de la casa era un puto cerdo.

La cocina tenía por acceso solo un arco de mampostería que preludiaba un pasillo. Las dos puertas de la izquierda estaban abiertas y entendió que conducían a dormitorios. A la derecha, vio una que compartía pared con la cocina y que tenía que corresponder a un cuarto de baño. No la abrió. Continuó hacia la entrada, sin encender más luces, extrañado por el hecho de que, conforme se alejaba de la cocina, el pestazo, en lugar de disminuir, aumentaba.

Y, de pronto, aunque volvía a estar a oscuras, supo que estaba en el salón, en la estancia principal de la casa. Y supo también que, a un lado, dándole la espalda, había un tresillo dispuesto en herradura en torno a una mesa de centro y una televisión. Y que al otro había un comedor.

El hedor se había vuelto insoportable; ya no aguantaría mucho más sin echar hasta la primera papilla. Utilizó la camisa para cubrirse el rostro hasta los ojos, cruzar hacia la entrada principal y buscar el interruptor de la luz.

Una lámpara de lágrimas se encendió y él, al volverse hacia el salón, vio que todo aquello que había adivinado en la oscuridad se

correspondía con la realidad: el comedor, el tresillo, la televisión, la mesa de centro. Pero había algo más, algo que no había adivinado y que, ahora entendió, era la fuente de toda aquella pestilencia. Estaba en uno de los sillones individuales del tresillo, el que miraba a la puerta. Era el cadáver de un hombre que había sido corpulento. Vestido solo con un meiba y una camisilla, ahora tan negra de sangre como los brazos del sillón, apuntando al techo con las dos gelatinas opacas que ocupaban el lugar donde habían estado sus ojos.

Ese tenía que ser Antonio García Suárez, alias Antoñito el Ruin, trabajador gandul, enchufado en el Ayuntamiento, jubilado pendenciero, dueño de aquella casa. Sí, ese era Antonio el Ruin. Y alguien le había abierto la garganta.

No se podía decir que lo hubieran entrenado para eso, porque no hay manera de entrenar a alguien para que permanezca imperturbable ante la muerte, pero él había entrado en combate en dos ocasiones, había socorrido a las víctimas de tres atentados, había patrullado por aldeas afganas por donde la devastación había pasado poco antes que él, así que había sido testigo del horror, sabía de carnes hechas jirones y de cuerpos desmembrados. Por eso pudo conservar la serenidad, mantener la cabeza fría, intentar averiguar lo que había ocurrido en aquella casa hacía al menos un par de días, a juzgar por el estado del cadáver.

Para empezar, había salpicaduras de sangre en la pared, en la televisión, en la esquina de la mesa de centro. El cuerpo de Antonio García Suárez tenía las piernas abiertas y estiradas. La palma de la mano izquierda extendida sobre el pecho, soldada con la tela de la camisilla por el cemento de la sangre coagulada, inmortalizada en el intento de llegar a la garganta para detener la hemorragia irreprimible. El brazo derecho, en cambio, caía por el flanco del sillón hasta casi el suelo, estirándose hacia una pistola diminuta que yacía sobre una baldosa milagrosamente limpia. Era una pistola pequeña y antigua. Probablemente de algún calibre ligero. Se acercó y lo comprobó: una Llama del 7.65. Un modelo de los cincuenta o los sesenta, como tarde. Se preguntó si el tipo habría llegado a utilizarla. Pero no quiso tocarla para comprobarlo. Prefirió seguir el rastro de sangre reseca que había pisado en la oscuridad, el que llevaba desde el otro lado de la mesa de centro hacia el pasillo, el que acababa en el cuarto de baño, cuya puerta ahora sí abrió, para encontrarse con el segundo cuerpo.

Este estaba vestido. Tirado de lado en un charco de su propia sangre ante el retrete y el lavamanos también ensangrentado, con la

cara oculta entre la base del lavamanos y el alicatado de la bañera mugrienta, como si hubiera corrido hasta el cuarto de baño para buscar algo con lo que curarse, y allí lo hubiese alcanzado al fin la muerte. Junto a sus pies había un cuchillo cebollero. El cuchillo con el que seguramente había sido degollado el Ruin.

No podía verle el rostro, pero el tipo tenía o había tenido el pelo canoso y crecido hasta los hombros en una melena absurda e iba vestido con pantalones de tergal, mocasines negros de a doce euros el par, una camisa de las baratas estampada con rayas azules y amarillas cuya trama había roto el marrón oscuro de la sangre vieja.

Se alongó sobre él y tiró hacia atrás del brazo izquierdo para comprobar que tenía un par de pequeños agujeros en el pecho de la camisa y, sobre todo, que aquel rostro ennegrecido sobre el que estuvo a punto de vomitar bien podía ser el de Emeterio Brito. Se lamentó de haber hecho ese esfuerzo innecesario luego, cuando le encontró la cartera en el bolsillo trasero del pantalón y leyó sus documentos. Tras limpiarla, volvió a ponérsela en el bolsillo. Esto lo hizo no sin esfuerzo, en cuclillas en el estrecho cuarto de baño. Y ese fue el momento en el que estuvo más próximo al vómito, así, de repente, justo encima del cuerpo repugnante de Emeterio Jiménez del Oso.

Salió por la puerta de la cocina para concederse una pausa. Se permitió fumar un cigarrillo. Esta vez no arrojó la colilla: tras apagarla, se la guardó en el bolsillo del pantalón, antes de regresar a la casa.

En el roperillo del baño encontró algodón. Lo humedeció con un poco de agua oxigenada y se taponó la nariz. Cuando iba a poner el agua oxigenada y el algodón en su sitio, reparó en la cantidad de medicamentos que había allí. Reconoció algunos: su padre también los había tomado en sus últimas semanas de lucha contra la cirrosis que lo mató. Eso lo puso tras una pista que siguió hasta la cocina, donde no encontró nada de alcohol. Fue al salón y examinó el comedor. Tampoco en el aparador había bebidas. Ni siquiera vino. Pero las había habido en su momento: la colección de vasos y copas era casi lo único de valor que había en la casa. Observó las fotos que había en los anaqueles. En casi todas se le veía gordo, sobre todo en

una en la que posaba en bañador, mostrando un pescado enorme que debía de haber capturado en lo que él entendió un día suficientemente feliz como para inmortalizarlo. Ángel le adivinó unos cien kilos, quizá ciento diez. Miró al otro lado de la estancia y calculó que, pese a la barriga inflada, al morir no debía de pesar más de setenta y tantos. Entendió que el Ruin había intentado cuidarse a última hora, cuando ya no tenía muchas posibilidades de escapar, que su tez ya debía de ser blanquecina antes de palmarla y que su asesinato no había hecho más que acelerar un poco más un final que ya estaba próximo, teñirlo de sangre, pintarlo de violencia.

Cuando volvió a Arrecife, aún no eran las once de la noche. Y sintió que no podía encerrarse en su habitación. Todavía no. Así que, después de dejar el coche, callejeó hasta encontrar un sitio donde beber. No buscaba un garito animado ni un restaurante con terraza. Solo un bar. Un puto bar de los de toda la vida donde echarse un par de copas. Lo encontró en la calle Manolo Millares, encajado en una esquina como una cicatriz en un hígado, con olor a cerveza derramada y aceite demasiado reutilizado, con la barra de aluminio y las butacas incómodas de rigor, con sus preceptivas máquinas tragaperras y sus no menos preceptivos viejos moribundos.

Pidió un ron Aldea y lo consumió a sorbos largos, mirando sin ver el partido de *rugby* que ofrecía la muda televisión por satélite, único lujo del tugurio.

Durante aquel primer ron, no pensó en nada, no recordó nada, no se planteó, como había hecho tantas veces desde la semana anterior, por qué estaba allí. Se limitó a beber y a seguir las evoluciones de los participantes en aquel juego cuyo reglamento se le escapaba. En eso estaba él también, en un juego de reglas ignoradas.

Cuando pidió que le pusiera otro, el camarero pareció sorprenderse de la velocidad a la que bebía y lo acompañó con un plato de manises que Ángel ignoró. Aquel segundo ron lo bebió dando la espalda al televisor, mirando hacia la calle por la que escaseaba el tráfico, repasando, ahora sí, sus evoluciones por aquella casa de Viéitez tan llena de muerte.

Durante un rato, había recorrido las habitaciones, un dormitorio de matrimonio y un cuarto de invitados que no llegaron a ocupar nunca ni la mujer ni los hijos del Ruin. En este último, había una mesita y sobre ella, un teléfono móvil con la batería agotada, un inalámbrico

cargándose en su base, un viejo ordenador de torre. No había nada revuelto, no parecía faltar nada.

Después se había detenido a examinar las manchas de sangre. Eran abundantes en torno al sillón de Antonio. Ángel no tuvo que pensar demasiado para comprender que alguien lo había sorprendido desde atrás, le había puesto la palma de la mano en la frente y le había segado el cuello de izquierda a derecha, seccionándole la yugular, desangrándolo como un cerdo casi al instante. La sangre de la pared mostraba que así había sido: lo habían finiquitado allí mismo, sin darle oportunidad a ponerse en pie.

A Emeterio, en cambio, le habían disparado cuando estaba al otro lado de la mesa de centro, en pie ante el sillón gemelo al de Antonio. Herido de muerte, el pequeñajo había pasado por detrás del sofá, había llegado hasta el baño y allí se había desplomado.

La pistola estaba junto a la mano de Antonio, y Ángel estaba seguro de que tendría sus huellas. La cosa estaba organizada para que pareciera que se habían matado entre ellos.

Quien lo había hecho tenía mucha sangre fría. También era muy torpe. Para tragarse que se habían matado entre ellos, habría que haberse creído que Antonio había disparado a Emeterio y este lo había degollado, o que Emeterio había degollado a Antonio y este le había disparado. Ambos escenarios eran imposibles. En el primer caso, Emeterio habría tenido que llegar hasta detrás de Antonio, quien, de paso, se habría tenido que quedar sentadito esperando a que le cercenaran el pescuezo. En el segundo, tras degollar al Ruin, Emeterio habría tenido que correr hasta el otro lado de la sala para que Antonio (que para ese momento habría estado ya tuteando a san Pedro) le disparase un par de veces. Con puntería, además, porque no había marcas de impacto en la pared. Así que sí: dos tiros, dos blancos.

No. La cosa había sido más sencilla. Quien lo hizo los había pillado por sorpresa. Le había cortado el cuello al Ruin y le había disparado a Emeterio. En ese orden. La pregunta era por qué Emeterio había corrido hacia el baño en vez de hacia la calle. Un fino psicólogo habría podido elaborar la teoría de que en ese momento Emeterio

había tenido una reacción primigenia y había preferido la protección del aseo minúsculo al vértigo del campo abierto. Pero Ángel no era ningún psicólogo fino y eligió una explicación más sencilla: el asesino no estaba solo y algún compinche se interponía en el paso hacia la salida.

En cualquier caso, daba igual. Alguien los había finiquitado a sangre fría. Alguien que se había citado con ellos allí. O que había llegado a la casa con Emeterio. Sí, eso era lo más probable, porque no había ningún vehículo que pareciera pertenecer al Jiménez del Oso, porque el Ruin estaba en camisilla, porque no había fregado la loza. No los esperaba. El asesino, los asesinos, se sentaron en el sofá. O, al menos, uno de ellos lo hizo. Por eso aquellos dos pobres cafres estaban sentados en los sillones individuales. Al pensar en esto, comprendió que sí, que definitivamente tuvieron que ser dos, al menos dos asesinos: uno en el sofá, dándoles cháchara, y otro en pie. Ese fue el ejecutor: el que rajó al Ruin, el que disparó a Emeterio.

Vale, ya sabía más o menos cómo se los habían cargado. Ahora quedaba saber quién. O, más bien, por qué. Porque si averiguaba el porqué, estaría más cerca de saber quién lo había hecho.

Se acabó las últimas gotas de ron y pidió la cuenta. El camarero se sintió aliviado, contento de que fuera a marcharse aquel tipo que llevaba una ciénaga en la mirada.

Por supuesto, durmió mal. Ni los dos rones ni las cervezas que se tomó al volver a la habitación lograron atontarlo lo suficiente como para dejar de pensar en todo aquello, para sumirse en un descanso que necesitaba más que nunca. En los ratos en los que se despertaba, pensaba en llamar a la Policía, en no llamar a la Policía, en el pomo de una puerta, el marco de una foto, una botella de agua oxigenada, todas aquellas cosas que tocó o pudo haber tocado en la casa del Ruin y de las que se preguntó mil veces si había borrado sus huellas. Peores fueron los ratos que durmió, porque en sus pesadillas de esa noche hubo tipos enormes con cabeza de gallina, frailes de ocho brazos, bailarinas ciegas que danzaban demasiado cerca de un proscenio que daba a un abismo. Hacia el final, hubo también una niña que daba vueltas por un descampado con una bicicleta amarilla, haciendo sonar interminablemente su timbre metálico. Esa niña era su hermana, pero él sabía que, al mismo tiempo, era Olga. Y, en algún momento, vio que el descampado era la parte de atrás de la casa de Antonio el Ruin. Y la niña de pronto era Olga de adulta, desnuda, parada junto a la puerta sobre la bicicleta diminuta, con el sillín hundido en su sexo, señalándole la puerta de la casa, diciéndole que entrara. Él obedecía. Pero, una vez en el interior, la casa no era la del Ruin, sino su piso de La Minilla. Y allí seguía abierta la grieta en el suelo, y ahora la grieta tenía la forma de la garganta hendida de Antonio. Se despertó por última vez justo en el instante en que alguien lo empujaba hacia el boquete.

Permaneció un buen rato sentado al borde de la cama con la cara entre las manos, intentando hacerse al día que se colaba con ruido por el balcón. Luego fue a mear, se refrescó un poco, salió a fumar.

No sentía demasiada lástima por Antonio García Suárez. Él mismo

había ido hasta Viéitez dispuesto a matarlo. Pero ahora estaba jodido. De nuevo no sabía ni por dónde empezar a buscar.

Volvió al principio. Y el principio fue venir a Lanzarote para cumplir su duelo por Olga, que había muerto de forma accidental. Después habían aparecido los detectives que lo seguían, y él había empezado a olerse que la muerte de Olga no había sido fortuita, que podía ser que ella hubiese averiguado algo que molestaba a alguien. Pero aquella pista era falsa: los detectives no estaban allí para impedirle hacer averiguaciones o para proteger un secreto. Antes al contrario: Alfonso los había enviado para dar cuenta de lo que él averiguara.

Alfonso. Alfonso era quien sospechaba desde el principio que no todo estaba en orden. Sin embargo, seguía más a ciegas que él. Porque él, precisamente porque no sabía que era Alfonso quien había enviado a los huelebraguetas, se puso a investigar y, al final, dio con la posibilidad de que Antonio el Ruin, o Emeterio o ambos le hubiesen hecho algo malo a Olga.

Ahora los dos estaban muertos. Alguien había madrugado y los había matado antes de que él pudiese dar con ellos. Y eso quería decir que, dando palos de ciego, había dado con algo. Sí, porque, aunque los mecanismos del azar son por propia definición inaprehensibles, habría sido demasiada casualidad que a aquellos pobres diablos les hubieran dado matarile (precisamente ahora) por algo que no estaba relacionado con todo aquello. Pero ¿qué era ese *algo* con lo que había dado y cómo averiguarlo? Ahí estaba la clave.

Debía volver de nuevo hacia atrás: ¿por qué había entrado Olga en contacto con Antonio García Suárez? Porque había leído las locas teorías de Emeterio. Porque entre ellas había algún tipo de información que debió de parecerle verosímil y que estaba vinculada, de alguna manera, con Antonio García Suárez, con quien debía entrevistarse. Y, al mismo tiempo, esa información que el Ruin parecía poseer tenía relación con las últimas anotaciones en la agenda de César Manrique. De hecho, era así como él mismo había acabado enterándose de la cita de Olga con Emeterio y Antonio. ¿O no? Podía ser que en eso sí que hubiese una casualidad: él había ido a la Casa del Taro interesado en la agenda de Manrique, y ahí Dolz le había entregado la carpeta donde ella había hecho la anotación,

que podría perfectamente no tener nada que ver con sus investigaciones sobre la agenda.

Inició el ordenador para volver a entrar en el blog de Emeterio. Entretanto, se hizo un par de recomendaciones a sí mismo: no contarle nada por el momento a Alfonso ni a Blas ni a Mauri. No le convenía que nadie pudiera relacionarlo con lo que había en la casa de Antonio, pero, además de eso, no quería comprometerlos. De hecho, podía ser que ya hubiese comprometido a Mauri al pedirle que preguntara por Emeterio y hacerse acompañar por él hasta su misma puerta. Debía tener más cuidado a partir de ahora. Tenía que moverse solo, contar lo menos posible, andar con la boca muy cerrada y los ojos bien abiertos, si quería llegar al fondo de todo aquello sin buscarles problemas a los suyos, a quienes le habían sido leales.

En «Canarias oculta», volvió a surfear por los disparates de Emeterio y acabó haciendo una búsqueda. Pero al Ruin no se le mencionaba por ningún lado. No obstante, tenía que ser una de aquellas «fuentes bien informadas» que mencionaba Emeterio al hablar de la supuesta conspiración para matar a Manrique.

En realidad, qué sabía él sobre Antonio el Ruin. Que era un tipo que parecía haberse ganado el mal nombre: un gandul al que habían enchufado en un ayuntamiento como subalterno, un maltratador, un alcohólico, un pendenciero. Que se estaba muriendo. Que había trabajado, o, más bien, fingido trabajar, en las cuadrillas del cabildo hasta que lo echaron por escaqueado. Esto se lo había contado Maestro Ezequiel. En el Mirador del Río. Justo en la misma conversación en la que le había dicho que conocía a Olga y que lo había entrevistado. Y Olga, por lo que le había contado Ramón, podía haber quedado con Antonio otro día, para entrevistarlo también.

Mierda. Estamos gilipollas, casi dijo en voz alta. Se abalanzó sobre el móvil de Olga, que tenía sobre la mesilla de noche, y, con impaciencia, comenzó a manipularlo para encenderlo. Si Olga se había visto finalmente con el Ruin, si lo había entrevistado, el resultado de aquella entrevista tenía que estar allí. Diez minutos más tarde comprobó que sí, que estaba. Y después de oírla, comenzó por

fin a encontrar la salida de aquel laberinto.

Ángel escuchó la grabación dos veces. La primera, en el propio teléfono móvil. La segunda, después de descargarla en el disco duro. Comenzaba con el hombre preguntándole a Olga por dónde quería que empezara.

—Sí. Espere, para después no perderme.

La entrevista había sido al aire libre. Probablemente en algún paseo marítimo en Arrecife. Se oía el mar. También el tráfico, la conversación de gente que pasaba más o menos cerca, lejanos ruidos de obra. La voz de Olga siempre tuvo algo de ronroneo, de gata recién levantada. El hombre, en cambio, tenía una voz gangosa y un acento cerrado que tendía a comerse las erres finales, a convertir las haches en jotas, a eliminar las eses intermedias. Intentaba sin éxito hablar con claridad y corrección y colaba frases y vocablos escuchados aquí y allá a gente a quien consideraba de prestigio. Parecía ansioso por hablar, y si Olga le había pedido que esperase, había sido para datar la entrevista, porque enseguida dijo:

—Entrevista con don Antonio García Suárez, 2 de febrero de 2017. Arrecife de Lanzarote.

—¿Ya?

—Ya. Estaría bien empezar por la época en la que trabajó en las cuadrillas. ¿Más o menos cuándo fue?

—Por ahí por los setenta, señorita.

Ángel se había sonreído al oír esto por primera vez y ahora volvió a hacerlo. Olga odiaba que la llamaran así. Sin embargo, no le había pedido que le cambiara el tratamiento. Se había limitado a decir:

—Y así fue como conoció a César Manrique, ¿verdad?

—No, señorita. Yo ya lo conocía de antes. Esto es chico. Y él era famoso. Todo el mundo conocía a don César. Pero ahí lo conocí un poco más, porque él estaba siempre viniendo a las obras. Y, claro, él

era un hombre muy cercano, muy llano, y le gustaba la conversación. Y como yo tampoco soy calladito que digamos…

—¿Y hasta cuándo trabajó usted para el Cabildo?

—Hasta el ochenta y uno.

—¿Y por qué dejó de trabajar allí?

—Me pararon. Me paró don Luis.

—¿Luis Morales?

—Sí. Tuvimos unas palabras.

—Y le quedó resquemor…

—Bueno, en aquella época, se pudiera decir que sí, señorita. Hoy día yo lo entiendo. Pero yo me lo tomé a mal por aquel entonces. —El hombre dejó de hablar un momento, suspiró, buscó palabras—. Usted todavía es joven. Cuando vaya cumpliendo años, ya va a saber ponerse en el pellejo del otro y a darse cuenta de que cometió algún pecadito. Yo cometí muchos. Y cogerle coraje a don Luis fue uno. Y yo hoy sé que el hombre no se lo merecía, que hizo lo que tenía que hacer, pero yo estuve mucho tiempo enrabietado con él. Ahora uno mira para atrás y se da cuenta de que, cómo le digo yo, de que no me porté como me tenía que haber portado. Y no solo en eso, ¿me entiende? Yo me fui cargando todo lo que tenía alrededor. Yo tenía una mujer, unos hijos, una familia… Y me lo fui cargando todo con la mala leche y por culpa de la bebida. Bueno, uno dice la bebida, pero a lo mejor no: a lo mejor bebía por la mala leche que tenía, para tener una excusa, algo a lo que echarle la culpa cuando me portaba así de mal. Sí, yo lo he pensado mucho y al final creo que es eso: que le echaba la culpa a la bebida de lo mala gente que era. Porque era mala gente. Y no se lo digo para hacerme el interesante. ¿Usted sabe que a mí me dicen el Ruin? Pues así me dicen, el Ruin. Y me lo tengo ganadito a pulso. Hice muchas cosas malas, señorita. Cosas que me dan vergüenza. Y solo me he venido a dar cuenta después de todos estos años. Y ahora, ¿quién arregla todo eso?

Olga era una entrevistadora lista. Lo dejaba hablar, seguramente asintiendo o mostrándole un gesto compasivo que lo invitaba a continuar.

—Usted dese cuenta del absurdo: uno solo aprende cómo hay que comportarse en la vida al final, cuando ya es viejo y no tiene ni

tiempo ni fuerza para vivir. Míreme cómo estoy ahora, hecho gofio. Pero antes era un tipo fuerte. ¿Para qué me sirvió? Para buscarme la ruina. Y ahora, que es cuando sé cómo hacer las cosas bien, ya no tengo nada de energía para hacerlas. Ni tiempo. De tiempo, no me queda casi nada. Ya le dije el otro día, tengo una cosa mala en el hígado. Así, con la carajaca averiada, estoy todavía en el mundo porque Dios no ha pasado lista. Por eso no me importa hablar con usted, contarle las verdades como son, las cosas malas que hice o que estuve a punto de hacer. Porque lo justo es justo.

En la grabación había un silencio largo bajo el colchón de un griterío infantil. Debió de pasar un colegio o una excursión de niños. En cualquier caso, el silencio del Ruin no se debió a eso, sino a que se había quedado sin palabras por el momento. El ruido del piberío se alejó por fin y ese, debió de entender Olga, fue el momento de volver a traer al hombre adonde a ella le interesaba.

—Sobre lo de César Manrique, hay gente que opina que no fue un accidente. Emeterio Brito, por ejemplo…

—Emeterio es un amigo. Es buena gente, pero usted ya habrá visto que está un poco disparatado. Por eso yo prefería que nos viéramos usted y yo solos, aquí tranquilos. Aparte, lo que le voy a contar no me apetecía contarlo allí, en Los Chinijos, porque aquello es muy novelero y detrás de todo mato hay un gato.

—Entiendo. Pero lo de César…

—Lo de don César fue un accidente. Y yo lo sé de primera mano.

—¿Usted estaba allí, entonces?

—No. Pero le puedo asegurar que no lo mataron aposta. ¿Y sabe por qué se lo puedo asegurar? Porque yo era uno de los que sí andábamos detrás de él para hacerle una jugada.

La pausa, ahora, fue absolutamente intencionada. Tuvo mucho de teatral: el hombre debió de quedarse mirando a Olga, para comprobar si lo que acababa de decir la había impresionado. Y debió de tener su efecto, porque ella no pronunció ni una sola palabra y él hubo de comprobar que el canal de comunicación continuaba abierto.

—¿Me entendió lo que le acabo de decir?

—Sí —dijo ella—, lo entiendo, pero no sé si acabo de comprender.

—No era una cosa mía. Yo solo era un mandado. Pero estaba en el ajo. Por eso sé de lo que le hablo.

—¿Cómo…?

—Déjeme que le explique. Yo era un laja por esa época. Un sinvergüenza. Échele usted la culpa a la bebida o a las malas amistades, pero en realidad la culpa era mía. Después de que me pararan, me eché fuera del plato y así estuve años. Por temporadas, trabajaba un tiempo en algo: me salía una obra o hacía una reforma en negro. Luego, lo que ganaba me lo fundía todo en cosas en las que uno no debería gastar ni un duro: mujeres, mandanga… En fin, no le voy a dar detalles. Pero andaba rebotado. Y un amigote, un compadre que tenía, que trabajaba para un tipo muy poderoso, me llamaba de vez en vez para hacer maldades.

—¿Qué quiere decir con «maldades»?

—Era la época en que había mucho negocio. Todo el mundo quería construir, se nos venía el turismo arriba. Y esta gente, los que construían, a veces se encontraban con problemas, ¿me entiende lo que le quiero decir?

—No sé si del todo.

—Supóngase usted que, para construir, necesita un permiso de un técnico que hace un informe que le echa la obra para atrás. ¿Qué hace? Intenta hablar con él. Pero él no quiere, en principio. Luego, lo intenta otra vez, ofreciéndole algo a cambio. Digamos que el hombre tampoco quiere, se pone burocrático. O se indigna. Dice que lo intentó sobornar y que, además de no cambiar el informe, la va a denunciar. Bueno, pues ahí es donde llamaban al compadre mío y él me llamaba a mí para que le echara una mano, para que diera miedo. Porque yo, ya le dije, era un hombretón y daba miedo, eso se lo puedo asegurar. Eso sí, tampoco se vaya a pensar que éramos matones de la mafia. Solo le dábamos un susto al elemento, le hacíamos creer que le iba a pasar algo malo si no pasaba por el aro. Todo lo más, alguna vez le dimos un empujón a uno, o le calzamos una cachetada, para que se pensaran que iba en serio.

—¿Le hacían esas cosas a los funcionarios?

—Veces a algún funcionario, veces a un tipo que estaba emperretado en no vender un terreno, veces a alguno que sabía

demasiado y se había subido a la parra y amenazaba al jefe de mi compadre para sacarle perras. Pero, ya le digo, la cosa no pasaba de ahí, de un susto. Tampoco lo hacíamos mucho ni muy seguido. Yo sé, por lo que me decía el compadre, que primero lo intentaban con otras formas. Y eso solía funcionar. Lo que pasa es que alguna vez, si no había más remedio, había que hacerle una visita a algún individuo. A mí me venía bien porque con lo que me pagaban se me solucionaba la vida durante un tiempo.

—¿Y quién era el jefe de su compadre?

Un ave marina, quizá una gaviota, pasó cerca de ellos gruñendo. Ángel pudo escucharla perfectamente y solo cuando se apagaron sus ecos, Antonio el Ruin contestó, como si hablara para sí:

—Se lo voy a decir. Qué más da. ¿Qué me va a hacer ese ya? ¿Me va a despeinar? —Después de decir esto, afinó la voz para decir bien claro—: El jefe de mi compadre era un individuo que se llama Ginés Blume. ¿Sabe quién es?

—Sé quién es.

—Ahora ya está retirado de los negocios. Los repartió entre los hijos y se estará dando una vida de puta madre vaya usted a saber dónde, porque por aquí hace años que no lo veo. Pero en esa época estaba metido en todo. Por persona interpuesta, claro.

—Conrado Rivallo.

—Eso es. El cuñado. Ese era un… ¿Cómo le dicen?

—¿Un hombre de paja?

—Eso es: un hombre de paja. El hombre de paja de Blume, que era quien cortaba de verdad el bacalao. Si usted está escribiendo sobre César Manrique, no le voy a tener que detallar mucho los chanchullos que había aquí en aquella época, ¿no?

—No.

—Y que hay…

—Y que hay —repitió Olga para darle la razón.

—Pues bueno, ese era el hombre: Blume. Secretario del Ayuntamiento de Viéitez, por aquella época.

—Entonces, a César Manrique ustedes tenían que darle un susto.

—No. Lo de don César era distinto. Blume y el cuñado estaban muy metidos con una inversión en la playa del Lunar. ¿Usted ha

bajado a ver Playa Lunar? Seguro que sí. Eso era un descampado: cuatro casitas de pescadores, un muellito chico para las barquitas y poco más. Y entonces a ellos se les ocurrió montar un emporio del carajo. Tenían un fleje de socios, un montón de compromisos hechos y también una purriada de pasta invertida. Pero don César se les puso enfrente. Y, usted ya sabrá, era de los que no dan un paso atrás ni para coger impulso. Por lo visto, el hombre no se conformó con las manifestaciones y con meterse delante de las máquinas. Empezó a mover los contactos que tenía fuera. Y tenía muchos. Y ahí fue cuando esta gente se empezó a asustar de verdad. Y hablaron con mi compadre. Lo que estaba claro era que aquello, si lo hacíamos, llevaba el tratamiento completo, porque don César era un tío de los que no se dejan asustar. Así que no lo íbamos a hacer por la tarifa habitual. Estuvimos la mitad de ese verano dándole vueltas. Lo íbamos alargando, yo creo que un poco por hacerlo bien, pero otro poco también porque en realidad no lo queríamos hacer. Podía ser un marrón de los gordos. Para no cansarla, que, al final, las cosas se aceleraron, porque Blume se enteró de que don César se iba a reunir con un jefazo de las turoperadoras y nos dijo que había que hacerlo ya, sí o sí. Y nos conchabamos para un plan cutre, pero que serviría.

—¿Cuál era el plan?

—En realidad, casi ni plan era. Meternos en la casa de él, la del Palmeral, de madrugada. Hacer ver que era un robo que había salido mal, darle un mal golpe. ¿Me entiende?

—¿Y eso cuándo tenía que ser?

—Pues mire usted qué casualidad: él murió un viernes, ¿no?

—Sí.

—Pues esto lo íbamos a hacer la noche siguiente, el sábado, de madrugada. Fíjese cómo me sentí yo cuando me enteré de lo de la muerte: por un lado me dio pena del hombre, pero también me quedé aliviado, porque en realidad yo no sabía si iba a poder hacerlo, y si lo hacía, sabía que luego me iba a quedar hecho polvo toda la vida. Y mi compadre igual, supongo.

El resto de la conversación consistía, sobre todo, en nuevas muestras de arrepentimiento por parte del Ruin, en nuevas reflexiones sobre el hombre que había sido y el hombre que había aprendido a ser ahora que iba a morirse, en nostalgias sobre sus hijos y la mujer a la que casi había matado a golpes y disgustos. Hacia el final, Olga le preguntó por la identidad de aquel compadre suyo que lo había metido en el negocio de los sustos, pero él se negó a dársela, arguyendo que se decía el pecado, pero no el pecador, que aquel hombre estaba vivo y tenía una familia que no debía culpa de nada, que eran otros tiempos, que ni él ni su compadre habían vuelto jamás a meterse en algo así. En ese tramo final de charla, fue quedando claro que Blume había comprado el silencio de ambos con dinero, con trabajos, con comodidades. El mismo trabajo de conserje donde Antonio García Suárez se había tocado las pelotas durante casi un cuarto de siglo había formado parte del pago. Y su compadre, igualmente, había estado enchufado en el puerto comercial. Hasta ahí llegó a contarle el Ruin acerca de quien él llamaba siempre su compadre. Luego volvió a levantar un muro a su alrededor. Olga hizo un último intento de romperlo:

—Usted sabe que si yo no puedo contrastar esta información, confirmándola con alguna persona más, no voy a poder incluirla en el libro, ¿verdad?

—Ya me lo supongo.

—¿Y le da igual?

—La verdad es que sí, señorita.

—A ver: usted ha querido hablar conmigo, contarme todo esto, que es información muy sensible. ¿No lo ha hecho porque quería que se supiera?

—Si le tengo que hablar en plata, no sé por qué lo he hecho. Y, en

verdad, me da igual que salga en el libro suyo o no. Lo que quería era contarlo. Puede que así me descargue un poco de la culpa. No sé. Pero necesitaba contárselo a alguien.

—Pues, para el caso, podría haber buscado un cura.

Antonio el Ruin soltó una carcajada que acabó en un golpe de tos. Solo cuando este se extinguió, dijo, divertido:

—Se me ocurre que también podría intentar hablar con Ginés Blume. Seguro que se lo cuenta todo.

La grabación se detenía un poco después, mientras el Ruin volvía a reírse y hasta Olga soltaba una risita. Pero a Ángel no le hizo puta gracia. Olga había podido tener la malísima idea de hacerle caso e intentar hablar con Blume o con alguien de su entorno.

Justo en el instante en que estaba pensando esto, sonó una llamada en su móvil. Era David Rivallo, que lo saludó con suavidad y, acto seguido, dijo:

—Te llamo porque quería hablar contigo.

—Para eso es para lo que suele llamarse la gente —le soltó Ángel, con sequedad.

—Lo que quiero decir es que te quería aclarar una cosa.

—Tú dirás.

—Estuve hablando con Sonia. Me dijo lo que le comentaste y…

—Vas a tener que ser más concreto, compañero. Son las nueve de la mañana y todavía no me he tomado el café.

En realidad, Ángel sabía con exactitud a qué se refería, pero quería hacerlo sufrir un poco, oírle decir que era un mentiroso.

—No te dije la verdad el otro día. Olga y yo sí que nos veíamos bastante. Sobre todo en los últimos tiempos. La acompañé a varios sitios. Pero me dio cosa contártelo.

—¿Por qué?

—Igual me había hecho una imagen de ti… Ya sabes: un militar, un tipo duro. Pensé que te imaginarías cosas raras y no quería…

—Lo cierto es que me las empecé a imaginar de verdad después de cogerte en la mentira.

—Lo sé. Fue una torpeza por mi parte. Pero, de verdad, te lo juro por lo que quieras, entre Olga y yo lo que había era una amistad. No había nada raro. De verdad. La prueba es que Sonia sabía que salíamos por ahí juntos. Y, aparte de eso, Olga nunca hubiera…

Hasta donde yo sé, Olga solo pensaba en ti.

En ese momento, Ángel pensó, aunque no dijo, que sí, que valía, que en principio podía tragarse que lo que había entre David y Olga no era más que una amistad, que la prueba era que Sonia lo sabía, pero que había una pregunta que no tenía respuesta y que lo llevaba a intuir que no había tanta inocencia en aquella relación. Y esa pregunta era por qué Olga no le había hablado nunca de David. La respuesta más sencilla era que podía ser por los mismos motivos, para no despertar sus celos. Pero con Olga no había respuestas sencillas. Y entonces, mientras Míster Sonrisas se esforzaba al otro lado de la línea por mostrarse como un buen chico, como un amigo, empezó a contestarse a la pregunta y casi se sonrió al interrumpir a David para decirle:

—Claro. Y ahora me dirás que iba a casa de tu familia a echar el café, ¿no?

—Pues sí —contestó el otro, entrando por la puerta que Ángel acababa de abrirle—. Mira tú que sí. Alguna vez se vino a casa de mis padres, a merendar. A mi madre le caía fenomenal, por cierto. Vino alguna vez con Sonia, o conmigo, pero también sola, de visita. Tú sabes que era muy extrovertida. En fin, lo que quiero es que te quedes tranquilo con esto, que sepas que no tienes nada de lo que preocuparte. Y que me disculpes por la torpeza, Ángel. Aquí tienes un amigo.

—Está bien. Por mí queda olvidado.

—Gracias.

—No hay de qué. —De pronto, Ángel entendió que le convenía tener localizado a Míster Sonrisas—. Oye, cambiando de tema…

—Dime, Ángel.

—¿Estás en las bodegas?

—No, hoy me he quedado a trabajar en casa todo el día. ¿Por qué?

—Estaba pensando en bajar a comprar unas botellitas para llevarle a Alfonso, el padre de Olga. Me vuelvo en un par de días y allí me saldrá más barato.

—Mañana, si quieres… Y por el precio no te preocupes.

Desayunando en la terraza del bufé, repasó lo que sabía ahora, después de escuchar la grabación y de hablar con David. Lo primero era que Antonio el Ruin no le había hecho nada malo a Olga. Solo era una fuente. Pero esa fuente le había contado algo muy comprometedor para Ginés Blume, una conspiración para eliminar de la ecuación a César Manrique antes de que se reuniese con Alois Neumann. El problema que tenía Olga era que no podía confirmar aquello. Así que, conociéndola como la conocía, sabiendo lo tenaz que podía llegar a ser, a Ángel no le parecía nada extraño que ella hubiese seguido buscando una confirmación. Y ahí entraba su silencio sobre David. Sobre David y sobre la familia de David, que era lo que a ella realmente le interesaba.

En efecto, ahora Ángel entendió que Olga no le había contado nada sobre su presunta amistad con David exactamente por los mismos motivos por los que no le había contado nada acerca de Antonio el Ruin: para no preocuparlo. Porque ella sería tenaz, pero también era inteligente, y sabía que estaba metiéndose en terreno peligroso.

En cualquier caso, estaba casi seguro: Olga se había arrimado a David para lograr arrimarse a su familia, para intentar llegar a Blume o, al menos, a Conrado Rivallo, su cuñado y socio por aquella época.

Lo que ya no se tragaba a estas alturas del partido era que la muerte de Olga hubiese sido accidental. No era normal que tres semanas después de hacer aquella entrevista se hubiese caído de manera fortuita por un acantilado. Alguien la había empujado. Alguien que quería ocultar un secreto o que estaba a las órdenes de otro u otros que querían cerrarle la boca, igual que el Ruin y su compadre tenían el encargo de cerrarle la boca a César Manrique.

Bajó nuevamente a la habitación pensando en esto: a Olga la

habían matado. Todavía no sabía exactamente quién, pero lo averiguaría. Tenía el tiempo, los medios y los huevos suficientes para hacerlo. Y cuando lo supiera, cuando tuviera claro quién había sido, no le iba a dar la oportunidad de zafarse denunciándolo. No: el que lo hubiera hecho pagaría por ello. Y sería él quien pasara a cobrar.

Examinó los últimos mensajes del móvil de Olga. El día de su muerte, el 27 de febrero, había intercambiado mensajes con Sonia y con David. Con ambos había cotilleado y bromeado sobre tonterías, sobre todo acerca del resbalón de Faye Dunaway al entregar el Óscar a la mejor película (que anunció para *La La Land* y resultó ser para *Moonlight*) y la cara de *tierratrágame* de Warren Beatty intentando arreglarlo. Ángel, que no había visto ninguna de esas películas, recordó el cachondeo general con aquel asunto.

En cuanto a las llamadas, había unas cuantas hechas por ella durante el día: a Alfonso, a una amiga de las Palmas, a Pepe Dolz. También había cuatro llamadas entrantes, hechas desde un número móvil que ella no tenía registrado en su agenda y que no contestó. Pero quienquiera que fuese había insistido una quinta vez, hacia las seis de la tarde. Y ella, en esta ocasión, sí que había respondido y había mantenido una conversación de dos minutos y treinta y cinco segundos. Entraba en lo posible que se tratara de una empresa de telemárketing, pero, de todos modos, Ángel utilizó la libretita para anotar ese número. Arrancó la hoja y se la guardó.

Luego estuvo buscando imágenes en internet. Principalmente, de Ginés Blume. A Conrado Rivallo ya lo había visto en persona: un viejo sentado con su familia en el comedor del restaurante El Diablo, vestido como para ir a misa y masticando con la mirada perdida. Un abuelo más. Ginés Blume llamaba más la atención, pero no parecía que le gustase posar. En la foto en la que mejor se le veía aparecía un hombre alto y más bien delgado, con pelo canoso y porte distinguido, vestido con traje de tres piezas y corbata, respondiendo a las preguntas de los periodistas en una inauguración, junto al hoy convicto alcalde de Viéitez, Domingo Ferrer. Una de las más recientes era de hacía cuatro años y lo retrataba también de

chaqueta y corbata, saliendo de declarar en un juzgado cuyo titular lo requirió como testigo, pero no llegó a imputarlo.

En ese instante sonó su propio teléfono. Vio que quien llamaba era Mauri. Pensó en rechazar la llamada, pero, simplemente, la dejó sonar hasta que saltó el buzón de voz.

No quería hablar con él. No quería contarle nada de lo que había averiguado. No quería buscarle más problemas de los que ya podía haberle causado al hacerle preguntar por Emeterio y por el Ruin.

Aun así, escuchó el mensaje de Mauri, que debía de estar en la calle. Decía: «Mi sargento, llámame, que me tienes preocupado. ¿Encontraste al pelao este? Yo sigo preguntando, pero no he conseguido nada, compadre. Bueno, llámame cuando puedas».

Para ahorrarse explicaciones, en lugar de devolverle la llamada, le envió un mensaje: «T LLAMO A LA TARDE. PERO NO BUSQUES MÁS. PISTA FALSA. OLVÍDATE DE ESO. YA T CONTARÉ. ABRAZO». Nada más enviarlo, recibió la respuesta de Mauri: «OKI. NOS HABLAMOS».

Satisfecho, se fumó un cigarrillo en el balcón. Había logrado quitarse a Mauri de encima y también, de paso, que no se comprometiese más. Ahora había muertos a los lados del camino. Y estaban sueltos quienes los habían puesto ahí. No quería continuar involucrando a nadie en el asunto. Pero para lo siguiente que iba a hacer, tendría que contar con Blas. Buscó su nombre en la memoria del móvil y marcó, preguntándose cómo se las arreglaría para no causarle inconvenientes.

La terraza exterior del Miramar consistía en cuatro mesas situadas en la acera bajo una marquesina. Allí se sentaron Blas y Ángel media hora más tarde.

Ángel comenzó contándole en qué había concluido la cosa con los detectives y diciéndole que era Alfonso quien los había contratado. Blas lo escuchó atento, asombrado al principio, comprensivo después. Acabó por decirle:

—Vaya movida que montó el pobre hombre. Tiene que estar hecho un lío.

—Sí, supongo que sí —dijo Ángel.

—¿Y de Emeterio y Antonio? ¿Has averiguado algo?

—Ya no me preocupa nada de eso. Piénsalo: lo de los detectives me mosqueó y empecé a hacer cábalas. Y al final, no hay nada. Todo humo. A estos, Olga los entrevistó porque le tocaba entrevistarlos. Pero eso fue a principios de febrero. Si hubiese descubierto algo delicado de verdad, lo habría puesto en el libro, o se lo hubiera dicho a Sonia, a alguno de nosotros, a Alfonso. ¿No te parece?

A Blas no terminaba de parecérselo del todo. Lo demostró enarcando las cejas, antes de decir:

—No lo sé. A lo mejor tenía sus sospechas y las quería confirmar.

Ángel, que en realidad deseaba alejar a Blas de todo aquello, se preguntó cómo podría preguntarle lo que le tenía que preguntar sin volver a acercarlo, teniendo en cuenta sus dudas.

—No creo, Blas. Me lo habría contado. Nos escribíamos fijo. En serio, lo tengo que reconocer: me cogí la neura con lo de los detectives y me trabé con todo esto. Pero, mirándolo con frialdad, no hay nada. Además, aunque hubiese descubierto algo delicado de aquella época, a quién coño le iba a importar ahora… Suponte, por

ejemplo, que hubiese descubierto algún chanchullo del tipo aquel, el tío de David… ¿Cómo se llamaba?

—Ginés Blume.

—Ese. ¿Dónde está ese tipo ahora? ¿A qué se dedica?

—Que yo sepa, a nada. Repartió los negocios entre los hijos y se jubiló. Sigue viviendo en La Vegueta, cerca de la hermana.

—Coño, por allí vive también David, ¿no?

—Al ladito —dijo Blas, mientras los ojillos se le iluminaban con uno de sus temas preferidos—. Vamos a ver, la finca era de los Blume. Los padres de David construyeron allí desde los años setenta. Blume no se hizo la casa hasta hará unos diez años, calculo yo, cuando se divorció y se fue a vivir allá con la segunda mujer. El tipo dejó tirada a su señora de siempre por un pibón dominicano de veintipico años.

—Que es con la que estará ahora, supongo.

—Con la que estaba. De ella no sé qué habrá sido. Pero salió por patas en cuanto vio que el otro repartía los negocios entre los hijos y él se quedaba nada más que con un pizco de todo lo que tenía. No sé, estará en Santo Domingo, gastándose la pensión que le haya tocado en el divorcio.

—Así que el tipo vive en La Vegueta, solo.

—Sí. David te puede decir más, que vive al lado y lo verá más. Aquí, en Arrecife, poco se sabe de él.

—Pero los Blume todavía tienen negocios en…

—Claro que los tienen. Los hijos siguieron cada uno con una parte de la empresa. Que, por cierto, ahora están peleados entre ellos y la semana que viene tienen una vista en el de lo contencioso-administrativo, aparte de un par de pufos cada uno con la Seguridad Social. Pero eso es aparte y el viejo ya ni pincha ni corta. De hecho, creo que con él ni se hablan.

Ángel ya casi se había terminado el café. Encendió un último cigarrillo y dijo, como si fuera un comentario inocente:

—O sea, que si me planto en La Vegueta, la mitad del pueblo es de los Rivallo y los Blume, ¿no?

—Tampoco exageres. Son tres casas nada más, saliendo de La Vegueta hacia Tinajo. A un lado de la carretera, primero están las casas de David y los padres. Villa Margarita, la llaman. Y, por allí

cerca, metiéndose más, la de Blume. Vale que los padres de David tienen un terrenito, pero es para entretenerse, más bien. Ahora viven todos más sencillamente, muy discretitos.

Ángel asintió.

—Ya no están metidos en nada, entonces.

—¿Sabes lo que yo pienso, Ángel? Pienso que después de todas las redadas y los casos que están judicializados aquí, los dos cuñados se acojonaron. En varios casos salieron los nombres de ellos, pero lograron escaparse del calabozo y la portada del periódico. Y, viendo que las bombas caían cerca, quiero decir, que iba cayendo gente que uno ni se imaginaba que podía caer, pensaron que ya era el momento de recoger las ganancias y cerrar el chiringuito, antes de la siguiente operación de la UCO. Eso es lo que yo creo: que supieron retirarse a tiempo.

—Pero durante años se hicieron el bisnes.

—Pues sí. Prevaricaron, sobornaron, hicieron de todo… Pero ¿quién se va a preocupar ahora por todas esas trastadas? Sobre todo, porque ahora hay otros haciendo los mismos negocios. Les cuesta un poco más, pero los siguen haciendo. Y dos de ellos son los hijos de Ginés, cada uno por su cuenta. Ya sabes lo que dice el corrido: «Ya mataron a la perra, pero quedan los perritos». Total, que estos van a tener una vejez tranquila y morirán en la cama sin pasar por el juzgado, como todos los hijos de puta.

Blas dijo esto con una rabia sorda y vieja y Ángel sonrió como signo de comprensión, sin decir nada, pero pensando que quizá fuera seguro que Rivallo y Blume no pasarían por el juzgado, pero que, si andaban metidos en lo de Olga, no lo era tanto que fuesen a morir en la cama.

La Vegueta

Como casi todo lo demás, en Lanzarote la opulencia también se oculta. A Villa Margarita se accedía por una pista de macadán que salía de la carretera a Tinajo y ascendía con suavidad entre bancales delimitados por muretes de piedra hasta la primera de las casas, la mayor, la más antigua, la que tenía los frutales a un costado. En ese momento, dos jardineros se movían entre ellos, podándolos. Ante la otra no había huertos, sino un cuidado jardín con cactáceas y suculentas que crecían en una explanada de picón negro alisado a escuadra. Al ver el X6 aparcado ante ella, supo que esa era la casa de Míster Sonrisas, más pequeña, con la parte trasera rodeada por una tapia blanca que protegía la piscina. Por lo tanto, el otro edificio que se veía medio kilómetro más allá, al final de la pista, casi en la falda de la colina, tenía que ser la residencia de Ginés Blume. Pero no pensaba ir directamente allí. No: empezaría por visitar a David, que ahora se asomaba, sorprendido, al porche, llevando aún en la mano el bolígrafo que estaba usando cuando oyó el motor del coche y, quitándose las gafas que usaba para leer, lo observaba aparcar junto al BMW.

Ángel, sonriendo, lo saludó con la mano a través del parabrisas y le dio tiempo de llegar hasta él mientras cogía la bolsa de plástico y salía del coche.

—¡Qué sorpresa! —dijo el otro fingiendo alegrarse de verlo—. Pero ¿cómo diste con esto?

—Me dijiste que vivías por aquí. Y preguntando se llega a Roma.

—Pero, hombre, me hubieras llamado y…

—La verdad es que te quería dar una sorpresa. ¿Te pillo en mal momento?

—Hombre, estaba currando.

—No te ocupo mucho —dijo Ángel, dirigiéndose sin que nadie lo

invitara hacia la entrada, obligando a David a caminar junto a él, notando por el rabillo del ojo cómo en la casa de los padres se abría una cortina por la que alguien miraba—. Es que me supo mal el malentendido que tuvimos y quería cerrar el asunto como la gente de verdad.

Al decir esto, le entregó la bolsa a David. Este, de su interior, sacó una caja de cartón que contenía una botella de ron Aldea Familia y, por una vez, se quedó sin saber qué decir. Estaban ya en el porche. Ángel amplió sonrisa hasta el límite del dolor:

—¿Qué? ¿Nos echamos un buchito?

David Rivallo miró su reloj. Eran las cinco y media de la tarde. A Ángel siempre le habían resultado extraños los tipos que llevaban el reloj de pulsera puesto en casa. Pero si él hubiese sido propietario de un Rolex Daytona quizá lo habría llevado puesto hasta en la ducha. Mientras pensaba esto, Rivallo ya lo había invitado a pasar. Guiado por él, atravesó el vestíbulo, el salón principal, en el que, en un lado, había un escritorio con un ordenador plagado de papeles (lo había cogido preparando cuentas para los trimestrales, según le dijo) y llegó a la zona de la piscina, que estaba trazada en forma de elipse y era más pequeña de lo que había imaginado. Entre la gran mesa que había más allá, junto a la barbacoa, y las hamacas y sillas de este lado, calculó que David habría arrasado con la mitad de la gama alta de la sección de muebles de jardín de Leroy Merlin.

Míster Sonrisas dejó la botella sobre una mesa de fibra de color rosa fucsia y fue a la cocina. Regresó con una bandeja en la que había vasos, aceitunas y papas fritas.

—Para que no nos emborrachemos mucho, que tengo que seguir trabajando.

—La vida del emprendedor —dijo Ángel—: no hay horarios, ¿no?

David, que estaba ya quitando el precinto a la botella, estuvo de acuerdo:

—No, querido, no los hay. Pero, bueno, supongo que a ti te pasará algo parecido.

Ángel, sentándose en una de las sillas tipo director, con estampado a juego con la mesa, le dijo que no entendía a qué se refería.

—Quiero decir: tú también eres militar cuando no estás de servicio.

—Bueno, sí. Pero no es lo mismo. Yo no me tengo que comer el coco con cómo sacar adelante al Ejército de Tierra. De hecho, cada vez estoy más despegado.

—¿No es lo que tú pensabas? El ejército, digo.

David se había sentado también, tras servir.

—Ya estoy un poco quemado. Desde hacía meses, con Olga, estábamos haciendo planes para dejarlo. Cuando tienes veinte años, la vida de tropa está bien, pero si llegas a mi edad sin haber ascendido… Y a eso, súmale las misiones, la lejanía.

—Se hace duro, supongo.

—Sí.

Se quedaron en silencio un momento. Ángel contempló el conjunto. Era la casa de un rico, pero bien podría haber sido la de cualquier burgués con maña para administrarse. No era para tanto. Y, sin embargo, imaginó cómo habrían podido vivir allí Olga y él. Durante un instante, casi pudo verla saliendo de la piscina y tumbándose en una de las hamacas a tomar el sol mientras él venía de la casa con un par de cervezas. Se volvió hacia el interior para no dejarse atontar por la escena imaginada y, a través de la puerta acristalada, vio que, en un rincón, apoyada en una estantería, había una guitarra española.

—¿Tocas? —le preguntó a David, señalándola.

—Aporreo —bromeó él—. ¿Y tú?

—Desde chico. Todo de oído. Pero me da para un par de boleros. A Olga le gustaba.

David asintió y Ángel se preguntó si Olga habría estado también en el asadero del que le había hablado Blas esa mañana.

Probaron el ron, tras un brindis anónimo en el que no llegaron a chocar los vasos, lo paladearon y le hicieron elogios fingiéndose expertos. Luego volvieron a callarse hasta que a David se le hizo largo y dijo:

—Y, bueno, aquí estamos.

—Sí, aquí estamos —correspondió Ángel sin mirarlo, oteando más allá de la tapia, a la colina, a la casa de Blume.

—¿Qué tienes previsto hacer en los días que te quedan por aquí?

—Más bien poco. Dar un par de paseítos, supongo. Pero puede que

vuelva. Me quedan cosas pendientes.

—¿Cosas pendientes?

Ángel se giró hacia él, apoyó los codos en la mesa y lo miró fijamente:

—¿Te puedo contar algo y que no salga de aquí?

—Claro.

—¿Y no pensarás que se me fue la pinza?

—Eso ya va a depender de lo que me cuentes —bromeó David.

Ángel le rio la broma, pero luego se quedó muy serio al decirle:

—Creo que lo de Olga no fue un accidente.

Míster Sonrisas perdió la sonrisa.

—¿Qué me estás contando, Ángel?

—Espera, ya sé que me vas a decir que estoy flipado…

—No pienso eso, Ángel, pero…

—Déjame que te explique y después tú me dices, ¿vale?

—Vale —accedió David.

Ángel encendió un cigarrillo. El otro le acercó un cenicero y se quedó expectante.

—Tú sabes —comenzó a decir Ángel— que yo me vine aquí para recorrer los sitios en los que había estado Olga.

—Sí.

—Y que he estado leyendo el borrador de ella, pero también las notas de trabajo. Y viendo las fotos. Todo eso.

—Ajá.

—Bien. Pues viendo las últimas cosas que hizo, me trabé con una movida: en el último mes de ella, en febrero, estuvo hablando con dos tipos muy curiosos. Emeterio Brito y Antonio García Suárez. ¿Sabes quiénes son?

David Rivallo negó con la cabeza. A Ángel le pareció extraño que, por una vez, en Lanzarote no todo estuviera tan cerca ni todo el mundo conociera a todo el mundo. Insistió:

—El tal Emeterio Brito es uno de esos de la teoría de la conspiración. Tiene un blog en el que habla de planes que había contra César Manrique. Era de los que pensaban que se lo querían cargar.

—Como la mitad de los locos de Lanzarote.

—Cierto. Pero el interesante es el otro, Antonio García Suárez. Le dicen Antonio el Ruin. Trabajó de conserje en el Ayuntamiento de Viéitez. Y antes había trabajado en las cuadrillas del Cabildo. En la época de César. Un tipo grande, brutote. ¿No lo recuerdas?

—No. ¿Por qué lo voy a recordar? Yo tengo treinta y siete. En esa época yo…

—Del Ayuntamiento, digo.

—No.

—Bueno, vale. No lo conoces. El caso es que este tío fue un malaje en su época, un changa de los peligrosos. Olga lo entrevistó a principios de febrero y el tipo le contó que, efectivamente, la muerte de César fue un accidente. Pero que no tenía que haberlo sido.

—¿Qué quieres decir?

—Que a César lo iban a matar al día siguiente. A la noche siguiente, para ser exactos. Y que él lo sabía porque era uno de los que tenían que hacerlo.

—¿Y por qué lo iba a querer matar?

—Él no. Él era un mandado. El encargo lo había hecho gente que estaba por arriba, gente con perras, a la que César le podía hacer mucho daño.

—Y tu teoría es que a Olga la mataron por hablar con ese tipo, ¿cómo se llamaba?

—Antonio. Antonio García Suárez.

—Eso: Antonio García Suárez… Mira, Ángel, yo no sé si eso va a algún lado.

—A mí me ha traído hasta aquí —dijo Ángel de pronto, con serenidad, pero clavándole la mirada.

—¿Hasta Lanzarote?

—Hasta La Vegueta.

David arrugó la frente.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—La gente con perras, los que querían que este se cargara a César, eran los promotores de Playa Lunar. ¿Te suena de algo?

Ahora Míster Sonrisas volvió a sonreír, pero con una sonrisa triste, resabiada, mientras él miraba hacia la piscina, comprendiendo.

—Claro que me suena. Ya sé de qué me estás hablando.

—¿Y qué te parece?

David se puso en pie, cogió su ron y, antes de apurarlo, dijo:

—Me parece que estoy hasta los cojones.

Ángel lo vio ponerse otro ron y caminar de un lado a otro ante la mesa.

—Tú no sabes lo que es llevar los apellidos míos. Tú no sabes lo que es pasarse toda la puta vida intentando desligarte de lo que hizo tu gente antes de que tú nacieras o cuando todavía te comías los mocos. Yo soy un tío honrado, Ángel. Un luchador. Un emprendedor. Vale que arranqué bien por el dinero que tenían mis padres, pero el resto me lo he currado yo. Qué coño: el resto me lo curro yo cada día, trabajando como un petudo.

—Vale. Pero ¿qué me puedes decir de lo que hicieron ellos?

—Te puedo decir que unos tienen la fama y otros el provecho. Que hubo muchos que se forraron gracias a lo que ellos hacían, lo que les dio la mala fama. Y, no te voy a engañar, seguro que hicieron cosas muy feas. Yo de todo eso me he enterado después, pero supongo que ellos estuvieron en el lío. ¿Prevaricación, cohecho impropio, evasión de impuestos, tráfico de influencias? Seguro que algo de eso hubo. O todo. Y, la verdad, hoy día, me da igual. Pero no los imagino contratando a matones.

—Pero que tú no los imagines no quiere decir que no lo llegaran a hacer. Según Antonio el Ruin, fue tu tío, directamente. Y ahí es donde yo me pongo a pensar: si se enteró de que lo sabía, ¿qué me impide creer que no hizo lo mismo con Olga?

David, como si hubiera recibido una sacudida eléctrica, se paró de pronto y le dijo:

—¿Tú crees que mi tío Ginés mandó matar a Olga?

—Sí.

David ya no sonreía. Puso el vaso sobre la mesa y se dirigió a la casa.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A demostrarte que lo que estás diciendo es una gilipollada.

La mujer que les abrió la puerta de la casa de Ginés Blume era gordita, simpática y cuarentona, respondía al nombre de Adela y llevaba un pijama de enfermera de los ideados para inspirar confianza en los niños: azul celeste con un estampado de ositos. Saludó a David dándole dos besos e hizo lo mismo con Ángel cuando aquel lo presentó como un amigo.

Un amigo con el que había subido en tres o cuatro minutos la cuesta que separaba ambas casas sin cruzar más que alguna palabra de reojo y un par de palabrotas de hastío masculladas por lo bajo. Delante de Adela, sin embargo, David se mostró amable y le puso una mano en el hombro mientras le preguntaba a la cuidadora por su tío.

—Ahí está, viendo la tele.

La mujer les abrió el paso hasta el salón cercano a la entrada, donde una pantalla plana ofrecía a todo volumen un magacín vespertino como todo entretenimiento para el hombre de la silla de ruedas. Ginés Blume llevaba un pijama de rayas recién lavado bajo la bata de imitación seda, apoyaba las manos en los brazos de la silla y parecía ajeno a todo. Pero, al oírlos entrar, ladeó la cabeza hacia ellos.

—Hola, tío, ¿cómo estás? —dijo David rodeando el sofá para llegar hasta él y darle un beso.

Entonces el viejo emitió un sonido espeluznante que pretendía ser una frase.

—Yo bien —contestó Míster Sonrisas, que parecía estar acostumbrado a aquel dialecto de media lengua—. Vine un momentito a saludarte, nada más. Para que luego digas que nunca paso.

—De…ca…ta…do… —dijo Ginés Blume, sonriendo, dándole un par

de bofetadas cariñosas con la mano izquierda.

—Le dice que es un descastado —le susurró Adela a Ángel, sonriendo con cierta ternura—. Siempre le dice lo mismo.

Justo en ese momento, Ginés miró hacia él con curiosidad. Todos se dieron cuenta, pero fue David el que vino a atraerlo del hombro.

—Mira, tío, este es un amigo. Se llama Ángel. Ángel, este es mi tío Ginés.

Empujado por David, Ángel se vio de pronto ante el hombre, que le ofreció la mano izquierda, diciendo algo así como que estaba encantado. Estrechó sin fuerza aquella mano huesuda y temblona y entendió enseguida que ese brazo y la pierna correspondiente eran de las pocas partes de su cuerpo que el viejo aún podía mover. Su diestra se cerraba en una especie de garra, así como el pie, torcido hacia el interior dentro de la pantufla. En su rostro existía una asimetría similar: el lado derecho de su boca se torcía hacia abajo, igual que el párpado de ese ojo. Del cabello canoso ya solo quedaba una pequeña franja que recorría su cogote entre una oreja y la otra, enmarcando un cráneo con forma de huevo recorrido por pecas oscuras que le resultaron repugnantes. Ángel intentó entender con cortesía la pregunta que Blume le hizo a continuación. Cuando la repitió, David vino a auxiliarlo.

—No, tío, Ángel no es de aquí. Es canarión. Vino a pasar unos días en Arrecife. Hoy se pasó a hacerme la visita. Y yo quería que te conociera antes de irse.

Tomaron asiento en el sofá, junto a la silla de ruedas, y David lo obligó a aceptar el café que Adela les ofreció. Pasaron allí una media hora que a Ángel se le antojó insoportable, aunque tras un rato ya se hubiese acostumbrado al olor a agua de colonia intentando enmascarar la decrepitud, al ruido del televisor, a los chistes maternales de Adela y los comentarios bienhumorados de Míster Sonrisas, que dedicó un buen rato a chatear con el móvil como un adolescente. Cuando Ginés y Adela no miraban, David le lanzaba a Ángel miradas de burla, de orgullo, de odio. Pero ambos consiguieron mantener la compostura hasta el momento en que el sobrino dijo que desgraciadamente tenían que irse ya y Adela fingió que lo lamentaba mientras ellos se despedían del viejo y volvían a

dejarlo inmerso en lo que sucedía en la pantalla.

Adela los despidió en la puerta y comenzaron a andar hacia la casa de David, más lentamente que antes, fumando un cigarrillo, hablando.

—Le dieron dos embolias, casi seguidas —dijo David—. Eso fue hace tres años. Poco después de divorciarse. Conserva el tino y ha recuperado un poco el habla, pero poco más.

—No tenías por qué traerme. Con que me lo contaras, habría bastado.

—Y tú me habrías creído, claro… —ironizó David.

—¿No lo viene a ver nadie?

—Mis primos son unos cabrones. Le sacaron el cuero y luego lo dejaron tirado. Y la última mujer, solo quería más de lo mismo: sacarle perras. Por suerte estaba viviendo ya aquí. Y conservó un dinerillo. Con eso se le pagan los cuidados.

—Y si no, están tus padres, supongo.

En el momento en que Ángel dijo esto, ya estaban llegando a la casa de David. Este apoyó una mano en el techo del Seat León para decirle:

—Si tú estás ahora pensando que si no es Juana, es la hermana, y que si Ginés no tuvo nada que ver en el lío, a lo mejor mi padre sí, te diré una cosa: mis padres no están ni para cuidar de mi tío ni para hacerle daño a nadie.

—Yo no he dicho que…

David lo miró con severidad cuando le pisó la palabra:

—Por si se te ocurre pensarlo: mi padre tiene alzhéimer desde hace dos años. Por ahora está físicamente bien, más o menos, pero ya no se acuerda de casi nada. Por eso yo muchas veces me quedo por aquí, por si hace falta. Me toca a mí, que no tengo hijos ni familia. Mi hermana ya tiene que cuidar de la suya.

Se hizo un silencio. David miró a la casa de sus padres, situada a su espalda, y luego a la de su tío, antes de clavarle la mirada a Ángel.

—Mira, yo lamento mucho lo que le pasó a Olga. Y, de verdad, si alguien le hizo algo malo, ojalá que lo pague muy caro. Te lo digo con el corazón en la mano. Por respeto a ella, te he aguantado tus

mierdas. Pero ni se te ocurra meter a mi familia en nada de eso. Ni siquiera como hipótesis.

Ángel comprendió que había metido la pata. Pero también notó que David se le estaba enfrentando. Y lo habían acostumbrado para responder a ese tipo de actitudes.

—¿Son cosas mías o te me estás poniendo chulo?

David dejó de apoyar la mano en el coche, se cuadró y le sonrió, esta vez sin una pizca de simpatía.

—Claro que me estoy poniendo chulo. Estoy en mi casa y me pongo como me salga de los cojones. ¿Te parece mal?

En la casa de los padres de David se habían vuelto a mover las cortinas. Más allá, por el camino que venía desde la finca, los dos jardineros subían hacia ellos. Y no habían soltado las tijeras de podar.

—¿Esos de ahí son amiguitos tuyos?

David no miró hacia atrás para contestar:

—Empleados de la finca. Fieles. Y bien pagados.

—Y supongo que les enviaste un mensajito desde casa de tu tío, ¿verdad?

Ahora la sonrisa de David se volvió francamente maligna, mientras asentía.

—Anda, márchate antes de que nos llevemos todos un disgusto.

Los tipos ya habían llegado hasta ellos y se habían quedado a unos metros, expectantes. Ángel les midió la envergadura. Uno de ellos era joven, flaco y bajito, pero se le notaba la dureza en la mirada oscura, en la sonrisa que ponía mientras jugueteaba con su podadora. El otro, algo mayor, tenía cuerpo de luchador y, por las marcas en su oreja derecha, probablemente hubiese pisado más de un terrero. Habría podido con ellos, pero no a la primera.

—Está bien —dijo sacando la llave del coche. Pero antes de abrir la puerta, se volvió hacia David, que se había apartado unos metros—. Solo una pregunta más, David. ¿Olga te habló de algo de lo que te he contado hoy?

El otro pareció sincero al decir:

—No, que yo recuerde. Y, dada la naturaleza del asunto, me acordaría, ¿no te parece a ti?

Sin decir nada más, Ángel se metió en el Seat y maniobró para girar hacia la carretera. Mientras se alejaba, vio por el retrovisor cómo David avanzaba para no perderlo de vista y los otros dos se mantenían junto a él. Al pasar ante la puerta de la casa de Conrado Rivallo, vio que estaba abierta y que la madre de David observaba desde ella el espectáculo como antes lo había hecho desde la ventana.

Omitió el hallazgo de los cadáveres de Antonio y Emeterio. Por lo demás, se lo contó todo a Alfonso esa misma tarde, sentado en el balcón, bebiendo cerveza y fumando un cigarrillo tras otro, tras haberle enviado por email el archivo de la conversación entre el Ruin y Olga y haberle dado tiempo para oírla. Le explicó sus búsquedas de detective de novela barata en el archivo de la Fundación, sus conversaciones con Blas, con Pepe Dolz, con Sonia, con Maestro Ezequiel, con David Rivallo, sus intentos infructuosos por encontrar un sentido a las cosas que se le escapaban, por iluminar los lados de sombra de los actos de Olga, sus silencios, sus medias verdades. Y, por último, su visita a Villa Margarita, su discusión con Míster Sonrisas, la asistencia de los jardineros que obedecían a la voz de su amo, las suertes de miseria que al fin habían tenido, que estaban teniendo, Ginés Blume y Conrado Rivallo, compañeros en los negocios limpios y no tan limpios, y también en la desgracia.

Allá, en su casa de Las Palmas, Alfonso lo escuchó con atención, diciendo que sí o mostrando de vez en vez un asombro sincero, sentado en el sofá y mirando sin ver la televisión, cuyo volumen había silenciado. Solo lo contradijo una vez, cuando Ángel le habló de sus celos, de sus sospechas de que Olga hubiese podido tener algo con David. Porque ni eso se calló su yerno y, al decirlo, tuvo que escuchar de Alfonso un «Pero, chacho, ¿tú estás bobo o qué? ¿Cómo se te ocurre?». Por lo demás, lo único que se guardó Ángel fue lo de los muertos, lo que podía traerles problemas a ambos, lo que podría complicar las cosas.

Por eso, porque no le había dicho que el Ruin y Emeterio estaban pudriéndose allí, en aquel cuchitril de Viéitez, Alfonso dijo:

—Bueno, yo podría volver a contratar a la agencia.

—¿Para qué?

—Para localizar a esos dos, el tal Antonio y el otro, Emérito.

—Emeterio.

—Eso.

—No vale la pena, Alfonso. No te compliques. La grabación de la entrevista es del 2 de febrero. Si alguno de ellos le hubiera querido hacer algo a ella, lo habría hecho mucho antes.

—Sí, pero, así y todo, sería interesante hablar con ellos. Puede que se les escapara algo que pusiera nervioso a alguien.

—¿Quién se iba a poner nervioso, aparte de los dos ricachones estos?

—Vete tú a saber, Ángel.

—No sé, Alfonso. Fíjate en lo discreta que fue. ¿A ti te dijo algo de lo que andaba investigando?

—No.

—Pues a mí tampoco. Ni a la misma Sonia le dijo nada.

—Porque andaba curioseando con la familia del novio.

—Vale. Pero aun así. No, yo creo que se puso a dar palos de ciego y que acabó cansándose. Por eso quería terminar el libro, para quitárselo de encima.

—¿Tú estás seguro?

—No lo sé, suegro, pero apostaría a que sí. Si hubiera descubierto algo gordo, no habría dicho que tenía el libro casi terminado.

Esto dejó a Alfonso sin argumentos. Y a Ángel sin nada más que decir durante un buen rato. Luego, Alfonso tuvo que resignarse: lo que le había ocurrido a su hija había sido una fatalidad, un absurdo y jodido accidente. No había nadie a quien culpar, nadie sobre quien descargar la rabia.

—¿Sabes? Yo creo que en el fondo quería que alguien le hubiera hecho algo. Todo sería como más lógico. Y podría tener a alguien por quien ganarme el infierno.

—A mí me pasa igual —dijo Ángel—. Voy a tener que aceptarlo.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar ahí?

—No lo sé. Seguramente me vuelva mañana o pasado. Quiero tomarme algo aquí con el amigo Mauri y con Blas y Julia, para despedirme.

—¿Y Sonia?

—A estas horas el novio ya le habrá metido bichos conmigo. Pero también lo intentaré.

—Vale, está bien. Cuando vuelvas, no dejes de venir a verme.

—Claro.

—Cuídate. Hay que seguir adelante.

—Sí.

No se despidieron formalmente. Simplemente, Alfonso soltó un «Bueno» que no llegó a pronunciar del todo y colgó.

La Casa del Miedo

Deambuló durante un rato por las inmediaciones del Charco buscando un sitio donde echarse un par de cervezas y podía ser que hasta unas tapas. Ya casi era la hora de cenar. Aunque no tenía demasiada hambre, quizá sería su última cena en Lanzarote. ¿Qué había sido lo último que había comido Olga?

Seguro que en la autopsia venía detallado. Pero él no leyó la autopsia. Solo la parte reproducida en el informe. La autopsia. Había visto muchas en películas. Olga ahí, en una fría mesa de metal con sumideros, eviscerada por unas manos con guantes de látex.

Prefirió imaginarla en casa de Sonia, almorzando con ella. A Olga no le gustaba demasiado cocinar, pero se le daba bien. Como Sonia trabajaba hasta el mediodía, seguramente la comida solía hacerla ella. Era una estupidez, pero ¿qué había almorzado ese día? ¿En qué consistió su última comida?

En el puente que atravesaba el lado este del Charco, se detuvo un momento para escribir un mensaje a Sonia preguntándoselo. «PREGUNTA TONTA: KÉ ALMORZÓ OLGA EL DÍA DEL ACCIDENTE?», escribió. Pero no llegó a enviarlo, porque se detuvo un momento a leerlo y comprendió que era el mensaje de un loco. Aquella era una más de tantas preguntas sin respuesta, y probablemente la más superficial de todas.

Pronto haría una semana que estaba allí, recorriendo la isla, pisando donde ella había pisado, leyendo su trabajo y sus cuadernos de campo, indagando en lo que no sabía de sus últimos días con la secreta esperanza de hallar un culpable. Porque sí, Alfonso tenía razón: por monstruoso que fuese, todo habría tenido un sentido si alguien le hubiese hecho aquello, si su muerte no hubiese sido causada solamente por el viento, la torpeza o la imprudencia.

A mitad del paseo notó que, pensando en aquello, se le había

hecho un nudo en la garganta. Estaba justamente delante de la Casa del Miedo y pensó que nada deshacía ese tipo de nudos mejor que el alcohol. Dejó a un lado las mesas de la terraza y bajó los escalones de piedra que conducían al interior del local, que con sus baldosas claras, su estucado en blanco y sus bastidores pintados de azul tenía más de lonja que de bar. Y, en realidad, era casi eso: una especie de cofradía de pescadores, un bar marinero más bien amplio a cuyas mesas, aquella noche de entre semana, se sentaban sobre todo hombres de edad que bebían, charlaban o jugaban a la baraja.

Se acodó en la barra y pidió una cerveza y un chupito de ron.

—Un Canarias Libre para el caballero —dijo el camarero al servírselo.

Hacía años que no lo oía llamar así. Miró al camarero, un pibe de apenas veinte años, y se vio a sí mismo de adolescente, trabajando en el bar de su padre. Sintió que, de alguna manera, había vuelto a casa y le regaló una sonrisa silenciosa. Después se giró hacia las mesas. En una de ellas, la más cercana a los baños, distinguió a Maestro Ezequiel, jugando al dominó con otros tres viejos. Como le daba la espalda, Ezequiel tendría que haberse girado aposta para verlo, así que aprovechó para observarlo sin interrumpirlo. Al menos uno de los otros jugadores, el gordo de la camisa celeste, le resultaba familiar, pero no sabía de qué. Maestro Ezequiel lo tenía enfrente, así que él pudo fijarse bien en el casquete de pelo blanco pero recio que le minimizaba la frente, la cara de pan del campo con una nariz grande y redonda, los labios gruesos entre los que sobresalía un puro apagado sostenido por unos dientes que seguramente no serían suyos. El hombre, en algún momento de la partida, miró hacia la barra y notó que él lo estaba mirando. Y, entonces, hizo un comentario a los otros, que se volvieron. Se había mosqueado, con toda lógica. Por tanto, creyó oportuno alzar el vasito de ron para brindar de lejos con Maestro Ezequiel, que lo reconoció al instante. A una seña del viejo, se acercó a la mesa y se quedó de pie junto a ellos. Se saludaron y él dijo que estaba esperando a que acabaran la mano para saludarlo, que no quería interrumpir.

—No interrumpe nada, mi hijo —dijo Maestro Ezequiel, burlón—.

Ahora mismo acabo con los zinguangos estos. Coja una silla y siéntese por aquí.

Ángel obedeció y se sentó entre Maestro Ezequiel y un señor menudo, que, como los otros, se defendía de la broma del albañil con nuevas bromas e insultos fingidos. Efectivamente, la mano no duró mucho más y Maestro Ezequiel y su compinche, el gordo, se hicieron con el botín de calderilla que se estaban jugando. Además, la partida era la última, y el más joven de ellos, el hombre que había a la derecha de Ezequiel, un cincuentón de bigote negro y ceño fruncido, se puso a recoger las fichas y a meterlas en su caja.

El albañil aprovechó para hacer las presentaciones: el hombre menudo se llamaba Nicolás, el del bigote, Carmelo, y el hombre gordo del pelo bien conservado, Tomás. No se estrecharon las manos, pero saludaron con amabilidad a Ángel, a quien Ezequiel presentó como «un amigo canarión».

Nicolás y Carmelo se fueron levantando. Les llegaba la hora de irse a casa. Hubo bromas sobre el dominio que sus respectivas esposas ejercían sobre ellos, y respuestas de ellos sobre la excesiva confianza que Tomás y Ezequiel tenían en las suyas, lo cual dio pie a risas socarronas antes de que los dos se despidieran. Ángel ocupó la silla de Nicolás y pidió al camarero una ronda por su cuenta. Ciertamente, se sentía como en casa. Acaso por primera vez desde que llegó a Lanzarote todo era blando y suave y agradable.

Maestro Ezequiel, señalando a Ángel, le dijo a Tomás:

—Este es el hombre.

—Ya me lo suponía.

Ángel los miró de hito en hito, entendiendo vagamente que debían de haber estado hablando de él. Tomás lo sacó de la duda.

—¿Usted sabe quién soy yo?

Ángel lo miró, intentando recordar de qué le sonaba.

—Yo soy el padre de Mauri.

—¡Anda! Ya decía yo… Yo creo que lo vi en fotos alguna vez, pero…

—Sí, seguro. Y una vez nos vimos. En el bautizo de mi nieto.

—¡Claro! Pero eso fue hace años.

—Bueno, el chiquillo va a hacer ahora siete años. Estaba yo todavía

trabajando y todo.

Como si necesitara hacer algo mientras hablaba, el hombre apoyaba unos brazos fuertes y velludos en la mesa y sus dedazos jugueteaban con su copa de Veterano. De pronto, llevó una de aquellas manos hasta la boca para quitarse el puro y dejarlo al borde de la mesa antes de decir:

—Oiga, déjeme decirle que lamento mucho su pérdida.

—Gracias.

—Yo no la conocí, pero, por lo que me tienen dicho, aquí, el amigo Ezequiel, y sobre todo mi hijo Mauricio, era muy buena muchacha.

—Sí que lo era —confirmó Ezequiel.

—Me habría gustado llegar a conocerla —insistió Tomás, con la voz pastosa del tercer o cuarto coñac.

—Muy amable, gracias —repitió Ángel, intentando que el tema se acabara allí.

De pronto, ya no se sentía en casa. Había comenzado a notar una cierta incomodidad y no sabía exactamente de dónde venía. Pero todo aquello, el bar, los viejos, el olor a coñac y a puro apagado, pareció de pronto surgido de un agujero en el suelo hacia el que le atraían y en el que no quería entrar. Sin embargo, el padre de Mauri insistió:

—Es una desgracia, una absoluta desgracia. Una muchacha tan joven…

Ahora ya se limitó a asentir. A ver si el viejo lo pillaba. Por suerte, Maestro Ezequiel se había dado cuenta de su incomodidad.

—Y, bueno, ¿hasta cuándo se queda por aquí?

—Pues tenía previsto quedarme hasta el viernes. Pero yo creo que voy a cambiar el pasaje para volverme mañana mismo. Aquí ya no me queda mucho más que hacer.

—Pues cuando vuelva, ya sabe dónde tiene a los amigos.

—Lo mismo le digo —dijo Tomás—. De hecho, Mauri se llevó un disgusto cuando le dijo que estaba en un hotel. La próxima vez, se deja de hoteles y boberías, que en casa hay sitio.

—Le tomaré la palabra —dijo Ángel, terminándose de un trago el ron y enjuagándose la boca con la cerveza que le quedaba. Se levantó y les ofreció la mano—. Bueno, yo me voy a retirar ya.

—¿Ya se va? —se sorprendió el padre de Mauri.

—Sí —respondió él, señalando su vaso vacío para excusarse—. Empecé pronto y más vale cobarde vivo que valiente muerto.

Le rieron la broma. Le estrecharon la mano y hasta se pusieron en pie para palmearle la espalda y desearle que todo le fuera bien, que tuviera buen viaje, que volviera pronto.

Al salir de la Casa del Miedo, sintió un ramalazo de acidez subiéndole por el esófago como lava.

Un bar de los de siempre con los cuatro viejos de siempre. Un bar donde había un camarero como el que él fue. Un bar en el que se jugaba al envite o al dominó. En el que corrían los rumores y las bromas chuscas, en el que se reflejaban en los ojos brillantes los submundos opacos del alcohol y las oportunidades perdidas. No era más que eso. Pero era más que eso. Lo supo mientras caminaba apresuradamente hacia el hotel, mientras esperaba el ascensor que no terminaba de llegar nunca, mientras encendía el ordenador y hervía el agua del nescafé que necesitaba para cobrar un poco de serenidad y ver lo que había debido ver desde el principio y se le había escapado en todos esos días de investigar y hacerse cábalas, de dar palos de ciego como los había dado Olga.

El ordenador estuvo a punto casi al mismo tiempo que el agua. Se endulzó el café instantáneo mientras se abría el contenido del disco duro. Y comenzó a pasar fotos, una tras otra: Timanfaya, la Casa del Taro, la del Palmeral, Pepe Dolz, Míster Sonrisas, la playa del Refugio con el Gran Hotel en un extremo, los cactus del Jardín de Cactus (de estos había docenas y docenas de fotos), un niño y un perro jugando en las escaleras que daban al agua en el Charco de San Ginés y, de pronto, ahí, la foto de los viejos que posaban a mitad de partida de envite, con las cartas en la mano. Los viejos orgullosos de posar para aquella chica, la escritora, la que les había pedido permiso para fotografiarlos allí, en su lugar de reunión, en la Casa del Miedo, inconfundible en su blanco y su azul. El grupo de hombres curtidos por el sol y los trabajos, con el ectoplasma del alcohol haciéndosele sonrisa en el rostro. Y, entre ellos, el segundo desde la derecha, uno que destacaba por su pelo blanco y recio, por su cara de pan del campo, por su nariz de payaso beodo: Tomás, el padre de Mauri, que hacía menos de un cuarto de hora había

negado haber visto alguna vez a Olga.

Ya no tuvo que pensar mucho más. Ni siquiera se preguntó si estaría en lo cierto o no. Simplemente, miró el papel con el número de teléfono de quien había llamado varias veces a Olga el día en que murió, la persona a la que finalmente llamó por la tarde, apenas hora y media antes de caer al vacío en un risco del norte de la ciudad. Sin dar al botón de llamada, marcó ese número en su propio teléfono móvil. Y entonces, no le cupo duda, apareció el nombre de la que probablemente fue la última persona que habló con la mujer de su vida.

CEGUERA DEL CANGREJO

Ya no iba a tantear ni a probar. Ya no iba a tirar piedras para ver dónde daban. A partir de ese instante, amordazaría su ira y calcularía cada uno de sus movimientos. Para empezar, porque ahora sabía a quién se enfrentaba y daba la casualidad de que le conocía las mañas.

Por eso se obligó a dormir, para estar descansado al día siguiente. Y cuando se despertó, al amanecer, desayunó lo mejor posible y se dio una ducha que fue pasando de caliente a templada para acabar con un buen rato de chorros de agua fría. Después, mientras se vestía, fue pensando en posibles planes, calculando estrategias. Pasó la mañana así, sin responder a las llamadas telefónicas ni los mensajes de Mauri y de Blas. Tampoco a la que le hizo Alfonso. A media mañana, bajó a la calle, compró dos *pendrives* y volvió a subir. Grabó en ellos exactamente la misma información. Volvió a bajar, buscó una oficina de correos, pidió un sobre en el que introdujo uno de los lápices de memoria y lo envió por correo certificado a su apartamento de La Minilla.

Al filo de mediodía, telefoneó a Sonia. Al principio, esta se mostró hosca. Como él suponía, había hablado con David y estaba muy molesta. Pero luego se coló en su tono también algo de lástima.

—Yo entiendo que estás roto de dolor, Ángel, pero todo esto que estás haciendo…

—Lo sé, Sonia. Lo sé y lo siento, mi niña. Me equivoqué. Y, cuando se le pase el cabreo, ya intentaré hablar con David para disculparme. Pero, mira, yo casi me voy de la isla.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo. Por la mañana —mintió—. Y, antes de irme, necesito hablar contigo para darte una cosa.

—No me parece buena idea.

En aquella frase, más que severidad, Ángel notó temor. Y no podía culparla.

—Yo comprendo que no te quieras ver conmigo. Sé que me he estado comportando como un loco. Pero tengo que darte una cosa.

—¿El qué?

—No te lo puedo decir. De hecho, puede que no sirva para nada. Así y todo, hay algo que necesito que tengas, por si a mí me pasa algo.

—¿Tú sabes cómo suena eso?

—Sí. Suena a que estoy como una baifa.

—¿Ves? Tú mismo te lo dices.

—Por favor, Sonia. Es el último favor que te pido. Nos podemos ver en algún sitio público. Y puedes venir con David si quieres. O con quien quieras. Solo tengo que darte eso y explicarte una cosa. Y luego no me vas a tener que aguantar más. Después, si estoy equivocado, pues nada. Pero si no lo estoy y me pasa algo…

—Has llegado aquí como una tormenta, ¿no lo ves? Nos tienes a todos alterados.

—Por favor, Sonia. Tú eres inteligente. Y una mujer justa. Y querías a Olga. Hazlo al menos por eso, Sonia, por lo que querías a Olga. En un sitio público, con seguridad, para que estés tranquila. Será solo un momento. El tiempo de un café.

Llegó al aparcamiento de los Jameos del Agua cuando ya comenzaba a vaciarse. De hecho, al comprar la entrada, la taquillera le advirtió que cerrarían en una hora. Y, en efecto, quedaban pocos turistas cuando descendió por la primera escalera de piedra, la que conducía al restaurante. Desde allí, se paró un instante a contemplar el Jameo Chico: la gruta monumental con el lago de cuya superficie brotaban las reverberaciones que acariciaban la bóveda. No tuvo que soportar a ningún turista posando ante él para demostrar que había estado allí. Así que pudo bajar hasta la orilla y contemplar el fondo rocoso en el que, si uno se fijaba, podía ver aquellos puntitos blancos en lo hondo del agua mansa. Eran los cangrejos del jameo, los minúsculos cangrejos ciegos. Habían vivido siempre en aquel lago que se formaba por infiltración. Y se habían adaptado a Lanzarote. A lo largo de generaciones y más generaciones, habían ido perdiendo el color y los ojos. Ahora sobrevivían allí, en lo profundo, en una gruta situada bajo el nivel del mar, producto, como casi todo en la isla, de la erupción de un volcán.

Ciegos, mudos, aletargados, persistían en la existencia en lo más profundo de su silencio abisal.

Olga, cuando hablaba de ellos, le decía que la ponían triste, que pensar en esos pobres bichos la hacía experimentar una tremenda desazón. Son una cifra de la soledad, había escrito en uno de sus cuadernos. Están hundidos en la blanda nada del olvido y su ceguera es como la de esta sociedad que tanto calla y a tanto cierra los ojos, que se ignora a sí misma y a la belleza que la rodea y de la que depende para sobrevivir.

Eso había escrito Olga pensando en aquellos cangrejos y él, la primera vez que lo leyó, tardó en comprender y luego pensó que había sido un mero desliz poético y que la prueba de ello era que no

lo había incluido en su libro. Pero ahora, cruzando la pasarela lateral del lago para ir a la cafetería que había antes del Jameo Grande, supo que si Olga había escrito algo realmente cierto en toda su vida, era, precisamente, aquel pasaje.

Sonia lo esperaba ya en la cafetería. Ocupaba una de las rústicas mesas redondas y tomaba un té mirando hacia el lago. Él le dio las buenas tardes y pidió un café. Se mantuvieron en silencio mientras se lo servían. Ángel sacó tabaco, le ofreció a Sonia, que lo rechazó, y encendió un cigarrillo.

—Bien, aquí estamos —dijo ella—. ¿Qué me querías dar?

Ángel se metió la mano en un bolsillo del pantalón y volvió a sacarla con el lápiz de memoria, que puso sobre la mesa. Sonia lo miró como si fuese una rata muerta.

—¿Qué es?

—Un *pendrive*.

—Eso ya lo veo. Pero ¿qué tiene?

—Información. Información que puede resultar útil.

—¿Para qué?

—Ahí hay una grabación. La que Olga le hizo a Antonio García Suárez…

—El supuesto sicario —dijo Sonia haciendo un mohín de hastío.

—Sí. El supuesto sicario. No te enfades, Sonia. En todo caso, si lo que dijo el tipo es mentira, nadie tiene de qué preocuparse. Y si fuese verdad, y alguien quisiera investigarlo, el padre y el tío de David ni se iban a enterar. En cualquier caso, nadie llegó a hacer nada contra César Manrique, el mismo García Suárez lo dice en la entrevista.

—Vale. Pero ¿por qué me lo das?

—Porque no es lo único que hay. También descargué el registro de las llamadas y los mensajes de Olga en el último mes. Y algunas fotos. Y, aparte, hay un doc que escribí yo. Ahí cuento todo, con nombres y apellidos.

—¿Todo de qué?

—De lo que creo que le pasó a… —Ángel se paró un momento e, inmediatamente, se corrigió—: De lo que le hicieron a Olga. Y un par de cosas más.

—Todavía sigues con la paranoia…

—Mira, si estoy equivocado, no pasa nada. Pero, si estoy en lo cierto, voy a intentar que esos hijos de puta lo paguen. Y, si no es así, si me ganan por la mano y a mí me pasa algo, tú tendrás algo que poner en las manos de quien corresponda.

Sonia volvió a mirar el dispositivo. Luego escrutó el rostro de Ángel y no supo qué pensar. Pero cogió el USB y se lo metió en el bolsillo de los vaqueros.

—Y, aparte de esto, ¿qué más quieres?

—Solo eso, Sonia: que guardes el *pen*. Si a mí no me pasa nada, pues nada. Pero si me pasa algo, dáselo a alguien que pueda comenzar a atar cabos: a Julia y Blas, por ejemplo. Ella es abogada y él sabe manejar información. O a la Policía directamente, no sé.

Sonia asintió. Se terminó el último sorbo de té y se levantó, colgándose el bolso. Luego introdujo los pulgares en los bolsillos del pantalón y lo miró con sincera piedad.

—Espero que estés equivocado, Ángel. De verdad lo espero. Y también espero que encuentres el norte, que te tranquilices, que todo te vaya bien.

Ángel, con mansedumbre, frunció los labios y asintió.

—Gracias, Sonia. Me quedo aquí un rato. Para darte tiempo a que te vayas tranquila.

Ella solo dijo que sí con la cabeza. Le puso una mano en el hombro unos instantes y luego subió la escalera que llevaba a la piscina y a la salida.

Ángel no se volvió hacia ella. Se quedó mirando el lago, la bóveda a través de cuyo centro una claraboya natural proyectaba un cono de luz sobre el agua, el semicírculo luminoso que, desde el otro lado, se reflejaba en el agua como un espejo bajo cuya superficie los cangrejos persistían en su ceguera. Miró el reloj. Eran las seis de la tarde. Pidió otro café y la cuenta. Tenía tiempo suficiente de tomárselo y estar en Máguez antes de que anocheciera. Y una vez allí, dar con la única finca del pueblo que tenía tres ciruelos.

En efecto, no fue complicado encontrarla. Y cuando lo hizo, comprobó con satisfacción que estaba a las afueras, lo suficientemente apartada como para que nadie pudiese verlo llegar y dejar el coche en el lado occidental, a salvo de las miradas curiosas de la gente del pueblo. Se veía hermoso, Máguez, al atardecer. Un sembrado de casas y huertas a la falda de la montaña producida por el volcán, preludiando el malpaís de lava que se extendía hacia el naciente.

Pero no había venido para disfrutar del paisaje. Salvó la tapia lateral de la finca e ingresó en el huerto cuidado en el que crecían hileras de papas. Cerca de la casa, estaban los ciruelos, junto a una higuera también crecida. Sí, Tomás cuidaba bien del huerto, pero poco de la casa. No le costó dar con una ventana cuyo postigo podría abrir fácilmente. Solo entonces se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared, y usó su teléfono móvil para llamar a Mauri. Este contestó enseguida y le preguntó cómo estaba, qué hacía, si se pensaba ir de la isla sin pagarle la cena que le debía.

—Pues claro que no —contestó—. Pero no va a ser en Los Chinijos.

—Los Chinijos o superior, ¿eh, mi sargento? Que menos no te acepto.

—Me vas a aceptar lo que te diga, porque ahora mismo estoy en Máguez.

—Coño, ahí tiene la finca mi viejo —dijo el brigada sin perder la alegría.

—Lo sé. La única finca con tres ciruelos del pueblo, ¿verdad?

—Sí, señor. Es verdad, que te lo dije. Está saliendo del pueblo, en la carretera que va para…

—Para el mirador de la Caldera.

—Equilicuá… Eso es. ¿La viste?

—Ya te dije que estoy aquí.

—Hombre, pues dame un ratito y nos bajamos a cenar a…

—Mauri —lo interrumpió Ángel. Y Mauri se dejó interrumpir, porque ya había notado algo extraño en su tono de voz—. Te espero aquí, en la finca de tu viejo. Para arreglar cuentas, pero no para cenar.

—No te entiendo.

—Sé lo que pasó. Y sé por qué.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente. Te espero aquí y hablamos si tienes huevos. Si no, me voy directamente a la madera.

No le permitió contestar. Simplemente, tras decir esto, colgó. Claro estaba que no se le había ocurrido llamar a la Policía en ningún momento, pero le pareció un buen incentivo para hacer llegar a Mauri hasta allí. Bajó el volumen del móvil, aunque este no dejó de vibrar durante un buen rato con las llamadas infructuosas del brigada. Entretanto, él se dedicó a abrir la contraventana y comprobar que la guillotina del interior tampoco tenía fechillo.

No tardó más de un minuto en colarse y comenzar a recorrer la casa. La última reforma de la cocina debía de haber sido en los ochenta. Y el mobiliario más reciente no era muy posterior a esa fecha. Probablemente, habían ido poniendo en la casa muebles y enseres que la familia había jubilado de su vivienda en Arrecife a lo largo de los años. En el salón, por ejemplo, había un tresillo compuesto por dos sillones de escay y un sofá con armazón de madera estampado de flores. También había un mueble bar hecho con cañas de bambú, con un par de banquetas de mimbre salidas de algún tugurio en traspaso. En su inspección por las tres habitaciones, el salón y el cuarto de baño, solo encontró algo moderno: un armario metálico que tenía un candado grueso y estaba, semioculto, junto al ropero de una de las habitaciones. Recordó haber visto un pañol en la parte trasera, junto al huerto. Volvió a salir, esta vez por la puerta principal, y regresó con una pata de cabra con la que descerrajó las fechaduras de metal entre las cuales pasaba el candado.

Alguna vez, Mauri le había hablado de aquella colección de armas que su padre y él habían iniciado hacía años, de la carabina Mauser

de su abuelo o del revólver Webley que le había comprado a un ruso en el puerto de La Luz. La mayoría estaban inutilizadas o podían fallar al dispararlas, pero encontró, en uno de los cajones de abajo, munición del 22 LR, del 9 corto y, oh, sorpresa, del 7.65.

Deseó que estuviese allí toda la colección, que no hubiese en la casa del padre de Mauri en Arrecife ningún cacharro que sirviese para disparar. Pero no podía confiar en ello. Así que buscó algo que pudiera servirle de defensa en tal caso, porque la navaja, que se había encajado en la cadera al salir del coche, podía no ser suficiente. De lo que encontró, lo que se le antojó más apropiado fue un pequeño revólver Astra con cañón de dos pulgadas. Parecía limpio y más o menos cuidado, y le serviría la munición del veintidós. Lo comprobó y cargó. Sí, serviría.

Luego se entretuvo un rato buscando las armas que funcionaban y desmontándolas hasta dar con las agujas de los percutores, que reunió en una bolsa de plástico que encontró en la cocina y colocó en una de las habitaciones del fondo. Podía ser que todo aquel trabajo fuese inútil, pero también entraba en lo posible que le salvara el cuello.

Cuando acabó, ya había pasado media hora desde la última llamada perdida de Mauri. Era mal momento para sentir sed y ganas de mear al mismo tiempo. Así que fue a la cocina, buscó agua y la consumió camino del baño.

Al terminar, puso una silla en un rincón del salón desde el que se dominaban al mismo tiempo la puerta principal y la de la cocina. Justamente en ese instante, identificó el motor del coche que se acercaba. Encendió la luz del porche, pero apagó todas las demás antes de ir a sentarse en la silla. Y allí permaneció, con el revólver apoyado sobre el regazo, hasta que el vehículo se detuvo a la entrada de la finca.

Habían venido en el Mitsubishi Montero y habían venido los dos. Lo supo por el ruido de las portezuelas, por los pasos y los susurros entre ellos, por su deambular por el huerto antes de acercarse a la entrada. No apuntó a la puerta cuando se abrió. Permaneció impertérrito mientras escuchaba la voz de Mauri, que iba delante, llamándolo por su nombre y esperó a que el otro diera la luz. Solo entonces les dijo, bromeando tontamente:

—Pasen, hombre, pasen. Están en su casa.

Mauri avanzó hasta la mitad del salón, pero, al ver el revólver, se detuvo. Tomás no se alejó de la puerta, que, sin embargo, cerró. Ambos se quedaron mirándolo con cara de espanto.

—No sé qué crees que estás haciendo, mi sargento.

—Justicia, mi brigada. Anda, siéntate.

Mauri obedeció: tomó asiento frente a él, sobre el brazo de uno de los sillones de escay.

—Usted también, Tomás. Siéntese, hombre, que no va a crecer más.

El viejo escogió una de las banquetas de mimbre del mueble. Desde donde estaba, Ángel podía ver perfectamente al viejo, a unos seis metros, y a la izquierda, a metro y medio, a Mauri. Y ambos estaban muy quietos, procurando no hacer movimientos bruscos, a la expectativa. Situación controlada, por el momento.

—Tengo ocho tiros aquí —dijo Ángel, con serenidad—. Cuatro para cada uno. Pero no tengo por qué dispararlos. A lo mejor, solo con comprenderlo, tengo bastante.

—¿Qué hay que comprender? —preguntó Tomás.

—¿Cuál de los dos la mató y por qué exactamente?

—Eso no tenía que pasar, Ángel —dijo Mauri—. Fue un accidente.

—La llamaste el día que murió. ¿Quedaste con ella?

—Yo solo quería hablar. Convencerla de que dejara las cosas del tamaño que estaban.

—Empieza por el principio.

—La culpa fue del enterado de Emeterio —dijo Tomás—. Empezó a soltar por ahí que esa muchacha estaba investigando, que por fin se iba a saber todo, que por una vez alguien le había hecho caso y se iba a saber lo de la conspiración que había contra César Manrique. Todas esas boberías. Y yo me empecé a preocupar.

—Usted conocía a Olga.

—Yo no sabía ni el nombre. Vino una vez, buscando a gente que hubiera trabajado en el Cabildo, para entrevistarla. A Ezequiel, mismo.

—¿Y a usted, lo entrevistó?

—A mí no. Yo nunca estuve en las cuadrillas. Yo trabajaba en la empresa de Blume. Y después me pasé veintipico años en el muelle.

—Pero la conoció.

—Me sacó una foto. Y poco más. Ni sabía que era novia tuya ni nada de nada, mi hijo. Pero cuando me enteré de que había hablado con el Ruin, me puse nervioso.

—Y no fue el único, Ángel —terció Mauri—. Yo acababa de llegar de permiso cuando mi viejo me comentó la movida. Yo no sabía que era ella, Olga.

—¿Cómo que no?

—Como que no. Tú y yo ¿cuánto llevábamos sin hablar?

—Entonces, ¿cómo coño te enteraste?

—Por mi primo David.

—¿David Rivallo?

—En realidad no es mi primo. La exmujer de él es prima segunda mía por parte de madre.

—Ya: aquí nada queda lejos, ¿no?

Mauri dijo que sí, que allí nada quedaba lejos, que todo el mundo conocía a todo el mundo. Y luego agregó que David lo había llamado a finales de febrero para contarle que Olga estaba metiendo las narices en las cosas de aquella época y decirle que avisara a su padre, a Tomás. Se lo decía como amigo, por hacer el bien, porque él y su familia no tenían ya nada que temer, pero a Tomás le podía

buscar un problema.

—David dice que no sabe nada de todo esto —dijo Ángel.

—Claro. No sabe nada. Seguro. ¿Cómo te crees tú que conseguí yo el teléfono de Olga para llamarla? Porque a ti no te lo pedí.

—No sé si creerte.

—Pues te lo puedes creer. Yo sé que David lo sabía, porque la misma Olga me lo dijo.

—¿Cuándo?

—Esa tarde. Cuando… Mira, yo, precisamente, la llamé porque David me vino todo agobiado, diciéndome que ella estaba atando cabos, que sabía que mi padre estaba en el ajo con la movida de César Manrique. En fin, que me dijo que, como yo te conocía a ti, a lo mejor podía hacer algo, no sé, hablar con ella. Te lo juro, Ángel, yo no pretendía hacerle nada.

—Ya. Y por eso quedaste con ella al borde de un risco.

—Fue ella la que me dijo de quedar allí. Cuando me di por conocido, me comentó que iba a estar sacando fotos y que nos viéramos por allá. Me lo dijo de buen rollo, Ángel, sin desconfiar. Yo no lo entendí en ese momento, pero no le pareció raro ni sospechó nada chungo. Y para allá me fui. Y le empecé a hablar de mi padre y de que las cosas que hacía él con el Ruin eran agua pasada y entonces fue cuando ella empezó a trabarse, a apartarse de mí, como loca, diciéndome que me alejara. Y yo intenté ir donde estaba ella y agarrarla para que se tranquilizara. Y entonces…, entonces…

—La empujaste.

—¡No! Qué coño… Fue al revés. La agarré, pero, al agarrarla, ella se asustó más y se soltó y, del tirón… Yo la intenté coger, de verdad, pero no llegué a tiempo. Cuando me di cuenta, ya se había caído.

Aunque fuese verdad, aunque la caída de Olga hubiese sido accidental, ella no había muerto en el acto. Mauri no había llamado a Urgencias. Simplemente, se había marchado y la había dejado allí abajo, agonizando. Ángel pensó todo esto, pero no lo dijo. Aún no. Necesitaba aclarar, antes, otra cosa. Entretanto, Mauri insistía:

—El cabrón de David fue el que nos comió la cabeza. A ella y a nosotros. Porque yo, solo en ese momento, cuando estábamos hablando Olga y yo, me di cuenta de que ella no iba detrás de mi

viejo, sino de la familia de Rivallo. Que él me utilizó para intentar callarle la boca. Pero, claro, yo no me di cuenta hasta después… Hasta cuando ya no se podía hacer nada.

—¿Y Antonio el Ruin y Emeterio?

—¿Qué pasa con ellos? —se hizo el nuevo Mauri.

—Pasa que están en casa de Antonio en Viéitez. Uno degollado y otro con tres tiros de una pistola que seguro que falta en la colección de aquí —dijo Ángel señalando al armero.

Padre e hijo se miraron, comprendiendo que no valía la pena mentir sobre aquello.

—Eso fue más culpa tuya que nuestra, mi hijo —dijo Tomás.

—Y una mierda.

Tomás fue a responderle, pero Mauri lo atajó extendiendo el brazo.

—Cuando te empezaste a trabar con ellos —dijo—, se me ocurrió que lo mejor era sacarlos del asunto. No te voy a decir que no fuéramos preparados para el tema, pero, en principio, nada más que queríamos hablar.

—Convencieron a Emeterio para que los llevara a la casa del Ruin, ¿no?

Mauri asintió.

—Antonio y yo no habíamos quedado muy bien —dijo Tomás—. Nos respetábamos, pero no teníamos trato. Por eso pensamos que era mejor ir con Emeterio. Ellos se tenían confianza.

—Y la verdad es que estuvimos a punto de que no hubiera violencia —dijo Mauri—. Antonio llegó a decir que por él no había problema, que el nombre de mi padre se lo llevaría a la tumba.

—Pero el subnormal de Emeterio empezó a ponerse bobo, con que si él se debía a la verdad y todas esas mierdas…

—Yo creo que nos quería sacar dinero, Ángel. O, vete tú a saber, igual se creía su propia película. La cosa es que el asunto se puso feo y tuvimos que… Bueno, ya sabes lo que tuvimos que hacer.

—Y Antonio se llevó el nombre de tu padre a la tumba, igualmente.

Se quedaron los tres en silencio. En realidad, no quedaba mucho que decir. Como si todos lo hubieran entendido a la misma vez, dieron un bufido casi al unísono.

—Joder, mi sargento —dijo Mauri—, nada de esto tenía que haber

pasado. Fue el pijo de mierda este, que nos lio.

—Ya. Con echarle la culpa a él, tienes, ¿no?

—¿Y a quién si no? Un Rivallo Blume. Los Blume y los Rivallo llevan toda la puta vida quitándonos hasta la cerilla de los oídos, aprovechándose de gente como mi padre. Ahí lo tienes: el hombre tuvo que vender su dignidad por un plato de comida. Y siguen como siempre, haciendo que nos matemos entre nosotros para salirse ellos con la suya. —Se volvió hacia su padre, para continuar hablando—: Díselo, viejo, dile los sueldos de miseria que pagaban, dile que si no hubieras hecho los trabajos esos bajo cuerda, nunca hubiéramos…

Mauri estaba a mitad de frase cuando observó, de pronto, que una expresión de horror se había pintado en el rostro de su padre. Se volvió hacia Ángel justo a tiempo de ver cómo este apretaba el gatillo del arma con la que apuntaba a Tomás. El disparo lo alcanzó justo en medio de la frente y el viejo portuario comenzó a desplomarse mientras Ángel giraba el arma hacia su hijo. Pero la ira y la sorpresa accionaron un resorte en Mauri, que dio un alarido mientras se abalanzaba sobre Ángel. En un mismo movimiento asió con la mano izquierda la muñeca de este y la alzó a la vez que sacaba el cuchillo de campaña que llevaba oculto en la cadera.

La hoja le entró a Ángel por el costado izquierdo, buscándole el alma. Pero él no se detuvo a sentir el fuego y la humedad de la cuchillada. Estaba más interesado en deshacerse del arma que no le serviría de nada si no podía apuntar a Mauri. Al hacerlo, sabía que este le soltaría aquella mano para tener la izquierda libre. Y así ocurrió. Mientras caía bajo su peso, sintió cómo la zurda de Mauri le aferraba el cuello de la camisa. Mauri se incorporó un poco para sacar el cuchillo y volver a asestar una puñalada, esta vez directa al corazón. No llegó a hacerlo, porque la navaja pequeña y fiable de Ángel estaba ya en su mano y, aun sin abrirla, usó su empuñadura para darle un golpe tremendo en el tronco del oído. Mauri titubeó unos segundos, los suficientes para que Ángel se girara y lo empujase. Y cuando se recobró e intentó levantarse, ya Ángel estaba de rodillas con la navaja abierta y entonces sí, entonces le dio el uso que tipos como ellos sabían darle a un objeto como aquel. Mauri sintió, con pocos segundos de diferencia, una punzada bajo la

axila izquierda, un navajazo que le cruzó el pecho en diagonal y una última cuchillada, dada de dentro afuera, como un rasguño, en la garganta. Esa última fue la que lo mató.

Ángel buscó algo con lo que contener la hemorragia. No halló más que unos trapos de cocina con los que se hizo una compresa y se fajó el costado. No era mucho, pero tendría que servir. Luego se paró en medio del salón y contempló el espectáculo.

Mauri aún no estaba muerto del todo. La punta del pie izquierdo le temblaba de lado a lado, mientras sus últimas sangres formaban un charco sobre el suelo de baldosas.

El viejo, en cambio, había muerto en el acto. Había caído en peso sobre la banqueta, que había quedado bajo sus lumbares, elevándolo como si lo hubiesen congelado en un ejercicio de estiramiento de espalda. En su rostro también había quedado petrificada una mueca de horror, rematada por los ojos que bizqueaban hacia el pequeño agujero de su frente. No había orificio de salida. La bala le había perforado el cráneo y se había quedado alojada allí.

Dedicó unos segundos a pensar en el justo azar de que hubiesen muerto como lo habían hecho, respectivamente, sus dos últimas víctimas. Y después no dedicó ni un segundo más a volver a pensar en ellos.

Agarrándose el costado, sin preocuparse de borrar sus huellas ni su rastro, salió a la noche, roto de dolor y respirando a duras penas, diciéndose que aún no podía morirse, que todavía debía ir a por el último indecente.

Según consta en el sumario, Ángel Fuentes dejó su coche de alquiler en la carretera y ascendió hasta Villa Margarita a pie, guiándose solo por la luna, que acababa de elevarse en el cielo y esa noche estaba en cuarto creciente. Parece ser que, una vez llegó a la casa de David Rivallo, se las ingenió para rodearla y saltar la tapia por la zona de la piscina sin ser advertido.

Resulta sencillo describir estas acciones. Pero no debió de ser fácil realizarlas. Para ese entonces, Ángel había perdido ya mucha sangre y, lo que es peor, la hemorragia interna le había dejado casi inservible el pulmón izquierdo. Mientras ascendía paralelo al camino, notaba una asfixia que lo hacía derrumbarse de fatiga a cada momento y, en el instante en que saltó la tapia, experimentó un dolor tan indecible que tuvo que invertir la mayor parte de las pocas fuerzas que le quedaban en no dar un alarido. Pero no lo dio. Era fundamental no darlo y no lo dio.

Se guio por la luz de la propia vivienda para acercarse hasta las puertas cristaleras abiertas, tras las cuales se escuchaba música de jazz (reconoció uno de los temas que Blas había pinchado en casa de Sonia y, tontamente, se regocijó por ello), y entró con sigilo en el salón en cuyo rincón David Rivallo tecleaba cifras en su ordenador, ajeno a su presencia, hasta que un reflejo, un paso o la mera respiración sorda de Fuentes lo hicieron volverse. Y, al hacerlo, al girarse en su sillón ergonómico, se enfrentó al hombre pálido y ensangrentado que esgrimía la navaja con la que pensaba matarlo. Iba a preguntarle qué hacía allí, qué pretendía, qué le había pasado, pero la voz asmática de Ángel se hizo oír para decirle:

—Vengo de hablar con Mauri. El primo de tu exmujer. ¿Te acuerdas de él, hijo de puta?

—No entiendo.

Ángel dio un paso hacia él, con la navaja pegada al costado, como había aprendido a hacer para evitar que el oponente se la arrebatara.

—Sí entiendes. Claro que entiendes. Se lo echaste encima, cabrón. Cuando Olga te contó lo de Antonio el Ruin, lo hizo porque pensaba que tú eras distinto y porque, en realidad, no lo iba a utilizar, porque no sabía quién era el compadre de Antonio y no podía comprobarlo. Te lo contó como cosa pasada. Pero tú te acojonaste, no fuera que alguien manchara el prestigio de tu empresa, el buen nombre de tu puta familia.

—Espera, eso no…

—Sí, Olga pensó lo que piensan todos: que eres un buen tipo, que no eres como los hijos de puta de tu padre y tu tío, que tú eres de una generación distinta. Toda esa mierda. No se dio cuenta de lo que yo supe desde el principio. De que eres un cabrón de los peores. Porque encima eres un cabrón cobarde.

—Oye, te estás equivocando. Yo no… —empezó a decir Rivallo, comenzando a levantarse e intentando sonreír lo más amablemente posible, pero dejó de hacer las tres cosas a un tiempo al ver la mirada de Ángel mientras daba un paso más hacia él.

—Ella confió en ti y tú la jodiste.

Esas fueron las últimas palabras de Ángel Fuentes. Un segundo después, algo se quebró en su interior. David nunca supo si fue un acceso de tos o un sollozo o ambas cosas a la vez, pero tras un brusco carraspeo las lágrimas se mezclaron con la sangre que le salpicaba el rostro y soltó un esputo negro que fue a dar al suelo justo ante sus pies.

Ambos se quedaron mirando el charquito de sangre venosa. Ambos se dieron cuenta de que Ángel tenía el tiempo contado. Pero solo él supo cómo aprovechar ese tiempo, porque, sin perder un segundo más, se arrojó sobre David Rivallo y le borró para siempre la sonrisa de una puñalada en el cuello.

Después se desmayó. Cuando volvió a abrir los ojos, estaba tendido en el suelo, boca arriba, mirando al techo que, ahora que se fijaba, estaba decorado con unas sutiles pinceladas amarillas y rojas que remedaban pobremente los dibujos abstractos de César

Manrique. A su lado, al alcance de su mano, David Rivallo agonizaba sin haber atinado ni siquiera a arrancarse la navaja de la garganta. Sobre el parqué de madera, las sangres de ambos hombres comenzaron a mezclarse y Ángel Fuentes volvió a cerrar los ojos y supo que nunca más volvería a abrirlos. Por eso se esforzó en dedicar esos últimos instantes a recordar lo mejor que le había ocurrido en aquella vida de mierda que había tenido.

Ángel Fuentes conoció a Olga Herrera en una barbacoa multitudinaria que había organizado un primo suyo en su finca de Teror. Había acudido allí con una rubia con la que se veía por entonces y a la que no tardó en perder de vista en medio de la fiesta. No le importó. Sobre todo cuando la descubrió a ella. Estaba sentada con Sonia y con otra amiga en un rincón del jardín, bebiendo vino y hablando de cine. Él no sabía nada sobre cine. Ni sabía cómo acercarse a aquella mujer menuda de mirada inteligente. Así que aprovechó que había una guitarra por allí, se sentó y comenzó a tocar. Olga no tardó en integrarse en el corrillo en el que durante horas sonaron canciones más o menos conocidas por todos. Pero fue de las pocas que se quedaron después, cuando el pop y los cantautores dieron paso a los boleros. Hacia el final de la velada, tocó un bolero que solo ella supo identificar. Se titulaba «El ciego» y era de Armando Manzanero. Después de cantarlo juntos, ella le sirvió un vino y se presentó. Y, antes de que la rubia volviese y le dijera a Ángel que estaba cansada, que quería irse a casa, consiguieron intercambiar sus números de teléfono. Ángel pensó que era un comienzo, una oportunidad de conocer a alguien diferente. Calculó que tendría que esforzarse mucho para que Olga quisiera volver a verlo, para conseguir que llegara a sentir por él algo parecido a lo que, sin poder evitarlo y un poco tontamente, él creía haber comenzado a sentir ya. Pero supo que tenía que intentarlo. Así que esa misma semana, nervioso como un colegial, la llamó para invitarla a tomar un café.

Mucho tiempo después, tras hacer el amor al atardecer en su piso de La Minilla, mientras oían a los demás vecinos del bloque llegar a casa para cenar, ella le confesaría que, aquella misma noche, antes incluso de presentarse, ya deseaba pasar la vida a su lado, compartir

con él todo el tiempo del mundo, todos los lugares del mundo, todo lo bueno y lo malo que le ocurriese, día a día, segundo a segundo, hasta el último.

Y ese, ese momento entre sábanas con Olga, ese atardecer de un mes de octubre en el que los demás hacían vida de familia mientras ellos hacían vida de amantes, fue el que Ángel estaba recordando justo en el instante en el que su corazón se paró.

EPÍLOGO

… claro está, la espiral de violencia y locura que desencadenó Ángel Fuentes en Lanzarote se cobró seis víctimas, incluyéndolo a él mismo. Al menos, eso es lo que pudo leerse en la prensa, escucharse en la radio, verse en los telediarios y los magacines informativos. Aunque jamás han quedado del todo claras las causas por las que asesinó a un compañero de armas y a tres jubilados que poco o nada tenían que ver con él, los medios sensacionalistas han puesto el foco en los indudables motivos pasionales por los que eligió al malogrado empresario David Rivallo Blume como su última víctima.

Ciertamente, el padre de su pareja, así como ciertos «activistas medioambientales» —por llamarlos de alguna manera— han difundido desde medios minoritarios material informativo que ellos juzgan esclarecedor, pero que solo ha conseguido enmarañar aún más el asunto y relacionar, para incomodidad de toda la sociedad conejera, los luctuosos sucesos de la primavera del año pasado con la figura del inmortal César Manrique, cuyo centenario habrá de celebrarse en este inminente 2019 con fastos que nadie desea ver salpicados con la sangre derramada en aquellos días.

A día de hoy, a nuestro juicio, poco más es necesario saber sobre hechos tan terribles y dolorosos. Pero sería de desear, en nuestra opinión, que se separara el grano de la paja y dejara de una buena vez de relacionarse aquella cadena homicida con la figura del más insigne hijo de Lanzarote, el artista que supo…

Blas cerró el periódico sin terminar de leer el editorial. Ya sabía lo que venía a continuación y su pausa para el café de media mañana ya se había alargado bastante. Pidió la cuenta y, mientras se la daban, llamó a Julia, que a esas horas aún estaría en el bufete.

—¿Hablo con la activista medioambiental número tres?

—¿Ya lo leíste? —le preguntó ella.

—En diagonal.

—¿Y qué te parece?

—La misma mierda de siempre.

—Opino lo mismo. Bueno, te dejo, que tengo reunión ahora.

—¿Comes en casa?

—Sí.

—Nos vemos allá, entonces.

Se levantó de la terraza dejando las vueltas en el platillo y, en vez de volver a la oficina, bajó la calle hasta el Puente de las Bolas. Diciembre había traído unos nubarrones ventosos que probablemente no descargarían, pero que ahuyentaban a los bañistas. Allí mismo, no hacía año y medio, Ángel Fuentes y él habían estado juntos, unos días antes de que Ángel hiciera todo aquello. Blas sabía que no habría actuado como Ángel, y que este se había equivocado al obrar así. Pero sabía que no todo era tan sencillo como las explicaciones oficiales querían. Que la verdad se iría hundiendo cada vez más bajo el burocrático silencio, bajo el hosco olvido. Que acabaría enterrada cada vez a más profundidad. Que permanecería oculta en lo más hondo, en las simas abisales de la infamia, allá donde solo llegan ciegas criaturas silenciosas ignoradas por el mundo.

Agradecimientos
y una aclaración

Esta novela fue escrita entre enero y diciembre de 2018, con el apoyo de una residencia de escritura de la Fundación César Manrique. Por ello, en el capítulo de agradecimientos, esta institución y todo su personal deben figurar en primer y destacado lugar. Pero desearía agradecer especialmente la colaboración de Fernando Gómez Aguilera y Chelo Niz, quienes, además de brindarme su hospitalidad, siempre han estado ahí, al otro lado del teléfono o el ordenador, atendiendo a cualquiera de mis necesidades e, incluso, mis caprichos de escritor maniático y fumador.

Además de ellos, muchas personas me han prestado su paciente asesoramiento acerca de aquellas cuestiones en las que son expertas: Mario Alberto Perdomo, Olmo García Caballero, Patricia Giménez Gómez, Vicente Corachán, Rubén López Fernández, Germán García García, Antonio José Teruel Alberich, Alberto Méndez Tabares, Félix Hormiga, Herminia Fajardo, Leandro Betancor y Trinidad Ferrer Mirabal. Otras dos personas —que prefieren no ser identificadas públicamente— me ilustraron acerca de la historia de los delitos medioambientales y de cuello blanco en la isla. A ellos, que saben quiénes son, les quedo también inmensamente agradecido por su tiempo, su paciencia y su generosidad. Y, hablando de generosidad, cerrando el círculo de quienes resultaron imprescindibles para la escritura de la novela, está Thalía Rodríguez, que no solo soportó, como siempre, mis neuras privadas, sino que, en esta ocasión, me acompañó en varios de mis viajes a Lanzarote y me sirvió de conductora y guía a través de toda la belleza de esa isla que ambos amamos.

La aclaración se refiere a las siempre lábiles fronteras entre la

ficción y la realidad. Como ocurre con la mayor parte de las personas y empresas que aparecen en *La ceguera del cangrejo,* el municipio de Viéitez y la playa del Lunar, convertida posteriormente en Playa Lunar, no existen. Dada la naturaleza de esta novela criminal, que tenía como trasfondo el legado de César Manrique y los atentados medioambientales, las corruptelas y los desmanes del desarrollismo en la isla de Lanzarote, consideré oportuno inventar ese noveno municipio. Viéitez está en Lanzarote, pero podría haber estado en cualquier punto de las sufridas costas españolas.

Las Palmas de Gran Canaria,
a 29 de diciembre de 2018

UN TÍO CON UNA BOLSA EN LA CABEZA

«Dicen que quien va a morir recorre en un momento todo su decurso temporal y "ve" su sentido. En esta concentrada actualización de la totalidad del pasado consiste precisamente la "repetición": el hombre "repite", vuelve a vivir en un "instante", junta y apretada, su vida. La "repite", no como espectador, sino como su autor responsable».

Ética, JOSÉ LUIS L. ARANGUREN

«Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad *de un solo momento:* el momento en que el hombre sabe para siempre quién es».

«Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)»,
JORGE LUIS BORGES

«… buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno…».

Las ciudades invisibles, ITALO CALVINO

«En tu penumbra, los ojos ven hacia delante: no saben adivinar el pasado».

La muerte de Artemio Cruz, CARLOS FUENTES

«… según fuentes de la investigación, los agresores huyeron con el botín, dejando a su víctima maniatada y con la cabeza introducida en una bolsa de basura…».

La Voz de la Isla,
martes, 14 de noviembre de 2017

Habría apostado cualquiera de mis muertes a que la qe habría de tener no sería esta. Habría podido imaginar un ictus, una perforación intestinal, un hígado o un páncreas reventados de pronto sin darme tiempo a casi nada. O un cáncer. Un cáncer lento. De los que te duran años y te permiten pasar por todas las jodidas fases del duelo mientras te pudres poco a poco y te dejan poner las cosas en orden, despedirte, hacerte a la idea, morirte tranquilo y hasta el culo de morfina, mirando hacia arriba para ver antes a Dios, como dicen que mueren los justos. Incluso una hostia con el coche. Eso sí que me lo habría podido imaginar. Con el Audi. O, mejor, con el Lexus. Si te vas a ir a la mierda, mejor en un cochazo de cojones, no como Rafael, pobre Feluco, que se mató en un Suzuki Santana. Habría estado muy bien, una muerte por todo lo alto: una breva en un coche, pero una de las buenas, de las que te estroncian contra un poste de luz o te desriscan o te dejan aplastado debajo de una hormigonera. De esas en las que lo último que te pasa por la cabeza es el radiador del coche. Será por muertes que uno se ha ganado, joder. Si soy candidato al infarto desde hace más de diez años, coño, y hasta se me llegó a amenazar una vez con arma de fuego y el arma de fuego era una escopeta del doce y el que la empuñaba estaba a un metro de distancia, con los ojos inyectados en sangre, ira y ron y las manos llenas de ganas de apretar el gatillo y partirme en dos y, además, aunque ese hombre era mi hermano, tenía buenos motivos para pegarme un tiro. Así que sí: un escopetazo, un infarto, un cáncer, un accidente, un ictus. Todo eso habría podido esperármelo, me lo habría ganado y hasta habría sido lógico. Pero, fíjate tú, quién habría podido pensar que al final el final llegaría porque dos chorizos de los torpes se olvidaron de hacer un puto agujero en una bolsa. Y sí, compadre, *c'est fini*, *rien de rien,* te dieron finiquito, primo, y tu

nombre va a aparecer ahí, en el periódico, hacia la parte última, la de los ultimados, la que viene después de los anuncios de las putas, donde publican cada día la lista de los que tienen prohibida la entrada al corteinglés. Ese era el chiste que soltaba el Viejo todos los días como si fuera nuevo, como si se le acabara de ocurrir: llegábamos al bar, abría el periódico por el obituario y decía Voy a leer la lista de los que tienen prohibida la entrada al corteinglés, y se reía como si también nosotros debiéramos hacerlo. Y vaya si lo hacíamos. Vaya si nos reíamos los tres, Saulo, Tano y yo. Tano, con aquella risita de chacolín, aquella rafaguita aguda y mierdosa que enervaba a cualquiera. Saulo, más comedido, con una carcajada asmática, como si le diera vergüenza, como si la risa fuera una debilidad, pero moviendo los hombros flacos dentro de aquellos trajes de vendedor de enciclopedias que solía ponerse, para fingir que la risa le llegaba desde muy adentro hasta aquellas hombreras que siempre tenía salpicadas de caspa. Yo, no sé, vete tú a saber cómo me reía yo. Uno nunca se pregunta cómo es su propia risa. Yo creo que me río bien, que tengo una risa simpática, de las que se contagian. Por lo menos, con la mayoría, cuando me río me acompañan. Como si la risa fuera un río. Como si se dejaran arrastrar por la corriente. La corriente del río de la risa. Con Gladys, con Pedro, con Chago es así. Pero también es verdad que puede que no les haga maldita la gracia y se rían conmigo por miedo, por peloteo, porque son unos hijos de puta que me rodean como buitres que esperan a que el león se despiste para arrojarse sobre su carroña, igual que hacíamos Saulo, Tano y yo con el Viejo. Porque ahora yo estoy en el lugar del Viejo. Porque ahora el Viejo soy yo. En sus tiempos, en tiempos del Viejo, yo no era más que uno más, un trepa, como lo éramos todos los Cachorros de Colacho. Sí, esos éramos nosotros: los Cachorros de Colacho. Nos bautizaron así los enemigos y así nos quedamos y hasta lo terminamos aceptando como nombre de guerra, porque eso es lo que pasa cuando te ponen apodo en esta parte del culo del mundo, donde los nombretes son fáciles de poner y difíciles de quitar, como decía mi viejo. No el Viejo, sino *mi* viejo, mi padre, un tipo recto, serio, que trabajó toda su vida como un cabrón para llevarse a la tumba solo el traje con el

que lo enterramos. Yo no quería ser como él, como mi viejo, o, al menos, no quería acabar igual. Por eso me fui arrimando al Viejo, aquel que no era el mío, y no me importó no ser recto ni serio, no me importó ser un trepa, un listillo, uno de los Cachorros de Colacho, un sorrocloco, porque, como solía decir el Viejo, no el mío, sino el otro, Nicolás Umpiérrez Bosch, alias Colacho el Viejo, como solía decir, digo, él, Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente. Ya sé que también se dice que planta que nace en maceta nunca pasa del pasillo, pero en este país, en esta isla, en este pueblo, hubo un momento en que hubo una oportunidad, la oportunidad perfecta, y, qué se le va a hacer, yo supe aprovecharla. Por eso me afilié y por eso me arrimé al Viejo y le reí las gracias, por eso me fingí amigo de Tano y de Saulo y me convertí en ese tío simpático que soluciona problemas y apoya justas reivindicaciones, sobre todo si son las reivindicaciones y los problemas de gente que podrá un día devolverte el favor. Ahora que lo pienso, con Tano sí que fuimos amigos. Da igual lo que pasara luego. Sí fuimos amigos. De hecho, él fue quien me facilitó entrar, quien me presentó al Viejo y me enseñó cómo iba el asunto y me aconsejó sobre qué debía hacer y qué no. El pobre nunca se portó mal conmigo y poco o nada tengo que echarle en cara, no como con el cabrón de Saulo. Menos al final. Y, hasta en ese momento, Tano fue más torpe que malo. El malo fui yo, porque soy de los que prefieren ser malos a ser torpes. Pero ahora eso qué más da. Si me queda poco. En realidad, ¿cuánto me queda? Una vez leí que un tipo había aguantado sin respirar veinte minutos. ¡Veinte putos minutos sin respirar! No me jodas. Pero eso lo hizo un tío preparado, un amneísta. O un apneísta. O como diantre se diga. Danés, me parece que era el hombre. Pero yo, un cincuentón de dos cajetillas diarias, ¿cuánto puedo aguantar? ¿Dos, tres minutos? Y encima sin prepararme, sin hacer respiraciones primero. Sin ni siquiera saber que los dos changas de hoy iban a estar ahí, esperándome. Bueno, no sé. Todavía respiro. Todavía hay aire en la bolsa. Y chica no es. Es de las de basura. Todavía igual tengo suerte. Todavía es capaz que llega Nisita y da tiempo. No sé si venía hoy. Viene los martes y los jueves. Y hoy ¿qué día es? Lunes, me cago en la puta.

También habrían podido venir mañana, carajo. Pero no: tenían que venir hoy, los muy hijos de puta. Tenían que venir hoy, que no viene Nisita, hoy, que no viene nadie. Y no van a volver, eso está claro. Encontraron lo que querían y se piraron. Aquí está, dijo uno, el más pureta, el de la voz de ronero. Ya está, por patas. Se dijo, compadre, dijo el que sonaba como un cenicero lleno de colillas de porros. Y se fueron, con ese ruido de botas camperas y bolsa de plástico que luego fue el sonido de una moto alejándose. La bolsa de plástico en la que iban las perras. El problema es la otra, la de basura. La que me pusieron en la cabeza. La que me apretaron al cuello con cinta. Esa no me la quitaron. Por las prisas, porque estaban acojonados, porque se despistaron, porque se olvidaron o porque se la suda, pero no me la quitaron y por eso me voy a morir. Al final, después de tanto lío y de tanto plantarle huevos a la vida voy a cascar por ¿cuánto? ¿Cuánto tenía? ¿Cuatro ochocientos? Algo así: menos de cinco mil, en todo caso. Lo que me entregaron ayer más unos ochocientos que tenía yo. Vas a cascar por menos de cinco mil euros, Gabrielo. Pura calderilla. Ni siquiera buscaron la caja fuerte. Y mira que la tenían cerca, ahí mismo, detrás del cuadro. Te jodieron por chatarra, a ti, que has manejado cientos de miles. Por chatarra y porque por una vez que alguien se atreve a jugártela resulta que son un par de chapuceros. Porque profesionales no son. Estos son dos muertosdehambre. Y de aquí, del pueblo. Eso fijo. Estaban esperando en el porche. Sabían a qué hora iba a salir y sabían lo que tenía. Me llamaron Gabrielo. No Gabriel. Me llamaron Gabrielo. Como me llaman todos aquí. No te muevas, Gabrielo, dijo el ronero. Si te mueves te arranco la cabeza, cabrón, dijo el mariguanado mientras me empujaba por la espalda contra la pared, mientras me ponían la bolsa en la cabeza y me echaban las manos atrás, antes de

empujarme otra vez para dentro, para casa. Así que sí, son del pueblo. Son de San Expósito o poco más lejos. De los fulanos que se juntan en la plaza. O gente de la construcción. Alguno de los del paro. A lo mejor han hecho cola en la puerta de Gladys para pedir una ayuda. O no. A lo mejor solo son unos mataos de los de la plaza. Pero son unos chapuzas. No creo que se atreviera ninguno de los de Berto. Y de los del Boris no son. Esos son profesionales, tíos winstrolados, de los que tiran de cacharra. Y gastan acento. Y estos dos eran más canarios que el gofio. ¿De los que trapicheaban con César? Vete a saber si alguno de esos salió ya del talego. Un cuchillo sí tenían, al menos, porque lo noté en los riñones. Qué putada no haberles visto las caras. Pero es que no me dio tiempo a nada. Ahí, en el porche, como dos ratas, esperando. Quién se va a imaginar, en la propia casa de uno. Bueno, a llorar al parque, Gabrielo. Tanto protegerte de la jueza Espinosa, tanto cuidadito con las comunicaciones y tanto barrido electrónico y no se te ocurrió nunca que aparecieran un par de changas interesados solo en la pasta. Gilipollas. Merecidito te lo tienes. Me voy a enterar de quiénes son y se van a cagar. Eso luego. Ahora lo importante es salir de esta. Si salgo de esta. Pero no salgo. Fijo que no salgo. A menos que piense. Vamos a ver: Nisita no va a venir porque es lunes. No son ni las ocho. Y yo había quedado con Chago a las ocho en la oficina. Para allá salía cuando me trincaron. Lo que pasa es que a Chago no le va a parecer raro que me retrase. Así que hasta las ocho y media o las nueve nadie me va a echar en falta. Y primero me llamará. No va a venir sin llamar primero. Eso si se atreve a venir. O a mandar a alguien. En todo caso, antes de las nueve no va a aparecer nadie por aquí. Y no voy a aguantar tanto. El móvil me lo sacaron del bolsillo. Ha de estar por ahí, en algún lado. El inalámbrico está en la base. Los teléfonos. Qué bobomierda. Para qué me van a servir. Para qué me sirven los teléfonos si no dispongo de las manos, si no me puedo mover, si no puedo ver nada porque la bolsa es de basura, de esas de color azul quirófano, y no veo nada. Por lo menos es perfumada. La bolsa es perfumada. Es de basura, pero perfumada. Ahora las bolsas de basura vienen con perfume. Antes eran bolsas, sin más. Olían a plástico antes de oler a embutido ácido, a leche agria, a

calamares podridos, a colilla mojada. Sí: primero olían a plástico y luego a basura. Antes el plástico era plástico. Y la basura era basura. Ahora la basura no existe. Me lo dijo un técnico una vez, La basura no existe, don Gabriel, solo el desorden; lo que llamamos basura son simplemente cosas que no están en su lugar: todo aquello que pensamos inservible y que colocamos en cualquier lado, si lo ponemos en su sitio, deja de ser basura y vuelve a servir. Seguro que el discursito no era suyo. Seguro que lo había leído en algún libro. Era uno de esos pollabobas con gafas y camisa de cuadros, un ingeniero que tenía hecho un estudio de la puta hostia sobre el tema. Pues bien, ¿la basura no existe? Cojonudo. Eliminamos la palabra basura y buscamos una más bonita. ¿Residuos va bien? Pues lo llamamos residuos. Y a lo de separar la basura y reciclarla lo llamamos gestión de residuos. Y a los vertederos los llamamos ecoparques aunque sigan oliendo a la misma mierda de siempre. Y si antes ya era un negocio lo de recoger la basura, esto es la rehostia. Porque la cosa se multiplica. Los bisnes que nos hemos hecho aquí gracias a eso, madre mía. ¿No querían ecologismo? Pues toma ecologismo: vidrio, papel, aceite, latas, plástico, orgánico. Hasta las pilas. Todo separadito. Y las contratas también separaditas. Más gente a la hora de merendar. Y, por cada contrata, una mordidita. Y todos contentos. Eso es lo bueno del perfume. Hasta que todo es perfume mezclado con aire enrarecido. Como ahora. Aún hay aire en la bolsa. Un aire que se va volviendo pesado. Un calor de la puta madre y el sudor que hace que la bolsa se pegue en la frente al inspirar y puede que hasta me esté colocando con el perfume ese que le ponen a la bolsa de basura para que no parezca de basura. Aunque hay aire todavía, aún hay aire. Pesado, caliente, pero hay. Puede que los tíos sí que hayan abierto un agujero y que yo no lo vea. ¿Por qué no lo veo? Claro, melón: puede que el agujero esté por detrás, en la zona de la coronilla. El totiso, como le decía tu viejo. Estaría bien que, aunque tú no lo vieras, los tipos hubiesen dejado ese agujerito, por chico que fuera, para que el aire siga entrando y saliendo. Pero no. No hay agujero. No hay agujero ni en el totiso ni en ningún otro lado de la bolsa, porque, si lo hubiera, el aire que entra y el aire que sale en algún momento habrían

llegado a alcanzar algún tipo de equilibrio. Y no es así. La asfixia crece y crece y crece y no para, todo es cada vez más denso, más pesado, más agobiante. Aquí, dentro de la bolsa (yo no estoy dentro de la bolsa: dentro de la bolsa está solo mi cabeza, pero tener la cabeza dentro de la bolsa es estar dentro de la bolsa. Si tuviera un pie o una mano dentro de una bolsa, tendría un pie o una mano dentro de la bolsa, pero yo no estaría dentro de la bolsa, no diría que lo estoy. Pero lo que tengo es la cabeza, así que yo *estoy* dentro de la bolsa, porque yo *soy* mi cabeza más que mi pie. Yo soy mi cabeza, yo soy siempre solo lo que está dentro de mi cabeza), entonces, aquí, dentro de la bolsa, el aire se enrarece cada vez más, no hay punto de equilibrio que valga, no hay parada, crece el calor crece el sudor crece la náusea ni se te ocurra vomitar crece la muerte. La muerte va medrando por la superficie de plástico azul como la hiedra por un muro en esos documentales en los que usan *time-lapse* para que veas en unos segundos lo que dura días o semanas o meses. *Time-lapse.* Queda chulo. Decirlo, digo: *time-lapse*. El palabro me lo enseñó Chago cuando las elecciones de 2015, al explicarme el vídeo que íbamos a usar para la campaña. Un amanecer en *time-lapse* del *skyline* de San Expósito, dijo, usando las manos para dibujar una pantalla que solo veía él y en la que aparecían cosas que solo él entendía. La madre que lo parió al Chago cuando se pone gafapasta. Después ya me explicó lo que era el *skyline* y lo que era el *time-lapse.* Qué cosa, lo del tiempo, no sé cuánto llevo aquí, quizá un par de minutos, quizá diez, quizá unos segundos nada más, porque aquí dentro, dentro de la bolsa, dentro de mi cabeza, dentro de mí, el tiempo se estira y se encoge, va hacia atrás o hacia delante aunque yo sé que eso es solo dentro de mi cabeza, porque el tiempo es como es, va a su bola, siempre hacia delante siempre al mismo ritmo y cada segundo pasa un segundo y esto es lo que hay y cada segundo que pasa es un segundo menos que vives, un segundo que echas hacia atrás, y yo, a cada segundo me estoy muriendo un poco más. ¿Dónde vi lo del *time-lapse* de la hiedra en el muro? Sí. Aquel documental sobre esa musaraña pequeñita que vive en los muros que hacen los agricultores. La musaraña brusca. No: la musaraña etrusca. Decían en el documental

que es uno de los mamíferos más pequeños del mundo. Es chiquitita chiquitita. El corazón le late a mil doscientas pulsaciones por minuto. Un bicho de mierda con el corazón como un caballo dopado. Como yo ahora. Tengo un corazón de musaraña etrusca. Un proyecto de rata que tiene que comerse cada día más que su propio peso para poder sobrevivir. Vive solo para comer. No hace otra cosa que buscar gusanos y moscas para devorarlos. Un apetito de la hostia. Uno no puede controlar a qué ritmo le late el corazón. Te puedes aguantar las ganas de mear o de cagar. Un pedo o un eructo. No un estornudo. Ni el ritmo del corazón. La respiración, a lo mejor sí. Claro que sí. Controlar la respiración. ¿Es mejor que haga respiraciones cortas o largas? Cortas y lentas. Hay que racionar el aire. Mejor cortas. Aunque, de vez en cuando, estoy haciendo una larga, profunda. No quiero, pero la hago. No lo puedo evitar. Como tampoco puedo evitar este puto corazón acelerado de musaraña etrusca. Uno no puede evitar que el cuerpo haga por su cuenta ciertas cosas: esa inspiración profunda, el latido acelerado, débil pero acelerado. Lo sientes así, rápido y flojo, el corazón. Incesante, inútil, un niño chapoteando en la marea que se lo lleva mar adentro. Lejos, cada vez más lejos. No pensar en niños ahogados. Mala idea. Malísima idea. Mejor la musaraña. Qué carajo, la musaraña tampoco te va a salvar. Como tampoco te salvará gritar. Gastarías más aire y, total, quién carajo te va a oír. Claro: me voy a hacer el chabolo más grande de todo el puto pueblo. Pero no lo voy a poner en el pueblo, sino a tres kilómetros. Que se vea al entrar o al salir de San Expósito. Pero de lejos, desde la carretera general. Me cago en Dios. Más bobo y no nazco, coño. En fin, tampoco gritar. Ni gritar ni la musaraña. Pero piensa, carajo, piensa. Que cuando llegue la muerte, te trinque pensando en cómo vivir, no en un animalucho que viste en un documental. Vamos a centrarnos. No existen los problemas; solo existen las soluciones. Eso también lo decía el Viejo. Vamos a centrarnos. Estoy en el salón, en mi propio salón. Las manos atrás. Los pies juntos. No usaron cinta. Usaron bridas. Latiguillos de esos, de plástico. Y los latiguillos los unieron con soga de pita. En el sofá. Estoy en el sofá. De lado. El lado derecho. Con la cabeza sobre el brazo del sofá. Delante de mí, entonces, tengo el respaldo. Si me

doy la vuelta, quedo hacia el otro lado. Mejor si me doy la vuelta. Si me doy la vuelta. Me doy la vuelta. Ya. Ya me giré. Ahora de frente. Algo es algo. De frente, casi al borde del sofá. Delante de mí está la mesa de centro, sobre la alfombra. Más allá, el espacio grande, el carrito de las bebidas. En el otro extremo, el centro de ocio. La tele, el aparato de música, los cedés, los deuvedés. La librería chica, para que las visitas vean algo encuadernado. Y, sobre la librería, el cuadro de Tàpies. El cuadro de Tàpies y la caja detrás. Si me giro un poco más a la izquierda, me caigo. Lo puedo hacer. Pero ¿qué consigo si lo hago? Solo caerme. Caer entre el sofá y la mesa de centro. Mejor no. Ahorra fuerzas. Que todo movimiento sirva para algo. Si no, si no sirve, mejor no te muevas. Ahorra fuerzas. Aletárgate. Como un tardígrado. El osito de agua. Ese animalito microscópico que puede vivir cientos de años. Cuando no tiene las condiciones adecuadas, se deshidrata, se aletarga, se queda ahí, como muerto. Pero no está muerto. Espera hasta volver a tener agua y oxígeno o lo que coño necesite para sobrevivir. Y entonces vuelve a la vida. Algunos han vivido trescientos años en la hoja de un helecho. Han viajado al espacio en el fuselaje de los satélites. Han regresado y han sobrevivido. Está demostrado. También lo vi en un documental. Si un invertebrado de mierda puede sobrevivir a eso, tú puedes aguantar un rato en tu propio salón, hasta que Chago o quien carajo sea se dé cuenta de que no estás. Hasta que alguien te eche en falta y vengan a por ti. Estas son las putadas de vivir solo. Mejor solo, digo yo siempre a quien quiera oírme. Mejor solo que mal acompañado. Mejor solo sin Sol. Mejor solo sin Maru. Sin los pibes. Sin el pibe. Cosas que se dicen por decir. Y las cosas que se dicen por decir son mentira la mitad de las veces. Tú lo sabes. Y esos a quienes se las dices también lo saben, aunque respondan a la sonrisa cínica como responden a tus chistes malos, navegantes del río de la mentira, haciendo de espejo. De espejo que deforma. Lo de Sol no fue nunca nada más que un espejismo, un puto espejismo de veinticinco años, piel cobriza y voz de contralto que sabía decir las cosas que a mí me volvían tonto. Pero tonto perdido. Todos pensaban que me tenía engatusado porque estaba buena, porque follaba bien, porque la debía de chupar de puta madre. Y sí, claro que estaba buena, que

follaba bien, que la chupaba como nadie. Pero era su voz. Su voz y cómo me miraba cuando me decía aquellas cosas. Cuando les quitaba importancia a todos los problemas que yo me traía a casa. Cuando hacía desaparecer todos los agobios. Ay, papito, relájese ya, decía. Deje ya la regañadera, que todo va a estar bien. Era una voz de gata que volvía de estar toda la noche fuera, voz de niña vieja. Y cómo me miraba, con aquellos ojos castaños de perderse para siempre en ellos. Normal que me quedara idiota. Normal que fuera tan gilipollas y no supiera o fingiese no saber lo que todos sabían. En fin: ella hizo lo que tenía que hacer, lo que yo mismo habría hecho de estar en su lugar. Y yo saqué cinco años cojonudos haciéndome acompañar y follándome cuando quería a la hembra perfecta. Bien que se lo cobró luego. Bien que se lo sigue cobrando. Pero sin rencores, Gabrielo: la piba se ganó hasta el último céntimo. Otra cosa es que después te saliera rana. Ahora que lo pienso, la única que me va a echar de menos es ella. Porque va a dejar de cobrar. Hija de puta. Me vas a echar de menos, Sol. Mucho. Vas a tener que trabajar para ganarte la vida. O arrimarte a otro que te mantenga como te he mantenido yo. Todo para Maru. Todo va a ser para Maru. Para los pibes. Para el pibe. Y para los de Feluco. Qué suerte que no te dejé preñada. Si te llego a preñar, entonces sí que tendrías un chollo vitalicio. Pero no te preñé, cabrona. Con Yeray y con Maru, todo arreglado. Arreglado desde hace tiempo, desde que te tomé la matrícula. Desde que me viniste con lo que tenías para joderme la vida y yo hice números y entendí que me sale más a cuenta mantenerte, darte ese sueldito todos los meses, que dejar que fueras a la Fiscalía. Fiscalía. La UDEF. La Guardia Civil. Una posibilidad. Una puta posibilidad: se supone que me están vigilando, ¿no? ¿No es su obligación intervenir? Quiero decir: si ellos están vigilándome y ven que estoy en peligro de muerte, se supone que tienen que intervenir, ¿no es verdad? A no ser que yo me haya dejado llevar por la paranoia y en realidad no haya nadie vigilando, nadie haciéndome el seguimiento. Y, aunque me estén vigilando, a lo mejor no están ni aquí. Yo, mejor que nadie, sé lo fácil que es vigilar a alguien: poner cámaras y micros, almacenar ese material y verlo luego. Pero eso es una tontería: aquí no hay cámaras ni micros. Me

aseguré bien. La agencia hizo un barrido completo. También se me ocurre otra posibilidad: que los tipos que han hecho esto sean de la madera. O vengan de parte de la madera. Coño, sería un buen plan. Como no me muevo, como no me comunico, hacen esto y esperan, a ver a quién llamo. Si es así, si esto ha sido así, puedo estar tranquilo. No me van a dejar morir. Solo me quieren acojonar. Volverán. O a lo mejor no necesitan volver porque en realidad la bolsa tiene un agujero por detrás. No. No puede tenerlo. No lo tiene, cojones. Si lo tuviera, no estaría esto cada vez más asfixiante. Hacer un agujero. ¿Puedo hacer el agujero? Sin manos. No puedo contar con las manos. ¿Qué más tengo? Claro, carajo. ¡Hazlo tú, cojones! La boca, Gabrielo. ¿Para qué tienes la boca?

Aspirar. Aspirar lo suficiente. Aspirar lo suficiente para atraer la bolsa. Aspirar lo suficiente para atraer la bolsa a la boca y morder. Aspira. Aspira. Aspira. Nada. ¡Joder! Todo el rato pegándoseme a la cara cuando respiro hondo y ahora no consigo alcanzarla. Se acerca, pero se queda ahí, a un par de centímetros. Casi la toco con la lengua, pero no. Ahora la tengo. Ahora la tengo trincada con los labios. Chupa. Chupa. Chupa, chupa, que yo te aviso. La mujer del inventor del chupachús se llamaba Chus. Mal momento para chistes malos, carajo. Trago, aspiro. Ya la tengo entre los dientes. Te voy a romper, no. Va a ser que no. No te rompo. Sí, ahí está, entre los dientes. Tengo la bolsa entre los dientes, entre los comillos, ahí mismo, pero es más elástica de lo que creía. Sabe al perfume, coño. No hay modo de romperla. Habría que agarrarla desde fuera, fijarla para poder tirar con los dientes, conseguir hacer un agujerito con los colmillos. Por chico que fuera, siempre lo podría agrandar luego. Con la lengua, por ejemplo. Pero primero hay que hacerlo. Conseguir fijarla de alguna manera para romperla con los colmillos antes de desmayarme. Porque me voy a desmayar. Eso seguro. Fijo que me desmayo, porque, para colmo, tengo plástico en la boca y ese plástico sabe como deben de saber esas pastillas que ponen en los urinarios de los bares, de los aeropuertos, de los balnearios, y estoy todavía más asfixiado y me mareo. Si me desmayo, entonces sí que no hay oportunidad. Mejor soltar la bolsa hasta que sepa qué hacer con ella. Abrir la boca. Ahorra aire. Ahorra energía. Ahorra cordura. Raciona. Raciona el aire. Las fuerzas. Lo más jodido que te puede pasar en este momento es que te desmayes, Gabrielo. Con lo que tú has sido, coño. Y ahora aquí, maniatado, dentro de la bolsa. En tu propio sofá. En tu propia casa. En tu propio pueblo. Bueno, ya no es un pueblo, pero lo fue. Qué coño: antes del Viejo, ni a pueblo

llegaba. El Viejo lo hizo. Eso hay que reconocerlo: San Expósito es la obra del Viejo. Y tú se lo supiste reconocer. Por eso le pusiste su nombre a la plaza, al pabellón deportivo, a la sala que hay al lado del salón de plenos. Sala Nicolás Umpiérrez Bosch. Pabellón deportivo Nicolás Umpiérrez Bosch. Plaza Nicolás Umpiérrez Bosch. Que a Dios lo que es de Dios y tú, desagradecido, nunca fuiste. ¿Te dedicarán algo a ti algún día, aunque sea una calle? Calle Gabriel Sánchez Santana. Los apellidos tuyos no visten tanto. Umpiérrez Bosch suena mejor. Pero ya podrían enrollarse y dedicarte algo. Que quede algo de ti como queda del Viejo. Una calle, un salón, un auditorio, una biblioteca. Tú no eres mucho de bibliotecas, pero para algo ejerciste cuatro años de concejal de Cultura. Bueno, Deportes, Cultura y Festejos. Pero Cultura también. Biblioteca Gabriel Sánchez Santana. No queda mal. Aunque, en realidad, igual lo que te mereces es un puticlub. Whiskería Gabriel Sánchez Santana. De pena. La mejor manera de que a nadie se le empine. Whiskería Gabrielo. Tampoco. Todo esto da igual. Todo da igual. Todo. Raro será que se acuerden de ti. Vaya, acordarse se acuerdan todos los días. Para cagarse en tus muertos más frescos. Que hay mucho envidioso, mucho cabronazo, mucho pollaboba suelto. No ostentes, te decía el Viejo. No seas ostentoso: la gente no te perdona el éxito. Te puede perdonar un fallo, una tara, un error y hasta un fracaso. Incluso las debilidades. Te pueden trincar follándote a un cochino en la fuente de la plaza y te lo perdonarán si dices que estabas borracho y que no sabías lo que hacías y que tienes un trauma infantil y que, al fin y al cabo, el cochino consintió. Lo que no te van a perdonar es que tengas un coche más caro que el suyo, que vivas en un casoplón, que lleves un peluco que vale el sueldo de seis meses. Hazme caso, Gabriel, que yo me conozco las cabras que guardo: un coche normalito, una casa más o menos digna, un reloj de los que simplemente dan la hora. Le tenía que haber hecho caso al Viejo. Si se lo hubiera hecho, el día de mañana habría una calle o un colegio con mi nombre. Si se lo hubiera hecho, a lo mejor no estaría aquí, palmándola poco a poco. Ninguno de nosotros se lo hizo. Por eso tengo a la Fiscalía detrás. Y por eso precisamente trincaron a Tano, por no ser discreto. Vale que yo podría haber

hecho algo, pero, no me jodas, irse a Salzburgo en el *jet* privado de Hoffmann, justo antes de la recalificación. A quién carajo se le ocurre. Y encima dejarse trincar por la prensa. Que también es casualidad que el director de *El Heraldo* estuviera por allí, coño. Que mira que es grande Austria. Que mira que es grande el mundo. Pero da igual: si no hubiera sido ostentoso no habrían ido a por él. A mí me habría gustado que le fuera mejor, hacer algo para ayudarlo. Lo que pasa es que, chico, si te tiras por un puente, no me pidas que me tire detrás ni intentes arrastrarme contigo. Y es verdad lo que me decía el Viejo. Lo que nos decía a todos. Míralo a él, al Viejo: podrido de pasta desde la cuna y vestido siempre como un labriego que va el domingo a misa, con suéteres de Fred Perry y trajes normalitos. Con aquellas camisas de cuadros y los pantalones de tergal o incluso vaqueros. Se movía en el *jeep* de toda la vida y, cuando se le jodió, se compró un cuatro por cuatro de los normalitos, un Montero que luego le duró también años y que solía llevar tan lleno de polvo que podías plantar batatas en el capó. Y se preocupaba de que lo vieran tomando el café en Casa Boro cada día y, de vez en vez, comiendo pescado frito en el Bochinche La Estaca, ahí, donde todo el mundo, dejándose tutear y repartiendo palmaditas en el hombro. Eso sí lo aprendí de él: parecer cercano, hacerse tutear. Los que fardaban eran la mujer y los hijos. Ahí es donde se notaba la pasta, en las joyas de ella, en las motos y los coches de los pibes, en los viajes que se metían y las fiestas que daban. Pero a él lo veías y pensabas que venía de sachar papas. Era listo, Colacho. Él supo hacer de San Expósito lo que es. Y no lo hizo por los otros, no lo hizo para los demás, como solíamos decir en los mítines o al recordarlo. Lo hizo para tener todavía más pasta que la que tenía cuando nació. Que esa ya era mucha, porque era nieto de la Condesa y el padre era buen administrador. La verdad es bonita: aunque lo hiciera por ambición, muchos se han beneficiado de lo que es ahora San Expósito, de Playa Siroco y los dinerales que han circulado por aquí. Porque cuando el Viejo era joven esto no era más que una aldea de mierda al pie de una montaña, unos cuantos caseríos desperdigados por el barranco del Muerto, el muellillo de pescadores y las cuarterías de las tierras de la Condesa. En medio,

solo riscos y piedra volcánica y tuneras y pitas. Si la isla fue siempre el culo del mundo, esto no llegaba ni a almorrana. Hace sesenta años aquí no vivirían más de mil o dos mil salvajes embrutecidos por la pobreza, analfabetos, bestias como ellos solos, pescando lo que podían con sus barquillas o trabajando en fincas miserables donde tenían gallinas, un par de cabras y una gavia de terreno que daba más disgustos que verdura o alquilándose por poco para que a la Condesa le saliera rentable el latifundio en la zafra de la caña, del plátano, del tomate o de lo que tocase según la década y la temporada. Hasta los sesenta, nadie quería llegar hasta aquí, tan al sur, tan hacia el fuego y la sed, tan hacia la parte de abajo de la miseria. Los turistas se quedaban en la capital o en las urbanizaciones que salpicaban la costa oriental de la isla. Todo lo más, algún aventurero alemán o sueco, o un inglés que iba de antropólogo o una francesa filántropa alquilaban un fotingo para bajarse hasta aquí, hacerse una foto montados en burro y repartir golosinas o monedas entre los chiquillos descalzos del muellillo. Y entonces Colacho volvió de Madrid con su título de economista debajo del sobaco y la sonrisa socarrona con la que se ganaba a la gente, el hijo agradable de los caciques, el hijo estudiado y leído, más moderno y tan sencillo y tan campechano, pero cacique al fin. Dicen que ya por esa época era simpático y convincente. Y listo como perro hambriento. Uno de esos tíos a los que se lo das todo porque tienen un buen déjame entrar. Eso fue justo lo que hizo: entrar hasta la cocina y abrir la despensa. Encima, estaba bien colocado en la parrilla de salida, que para algo era hijo de Ernesto Umpiérrez, el ingeniero que había dado el braguetazo con Mariquita Bosch, la hija de la Condesa. Y la Condesa estaba ya mayor y viuda, y lo dejaba todo en manos del yerno, factótum del Movimiento en este lado de la isla. Así que Colacho, que por parte de madre tenía ya la mitad de las tierras y por la del padre estaba bien relacionado con el Régimen, lo tuvo muy fácil para hacer lo que hizo y llegar adonde llegó. Aunque, seamos justos, tuvo el buen ojo y la amplitud de miras y los cojones de piedra que no todos tuvieron por aquella época, y, en cuanto el padre le dejó meter mano en los negocios, empezó a prepararse para el cambio. Porque sí: San Expósito era

una mierda de sitio, pero el Viejo supo ver que tenía un buen cachito de costa a poco que se sumaran el muellillo, las calas, la playa del Siroco y todas las fanegadas de cultivo que se podían convertir en terreno edificable si uno tenía los contactos adecuados. Y él los tenía. Lo demás fue ponerse a trabajar como un petudo, mudarse a vivir aquí todo el año (el primero de los de la Condesa que lo hacía), viajar a la capital y a la Península para conseguir permisos o comprarlos, influir en los planes de infraestructuras, hacer contactos con los turoperadores y las cadenas hoteleras para ir transformando este villorrio del pan duro en el sitio al que todo godo, todo centroeuropeo, todo nórdico quiere ir antes de morirse para bañarse en un mar que no le haga puñales los pezones, emborracharse barato y follar, si se puede, después de pasar todo el día haciendo la fotosíntesis en una playa de arena rubia. El Hotel de la Condesa se inauguró en el setenta, cuando el Viejo llevaba dos años de alcalde, y los otros hoteles y apartamentos estaban ya edificándose allí donde antes solo había habido cultivos, almacenes y cuarterías. Había trabajo. Duro y mal pagado. Pero había trabajo. Así que empezaron a venir currantes de toda la isla, de todo el archipiélago y hasta de la Península. Y hubo también que construir casas para toda aquella gente, venderles comida, darles asistencia médica, educar a los hijos que se habían traído consigo o que iban teniendo con gente de aquí, y el Viejo también supo convertir aquello en un negocio. Así que San Expósito continuó creciendo hacia el norte por todo el barranco del Muerto en aquel secarral que subía hacia las cumbres del interior de la isla. Y, al mismo tiempo, por el este y el oeste, se fue abriendo paso a golpe de retroexcavadora, como si lo hiciera a codazos, entre los municipios de al lado, que al principio emprendieron pleitos interminables, pero que después acabaron callándose, entrando al trapo y entendiendo que de aquella teta también podían chupar ellos. Para cuando murió Paca la Culona ya habíamos triplicado la población. Todo lo que había entre el pico Tenesor y la playa del Siroco (que ahora era Playa Siroco y hasta Siroco Beach) estaba al servicio del turismo, del ocio, del Viejo y de las cadenas que les iban engordando el bolsillo a él y a sus socios. Pero mucho antes de que Franco comenzara a morirse, antes de que

el Régimen comenzara a hacerse fofo, Colacho ya se había distanciado de Falange y llevaba tiempo estableciendo contactos con los que iban a ser los nuevos dueños del cotarro. Los llamaron tecnócratas. En realidad, visto lo visto, eran una nueva marca para el producto de siempre, pero entonces habían cambiado el uniforme por trajes a la moda para dar menos miedo que la gente del Movimiento y parecían modernos, responsables, cercanos. Parecían saber lo que hacían, ir en serio. Y vaya si iban en serio. Yo iba al instituto y no podía votar, pero todavía me acuerdo de cómo empapelamos todo el pueblo con la cara de Colacho y el logo del centro. Del centro, porque Colacho se fue con ellos: la derecha se estaba yendo al carajo, los nacionalistas eran cuatro gatos mal avenidos entre ellos y las izquierdas daban más miedo que Falange. No: la gente votaría al centro. Qué coño al centro: la gente votaría a Colacho Umpiérrez, que ya era Colacho el Viejo, que sabía hacer bien las cosas, que era el responsable de todo lo bueno que le había pasado al pueblo. Hasta el mar parecía obra suya, carajo. Pues ahí ya andaba yo entre los pibes que le hacíamos campaña. Mi padre sí que votó a Colacho. Y les metió en los sobres las papeletas a mi madre y a Rafael. Rafael acababa de cumplir años y salió con el sobre y el carné en la mano como si aquello formara parte de la celebración de la mayoría de edad. En realidad, lo hacía. También era la primera vez para mis viejos. Y los tres caminaban orgullosos, ilusionados, creyendo, como creían todos, que había cambiado algo. Así fue como Nicolás Umpiérrez Bosch, Colacho el Viejo, que había sido el último alcalde de la dictadura, se convirtió en el primer alcalde de la democracia y siguió gobernando el pueblo como siempre lo había gobernado, con mano de hierro en guante de seda, como si fuera un negocio, una empresa, *su* empresa, que, al fin, es lo que era en realidad. Para entonces, yo ya había entendido que quería ser como aquel hombre. Que quería ser aquel hombre. Pero mi padre no era el yerno de la Condesa. Y trabajar con mi padre, como lo hacía Rafael, como yo mismo lo hacía por las tardes y los fines de semana, no era el camino.

Me amarraron bien, coño. Con todas sus ganas. Para algo que saben hacer y es precisamente eso. Las manos dormidas. Los pies dormidos. Las piernas casi dormidas, a punto de estarlo. No los siento. Ni las manos ni los pies. No hay nada a lo que pueda arrimarme para cortar hasta desatarme. Me podría tirar del sofá al suelo, reptar hasta algo que tenga filo. Pero no hay nada que tenga filo. No hay nada. La cocina ni de coña. Tendría que atravesar toda la puta casa. Y, una vez allí, lograr ponerme en pie, abrir el cajón, intentar dar con un cuchillo. Pura pérdida de tiempo ya tirarse al suelo. Ni siquiera veo, carajo. Pura pérdida. Sí, me amarraron bien. Con latiguillos. Se llaman bridas, pero siempre me sale llamarlos latiguillos. ¿Cómo se llamarán estos dos hijos de puta? El ronero. La voz del ronero me suena. La del joven no. Pero el ronero tenía voz de ronero. Eso tampoco es decir mucho, con la de lajas que hay aquí. Cualquiera. Podría ser casi cualquiera de los que se reúnen en la plaza. De los de Berto no, eso seguro. Berto siempre se lo ha sabido hacer más o menos bien, más o menos discreto. Su gente no da el cante y nunca ha habido que echarle encima a la policía. No como el bobón de César, que tenía a su gente repartida por los bares o vendiendo en la misma avenida de la playa. Se creía que se iba a comer el mundo, con sus contactos con los picoletos y su yate grande de cojones. Y ahí está ahora, el muy tarugo, comiéndose un marrón de los gordos. Ese no vuelve a navegar hasta dentro de cinco años, por lo menos. Dicen que fue el mismo Berto el que dio el chivatazo. Pero también dicen que lo cogieron precisamente por los contactos, porque iban a por ellos los de Asuntos Internos de la Guardia Civil. El SAI, creo que lo llaman. Vete a saber cómo fue, pero lo cierto es que si no hubiera sido tan descarado, a lo mejor no estaría donde está. Mientras hagan sus movidas a lo discreto, sin

molestarme a los guiris ni escandalizarme a las viejas, a mí me la suda. Lo de Boris es otra cosa. Lo que hace aquí, si nos ponemos rigurosos, solo es invertir. Un tipo de fuera con mucha guita que la mete aquí. Ruso, georgiano o serbio, a quién le importa. Y si no importa de dónde viene él, menos va a importar de dónde viene la pasta. El dinero no distingue acentos. Empezó con un par de restaurantes, para probar, a ver qué tal iba el asunto. Ahora tiene parte en casi todo y de casi todo saca su beneficio. No, a nadie le importa de dónde vienen Boris y su dinero. A los empleados de sus empresas no, porque a esos lo único que les importa es cobrar a fin de mes; a los socios que tiene aquí tampoco; a Aguilar, que es quien ha organizado el cotarro, que nos tiene contentos a todos y es quien cada mes me da lo mío, le importa todavía menos. Puede que algún día la procedencia del dinero de Boris llegue a interesar a alguien, a la UDEF o a la Agencia Tributaria, a algún fiscal o juez ambicioso. Pero, por ahora, a todo el mundo le suda la pinga ese particular, porque lo importante es lo bien que nos viene a todos que Boris traiga pasta a San Expósito, venga de donde venga. Y, el día que lo trinquen, todos vamos a estar asombrados de que en este local se juegue, quién se habría podido imaginar, aunque ya decía yo que era rara tanta inversión en época de crisis, pero el mercado es libre y uno no puede poner puertas al campo, aunque tomaremos medidas para evitar que el crimen organizado crea que puede venir a San Expósito y todo el resto del discurso. Hasta entonces, hasta que eso ocurra, Boris sabe ser discreto. Se mueve en las sombras por persona interpuesta. Los tipos enormes que lo rodean de lejos, como fingiendo no conocerlo, son callados y no montan pleito y parecen más turistas que guardaespaldas. Sonríen para parecer agradables porque saben que sus cuerpos dan miedo. Yo, con Boris, no habré hablado más de dos o tres veces. Siempre en público y siempre sobre chorradas. Ni él en mi despacho ni yo en el suyo, que, para empezar, no sé ni dónde carajo está. Mis tratos son con Aguilar. Con Aguilar y en metálico. Sin cuentas corrientes, sin recibos, sin papeles. Luego ya me organizo yo. Casi todo se lo mando con Chago a Tato Velázquez, para que lo gestione. De fiar, Tato Velázquez. Moviendo pastizales desde su ordenador con esa pinta que tiene, de

abogado de oficio y plato combinado en el bar de la esquina. Hijo de puta, qué grande es el Tato. Qué seguridad. Cuando empezaron a salir los Papeles de Panamá y toda esa mierda, me llegué a acojonar un poco, pero Tato se cagó de risa y me tranquilizó. ¿Tú eres bobo, Gabrielo?, dijo. ¿Tú te crees que yo voy a meter tu dinero donde lo mete todo el mundo? Hay sitios mejores que Panamá, dijo. Sitios mejores que Suiza o Isla de Man. Y lo dijo de tal manera que sí, que me sentí bobo hasta por haber preguntado. Los ahorros están seguros en manos de Tato. Y lo mejor es que, aunque por los lazos del demonio yo cayera, el dinero de Maru y de Yeray está impoluto. Y lo de mi madre. Y hasta lo de los chiquillos de Rafael. Que no van a pasar necesidad. Que a Maru y a Yeray nunca les va a faltar de nada. Yeray, ya todo un hombretón. Cuando le pusimos el nombre, no pensamos en que llegaría el día en que se haría adulto, en que haría una carrera y se licenciaría y empezaría a trabajar y alguien habría de llamarlo de usted y de don. Hay nombres que no están hechos para el don. Don Yeray suena a cachondeo, joder. Qué bobos fuimos. Ya está cerca el día en que lo llamen así. Te crecen sin que te des cuenta, joder. Casi no llama. Soy yo el que insiste y, a veces, cuando acumula diez o doce llamadas perdidas, me responde. Siempre apurado, siempre corriendo a la facultad, a una quedada con los amigos o con la novia (¿Tienes novia, Yeray; *girlfriend*, como le dicen ahí? Bah, nada serio, solo una amiga, Pa), siempre a punto de meterse en el metro, siempre prometiendo que me llamará el domingo para hablar tranquilos (El domingo te llamo, Pa, te lo prometo, así hablamos tranquilos), siempre faltando a la promesa y diciendo luego que se le olvidó, que se lio, que se despistó de llamar, que se levantó tarde y se le fue la olla. Maru supo hacer el trabajo de alejarlo de mí. E hizo bien. Para ser honestos, yo tampoco estuve muy cerca. La época de Sol coincidió con los años en los que yo tenía que haberle prestado más atención. No bastaba con traérmelo de vez en cuando los fines de semana o llevármelo de vacaciones o pagarle los caprichos. Tenía que haber estado ahí, reuniéndome con los profesores, yendo a llevarlo o traerlo de clase, de las actividades extraescolares, jugando con él. Pero yo estaba muy liado con todo y, además, estaba Sol. Una mujer como Sol exige toda la atención. Una

mujer como Sol, cuando tienes más de cuarenta, hace que te olvides hasta de tu hijo. Así que Maru hizo ella sola el trabajo de criarlo. Y también hizo el trabajo de alejarlo de mí. E hizo bien. En realidad, jodo todo lo que toco. La misma Maru habría sido más feliz sin mí. Ella no quería ser la mujer de alguien y ahora no llega ni a eso, solo es la exmujer de alguien, de Gabriel Sánchez, Gabrielo para los amigos y, sobre todo, los enemigos. Y, encima, se lo agradecí con las juergas, con las marchas, con los cuernos, con los viajes al Caribe, con las putas y hasta con los insultos. Nunca le puse la mano encima. Eso no. Mi viejo me enseñó que a la mujer no se la toca ni con una flor. Pero, por lo demás, le hice todas las putadas imaginables que se le pueden hacer a una mujer. Y ahora es eso, la exmujer de Gabrielo Sánchez. Y eso que rehízo su vida, como dice ella, que se fue a la capital y encontró a un tío que sí que la supo querer. Andrés. El amigo Andrés. Buen tipo, aunque me joda reconocerlo. Da igual: Maru va a seguir siendo siempre la exmujer de Gabrielo Sánchez. Para los restos. Especialmente para mis restos. Cuando me hagan el velatorio, todo el mundo estará pendiente de si ella va al tanatorio o no. Seguro que irá. Maru es buena gente. Para nada rencorosa. Y además, la verdad es bonita, en los últimos años nos hemos llevado de puta madre. No como al principio, pero bastante bien. Los años enseñan. Lo reposan a uno. Los dolores y los errores se van sedimentando, haciendo suelo firme. Bien, aunque no como al principio, habría sido muy difícil volver a llevarse así. Porque al principio yo sí que estaba enamorado como un cochino. Fue una buena época. Los años de novios, los primeros años de casados. Los años de crianza, cuando yo siempre tenía un hueco para ellos y nos íbamos de paseo o a la playa. Cómo les gustaba la playa del Siroco, carajo. Qué lindo era verlos allá, en la arena. Yo ya era concejal, ya había heredado parte del respeto que se le tenía al Viejo y la gente nos saludaba o nos miraba y pensaba en lo sencillos que éramos, en lo campechano que era yo y lo guapa y simpática que era Maru y lo lindos que eran los chiquillos. Joder, Maru, cómo se nos jodió la vida. Qué horror. Qué puto horror. Me voy a morir sin decirte que yo tengo la culpa de todo. Que no te merecías lo que pasó después. Me voy a morir sin decirte que está bien, amiga, que

tú tenías razón, que el dolor se me volvía rabia, que nunca supe expresarla de otra manera que convirtiéndome en un miserable. Y como un miserable voy a morir. Como basura. Ya hasta estoy metido en la bolsa. Por mucho que me separen y me pongan en mi lugar, no engaño a nadie: apesto como la basura que soy, como la basura en que me convertí hace tiempo. Cada vez menos aire, más mareo. No voy a vomitar. Casi no tenía nada en el estómago. El café, un vaso de agua, poco más. Lo de desayunar a media mañana en vez de temprano por una vez va a tener su ventaja. Venga, déjate de mariconadas. Piensa. Piensa, carajo. Aunque no vaya a servir de nada, me voy a echar al suelo. En el suelo, a lo mejor puedo hacer algo. Girarme un poco más hacia la izquierda. Girarme y caer. Caer entre la mesa de centro y el sofá. Puede que ahí haya algo donde fijar la bolsa.

La mesa está muy cerca del sofá, apenas caben las piernas. Antes solía estar más lejos. Ahora siempre como aquí, me la acerco para llegar bien a la comida. Ahí es donde estoy. Ahí, en el suelo, donde suelen estar mis pies cuando como, es donde estoy ahora. La alfombra amortiguó la caída. Pero me di con el borde de la mesa, carajo. Me jodí la cadera. También es culpa mía, por esa manía de cenar en el salón, viendo la tele. Para llegar a la comida manchando lo menos posible me acerco la mesa. Y, claro, queda más cerca del sofá. Así que no solo me di la hostia contra el suelo, sino que me jodí la cadera con el borde de la mesa. Ahora, con esa misma cadera, con los hombros, con la cabeza, empujo la mesa para hacerme hueco. Se mueve fácil, con un crujido, y algo se cae. Algo se ha caído al otro lado de la mesa al empujarla, porque se levantó un poco desde mi lado. El cenicero. Fijo que el cenicero. Ahora ya tengo un hueco por el que moverme. Pero sigo sin dar con nada donde fijar el plástico de la bolsa. La mesa es ovalada, sin esquinas, sin picos. La eligió Sol. Si al menos fuera de cristal, podría intentar romperla. Ni esa suerte tengo: de madera. Maciza. Cerezo, samanguila, vete tú a saber, de eso no entiendo. La más cara, eso sí, seguro. Sol eligió la mesa como eligió casi todo el mobiliario. Lo único que cambié después de ella fueron las cerraduras. ¿Cuánto hace que he cogido la manía de cenar aquí viendo la tele? Años, puede ser. En el comedor o en la cocina solo se oye el silencio. Supongo que uno cena viendo la tele cuando no quiere recordar que no hay nadie. Cuando almuerzo en casa, rara es la vez, también como en el salón y luego me quedo sesteando los documentales. Los duermo, pero algo se me queda. La musaraña etrusca, el tardígrado, una chota o un tejón. Las cebras. Los ñus. La hembra del pulpo gigante del Pacífico Norte. Maru. Cuando Maru, me gustaba que

comiéramos todos juntos. Si podía, hasta la ayudaba yo a cocinar. Comer todos juntos. Hablando. Igual que cuando éramos chicos. Mis viejos, Feluco y yo. Mi viejo intentaba siempre venir a comer. Aunque en lo que venía a casa y volvía se perdiera la posibilidad de reposar un poco. Prefería su familia a la siesta. Nosotros llegábamos del colegio y lo esperábamos. Se lavaba en la pileta del patio, se restregaba bien con el cepillo y el jabón Lagarto, pero siempre le quedaba un poco de cemento, un poco de tierra, un poco de mugre bajo las uñas. De la suciedad del trabajo honrado no se avergüenza uno nunca, mis hijos. De la raña del trabajo uno se enorgullece, porque es mejor que comerse un plato de comida que uno no se ha ganado. O peor: que ha robado. Mi viejo tenía ideas muy claras sobre ciertos asuntos. Si viviera ahora, si hubiese vivido para ver lo que pasó, si supiera las cosas que he hecho, me habría retirado el saludo hace tiempo, como hizo Feluco. Feluco siempre tuvo las habilidades diplomáticas de un mandril. Pero razón no le faltó, porque con lo suyo no estuve fino. Heredó de mi viejo no solo el oficio, sino también el orgullo, la cabezonería, aquella ética terca de los que prefieren morirse de hambre a hacer algo que les robe el sueño. Morirse de hambre a morirse de insomnio. ¿Puede uno morirse de insomnio? Morir no; perder la cabeza, sí. Y yo soy mi cabeza. Si pierdo la cabeza me pierdo a mí mismo. Perder la cabeza es estar muerto. O peor que estar muerto. Murió cuando iba a poder empezar a vivir bien. Mi viejo, digo. Toda la vida trabajando para tener una buena vejez y se te viene a parar el corazón justo cuando empieza. Fue así: se fue a echar una siesta y mi vieja se lo encontró muerto. Ni siquiera se pudieron despedir. Lo último que él le dijo fue que lo despertara en un ratito, para ir a regar. Ni para morirse tuvo clase, el pobre viejo. No es justo, joder. Además, yo ya me estaba situando. Yo les quería arreglar la casa y que estuvieran más cómodos. Y mira tú. Y luego yo, con Feluco. Con Rafael. Feluco. Si mi viejo llega a ver lo que pasó con nosotros se le parte el alma como se le partió a mi madre. Yo creo que no tengo toda la culpa, porque él también era como era. Aunque tampoco estuve como había que estar, no me porté como tenía que portarme, no fui buen hermano, ni siquiera buena gente. Qué bien cocinaba la viejita.

Caldo de papas. Caldo de pescado. Potajito de berros. Papas viudas. La escudilla de gofio escaldado en medio de la mesa. El cachito de queso del que mi padre iba cortando y repartiendo para todos. Mantel de hule de cuadros o con frutas de colorines. Plátanos escachados con gofio, de postre. Huevos batidos con gofio y azúcar. La fruta que hubiera. Y mi padre se echaba el buchito de café y el cigarrito virginio antes de volverse a la obra, a la reforma, a la chapuza que estuviera haciendo en ese momento. Los fines de semana subíamos a la casa del pico Tenesor (la casa de abuelo, la que nos acabó de traer la desgracia) y se dedicaba al huerto. También a veces por las tardes de diario, si le daba tiempo o estaba entre un trabajo y otro. Sin falta los sábados. Y nosotros ayudábamos, porque era un terrenito chico, pero daba lata, con el riego, el podado, las malas hierbas, los caracoles, los bichos que se les metían al tomate o a las papas. Yo podría haber tenido un huertito aquí en casa. Terreno no falta, en la parte de atrás. Un huertito pequeño, para entretenerme. Para no olvidar de dónde vengo. Para pensar poco o nada. Para que tenga sentido estar solo. Estar solo. Cuando uno lo elige, está bien. Cuando te toca, es una mierda. Mi viejita se fue quedando sola. Primero se casó Feluco. Después yo. Luego se le murió mi viejo y ella se fue quedando solita en aquella casa donde ya no había para quién cocinar, a quién vestir o cuidar o echar una bronca o amenazar con la zapatilla. Se quedó solita con su transistor, que siempre tenía Radio Popular cuando éramos chicos y después la COPE. Ahora también se pasa el día oyendo la radio o viendo la tele, creyéndose lo que le cuentan, asombradita de cómo está el mundo. Allí está bien. Tiene todos los tratamientos, está atendida. Y las enfermeras y las auxiliares son cariñosas. La tienen cuidadita como yo no podría. Es que no podría, joder. Cómo podría. Mejor allí. Y no me tengo que sentir mal por eso. Nada le falta y nada le va a faltar. Me sale más caro tenerla en la residencia que, por ejemplo, pagar a alguien para que la cuide aquí en casa. Pero allí está mejor cuidada. Ella siempre con su radio, con su labor, con su rosario, cada día. La hora del ángelus. Y el ángel del Señor anunció a María y concibió por obra del Espíritu Santo y he aquí la esclava del Señor. El ángel del Señor. Le gustaban

los ángeles. Le gustan. Le gustan los ángeles. No hables en pasado, Gabrielo. Sigue ahí. Le gustan los ángeles. Los arcángeles. Por eso yo me llamo Gabriel y Feluco se llamaba Rafael. Quiso seguir con la lista de arcángeles, que eran siete. El Señor no le quiso dar más, como ella dice. Viejita linda. Encogida. Arrugadita como una pasa. Así de dulce también, mi viejita, como una pasita de Corinto. Pero mejor en la residencia. Huele siempre a la colonia que le ponen, esa colonia de nenes. Si no, olería mal. A meados. A viejo. Se perfuma a los viejos como se perfuman las bolsas de basura. Porque todos los viejos huelen a muerte anunciada. Todos vamos a oler así. Los que lleguemos. Igual esa puede ser una ventaja: no voy a llegar a eso, a arrugarme, a encogerme, a oler a muerte. No habrán de perfumarme. Me moriré siendo lo que soy ahora, que tampoco es para presumir, pero con todo el tino y la cabeza funcionando. Quizá funcionando demasiado. Quizá no conviene tanto recuerdo y tanto ver quién es uno de verdad. Porque al final no soy Gabrielo, el alcalde. Al final no soy más que el chiquillaje aquel, Yeyé, Gabrielito, Gabriel, el hijo de Juan el Albañil.

El hijo de Juan el Albañil. Colacho ya sabía quién era yo cuando Tano nos presentó. Tú eres el hijo de Juan el Albañil, el más chico. Así mismo lo dijo. Me tomó por los hombros, me los palmeó y me echó una de las sonrisas que sabía regalar. Me dio la bienvenida y me dijo que necesitaban gente como yo. Joven, dijo. Con ganas de hacer cosas, dijo, aunque no dijo qué cosas. Yo tenía prisa; él no. Desde el principio supo que yo tenía madera, pero que había que prepararme bien. Por supuesto, me admitieron enseguida en las Juventudes, aunque había que dar tiempo al tiempo. Me acuerdo de aquel día, poco después, en Casa Boro. Tano y yo con el Viejo, nos invitó a botellines y nos llevó a una mesa apartada para preguntarnos qué queríamos ser. Tano dijo que abogado. Yo, en cambio, se lo dije claro: Yo quiero ser como usted, don Nicolás. Y el Viejo me miró con aquellos ojos acuosos que tenía y yo sé que reconoció a su igual. Aunque se rio, aunque le quitó importancia, se dio cuenta de esa hambre de musaraña etrusca que he tenido siempre. Y creo que estaba un poco orgulloso de que yo, un miseriento de media ración, quisiera ser como él. Luego meneó la cabeza un par de veces y habló para los dos, aunque en realidad hablaba solo para mí. Ustedes se van a tener que formar bien, porque el mundo está cambiando y hay que estar preparados. El ayuntamiento les va a echar una ayudita a las familias de ustedes. Habrá que hacer un esfuerzo, pero va a valer la pena. Los vamos a mandar a estudiar. Eso sí: ustedes me van a aprobar curso por curso. El curso que me fallen, se acaba la ayuda, ¿me entendieron? Y así fue. Habló con nuestras familias. Con Tano no sé cómo fue; con mi gente vino de pronto, sin avisar, poquito después de aquella charla. Se presentó en casa una tarde después de la siesta y pidió permiso para entrar y mis padres, nerviosos, sorprendidos, le pusieron café y unos

mantecados que por suerte tenían por allí y él les habló de mí, del potencial, de todo lo que podía hacer si me sacaba la carrera. ¿Qué carrera? No importaba. Lo importante era que tuviese estudios. Y el ayuntamiento echaría una mano con los costes y ayudaría en lo que hiciera falta. Mi padre protestó al principio. Dijo que ellos no podrían devolverle al ayuntamiento ese dinero. Y Colacho le sonrió y le dijo, tuteándolo porque se conocían de siempre, aunque mi padre a él lo tratara de usted y lo llamara alcalde: No te preocupes, Juan, que ya lo devolverá él mismo el día de mañana. Y mis padres, orgullosos, le dieron las gracias durante por lo menos media hora mientras yo bajaba la vista, colorado como un tomate y también orgulloso. Y Feluco, en su lado de la mesa, no sabía adónde mirar y al final acabó mirándose las manos, aquellas manos que tenían grietas con polvillo de mortero y uñas en las que también había algo de aquella mugre honrada que mi padre siempre decía que tenía que enorgullecernos. Y sí: mi viejo decía estar muy orgulloso de la mugre, pero él y mi madre se enorgullecieron más de mí, de que sacara una nota presentable en la selectividad y pudiera estudiar. La carrera me daba igual, por eso hice Derecho. Total, yo ya tenía claro que no iba a ejercer nunca. Y podía estudiar con Tano, que era más espabilado que yo para lo de tomar apuntes y hacer exámenes. La primera legislatura del Viejo con el centro nos la pasamos en La Laguna, estudiando. Allí militábamos en las Juventudes. Y no nos alejamos mucho de San Expósito. Veníamos a cada momento, Semana Santa, Navidad, verano, algún puente largo, y nos paseábamos por el ayuntamiento y por la sede del partido como por un club social. Lo mismo después, cuando hice la mili. Puta pérdida de tiempo. Me tocó en Gran Canaria, en Aviación. Hasta ahí tenía enchufes el Viejo, y, después de la instrucción, el resto del tiempo me lo pasé tocándome los huevos en la residencia de oficiales. Saulo ya trabajaba codo con codo con el Viejo. El hombre de confianza, ese era Saulo. En esa época tenía Urbanismo, pero todavía no estaba de primer teniente. Eso fue en la siguiente. ¿En la siguiente? Sí, en la siguiente legislatura. En esa aún estaba de primer teniente Roque Mendoza, que era de la quinta del Viejo. Buen tipo, Mendoza. Dócil, simpático. Arrimado al Viejo como todos. Eso sí, sin

demasiadas ambiciones. Le podías dar la espalda sin problema, no como a Saulo. Nos fuimos convirtiendo en los Cachorros de Colacho. Y se nos empezó a considerar gente importante, como si fuéramos el propio Viejo pero sin dinero, sin tantos contactos, sin tanta experiencia. Eso sí: nos trataban siempre como lo trataban a él, porque cuando entrábamos en un sitio era como si fuese él quien entraba. Y el respeto es muy bonito. Yo no me di cuenta de eso hasta que Feluco decidió casarse con Encarna. Bueno, hasta que le tocó hacerlo, porque aquellos dos se casaron de penalti. Lo sabía todo el puto pueblo. Pero a todo el puto pueblo le dio igual. Yo acababa de terminar la mili. Nos dieron tratamiento de primera en todos lados: la gente de la floristería, los del restaurante del convite, Manolo el de la agencia de viajes (que les consiguió unos pasajes cojonudos), la modista, hasta el propio cura. Todos nos pusieron la alfombra roja, como si Colacho fuera el padrino. Para el caso era lo mismo, porque el padrino era yo y yo era uno de los Cachorros de Colacho y ya había quien se olía que con mi ambición y la ley que el Viejo me había tomado lo más probable era que fuese yo quien tomara el testigo cuando él quisiera jubilarse o la muerte lo quitara de en medio. Lo que nadie sospechó es que fueran los votos los que lo hicieran, al menos por un tiempo. Los que lo quitaran de en medio, quiero decir. Las primeras legislaturas fueron bien. En la siguiente, ya Tano y yo fuimos en las listas. Joder, concejal con veintidós años. Tócate los huevos. Ahora será normal. En aquella época no lo era tanto. Creo que fuimos los más jóvenes de la isla. Y de los más jóvenes del país. Y Saulo, que tenía poco más de treinta, ahora sí de primer teniente. Al Viejo le gustaba eso: rodearse de gente joven. Somos un equipo de gobierno que combina la experiencia y la juventud, solía soltar en público. No solo sabemos cómo hacer las cosas: también sabemos cómo habrán de hacerse en el futuro. San Expósito no puede dormirse, porque ya ha dormido suficiente mientras otros se quedaban con lo que era del pueblo. Molaban los discursos del Viejo, coño. Los daba sin papeles, como si todo fuera improvisado. Pero yo lo oí pronunciar los mismos discursos una y otra vez y no cambiaba ni una sola coma. Y no necesitaba a nadie que se los escribiera, no como ahora, que los

políticos que hay por ahí necesitan una nube de gente que les lleve la comunicación, que hable con los periodistas, que les escriba los discursos y hasta las ruedas de prensa, que les diga hasta la última palabra de lo que tienen que decir. El Viejo no. El Viejo se plantaba en el pleno, en la inauguración, en el convite o donde coño fuera que hubiera que hablar y decía lo que le tocaba sin dudarlo, sin muletillas, sin titubeos. Un puto *crack*, el Viejo. Por eso se comió tres legislaturas seguidas con mayoría absoluta, por el centro. Lo que nadie se esperaba era el puto varapalo que vino después. Mira que había dado igual lo de Adolfo Suárez, lo de que el partido a nivel nacional se hubiera ido a la mierda, lo de que hubiera que refundarlo o fundar otro cambiando siglas, porque era el mismo perro con distinto collar y aquí gustaban los andares de ese perrito. Pero, qué se le va a hacer, llegó el día en que el Viejo perdió fuelle y ganaron los putos socialistas, como llevaban ya años ganando en el país. San Expósito siempre había sido de centro. De centro moderado y liberal. Y por los socialistas se presentaba Ernesto Padilla, un sociolisto de los que no caían bien a nadie. Y, sin embargo, ese año nos jodieron. Por el tirón de los sociolistos de la Península, supongo. Que los canarios somos así: compramos todo lo que viene de fuera, solo nos importa lo que se importa. Da igual. Esa noche fue cuando me di cuenta realmente, cuando entendí de qué iba esto de la política. Lo teníamos todo preparado para celebrar en el Hotel de la Condesa, como siempre. Y, de repente, empiezan a llegar los resultados y se nos empieza a poner la mala leche a todos. A Saulo había que verlo. No lograba disimular. Una cara de mala follada de esas de mejor no me cruzo por delante por si acaso. Colacho, en cambio, ni se inmutó. Estaba peor su mujer que él. Colacho se marchó aparte diez minutos y volvió con la sonrisa puesta y cogió el micrófono y dio los resultados oficiales que ya todos habíamos visto y dijo que acababa de telefonear a la sede de los socialistas para felicitar a Padilla por su justa victoria, que estaba muy orgulloso del partido y de los esfuerzos de todos nosotros durante la campaña, así como lo estaba por todo lo que habíamos hecho entre todos por San Expósito durante tres gobiernos municipales sucesivos y que sabía que estaría también orgulloso de la labor que haríamos como segunda fuerza de

aquí en adelante, que nos invitaba a todos a disfrutar de aquella fiesta, que era la fiesta de la democracia, y así siguió un rato, soltando todas esas mierdas que dices cuando sabes que te han dado una patada en el culo y quieres quedar como un caballero. O, al menos, eso pensamos nosotros, porque después de alternar un rato nos llamó a Saulo, a Tano y a mí y nos llevó a una habitación que había reservado y nos puso delante una botella de Chivas y nos contó la jugada que llevaba preparando ya un tiempo, cuando comenzó a olerse que el centro iba perdiendo tirón. Todavía hay un buen nicho de votantes, dijo Saulo, enseñando aquellas estadísticas que llevaba siempre; la cosa no es tan grave. Lo será, mi niño, respondió el Viejo; lo será porque no te equivocas al hablar de nichos. El partido está muerto. O a punto de morirse. Pero nosotros no. Saulo intentó enseñarle las estadísticas de marras. Colacho las apartó con suavidad y nos explicó lo que tenía pensado. El plan del Viejo era bueno. Habría que tener paciencia y hacerlo bien, pero era un buen plan y funcionaría. Para empezar, él dimitiría. Tano y Saulo no. Ellos se quedarían a hacer oposición. A desgastar. A tocar los huevos, haciendo trío con la derecha y con el concejal que habían sacado los nacionalistas. Ustedes ahí, tres o cuatro años, de mosca cojonera. Yo los voy a ayudar desde fuera. ¿O ustedes se creen que todos los contactos que tengo no sirven para nada? Ustedes, lo dicho, a joder la pavana, votando siempre con la derecha y con los nacionalistas y yo poniendo palos en las ruedas. Que la gente se dé cuenta de lo inútiles que son. Y, mientras, con Gabrielo y unos cuantitos más, vamos a ir organizando otra cosa que va a funcionar mejor, porque ya no son épocas de derechas ni de izquierdas ni de centros. Dentro de un tiempito, cuando el pueblo esté tan jodido que haya que hacer algo para salvarlo, volvemos y lo salvamos. Justo dentro de cuatro años, si Padilla logra aguantar tanto. Así fue como ocurrió. Así, en aquella habitación de hotel, en torno a una botella de whisky caro, fue como nació el partido. Pero no fue presentado en público hasta mitad de legislatura, cuando ya Padilla estaba tan jodido como el Viejo sabía que llegaría a estarlo, con la obra del paseo marítimo paralizada, los presupuestos sin aprobar, el Plan de Ordenación Urbana impugnado en los tribunales y los turoperadores

asociados con Colacho amenazando con no traernos más noruegos ni suecos ni alemanes. Entonces, después de un par de entrevistas en *El Heraldo,* en la radio y hasta en las teles locales y de un editorial en *La Voz de la Isla* que dio mucho que hablar, Colacho, conmigo y con unos cuantos más, presentó al público el Partido de los Independientes de San Expósito, el PISE, que nacía de la necesidad de defender San Expósito de la doga a la que sometían al municipio el señor Padilla y sus socios, siempre al servicio de los dictados de su partido en Madrid o, aún peor, intentando hacer experimentos sociales dignos de una antología del disparate allá donde no se necesitaban experimentos, sino pan, trabajo y bienestar. Muy grande, el Viejo. Me encantó ese momento en el que un periodista de *La Voz* le preguntó por qué había decidido volver a presentarse y Colacho dijo que él habría preferido no regresar a la política y dedicarse a sus negocios privados, que no necesitaba (como necesitaban otros) vivir de lo público, que dedicarse a lo público suponía para él ganar mucho menos y llevarse muchos más disgustos, pero que estaba dispuesto a hacer aquel sacrificio por amor a su pueblo. Y, a partir de entonces, tal y como el Viejo había planeado, el PISE se dedicó a tocar los cataplines desde fuera del ayuntamiento mientras Saulo y Tano los seguían tocando desde dentro. Hasta que llegó aquel pleno del escándalo en el que Saulo y Tano sacaron de quicio a Padilla y lo obligaron a llamar a la policía local para desalojar el salón de plenos, y la foto de los municipales llevando por el brazo a dos concejales hacia la puta calle apareció en todos los periódicos de la isla y del archipiélago y terminó de manchar el pizco de imagen que le quedaba al primer y último alcalde socialista que ha tenido San Expósito. Lo demás es historia. En las siguientes elecciones, ganó el PISE. No tuvimos mayoría absoluta, pero como Saulo y Tano habían salido también como concejales, tampoco fue difícil llegar a un acuerdo con Viera, que había vuelto a salir de concejal en la oposición, y formar gobierno. Así que hubo una coalición del PISE, el centro y los nacionalistas. O, mejor dicho, el nacionalista. Y, unos meses más tarde, cuando el centro empezó a irse definitivamente al carajo, Saulo y Tano se vinieron al PISE. Sí: Colacho sabía bien de qué iba la política, y nos

lo enseñó de una buena vez aquella noche en la que parecía que lo habían derrotado. Padilla todavía tardó cuatro años en aprenderlo, pasándolas putas y saliendo del ayuntamiento con el rabo entre las piernas. No volvió a presentarse a unas municipales en San Expósito y seguro que todavía tiene pesadillas con los plenos de aquella época. Pero no le fue mal. Acabó entendiendo de qué iba la cosa. Fue consejero insular durante una legislatura y terminó de senador, que no es mala teta de la que chupar, hasta que se retiró hará un par de años.

Pues sí. Al final parece que voy a morir aquí. Como un perro. Solo conmigo. Solo con la cabeza a ciento veinte por hora. La autopista de la memoria. Ese tráfico no hay quien lo controle. No puedes elegir lo que recuerdas y lo que no. Te quieres acordar de cosas que se te borran y querrías que se borraran cosas que están ahí, volviendo una y otra vez. Como la marea. Qué bobería. Qué gilipolladas se le ocurren a uno. Ahora más gilipolladas seguidas que nunca, en este infierno color bolsa de basura. Una vez lo leí en no sé qué revista. Unos científicos habían estudiado el cerebro de la gente cuando se muere. Hay una especie de bomba de conexiones neuronales, como voladores de víspera de San Juan. Tsunami cerebral, lo llaman. También tiene un nombre en inglés, no me acuerdo cuál. Dura hasta tres o cuatro minutos después de la muerte, dicen. Es decir, que cuando te vas a morir el cerebro trabaja tan a tope que hasta después de muerto sigue funcionando un rato. A lo mejor ya casqué y todo esto lo está pensando un muerto. No. Todavía no. Todavía siento el cuerpo. De hecho, se mueve. Ahorrar energía. Ese era el plan. Lo que pasa es que el cuerpo va a lo suyo y se remueve. El cuerpo va a su bola. Siempre. Mucha visualización, mucho control mental, pero es el cuerpo el que manda. El cuerpo mío ya tomó el control. Desde hace rato. Ha ido apartando la mesa, girando a un lado y a otro. Intenta reptar por la alfombra, mientras yo pienso. Llegar a la puerta. Pero ¿para qué? La puerta está cerrada. No hay manos para abrirla. Repta igual. Como un gusano. Tano. Coño, con lo que yo lo apreciaba y mira. Menudo cabrón. Menudo imbécil. Bueno, imbécil no. La verdad es que Tano era un cerebro. Yo no sé cómo pudo hacer el papel de bobo de aquella manera, con lo listo que era. Se confió. Eso es un fallo grande, confiarse. Dímelo a mí. Al principio, cuando saltó el chisme en *El*

Heraldo, no le dimos importancia. Pero, cuando comenzó a circular por otros periódicos y a moverse por las redes, nos empezamos a preocupar. Fue justo cuando se publicó lo de la recalificación. Al día siguiente, *El Heraldo* publicó las fotos de Tano y Hoffmann. Con sus mujeres. Todos emperchados y enjoyados, en un palco del mismísimo Mozarteum, para que no quedara duda. Y los datos del viaje. En *jet* privado. En el puto avión privado de Hoffmann. En uno de los hoteles de Hoffmann en Salzburgo. En *junior suite* con todo pagado y viva la Pepa. Nos la tenía guardada, el cabrón de Méndez, y nos esperó en la bajadita. Desde que los vio allí juntos, puso a trabajar a su gente. Periodismo de investigación, le dicen. Periodismo de rebuscar en la basura, coño. En la basura del que no te tiene puesta publicidad institucional, claro. Mira que lo intentamos cuando vimos la jugada. Pero ya lo habían sacado y no íbamos a llegar a tiempo. Y cuando salió en la tele, ya fue tarde para todo. El negocio estaba bichado. Y siempre hay un juez que quiere medrar, un fiscal perreta, un inspector jodelón que se te echan encima. Por suerte, no podían ir a por mí, porque todos los contactos se habían hecho por medio de Tano y su gente. Pero a él lo trincaron con el carrito de los helados. Normal que lo trincaran. Y sí, intentamos pararlo, pero no hubo modo. Si algo llega a internet, si se empieza a mover por las redes, la prensa seria (signifique eso lo que signifique) lo saca, y entonces ya no hay nada que hacer. Formas parte de la agenda. Espiral de la clínica del rumor. Puto mentidero. Porque es como los mentideros de toda la vida, cuatro viejas en la plaza soltando chismes, es igual que eso, solo que ahora la plaza ocupa el mundo entero. Todo todito el mundo. Y a un golpe de clic. Ya ni de clic. Jodidas pantallas táctiles, pensadas para gente con los dedos chicos. Yo tengo los dedos gordos como plátanos. Como pollas. Herencia de mi padre. Un manojo de pollas en cada mano, tengo yo. Pero al final he aprendido a usar eso. Cuando lo de Tano, se movieron muy rápido los dedos más finos de la isla, de todo el archipiélago, y, por lazos del demonio, llegó a algún redactor de Efe y apareció en unos cuantos periódicos importantes de allá y llegó a la tele y entonces todo se jodió, porque empezó de verdad el baile. Como una polca: de *El Heraldo* a internet; de internet, a la tele; de

la tele, a internet; de internet, a los periódicos; de los periódicos, a la tele. Y Tano, para colmo, va y se querella. Habíamos acordado que se estuviera tranquilo, que mantuviese un perfil bajo. Bajo, los cojones. Se querelló por difamación y calumnias, por atentado al honor, intromisión en la intimidad y yo no sé qué puñetas más. Y ahí fue donde terminó de cagarla. Porque era cierto que había ido a Salzburgo un mes antes de la recalificación, en el avión privado de Hoffmann y con todos los gastos pagados, que también me pregunto yo en qué coño estaba pensando el puto nazi de Hoffmann cuando lo invitó. Si ya nos daba lo nuestro, a qué gastar más. Por hacerse el espléndido, supongo. Y, claro, la querella hizo el asunto tan notorio que Anticorrupción tuvo que meter mano, como la estaba metiendo ya toda la oposición a izquierda y derecha. Y con Perdomo exigiendo explicaciones. En la prensa y en los plenos. Eso sí: a mí no fue capaz de llamarme, pero en la prensa y en los plenos reclamaba aclaraciones y esperaba que llegaran pronto, porque estoy asombrado, no sabía que en este local se jugaba y todo el rollo completo. Claro, le venía de puta madre; se nos venían las elecciones encima y aquello le daba la excusa perfecta para romper el pacto de gobierno. Así, haciéndose el limpio, exigiendo explicaciones del concejal al que usted se refiere, de nuestro alcalde y presidente del PISE, que, estoy seguro, podrá clarificar estos hechos (los gilipollas como Perdomo nunca aclaran, siempre clarifican, como si la realidad fuera un consomé), porque, de lo contrario, nuestro grupo se planteará muy seriamente la continuidad de nuestro pacto de gobierno junto a esa formación. Hipócritas de mierda. Perdomo y los de la oposición. Hipócritas, cabrones, oportunistas. Que aquí siempre habla quien tiene que le digan. Que, vale, nosotros nos habremos hecho nuestros bisnes, pero, por ejemplo, lo de Los Verdes, Alzola ya lo tenía medio negociado de la legislatura anterior. ¿Y yo dije algo cuando me di cuenta? ¿Yo dije algo cuando los belgas me vinieron a decir que ya habían estado negociando con Alzola y que él les había asegurado que ellos podrían contar con la cala de Los Verdes? ¿Cuando me aseguraron que, aunque Alzola ya no gobernara, no tendríamos ningún problema con él porque seguían manteniendo su trato y seguiría

calladito porque iba a cobrar igual? ¿Yo puse el grito en el cielo, me volví loco dando declaraciones y me puse a pedir dimisiones o a amenazar con romper pactos? No, puñeta. Yo me porté de puta madre, me callé y seguí adelante, porque soy de los que entienden que todo el mundo se tiene que ganar la vida y además sabía que lo de la cala de Los Verdes nos venía bien a todos. En cambio, estos cabrones, en cuanto te ven un poco débil, van a por ti. Huelen la sangre. Aunque lo de Tano fue un marrón de cojones, habría coleado un tiempo y se habría acabado apagando si no hubiera sido por la defensa de su honor, de su intimidad y de la madre que lo parió. El gilipollas no entendía que en realidad no iban a por él, sino a por mí. Pero a mí no me podían demostrar nada. Me lo dejó muy claro Alfredo. Si es todo como me estás contando, a ti no te van a poder demostrar nada. Otra cosa es que Tano llegue a algún tipo de acuerdo. ¿Qué tipo de acuerdo?, pregunté. Y Alfredo me miró como si yo fuera bobo, y es que, de verdad, no sabía, no se me ocurría, no se me ocurrió que Tano fuera capaz de joderme. Hombre, Gabrielo, dijo Alfredo, ya sabes, Fiscalía le puede rebajar los cargos si declara contra ti, si saca algo, de esto o de otra cosa, con lo que puedan trincarte. Juradito que yo no lo había pensado. Pero a partir de ahí sí, le di vueltas a la posibilidad. Sobre todo cuando Tano empezó a no devolverme las llamadas, a no contestarme mensajes que ambos sabíamos que él había leído. Entonces fui recordando otras recalificaciones, lo de los molinos, las reuniones con Aguilar en las que Tano había estado presente, cosas que habíamos hablado los tres, sobres y bolsas con pasta que habían ido de un lado para otro en todos los años que habíamos trabajado juntos. Y me empecé a preocupar de veras. De apenitas, al principio. Más rápido, después. Me preocupo despacio. Soy de los que se preocupan despacio. Voy viendo venir los problemas poquito a poco, al golpito, pero de lejos. No es que no mire las cosas, es que las veo con el rabillo del ojo mientras se van acercando y me voy oliendo soluciones antes de verme los problemas de frente y de cerca. Por eso, cuando Alfredo me dijo que le habían filtrado que Tano y el abogado suyo se habían reunido con la fiscal, que aquello olía a acuerdo, que pensara bien qué tenía Tano que pudiera joderme, supe lo que había que hacer.

Le dije a Alfredo que ya lo llamaría el lunes. Era viernes, me acuerdo. Era viernes, porque le dije exactamente eso: Me lo voy a pensar el fin de semana; hago un repaso en el ordenador y te llamo el lunes. Pero no repasé nada en el ordenador. De hecho, ni lo encendí. Lo que hice fue coger uno de los teléfonos de prepago y darle un toque a Aguilar y quedar con él para contarle la jugada. Me dijo que me volvería a llamar después de consultarlo con el jefe. Y el jefe de Aguilar era directamente el mismísimo Boris, que para entonces ya tenía empresas de ocio en todo San Expósito y era dueño de media urbanización Los Bicácaros, además de andar metido en lo del Sahara Center. Un cuarto de hora. Yo creo que tardó un cuarto de hora en llamarme otra vez. Cuando lo hizo dijo que de acuerdo, que no me moviera de casa ese día, que no hablara con nadie, que estuviera en la obra del Sahara Center a medianoche. Después de colgar, me quedó pena de no intentarlo por las buenas una vez más. Todavía había tiempo de dar marcha atrás. Por eso volví a llamar a Tano y le envié un último mensaje pidiéndole que me devolviera la llamada. No lo hizo. Así que pensé que guerra avisada no deja muertos, que Tano tendría que haber supuesto que yo no me iba a quedar quieto dejándome dar por culo sin que al menos me pusieran primero un vestido, me pintaran los labios y me invitaran a cenar, que yo no soy camarón que se duerme, que soy de los que saben bregar con estas situaciones. A la obra llegué antes de medianoche, porque estaba tenso como un alambre. Me hace gracia pensar que ahora es el Sahara Center, que las familias van allí a hacer la compra, al cine, al gimnasio, a comprar trapitos o juguetes o a echar la tarde con los chiquillos. Entonces no era más que un solar que antes había sido un campo de plataneras. Acababan de comenzar a allanar y excavar para hacer los cimientos. Fui con el Volvo. En esa época tenía el Volvo. Aparqué y esperé. Y, mientras esperaba, pensé algo que en ese momento me acojonó bastante: que Boris podría haber pensado que sería sencillo asustar a Tano, pero todavía más sencillo eliminarme a mí de la ecuación, y que quizá yo mismo me había buscado la ruina llamando a Aguilar y en cualquier instante podía llegar la gente de Boris y darme finiquito y que, en ese caso, yo estaba allí, a medianoche, sin que nadie

supiera que estaba, esperando a los tipos que habían de venir a matarme, que, como un cordero subnormal, estaba allí tan a gusto, escuchando la radio del coche, aguardando mansamente a la muerte. Coño, mira qué lindo. Aguardando mansamente a la muerte. Si parezco un poeta, carajo. Y sí, me acojoné un poco, la verdad es bonita. Pero luego me relajé, porque en el cuatro por cuatro, junto al conductor, venía también Aguilar. Si la cosa hubiese ido de cargarse a todo un alcalde, Aguilar habría procurado no estar presente. No era su estilo. En una movida tan gorda, él habría procurado estar en otro lado, público y llenito de testigos, porque más vale un por si acaso que diez si lo llego a saber, como él dice a veces. A Tano me lo traían en el asiento trasero, entre dos de aquellos rusos enormes de sonrisa helada y poca conversación. Aguilar me contó después que le habían dado un paseo por el pico Tenesor, por el barranco del Muerto y por el risco de la Magua, enseñándole todos aquellos sitios donde podrían hacerlo desaparecer, donde podrían echar su cadáver entero o a cachitos, según les apeteciera. Y cuando me lo trajeron junto a la zanja, yo ya había logrado olvidar toda la amistad (que la hubo), todos los años de lealtad (que la tuvo), todas las experiencias (que las compartimos), todo lo que él había hecho por mí (que lo hizo) y hasta el hecho de que soy el padrino de su hija mayor (que lo soy). Olvidé todo eso, no sé exactamente por qué: porque me agrando con el miedo ajeno o porque sabía que era lo que tenía que hacer o, qué cojones, porque soy un hijo de puta al que te conviene no enfrentarte. Y eso fue lo que le dije al final. Pero al principio solo le pregunté si había perdido el móvil, si no había visto mis llamadas y mis mensajes. Tartamudeó un rato, balbuceó otro rato más y, cuando me cansé de verlo sufrir buscando excusas, entré al trapo sin darle muchas posibilidades de defenderse o desmentirme o intentar convencerme de que no se había comportado como un cagón. Le dije que a partir de ese instante se iba a olvidar de todo lo que tuviera que ver conmigo. Porque lo que tenía que ver conmigo tenía que ver con Boris y Boris no lo iba a dejar ni resollar, Boris no lo llamaría ni le enviaría mensajes. Boris le mandaría a cuatro bestias para que mataran a sus hijas, a Marisa y a él, por ese orden, para que él pudiera verlo antes de que se lo cargaran y no precisamente

de ninguna forma rápida y poco dolorosa, y suerte tendría si los cuatro bestias no decidían divertirse un poco follándose primero a Marisa y puede que hasta a alguna de las niñas o a las tres, porque esa gente era capaz de cosas inimaginables. Que no lo harían, claro estaba, por orden mía, y que a mí, claro estaba, no me gustaría que lo hicieran, y que, fíjate bien, si no lo habían hecho ya era porque yo les había pedido que me lo trajeran hasta allí, para hablar conmigo, para darle una última oportunidad, y si no la aprovechaba y seguía en sus trece, acabarían haciéndolo, así, como acababa de explicarle, y yo no podría evitarlo porque esa maquinaria ya se había puesto en marcha y él mismo era quien había apretado el botón de encendido al no cogerme el teléfono, al reunirse con la fiscal, al hacerle caso a aquel abogaducho de mierda que acabaría buscándole la ruina si no se andaba con ojo. Por ahí tendría que empezar, por el abogaducho. A la mañana siguiente, despediría al tolete ese del abogado y, el lunes, tempranito, contrataría a Alfredo. Lo paga el partido, le dije, el partido te paga todo con Alfredo. Y si el partido no puede, te lo pago yo. Pero el lunes te vas a verlo. Y vete a primera hora, tempranito, porque, después de verte con él, te tienes que reunir conmigo en alcaldía. A media mañana, para que te dé tiempo de llegar a la comparecencia que vas a hacer a las doce con la prensa para que anuncies tú mismo tu dimisión. Por responsabilidad, por seriedad, dimites y te retiras de la política por lo menos hasta que se aclare todo en el proceso judicial. Y fíjate que todavía te hago el favor de dejarte ese último resto de dignidad para que quedes como un caballero, en vez de destituirte, de darte una patada en el culo, de echarte como agua sucia del ayuntamiento y del partido, que es lo que tendría que hacer, puto gilipollas, no por haber intentado limpiarte el culo conmigo, sino, para empezar, por subirte a ese avión con Marisa para ir a oír una ópera de mierda, tú, que tienes un oído enfrente del otro, jodido esnob de los cojones. La cagaste ahí y la cagaste al intentar darme la puñalada. Pero no te preocupes: no te voy a echar del todo a los leones. Alfredo sabe hacer bien las cosas, no te irá mal. Eso sí: ni se te ocurra volver a intentar joderme. En tu puta vida. Porque sabes bien cómo soy. Sabes mejor que nadie cómo soy, quién soy, Tano: a las buenas, soy bueno, pero

a las malas, soy un hijo de puta al que te conviene no enfrentarte.

Ya poca prudencia. Ya intentarlo a la desesperada. Reptar, gritar. Una casualidad, un golpe de suerte, un cambio de turno en el ejército de los ángeles de la guarda. Ay, viejita linda, siempre con sus ángeles. Pero la viejita no está. No está aquí. Allá, en la residencia. Tú aquí solo. Gritar. Reptar por el suelo. El suelo sin alfombra. Duro. Fue duro, carajo. Fue muy duro hacer eso: acojonar a Tano, decirle aquellas cosas, amenazarlo, tratarlo de esa manera. Fue duro y me quedé mal. Tantos años de amistad, tantas cosas compartidas. No me lo perdonó. No me lo ha perdonado nunca. Y va ya para cuatro años. Yo sé que me odia más que nadie. Ninguno de mis enemigos me odia tanto. Y normal. No es lo mismo. Cuando se rompe una amistad de años te queda ese resquemor. Una pena sorda. Es decepción, sobre todo. Te sientes tonto por haber querido a esa persona tanto tiempo, por haberle dado tanto. Yo lo sé, porque es lo que siento también con Tano. Con él me metí en el partido. Con él compartí residencia en La Laguna mientras estudiábamos. Con él cogí mi primera acta de concejal. Y se quedó conmigo cuando el viejo lo dejó. Él me presentó a Maru, que estaba acabando magisterio. Y salíamos los cuatro, con Marisa, y luego con la progenie, cuando nos fue naciendo. Cuántas excursiones, cuántos asaderos, cuántas veladas en familia. Y antes de que empezaran a nacer los niños, íbamos al cine, al teatro, allá en la capital, a conciertos. Joder, si parecíamos hermanos, más que amigos. Ni con Feluco tuve esa relación. Yo a Feluco lo quería, pero jamás fue como con Tano. Con Tano era una cosa entre iguales. Feluco era otro asunto. Imponía distancia, como si me echara en cara que yo no llevara mierda debajo de las uñas. Mira que le di vidilla a Feluco. Lo puse en el ayuntamiento, de capataz. Pero de viernes a lunes desaparecía, si no era porque coincidíamos a comer en casa de mi

vieja o porque nos reuníamos toda la familia en la casa de abuelo, porque mi vieja amañaba los encuentros, con aquello de que quería vernos a todos juntos de vez en vez porque nunca se sabía cuándo sería la última. Y Feluco acudía, y hasta se llevaba a la mujer y a los chiquillos, pero a regañadientes. En realidad, él subía más a la casa que yo, pero se amulaba y andaba siempre de mala gana cuando yo iba. Yo, que lo seguía a todos lados cuando éramos chicos, aprendiendo aquellas mañas de machote que ya se gastaba, copiándoselas. Como un monito que aprende. Era como un héroe, cuando éramos chicos. Y él me cuidaba, me defendía, me enseñaba. Buen hermano mayor, eso sí. Hasta que me fui a estudiar y todo fue cambiando. Cada vez más frío, con la distancia agrandándose. Medrando. La distancia medrando. La distancia medró al mismo tiempo que medraba yo. A lo mejor esa era la historia también con Feluco: que me había querido mucho cuando éramos pibes. Lo que pasa es que yo a Feluco no recuerdo haberle hecho nada para que estuviera así, tan frío, tan raro conmigo. Los padrinos de los chiquillos suyos fueron amigos de la obra, borrachos muertos de hambre como él, que ahora que él no está han desaparecido. No importa: ahí he estado yo para que a los pibes de Feluco no les falte de nada. Y ahí están ellos, estudiando carrera con todo pagado. Y eso que la salvaje de Encarna nunca ha sido capaz de agradecerme nada de lo que he hecho por ellos. Me da igual. Son mis sobrinos y nunca van a pasar ninguna necesidad mientras yo esté. Ni cuando no esté. Eso está bien atado. Me preocupé de arreglar todo eso cuando se jodió la cosa con Sol y me di cuenta de que no me podía fiar de nadie. Ya tienes una edad, Gabrielo, me dije. Eso fue una semana después de que ella se marchara. Me acuerdo bien. Me levanté un domingo, con una resaca de cojones, me miré en el espejo del baño y me dije a mí mismo eso, Ya tienes una edad, Gabrielo. Cualquier día, Dios no lo quiera, te da un jamacuco y te vas para Las Chacaritas y, entonces, quién va a cuidar de tu gente, de la poca que te queda. De Yeray. De tu madre. De Sonia y Alberto, que están huérfanos de padre y a lo mejor es por tu culpa. Así que el lunes mismo, al día siguiente, hablé con Tato y con Alfredo para que me aconsejaran cómo hacerlo y abrí los fondos para Yeray, para

mi vieja, para Alberto y para Sonia. Encarna es una mala bestia, pero los chiquillos no salieron igual. Nos llamamos de vez en cuando. Y a veces ceno con alguno de ellos, o los dos, si vienen a San Expósito o yo tengo que ir a la capital. Buenos pibes. Al final, son los únicos que se acuerdan de mi cumpleaños o de llamar en Navidades. Con Sonia no sé qué haré, porque ha salido filóloga y vete a saber dónde se puede enchufar a un filólogo, para qué sirve en un sitio como este. A lo mejor la biblioteca. Pero Alberto tiró por obras públicas y a ese sí que le podré echar un cabo. Déjate de soñar, gilipollas. Mañana ya no vas a estar aquí para ayudar a nadie, subnormal. Qué digo mañana: en un ratito te habrás ido al carajo. Repta lo que quieras. Grita lo que te dé la gana. Los ángeles de la guarda no hacen horas extras. Llevo un rato gritando. Gastando aire. Puto cuerpo. No va a servir de nada guardar fuerzas, tampoco. Da lo mismo. Grita o llora, si te sale de los cojones. No lloré cuando lo del pibe. Lo de él sí fue trágico. Esto mío no es más que un final que llega más o menos cuando toca. Joven, pero ya he vivido lo mío. Pero él, el pibe, ¿lloró? Da igual. Y da igual que grites o llores, que ahorres aire y ahorres fuerzas o que no ahorres una puta mierda, porque se acabó, compadre. Se va acabando el tango. La vida es un tango y el que no lo baila es un machango. Otro de los dichos del Viejo. Un dicho para cada ocasión. Yo no encontré nada que decirle a Tano después de aquello. Me quedé hecho una mierda. Sabía que perdía un amigo para siempre. La culpa es de Marisa, jodida palurda que se las quería dar de fina. El abono de los Amigos de la Ópera, el tenis, el golf, el Patronato de Cultura, el Círculo Literario. Como si no se hubiese criado a leche con gofio como todos nosotros. Como si no fuese hija de la misma hambre. Como si no hubiese pasado la infancia en el barranco del Muerto con las rodillas llenas de tierra y la cara llena de mocos. Como si no fuera la hija de Paquito el Cabrero, que pasaba todos los días por las casas de San Expósito ordeñando las cabras en el zaguán para vender la leche a los que no teníamos animales. Marisa, con el pelito teñido, las gafas de sol, las joyitas de diseño y las palabritas en inglés, tan moderna ella. Yo seré un cabrón, pero, por lo menos, sé de dónde vengo. No lo oculto. Lo llevo con orgullo. Soy Gabriel Sánchez Santana, el hijo de Juan el

Albañil. Y a mucha honra. No como ella, que fue la que metió a Tano en todo aquel follón. Seguro que cuando la mujer de Hoffmann le contó lo del festival, en cuanto Hoffmann les dijo que, si les apetecía, los invitaba, se le empezó a hacer el coño pepsicola con la idea de ir a Salzburgo y, sobre todo, de volver de Salzburgo y darse el pisto con sus amiguitas de la capital, las del Patronato y los Amigos de la Ópera, viejas de mierda, mundillo de mierda. Se cargó una amistad de toda la vida. Le buscó la ruina al marido. Solo por aparentar. Claro que él también tuvo su parte de culpa. Por ser un puto calzonazos y por no saber gestionar luego la cosa. Aunque seguro que ella también tuvo ahí su parte de culpa. Ya me la imagino comiéndole la cabeza: No lo puedes dejar así, Tano. ¿Tú sabes el daño que le han hecho a tu imagen? Es una vergüenza. Que diga lo que quiera, pero tendrá que probarlo, digo yo. Tienes que poner las cosas en su sitio, porque, si no, tu imagen va a quedarse manchada para siempre. Tu nombre y tu palabra no van a valer nada públicamente. Será tu muerte social. Tengo un amigo abogado. Y Tano, que siempre fue un calzonazos, no se dio cuenta de que la bobamierda esta lo que quería era mantener su imagen, la de ella, no la de él. Para poder decirles a sus amigas pijas mientras se tomaban el *gin-tonic* que aquello no iba a quedar así, que un periodicucho no les iba a manchar la honra para siempre a dos personas de bien, como Tano y ella, que el pobre está hecho polvo con todo esto, pero al final va a salir la verdad. Por eso, para que ella se pudiese permitir darles el discursito a las amigas, fue por lo que Tano se buscó la ruina y hasta estuvo a punto de buscármela a mí. Y así se rompió la amistad. La hermandad. Porque era más hermano mío que mi propio hermano. Sé que estuvo feo lo que hice. A veces hay que hacer lo que haga falta, cualquier cosa, aunque parezca fea. Aunque sea directamente repugnante. Por supuesto, yo no habría dejado que le pasara nada a Tano. Ni a las niñas. Ni a Marisa, por muy mierda de tía que sea. Pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, como decía el Viejo. Solo asustarlo. Acojonarlo. Al final, uno sabe lo que está bien y lo que está mal. Uno sabe dónde están los límites como por intuición. Uno lo adivina. Uno se huele las líneas que están ahí, marcadas, antes de uno. Esas no

las crucé nunca. Crucé las otras, las de las leyes, las de la burocracia, incluso las de la moralidad. Mo-ra-li-dad. É-ti-ca. ¿Qué somos ahora? ¿Putos curas? Aquí lo que importa es poder buscarse la vida, poder hacer cosas, que el municipio no se pare. La moral. Moral es lo que hay que tener para aguantar a tanto traidor y tanto hipócrita de esos que van por la vida pisando lomos de ángeles. La gente seria. La gente honrada. La gente con fundamento. Esos que lo juzgan a uno, que se echan las manos a la cabeza, que se indignan. Pura pose. Postureo, le dicen ahora. Sí: puro postureo. Esos ya se pueden permitir ser honrados porque no tienen la oportunidad de no serlo. Si pudieran, serían peor que uno. Lo que pasa es que no saben quiénes son, no quieren saber lo que son. Yo sí sé lo que soy. Sé quién soy. Yo soy el que soy. No, coño, no soy Dios, pero tampoco soy el diablo. Pero sé quién soy. Me toca engañar porque es mejor que no lo sepan. No solo por mi bien, sino por el de todos. Que no me vengan a decir que soy mala gente por hacer negocio, por darle vida a San Expósito, por ganarme la vida y darle vida a la gente del pueblo de uno. Vida. Al final, la vida es como es. Las cosas son como son: oferta y demanda. El mundo se mueve como se mueve y uno no lo puede evitar. Hay que dejarse llevar por el destino, porque si no lo haces, el destino te va a arrastrar igual. También es frase del Viejo. Como casi todo, eso lo aprendí de él. La vida es como es y las cosas son como son, Gabrielo, me decía. Tiene que haber leyes, claro, para que esto no sea un sindiós. Pero esas leyes, nosotros, a veces, nos las tenemos que saltar para que todo vaya bien. No solo por nosotros: también por la comunidad. Piensa en una chorrada como el campo de fútbol. ¿Tú crees que si yo no me hubiese saltado algo de burocracia tendríamos el pabellón deportivo? Si espero a que todo se haga como se supone que se tiene que hacer, todavía seguirían los chiquillos ahí, jugando en un solar lleno de basura. Y ahora vienen equipos de todos lados y tenemos la liguilla de verano y da mucha vida al pueblo. Pero todo eso gracias a que nos saltamos un par de pasos, puenteamos lo que había que puentear. Hubo que untar a gente de la capital para conseguir las licencias, comprar algún permiso, portarse bien con algún funcionario para que diera el visto

bueno sin tener que esperar un lustro. ¿Y? ¿A quién le importa eso ahora que el pabellón lleva quince años funcionando? La temporada pasada, cuando se lo quisieron cargar, acuérdate de la que se armó. La gente recogiendo firmas, manifestándose en la capital, con los chiquillos por delante, azorando al presidente del Cabildo y al consejero allí donde tenían un acto público. Vale que las guaguas para ir las poníamos nosotros, pero nadie obligaba a nadie a que fuera a montar el pollo. Iban porque el campo era un beneficio para ellos y, de repente, el Cabildo lo quería cerrar por un problema de licencias. El Viejo estaba orgulloso de lo que hizo con el pabellón. Lo que no decía era lo de las contratas para seguridad, mantenimiento y limpieza. Lo que ingresábamos cada vez que tocaba renovarlas. Pero, de nuevo, ¿y? Había bisnes cuando el Viejo y seguro que siguió habiéndolo en la época de Alzola, que tonto no es. Y lo hay conmigo. A quién carajo le importa, si el pabellón funciona y está ahí para que lo disfrute la gente. Y tenía razón el Viejo, en esto como en casi todo: si hay que engañar se engaña. Y ni engañar es: solo disimular un poco, barnizar la cosa para que la gente honrada, la de los lomos de los ángeles, no se nos ofenda. Y se hace por el bien de todos, cojones. Hasta por el de ellos. Qué iba a pasar con todos los proyectos que hay en marcha si yo no estuviera. Quién iba a cuidar de todo esto. ¿Los sociolistos? ¿Los de la izquierda? ¿Los nacionalistas? ¿Los neocón? ¿O un tripartito de esos que están de moda ahora? Pícamelo menudo, que lo quiero para la cachimba. No: estos se iban a cargar en un año todo lo que el PISE ha hecho en tanto tiempo, con tanto esfuerzo. Saltándonos a veces las normas y pillando cacho, que para eso nos lo curramos, pero hemos hecho mucho por este municipio, que antes de Colacho era un pueblucho miseriento y ahora está en todos los papeles, en todos los destinos turísticos, en novelas y hasta en películas. Pregunta en Helsinki o en Hamburgo a la gente por la calle adónde quiere ir de vacaciones y tres de cada cuatro te dirán que a Playa Siroco. El resultado de todo este esfuerzo, el legado de Colacho y del PISE hay que protegerlo de esos mierdas ambiciosos muertos de hambre enteradillos de la caja del agua. Por eso se ve uno obligado a hacer cosas que les harían arrugar la nariz. Por eso uno tiene que engañar al personal. Aunque

tampoco tanto. El que engaña siempre encontrará a quien quiera dejarse engañar, decía el Viejo. Yo creo que eso no era suyo, como lo del destino. Yo creo que algunas de esas cosas que decía las había leído en algún lado. Porque el Viejo era de los que leen. Pero aunque eso no fuera suyo es una verdad como un puño, como una montaña de grande: el que engaña siempre encontrará a quien quiera dejarse engañar. Lo tengo más que comprobado. Que son ya más de treinta años en esto y uno ha visto de todo. Solo hay una cosa que no te van a pasar: la fragilidad. Como te vean frágil, como encuentren un hueco donde darte una hostia (sin que se sepa quién te la dio, si puede ser), te la van a dar. Y si te pueden dar una, esa no va a ser la última. Son como las jodidas hienas, que adivinan cuál es el ñu más débil de la manada, el enfermo, la cría, el anciano. En cuanto una te dé un mordisco en el culo, ahí vienen las otras. Así que sí: he mentido. Bastante. Pero nunca me he mentido a mí mismo. Al menos en cuanto a todo ese rollo de la honradez y la honestidad. Un alcalde no tiene que ser honesto. Lo que tiene que hacer es su puto trabajo, conseguir que las cosas salgan bien. No, no que las cosas salgan bien: que todo funcione. Porque las cosas a veces no salen bien. Mira ahora, aquí: amarrado, arrastrándome por el salón hacia quién coño sabe dónde, cuando esta misma mañana me levanté más contento que el carajo. Anoche fue una buena noche. También porque fue un buen día. El cumpleaños del marido de Gladys. Asadero en casa de ellos. Todos los que vinieron eran parejas jóvenes, algunos con los chiquillos. Está bien rodearse de gente joven, como hacía el Viejo. Vino, carne y guitarreo. A Pepe Juan le regalé una caña de pescar, que sé que le gusta. A veces echamos unas parrafadas. Me gusta hablar con ese tío. Sin política, sin rollos del ayuntamiento. Gasta buenos chistes, Pepe Juan. Buen tipo. Sencillo, aunque se dedique a la publicidad y el *marketing*. Sabe disfrutar de la vida. Y como trabaja por su cuenta, se ocupa de los chiquillos. Porque Gladys no para. Esa piba vale un puñado. Tampoco es que quede mucho presupuesto para el área de ella, pero hace encaje de bolillos con lo que tiene. También es verdad que cuando hay remanentes yo le doy prioridad. Será una buena heredera cuando yo me vaya, aunque todavía le falta experiencia,

mala idea, aprender a bregar con ciertas cosas. Sé que son tiempos para que una mujer se ponga al frente. Y ella sabe que yo lo sé, aunque nunca lo hablamos. A lo mejor es por eso por lo que me invitan de vez en cuando a salir con ellos. A lo mejor tiene más mala idea de lo que yo creo. No me importa. Hubo un ratito en el que miré desde la azotea de la casa. Reformada. Luce bien, la vieja casa de los padres de Pepe Juan, en lo más alto del valle. Y también tiene buena vista: se ve desde la cala de Los Verdes hasta el roque Anchieta. Y, entre una cosa y otra, las otras calas, el muelle de yates, el de pescadores, Playa Siroco, la Colonia Belga. Ahí, en la Colonia Belga, desembocaba antes el barranco del Muerto. Ahora se ven los chalés y los bungalós y da gusto. Igual que los edificios de Playa Siroco, toda esa ciudad que casi oculta el pico Tenesor. Gladys vino al lado mío. ¿Te traigo el catalejo, alcalde? Yo me reí. Mira que es bonito este puto pueblo, le dije. Ciudad, me corrigió. Pero yo insistí: Solo en los papeles, mi niña, solo en los papeles. En la realidad, sigue siendo un pueblo, como cuando yo era chico y tú no eras nacida. Qué buena vista tienes desde aquí, añadí luego por añadir algo. Desde aquí se contemplan todas tus posesiones, dijo, medio en broma. Entonces fui yo quien la corrigió a ella, Nuestras posesiones, Gladys, nuestras, que yo no soy el único que gobierna y, además, no voy a estar para siempre. Pero eso va a ser dentro de mucho, alcalde. A lo mejor, antes de lo que te imaginas, mi hija. Puta habilidad premonitoria. Como si lo supiera. Pero no lo sabía. Si lo hubiera sabido, no estaría ahora así. No. No lo sabía. Lo dije por decir. Lo que pasa es que, a toro pasado, todos somos adivinos. Sí, lo dije por decir. A lo mejor, antes de lo que te imaginas, mi hija. Y Gladys se me quedó mirando, como esperando que dijera algo más. No lo hice. No dije nada más. Apuesto por ella, pero a lo mejor es pronto. Luego volvimos al guitarreo, y hasta me eché una ranchera. Por la noche, pasé por lo de Aguilar. Tocaba coger lo mío. Antes venía él. Nos veíamos en alcaldía o hasta en mi casa. Pero después de lo del año pasado, la cosa se ha puesto chunga. Lo hacemos con más disimulo. Cuando toca, cuadramos cita con uno de los móviles de prepago y voy al restaurante que toque. Aguilar nunca está, claro. Me pido un menú y como solo. A mitad de cena, me voy al

baño de caballeros. Y allí, detrás del váter, siempre está el paquetito con la pasta. Ayer tocó el italiano. Yo no sé si los del restaurante están al loro de la movida o no. Supongo que al menos los encargados sí, porque alguien tiene que estar pendiente del dinero, de ponerlo allí, de cuidar de que nadie lo coja antes de que entre yo. Una vez me obsesioné con eso: me dio por pensar que si el dinero se pasa allí toda la tarde hasta que yo voy a cenar, cualquiera, por casualidad, puede verlo y llevárselo. Y, en ese caso, me quedaría jodido, porque a ver cómo demuestro yo que se me adelantaron. Pero nunca ha pasado. Siempre está ahí, en un sobre que va metido en una bolsa de plástico. Con el tiempo he entendido que hay alguien que lo coloca en su sitio justamente cuando entro yo. Los restaurantes van cambiando: un mes el italiano; otro mes el ruso; otro el argentino. Así no vuelvo al mismo restaurante antes de tres meses. Todos son sitios respetables, familiares. Casi siempre soy el único que cena solo. A nadie le extraña. Los que me están investigando seguro que no tienen ni puta idea de cómo lo hacemos. A veces me dan pena esos tipos. No sé si son de la Guardia Civil, la UDEF o la Judicial, pero me dan pena. Se deben de pasar la vida investigando mis cuentas, escuchando mis conversaciones, siguiéndome a todos lados. Deben de llevar meses así, sin conseguir nada potente con lo que joderme. No se les ve, porque son de los buenos. Pero yo sé que todo lo que hablo por el móvil normal o por los teléfonos fijos va a un archivo. Por suerte, están los móviles de prepago, los que me va dando Aguilar. Esos están impolutos. Aguilar me explicó que cada vez que tienen que intervenir un teléfono hay que pedir una orden. Una por cada nuevo número que intervienen. Y él me da un teléfono nuevo casi cada semana. No es difícil, en realidad, vigilar a alguien, poner cámaras o escuchas en su despacho y su oficina. Yo lo hacía ya hace años, cuando no había cacharros tan sofisticados. Por eso, después de lo del año pasado, me aseguré bien de controlar eso primero que nada. Micrófonos ocultos no hay. Ni en alcaldía ni aquí. Eso lo tengo claro, porque la agencia con la que trabaja Alfredo hizo un barrido. Y, además, si hubiera micros aquí, ya habrían entrado a salvarme. Porque tendrían que hacerlo, ¿no? No podrían dejarme morir aquí como un perro. Tendrían que

cumplir con su obligación y salvarme. La pasta de Boris, como siempre, en el sobre. Hace años que quedamos en eso: metálico. Que lo suyo no deje huella. Y de a poquito. Siempre cantidades como la de ayer. Los cabrones me tenían calado. O no tan calado. Porque habría sido mejor para ellos anoche. Volví a las once. Me podían haber trincado así, a oscuras, después de meter el coche. Se podían haber metido mientras se cerraba la puerta de entrada y me habrían pillado al salir del Audi. Todo habría sido más fácil, cojones. Habría preferido eso: que me dieran una hostia y me quitaran la pasta y a tomar por culo. Pero no estaban ahí para eso. O estaban, pero no tuvieron huevos y se lo estuvieron pensando toda la noche, mientras yo entraba en casa y me preparaba para acostarme y me metía en la cama con una novela de detectives para ver si me entraba el sueño. Me cuesta dormir. No dormir: me cuesta quedarme dormido, con tantas cosas en la cabeza. Por eso el radiodespertador bajito, sintonizado en Radio Clásica, y la novela de detectives que no se acaba nunca. Sí que sabían que tenía la pasta. Sí lo sabían. Pero ¿cómo lo sabían?

¿Cómo lo sabían? A ver: la voz del ronero. El ronero. A ese lo conozco yo. Cuarenta y pico o cincuenta. Puede que más. Puede que sea de mi quinta. ¿De los que pintaron la última vez? Había uno que tenía una voz así. Lo oía hablar con Nisita cuando ella les llevaba el buchito de café, que aquí se trata bien a la gente, aunque luego te lo paguen como te lo pagan. Pero no es ese. Ese no era tan alto. Este era más alto que yo. Lo noté por el ángulo, por la altura desde la que provenía la voz. Esas cosas se notan. Me puedo equivocar, pero fijo que me sacaba diez o quince centímetros. Y yo no soy chico. No, no era el pintor. De la gente de César no recuerdo a ninguno así. Los de Boris están descartados. Después de todo, el dinero provenía de él. Y, seamos claros, el día que no me quiera dar algo, no me lo da y punto. Ahora ya me hace más falta él a mí que yo a él. De Boris no. Ni de César. Pero de Berto tampoco. No creo que la gente de Berto se metiera en una movida de estas. Lo suyo es el trapicheo. O lo fue. Ahora ya casi ni eso. Pero no le interesa montar escándalo, no dejaría que nadie de los suyos se dedicara ahora a esto de los asaltos. Está mayor para diversificar el negocio. Ni Boris ni César ni Berto. En todo caso, a ver cuánto sé de lo que sabían los dos changas que me han hecho esta cabronada. Sé que sabían que habría metálico. Sé que me tuvieron que estar siguiendo. Sé que sabían qué día y a qué hora iba a salir con pasta en la carpeta. Siempre llevo el sobre en la carpeta de cuero, la de todos los días. Normalmente solo lleva papeles. Mejor que todo sea normal, llevar el dinero donde nadie pensaría que hay dinero porque lo habitual es que solo haya documentos que no sirven para nada. Pero estos cabrones sabían que estaba ahí. No, qué coño: no lo sabían. Se lo olían. Sabían que llevaba el dinero encima, pero no exactamente dónde, porque primero me registraron. Me quitaron la

chaqueta y le dieron la vuelta. Me metieron mano en todos los bolsillos y me quitaron los zapatos. Después fue cuando oí la cremallera de la carpeta de cuero y el ronero dijo que allí estaba, que por patas. Al de los porros no. Pero al ronero, al más pureta, lo conozco. ¿De qué coño lo conozco? No le pude ver el jocico, pero seguro que ese jocico lo he visto mil veces, que he hablado con él, que hasta le he hecho algún favor, como le he hecho favores a medio pueblo. Pueblo de mierda. Pueblo de ingratos, San Expósito. De puta madre le viene el nombre, porque está lleno de bastardos. Y yo aquí, un bastardo más, haciendo de detective. El detective reptante. El detective sin aire. El detective muerto. Pero es verdad que no puedo hacer otra cosa que pensar. De hecho, ni siquiera puedo dejar de pensar. Así que, mientras esto acaba, ya que solo me queda el pensamiento, voy a utilizarlo para algo útil: identificar a los chorizos. A uno de ellos, al menos. ¿Para qué? Coño, algo de utilidad tendría si lograra salir de esta. Pero si no salgo, si no voy a salir y me voy a morir aquí, en el suelo del salón, amarrado y con una bolsa en la cabeza, tiene bemoles la cosa: eso quiere decir que entonces estoy aquí investigando mi propio asesinato. Lo dicho: el detective. También la víctima. Aunque esto no es una novela de esas que leo para dormirme. Si lo fuera, sería una mierda; no podría dar nada de lo que prometen las sinopsis: ni acción trepidante ni ritmo cinematográfico ni giros inesperados ni una galería de personajes interesantes ni un desenlace sorprendente ni viajes por marcos geográficos incomparables. Esto va de un tipo que se asfixia con una bolsa en la cabeza. Un tío solo, amarrado, que piensa mientras se muere porque es lo único que puede hacer: pensar. Manda cojones. La sinopsis de la novela menos vendida del año. ¿Investigando mi propio asesinato? Pues sí, porque esto es un asesinato. Está claro. Me dejaron aquí con la bolsa en la cabeza para que me muriera. Me querían matar, pero no tenían huevos de matarme. Encima de chorizos, encima de asesinos, cobardes. Mariconas. Putas con bigote. Está bien, ronero, ¿quién coño eres? Porque me has tenido que seguir para tenerme tan controlado como me tenías, para saber a qué hora salgo y qué día llevo dinero. Y, aunque no te conociera de antes (que te conozco, aunque no recuerde de qué), yo tengo

que haberte visto en algún momento. No me fijé, eso de fijo, pero te vi. Te tuve que ver. Voy a acabar recordándote la cara, hijo de puta. Y después ¿qué? Después nada. Pero al menos voy a saber quién lo hizo. A lo mejor la pregunta no es quién, sino por qué. Para robarme. Eso parece claro. Pero no está tan claro. Si hubiera sido nada más que para robarme, no me hubieran dejado la bolsa puesta. Y a lo mejor lo hubieran hecho anoche, cuando llegué. Claro, hijos de puta, no iban a por la pasta. Iban a por mí, pero que pareciera que iban solo a por la pasta. Tampoco. Se me va la pinza. A ver, vamos a volver atrás, Gabrielo. La primera posibilidad: dos chorizos aficionados, dos muertos de hambre que te tienen más o menos calado y se hacen un palo cutre. Un palo cutre, porque ni siquiera buscaron la caja fuerte, ni nada más, solo la pasta de esta semana. Si hubieran abierto la caja se habrían llevado casi veinticinco mil pavos, dos pelucos de los caros y, lo mejor de todo, los archivos. Archivos suculentos que podrían joder a mucha gente. Archivos por los que yo o cualquiera de los que salen en ellos habríamos pagado mucho más. Un sueldo de Nescafé, sin problema. Pero no hicieron eso, así que la hipótesis de los chorizos aficionados es de las que habría que valorar seriamente. Segunda teoría: son dos tipos que te quieren matar y disimulan robándote. Eso de cara a la galería, pero piensa un poco: buscaron el dinero igual. Y dijeron Aquí está, por patas. ¿Qué sentido tendría disimular delante de ti? Así que iban a por la guita. Por eso puedes pensar otra vez en la primera posibilidad, un palo cutre con dos chorizos cutres, dos chorizos cutres acojonados que se piran sin quitarte la bolsa ni abrirle un agujero para respirar. Pero hay una tercera posibilidad, que mezcla las dos: dos chorizos cutres a los que alguien manda para quitarte de en medio, engolosinándolos con la pasta. Me cago en la puta. Esa no la habías pensado hasta ahora, Gabrielo. Alguien que te quiere dar el finiquito y piensa en eso, en picar a dos mataos, dos muertos de hambre, les dice lo que tienen que hacer y a lo mejor les ofrece pasta, pero también les dice que la otra parte de la pasta te la quiten a ti. Que después te dejen aquí, así, sin posibilidad de contarlo. O con muy pocas. Si la cosa sale bien, la versión oficial es que dos choris te asaltaron para robarte y luego te dejaron con la

bolsa y te moriste. Si la cosa sale mal, la versión es casi la misma, pero que al final lograste liberarte o alguien llegó y te liberó. Pero nadie pensaría nunca que lo que querían era matarte, y tú menos que nadie, así que no buscarías al hijo de puta que mandó a los dos changas estos para hacerlo. La tercera. Esa tercera posibilidad. Esa es la que más jode. ¿Quién? ¿Candidatos? Una carretada de candidatos. Una tonelada de hijos de puta que te odian, porque aquí hijos de puta no faltan y gente con motivos para odiarte sobra. Así que, más que repasar la lista, acabas antes descartando. Rivales políticos, ninguno. Esos no tienen huevos ni realmente motivos. Puede que te desprecien, pero no ves a Alzola ni a Perdomo ni a ninguno de estos planteándose algo así. A Tano, tampoco. Nunca fue su estilo y, aunque te odie, ha tenido tiempo para jugártela como para venir con esta mierda después de tanto. ¿Qué hace ahora Tano? ¿A qué se dedica? Le tocó con el juez Vega. Al final se libró del cohecho impropio, pero no de la prevaricación. Cuando se quitó el lío de encima no tuvo que ir al trullo, pero lo inhabilitaron. Tiró de enchufe y se metió en Garcisán. Fue trepando poquito a poco y desde abajo, pero ahora está de directivo. No le ha ido mal. Garcisán tiene poco negocio aquí. De hecho, ya casi no he vuelto a verlo en los últimos años. No, no tiene motivos para hacer esto ahora. Para él, solo soy un mal recuerdo, como él para mí. Así que Tano no. Saulo, muchísimo menos. Ese es historia. Nadie de la política, eso sí que está claro. Entonces tiene que ser alguien de los negocios. Ahí he jodido a mucha gente. Pero, por ejemplo, ninguno de los que no cogieron contratas tiraría de este tipo de recursos. Esos son cobardones que hacen campañas de prensa, impugnan procedimientos, presentan recursos, llevan el PGOU a los tribunales. Dime tú que son capaces de amenazarte o de mandarte a alguien a amenazarte si hay un concurso a punto de caer. Pero son más bien de hacerte la pelota o de untarte mejor que el rival, no de acabar contigo a toro pasado por venganza o lo que sea. Además, siempre me he preocupado de dejar a todo el mundo contento, con la tarta bien repartidita para que nadie monte un numerito. Si no te doy la contrata de aguas, ya te llegará la de electricidad. O la de mantenimiento. O la del adecentamiento del casco urbano. Algo te

caerá, si sabes ser discreto y estás dispuesto a llegar a un acuerdo. Vidilla para todos. Solo un par de ellos se quedaron picados porque no ganaron algún concurso. Miraval mismo, que creía que le íbamos a dar el permiso para la terraza solo por llevarme a cenar un par de veces. Ese pensaba que me tenía conquistado, pero se lo puse muy claro: o pasas por caja o no hay terraza. Y no quiso pasar por caja. Así que el muy agarrado se quedó sin permiso y no pudo montar la terraza y luego me estuvo amenazando con llevarlo a la prensa y, como le dije que se metiera un dedo en el culo, allá que fue, a *El Heraldo,* a soltar su mierda, a decir que otros, como Viéitez, habían tenido que pagar sobornos para poder abrir negocio aquí. Pero todo se le fue al carajo cuando Viéitez lo desmintió, cuando yo dije a *La Voz* que esas acusaciones eran muy graves y que el ayuntamiento de San Expósito, aun sin desearlo, tendría que tomar medidas y denunciar a aquel señor que lo calumniaba después de haber hecho negocio en el municipio durante más de una década. Al final se puso a matizar, a recular, cagadito de miedo desde que apareció un pasante del bufete de Alfredo a pedir los originales de las entrevistas para tomar medidas contra *El Heraldo* y contra el propio Miraval. Se cagó encima, porque pleitos tengas y los ganes, porque metidos en ese baile no gana quien tenga razón sino quien tenga más dinero para abogados, y el ayuntamiento de San Expósito tiene mucho, más incluso que el de la capital. ¿Ves tú? Ahí sí que podía permitirme yo una querella. Que hay que saber cuándo tiene uno buenas cartas y cuándo no. Si yo me hubiera querellado, habría salido mucha mierda de Miraval y él lo sabía y yo sabía que él lo sabía. Así que por ese lado tampoco. ¿Envidiosos? Muchos envidiosos, pero ninguno con cataplines. Se me ocurre que alguien con coraje y con contactos es Sol. La propia Sol y el chulo de turno con el que ande ahora. Aunque ¿para qué matar a la gallina de los huevos de oro? Porque Sol será una hija de puta, pero tonta no es y sabe que no está en ningún testamento y tiene que olerse que yo lo tengo todo atadito para que no cobre un puto duro después de que yo me haya ido para Las Chacaritas. Se me ocurren unos cuantos más, pero con todos pasa lo mismo: tienen más que perder si la palmo que si sigo aquí. Es verdad que sé mucho sobre mucha gente;

también lo es que me conviene callarme más que a nadie. ¿Quién, Gabrielo? ¿Cuál de tus enemigos tiene agallas y medios? ¿Cuál tiene motivos suficientes? ¿Cuál sale beneficiado con esto? Ninguno. Así que no es entre los enemigos donde tienes que buscar. Y si quien mandó a hacer esto no está entre tus enemigos, entonces solo te queda una posibilidad: buscar entre tus amigos.

Tus amigos. ¿Quiénes son tus amigos, si es que te queda alguno? Bueno, amigos o que lo parezcan. Los que tienes cerca. Los que tú crees que lo son. Alfredo. Alfredo es amigo desde la época de La Laguna. Juergas, guitarreo, novias y resacas. Con él y con Tano y con Carlos, que luego coincidió en la mili contigo. Joder, Carlos. Cuántos años de no verlo. Tiene un *consulting* de esos, en Barcelona. Un máquina. Se mandan mensajes, tienes contacto. Ahora, con lo de las redes, es fácil. Aparecen tipos a los que no ves hace siglos, te cuentas cómo te va, te cambias chistes, quedas para echarte cañas que nunca te echarás: en realidad no los quieres ver porque verlos es ponerte delante de un espejo. Mucho. Joder, Carlos, cuánto tiempo sin verlo, pero no lo quieres ver. Para qué coño querrías. Si lo hubieras seguido viendo, entonces vale. Pero no lo volviste a ver desde que se fue para allá. Nunca viene a San Expósito. En vacaciones, se va a Tenerife, que la mujer es de allí. De la peña aquella, ya solo Alfredo. Alfredo, que, cuando Tano se reviró, se puso de tu lado. Lo que nunca vas a saber es si lo hizo por amistad o porque es de los que saben ponerse siempre en el lado ganador. A Alfredo lo trincaste alguna vez mirándole el culo a Sol, bobeando o babeando con ella. Con Maru no, pero es que en esa época Pino estaba bien y Maru era de nuestra quinta, amiga suya y, qué cojones, una tía seria. Ni bobeo ni babeo. Maru siempre supo poner a todo el mundo en su sitio. Una señora. Guapa, pero sobre todo buena gente. Todavía me encuentro con alumnos de ella. La nombran con cariño. Son camareros, porteros, taxistas, gobernantas, recepcionistas. Les iría mucho peor si no hubiese sido por ella. Buena piba, Maru, buena mujer, buena madre. Con Sol, otra cosa. Lascivia. A Sol la envidiaban o la deseaban. O la deseaban y te la envidiaban. Alfredo te la envidiaba. Y es lógico, carajo. Pino

estuvo buena, pero ahora es puretona. Lo intenta disimular con la ropa y las joyitas y los tratamientos, pero tiene tres partos y una cesárea, culo blando, ombligo entre las tetas, cuello arrugado como cuero de polla. Y esa telilla que se le pone en los ojos. Si tu mujer está así, normal que se te ponga dura con una mulata como Sol. Normal. Ese pedazo de hembra que es Sol, que ahora ya anda por los treinta bien despachados, pero que seguro que sigue teniendo tres revolcones y medio. Que además sabe jugar, hacerle sentir a cada tipo con el que habla que es el único hombre en el mundo. Ah, Sol. Sol a los veinticinco. Qué pedazo de hembra. Y no era una burra. No era otra hija del hambre de Dominicana. O no lo parecía. Había estudiado. Hablaba inglés perfectamente. Estaba a punto de graduarse. Mucha gente pensó, o mejor, mucha gente no, todos, todos pensaron que era del oficio, que nos habíamos conocido así. Y no tendría nada de extraño, porque los íntimos saben cómo le daba yo al puterío, cómo le sigo dando ahora. Pero no es verdad. Nos conocimos en la capital. Ella estudiaba un máster. Comercio exterior. Ahí es nada. Estaba de becaria y así nos conocimos, en un encuentro entre municipios. Yo sé reconocer a una puta cuando la veo. Y Sol no era una puta. Por lo menos, no era de las baratas. A ver, tan tonto no soy. Sé que yo era una posibilidad de una vida mejor. Pero también sé que ella tuvo otras oportunidades, tíos más jóvenes y más guapos y hasta con más pasta. Pero me eligió a mí. Quiero pensar que hubo algo más, que para Sol, por lo menos al principio, yo fui algo más que un pureta con dinero. Y eso que yo, en ese momento, era un tipo más bien triste. Andaba en lo del divorcio. Más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Había echado kilos y ya el pelo se me había ido al carajo, entre la calva y las canas. No es verdad que si te salen canas no te quedas calvo. Es una de esas chorradas que se dicen para consolar a los canosos. Como eso de que los calvos son más machotes. También es una puta mentira. Consuelos. Nos pasamos la vida buscando consuelos. A mí Sol me consoló bien. Me sentía como un pibe, otra vez. Había habido muchas tías, hembras impresionantes. Pero siempre de pago. Antes de Maru sí. En La Laguna, unas cuantas novias tuve. Después llegó Maru y las borró a todas. Una vida entera con ella. Una vida entera

que luego no fue una vida entera, porque la cosa, después de aquello, se fue apagando hasta acabarse, más por mi culpa que por la suya, y hubo que seguir viviendo igual. Y entonces ya me podía pegar todas las marchas con putas que ya me pegaba en los últimos tiempos de Maru, pero sin tener que disimular al llegar a casa. Y eso duró una temporada, mientras arreglábamos todo, mientras llegábamos a un acuerdo y se hacía oficial que el matrimonio se nos había ido a la mierda. Hasta que, de pronto, apareció Sol. Una cosa rara, lo de andar cortejando cuando uno ya tiene una edad. Lo de sentirte pollo otra vez, lo de pensar en sitios bonitos para llevarla, en ropa que te pondrás, en qué le gustará más a ella. Eso de empezar a conocerse es empezar a mentir. Porque lo que haces es enseñar la mejor versión de ti mismo. Una que no eres tú. O sí eres tú, pero poquito. Ahí, al fondo, detrás de las sonrisas y los silencios y las miraditas y las cosas que dices para hacerte el interesante y las que callas para que no se sepa que eres un miserable. Cada vez que me miraba, me quitaba diez años de encima. Cada vez que me hablaba, me volvía a sentir como un chiquillo. Luego vi que ella también había mostrado la parte mejor. Cuando fuimos a Dominicana, antes de casarnos, cuando conocí a la familia, me di cuenta de que sí que era hija del hambre, que me iba a tocar mantener a aquel regimiento de hermanas, sobrinos, abuelas, tías. Hasta tuve miedo de que se quisiera traer a la madre. Pero hubo suerte: ella también quería alejarse de aquello. Mandábamos dinero, pero no era tanto. Y ella iba para allá una vez al año. Yo prefería quedarme. Agobio de familia. Por lo demás, aquí Sol se portaba. Reposo de guerrero. Trabajó durante una época, en una consultora. Pero no le fue bien. Le dije que le buscaba algo, pero prefirió seguir estudiando. Y así se pasó el resto del tiempo, haciendo másteres, grados y no sé qué puñetas. Todo el día de la capital a aquí o de aquí a la capital o quedándose a veces de lunes a viernes en el piso que alquilamos allí, porque las clases eran por la mañana temprano. Y yo también, venga a dar viajes, porque la echaba de menos a veces. Había días que solo la veía un momento, si yo había ido a la capital por algún asunto de trabajo y ella sacaba tiempo para que comiéramos antes de volver a clase. Otros días ni eso: nos llamábamos por la tarde. No

me gustaba que me mandara mensajes. Prefería que me hablara. Oír su voz. Me bastaba con eso. Hasta me gustaba. Era como si fuera otra vez universitario, yo también. Hasta en eso me hacía sentir más joven. Lo pagaba yo todo: la comida, el piso, las clases, el dinero que mandábamos a Santo Domingo, los teléfonos. Qué importaba. Valía la pena. Te mirabas en el espejo y pensabas que una hembra como Sol estaba contigo y valía la pena todo aquello. Así años. Cuatro, cinco años. No todo era estudiar. Los fines de semana eran solo míos. Era solo para mí. Y las vacaciones. Y alguna escapada. Viajábamos mucho, con Sol. De hecho, nunca viajé tanto como con ella. Le gustaba Europa. Toda España, pero también Italia, Bélgica, Holanda, el sur de Francia. La foto que le hice en Pau, ante la secuoya. Esa foto. La descolgué cuando se fue, pero creo que está por ahí, entre los trastos, por algún lado. La vida es un colgar y descolgar fotos. La vida es una barca, como dijo Calderón de la Mierda. Eso es lo que es. Cómo tardé tanto en darme cuenta. Seguro que llevaba años así cuando me empecé a quedar con la movida. Con ese o con otro. O con otros, que es lo más seguro. Ella siempre dijo que no. Y lo sigue diciendo, que fue solo aquel. Pero yo sé que ahí sí fui camarón que se duerme, que me vaciló durante mucho tiempo, que se lo hizo pero bien todo lo que quiso antes de que yo me pusiera las pilas. Me acabé poniendo las pilas, pero no de golpe. Fue poco a poco. En la época en que empecé a pillarla en renuncios, a notar movidas raras, todavía quise pensar que eran historias mías, que me ponía paranoico porque tenía miedo. El sentido común te dice una cosa, pero tú no lo quieres creer. No es cosa del corazón. Lo del corazón es una gilipollada. Es cosa de la cabeza, también. No de la misma parte de la cabeza donde tienes el sentido común, sino de esa parte que quiere estar siempre a gusto, que la vida sea perfecta. Y no lo es: la vida es un colgar y descolgar fotos, es una barca, y lo sabes. No quise trabajar con la agencia de siempre, porque era con la que trabajaba Alfredo. Busqué otra, que se dedicaba sobre todo a esto. No la tuvieron que seguir más de una semana. Me dieron el informe y, después, yo esperé una semana más. Mira que me costó esperar, pero esperé una semana más como esperé unas horas más aquel día, con Tano, para darle una última

oportunidad de venir de frente y decirme las cosas como eran. No lo hizo. Así que me presenté de golpe y sin avisar en el piso de la capital. Un miércoles, cuatro de la tarde. Ella allí, con el tipo. No le rompí la cara a ella ni se la rompí a él. No monté un pollo. Simplemente abrí y los trinqué en el sofá, acurrucaditos, viendo la tele. Ni siquiera estaban follando. Solo hacían vida de pareja. Hacían una vida de pareja que pagaba yo. Hijos de puta. El tipo, un machango. Con los huevos de corbata. Ella, con ojos de cherne, acojonada también. No, no monté ningún número. Me bastaba con verlo yo mismo y con que ella me viera bien, con que le quedara claro que la había trincado. Luego, sin decir nada, me fui. Me llamó por el hueco de la escalera. No bajó, porque estaba medio en bolas. Me volví a San Expósito y me vine a casa. Ya había tomado la precaución de cancelar las citas de esa tarde. Cuando llegó, yo estaba en el despacho, contestando *e-mails*. Lo intentó con todas las excusas: era un malentendido, el tipo era un amigo. Luego, sí, había tenido un desliz, pero había sido solo esa vez. Cuando le saqué el informe de la agencia y se lo puse delante y ya no pudo negarlo, empezó con el rollo de que era verdad, pero ella en realidad me quería a mí, solo estaba enamorada de mí. En ese momento, al oírla hablar de enamoramientos, fue cuando realmente me tocó los cojones, cuando más cerca estuve de darle una hostia. Pero me contuve. Si hay algo que sé hacer es mantener la sangre fría. Y eso que ella lo notó, notó que estaba a punto de meterle, porque se calló de pronto y se apartó un poco, como esperándola. Lo que me pareció más miserable de todo es que la habría encajado, que ella provenía de un mundo en el que una mujer consentiría eso. Eso no lo pensé entonces; lo he pensado después, muchas veces, cada vez que me acuerdo. En ese momento no estaba para pensar mucho más. Por eso no le di la posibilidad de seguir intentando llevarme al huerto. Le dije que se volviera a la capital, que se quedara el Mini, porque al fin y al cabo estaba a su nombre, que tenía el piso pagado todavía ese mes, pero que a partir del siguiente era cosa suya. Que viniera cuando quisiera a recoger las cosas, pero que llamara antes, porque iba a cambiar todas las cerraduras. Que Alfredo la llamaría para arreglar el divorcio. Búscate un buen abogado que defienda tus

intereses, le dije al final, así no podrás ir diciendo por ahí que te dejé tirada.

Costó cerrar aquello, llegar a un acuerdo, porque el abogado que se buscó era bueno de verdad. Eso me lo confirmó Alfredo, que estuvo meses llevando el tema. Pero por fin llegamos al arreglo. Y como vino Sol, Sol se fue y ya no volví a verla. Sé que anda por el país, porque el dinero que Tato le ingresa va a un banco español, pero no sé si está aquí en la isla o en la Península. Y me la suda. Quema. Sol quema. Mira, otra idea bonita, que Sol queme. Una vez follamos después de la playa. No nos habíamos duchado y yo le acariciaba el coño y le lamía la piel, esa costra de salitre que se le veía blanca en la piel café con leche, la lamía bajándole por el vientre para comérselo todo y le dije que sabía a mar. Sabes a mar, le dije. Y ella me dijo, entre jadeo y jadeo (qué bien jadeaba, qué bien te hacía sentir que sentía), que Sí, sí que sé amar, mi amor. Y ahora sé que era mentira. Qué diantres, a lo mejor ya lo sabía en ese momento, ahí, en la parte del sentido común del cerebro, que era pequeñita entonces porque la ocultaba esa otra parte que quería estar a gusto, se encendió algo que intentó alertarme, avisarme de que aquellos jadeos eran fingidos o, si no lo eran, no era yo el único que los escuchaba, que había otro, que había otros que los provocaban, los escuchaban, los disfrutaban. Miénteme, di que soy el único, decía aquel bolero. Miénteme, di que soy el único, que no es de mi rival la saliva que empapa tu piel. Cómo duelen los boleros. Algunos boleros. Cómo duelen, porque te recuerdan lo imbécil que has sido, lo imbécil que eres, cómo querías que fueran las cosas y cómo fueron en realidad. Pero las cosas claras. Con Sol, tonto perdido sí. Alelado también. Contento de llevar una hembra así del brazo, de que me la envidiaran. Y a gusto, cuando estábamos juntos en casa. Enamorado no. Si hay que hablar de amores, solo Maru. Solo Maru, que, además de ser la madre de mis hijos, fue la única que mereció

amor. Y, sin embargo, me porté mal con ella. Bueno, más que mal. De puta pena. No se merecía los años de borracheras, de ausencias, de quedarse sola en casa días y días mientras yo estaba de viaje, fingiendo que trabajaba, de farra en farra. No se lo merecía. Todo aquel sufrimiento después de todo aquel horror. Pero ese horror también mío. También fue horror para mí. Me rompió como a ella. Ella estuvo a punto de ser como un pulpo gigante del Pacífico Norte. Pero supo reaccionar a tiempo, centrándose en la escuela y en Yeray. Yo le hice frente a aquello a mi manera, como pude. Intentando no pensar. Queriendo recuperarme con priva, coca y putas de algo de lo que uno no se recupera nunca. Pero lo necesitaba, necesitaba estar lejos, pasar horas, días sin ella, sin tenerla delante ni hablarle. Estar con ella, pensar en ella, despertarme junto a ella era volver a recordarlo todo, volver a saber que era verdad que había ocurrido, aunque hubiera pasado ya tiempo, aunque hubieran pasado ya años. Maru me dolía. Hasta Yeray me dolía. Mi forma de afrontarlo era no afrontarlo. Alejarme. Todo hay que decirlo: mi situación me lo ponía fácil. Cada vez que se cerraba un acuerdo, se abrían las botellas, aparecían las pibas. Cada vez que alguien te quería engolosinar para que lo dejaras hacer un negocio aquí, había una invitación a otra isla o fuera, a Cancún, a La Habana, a Cartagena de Indias, para visitar instalaciones turísticas, que era otra forma de decir que te ibas a pasar una semana metiéndote de todo y metiéndosela a las que te diera la gana, todo por cuenta del cliente. Ahora más discreto. Ahora la cosa es con *escorts*, que las llaman hoy día. Alto *standing,* las putas de lujo de toda la vida, tías buenas y sabias, tías prudentes que trabajan con agencias discretas. Nada de ir a casas. Nada de arriesgarte a un pleito, a un escándalo, a un numerito que pueda acabar saliendo en los papeles. A ver, no sería el primero ni el último del que todo el mundo sabe que se va de putas y sigue saliendo elegido. Que esto es España y aquí esas cosas, más que quitarte puntos, te pueden acabar haciendo ganar una medalla. Pero desde que estoy en el punto de mira, que se supiera algo así no me iba a ayudar. Ya no son los tiempos del Viejo. Ni siquiera son los tiempos de las primeras legislaturas después del Viejo. No. Ahora cualquier cosa es un

escándalo. Con la mierda de la corrección política, la transparencia, el feminismo, el LGTBIQ y no sé cuántas letras más. La madre que los parió a todos. Si seguimos haciendo lo de siempre. Más difícil, más tapados, pero lo de siempre y como siempre. Los pagos, por ejemplo. Ahora tienes que hacer altas a terceros, facturas telemáticas y toda la puñeta. Se supone que es para garantizar la transparencia, pero, al fin y al cabo, los bisnes son los mismos. De vez en cuando trincan a alguno, lo ponen en la picota y el río baja turbio. Pero el dinero sigue circulando en las mismas direcciones en las que circulaba, porque quien hace la ley hace la trampa y esto, aunque esté en el culo del mundo, sigue siendo España y España siempre funciona igual, el enchufe, el colegueo, la picaresca. Al final, se lo ponemos difícil al currela que hace un trabajo para el ayuntamiento y tiene que hacer un puto cursillo para poder pasarle la factura. Porque el resto de los tiburones siguen tiburoneando. Esto es lo que hay. ¿Tú complicas el procedimiento? Yo me aprendo el procedimiento mejor que tú, le busco las vueltas y sigo haciéndome los bisnes de toda la vida. Con más disimulo, pero igual, y hasta te cobro de más por las molestias. Y si me pillan en falta, como el procedimiento es más complicado hasta lo tengo más fácil para disimular el asunto. ¿Transparencia? Pues vale: me hago transparente hasta que puedas ver a través de mí, hasta que no puedas ver lo que hago porque soy tan transparente que no puedes verme. Vale, pero ¿quién? ¿Quién me ha mandado a estos dos hijos de puta? Piensa, carajo. Piensa, que se te acaba el tiempo. Mareo. El mareo. Los vahídos ahí. No vomites, Gabrielo, me cago en tu madre. No vomites. Respira despacio. Piensa. Piensa en los que consideras amigos, en los que tienes más cerca, en quien pudiera saber que tenías la pasta encima. Joder: Chago.

Santiago Febles Cordero. Chago. Entre los que podrían ser, Chago está en la parte del sentido común. El primero de la lista, en esa nómina de los que tienen medios, posibilidad, conocimientos, la suficiente mala leche. Pero también está el primero en la otra parte de la mente, la que no es sentido común y se disfraza de corazón, la que quiere estar a gusto. En el sentido común está el primero porque nadie sabe tanto como él de lo que hago a la zorruda: es el que lleva el dinero, el que trae las noticias, el que está al tanto de todo, el que te aconseja, el que te conecta con lo más bajo y lo más alto, el guardián de los secretos. Si alguien sabe cuándo y cómo hacerte una putada, ese es Chago. Pero otra cosa es que tenga motivos. En la parte que quiere estar a gusto, eso pesa. Si tú fuiste un Cachorro de Colacho, él es un Cachorro de Gabrielo. El primero, el mejor. Tres legislaturas trabajando juntos. Doce años codo con codo. Casi desde que apareció un día, en una de las campañas, y yo vi lo que valía el pibe, cómo manejaba las tecnologías, cómo coordinaba la comunicación, cómo se adelantaba a cada jugada, cómo estaba al loro de todo, pero sabiendo ser una tumba. Lo de la tecnología podía hacerlo cualquiera, pero lo otro no. Aunque lo de la tecnología pesó. Aquella fue la campaña de internet. La campaña en la que la cosa empezó a no ir tanto de dar mítines y pegar carteles como de tener un blog, un canal de YouTube, de generar noticias que se movieran en las redes, tener seguidores, producir impacto y no sé qué puñetas que se nos escapaban a Tano y a mí. Ya no eran los tiempos del Viejo. Ya no lo serían nunca, aunque nosotros no lo sabíamos aún. Pero sí que sabíamos que partíamos jodidos en la campaña, porque en eso los partidos de fuera nos llevaban ventaja. Y además había desgaste: habíamos entrado en el ayuntamiento otra vez hacía un año, por la moción de censura que le clavamos a

Alzola, y todos, hasta los socios, nos lo echaban en cara. Eso y alguna cagada más de las de la época del Viejo. Fue Tano quien trajo a Chago de la capital, quien me dijo que conocía a un tipo, un chico joven que hacía estas cosas, que le había llevado protocolo y comunicación a la gente de la derecha en la capital en la anterior campaña y que ahora tenía una de estas empresas que se dedicaban a eso. A la derecha en la capital le había ido bastante bien, así que por qué no ver a este muchacho, tener una entrevista con él, pedirle presupuesto, ver de qué iba el asunto. Apareció con aquella pinta de *gentleman* modernito. Flequillo, gafitas de pasta y una carrerita de hormigas que pretendía ser una perilla. Se trajo sus juguetitos tecnológicos, sus gráficos, sus cifras y su presentación y me empezó a dar la charla con el posicionamiento, los estudios, los sondeos, las previsiones, las medias estadísticas, la viralidad y el *reddit,* el *share* y los *likes*, las TIC, los clips y los POV. Lo dejé hablar; todo el mundo se merece que le dejen intentar vender su mercancía. Tano empezaba a arrepentirse de habérmelo traído. Me lo dijo con la mirada, que es como nos decíamos las cosas cuando estábamos reunidos con otros. Lo siento, compadre, le leí en los ojos. Este nos está vendiendo humo, supe que me decía mentalmente. Pero, qué cojones, si algo tengo yo es olfato. El rollo tecnológico en ese momento era solo una promesa, pero hay promesas que se cumplen. Y lo de las redes sociales puede ser una gilipollada, pero quien conozca bien este país sabe que a hacernos adictos a gilipolladas no nos gana nadie. Eso sí: sabía que Chago habría estado ya o estaría en breve reunido con la derecha, con los nacionalistas o con los socialistas (con la izquierda no, porque la izquierda no tenía un duro para gastárselo en estas mierdas) soltándoles exactamente el mismo rollo del posicionamiento, las medias estadísticas, el impacto, el *timelog* y el *trending* y la madre que parió a todo aquello *(or the mother that gave birth all that,* que ahora hay que decirlo todo en inglés, carajo). Y yo no quería el rollo estándar, sino un rollo personalizado. Así que cuando Chago terminó la presentación y Tano iba a empezar a hacerle un par de preguntas para cumplir con la visita antes de decirle que gracias, que muy interesante todo, que lo pensaríamos y lo llamaríamos y que no

olvidase dejarnos su tarjeta en el cenicero antes de cerrar la puerta por fuera, yo frené a mi primer teniente de alcalde y secretario de organización del partido con un gesto de la mano. Luego miré de fijo al pibe y lo tuteé, hablándole de igual a igual, que es como a la gente le gusta que le hablen los poderosos, le dije que de aquello de las TIC yo no entendía ni papa, que a mí me sacaban del Word a nivel usuario y estaba más perdido que un niño probeta en el Día del Padre y que la charla que acababa de dar me sonaba a chino mandarín y yo no sabía ni siquiera chino cantonés. Pero que el producto que vendía podía llegar a interesarnos si yo lograba comprender qué carajo era lo que se suponía que teníamos que comprar, así que si no le importaba hacerme un resumen rapidito y en cristiano podíamos empezar a hablar en serio. Y ahí fue cuando Santiago Febles Cordero se convirtió en Chago, cuando entendí que este era de los míos, porque lo que hizo fue cerrar el portátil, dejar a un lado los papeles con las tablas, los gráficos y los informes, quitarse las gafas y decirme, mirándome también de fijo, Vale, un resumen rapidito, en román paladino: o se ponen las pilas o están acabados. Los demás les llevan ventaja en esto de la tecnología y ustedes no tienen los votantes asegurados, por mucha clientela que tengan en el municipio. Si no invierten en esto, a partir de mayo no van a volver a pisar este despacho, porque ustedes no están en internet y los otros sí, desde hace ya un tiempo. Ahí Tano se picó y dijo que nosotros podíamos incidir en los medios, en la prensa, en la radio. Y lo que hizo Chago fue reírse, antes de contestarle. De acuerdo: ustedes gasten su dinero en periódicos y en radios. Ellos lo están gastando en esto. Los van a dejar atrás enseguida. Para decirlo pronto: ellos tienen un Ferrari Testarossa y ustedes van en burro. Estamos en febrero y las elecciones son en mayo. Dentro de dos meses, cuando ya esté encima la campaña, se darán cuenta de que tengo razón y me querrán contratar. Pero no podrán, porque si no me contratan ustedes, me contratará alguno de ellos y entonces ustedes tendrán que contratar a otro que intente hacer en un mes el trabajo de tres. Sin contar con que en esto, aquí, soy el mejor. Así que si no cuentan conmigo para esto y desde ya, van a perder las elecciones. Y se acordarán de esta reunión. Después de decir esto,

se volvió a poner las gafas, abrió el maletín y empezó a recoger los bártulos. Tenía huevos, el pibe. Y los tiene. Es el único que me dice las cosas como son. También es el único que nunca ha querido un puesto político, ni ha querido ir en las listas. Lo suyo es estar en la sombra, manejar hilos sin que nadie pueda atacarlo públicamente. Es listo, el cabrón. El más listo de todos. Otro punto a su favor en este asunto de ahora: habría que ser muy tonto para buscarse la ruina de esta manera, hacer saltar todo. No tiene motivos. Los tendría si yo estuviera a punto de caer en manos de Fiscalía, si tuviéramos encima a la Judicial. En ese caso, tendría algo de sentido, porque este es de los que saben que yo me limpiaría hasta con él por salvar el culo. Pero las cosas no están así. A no ser que él sepa algo que yo no sé, que estén a punto de ir a por mí, que se esté adelantando a la jugada y haya pensado que muerto el perro se acabó la rabia. En lo de manejar información, en lo de adelantarse a jugadas, siempre fue bastante mejor que yo. Y eso que yo soy de los mejores en eso. En aquellas elecciones hizo un trabajo de puta madre. Trasladó a su equipo a la sede del partido durante tres meses, nos asignó a cada uno un periodista que se encargaría de llevarnos un blog y un cuenta para publicar vídeos. A mí me tocó una periodista joven que luego he vuelto a ver de vez en cuando en comparecencias, trabajando para *Canarynews.* Yo leía el blog mío, el que suponía que escribía yo, y alucinaba con el verbo de esta chica. Una tía leída, que metía citas cultas, empleaba argumentos potentes, convertía verdaderas chorradas en asuntos importantísimos y era capaz de hacer descender problemas gordos de verdad a la categoría de minucia. Con los blogs de Tano, de Saulo y de Carmela hacían igual. Gente joven, preparada. ¿Cómo se llamaba la chica, la periodista? Era algo de una virgen. Lourdes. Sí. El apellido no lo voy a recordar, pero se llamaba Lourdes. Parecía recién salida de la facultad, una chiquillaja. Chiquillaja leída, inteligente. Y sabía pillarme los giros, las expresiones. No se notaba que no lo escribía yo. Parecía, más bien, que yo era más culto de lo que aparentaba. Hizo buen trabajo. Todos los del equipo de Chago hicieron un trabajo cojonudo. Mayoría absoluta. La última vez que tuvimos una mayoría absoluta. Luego siempre hemos tenido que

llegar a pactos. Cada vez más gordos, más complicados. Por lo de la nueva política, por lo de la fuga de votos a los neoconcitos y a los de la nueva izquierda. Pijos unos, perroflautas otros, tocapelotas todos. Pero prefiero acuerdos con los neoconcitos: no dan la tabarra con guerras internas entre ellos y, siempre que haya disimulo, lo dejan hacer a uno. Lo que quieren es pillar, como hemos pillado todos de toda la vida de Dios. Su cuota de poder, su cachito de tarta, hasta que puedan quedarse la tarta entera. Porque están fijo ahí, esperando a que tropieces, los muy hijos de puta rastreros. Con los neoconcitos se puede llegar a acuerdos si toca contar también con los socialistas o con los de la derecha. Pero no con los de la nueva izquierda ni con los nacionalistas. A esos no los pueden ni ver. Y no sé bien por qué, porque son la misma bazofia que ellos. En realidad, todos quieren lo mismo. Todos queremos lo mismo. A mí me fue de puta madre con los neoconcitos en la legislatura anterior. Si no hubiésemos pactado, habrían salido los socialistas. Pero en las últimas, todo se lio. Nadie tenía votos suficientes y encima empezó la movida de los pactos en cascada, las políticas federales y todo aquel trifostio. Un mes para llegar a un acuerdo. Mierda puta. Al final lo sacamos sudando, pero me tuve que tragar el sapo de darle tres concejalías a la derecha y dos a estos. Pero bueno, me la suda, al menos seguimos ahí. Y las siguientes las tenemos encima y ellos están más desgastados que nosotros. Las últimas para mí. Me voy a retirar pronto, a disfrutar de la vida. Puede que abra bufete para entretenerme. O no. Ya veré. Necesidad no tengo. Si me equivoco y pierdo, pues mejor. Me retiro antes. Qué coño estás pensando, bobomierda. No va a haber siguiente legislatura, no va a haber nada. El tango se te está acabando, Gabrielo, puto subnormal. Y no estás haciendo nada para impedirlo. Ya no hay aire. Mareado. Mareadito estás. Colocado. Todas estas boberías las piensas porque llevas ya mucho respirando el aire que tú mismo has soltado. Como un perro que se come lo que vomitó. Como un perro vas a morir. Si tuviera perro. Si al menos tuviera un perro, a lo mejor los ladridos ayudaban. A lo mejor se habría echado sobre ellos. A lo mejor me habría avisado ladrando de que estaban ahí. A lo mejor vendría y rompería la bolsa o me ayudaría a romperla. A lo mejor se escaparía

y avisaría a alguien para que viniera a ayudarme. Claro, la jodida perra Lassie va a venir ahora a salvarte, tontopollas. El puto Rin-tin-tin con el cabo Rusty, no me jodas. Cómo se lo van a pasar de bien cuando me encuentren, cuando corra la noticia. Las noticias. Los rumores. Los rumores, como los hombres: todos mienten y se corren enseguida. Qué bien se lo van a pasar especulando, haciendo cábalas, soltando sus quien mal anda mal acaba, sus ya decía yo que algún día iba a pasar algo así, sus yo no le deseo la muerte a nadie, pero algo habrá hecho. En realidad, ¿me lo merezco? En realidad, ¿tan malo he sido? Aprovechar el *time-lapse.* Ver si soy tan malo. Si he hecho tantas cosas malas o he hecho algunas buenas. Primero las malas. Y primero la primera. La primera cosa mala. La primera en la frente, que decía Colacho.

La primera cosa mala. ¿Cómo saber? A las cosas malas no se llega de golpe y sin avisar. Se llega poco a poco. Se llega casi sin que te des cuenta, cuando llevas ya un tiempo viendo cómo quien está por encima de ti asume con normalidad que lo agasajen con cenas, con viajes, con regalos, con favores espléndidos. Para cuando empiezan a agasajarte a ti, ya no hay nada de especial en que te conviden a un restaurante caro, te presten un bungaló o una *suite* para que pases unas vacaciones. En que te regalen agendas, maletines de cuero del bueno, estilográficas de marca, cajas de vino añejo, cestas de *delicatessen.* No recuerdo cuándo empezó, pero sí que empezó así, que siempre empieza así, con un detallito del empresario al que le adjudicaste un servicio, el constructor al que le facilitaste obtener un permiso, el dueño de la discoteca al que le arreglaste una licencia. Pero esas cosas no tienen importancia. Al menos eso piensas tú. No tienes conciencia de haber hecho nada malo. Eres un cargo político. Estás ahí para resolver problemas, para hacer las cosas más sencillas. Si los beneficiados por tu trabajo quieren agradecértelo, tampoco les vas a hacer un feo. Y te sientes halagado. No a todo el mundo le llega una caja de Vega Sicilia, una Montblanc, unos Montecristo. No todo el mundo recibe una invitación para pasar un fin de semana en un *spa* con su mujer, con todos los gastos pagados. Hasta ahí, todo más o menos normal. O lo era, hasta que empezaron con el coñazo de la transparencia. Pero sí, era normal, entraba dentro de lo normal. Cortesía. Pero un día, el favor que te piden es gordo de verdad: que proporciones las bases de un concurso de adjudicación, que cambies un PGOU para recalificar un terreno, que negocies un contrato sin publicidad con un determinado proveedor de servicios. Eso no lo paga ninguna botella de vino, ninguna cestita. Y quien te lo propone lo sabe. Así

que ese es el momento en el que aparecen sobre la mesa las cantidades en metálico, las comisiones de varios ceros. Ahí entiendes de qué va la cosa. Y sabes que llegas tarde a entenderlo, porque los empresarios que te ofrecen la pasta lo entendían ya hace años. Cuando tú todavía llevabas pañales, ellos ya sabían cómo funciona este país, sabían que quien no paga no pilla, que la única dificultad es averiguar a qué persona hay que pagarle. Y, al principio, empiezas a aceptar ese dinero, esas comisiones, como si fueran aquellos regalos: como un gesto de agradecimiento, un halago, una excepción. Pero ya estás ahí. En la rueda de la infamia. Y la excepción se acaba convirtiendo en costumbre. Y no pasa demasiado tiempo hasta que la costumbre se convierte en norma. Porque, ya que ellos juegan a eso, tú entiendes que no tienes que ir a la zaga, que puedes ser el que domine la partida. Y es que para ese momento tu tren de vida ha dado un acelerón y ya no haces nada con un utilitario y tu mujer necesita también otro coche, y tu segunda residencia precisa una reforma y también te vendría bien un piso en la capital, porque tus hijos deben ir a un buen colegio privado y un día habrán de ir a la universidad, y ellos y tu mujer se merecen unas buenas vacaciones todos los años. En fin, que todo eso hay que costearlo. Y ya que ellos están dispuestos a pagar tus favores, llega el día en el que eres tú el que puede poner el precio, y, si no pueden o no quieren pagarlo, ya habrá otro que lo haga. Por supuesto, en ese momento ya te has convertido en lo que ahora llaman un corrupto. Pero que nadie se rasgue las vestiduras: no hay corrupto sin corruptor. Y corruptores tenemos de sobra. Sobre todo en sitios como este, donde las únicas fuentes de riqueza son el turismo y lo público. El turismo no siempre va bien. Oscila como una veleta. Cualquier cosa puede llevarse a nuestros guiris a otro lado. Pero lo público es una mina de oro. Siempre hay basura que gestionar, carreteras que arreglar, obras que hacer, gente a la que curar o cuidar o enseñar, dependencias que limpiar, vigilar, administrar. Y hace años que vendimos la moto de que esas cosas las hacen mejor las empresas privadas que los funcionarios. Los funcionarios no funcionan. Eso es lo que solía decir el Viejo. A veces incluso brindaba, recitando a no sé quién: Brindemos, señores. Los

funcionarios no funcionan, los obispos no obispan, las vírgenes no virgan. De dónde coño sacaría el Viejo todas aquellas cosas que decía. Da igual, el caso es que, entre los que pagaban, y el Viejo y los que lo rodeaban, no tardé en entender cómo funcionaba el asunto. Cómo funcionaba y cómo funciona. La función pública. Se acaba la función, Gabrielo. Eso sí, ahora hay que cumplir ocho mil protocolos, esforzarse un poco más en que no se note, porque ya se sabe cómo ha de ser la mujer del césar, cuidar de que no llegue a manos de quien no tiene que llegar ningún documento que te pueda comprometer y hasta cuidar de que toda la clientela esté contenta, para que ningún cabrón malagradecido le vaya con el cuento a Fiscalía si no le va bien en un negocio contigo. Pero si haces eso, puedes seguir haciendo negocio como siempre. Y es mucho más difícil demostrarte nada, entre las montañas de papeleos y requisitos que tenemos ahora. Eso es lo bueno de la transparencia, que lo hace todo más opaco: para ser transparentes, eufemismos complicadísimos, requisitos burocráticos, protocolos absurdos que lo enmarañan todo de tal forma que no hay Dios que te trinque. Si no eres un torpe, claro. Y estos que están todo el día hablando de la corrupción, estos tipos, los perroflautas, sí que son torpes. No saben de qué va en realidad la cosa. No lo han sabido nunca. Y, es más, si lo supieran, se dejarían de tanta tontería y se apuntarían a chupar del bote como todos los demás. Porque las cosas funcionan como funcionan, el sistema es así y no hay quien lo pare, y es que si el sistema no fuera así, nosotros haríamos que lo fuera, porque a quién no le gusta vivir bien, carajo. Yo me acostumbré a vivir bien enseguida. En la primera legislatura con el Viejo hubo regalos únicamente. Detallitos. Total, yo solo llevaba Deporte, Cultura y Festejos. Fue en la segunda, ahí sí. Entonces empezaron las comisiones. El mismo Viejo me aclaró que era lo normal, que no me preocupara, que era lo propio. Para el final de esa época ya había entendido bien cómo iba el asunto. Por supuesto, no lo puedes vender todo y no lo puedes vender a cualquiera; hay cosas, hay áreas, hay gente con la que es mejor ser escrupuloso. De lo demás, siempre se puede sacar algún beneficio. Casi cada día había una reunión con alguien que estaba interesado en algo. Casi cada día

había una propuesta y otra reunión con el rival o los rivales de ese alguien para que hubiese contrapropuestas. Casi cada día te volvías a reunir con ese alguien y le decías lo que ofrecían sus oponentes, para que reajustase la cifra. Al final, si era capaz de superarla, ya habías decidido a quién le iba a caer el beneplácito municipal, de quién ibas a cobrar la comisión. Pero, en principio, lo dejabas todo en el aire, lo dejabas siempre todo pendiente del concurso público. Hay mil maneras de hacerlo, hay mil maneras de introducir a última hora en las bases de un concurso requisitos que quienes no han pagado la comisión pertinente no podrán satisfacer. O, más sencillo aún, hay mil formas de hacerle llegar al elegido la cifra más baja ofrecida por sus rivales. El que hizo la ley hizo la trampa y aquí leyes no nos faltan. Por supuesto, el Viejo estaba en el ajo. Todos lo estábamos. De hecho, yo no pillaba el dinero directamente. Ninguno de nosotros lo hacía. Los beneficiados le daban la pasta al tesorero del partido (en ese entonces era Luis Bolaños), que era quien repartía: tanto para financiación del partido, tanto para el concejal que hubiese hecho el arreglo, tanto para Colacho, que se llevaba un pellizco de todo. Así era en los tiempos del Viejo. Y así fue también en mis primeros tiempos, hasta que llegaron tipos como Berto y Boris, mientras las cosas comenzaban a cambiar.

Llegar, lo que se dice llegar, Berto no llegó. Berto no tuvo necesidad de llegar porque ya estaba ahí desde siempre, igual que César. Eran parte del paisaje. Conocidos de toda la vida. Mientras yo estudiaba, hacía la mili, me casaba, ellos movían chocolate y pastillas. Después llegó la polvajera y, cuando uno se quiso dar cuenta, ya tenían a gente despachando. El César de una manera más cantosa, más cutre. En las que entonces eran las chabolas del Muerto. Lo que fueron luego, cuando se demolieron las chabolas, las viviendas sociales. Dio igual: chabolas o bloques de casas baratas, su gente continuó despachando allí. Pero era cutre y descarado. Y encima movía también jaco. Mal negocio. Rentable para quien lo lleva, pero peligroso, indiscreto. Un criadero de yonquis que afean el paisaje, se buscan la ruina, vagan por ahí, zombis descerebrados, pidiendo y robando, asustando a los turistas y a las viejas. Por eso siempre mantuve la distancia con César. Hice bien, eso lo dijo el tiempo. Aunque no había que ser muy listo para saber que se caería con todo el equipo. Con Berto siempre fue otra cosa: discreto, inteligente como si tuviera un doctorado, conservador hasta cierto punto. Siempre mantuvo el quiosquillo que tenía su padre en la plaza del Huérfano. Cuando yo volví a tomar contacto con él ya tenía a tres o cuatro pibes menudeándole la mercancía por todo San Expósito, ya no servía él mismo. Empezó a comprar pubs y bares en Playa Siroco. Siempre ha tenido esa tendencia a mantener negocios legales: coge un bar de copas, unos recreativos o un restaurante, pone un encargado y le saca partido tres o cuatro años. Luego lo traspasa (muchas veces al propio encargado) y cambia de local. También ha comprado alguna licencia de taxi, un minimarket, la franquicia de una gasolinera. Esos no los suelta. Tampoco suelta el negocio grande, el de la mandanga. Eso sí: nunca heroína. El jaco es muerte,

me dijo una vez. Pastillas en su época. Ahora solo chocolate, maría y coca. Al principio no hacíamos negocios. Nos limitábamos a tolerarnos mutuamente. En realidad, a mí ni siquiera tenía que tolerarme, porque yo no era una amenaza. Yo a él sí, yo a él lo toleraba como lo toleraba todo el pueblo, que sabía a qué se dedicaba, pero lo dejaba estar porque no suponía ningún problema para nadie. Hasta les daba mucha vidilla a algunos de la municipal. Y los otros, los que no tenían trato con él, callaban por no meterse en problemas, porque era mejor dejarlo estar, ya había bastante con las peleas de guiris borrachos, los tirones que algún gilipollas daba en el paseo, los yonquis mendigos o descuideros a los que había que mantener a raya. Berto y yo no entramos de verdad en tratos hasta después de aquella desgracia, en esa época en que se me fue la pinza, cuando retrasaba el momento de volver a casa y enfrentarme a Maru y a Yeray, cuando comencé a alejarme de ellos porque me dolía verlos. Entonces estaba ahí, invitándome o despachándome. Alguna vez nos fuimos juntos de marcha. Pero tratos no hicimos hasta mucho después, cuando las concesiones de los recreativos. Las casas de apuestas eran un modelo de negocio que no podía dejar pasar. Con un inconveniente: aquello solo salía rentable si no había competencia. Y ahí fue donde yo le podía echar un cable. Y se lo eché. Y pagó el favor. Y luego hubo otros favores y él también los pagó. Punto y pelota. Ahora ya está pureta, como yo. Ya no nos corremos marchas juntos. Ya no le pillo ni me regala polvo. Nos cruzamos de vez en cuando y nos saludamos y nos preguntamos cómo nos va y seguimos cada uno a lo nuestro. Se centra más en los negocios legales. Al principio eran solo para blanquear. Ahora le dan mucha pasta, sobre todo los taxis, la gasolinera, las casas de apuestas. Por mal que le vayan, digo yo que siempre podrá mantenerse arriba con la pasta que ha amasado en tantos años. Aun así, todavía sigue dando viajes, pasando mercancía por el muelle. Se supone que tiene untados a los picoletos. Se supone que él no toca ni ve nada directamente. Se supone que puede seguir así por los siglos de los siglos. Que le vaya bonito. No tengo nada que echarle en cara. Ni él a mí. Yo lo dejo vivir y él me deja vivir. Así que es casi imposible que tenga que ver con esta putada que me han hecho. Y

Boris menos. Boris no era de los nuestros de siempre, como Berto. Boris sí que llegó. Y antes que Boris, llegó su dinero. Y fue Aguilar quien lo trajo.

Tres licencias de apertura en el mismo año, con dos o tres meses de diferencia entre cada una. Tres restaurantes en la zona de Playa Siroco: La Góndola, La Balalaika de Lara, El Lomo Alto. Un italiano, un ruso, un asador argentino. Así empezó la cosa. Tres licencias a nombre de la misma empresa, que entonces era ORC, Ocio y Restauración Canarias. Me acuerdo porque no se comieron precisamente el coco con el nombre. Fue Tano el que me llamó la atención con el tema. Porque yo en ese momento estaba muy liado con lo de los molinos y no me habría dado cuenta si no llega a ser por él. Había alguien que estaba empezando a invertir a lo bestia y no nos habíamos enterado. Habían abierto ya, mientras se tramitaban las licencias. Era lo habitual por esa época. Lo despaché rápido: ponles trabas, para que se dejen ver. Eso fue lo que le dije. No había que explicar más, ya sabíamos cómo iba el tema. Les mandó inspecciones, les denegó el permiso para la terraza a dos de los negocios y al tercero le puso en suspenso la licencia hasta que no solucionaran no sé qué cosa de la normativa de acceso, ahora ya ni sé. Y funcionó: una semana después, teníamos a un tipo de ORC pidiendo una reunión con Tano. Ese tipo resultó ser Aguilar. Yo no estuve en esa primera reunión. Estuve en la siguiente, cuando ya Tano me había dicho lo que sabía: el tal Aguilar era un godo que representaba en Canarias a un tipo de fuera que quería invertir aquí. Duro de pelar, me dijo Tano, aunque sabe de qué va la cosa. Pero esta no va a ser la única inversión que haga, así que es mejor que lleguemos a un acuerdo, que haya un sistema, que decidas tú cómo lo hacemos. A Tano no le terminaban de gustar ni Aguilar ni ORC ni andar haciendo negocio con quien carajo estuviera detrás de ORC sin dar la cara ni el nombre, pero el tal Aguilar había pedido hablar conmigo y él, personalmente, prefería que así fuese. No quería

tomar decisiones en aquello. Así que, por unas horas, dejé estar el quebradero de cabeza que era el asunto de los molinos y accedí a verme con Aguilar en el despacho de Tano. Quedó claro desde el principio que Aguilar era persona interpuesta. Cordial parecía, pero en realidad era frío y correoso como un filete de hace dos días. Americana barata, camisa de cuadros, mocasines lustrosos, Rolex Daytona, alianza de oro, casquete de pelo gris, ojos azules, opacos, un biombo, un telón, no se sabe nunca qué hay detrás. Ese es Aguilar. No adoptó la actitud de tipo ofendido ni la de inversor con pasta gansa. Habría podido. Cualquiera de las dos cosas hubiese funcionado. Pero no optó por ninguna. Prefirió dejar que Tano introdujera el asunto de las licencias, de las supuestas deficiencias, de la preocupación suya (de Tano) por solucionar el problema, del favor que le hacíamos (a Aguilar) reuniéndonos para ver si a mí se me ocurría una solución. Después permitió que yo entrara a saco con el asunto de los expedientes (tenía las carpetas ante mí, como si las hubiese estudiado a fondo, aunque solo les había echado un vistazo rápido antes de la reunión), que contara que lo había consultado con los técnicos del ayuntamiento y que veía muy difícil sacar adelante aquellos permisos. Nos dejó hacer todo el numerito, el paripé completo. Después, se suponía que él tenía que hablar del daño que se le hacía, de la inversión que su empresa había hecho ya, y, finalmente, apelar a alguna solución provechosa para ambas partes. Tras esto, Tano habría introducido la posibilidad de arreglar el asunto por medios no convencionales, saltarnos algún requisito, puentear a la burocracia (que a nosotros nos molestaba tanto como a él), hacer incluso un poco de trampa, si era necesario. Y luego habríamos acabado acordando una cifra, tras negociar un rato. Pero Aguilar se saltó los pasos previos. No se hizo el dolido, no apeló a soluciones provechosas. Simplemente, cuando yo acabé de hablar, se quedó mirándonos de hito en hito un buen rato, con algo parecido al nacimiento de una sonrisa, y, cuando notó que yo estaba a punto de romper aquel silencio que nos incomodaba a Tano y a mí, dijo que él no era el único dueño de su empresa, que Ocio y Restauración Canarias pertenecía a un *holding* muy importante, con matriz europea y negocios en la Costa del Sol, la Costa Brava y la

Costa Daurada, aparte de otros lugares fuera de España. Que estos tres restaurantes eran solo el primer paso en una cadena de inversiones que pretendían hacer en San Expósito. Y que de ellas podíamos salir muy beneficiados tanto el municipio como nosotros mismos. Que no tenían problemas en hacer ciertos gastos suplementarios y que, de hecho, nos resultaría personalmente muy provechoso ponerles las cosas fáciles para trabajar aquí, porque ORC y su empresa matriz eran generosas y justas y tenían previstas contingencias como aquella, aunque lo que sí que no iban a hacer nunca era perder el tiempo, porque había un flujo de capital constante que él debía invertir. Si llegábamos a un acuerdo, bien. Si no, él, como representante legal de la empresa, se la llevaría a otro municipio de la isla o a otra isla o a otro país, porque siempre hay municipios, regiones o países dispuestos a ponerles las cosas fáciles a quienes quieren invertir en ellos. Dicho todo lo cual, utilizó por primera y última vez el bolígrafo para anotar una cifra y enseñárnosla. Esto es lo que estamos dispuestos a pagarles a cada uno de ustedes. Tano y yo miramos la cifra, que nos pareció ridícula, un insulto, el sueldo de un par de meses. Pero cuando nos vio reírnos con ironía, cuando notó que íbamos a preguntarle quién coño creía que éramos, con qué clase de palurdos pensaba que estaba tratando, Aguilar aclaró: Al mes. Y eso nos dejó callados. Nos dejó callados mientras él explicaba que las cantidades llegarían en metálico, que no dejarían huella fiscal ni contable en ningún lado, que luego seríamos nosotros quienes habríamos de encargarnos de que no nos dieran problemas. Además, ORC, en posteriores iniciativas económicas (empleó ese término, con dos cojones), estaba dispuesta a realizar bonificaciones extras o a cubrir gastos que se consideraran razonables. A cambio, dijo para terminar, ustedes nos pondrán las cosas fáciles. Y serán discretos. En cuanto a la discreción, somos los primeros interesados, le contesté. Pero me gustaría saber quién está detrás de todo esto. Entonces, la sonrisa de Aguilar creció. Quién lo sabe, dijo. Y, sobre todo, a quién le importa, señor Sánchez. Yo soy el jefe de todo esto aquí en Canarias. En otros sitios, hay otros jefes. A su vez, tenemos un jefe para toda España, a quien ya conocerá, porque es muy probable que

venga a residir aquí por temporadas, pero solo tratarán conmigo. Más allá de él, no sé quién hay ni quiero saberlo. Es más: creo que a ustedes no les conviene enterarse de mucho más. Cuando Aguilar se marchó, cuando Tano y yo nos quedamos solos, sentimos, aunque ninguno lo dijo, que estábamos cruzando una línea, un punto de no retorno. Más allá hay monstruos, como en los mapas antiguos. Pero no, no dijimos nada de eso. Únicamente, Tano señaló el papel con la cifra anotada. ¿Qué coño es lo que acaba de pasar, Gabrielo? Creo que me encogí de hombros, que di un bufido, antes de concluir: Creo que lo que acaba de pasar es que nos ganamos un sueldo de Nescafé, de esos para toda la vida.

Y sí, para toda la vida. En aquel momento, creí exagerar, porque después pensé que la vida es muy larga, que pueden pasar muchas cosas. De hecho, Tano dejó de cobrar en cuanto empezó a tocar los huevos. Pero yo sí que he cobrado hasta el último día. Porque la vida no es tan larga. Hasta la víspera misma. Hasta el año pasado, cada mes, puntualmente, se presentaba Aguilar (o alguno de los suyos, si Aguilar estaba fuera) para darme lo mío. Después, cuando nos dimos cuenta de que estoy en el punto de mira, cambiamos el sistema. Los restaurantes. Los váteres. Pero el sueldito de Boris no me ha fallado nunca. Ni un solo mes. Y además, sí que hubo coberturas razonables de gastos, bonificaciones por otras iniciativas económicas, Aguilar las continuó llamando así, iniciativas económicas. De ORC o de cualquiera de las otras muchas empresas en las que ORC se ha ido convirtiendo a lo largo de los años y los bisnes que nos hemos hecho. Bonificación de las buenas cuando adquirieron los chalés de Los Bicácaros, los bungalós de la zona de costa, las dos discotecas y el gimnasio. Compraban negocios o propiedades que ya estaban funcionando (generalmente, funcionando mal, incluso dando pérdidas). Los chalés y los bungalós, por ejemplo, llevaban en venta desde el año del gofio. Y, de pronto, llegó Aguilar, el hombre de Boris, y los compró a tocateja. Poco regateo, ningún remilgo. La única vez que construyeron algo fue cuando lo del Sahara Center. Entraron en la sociedad, participaron hasta la inauguración y, cuando me vine a dar cuenta, ya le habían vendido su parte a un fondo de inversión en el que yo siempre he sospechado que también participa la gente de Boris. Porque, con el tiempo, fuimos entendiendo que el dinero de Boris no podía ser solo de Boris. Que lo que dijo Aguilar no era una fantasmada. Que Boris era el representante entre nosotros de algo mucho más gordo. Algo

que desde cualquier país del Este o desde la propia Rusia con amor había crecido como un cáncer en los años noventa por toda Europa, en rivalidad con otros cánceres que provenían de Italia, de Armenia, de Colombia o de la mismísima España, que a parir sinvergüenzas no nos gana casi nadie. Algo que se nutría de cualquier negocio ilegal imaginable. Yo me hacía preguntas sobre eso. Yo, para mí; no había huevos de hablar de esto con nadie. A nadie en su sano juicio se le ocurriría preguntar cuáles eran exactamente esos negocios. Pero me preguntaba y me imaginaba. Hacía cábalas. Lo que era capaz de concebir siempre estaba alimentado por escenas de esas películas de acción que me pongo de vez en cuando para atontarme o de las novelas policiacas que leo en la cama. Me montaba mis propias películas, estupendas, aterradoras. Imaginaba sórdidos prostíbulos donde se esclavizaba a chicas engañadas en sus países de origen, contenedores llenos de drogas o de armas abiertos con nocturnidad en instalaciones portuarias laberínticas, dueños de negocios honrados extorsionados con violencia por sicarios de dimensiones hercúleas, bancos y joyerías de lujo atracados por profesionales encapuchados cuyos métodos dejaban muy atrás a los de la policía que los perseguía. Pero luego dejé de hacer cábalas, de preocuparme por el origen de la pasta: esos negocios ilegales no se hacían aquí. Aquí solo traían su dinero, para lavarlo, para que circulara y devolverlo impoluto a los paraísos fiscales donde lo guardaban, dispuesto para financiar nuevamente sus actividades o para que sus dueños se dieran la vida padre o para gastárselo en chucherías, qué sabía yo y a quién coño le importaba. Dinero sucio, dinero limpio. Yo no sé nunca, cuando veo un billete, si está limpio o sucio. Yo solo sé que es un billete y que sirve para pagar cosas. Esta casa, los coches del garaje, los sueldos que les sigo pasando a Sol, a mi cuñada, la residencia de mi viejita, los estudios de mi hijo y mis sobrinos, las comidas y los viajes y las fiestas. Fiestas para no volverme loco entre tanta tristeza, tanta miseria, tanta soledad. Las putas que a veces me hacen falta para saber que sigo estando vivo y que, cuando se van, se llevan consigo un resto de vida. No. No me importa de dónde viene el dinero. Y sería muy gilipollas si me importase. Pocos bobomierdas se preguntarían de dónde viene el

dinero que llevan en la cartera o tienen en el banco. Y todavía menos bobomierdas serían capaces de rechazarlo. El dinero mueve el mundo y el mundo mueve dinero de un lado a otro. Se lo quita a unos para dárselo a otros. Por el camino siempre cae un poco. Conviene estar en el arcén de la autopista por la que circula para aprovechar algo de esa pasta que se queda por el camino, sin preguntar de dónde viene o adónde va. Algunas preguntas son peligrosas. Otras son absurdas. La mayoría, inútiles. Las preguntas inútiles son las que no tienen respuesta. Eso también las hace absurdas. Eso se lo oí una vez a un tipo en una conferencia. Indecidible. Usaba el palabro ese: indecidible. Una pregunta por algo indecidible es una pregunta absurda, decía. La pregunta por Dios. No hay modo de demostrar si Dios existe o no existe. Por mucho que mires hacia arriba cuando vas a morirte, no lo vas a ver. O sí, pero no vas a volver para contarlo. Ni pruebas ni testigos. Por eso la pregunta no solo es inútil, sino que ninguna respuesta será falsa o verdadera. Putos filósofos. Siempre haciéndose preguntas. El tipo dio la conferencia hace una purriada de años, cuando yo estaba de concejal de Cultura. Y me la tuve que comer, porque por lo visto era un tío importante y el Viejo quería que quedáramos bien. Pero es curioso, porque ahora me acuerdo como si hubiera sido hace un rato. Curioso: ¿cómo fue que se me quedó a mí en la cabeza todo eso y sale ahora? Otra pregunta inútil. Otra pregunta absurda, pero sí, el recuerdo de la conferencia aquella, del tipo barbudo con gafas de montura redonda, metálica, las gotas de sudor en la frente, porque había venido a dar la charla de chaqueta y corbata y en la Casa de la Cultura hacía un calor de Congo Belga. Después lo llevé a cenar al Tacoronte. Yo lo pensaba llevar al Bochinche La Estaca, a comer pescado, pero el Viejo me dijo que no, que lo llevara al Tacoronte, que le diera una cena fina, que el tipo era de los de prestigio y nos daba la charla gratis y que no me cortara con el gasto. De todos modos, nos habría salido más barato comprarle un traje y pagarle la charla y hasta una paga extra, porque el tipo era de hocico fino y tenía más saque que una tribu. Y mira, coño, qué putada, que de lo que no me acuerdo es del nombre, pero de todo lo demás me acuerdo. Tres botellas de Ribera del Duero, se mamó el

tío. Y un chuletón que no se lo saltaba un guardia. Y de postre, nos metimos entre los dos media botella de Knockando. Del nombre no, pero de todo eso me acuerdo. Hasta de una cosa que me dijo: que el hombre es un ser para la muerte. Que lo decía no sé qué filósofo. El hombre no sé, pero yo ahora mismo soy más para la muerte que para la vida. Tirado. Asfixiado. Muerto. No muerto. Casi muerto. Casi vivo aletargado desmayado dormido. Dormido el recuerdo. Uno no lo controla, el recuerdo. Cosas de la memoria. A pesar de uno. También las preguntas aparecen sin que las busques. Ahí, esperando, como chorizos a la puerta de tu casa. Y a veces son bastante gilipollas. Como los chorizos. No me refiero a preguntarse para qué quieren el casco los paracaidistas o cómo se afeitan los ciegos. Cosas más bobas. Ahora mismo, ahora que el cuerpo ha ido reptando por el salón, ahora que calculo que ya no debe de andar lejos la puerta de la calle, me acabo de preguntar dónde están las llaves. Que digo yo que para qué coño quiero las llaves, si no tengo manos con que usarlas. Y peor: para qué las necesito, si seguramente no habrán dejado cerrada la puerta con llave, igual que tampoco me quitaron la bolsa de basura de la cabeza ni le abrieron un agujero, con la misma prisa, la misma dejadez. No los oí cerrarla. No los oí coger las llaves para cerrarla. No está cerrada. Si lograra ponerme en pie, seguro que hasta podría accionar la manija. Con mis propias manos. De espaldas. Con las manos atadas, podría girar el pomo de la puerta y salir. Salir al porche. A saltitos. Salir más. A saltitos, pero salir. Salir al patio, llegar hasta la tapia. Confiar en que alguien me vea. Y, si no, arrimarme a algo, a la cerquita del parterre, que es de hierro forjado, buscar un filo, una punta en el dibujo de la reja, enganchar la bolsa o enganchar el plástico de la bolsa, la bolsa azul de basura perfumada. ¿A qué preguntarse dónde están las llaves? Las oí caer por ahí, por el suelo, cuando me vaciaron los bolsillos. Pero esa no es la pregunta, la pregunta es si voy de verdad hacia la puerta, la pregunta es dónde hay de verdad una pared, la pregunta es si de verdad voy a conseguir levantarme o si seguiré reptando gusano agusanado hasta encontrar una pared al borde de esta nada azul de plástico perfumado pensado para perfumar lo imperfumable, disimular lo indisimulable, esta nada azul de plástico, esta niebla azul

de asfixia, de agobio, de sudor, de saliva, de mareo y vahído, este adelanto de la muerte, dónde están las llaves, los hombros hechos mierda y la cadera también, matarilerilerile, en realidad ya te dieron matarile hace mucho, y no te lo dio nadie en concreto, sino la puta vida, la mismísima puta vida. Llevas tanto tiempo muerto que ya ni te acuerdas de la última vez que no lo estuviste, dónde están las llaves, antes de Sol, antes de casi todo, antes, mucho tiempo antes de irse Maru, y ahora se trata solo de hacerlo oficial, de que se muera también el cuerpo, porque te moriste por dentro mucho mucho antes, ya la desgracia te dio matarile en el fondo del mar, matarilerilerón. En el fondo del mar. En el fondo del mar no se oye la risa. Qué horror. Entonces morí. Morí para los restos aunque seguí caminando, hablando, durmiendo, despertando, trabajando, follando, convirtiéndome en esto. Ya muerto. Ya estaba muerto. Como ahora. Pero ahora no. No estoy muerto. Sigo pensando. Así que todavía estoy vivo. Si pienso, aún vivo. O a lo mejor no. A lo mejor sí que hay algo al otro lado y hace rato que todo se terminó de ir al carajo y yo creo que mi cuerpo se mueve, que mi cuerpo repta, que intenta llegar a la puerta, buscar una pared, apoyarse, ponerse en pie, abrir la puerta, salir al porche, al patio, al parterre, a la tapia, buscar cómo romper la bolsa o llamar la atención de algún vecino, de algún coche que pase por la carretera, de alguien que venga y me ayude y rompa la bolsa y los latiguillos, las bridas. O las bridas, los latiguillos, que ya me quito yo la bolsa. A lo mejor yo creo que mi cuerpo está intentando hacer todo eso cuando lo cierto es que sigue ahí, tirado en el sofá, donde lo dejaron estos dos hijos de puta (que yo lo sé, que yo sé que al de la voz de ronero lo conozco, me cago en el corazón de su madre), o en el suelo, adonde consiguió llegar rompiéndose todo de paso. A lo mejor todo esto que pienso, que creo, que hasta digo, que hasta grito aunque nadie me pueda oír, a lo mejor es el tsunami cerebral ese de los científicos. A lo mejor eso. Explosión de intercambios neuronales. Una puta *rave* de neuronas. Una orgía de neuronas follando como locas. Dendritas y axones empalmados y cachondos y corriéndose y vibrando a toda hostia. En vez de contar con salvarme ya solo me toca este sucederse de imágenes y recuerdos, este *time-lapse* del *skyline* del

paisaje de mi vida que lo repasa todo y me cuenta a mí mismo lo que soy, lo que fui, lo que durante tanto tiempo no he querido saber que era. No he querido saber la cobardía. No he querido saber la deslealtad. Mi cobardía. Mi deslealtad. Ni cómo dejé sola a Maru con todo el dolor. Cómo me refugié en lo que me alejara de casa: en las farras, en los viajes, en la política, y la política era el trabajo, era el negocio, eran los tejemanejes, que son otra forma de estar de farra. Cómo la dejé sola tirando del carro, haciéndome la víctima, el esforzado, el tipo que además de matarse a trabajar tenía que aguantar esa cara de sufrimiento cada noche al volver a casa, cada día, si era de día cuando volvía. Eso a veces pasaba algún sábado, algún domingo, algún viernes: llegaba y me la encontraba pendiente de si volvía y yo me hacía la víctima y montaba unos números fenomenales para que no se notara que era ella quien tenía razón, quien la sigue teniendo. Miserable. No, miserable no: miseriento. Para como soy, para como fui con ella, no merezco ni una palabra que exista. Mejor miseriento. Así fue como fui, miseriento, aquella vez, cuando se lo dije, cuando volví un domingo por la mañana, oliendo todavía a whisky y a puterío y me lo recriminó y me dijo que sabía por qué lo hacía, pero que ahí no iba a encontrar consuelo, que solo juntos lo íbamos a poder superar, que estaba Yeray y que él también me necesitaba como me necesitaba ella, que estaba rota, igual de rota que yo, y que lo que estaba haciendo solo servía para que lo pasáramos todos aún peor. Entonces fue cuando yo le dije eso, cuando le dije Para qué coño voy a venir a casa, para ver esa cara de amargada. Malnacido. Un malnacido, un patán insolente y obtuso. Ella no me lo dijo, ella no tuvo que decírmelo, no ha tenido que volver a recordármelo para que yo sepa que lo fui. Que lo soy. Y, además, jamás me lo habría recordado, siendo como es. Maru sí es buena gente, sí es una mujer de esas que valen la pena. Qué persona. Y qué mal se lo pagué. Se lo cargó todo ella encima: su dolor y el de Yeray, el de mi vieja, que también sufrió lo suyo. Joder, si hasta cargó con el mío. Porque todas aquellas mierdas que le hacía, todas las malas palabras, todas las ausencias, todos los desprecios, toda la distancia venían de lo débil que fui, de lo mal que lo aguanté. Pues hasta con eso cargó y miró por mí y miró por todos

mientras yo me iba convirtiendo en el perfecto asqueroso, el perfecto abusón, el perfecto tirano.

No hay mayor tirano que un enano con el látigo en la mano. Eso solía decir el Viejo. Esto lo había leído o lo había sacado de una canción, no lo sé. El tipo o la tipa que no aprobaron los exámenes para policía y acabaron de seguratas, los auxiliares de clínica que no pudieron o no supieron ser enfermeros, el cabo chusquero, el peón de la cuadrilla al que le toca controlar el tráfico con un cartelito y unos conos en mitad de la carretera, la tía que quería ser jefa de negociado y ha acabado recogiendo documentación en el registro, el juez o la jueza que no consiguen ascender y siguen en la Audiencia Provincial, acumulando autos que no interesan a nadie hasta que un día les cae por turno un caso sonado con el que pueden lucirse y salir en el periódico, el calvo que pudo ser metre y no pasó de jefe de rango, la rubia teñida que estudió Economía y Finanzas, pero solo consiguió ser encargada de turno en ese supermercado de barrio. Esos, esas, están ahí esperando a que llegues a la puerta que custodian, el hospital por el que se arrastran, el batallón donde sirven, la carretera que controlan, el registro donde vegetan, el juzgado en el que sojuzgan, el lado del comedor en el que lamen culos, el supermercado en el que se pudren. Si te encuentras algún día a su merced, pagarás por su fracaso como si fuera el tuyo, probarás el sentimiento de humillación que, generosamente (y eso es lo único en lo que son generosos), propagan por el mundo. Esos son los enanos del látigo y el látigo está hecho de normas, de órdenes dictadas por otro al que ellos nunca son capaces de identificar, de reglamentos, de normativas, de leyes, de políticas de empresa. Todos, todas, soñaron con llegar a tener poder. Poder del de verdad. De ese que te permite dictar normas, decidir la suerte de seres anónimos a quienes jamás verás el rostro, cambiar el mundo, parar el tiempo, hacer que se te recuerde cuando ya no estés, cosa

que es improbable que ocurra, porque, en las ensoñaciones de un enano, el poderoso es siempre inmortal. Pero ni siquiera fueron capaces de triunfar en sus ínfimos ámbitos de influencia. Así que tuvieron que conformarse con los puestos a los que sus gramáticas pardas, sus limitadas aptitudes, su oportuno cuarto de hora de suerte les permitieron llegar. Perdedores, perdedoras, saben perfectamente que lo son pero su orgullo les impide aceptarse. Y ahí están, mascando el diario rencor que su bilis negra convierte en un vómito reglamentario que arrojarán sobre quien se les ponga a tiro, a quien le joderán la vida durante cinco minutos o varios años, dependiendo de su capacidad, sus medios y el tamaño de la envidia que su víctima les inspire. El poder no. El poder no corrompe. Al poder se llega ya corrompido. Corrupto hasta la médula. O desde la médula. Nadie que no sea un miserable moral desea el poder. Yo lo sé porque yo lo soy. Porque he andado siempre entre poderosos y no he conocido a ninguno de quien no se pueda decir exactamente lo mismo. Y cuando quien anhela poder no llega a obtenerlo, la frustración se lo come por dentro y acaba por pudrirlo del todo. Por eso estos son así. Lo hablamos muchas veces con el Viejo. Salía el tema con frecuencia, por ejemplo, al hablar de Gómez, Lorenzo Gómez, interventor del ayuntamiento por aquel entonces. El sieso que nos tenía siempre sudando, pendientes de sus firmas, de sus informes, del puto visto bueno aplazado para tenernos siempre cogidos por los huevos. Nos daba el coñazo casi con cada gasto. Pero se aplicó a fondo en la época del campo de fútbol, el muy mamón. Nos pasábamos la vida soñando con el momento en que se jubilase. Qué otra cosa se iba a hacer, si era un técnico contra el que nada más se podía. Hasta que a Saulo se le ocurrió una idea. Primero lo vigiló. Bueno, lo mandó vigilar. Me dijo que con una agencia de confianza que conocía. Puede que hasta la misma que luego contraté yo para lo de Sol, vete a saber. Lo cierto es que un día nos convocó a una reunión y nos enseñó un informe muy suculento. Gómez tenía cuarenta y tantos ya bien despachados, una mujer, cuatro hijos, una vida de lo más gris, de lo más seria. No tenía negocios sucios, no iba a jugar al casino ni al bingo, no se drogaba, no paraba en puticlubs. Hasta iba tres veces a la semana al

gimnasio. Los lunes, los miércoles y los viernes. Y tenía una costumbre: los martes se subía a la capital, para jugar una partida de envite con viejos amigos. O eso es lo que le decía a su señora, a sus hijos, a sus suegros. Porque esa tarde, en realidad, la pasaba en el piso de una rubia en el barrio portuario. Una rubia de metro ochenta y veinticinco años. De tetas enormes y operadas y caderas más estrechas de lo que uno habría deseado, aunque para gustos, colores. Una rubia que respondía al nombre de Doris, pero que figuraba en el registro civil con el nombre de José Luis Pérez Ortega. Fíjate, te acuerdas hasta del nombre, que se te quedó grabado mientras te meabas de risa con Tano y con el Viejo, mientras escuchabas decir a Saulo que, al parecer, al tal José Luis lo llamaban en el barrio Doris la del Látigo, no porque fuera ninguna enana, sino porque debía de tener un mandado de dimensiones tan apoteósicas que habían acabado corriendo de boca en boca por toda la ciudad, haciendo leyenda, haciendo historia. El informe contenía fotos. Nos pasamos un rato de puta madre mirándolas y haciendo chistes. En las fotos no se llegaba a ver el látigo de Doris, pero sí que se notaba en la cara de Gómez el efecto que le causaba al ensartarlo. Y por la expresión de aquella cara, sí que debía de ser grande. Eso lo dijo Tano, llorando de risa. Ahora que lo pienso, ahora que me viene ese recuerdo, supongo que teníamos algo de rufianes, los cuatro, ahí, en el despacho de Saulo, fumando y descojonándonos, manoseando las fotos y compitiendo para ver quién decía la burrada más gorda. Claro, estábamos felices porque por fin teníamos en la mano un arma potente. Y tan potente. Pero también había algo que es muy nuestro, esa mala baba que nos sale cuando podemos joderle la vida a un semejante. Nos gusta un linchamiento, coño. Nos la pone dura joderle la vida a alguien, sobre todo si lo hacemos en jauría, si nadie más se va a enterar. Supongo que hoy en día, con lo que hemos avanzado, aquella arma no habría sido tan potente. O sí, vaya usted a saber, porque nos las damos de liberales y de modernos, pero hay cosas que la gente sigue sin aceptar. A mí, en realidad, me daba igual y me lo sigue dando. Pero estaba claro que si el informe hubiese llegado a las manos de la mujer de Gómez, si alguna de aquellas fotos se hubiese hecho pública, le habríamos cagado la

vida. Yo no estuve en la reunión cuando el Viejo llamó a Gómez a su despacho. Tampoco Tano. De lo que se habló allí, solo me contaron por encima. Saulo se limitó a decirme que aquel gilipollas no nos iba a joder más, que a partir de ese momento las cosas se iban a hacer a nuestra manera. Y así fue: Lorenzo Gómez aflojó y se dedicó a hacernos las cosas más fáciles, se volvió ciego a los defectos de forma que antes siempre era capaz de localizar de un solo vistazo. No sé qué ha sido de él. Después de aquello, comenzó a coger una baja tras otra. Por depresión, creo. Eso nos vino bien, porque ya había llegado al negociado Cuco Padrón, a quien entre todos fuimos haciendo a nuestra mano y que luego ha estado de interventor todos estos años y no me ha fallado nunca. En cuanto a Gómez, así, encadenando bajas, llegó a la edad en la que pudo prejubilarse. O pedir una invalidez, no lo sé. Cuando dejó el ayuntamiento ya la mujer lo había dejado a él y se había marchado con las criaturas, que estaban creciditas. La casa de San Expósito la vendió y se mandó mudar. No lo he vuelto a ver por aquí. A veces me da un poco de pena. Pienso en el pobre Gómez, tirano ensartado en el látigo de Doris, humillado del todo, y quiero imaginarle un final feliz. Quiero pensar que se fue a la capital, que salió del armario, que vivió con Doris todos estos años y se ha sentido realizado con ella y con su mandado enorme y hoy es un abuelo que se lo pasa pipa viviendo la vida que no pudo vivir de joven. Pero, claro, es que uno a veces mira hacia atrás y ve el daño o los daños que ha hecho y querría pensar que no es para tanto, que ha usado la crueldad justa para conseguir sus propósitos sin hacer demasiada sangre. Uno quiere tener la conciencia tranquila, sentirse bien consigo mismo, no pensar en la posibilidad de que lo que ha hecho le haya jodido a alguien la vida para siempre. Sería bonito si fuera así. Pero casi nunca lo es. En casos como el de Gómez puedes olvidarte, hacerte el loco. Puedes, incluso, no preguntarte qué fue de él. Otras veces no hay manera, porque ves lo que tú mismo has sembrado. Como cuando lo de Feluco.

El daño que haces. El daño que haces no lo haces por inquina, por odio, porque seas un sinvergüenza. Lo haces porque los demás se te cruzan por delante, te cortan el paso. Porque sus intereses chocan con los tuyos. Porque lo que te conviene a ti no les conviene a ellos o lo que les conviene a ellos no te conviene a ti. A veces, son esos enanos con látigo, gente que quiere poder y no lo tiene y por eso te jode el día a día, como Gómez nos lo jodía. Otras, solo son palos que el camino te va colocando en las ruedas, gente que está por en medio. Yo nunca quise mal a Feluco. Pero cuando se me cruzó por delante, cuando sus intereses chocaron con los míos, cuando no me convino lo que le convenía, terminó jodido. Por culpa de lo de los molinos, que encima fue algo que parecía que iba a ser un negocio de los buenos y a último momento se quedó en nada y acabó hasta en los tribunales. Los molinos iban a hacernos a todos ricos, porque había llegado el siglo XXI y todo el puto país se iba a modernizar, a gastar energías limpias, a tener un crecimiento sostenible y toda esa puñeta. Y lo mejor era que había pasta para eso: había ventajas fiscales, fondos de la Unión Europea. Y todos sabemos que cuando hay de por medio fondos de la Unión Europea, siempre hay un buen pico a repartir si las cosas se hacen bien. O eso decían. Y los de REM Eólica, los portugueses, sabían hacerlas bien. Ya habían cerrado acuerdos en todo el sur del país, desde Badajoz hasta Valencia. Aquí eligieron San Expósito porque teníamos viento y terrenos en el camino al pico Tenesor para parar un carro, pero, también y sobre todo, porque en la UTE participaba la gente de Alravesa, que había hecho otros negocios aquí y sabía que era fácil negociar con nosotros, conmigo, que no pondría trabas burocráticas ni pararía la instalación porque de pronto viniese, yo qué sé, la Asociación de Amigos del Pinzón Azul a decir que era un peligro. Aquel iba a ser un

bisnes, de los buenos. Solo había que ceder el terreno y ellos no solo pagarían un tanto anual y nos suministrarían energía a buen precio, sino que encima presumiríamos de energía limpia, que siempre queda bonito. Al final, visto lo visto, no fue tan buena idea: cambiaron la normativa sobre medio ambiente, los de REM Eólica vieron que no les saldría rentable el negocio y al final dejaron la cosa a medio hacer. Y, claro, como la partida europea era finalista, nadie recibió un duro y todo acabó como el rosario de la aurora. Y eso es lo más terrible, lo más absurdo de todo. Uno está acostumbrado a que a veces hay negocios que se van al carajo y está acostumbrado a perder un poco de vez en cuando. Pero uno nunca se acostumbra a perder tanto. Porque yo perdí mucho ahí. Culpa mía, en todo caso. Culpa mía por pensar que podría hacer negocio con la casa del pico Tenesor, que no producía nada y podría dar mucho gracias a los molinos de los portugueses. Culpa mía por no contar con que en realidad el negocio *a posteriori* no sería para tanto. Culpa mía, sobre todo, por no contar con Feluco. Feluco. Rafael. Mi hermano. Mi hermanito, carajo. Qué poco lo tuve y cómo lo perdí. Cómo lo perdimos todos. Yo lo quería. Diga lo que diga Encarna, yo a Feluco lo quería. Y lo quería como se quiere de verdad a los que queremos: con todos sus defectos. Porque alguno sí que tenía. Para empezar, era bruto. Como lo fue mi viejo y como lo era yo mismo cuando chico. Supongo que de ellos aprendí esas mañas de asilvestrado que luego la universidad y el trato con gente más leída me fueron quitando de apenitas y Maru acabó de refinar. A lo mejor lo que menos me gustaba de Feluco era aquello en lo que nos parecíamos, ese pronto bestia que yo había sabido domesticar y él no. Feluco se me aparece siempre. Se me aparece a cada rato. No de pronto y por oleadas, como si en el fondo del mar, no. Se me aparece a cachitos que luego se van volviendo recuerdos completos. Se me aparecen, por ejemplo, aquellas manos con mugre honrada, puestas sobre la mesa, y Feluco se las está mirando para mirar a algún lado mientras todos miran para mí en la mesa de mis viejos, donde Colacho está hablando de mi futuro. Se me aparece muchos años más tarde, doblado en dos con el sacho en la mano en medio del terreno del pico Tenesor, intentando arrancarle a la tierra cuatro papas que

dieran para alimentarle más el orgullo que la barriga. Se me aparece enseñando a los chiquillos suyos, que entonces eran pequeños, cómo se le quitan los chupones a una tomatera, cómo entutorar los pepinos, cómo regar para que los tallos no se pudran y las hojas no cojan hongo. Lo veo, casi puedo olerlo, volviendo con Alberto de cazar conejos en el barranco del Muerto, con la única pieza que había conseguido y que Encarna prepararía en salmorejo después de que la despellejara él, porque a ella le daba asco o pena o dentera, ahora no recuerdo bien y bastante poquito que me importa. Lo veo (eso puedo verlo claramente, tan claramente como puedo ver el plástico azul de esta puta bolsa) alargando en Casa Boro las tardes de diario, viendo el fútbol o jugando al dominó, a la baraja, a los chinos con los compañeros de cuadrilla, alternando cervezas y buchitos de ron, tajándose hasta el atontamiento para tener una excusa que le permitiese ignorar que allá, en la barra, su hermano, el alcalde, tomaba un botellín de antes de irse a casa con algún concejal, algún técnico, algún vecino. Yo siempre me iba antes que él y siempre nos despedíamos como nos habíamos saludado al llegar yo, con un guiño y un gesto de la mano lo bastante cordiales para que se notara que nos reconocíamos pero lo suficientemente distantes para que no diesen pie a más conversación. Y lo veo, claro, la primera vez que yo saqué el tema de la casa. Lo veo escuchando cómo yo le pregunto a mi vieja qué piensa hacer con la casa de abuelo, ahora que padre ya no está. Lo veo mirar a un rincón con cara de ajenjo, mientras ella me contesta que Yo qué sé, mi hijo, dejarla ahí para ustedes y para los chiquillos, que es como ella les dice a los nietos. Lo veo asintiendo a las palabras de madre y casi sonriendo hasta que yo llevo el tema a lo que nos cuesta en impuestos, del poco uso que se le da. Ese día, cuando yo empecé a hablar de Hacienda, de los problemas que daba seguir teniendo la casa a nombre de madre, él esperó hasta que yo dije que no valía la pena tanto gasto para una casa que ya no usábamos. Entonces saltó: Yo le doy uso. Pero no mucho, le dije yo. Cada semana se lo doy, me contestó. Todos los fines de semana voy para arriba. Y también los días de fiesta y los puentes. Y me llevo muchas veces a madre. ¿Verdad, madre? Mi vieja dijo que sí, pero con timidez, como

si no quisiera darle alas a su argumento para no enfrentarlo más conmigo. Yo me puse en modo comprensivo. Le dije que entendía el cariño que le tenía a la casa, pero estaba vieja, necesitaba una reforma que no podíamos hacer y no nos salía a cuenta. Lo tenté diciéndole que la podíamos vender y, con lo que sacáramos, él podría hacerse una nueva. Ah, amigo, me dijo, ya sé lo que quieres: tú lo que quieres es sacar pasta por la casa. Feluco estaba en la inopia con respecto a lo de los portugueses. Ahí tenía yo mi ventaja, y la aproveché. No, señor, le dije. Yo no quiero un duro de la venta de la casa. Lo que quiero es que no nos esté generando gastos. Yo lo que propongo es que la vendamos, no la casa, que no vale un duro, sino toda la finca, y la venta se la reparten madre y tú, y con tu parte te haces una casita nueva allá, en el barranco. O te compras una vieja y la arreglas. Madre lo miró y me miró y dijo que nos arregláramos entre nosotros, que decidiéramos nosotros porque para nosotros y nuestros hijos era aquella herencia, y se fue a la cocina a preparar café, para no tener que vernos discutir, porque nos conocía bien, que para algo nos había parido, y sabía que íbamos a acabar discutiendo. Entonces él me soltó un argumento que tenía fuerza, la verdad. Me dijo, rascándose la cabeza: Vamos a ver, Gabrielo, tú dices de vender la casa de abuelo y que, con lo que saque, me compre una casa en el campo y la reforme. Carajo, pues ¿no sale más barato arreglar esta? Y como el argumento era bueno, yo le dije que era un cabezón, que lo que yo le decía era lógico, que le estaba generando un montón de gastos a la familia solo para dárselas de maúro los fines de semana, cazando conejos y manteniendo cuatro matas que no producían para comer. Y entonces él dijo que no se las daba de maúro, sino que era un maúro, que siempre lo había sido y siempre lo sería, igual que yo, aunque me quisiera olvidar de lo que era dándomelas de tío importante, su hermanito, el alcalde. Ah, ya salió el tema, le dije, como si te hubiera ido mal conmigo de alcalde. Y él dijo que no hacía falta que se lo dijera, que ya se lo restregaba bastante por la cara. Del resto de la conversación ya no quiero acordarme. Porque no fue conversación sino bronca, tal y como mi vieja había previsto. Duró un buen rato y solo acabó cuando ella vino al salón y nos dijo que si íbamos a

seguir discutiendo, que mejor nos fuéramos a la calle, porque aquella seguía siendo su casa y allí no quería pleitos, y menos entre hermanos. Madre nos conocía los tiempos: por eso se había ido a la cocina, para dejarnos desfogar, y regresó justo cuando íbamos a comenzar a calentarnos de veras, a sacar trapos sucios, a enfofernarnos hasta la riña. Ese día no se habló más del tema. Pero yo comprobé que si quería hacer el negocio de los molinos, iba a tener a Feluco enfrente, a cara de perro. Lo que pasa es que pensé que eso sería solo al principio, que luego, cuando entendiera la pasta que había en juego, entraría en razón. No fue así, sobre todo cuando quedó claro por qué quería yo vender la finca, cuando entendió que el terreno estaba justo en medio de la zona donde iban a instalarse los molinos. Y mira que intenté convencerlo, decirle que aquello valía la pena, pensando que cuando viera lo que los portugueses pagaban por el terreno, cuando viera que yo no cogía una parte, se relajaría y se alejaría rezongando con los billetes en la mano. Lo que no entendí, lo que no supe ver en ningún momento, era que ni por todo el oro del mundo dejaría Feluco que nos desprendiéramos de la casa de abuelo. Me lo dijo una vez, en una de tantas discusiones: Por encima de mi cadáver, Gabrielo. Puedes convencer a madre, que ya sé que vas a verla cuando no estoy yo para comerle la cabeza con tus mierdas, pero a mí no me vas a sacar de allí. En esa casa se crio padre y la voy a conservar, para mis hijos. Y para los tuyos, si quieres. Pero no voy a dejar que los portugueses la echen abajo para hacer los putos molinos. Tú me vienes con el rollo de que si no se la vendemos va a ser peor, porque el ayuntamiento la tendrá que expropiar, por ser una cosa de interés público, pero te conozco, Gabrielo, sé cómo eres y los chanchullos que te traes, porque al fin y al cabo eres un político y los políticos de este país son todos iguales, por muy hermanos de uno que sean, y sé que aquí no hay interés público que valga, que el interés que hay es el tuyo, que seguro que te llevas una comisión de puta madre. Lo jodido, lo realmente jodido, es que Feluco tenía razón. En todas y cada una de las cosas que me dijo. Por supuesto, conseguí convencer a madre. Acabé diciéndolo clarito, con todas las letras: era mejor vender de buenas maneras que aguantar hasta que el

ayuntamiento acabara expropiando (cosa que yo no podría evitar porque no estaba en mis manos) y conformarse con la indemnización que los técnicos decidieran darle. Así que sí, convencí a mi vieja para que firmara. Pero a Feluco no hubo manera de convencerlo. Yo, con el tiempo, he acabado entendiendo lo que le pasaba realmente a Feluco: la casa de abuelo era importante para él porque allí tenía un hueco, un escondite para convivir con el recuerdo, pero, además, en ese momento, era un arma, un escudo, lo único en lo que él podía imponerse, decirme que no a mí, un tío poderoso, que además era su hermano pequeño. Decirme no, en ese caso, era decir no a los de arriba y, ya puestos, decirle no al mimado de la familia, al mimado por el mundo, al que había tenido todas las oportunidades que a él nunca le ofrecieron. Decirme no era decir que, por una vez, unas manos mugrientas eran más poderosas que unas manos sin callos con las uñas cuidadas. Por eso me dijo que no y me lo dijo hasta el fin. Y el fin fue desagradable, un sábado por la mañana lleno de sol. Y tuvo de testigos a unos mozos de mudanzas que estaban llenando un camión con todos los recuerdos de casa de abuelo que madre quería conservar. Los tipos casi no prestaron atención cuando el Suzuki Santana llegó por el camino y se plantó en el patio delantero. Tampoco cuando Feluco salió dando un portazo y se vino hasta donde estaba yo, con los ojos llenos de sangre y el aliento lleno de ron. Miraron con curiosidad cuando Feluco empezó a gritarme, a decirme que se me había vuelto amarga la leche que había mamado, que era un malnacido, un descastado, un cabrón que no respetaba ni la memoria de los suyos. Y se quedaron parados, cada uno en lo que estaba haciendo, cuando Feluco me dio un empujón y yo lo aguanté y se lo devolví y él dio un paso atrás y acabó cayéndose de culo y nos quedamos mirándonos, desafiantes, él desde el suelo y yo desde arriba, en pie, manteniéndome firme, antes de decirle que ya estaba bien, que estaba borracho, que se fuera a casa. No me contestó. No dijo nada mientras se levantaba y se sacudía el polvo y se volvía al coche. Por eso fue por lo que entendí que lo que iba a hacer a continuación era peligroso. Porque Feluco era de los que no ladran cuando van a morder. Pero no reaccioné a tiempo cuando vi que, en lugar de

meterse en la cabina, abría el portabultos. Ni cuando sacó de él la escopeta y volvió hacia mí. Supongo que los tipos de la mudanza tendrían ya a esas alturas los huevos de corbata y buscaban sitio donde esconderse, dentro de la casa o detrás del camión. Yo no tuve oportunidad de hacerlo. De pronto me vi allí, encañonado, con Feluco quitándole el seguro a la escopeta. No sé por qué me quedé quieto, mirándolo. Debió de ser porque no acababa de creérmelo, porque no atinaba a reaccionar o porque el propio miedo me inmovilizaba. No sé, el caso es que me paré allí en mi sitio y eso luego lo interpretaron los de la mudanza como una señal de que el alcalde los tenía bien puestos y así lo contaron cuando difundieron el chisme por todo el pueblo, por toda la isla. Permanecí allí, ya digo que no sé seguro por qué, mientras Feluco me miraba con ganas de disparar y me decía, bajito, como si masticara cada sílaba antes de escupirla, Te dije que por encima de mi cadáver, pero también puede ser por encima del tuyo. Ese fue el momento en que pude morir. No: ese fue el momento en el que *debí* morir. Tenía que haber muerto entonces. Habría sido justo morir a manos de Feluco, que nunca tuvo todo lo que yo tuve, incluidas la ambición, la avaricia, la prepotencia. Habría sido justo que Feluco me castigara por todo el mal que yo había hecho, que hiciera oficial lo oficioso, que fuese el verdugo que ejecutase la sentencia que yo me había ganado y que se había postergado durante tanto tiempo. Habría sido justo que, por una vez, Abel asesinara a Caín y que Dios no viniera luego a pedirle cuentas. Esa era la muerte que me merecía y no esta de ahora. Y, en todo caso, yo habría preferido morir a manos de un hermano y no a las de dos changas chapuceros. Pero Feluco no disparó, aunque las manos las tenía llenas de ganas de disparar. Solo se me quedó mirando un rato largo, mientras la rabia le iba subiendo hasta lo blanco de los ojos, que no era blanco, sino rojo. Y entonces alzó la escopeta y descargó los dos cañones al aire. Luego, se volvió al coche y arrancó a toda leche y esa fue la última vez que lo vi.

Parece que después estuvo en uno de los bares del pico Tenesor, bebiendo para ahogar la rabia (que no ahogó) y buscando pleitos (que no encontró) para repartir las hostias y los tiros que no supo, no quiso o no pudo darme a mí. Cuando ya no le quedó dinero ni crédito, se metió otra vez en el Santana y cogió la carretera para volverse a San Expósito, se supone que para buscar un cajero automático o bares donde le fiaran. Nunca llegó. Por lo que se supo más tarde, debió de coger la curva a más de noventa y el coche se desriscó hasta el fondo del barranco del Muerto en la parte más alta, por allá arriba, por encima del palmeral. No murió en el acto. Debió de sobrevivir varias horas mientras los pulmones se le llenaban de sangre, pero por allí no vivía nadie en ese entonces y tampoco nadie comenzó a buscarlo hasta la medianoche. Lo encontraron a la mañana siguiente a unos metros del coche, aferrado al móvil, buscando una cobertura que en aquella época no había por aquella zona. Al menos él pudo intentarlo, mover las manos aunque tuviera un brazo roto, mover las piernas aunque las tuviese destrozadas. Mirar a su alrededor para intentar ver algo en la oscuridad, alumbrándose, seguramente, con el mismo cacharro que le negaba la utilidad para la que lo habían inventado. Yo ni siquiera puedo hacer eso. Desde ya hace mucho, ni siquiera puedo moverme. Ya ni me arrastro. Intento gritar, pero no lo consigo. A lo mejor llevo un rato gritando y lo que ocurre es que no puedo oírme. Pero no puede ser, porque oigo. Oigo los coches que pasan a lo lejos por la carretera, entrando o saliendo del pueblo. Oigo los mirlos y las tórtolas en el patio, buscando algo que picotear. No oigo la bolsa. Coño, no. Ya no oigo el crujido del plástico de la bolsa perfumada, contrayéndose y expandiéndose al ritmo de mi respiración. Joder, a ver si es verdad que tu cerebro sigue ahí, después de que la

espichas, funcionando al galope, a ver si es verdad eso del tsunami cerebral y tú crees que aún sigues vivo aunque ya no lo estés. Pero, entonces, ¿por qué oigo los mirlos, las tórtolas, los coches de la carretera? A lo mejor, igual que el cerebro, te sigue funcionando el oído. ¿Y si en realidad no los oigo? ¿Y si no son sonidos, sino recuerdos de sonidos? ¿Sombras de sonidos? Los sonidos no tienen sombra, sino eco. Esto es más claro que un eco. Una especie de impronta que se ha quedado ahí. Igual Chago ya está preguntándose dónde estoy. Igual está viniendo hacia aquí, o llamando a Nisita para preguntarle si tenía que venir hoy. Y los changas. Los changas estarán ya cada uno a su bola, después de haberse repartido la pasta. O de juerga, después de haberse repartido la pasta. O todavía llamando a quien les encargó el asunto, después de haberse repartido la pasta. Todo es pasta que se reparte. Siempre pasta. Con pasta se soluciona todo. O eso es lo que creen los que no tienen pasta. Eso es lo que creía yo cuando no la tenía. Por eso me fui haciendo como me fui haciendo, me fui convirtiendo en eso que soy y que, ahora lo veo, realmente no me gustó nunca, como no les gustó a quienes tenía alrededor. Al final, los únicos a los que tengo cerca son mis cachorros, los que habrán un día de maquinar contra mí. O los que estaban destinados a hacerlo y ya no podrán y tendrán que devorarse entre ellos para poder ponerse donde hasta hoy he estado yo. Chago no. Chago es listo. Ese sabe que le conviene más estar donde siempre, permanecer en la sombra, al lado de quien tenga el poder. Pero Gladys y Pedro se van a enfrentar a muerte. Eso está más que visto. Los dos igual de bien situados. Pedro, con sus ventajas. La primera, la experiencia. Es el que lleva más años conmigo. El que ha ocupado concejalías importantes. Ha llevado los tributos, el urbanismo y las obras públicas. O sea: siempre ha estado donde está el dinero. Sabe por dónde entra y por dónde sale. Y si hay alguien sobrado para mantener el cotarro es él, que tiene los mismos remilgos que yo, que nunca he tenido ninguno. Carajo, es más, ahora se me ocurre que él podría tener todas las papeletas para ser quien me mandó a estos dos, porque tiene los conocimientos, la mala baba y la frialdad para hacerlo. Lo que no tiene es motivo: él fue el primero al que le

dije que esta iba a ser mi última legislatura, que pensaba dejarlo, que estaba hasta los cojones, que me buscaría un puestito más o menos honorífico, más o menos rentable, que me permitiese tocarme los humildes a dos manos. Ese era el plan. Eso era lo que tenía pensado. Hacer campaña para un puesto de asesor en un consejo. O seguir en lo público, meterme en una lista conjunta y acabar de senador. Más o menos así era el plan y él lo sabe porque se lo tengo más que dicho. No creo que Pedro tenga tanta prisa por quitarme el puesto como para hacer esta hijoputada. Es lo suficientemente ladino, lo bastante perro viejo para saber que tiene muchas papeletas para ocuparlo sin tener que hacer algo así. Tiene muchas papeletas, pero no las tiene todas. En algunas cosas, me recuerda a Saulo. Y puede que le acabe yendo como le fue a él, porque Gladys está ahí, y lleva también mucha ventaja. Para empezar, es mujer. Y la gente hoy día ya quiere que aquí pase como en otros sitios y gobierne de una vez una mujer. Y es que la verdad es bonita: te pones a mirar la lista de alcaldes y concejales que hemos tenido en San Expósito y ahí hay más pollas que en una película de submarinos. Aparte de eso, Gladys tiene un déjame entrar todavía mejor que el que tuvo en su día el Viejo. Es una tía simpática, joven, de las que saben escuchar a la gente o fingir que saben escucharla. La gente del pueblo la quiere y todo el mundo la ve como una persona dialogante, de la nueva época pero sin pasarse. Ya no está en Festejos, pero la fama que tienen ahora los carnavales nuestros o la celebración del patrono se la debemos a ella, que esto antes eran cuatro verbenas y un desfile de papagüevos y ahora hasta de la Península viene gente que no se los quiere perder. Y en esta legislatura lo ha hecho muy bien con lo de los fondos de ayuda y el plan laboral. La tía trata con todos y cada uno de los que vienen a pedir trabajo. Ella misma. Sin intermediarios. Que también me pregunto yo de dónde carajo saca el tiempo y la paciencia. Pero ahí está, recibiéndolos. Y por cada uno de esos que va viviendo del contrato de seis meses o de la ayuda hay un voto. Qué digo uno, unos cuantos, porque con ellos vota la familia. Sí, a Gladys la quiere mucha gente. Es la dialogante, la que no es extremista, la que tutea y bromea y hasta se toma un café de

vez en cuando con concejales de la oposición. Y ahora que vienen épocas en las que el voto se reparte tanto, esas virtudes no hay que menospreciarlas. Así que sería más fácil que los socialistas o los de la derecha pactaran con ella que con Pedro. Pero Gladys no tiene solo esas virtudes que le dio Dios; también tiene los dones que le dio el diablo, porque yo le adivino en el fondo de los ojos esa ambición que tenemos los que un día llegamos a ser alguien. Y esta va a ser alguien. En el PISE o en otro partido. En San Expósito o en cualquier otro lado. Porque además de todas esas ventajas que tiene sobre Pedro o sobre mí mismo, es de las que manejan bien los tiempos, de las que saben cuándo hay que esperar y cuándo hay que dar una estocada, cuándo avanzar a pecho descubierto y cuándo tirarse al suelo y hacerse el muerto hasta que llegue una buena oportunidad. Y esa es la gente que llega: la que sabe ser agradable de puertas afuera mientras va lanzando seda para tejer la telaraña. Pedro, en cambio, es más como Saulo. Saulo sabía hacer lo segundo, pero no lo primero. Y eso fue lo que lo jodió.

A Saulo le vi yo las mañas desde siempre. Cuando llegué, ya estaba ahí, mano derecha del Viejo, pisando por donde él pisaba, oliéndole el culo, riéndole las gracias con su risa de perro asmático. Y ahí siguió hasta que perdimos con el centro y él se quedó de concejal con Tano y yo me fui con el Viejo para montar el PISE y al final, con el día a día, con los secretos compartidos, con el contacto público y privado, yo le fui sacando ventaja y él empezó a ser más mano izquierda que derecha. No lo hice intencionadamente, ojo. Fue el Viejo el que me fue dando más espacio, más confianza, como si hubiese entendido que yo tenía más virtudes que él. Sobre todo el don de gentes, que es algo que a Saulo le negó la naturaleza, Dios o la mala estirpe que llevaba en las venas. Saulo, claro, se dio cuenta, pero se hizo el longuis. A hacerse el longuis no lo ganaba nadie. Entendió que era lógico, que era lo que tocaba, que por el momento había que dejarlo estar. Y eso hizo. Pero luego, cuando montamos el pacto con los nacionalistas y él y Tano acabaron dejando el centro y viniéndose al PISE, creyó poder recuperar todo lo que tenía. Y no pudo. No porque yo hiciese nada para ponerle un límite, cuidadito con eso. Fue algo más bien natural: el Viejo había visto que yo le convenía más, eso es todo. Y ahí también lo dejó estar, pero solo en apariencia. Claro que no se supo hasta mucho después, claro que no lo entendí hasta la legislatura pasada, pero yo creo que desde esa época ya empezó a juntar información, a hacer contactos, a reunir munición con la que dispararme por la espalda. A lo mejor el fallo fue mío. A lo mejor me creí aquello de ten cerca a los amigos, pero más cerca a los enemigos. A lo mejor pensé que no era para tanto, que igual me equivocaba, que quizá Saulo se conformaba con la cuota de poder y de negocio que tenía, que ya era mucho. Para empezar, lo hice partícipe de todo como lo había hecho el Viejo. Al

fin y al cabo, cuando haces algún trapicheo, conviene pringar bien a cualquiera que pueda ponerte la zancadilla, porque ese, si es listo, sabrá que si te intenta joder lo vas a arrastrar contigo. Una versión de la vieja canción del perro no come perro. La melodía cambiada, pero la misma letra. No tuve en cuenta que Saulo es de esos que desafinan cuando les toca hacer la segunda voz. La jugada que me preparó era de las buenas. Me habría jodido bien. Solo cometió un error: pensar que el francotirador que había elegido le iba a ser leal. Y ese error me permitió enterarme a tiempo. Casi en el último minuto, pero a tiempo. Yo ya me había mosqueado en su momento, cuando no quiso coger su comisión de lo del acuario. Eso te lo afino yo, si quieres, pero no quiero nada, que a los belgas estos no me apetece tratarlos mucho. Algo así fue lo que me dijo entonces, cuando tocó hacer la jugada. No me extrañó, porque ya en la época de la colonia había tenido sus más y sus menos con Verhaereen. Ahora, mirando atrás, tenía que haber saltado una alarma ahí, en la parte del sentido común. Pero la parte que quiere estar a gusto recibió tan contenta la comisión por aquellos hilos que había movido Saulo y se olvidó del tema hasta la mitad de la siguiente legislatura, en la que gobernábamos en minoría. Ahí, haciendo equilibrios para que la cosa saliera bien hasta las elecciones, con el problema de los molinos judicializado, con un desgaste importante encima, de pronto un día me llama Alfredo y me dice que tenemos que hablar y no puede ser por teléfono, que tenemos que vernos en algún sitio tranquilo con una persona. El sitio fue la casa de Alfredo y yo acudí con Chago esa misma tarde, supuestamente a jugar un dominó con mi abogado y con aquella persona que resultó ser Toni Miranda, el dueño de *La Voz de la Isla,* y me pusieron en situación enseguida. A Toni le habían pasado un material muy potente sobre el acuario. Un material que incluía mi nombre entre términos como prevaricación, cohecho impropio o comisión ilegal. Él, por supuesto, no quería creerse todo aquello. Él, por supuesto, había preferido consultar conmigo antes de poner a su gente a trabajar en ello. Él, por supuesto, aprovechando su amistad con Alfredo, se había puesto en contacto con él para organizar aquella reunión. Yo, por supuesto, entendí sobre la marcha de qué iba la jugada. Chago también,

porque él fue quien dijo Hombre, qué casualidad que te lo hayan dado a ti, Toni, porque justo en estos días iba yo a llamarte. Cuando Toni preguntó para qué, Chago le habló de la campaña de promoción del turismo interior. Era verdad que teníamos previsto invertir pasta en aquella campaña. Pero nadie había contado hasta el momento con meterla en *La Voz.* Por suerte, Chago y yo nos entendemos bien y yo dije que era verdad, que justo esa mañana habíamos estado diciendo que, aunque fuéramos a meter promoción en todo el país, era muy importante incidir en *La Voz,* porque el papel podía ser que no, pero la versión digital tenía un impacto interesante. En un ratito lo convencimos para que dejara estar aquel material tan dudoso y que podía organizar un lío enorme si caía en malas manos. Porque, por supuesto, todo aquello era mentira. Un montón de mierda falsificada que algún enemigo político le había hecho llegar para emponzoñar la campaña que se nos venía encima en dos años. Tú ya sabes cómo es esto ahora, Toni: no hace falta que demuestren nada; basta con un titular. En lo que se demuestra tu inocencia, que también los tribunales están como están. Luego vete a rectificarlo. Más o menos eso fue lo que le dije. Y él dio por buena la explicación y nos pasó el material y se citó enseguida con Chago en su despacho para hablar de la campaña de turismo interior. Lo gracioso fue que cuando le preguntamos quién le había pasado toda aquella basura, Toni se puso digno y soltó aquello de que las fuentes son sagradas. Me costó aguantarme la risa, pero me la aguanté. Luego, con Chago, viendo lo que había en el *pedrive* que Toni nos había dado, llegamos rápidamente a la conclusión de que había sido Saulo. Y nos pusimos rápidamente a hacer control de daños. Porque, estaba claro, Saulo había confiado en Toni para hacer un primer intento, pero si Toni le fallaba, iría a Méndez, el de *El Heraldo Insular,* o a cualquier otro. Teníamos que aprovechar el poco tiempo que teníamos hasta que Saulo descubriera que Toni Miranda no haría nada. Chago, que por algo es de mis cachorros, hizo un diagnóstico rápido: Saulo no cae bien y se sabe, aunque parezca haberse olvidado, que es un chaquetero. Punto para nosotros (dijo nosotros porque Chago siempre habla en plural cuando se refiere a mí). Pero las cosas en las que lo podemos pringar nos podrían

salpicar también. Tú lo conoces hace más tiempo que yo. Así que tienes que darme algo feo de Saulo. Algo sucio en lo que esté implicado solo él. ¿Para cuando saque esto?, le pregunté yo, ingenuo de mí. No, alcalde, me contestó; para ya, para ahora mismo. La primera hostia la tenemos que dar nosotros, si lo hacemos al revés, no va a funcionar. Ahí empecé a entender la estrategia de Chago, que es un demonio para estas cosas. Tenía razón, tenía que ponerme a pensar en algo con lo que joder a Saulo. Pero, antes de que empezara a hacerlo, Chago continuó con su plan de adelantarse a la jugada, que incluía replantearnos la campaña de turismo interior. Hay que meter más pasta en eso, alcalde. Ponerle pasta a *La Voz,* pero también a *El Heraldo*, a *Canarynews*, a todos los medios de las islas. Y eso tiene que ser ya, esta misma semana, para cerrarle todas las puertas a las que intente tocar. Lo que no sé es de dónde vamos a sacar tanto dinero. Yo sí lo sabía: de los belgas, que eran los primeros interesados en que no saliera lo de Saulo. Al final la jugada fue redonda, porque en los publirreportajes se incluyeron muchas referencias al acuario y la cosa le resultó a Verhaereen más o menos rentable. Y, poco después de que empezara a aparecer la campaña en todos los periódicos y radios y televisiones locales y regionales, justo cuando Saulo comenzaba a entender que *La Voz de la Isla* había enterrado todo aquel jugoso material, apareció en *Canarynews* la primera noticia sobre lo de su currículum falsificado, lo del MBA que apestaba, porque no había cubierto el número de horas de asistencia, no se podía demostrar que hubiese defendido su trabajo de fin de máster salvo por una certificación del supuesto tribunal en la que figuraban dos firmas falsas y otra más, esta sí verdadera, que pertenecía a Esperanza Rull Esteban, una prima de Paqui Ramos Esteban. Y Paqui Ramos Esteban era la mujer de Saulo. Es más, según fue saliendo en los medios en aquellos días, la profesora Esperanza Rull no solo era prima política de Saulo, sino que también había sido empleada de Gesra, la empresa de asesoramiento de Paqui. Esto es, una de las empresas pantalla que Paqui gestionaba en nombre de Saulo. En otros tiempos, aquello habría parecido casi normal. Pero empezaba a ponerse de moda eso de los escándalos relacionados con el

currículum de los políticos, y ya andaba todo el mundo dando la brasa con lo de la transparencia. Así que dejé que la cosa se calentara tres o cuatro días, que yo me pasé en Casablanca, asistiendo a una feria de turismo. Fíjate tú, también es casualidad que cuando saltó la noticia yo estuviese aterrizando allí. Pero Chago, que no había venido conmigo, me fue manteniendo al tanto de todo y, entre acto oficial y acto oficial, me fui enterando de cómo el chisme se hacía viral y la plaza pública se encarnizaba. Cuando volví, lo primero que hice fue emitir el comunicado que me tenía preparado Chago: en nombre del Partido de los Independientes de San Expósito, dejando clara nuestra indignación por aquel escándalo, y en nuestra decidida apuesta por la transparencia y la asunción de responsabilidades políticas inmediatas, independientes de cualquier tipo de responsabilidad penal, tomábamos la decisión de suspender de militancia a don Saulo Oramas Ruiz, que, si bien había servido al partido durante años, no había sabido dar en esta ocasión explicaciones convincentes que pudiesen evitar sospechar que no había tenido el comportamiento ético que de él se esperaba, lo cual no era óbice para el expediente de investigación interna que la comisión de garantías del partido abriría sin demora. Lo siguiente fue ir a la alcaldía y destituir a Saulo. Con todo lo cual, encima, me marqué un tanto: nosotros no hacíamos las cosas como en otros partidos, nosotros no esperábamos a que las sospechas se confirmaran, nosotros sabíamos extirpar el tumor antes de que empezara a propagarse. Alzola se comió con papas el repertorio de invectivas y preguntas que llevaba tres días preparando para lanzármelas en el pleno y justificar la ruptura del pacto antes de las elecciones. A transparentes no nos ganaba nadie y a defender la ética tampoco, así que si quería romper el pacto lo tendría que hacer buscándose otra excusa. Lo hizo, pero esa es otra historia. En cuanto a Saulo, claro está que, una vez en la puta calle, intentó vender su mierda por ahí, pero casi nadie se la compró. Los únicos que lo hicieron, un par de radios locales, se acabaron cansando de que nadie se hiciera eco. Ahora va por el mundo como van los que siempre han sido algo y ya no son nada.

Esos que lo fueron todo y no son nada. Los que fueron directores generales, concejales, alcaldes, consejeros o incluso presidentes, los que encadenaron legislatura tras legislatura encaramándose a los puestos de poder de forma que parecía que ya nunca serían otra cosa, que conservarían siempre ese poder, esa influencia, esos coches oficiales, esos móviles de trabajo. Hasta que un día, una debacle o un reajuste en el escalafón, un cambio en los gustos de los votantes, una mala decisión los dejan sin cargo, sin influencia, sin posibilidad de volver a figurar en las listas de su partido. Ni de ningún otro, porque su desmedrado carisma no los hace atractivos para otras formaciones ni les basta para montar su propio chiringuito. Así que un buen día, con escándalo o sin él (y es mejor si hay un escándalo, porque cuando no lo hay la muerte política por vejez o inanición se hace más evidente), su partido les agradece sus servicios y valora positivamente todos sus años de dedicación y los colma de cargos honoríficos (si no ha habido escándalo, en cuyo caso los colma de silencio) y les pide que cierren la puerta por fuera. Entonces cambian la etiqueta por el esport, el coche oficial por un monovolumen digno, ahora conducido por ellos mismos y el alma que tienen. Vuelven a ocupar su plaza en la función pública, la universidad o el instituto donde solo los más viejos habían llegado a trabajar con ellos, a sus bufetes, notarías o consejos de administración o, sencillamente, se van a su casa a disfrutar de un retiro prematuro que dicen que los hace felices pero en realidad no soportan. Hacen mucha vida social a las horas a las que otros trabajan y la gente los saluda o los reconoce por la calle, pero nadie ignora que ya no son nadie. Alguna vez tienen suerte y logran ingresar en un patronato, en una fundación, en la directiva de algún inútil club filantrópico a los que creen dar categoría perdiendo un

poco de la suya, pero fingen que no les importa, que es su deber ciudadano. En ocasiones tienen más suerte todavía y alguno de sus antiguos pupilos o compañeros les paga sus favores o sus silencios sentándolos en consejos sociales de universidades o dándoles cargos unipersonales que se convierten en simbólicos cuando ellos pasan a ocuparlos. Pero en otros casos no tienen nada de suerte y simplemente se van a casa, de donde salen cada tarde para ir a conferencias, presentaciones de libros, inauguraciones de exposiciones y estrenos a los que los siguen invitando o, una vez a la semana, para acudir a los platós de televisión o los estudios de radio que cuentan con ellos como colaboradores semigratuitos, cuasitranslúcidos y prácticamente mediúmnicos, porque interpelarlos a ellos es interpelar a la muerte. Eso lo saben bien sus compañeros de tertulia, que comparten su condición de fracasados en los campos de la empresa, la academia o el periodismo. Todos ellos, mientras analizan eso que llaman la actualidad informativa, mientras ofrecen soluciones complicadas a problemas sencillos y viceversa, mientras divagan sobre lo mucho que conocen por experiencia acerca de temas sobre los que no entienden nada, saben que son muertos rodeados de muertos. Y los cambios en sus fisonomías (sus adelgazamientos sospechosos, sus obesidades abusivas, sus alopecias o encanecimientos instantáneos) son en realidad cambios *post mortem,* con la diferencia de que los muertos no van por ahí repartiendo con generosidad abrumadora consejos que nadie les ha pedido sobre asuntos que ya no son de su incumbencia. Mira a Carmela, por ejemplo. María del Carmen Fuentes Rodríguez. Nuestra Carmela, de toda la vida. En la época de mis primeras concejalías ya estaba con el Viejo. Luego, conmigo, fue segunda teniente de alcalde. Como nosotros ya teníamos cerrado el acuerdo con los nacionalistas, no le costó cambiar de chaqueta y pirarse con ellos, ir de nacionalista de-las-de-toda-la-vida. No pasa nada. Cuando fichó con ellos lo hizo con todas mis bendiciones: Carmela aspiraba a más y el PISE, fuera de San Expósito, no le podía ofrecer nada. La trataron bien: una dirección general primero y una consejería después, para más tarde ser vicepresidenta del gobierno autonómico, lo que no está nada mal a los cuarenta y tantos. Hasta

que cambiaron las tornas, hubo una trifulca interna entre los nacionalistas que se resolvió con unas primarias y Carmela, que apostó por quien no debía, se quedó con un dedo metido en el culo. Para ese entonces, ella ya vivía en la capital y era una tía conocida en todos lados. Pero se quedó sin silla con menos de cincuenta y sin nada que hacer, porque antes de la política no tenía oficio conocido. Ahora sale en un magacín de la tele, de colaboradora en una mesa de cotilleos. Me da hasta lástima verla ahí, maquillada como una puerta, con sus peinados estrambóticos, participando en la búsqueda diaria de la risa fácil y la lágrima boba. Saulo, todo hay que decirlo, tuvo un poco más de estilo. Se fue a lamerse las heridas al consejo social de una universidad y, una vez a la semana, colabora como tertuliano en una radio pública, con un par de periodistas de la vieja guardia y un expresidente de cabildo. La hora más aburrida de la parrilla radiofónica, pero a mí me divierte mucho oírlo opinar acerca de la lentitud de las administraciones, la ineptitud de este o aquel gobernante y, sobre todo, la corrupción, la corrupción con mayúsculas, así: LA CORRUPCIÓN, la gran lacra, el mal inevitable en este país que inventó la novela picaresca, como repite siempre. Todos sus contertulios saben quién es y a lo que se ha dedicado, pero, claro, todos callan porque no debe hablar quien tiene que le digan, y es que ahí, otra vez, la cantinela, perro no come perro. Ahora que lo pienso, soy un privilegiado. No tendré que andar de plató en plató, de estudio en estudio. Ni habré de buscarme actividades que me llenen el ocio. Y nunca andaré por ahí fingiendo que aún soy algo, que aún soy alguien. Esta muerte que voy a tener, esta muerte que estoy teniendo, es una puta mierda, pero, al menos, es mucho más digna que la que están teniendo Carmela o Saulo. No, no voy a ser nunca un zombi. Voy a cascar en la cresta de la ola. Otra vez el mar. El fondo del mar. Y la muerte. Maru. Ese pulpo.

Ese pulpo. Pulpo hembra. La hembra de ese pulpo. El pulpo gigante del Pacífico. Del Pacífico Norte. El pulpo de California, le dicen. La hembra se aparea una sola vez, cuando ya es muy mayor. Luego pone los huevos en el techo de una gruta submarina. Y se queda ahí, en la gruta, protegiéndolos. Seis, siete meses. Inmóvil ahí, en el fondo de una sima ignorada por todos. Los protege de los depredadores, los mueve para prevenir parásitos, les lanza chorros de agua para que les lleguen oxígeno y nutrientes. No hace otra cosa. No se alimenta. Se va volviendo lánguida, cada vez con menos fuerzas. Y continúa ahí haciendo guardia, una especie de guardiana-enfermera, hora tras hora, día tras día, hasta que los huevos están a punto de eclosionar. Y entonces, cuando ya les queda poco para abrirse, la hembra del pulpo gigante del Pacífico Norte, la hembra del pulpo de California, muere. Muere de inanición, de agotamiento. Tal vez de amor. Pero incluso después de muerta, sirve a los suyos, porque su cadáver permanece ahí, ante la gruta, pasto de otros animales que se entretienen devorándolo mientras los pulpitos salen de los huevos y pasan por encima de donde otros bichos se están dando un festín con lo que fue una madre dedicada que se sacrificó por los suyos. Y entonces los pulpitos abandonan la cueva y salen al mar y al mundo, ignorantes del sacrificio de su madre. Cuando vi ese documental pensé en mi vieja. Y pensé también en Maru. Mi vieja, tan poquita cosa ahora ahí en la residencia escuchando la COPE haciendo puzles preguntándome siempre por Yeray, por Sonia y por Alberto preguntando a veces también por Feluco, su Rafael, dándose cuenta antes que yo y rectificando y diciéndome que perdone, que no sabe dónde tiene a veces la cabeza, que a veces se le va el tino. Viva ya solo para los recuerdos. Una mamá pulpo que va languideciendo, que morirá pronto. No la matará el hambre. La

matará el olvido. Maru, que estuvo a punto de ser también una pulpo gigante de California, supo dejar de serlo a tiempo, supo volver a alimentarse porque aún le quedaba Yeray y a Yeray había que sacarlo adelante y se merecía una vida y se merecía una madre que estuviera ahí, cuerda y firme para él. Por eso supo sobreponerse, ocultarle el dolor, enterrarlo (como yo lo enterré en el trabajo, en la bebida y en las putas) en las horas y horas de terapia que yo no quise hacer. Supo volver a ser persona para poder ser la madre de Yeray. Yeray no había hecho nada para merecerse que su madre se quedara callada y hecha ser para la muerte, ahí, en el fondo del mar, donde están las llaves. Yeray vivió esa desgracia como la vivimos todos. Necesitaba superarla. Necesitaba a Maru. Me necesitaba a mí. Pero conmigo no pudo contar. Así que Maru supo ser madre y padre por los dos. Supo tirar para delante con los dos ovarios que Dios le dio, supo abandonarme a tiempo, dejarlo todo y volverse a la capital con el chiquillo, conseguir una plaza allá y rehacer su vida para darle a Yeray todo lo que necesitaba. Gracias a ella, el pibe es hoy lo que es y será mañana lo que será. No gracias a mí, que me porté como un machango. Por eso no me puedo quejar si no llama, si no se acuerda de mí, si de mí solo le importa el dinero. Merecido me lo tengo. Aunque joda, que sí que jode, y no poco. Si Gabi estuviera aquí, todo sería distinto. Ese sí me quería. Gabi como yo. Gabrielillo, le decía Maru, porque así le recordaba a Pérez Galdós, decía siempre. Yo le decía Gabi. A veces Yeyé. También la abuela. Sí, ese me quería. Todo el día conmigo. Pegado a mí. Veinticinco. No: veintiséis. Veintiséis años tendría ahora. Y no se habría ido. Ahora se van tarde de casa. A lo mejor habría vivido aquí. O le habríamos arreglado una casita allá atrás, en el alpendre, para que tuviera intimidad. Iría y vendría, pero no dejaría de estar con su viejo. Me llamaría así: viejo. Con cariño, como yo al mío. No como Yeray, que me dice Pa. Me dice Pa como si le costara decir la palabra completa, como si siempre estuviera demasiado cansado para decirla. Si Gabi estuviera, viviría aquí. Si Gabi estuviera, probablemente todos vivirían aquí y la familia no se habría ido a la mierda como se fue. No sobrevivimos a aquello. ¿Cómo se sobrevive a algo así? Maru murió y resucitó. Supo inventarse una vida nueva.

Una vida nueva para ella y para Yeray. Yo no, no supe hacérmela, me he dejado llevar por la puta inercia. Y Gabi. Gabi me seguía a todos lados, estaba siempre conmigo, se dejaba enseñar a volar la cometa, a montar en bici, a pescar. Lo enseñé también a nadar. Gilipollas: lo enseñaste a nadar. Te tienes que saber defender, le decía. Su barriguita sobre mis manos en el agua. Su barriguita morena, sostenida en mis manos mientras él chapoteaba. Yo creía que le hacía un bien. Lo he pensado mucho: los enseñas a nadar para que no se ahoguen. Pero la verdad es que la gente se ahoga precisamente porque sabe nadar, porque se adentra más allá de donde no hace pie, porque confía en su capacidad para no ahogarse. Y ahí viene el calambre, el cansancio o la marea que te arrastra y te va alejando de la costa y te va dejando sin fuerzas, por mucho que luches. Gritó, seguro. Seguro que gritó y pidió ayuda. Seguro que cuando se vio arrastrado, cuando supo que ya no había remedio, gritó y lloró. Pero cómo saber si un niño está llorando bajo el agua. Cómo distinguir el llanto de un niño en el fondo del mar. Y si ese niño no llora, si ese niño se ríe, si suelta una de sus risotadas francas que alborotaban el mundo, cómo saberlo. Pero él no se rio. Sé que no se rio. Maldita sea la hora en que lo enseñé a nadar. Maldita sea la hora en que fuimos ese día a la playa. Maldito sea el encuentro con Verhaereen. Porque el puto belga apareció allí con su familia, y yo creí que era un buen momento para tratar un par de temas con él y les di permiso a él y a Yeray para que fueran con los hijos de Verhaereen a bañarse, para quitárnoslos de encima, para que se dejaran de dar el coñazo mientras el belga y yo tratábamos de negocios, aprovechando que Maru y la mujer de él habían pegado también la hebra. Cinco chiquillos (los dos míos y los de Verhaereen) jugando en la orillita. ¿Qué podía pasar? Podía pasar que Gabi quisiera presumir con ellos de que lo había enseñado a nadar. Podía pasar que Verhaereen tuviera una niñita rubia y linda, una rubia pecosa de ojos azules de la misma edad de Gabi, y que él quisiera echarse el pisto delante de ella. Podía pasar que se fuera hacia dentro mientras sus padres se dedicaban a hacer vida social, a quedar bien, a hacer negocios con el mierda del flamenco. Y que casi no hiciéramos caso al principio cuando Yeray y la rubita vinieron

gritando. Y que cuando lo hicimos y corrí al agua ya fuera tarde, ya no hubiera tiempo para nada. En el fondo del mar. En el fondo del mar está mi niño. Mi niño que tenía una risa franca como no la ha tenido nadie. Mi niño barriguita de piel suave y morena. Mi niño de pelo crespo y negro como el de su abuelo. No está realmente en el fondo del mar. Lo sacamos. Lo sacamos y un socorrista me lo arrancó de las manos y lo estuvo intentando reanimar, mientras Verhaereen y un par de tipos que andaban por allí tenían que agarrarme a lo bestia porque yo quería arrancarle la cabeza al socorrista, yo solo quería que soltara a Gabi, arrebatárselo y hacerlo vivir. Le dije de todo al pobre hombre y casi le doy una piña. Y él y otro que vino enseguida estuvieron mucho rato intentando hacer que Gabi respirara. Pero ya no volvió a respirar. No volvió a respirar nunca. Ya era tarde para todo. No está en el fondo del mar. Está en un nicho en el cementerio y yo nunca voy a verlo. Nunca voy porque prefiero guardarlo aquí, en el centro del pecho, en el centro de la cabeza. Y quiero pensar en él riéndose, con aquella risa que lo alborotaba todo. Aquella risa franca que era río en el que navegaba el mundo. La risa de mi niño. La risa de un niño es la risa de todos los niños. Y quiero pensarle el pelo. Y la piel de la barriguita en el agua sobre mis manos. Pero nunca logro pensarlo así. Siempre acabo pensándolo bajo el agua, preguntándome si gritó, si lloró. Preguntándome si alguien habría podido saber si lloraba en el fondo del mar. Si las lágrimas de un niño son algo en lo profundo del océano.

Mi vieja aún reza por Gabi. Reza por él como reza por mi viejo y por Feluco. Por su Rafael, por su Juan, por su Yeyé. Su angelito dormido que la está esperando, me dice a veces. La viejita con sus cosas. Siempre con la COPE y con el ángelus. Creo que es la única que sigue creyendo en algo. Dicen que la fe es consuelo. Cuando se te muere un hijo no hay consuelo que valga. Vale, a ella se le murió Feluco, pero Feluco tenía ya dos hijos a medio criar y una vida vivida como le salió de la polla y la mitad de la producción anual del ron Arehucas entre pecho y espalda cuando se desriscó con el Suzuki. Pero a Gabi, a Gabrielillo, ¿de qué le dio tiempo? ¿Qué cosas malas le dio tiempo a hacer si apenas tuvo tiempo de hacer nada? Yo voy a las procesiones como autoridad y como autoridad aparezco en las fiestas del patrono y en las de la Virgen, porque en San Expósito aún hay muchos creyentes o mucha gente que dice que lo es, pero, qué coño, nunca creí demasiado en Dios, y después de aquello mucho menos. Dios, ese Dios en el que sigue creyendo mi vieja, no puede existir, y, si por un casual de los casuales existiera, sería un completo inútil, un inepto que deja morir a los niños. Y yo no rindo cuentas ante ineptos. Es una putada, porque sí, se supone que la fe es consuelo. Si yo creyera, a lo mejor me cabría algo de ese consuelo en el que se refugia mi viejita. Ahora mismo, por ejemplo, si creyera, podría pensar que el fin no es el fin, que es solo un nuevo comienzo. Que hay algo parecido al alma. Que después de palmarla iré a otro lado y que allí estará mi niño esperándome. Que estaremos siempre juntos, él siempre niño y yo siempre padre, su viejo, su viejito. Que a lo mejor mi viejo y su tío Feluco me lo han estado cuidando mientras yo llegaba. Sería cojonudo, encontrarme con mi viejo y enseñarle adónde llegué. Y volver a ver a Feluco y olvidarnos de todo lo que pasó. Estaríamos siempre juntos los cuatro y allí siempre

sería domingo y enseñaríamos a Gabi a jugar al tejo, al dominó, a la baraja. Mi viejo le mostraría cómo se levanta un tabique a plomada o se echa un techo y Feluco lo haría ayudarlo en un huertito donde nunca se bicharían los tomates. Y yo los miraría desde el patio, a la sombrita, echándome una cerveza fresca, oyendo la risa de Gabrielo al encontrar una cochinilla y ponerse a jugar con ella. Es un cuento lindo. Sería un cuento lindo. Pero no sería más que un cuento. Yo me voy a morir. Yo me *estoy* muriendo y, cuando lo haga por fin, cuando deje de respirar del todo, si es que no lo he hecho ya, no habrá otra vida. *C'est fini*. *Rien de rien.* Te dieron matarile, Gabrielo, no en el fondo del mar, pero, aunque estés en seco, la asfixia es la misma. Lo que jode no es eso. Lo que jode es no saber quién cojones son el ronero y el de los porros, por qué yo, por qué así, por qué ahora. No saber si lo de la bolsa fue un olvido, una chapuza o algo hecho adrede. No saber si venían por cuenta propia o por encargo. Eso es lo que de verdad me toca los huevos: todo lo que no sé, toda esa ignorancia. En serio: ¿te tomas la molestia de asaltar a un tío en su casa y te conformas con robarle lo que lleva encima? Ya que estás ahí, ¿por qué no buscas otras cosas de valor? No sé, joyas. El mismo cuadro que hay disimulando la caja fuerte es un Tàpies. Algo valdrá, ¿no? Si se hubieran fijado en el cuadro, habrían visto la caja. Y entonces se habrían puesto avariciosos, me habrían querido sacar la combinación. Y yo habría podido negociar con ellos, darles la combinación a cambio de que ellos abrieran un agujero en la bolsa. Por supuesto, siempre habrían podido sacarme la combinación a hostias, pero eso les hubiese llevado más tiempo y esfuerzo. Les habría salido más barato cambiar un agujero de mierda en una bolsa de plástico por la combinación de una caja fuerte petadita. No. No venían de parte de nadie. No podían venir de parte de nadie. Cualquiera de los que los hubiesen podido enviar aquí sabría que lo más importante está en esa caja. Hace años que la compré, pero no le di un uso de importancia hasta después de lo del año pasado. Claro, dinero y los pelucos. Pero el dinero y los pelucos pueden guardarse también en la caja de seguridad de un banco. Lo que tengo ahí, desde el año pasado, conviene no tenerlo en ningún otro sitio. Y hasta aquí me parece un riesgo, porque, si

vuelven a montar una como la que montaron, de repente se presentan con una orden de entrada y registro y me hacen vaciarla delante de ellos. Y entonces sí que nos jodemos todos. Se lo dije a Chago, ahí más allá, hace un par de meses. Se lo consulté como se lo consulto todo. Al principio no entendió. Se quitó las gafas y me miró con los ojos redondos. ¿Me estás diciendo que tienes en casa cosas que te comprometen, alcalde?, me dijo. Entonces le expliqué que me comprometían a mí, pero también a todos los demás. Todo lo que hemos hecho en los últimos años, Chago, le dije. Hay un par de carpetas de documentos, pero también un *pendrive* y varios cederrones. Pero ¿por qué guardas todo eso? Porque más vale un por si acaso que un si lo llego a saber. Eso fue lo que le contesté. Después le fui explicando que en los últimos años, desde lo de Tano, entendí que había que trincar bien por los huevos a todos los que tuvieran bisnes con nosotros, asegurarse de tener dinamita para meterle mecha si alguno quería hacernos mal o irse de la lengua. Me dijo que sí con la cabeza como veinte veces mientras yo le contaba cómo había ido guardando una pequeña prueba de cada transacción: anotaciones, registros de transferencias, números de cuentas corrientes. Incluso una especie de diario de los pagos en metálico. Eso no es dinamita, dijo al fin, eso es una bomba nuclear, pero no puedes detonarla a distancia: arrasará con todo, incluido tú. Puede ser, dije, pero si yo caigo arrastro conmigo al que me intente poner la zancadilla. La cosa es: ¿se te ocurre algún buen sitio donde guardar todo eso que no sea la caja de seguridad de un banco? Me sugirió su propia casa. Dámelo a mí, me dijo. Yo lo puedo guardar. Y entonces algo se rompió. O, si no se rompió, comenzó a doblarse un poco, porque yo me callé y dije que no con la cabeza y Chago, sin que yo lo dijera, entendió que, aunque él sea el tipo del que más me fío, aunque sea mi consejero, mi mano derecha, mi hombre de confianza, en realidad está en la lista de aquellos que podrían llegar a intentar traicionarme. No por ambición, porque Chago sabe que le va mejor conmigo manejando el cotarro, sino porque, en el caso de que vayan a por él, necesitará darles algo para salvar el culo. No insistió. Pareció pensárselo un rato más y después me dijo Por ahora, supongo que el mejor lugar es ese. Pero deberías andarte

con ojo: si ves que te van a saltar encima, cámbialo de sitio; dámelo a mí o a Alfredo o a Tato. Ahí quedó la cosa en ese momento, que, ahora que lo pienso, fue un momento de debilidad. Y sin mucho sentido, porque luego he pensado que, al fin y al cabo, es el mejor sitio, que esa consulta a Chago fue gratuita: si deciden ir a por mí en serio, si deciden entrar y registrar, es precisamente toda esa documentación lo que me puede acabar garantizando que la Fiscalía me trate bien, porque entonces yo podría llegar a un acuerdo con ellos. Casi me estoy viendo en el despacho del juez Vega, por ejemplo, o en el de la jueza Espinosa y con el fiscal que toque, con Alfredo diciéndoles que su cliente se ofrece a explicar y ampliar todo lo que hay en esos archivos, esperando que, a cambio, su señoría y el ministerio fiscal sean benévolos con él. Sé que a Chago le jodió que no confiara en él. Sé que le jodió que lo incluyese entre los posibles enemigos futuros. Pero también sé que es un tío que entiende cómo va el juego. Es más: estoy seguro de que él acumula también material suficiente para defenderse llegada la ocasión. Como hice yo con el Viejo.

El Viejo fue un segundo padre para mí. No digo yo que me importase más que el verdadero, pero si me miro a mí mismo, si miro cómo soy, cómo me comporto, adónde he llegado, entiendo fácilmente que en mí pesa más lo que me enseñó Colacho que lo que heredé de mi viejo. Me hizo estudiar, me metió en el partido cuando era el centro, luego cofundé con él el PISE y fui medrando a su vera, copiándole las mañas como se las copiaba a Feluco cuando éramos chicos. De él aprendí a tener contentos a todos los que sea posible, a hacer favores solo a gente que podrá devolverlos, a defender los intereses de la gente que interesa, a convertir en asuntos generales mis propios asuntos, a acariciar con una mano y retorcer con la otra. Y aprendí a convertir el rencor en paciencia, a esperar en la bajadita a aquellos que habían creído vencerme. Hasta aprendí a dar los discursos como él. A trabajar de memoria, sin papeles, a que pareciera siempre que improvisaba mis intervenciones, volando por encima de todo pero con los pies en la tierra, mientras me mostraba como un hombre del pueblo cuando me echaban en cara mis privilegios y defendía, al mismo tiempo, una excelencia ganada con esfuerzo, empezando desde abajo. Él no presumía jamás de ser nieto de la Condesa, pero me enseñó a presumir siempre de ser hijo de Juan el Albañil. Presume de eso, mi hijo, porque eso es para estar orgulloso, me dijo muchas veces, sobre todo al principio, cuando yo me acomplejaba ante Padilla o Perdomo. ¿Cuántos de los hijos de puta a los que te enfrentarás en elecciones pueden presumir de ser hijos de trabajadores honrados? Algunos te intentarán echar en cara tu origen. Sácalo tú antes y restriégaselo por la cara. Sí: un segundo padre, el Viejo. Estuvo siempre ahí, apoyando. Puede que fuera porque sus propios hijos no le caían bien y prefería ocupar su hueco con Tano, con Saulo y

conmigo. Sobre todo conmigo. Como si viera en mí algo que le recordaba a sí mismo. Como si le hubiera llegado al alma aquello que le dije aquella vez, lo de que yo quería ser como él. Me adoptó. Eso es. El Viejo me adoptó y me convertí en el preferido de los Cachorros de Colacho, en el primero, en el tipo irremplazable allá donde todo el mundo es prescindible. Nunca lo dijo con esas palabras, pero yo fui entendiendo que era el elegido para perpetuar su legado. Y, así y todo, había algo más. Cariño. Cariño de verdad, en la relación del Viejo conmigo. Cuando lo de Gabi, fue el primero en llegar al tanatorio, después de decretar luto oficial en todo el municipio. No fue la clásica visita de hacer acto de presencia, acompañar media hora y marcharse. No: se quedó todo el tiempo allí con nosotros. Su mujer vino solo un rato, con los hijos. Saulo también se pasó y se fue una horita después. Incluso Tano no estuvo más que un par de horas. Pero él permaneció todo el velatorio con la familia. Y al día siguiente, tampoco se nos separó. Portó el ataúd, aquel pequeño ataúd blanco, con Feluco, con Tano y conmigo. Y después, mientras el cura hacía el responso, mientras se escuchaban las paletadas de mortero que el sepulturero daba para sellar el nicho, mientras sentíamos la dentera del arrastrar de la cuchara por la lápida, le echó un brazo por encima a mi vieja, que se quebraba y que ya no tenía a mi padre para consolarla. Esa fue la única vez que lo vi llorar. Con un llanto quedito, sin ruido, sin sollozos ni aspavientos, pero con lágrimas de verdad. Sí, el Viejo se portó bien conmigo. Fue un buen amigo de los de verdad. Un padre. En esa y en otras muchas ocasiones. No puedo echarle nada en cara. Pero la vida es como es y la vida política es más como es que la vida en general. Y llegó un momento en el que el ciclo del Viejo se había agotado, pero él no había sabido entenderlo. Ocurrió cuando nos dimos la hostia y salió por mayoría la derecha y Alzola se convirtió en alcalde. Solo conseguimos dos actas de concejal, que ocuparíamos Colacho y yo, los primeros de la lista. Y Alzola no necesitaba pactar ni con nosotros ni con nadie para gobernar el ayuntamiento. Lo normal: la derecha ya gobernaba en el país y se lo estaba quedando todo. Ellos decían en campaña que iban a más y tenían razón. Aquello fue como cuando lo de Padilla y los socialistas

y el Viejo lo quiso gestionar más o menos igual. Pero esta vez no se reunió con los otros. Esta vez no estaban Saulo y Tano, porque nos fuimos temprano del Hotel de la Condesa, después de citarnos todos para una reunión al día siguiente en la sede del partido. Y yo lo acompañé a su casa y me dijo que entrara, que teníamos que hablar para preparar lo del día siguiente, y al final solo nos vimos él y yo delante de la botella de whisky, que esta vez era Cardhu, en la terraza del patio de atrás, donde tenía la piscina y la zona para hacer los asaderos. Y entonces me empezó a decir que había que ponerse las pilas, que teníamos que socavar a Alzola como habíamos hecho con Padilla, que había que hacer labor de zapa de la misma manera, solo que ahora no podíamos jugar la carta de montar un partido nuevo. Podíamos cambiar el nombre o las siglas, pero tanta cambiatina no iba a funcionar bien. Había que pensar en algo. No sabía bien en qué, y por eso me necesitaba. ¿Qué hacer? ¿Buscar gente nueva? Porque a lo mejor Saulo y Tano estaban ya muy vistos. Tano se podía salvar, pero Saulo no caía bien. Yo lo dejé hablar mientras pensaba en soluciones. Tenía razón en que el partido se había quedado rancio, en que hacía falta un relevo. Pero yo tenía claro a quién había que relevar, sintiéndolo mucho. Las cosas como eran: la época de Colacho Umpiérrez se iba acabando. Y yo estaba buscando una forma de decírselo mientras el Viejo planeaba en voz alta relevos generacionales que no le afectaban a él, que era precisamente el que pertenecía a la generación que había que relevar. Siguió con la cantinela de siempre, aquello de que hay que rodearse de gente joven. Y ese fue el momento que elegí para decir algo desagradable, algo que al principio no entendió bien y que, cuando al fin comprendió, le hizo daño. No hay que rodearse de gente joven, Colacho: hay que hacer que la gente joven esté al frente. Se me quedó mirando, se echó de un trago el whisky que le quedaba en el vaso y volvió a servirse. Sabía que tenía que llegar este momento, dijo luego, pero no creí que fuera a llegar tan pronto. Yo no podía verle la cara, porque quedaba a contraluz del foco de la fachada, pero noté cómo se encogía, cómo adelgazaba y perdía centímetros, como si su talla física dependiera de su valor político, que, tras lo que yo acababa de decir, había descendido de pronto

hasta mínimos históricos. Vale, Gabrielo, la gente joven tendrá que ponerse al frente, dijo, pero ¿quién es la gente joven? No respondí y él siguió hablando. Supongo que tú mismo. Volví a responderle con el silencio. Claro, supongo que cuando hablas de la gente joven te refieres a ti mismo. Continué callado. Colacho empezaba a ponerse sarcástico y aquella conversación a convertirse en algo penoso. Entonces, Gabrielo, lo que me propones es que yo mañana me presente en la reunión y diga que ya se ha cumplido un ciclo, que ha llegado el momento de renovar el partido, que hace falta sangre nueva. Y que diga que me retiro, que tomo el acta de concejal, pero que ya no voy a ser el líder del partido y que designo a un nuevo candidato. Que me jubilo, vamos. Él sí que podía verme la cara a mí, así que debió de interpretar correctamente mi alzamiento de cejas cuando mencionó la concejalía. Tomó nota inmediatamente. Ah, no, espera, dijo, lo que quieres es que deje también el acta de concejal y que corra la lista, ¿no? ¿Es eso? Era eso, pero no se lo dije, preferí que siguiese él explicando lo que yo pensaba. Claro que sí, Gabrielo, eso es: tengo que dimitir de todo, irme a casa, para que corra la lista y estés tú con Tano cuatro años haciendo oposición, dando declaraciones, haciéndote notar, currándote el expediente para las siguientes elecciones. O para organizar una moción de censura con los sociolistos y los nacionalistos. ¿No es eso? ¿Es así? ¡Responde, puñeta! ¿Es así? Era así. Era exactamente así. Ese era el plan, lo que yo llevaba ya un tiempo pensando, más o menos desde que empecé a olerme que nos podíamos dar la hostia en esas municipales. Eso era lo que había calculado como posibilidad de supervivencia del PISE: que el Viejo dimitiera, desgastar todo lo que se pudiera desde la oposición, ir organizando una jugada para Alzola con la gente de Perdomo, pero también con los socialistas. Y estos jamás habrían pactado con el Viejo porque se la tenían jurada desde lo de Padilla. Era todo tal y como Colacho lo había entendido. Pero ni afirmé ni negué. Solo me quedé allí, bebiendo y mirando para otro lado. Pues bueno, supongamos que lo hago, prosiguió el Viejo, que me presento mañana en la sede y anuncio que dimito, que lo dejo todo y me retiro y que designo a un nuevo líder, joven pero preparado, que pueda hacer oposición y abonar el terreno para la próxima

legislatura. Te parecería bien, ¿verdad? Ahí sí que lo miré, ahí sí que le dije Sería lo más adecuado, Colacho. Una salida digna. Y lo mejor para todos. Para ti también. Te irías como lo que has sido siempre: un caballero. Se rio. Cuando lo llamé caballero se rio. Soltó una carcajada como las que soltaba cuando leía la lista de los tipos que tienen prohibida la entrada al corteinglés. Pero yo no le correspondí porque no me la esperaba y me puso nervioso. Está bien, dijo después, eso exactamente es lo que vamos a hacer. Mañana designo un candidato. Es una suerte que nosotros lo hagamos por designación. Todo es más fácil, más rápido. Mañana lo digo; me planto en la reunión y anuncio que me voy, pero antes designo a alguien que dirija el rumbo futuro del partido, alguien que lleve con nosotros toda la vida, apto, inteligente, de toda confianza. Y tú sabes que se aceptará lo que yo diga sin mucha protesta. Claro que sí, Colacho, lo animé. Aunque te vayas, sabes que vas a seguir siendo el jefe de todo esto. Entonces meneó la cabeza arriba y abajo antes de decir Está bien, se hará como tú digas: voy a proponer como candidato a Saulo. Estuve a punto de atragantarme con el whisky, pero me contuve a tiempo mientras el Viejo me miraba desde el fondo de su oscuridad, probablemente con la sonrisa puesta y fijo que hasta con los ojos de demonio que se le encendían cuando jodía a alguien que había intentado joderlo a él. Y ahí se dio el gusto de seguir hablando. Es lo mejor para todos, Gabrielo. Ya sé que la gente no se vuelve loca con él, pero está conmigo desde el principio, tiene más experiencia que tú y se lleva de puta madre con los socialistas. Da imagen de buen gestor, de tío serio, responsable, que no se casa con nadie. ¿Qué más se puede pedir? El cabrón del Viejo. Un tío bragado. Uno de esos que mueren matando. Ese era su modo de joderme, su plan de contrataque. Y le habría funcionado, porque era un buen plan. Solo cometió un error: tener la soberbia de contármelo. Ese fue su fallo, porque eso permitió que yo dispusiera de toda una noche para sacar la artillería. Qué digo una noche: un ratito. Y vaya si la saqué. Pero no en ese momento. En ese momento me hice el digno y le dije que de acuerdo, que si eso era lo que quería realmente, designara a Saulo, que nos estallaríamos como pitas pero que a mí ya me daba igual a esas

alturas. Le dije eso, le di la mano y las gracias por el whisky, me fui a casa y encendí el ordenador. Le había dicho que me daba igual, pero no me lo daba. El Viejo lo comprendió tan solo una hora después de haberme marchado yo, cuando se preparaba para acostarse y le llegó un SMS mío diciéndole que al día siguiente no fuera a la reunión sin mirar antes su correo electrónico; cuando no pudo esperar y encendió el ordenador y abrió su cuenta de correo y vio el *e-mail* que yo acababa de enviarle; cuando leyó el texto que solo decía Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente y ejecutó el archivo adjunto, que era un clip de vídeo filmado con muy mala calidad pero en el que había una perspectiva casi cenital de su despacho y podía identificársele a la perfección como el tipo que contaba y guardaba los dos fajos de billetes que Gómez, el de la empresa de mantenimiento del pabellón deportivo, acababa de entregarle. Me llamó inmediatamente y se desfogó a gusto cagándoseme en los apellidos hasta que yo aproveché una pausa en la que cogía aliento para decirle que aquello solo era un tráiler, que tenía muchos vídeos más, que si los quería ver él o prefería que se los enviara a Fiscalía o al mismo Padilla, que se la tenía bien guardada y sabría qué hacer con ellos. Me jodió hacerlo. Me jodió tener que usar aquel material que yo había ido guardando los últimos años para protegerme las espaldas, como el propio Viejo me había aconsejado mil veces que hiciera, como él mismo hacía con todo el mundo menos conmigo, porque yo era el único en el que había confiado siempre. Así me lo dijo para acabar aquella conversación, la segunda de la noche, la telefónica, la última conversación a solas que tuvimos, cuando en su voz la rabia se convirtió en tristeza al constatar que me había tratado como si fuera su hijo durante todos aquellos años y que ahora yo le escupía en el nombre. Tú todavía no lo entiendes, Gabrielo; no eres capaz de imaginarte cómo me siento. Pero tranquilo, que ya lo entenderás el día de mañana, cuando te saquen los ojos los cuervos que críes, hijo de la gran puta.

El Viejo fue de los dignos. Después de renunciar y designarme, se fue a su casa. Se dedicó a echarle una mano a su mujer en la inmobiliaria, pero solo con la contabilidad, por hacer algo, por ocupar las tardes. Y siguió haciendo su visita diaria a Casa Boro y la comida semanal en el Bochinche La Estaca. Por supuesto, le hicimos sus homenajes: lo nombramos presidente honorario vitalicio del PISE, le organizamos una cena de despedida con autoridades de toda la isla, y luego, cuando recuperamos la alcaldía, inauguramos la placa en la fachada del ayuntamiento y bautizamos el pabellón con su nombre. Y el Viejo asistió a todas estas cosas como un caballero. Figuró, agradeció discursos, dio los suyos, repartió abrazos y se dejó querer sin que jamás saliera de su boca ni una queja. Joder, ya me gustaría a mí tener ese saber estar. Supongo que por dentro se lo comía la rabia, pero nada de eso se notaba desde fuera, salvo por el hecho de que, cuando no estábamos en público, me negaba hasta el saludo. Una vez intenté hacer las paces con él. Ya había pasado un tiempo y le estábamos montando la moción de censura a Alzola. Pensé que no me vendría mal darle un telefonazo, quedar con el Viejo, echar pelillos a la mar. Ni siquiera descolgó. Después de llamarlo un par de veces, me mandó un mensaje, corto y claro: No me llames más, déjalo estar de una puta vez. Yo no sabía que en esos días ya le estaban dando quimio, que ya andaba jodido, con viajes a una clínica y a otra para intentar salvarse. Aguantó unos meses más, casi un año, pero no se salvó. No murió aquí. Murió en una clínica privada en Barcelona, donde se aferraba a un último intento. Para ese entonces, ya era yo alcalde y decreté luto oficial en el municipio. Fui de los que llevaron su ataúd, como él fue de los que habían llevado el de mi niño. Y, aunque nadie me pidió que hablara en el funeral, sí que estuve ahí, en primera fila, y lloré de

verdad, porque la política es la política y los afectos son los afectos y yo tuve que enfrentarme a él, pero al Viejo lo quise mucho. De verdad que lo quise, carajo. Y creo que lo he demostrado después, con todos los homenajes que le he promovido. Aunque se retirara como se retiró, aunque yo le hiciera aquello, en realidad sirvió para mantener su legado. Y su legado es el que puede verse desde la azotea de Gladys, el que yo he ido aumentando, el que un día habrá de continuar la propia Gladys, muy probablemente. ¿Me sacaría los ojos Gladys? Difícil que a mí me saque los ojos uno de los míos. Porque me he preocupado de tener con qué defenderme. Ahí, en la caja fuerte, está todo. Después de lo del año pasado me preocupé de sacar todos los archivos del ordenador y pasarlos a un disco duro. Ahí están. Hay vídeos y audios como para hacer un documental cojonudo. También hay documentos. Pero lo suculento es lo otro, las conversaciones despreocupadas, las reuniones en lugares inhóspitos, los fajos de billetes introducidos en sobres tras ser contados ante el receptor. Ni uno solo de los que trabajan conmigo estaría a salvo si intentara hacerme la cama, porque yo solo tendría que abrir la caja fuerte, conectar el disco a un ordenador y buscar alguno de los archivos en los que aparece. El único que lo sabe es Chago, y esa es otra de las ventajas: ninguno sabe exactamente cuáles son mis armas, ninguno sabe lo que soy capaz de hacer, pero todos se lo imaginan, porque yo me he ocupado de insinuarlo cuando se ha dado ocasión. Sí, lo he ido dejando caer entre los cachorros en estos meses, desde aquello, lo del año pasado: la Guardia Civil presentándose de pronto en el ayuntamiento y en la sede del partido, con órdenes de entrada y registro dictadas por la jueza Espinosa. Investigación iniciada a raíz de denuncia anónima. Por suerte, los archivos los tenía en el portátil de casa. Cuando vi que entraban y nos sacaban de las oficinas, aproveché para venirme, coger el portátil y llevárselo a Alfredo para que me lo guardara. Lo hice en las mismas narices de los picoletos, que me vigilaban, pero, claro, es normal que uno vaya a ver a su abogado en un caso así, aunque no estuviese detenido ni hubiese aún cargos. Quién se va a fijar en que el portátil con el que entras al bufete de tu abogado no es el mismo con el que sales si la funda es la misma. Luego, en

cuanto pasó la tormenta, lo volqué todo en un disco externo. Por aquella época parecía que se nos iba a caer el pelo a todos. Pero fíjate tú, aquí estamos. Sí que se armó un lío del carajo cuando el sumario desapareció en el traslado del juzgado. Cosas que pasan, cajas que se extravían, que van a parar vaya usted a saber dónde. Ocurre en todas las mudanzas. El caso es que no pudieron probarle nada a nadie, por muchos artículos malintencionados que salieran en *El Heraldo,* por más especulaciones que hiciesen los tertulianos de la radio. Esto es así: uno es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Y a nosotros no nos han podido demostrar nada. Ese favor que nos hizo la gente de Boris nos ha salido caro: tres concesiones para casas de apuestas y un cabreo monumental de Berto, pero qué se le va a hacer, ya lo compensaré de alguna manera. En cualquier caso, si podemos seguir haciendo negocios es precisamente porque la causa se sobreseyó, porque si no, ¿de qué? Así mismo se lo expliqué a Berto y al final lo acabó entendiendo, aunque siga cabreado. No creo que intente nada contra Boris. Lo último que nos faltaba era una guerra. Espera. ¿Berto? ¿Puede haber sido Berto? La última vez que hablamos, todo estaba bien, parecía haberlo entendido. Y Berto no es bobo. No se deja llevar por impulsos. Es de los que saben lo que más conviene en cada momento. No, Berto no sería tan idiota de jugárselo todo solo por venganza. A lo mejor no es venganza y es una guerra, el comienzo de una guerra. A lo mejor hay tipos ahora mismo yendo a por los negocios de Boris. Pero no, no es bobo. Nunca se metería en una guerra que jamás podría ganar. Y, sin embargo, a mí me sigue sonando la voz del ronero. Aunque, en todo caso, qué más da. Ya hace mucho que da igual todo.

No digo que haya algo al otro lado. Ni siquiera que haya otro lado. Pero ya no me siento respirar. No me siento desde hace mucho. Desde hace mucho, nada físico. Solo la mente. El recuerdo. Los cuando, los así que, los por eso, los en cualquier caso. Soy mente. Soy memoria. Soy cabeza. Cabeza en bolsa de basura. No sé si respiro, pero no lo siento. Tampoco veo. Intento abrir los ojos y, de hecho, noto los párpados como si los tuviera abiertos, pero no veo absolutamente nada. Antes, al menos, podía ver la nada azul de la bolsa. Ahora ni siquiera es azul. Tan solo es nada. También intento moverme, pero no me muevo. Y, sin embargo, percibo el suelo, el parqué duro bajo el cuerpo. Grito, pero no escucho los gritos. Creo que grito, pero no grito. Cuál es el único pez que pare con gritos, decía el Viejo. El congrio, se respondía él mismo. Y nosotros reíamos, navegábamos el río de la risa, hipócritas, pelotas, ambiciosos, rodeando como hienas al león avejentado. Los pájaros. Sí, los oigo. Sigo escuchando los mirlos, las tórtolas, algún jilguerillo de los que saltan por los árboles del patio. Si aún tengo sentido del oído, es que en realidad no estoy gritando. A ver, me sirven algunos sentidos: el oído, seguro. Y el tacto también. Dicen que el órgano más grande del cuerpo es la piel. Qué cosas. Pero no te pierdas. No te pierdas otra vez recordando documentales. Oído y tacto. El olfato. Huelo el ambientador y el sudor dentro de la bolsa. Y tengo un regusto amargo en el vaho. Acre como el aliento de un cura. Oído, gusto, olfato y tacto. Recitando en el colegio: vista, gusto, oído, olfato y tacto. Vista. No puedo ver. ¿Ciego? Ciego, sí, pero algo más. El cuerpo no se mueve. Y me está pasando algo raro, que no había notado hasta este momento: todo está más ordenado aquí en la mente. Desde que no noto la respiración (y eso ocurre desde hace bastante, pero ¿cuánto tiempo es bastante?), todo se organiza de

otra manera. Y hasta pienso palabras que no recuerdo haber utilizado nunca. ¿Estaré en coma? Puede ser. En estado vegetativo. O en el último estertor. Dicen que se ve un túnel, pero aquí no hay túnel. Solo oscuridad. Sonido de pájaros ahí afuera, tras la puerta. También sonido de coches lejanos, que llegan al pueblo o lo abandonan. Y yo aquí muriendo o ya muerto. También dicen que el alma se sale del cuerpo, que va subiendo y ve el cuerpo tendido. No hay nada de eso. Solo tranquilidad, algo laxo y suave, aquí dentro. Blando. Relajado. Ya no preocupación por respirar, ya no preocupación por saber quién hizo esto, ya ni siquiera cabreo. Ya solo paz. Paz indecible. ¿Resignación? No, no es eso. La resignación es voluntaria. Esto es algo que sobreviene, que se te echa encima. Es la muerte. Ahora lo sé. Es el viejo Ya descansó, el viejo Ahora está en paz que nos decimos los unos a los otros para consolarnos. Y sí, es descanso, es paz. Me da igual todo. Pero no me da igual porque no pueda remediarlo, que es otra forma de resignarse. Me da igual porque me da igual. Porque todo es lo mismo y hasta yo formo parte del eso mismo que es todo. Por ejemplo, ahora oigo un coche que se acerca. No un coche que sale o entra del pueblo, sino un coche que se acerca, que ha tomado la desviación hacia casa, esa carretera que solo conduce hasta aquí. Si hubiera ocurrido antes, hace un rato, cuando hacía esfuerzos por economizar el aire, por respirar, por moverme para liberarme o salir, habría dado palmaditas con el culo. En cambio ahora me da igual. Eso sí: siento curiosidad. ¿Podría ser Nisita? Nunca viene los lunes. ¿Pueden ser el tipo de la voz de ronero y el de los porros, que se lo han pensado mejor y vuelven a por más o a liberarme o a acabar la faena? No creo. Iban en moto. Y eso de que el asesino vuelve siempre al lugar del crimen es tan cierto como que a quien madruga Dios le ayuda. Porque yo madrugué hoy y mira qué mierda. El motor se hace más audible. Ahora está cerca. El coche se va parando. Oigo las ruedas en la carretera ante la tapia. Se para y alguien sale. La puerta del coche se ha cerrado. Luego se ha abierto y se ha cerrado otra puerta de coche, del mismo coche. ¿Son dos? ¿O uno solo, que después de salir ha abierto otra de las puertas y la ha cerrado también? De cualquier modo, el coche está ahí, justo ante la verja de entrada, y

alguien se ha apeado de él y está abriendo la cancela. ¡Ha abierto la cancela! O sea, que es alguien que tenía las llaves. ¿Quién tiene llaves de casa? Yeray. Pero Yeray está en Inglaterra. A estas horas, seguramente en clase, escuchando una explicación y tomando apuntes en el ordenador. Ahora se llevan el portátil a clase. Tomando apuntes mientras aquí la espicha Pa. Nisita también tiene llaves, pero ese coche no es el viejo Toyota Starlet del hijo de Nisita. Y se ha parado: normalmente, el hijo de Nisita la deja y se va. El otro que tiene llaves es Chago. ¡Chago! Por una vez, ha querido que fuera puntual y, al no presentarme, se extrañó y vino para acá. O surgió algún problema que hay que resolver de urgencia. Pero es raro que no lo haya intentado primero por teléfono, si había tanta prisa. Y el teléfono no ha sonado. Bueno, ya me lo contará él mismo cuando yo esté mejor. Porque estaré mejor. De esta me salvo. Me lo estoy imaginando: Chago llegando a la puerta, tocando un par de veces, abriendo, encontrándome y llamando sobre la marcha a una ambulancia, a la policía, a todo el mundo. Haciéndome maniobras de reanimación. Será un poco raro que me haga el boca a boca, pero qué se le va a hacer, si así me salva. Después, cuando me recupere, ya me contará y ya le contaré y buscaremos a los dos cabrones que me han hecho esta putada. Chago, querido, menos mal que estás tú ahí. Al fin y al cabo, uno no está tan solo. Escucho ya los pasos. Ha cruzado el camino de grava y ahora está en el porche. Va a tocar, seguro. Pero no. No ha tocado. Acaba de meter la llave en la cerradura. Viene a tiro hecho. Confianzudo ahora de repente, el jodido Chago. No jodido. Bendito. Bendito Chago. Confianzudo en mi beneficio. Esa confianza es mejor que perder el tiempo. Él no ha perdido tiempo. Abre la puerta. La corriente de aire entrando por la puerta antes que él. Y sí, es él. Noto los pasos de los Oxford que lleva los días de diario. Lo oigo cerrar la puerta, caminar hacia mí. Al parecer, no llegué tan cerca de la puerta como pensaba. Da lo mismo, al menos lo intenté. Lo que importa es que Chago camina hacia mí y deja en el suelo algo pesado que llevaba (algo metálico y pesado que suena, cuando lo pone, a acero chocando con acero) y se queda quieto, en pie, justo a mi lado. Pensé que iba a decir algo. Grito. Llamarme por mi nombre. Atónito. Inquieto. Inquietud atónita.

Pero no dice nada. Está ahí, junto a mí, sobre mí. Lo escucho respirar. Es más, ahora acaba de dar un suspiro, se agacha, se coloca probablemente en cuclillas y posa una mano sobre mi cuello, justo por debajo de donde está ajustada la bolsa de plástico. Noto sus dedos, que, curiosamente, van metidos en un guante fino, de esos de látex. Ya le preguntaré por qué carajo viene a mi casa con guantes de látex. Pero bueno, la cosa es que ahora está ahí, agachado, seguramente en cuclillas, y ha situado dos dedos enfundados en látex a la altura de mi carótida, buscándome el pulso. Y entonces, cuando lo encuentra, solo dice Mierda.

He pensado que a continuación llamaría al uno uno dos. Pero no. Se ha vuelto a poner en pie, ha dicho Mierda un par de veces más y ha cogido eso que había dejado al llegar, el bulto pesado con el que avanza ahora por el salón, que ha dejado de nuevo más allá, junto al centro de ocio. Al menos eso supongo por las vibraciones, por cómo ha sonado. ¿Qué haces, Chago? ¿Qué cojones estás haciendo? Se va la paz. Se va lo laxo, se va lo blando. Se va porque no entiendo esto que está pasando ahora. Oigo a Chago haciendo cosas. ¿Qué hace? Acaba de descolgar el cuadro. El de Tàpies. Lo está dejando apartado, probablemente sobre la mesa de centro. ¿Se va a llevar el cuadro? No, qué cojones. Ahora está junto al bulto. Se oye un entrechocar metálico, un revolver de herramientas. Claro, el bulto es una caja de herramientas. Saca, está sacando algo. No me jodas, Chago. Tú no, tío. Tú no. Pero sí. Sigo oyendo. Oigo el taladro. El taladro en el que hace unos ajustes, al que tal vez ha provisto de una broca especial, el taladro con el que comienza a perforar la caja. Qué cabrón. Estas habilidades no te las conocía. No sé cuántos agujeros ha hecho ya. Vuelve a la caja de herramientas, trastea otra vez. Está cambiando la broca. Y regresa a la caja. Y vuelvo a oír el ruido del motor del taladro o de la herramienta que esté usando. Ahora es más fuerte, el sonido del metal atravesando el metal. El sonido del motor y del metal, que se quiebran de pronto, con un crujido. Acaba de abrir la caja. Hijo de puta. Vuelvo a oírlo con las herramientas, las está guardando. Un tipo ordenado. Y hay otro sonido, una bolsa, una bolsa de plástico. Ha metido todo en esa bolsa de plástico. Coge la caja de herramientas. Lleva la bolsa también. Pasa a mi lado y vuelve a salir de la casa. Cierra la puerta, cruza el patio, llega a la cancela, sale. Abre el portabultos y mete la caja de herramientas y la bolsa de plástico. Cierra. Parece que puedo

verlo, mirando a su alrededor. Parece que lo puedo ver quitándose los guantes, volviendo a atravesar el patio, llegando al porche, entrando otra vez en la casa. Ahora lo siento de nuevo aquí, agachado junto a mí. Oigo el teclear del teléfono. Tres pitidos. El uno uno dos, seguro. Se ha querido salvar el culo, con toda lógica. A lo mejor yo hubiera hecho lo mismo. Y ahora se apiada. Se ha apiadado de mí. Al final, Chago no es mal pibe. Mira por sus intereses como yo por los míos. Pero no es mal pibe y es capaz de sentir piedad, compasión. Eso es lo que nos hace humanos, ¿no? La compasión. Ahora habla al teléfono. Llamo desde casa de Gabriel Sánchez Santana, dice. Vengan pronto, por favor, dice. Lo tienen que haber asaltado, dice. Vengan pronto, por favor, vengan, dice. Me lo he encontrado muerto, dice. Después dice más cosas, pero ya no les presto mucha atención. Da su nombre, pero yo no presto atención. Dice la dirección exacta, pero yo no presto atención. Dice que así lo hará, que no tocará nada, pero ya no presto atención, porque Chago acaba de decir que estoy muerto, que me ha encontrado muerto. Y yo no estoy muerto. Estoy casi muerto, puede que en coma, puede que casi en la paz de la muerte, pero no estoy muerto. Puedo oírlo a él, puedo sentirlo ahí, al lado, poniéndose otra vez en pie para guardar el móvil que acaba de apagar. Lo siento agacharse otra vez sobre mí. Y a todo esto, ahora me pregunto por qué traía ya la caja de herramientas, por qué venía preparado con las herramientas, con los guantes puestos. Y me pregunto por qué, entre tantas cosas raras que ha hecho al llegar, no ha hecho la más lógica. Porque si yo me encontrara a alguien en las condiciones en las que estoy yo, antes de nada, antes incluso de tomarle el pulso, rompería la bolsa. Pero él no ha hecho eso. Él me tomó el pulso. Luego despanzurró la caja, se llevó las cosas, volvió y llamó a emergencias. Pero no ha roto la bolsa. Y entiendo, de golpe, que esas preguntas que me hago son preguntas bastante inútiles; que, más que preguntas, son un mecanismo de defensa contra el horror de lo evidente, igual que el dilema entre si estoy realmente muerto y de verdad hay algo más allá o, por el contrario, no estoy muerto pero voy a estarlo enseguida. Porque ya sé que no voy a tener que especular para decidirme por una de las dos opciones. Y es que Chago acaba de

dejarme claro que va a ser la segunda, que no estaba muerto, al menos no muerto del todo, pero voy a estarlo inmediatamente. Y no me lo ha dejado claro hablando. Lo ha hecho solo con un gesto, un simple gesto. Ese gesto que no he visto pero que ahora noto: el de sus manos sobre la bolsa, presionando la nariz y la boca por las que aún pasaba un tenue flujo de aire. Ahora sí que se va alejando todo: el sonido del esfuerzo de Chago, sus manos en mi cara, sus dedos cerrados en torno al plástico, atenazándome la nariz, apretándome los labios, la dureza del parqué, el frío que entra por la puerta entreabierta. Puede que sí, que, en definitiva, hubiese un agujero en la bolsa. Pequeño. Pequeñito. Un hilito de aire. Suficiente para no morir. Insuficiente para vivir. Pero en definitiva es definitivo, ya da igual, ya se va alejando todo, ya no noto nada. Ni me resisto ni me muevo ni querría ya cambiar nada de todo eso. Y, ahora sí, ahora ya todo igual. Ahora es la hora. Ahora es ahora. Ahora para siempre.

Ahora es ese momento que llegó antes hace mucho y no ha llegado todavía y no llegará nunca, y antes y nunca y todavía no significan nada porque en este momento que es ahora los momentos no existen, porque ahora el tiempo nada es, todo es ahora y ahora es este instante infinito. Sí hay algo después. Pero después también es ahora y tampoco es nada en esta abolición del tiempo que es la eternidad. Eso es lo que es el no ser: eternidad. El filósofo que dio la conferencia, cuando ya nos habíamos tomado el tercer whisky, me dijo que si un ente es infinito, nada existe en el universo salvo ese ente, porque su infinitud implica necesariamente que ese ente *es* el universo. Lo dijo acerca de Dios, pero vale para cualquier cosa de la que se diga que es infinita. Un momento eterno no es más que un momento infinito. En este ahora mío están todos los momentos. Y el filósofo no dijo eso hace muchos años, lo está diciendo en este instante, lo dirá mañana, aún no lo ha dicho. El tiempo nada es. Y tampoco el espacio. Ni cualquier otro de los límites. La cognoscibilidad. Yo nunca habría podido pronunciar la palabra cognoscibilidad sin atragantarme. Ahora no solo me la digo una y otra vez, sino que sé lo que significa. Todo es conocible por mí ahora. Porque ahora nada soy. Y cuando no se es nada se es todo, se forma parte de todo. Ahora sé cosas que no debería saber, veo cosas que no debería poder ver, oigo palabras que jamás se pronunciaron en mi presencia. Por ejemplo, veo a un hombre bajito de cabello ralo que un día fue rubio, un tipo gris con camisa de cuadros y bigote y gafas. Un tipo que acaba de volver a su mesa en los juzgados después de recibir instrucciones de su jefe, cuya jefa es a su vez la jueza Espinosa. Lo veo meter una carpeta en el cajón y decir a sus compañeros que baja a tomarse un café. Lo veo salir del palacio de justicia y cruzar entre el tráfico de la capital. Lo veo pedir

un café con leche y una pulguita de tortilla con pimientos que luego le aflojará el estómago. Lo veo comer en la barra del bar, en el que hay demasiada gente como para que nadie se fije en nadie, y enviar un mensaje con el móvil. El mensaje dice que el miércoles próximo habrá un registro. El destinatario responde preguntando dónde y el funcionario escribe que en todos lados, empezando por la casa de quien él sabe. Lo que veo se vuelve verde como la máscara de la aplicación que usa el funcionario. Se vuelve verde y es el verde de la misma aplicación en el teléfono móvil del destinatario del mensaje. El destinatario es Chago. Chago que está junto a mí en una reunión. Chago que borra los mensajes del funcionario y continúa pendiente de lo que yo le digo a Manolo Padrón, el representante de los pequeños y medianos comerciantes locales. Me reconozco en esa reunión, escuchando sus reclamaciones, prometiéndole que tomaré buena nota, diciéndoles a Chago y a Pedro (solo para que Manolo me oiga) que habrá que analizar el asunto con detenimiento, antes de despedirme de Manolo, que se va contento con mi apretón de manos, con mi abrazo, con mis recuerdos a su mujer, acabando esa reunión que tuvimos el jueves, hace ya cuatro días, pero que estamos teniendo ahora y aún no ha comenzado. Y me veo después de la reunión en Casa Boro tomando el aperitivo con Chago. Y ahora me pregunto por qué Chago no me lo dijo, por qué no me dijo que el miércoles siguiente habría una entrada y registro. Pero me lo pregunto solo un momento, porque sé perfectamente por qué. Y lo veo luego, al atardecer, yendo a las casas baratas del barranco del Muerto, tocando en casa de Vicente, al que todos llaman Tente el Animal. Y Tente abre y es el tipo con la voz de ronero. El tipo al que nos hemos encontrado alguna vez por el pueblo y nos ha saludado, a mí con respeto y a él con familiaridad, porque es primo segundo suyo y ya vivía aquí antes de que Chago viniera a trabajar conmigo y se siente importante al tratar así en público a su primo de la capital, su primo el poderoso, su primo el Cachorro de Gabrielo, que míralo ahí, cómo ha hecho carrera, y por eso lo trata de ese modo confianzudo, como si así compartiera algo de su poder, algo de su importancia. Y entonces Tente y él fuman porros y hablan de cómo ha de hacer Tente lo que tiene que hacer. Y ya no quiero ni escuchar,

porque sé perfectamente qué es lo que ha de hacer, lo que hizo, lo que está haciendo Tente ahora mismo, junto con Rayco el Chino. Han saltado la tapia con sigilo y están esperando a que salga, ahí, agazapados, con un cuchillo y unas bridas y una bolsa de basura. Y tampoco me apetece meterme otra vez en casa con ellos, ver cómo me avasallan, cómo hurgan en mis cosas, cómo me dejan así en el sofá para que me muera. Prefiero ver lo que no vi, verlos salir corriendo, saltar nuevamente la tapia, coger la Derbi que han dejado apalancada fuera y arrancar a toda mecha hacia el pueblo, que atravesarán camino del pico Tenesor, no lejos de lo que fue la casa de abuelo, ese solar con unas ruinas a las que ya no va nunca nadie. No me interesa cómo repartirán el dinero, en qué se lo van a gastar. Lo sé, pero no me interesa. Prefiero ver a Chago haciendo la pantomima delante de la policía, delante de la gente de la ambulancia, delante del juez cuando llega para levantar el cadáver. Y hasta hay cosas que me hacen gracia. Me hace gracia, por ejemplo, ver el disgusto que se lleva la jueza Espinosa cuando se entera de lo mío. Su disgusto no es por mí, claro está: ella presume de cristiana, pero en realidad le da igual lo que me haya pasado. Es porque supone una contrariedad, porque las actuaciones judiciales se le han ido a la mierda, porque yo era su principal investigado y ahora tendrá que sobreseerlo todo o empezar de nuevo y construir otra causa, después de un año de trabajo y de emplearse a fondo. Y todo porque no sabe que tiene un topo en su propio juzgado, porque no sabe que uno de los oficiales de su secretario, el mismo oficial que imprime sus autos y que a veces es el encargado de trasladarlos a la policía o la Guardia Civil, es amigo de toda la vida de Chago, quien además le paga bien cuando hace falta. Pobre mujer. Pobre rubia teñida. Pobre pequeña tirana que tendrá que conseguir otro látigo, otra espalda que azotar. Un día le tocará azotar la espalda de Tente el Animal. Un día, exactamente dentro de cuatro años y veintitrés días, instruirá una causa contra Tente por robo con fuerza en las cosas y homicidio, más otro homicidio en grado de tentativa, y lo juzgará con severidad, dictando la sentencia más dura posible gracias al veredicto de un tribunal popular. Y ese día se irá a casa con la satisfacción del deber cumplido y lo celebrará tomándose

media botella de vino y haciéndose un dedo, porque su marido la habrá abandonado seis días antes. Pero prefiero volver a Chago y ver el chalé que se ha construido en las afueras del pueblo, no lejos de mi casa. Verlo ahí, en la piscina, con las dos chicas rubias que parecen hermanas gemelas pero no lo son, porque las hermanas no se comen la boca ni se meten mano, compartiéndose con el asesor del ayuntamiento, con el tal Chago, que no solo paga el chabolón y la priva y la coca, sino también sus servicios, que baratos no son. Ver cómo una de las chicas propone que vayan adentro, a la casa, al dormitorio, y cómo Chago responde que prefiere que se queden allí, que no hay vecinos y que, si los hubiera, le daría exactamente lo mismo, porque él hace siempre lo que quiere y la gente se la suda. Verlo tan seguro, tan contento, tan dueño de sí mismo. La verdad es que está mejor así que conmigo. Porque le va muy bien asesorando a Gladys. Gladys, que es alcaldesa y rige la ciudad como yo la regí durante años, como el Viejo la rigió antes de mí, como la regimos ahora, al mismo tiempo, el Viejo y Gladys y yo. Porque ahora es ahora. Y ahora Gladys hace los mismos chanchullos, vende las mismas contratas, acepta los mismos sobornos de siempre y algunos nuevos, como hice yo, como hago yo, como haré yo. Y veo a Gladys cenando con Pepe Juan y los niños en La Balalaika de Lara el último domingo de un mes de dentro de mucho tiempo, y excusándose para ir al baño. Y la veo encerrarse en el retrete y agacharse para meter la mano por detrás del váter y sacar su paquetito, su sobre envuelto en plástico, que va a parar al interior del bolso de Gucci que la empresa de los belgas le regaló en las últimas Navidades.

Así que había algo al otro lado. Pero no era ese paraíso en el que creía mi madre, ese lugar en el que nos encontramos con los muertos. Al contrario: lo que hay al otro lado es la posesión completa de la vida, la omnisciencia absoluta de lo que ocurre a los que están vivos, a los que un día vivirán, a los que alguna vez vivieron. Y esa omnisciencia dura solo un momento. Un momento que es ahora y es eterno y se sitúa, por tanto, fuera del cómputo del tiempo y el espacio. Por eso he visto a Gladys y a la jueza y a Tente y al oficial del juzgado y a Chago y a las dos chicas rubias que podrían ser gemelas pero no lo son. Porque lo veo todo y lo sé todo en esta eternidad hecha segundo. Sé a mi madre, a mi viejita, allá, en la residencia, dejando el puzle, apagando la radio y saliendo al jardín, sentándose en un banco junto a un anciano de aspecto pulcro y que lleva pintada la bondad en el rostro, charlando con él sobre lo bonitos que están los pensamientos del parterre de enfrente y la suerte que tienen de que en el jardín haya damas de noche, porque su olor los hace sentirse en casa. Sé que ese anciano, del que nunca me habló, es uno de sus consuelos y sé que ella se siente niña otra vez cuando piensa en ese ratito de cada día en el que conversa con él. Sé a Maru saliendo de dar clase en el colegio de la capital donde tiene plaza hace años, rodeada de viviendas de patronato y niños que serán mejores gracias a ella. Y la sé contenta pese al cansancio, pese a las pequeñas frustraciones, los problemas de presupuesto, la mala gestión. La sé satisfecha cuando tres críos pasan junto a ella mientras se mete en su coche y le dicen Hasta mañana, seño, con ese canturreo de los niños cuando están de buen humor. Sé a Andrés esperándola en casa con la comida hecha, contento de salir siempre un poco antes del trabajo para poder disfrutar de su compañía a la hora de almorzar. Los sé a ambos

comiendo y contándose cómo les ha ido el día, fregando juntos los platos antes de que él se vuelva a su oficina y ella descanse un poco para, al atardecer, antes de que él regrese, corregir trabajos durante un par de horas. Y la sé feliz con esa vida aunque ella no sepa que lo es. Como no sabe, no puede saberlo, que en ese mismo instante Yeray acaba de conocer a Maudy, una inglesita pelirroja que es la mujer con la que acabará viviendo y con la que acabará casándose en Leeds, de donde es ella, y que le dará tres nietos, dos niños y una niña. Y la niña se llamará María Eugenia, como su abuela, pero no le dirán Maru, le dirán Gini y será periodista. Y los niños, Ian y Álex, serán unos trastos, pero tendrán la misma risa alborotadora de Gabi, la risa franca y espontánea de Gabi, de Gabriel, de Yeyé, el hermano muerto de papá, de quien solo sabrán dentro de mucho. Y se criarán todos entre Yorkshire y Madrid, donde Yeray acabará destinado por la empresa en la que empezará a trabajar dentro de tres años, dos meses y diecisiete días, y sé que también él será feliz mientras los niños crecen y Maudy vuelve a su carrera y su madre va envejeciendo y recibiendo en su casa a su hijo, su nuera y sus nietos cada una de las épocas de vacaciones que no pasan en Leeds. Sé también a Yeray viéndose con frecuencia con su primo Alberto, que también vivirá en Madrid y que, después de sus años de promiscuidad, sentará la cabeza con David, un ingeniero algo mayor que él y de ánimo más templado. Y con David, Alberto vendrá con frecuencia a disfrutar de la casa que su tío Gabrielo les dejó en su testamento a los tres (a su primo Yeray, a su hermana y a él) con la única condición de que no la vendan ni alquilen, de que continúe ahí siempre para el disfrute de ellos y de sus hijos y de los hijos de sus hijos. Pero serán Alberto y David los únicos que la disfruten, porque Sonia vendrá muy poco a Canarias tras mudarse a Toulouse y hacer su vida allí como profesora de universidad, y cuando lo haga se quedará siempre en casa de su madre, mientras que Yeray, con su familia, vendrá solo a la capital, a casa de Maru y Andrés, porque San Expósito y Playa Siroco le traerán muy malos recuerdos: los de su hermano muerto, los de un padre enloquecido por la rabia, un padre a quien nadie pudo ni necesitó probarle nada para que todo el mundo supiese que era un corrupto, porque su propia y misteriosa

muerte atestiguó que lo era; un padre que acaso lo quería, pero que no supo demostrárselo más que dándole dinero. Y sé que un día, dentro de mucho, tendrá que explicárselo así a sus hijos, ya crecidos. Tendrá que afrontar sus preguntas en medio de una comida familiar y habrá de contarles eso y ellos entenderán por qué su padre no quiere disfrutar de esa casa en la que veranea el primo Alberto. Sé a los hijos de Yeray, a mis nietos, comprendiendo a su padre, pero sintiendo todavía más curiosidad por la figura de ese abuelo al que no conocieron. Y sé a la chica, a María Eugenia, a quien todos llaman Gini, sintiendo más curiosidad que ninguno, porque la curiosidad será su oficio. Y sé a María Eugenia, con casi treinta años, rebuscando en los archivos y en las hemerotecas para reconstruir la vida de ese abuelo oscuro, contradictorio y caciquil de quien procede la fortuna de su familia. Y sé que un día, entre las cosas que dejó su bisabuela, encontrará una foto tomada en los años sesenta. Sé a Gini, esa nieta periodista medio británica a la que jamás conoceré, tomando entre sus manos la vieja fotografía en blanco y negro, mirando las figuras austeras de la bisabuela Josefa y el bisabuelo Juan, un hombre hoscamente apuesto, posando ante su casita con los dos chiquillos de cabeza rapada y pantalones cortos que muestran rodillas flacas seguramente llenas de raspones. Sé que sabrá que uno de ellos es el tío abuelo Feluco, aquel que murió en un accidente. Pero también sé que se fijará en el otro, el más bajo, el que tiene un destello en la mirada que no tiene el resto de la familia, y sé que entenderá que ese era el brillo que les traería la desgracia a todos los que se le acercaran e incluso a sí mismo, porque la ambición brilla en los ojos y arruina cuanto toca. Sé todo eso porque ahora da para saberlo todo, para ir adelante y saber todo lo que ocurrirá. Pero también puedo volver y saber lo que ocurrió, ser memoria. He sido memoria desde que empecé a morirme. He estado dentro de este *time-lapse*, dentro de este tsunami cerebral desde que empecé a respirar el producto de mi propia respiración, desde que todo se convirtió en un infierno azul de asfixia. Pero ahora soy más memoria que nunca. Y la memoria es también infierno. En ese infierno están todos aquellos a los que un día hice mal o a quienes no supe hacer bien. Y este mundo, este país que

hemos ido hundiendo en la nada negra de la infamia. Yo y los que son, han sido o serán como yo. Y no solo nosotros, sino quienes permiten que seamos así, los que prefieren la injusticia al desorden, la paz al progreso, esos que prefieren dejarse engañar. Ese es el infierno que hemos edificado entre todos. Pero el infierno es, sobre todo, aquello que perdiste inevitablemente, aquello contra lo que nada pudiste hacer. El infierno es Gabi hundiéndose en esa otra nada negra que es el mar bajo su falso azul. Y Gabriel es un niño y un niño no es solo un niño, sino que es un futuro hecho potencia. Pero ese futuro nada es si ese niño está ahí, pidiendo auxilio mientras se ahoga en la nada negra que fingía ser azul, gritando y llorando y tragando agua hasta que deja de gritar o de llamar porque ya está hundido y a merced de la corriente que se lo lleva, que lo arrastra indiferente a sus gritos, indiferente a su llanto. El infierno es la lágrima de un niño haciéndose océano. La lágrima de un niño que murió hace muchos años. De un niño que se está muriendo ahora. Y ahora sé, porque ahora es el instante eterno de la omnisciencia, que una única cosa puede sacarnos de este océano de iniquidad, de esta realidad miserienta que hemos sabido corromper con crueldad minuciosa. Ahora lo sé inexplicable, ineluctablemente, ahora sé que solo una cosa no es infierno, que solo una cosa puede alborotar el mundo: la risa de un niño.

Barcelona, 2 de febrero de 2018 –
Las Palmas de Gran Canaria, enero de 2019

Debo dar las gracias por sus críticas y comentarios a Claudia Calva, Antonio Becerra, Nayra Pérez, Ella Sher, Estrella García Giráldez (cuyas pesadillas imagino plagadas de mis adverbios) y Thalía Rodríguez, quien, además de ser la primera lectora de *Un tío con una bolsa en la cabeza*, me aguantó los momentos de crisis durante el proceso de escritura y ejerció de *sparring* como solo ella sabe.

A lo largo de la novela se citan, directa o indirectamente, las obras de Rafael Chirbes, Juan Rulfo, John Berger, Descartes, David Foster Wallace, John Fowles, Cormac McCarthy, Nicolás Maquiavelo, Juan Gelman, Immanuel Kant, Ludwig Wittgenstein, Martin Heidegger, Adela Cortina, Marguerite Yourcenar, Baruch Spinoza, Federico J. Silva e Italo Calvino, además de los cantautores Rafael Amor y Javier Krahe. Creo oportuno consignar aquí esas deudas.

ALEXIS RAVELO

LOS NOMBRES PRESTADOS

Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2021

Reunido el Jurado calificador del Premio Café Gijón, compuesto por Rosa Regàs, Mercedes Monmany, Antonio Colinas, Marcos Giralt Torrente, José María Guelbenzu, en calidad de presidente, y actuando como secretaria Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones acuerdan por mayoría conceder el Premio Café Gijón 2021 a la novela *Los nombres prestados* presentada a concurso bajo el seudónimo Larsen. Abierta la correspondiente plica, el ganador resulta ser Alexis Ravelo.

Se trata de un *thriller* psicológico con una trama político-social protagonizado por una traductora que esconde un pasado terrorista y un excomisario que le ha seguido la pista durante años. La novela, muy bien estructurada, se sirve de un narrador omnisciente para abordar temas de fondo tan importantes como la identidad, el perdón, la redención, la evolución y la verdad.

Café Gijón, Madrid
20 de septiembre de 2021

ROSA REGÀS, MERCEDES MONMANY,
ANTONIO COLINAS, MARCOS GIRALT TORRENTE Y JOSÉ MARÍA GUELBENZU

Esta historia transcurre a mediados de los años ochenta del pasado siglo en Nidocuervo y San Expósito, lugares inventados situados en un país que sí existe.

UN CHICO, UNA MUJER, UN HOMBRE, UN PERRO

El perro surgió del bosque y se plantó en el camino.

El chico también se detuvo.

Pasaron unos segundos en los que no ocurrió nada. Después, el perro abrió la boca y contrajo los carrillos hasta mostrar los dientes.

Cualquier otro que no hubiese sido el chico habría huido o buscado un palo, una piedra, algo con lo que asustar al animal enorme y desconocido. Pero lo que él hizo fue acuclillarse y fijar la vista en el suelo, mordisqueándose el labio inferior en un ensayo de sonrisa. Entonces, el perro corrió hacia él moviendo el rabo y lo olisqueó. El chico le acarició la cabeza y el cuello, le hizo cosquillas detrás de las orejas. Cuando le dio el primer lametón en la cara, se dejó caer hasta quedar sentado, y el perro se puso a menear el rabo cada vez más deprisa mientras se le echaba encima para lambucearlo a sus anchas.

Así fue como empezó todo.

El chico se llamaba Abel y era diferente. Para darse cuenta bastaba con verle los andares, cómo se le perdía la mirada o la torpeza con la que, pese a su fuerza descomunal, cogía las bolsas cuando acompañaba a la mujer a las compras.

Solía ir vestido con un chándal de sintético azul marino siempre limpio, por lo cual se sospechaba que tenía varios iguales. Lo que no cambiaba jamás era la mochilita de nailon celeste en la que nadie del pueblo sabía exactamente qué llevaba.

Era persona de hábitos. Y el principal era caminar. Caminar sin tino ni destino desde la antigua casa de Clemente hasta la ermita, desde el barranco de las Lágrimas a las plataneras de la Condesa, desde el molino de Ginés hasta la carretera a San Expósito. Eso sí: nunca cruzaba el barranco que hacía de frontera al término municipal. Al llegar al cartel que lo indicaba, daba media vuelta y, si acaso, salía del arcén y se arrimaba al mirador del Charco para quedarse un rato contemplando, más allá de la desriscada, la ciudad que había nacido en torno al antiguo muelle pesquero y que en aquellos años comenzaba a crecer hacia el interior. Y, más allá, el brazo de mar que la separaba del continente, surcado por barcos de pequeño tonelaje, por el ferri, por alguna barquita de pesca. Luego regresaba con la misma prisa con la que había llegado, los pulgares enganchados en las correas de la mochila, los hombros encogidos, los pasos cortos y rápidos como si tuviera los tobillos atados con un hilo invisible.

Si se lo miraba de lejos, parecía un hombre más que un adolescente, pero visto de cerca resultaba fácil adivinar que su mente pertenecía, más que a un adolescente, a un niño. Su cuerpo era grande y robusto. Demasiado grande y demasiado robusto. Eso acentuaba su expresión infantil, la imberbe cara de luna en medio de

la cabezota de cabello rubianco y lacio, la nariz desproporcionadamente pequeña y la boca de dientes algo torcidos que, cuando se ponía nervioso, mordisqueaban el labio inferior. Aun así, siempre se adivinaba en aquellos labios un atisbo de sonrisa, quizá porque una de las creencias que la mujer le había inculcado era esta: las sonrisas son llaves que abren todas las puertas.

Aquella sonrisa llave maestra era la que enarbolaba cuando hacía algún recado para la mujer en la ferretería o en lo de Rita. Eso ocurría dos o tres veces a la semana. Entraba en el establecimiento y se situaba en un rincón, sonriendo y mirando a las paredes o al suelo hasta que le tocaba la vez. Entonces ponía sobre el mostrador un papel doblado en cuatro donde la mujer había anotado nombres y cantidades y que envolvía el billete con el que habría de pagar. Siempre eran cosas chicas: un puñado de tachas, un bote de cola, unas ramas de canela o doscientos gramos de jamón, productos de poco valor y menos importancia, como si, más que necesitarlos, la mujer los utilizara como excusa para mantener ocupado al chico. Luego, metía la compra y las vueltas en su mochilita y se marchaba.

Todo el mundo daba por hecho que la mujer y el chico eran madre e hijo. Ella parecía tener edad suficiente para haberlo parido y, en cuanto a él, nadie sabía exactamente cuántos años tenía.

No habían nacido en Nidocuervo, pero ya formaban parte del paisaje, como el bar de Emilia o el surtidor. Llegaron sin ruido, confundidos entre los turistas que cada verano alquilaban casas en la zona, y, tras una rápida mudanza, se instalaron en la antigua casa de Clemente (a quien solo los más viejos recordaban haber conocido), una construcción terrera y oblonga reciamente levantada con piedra y cal, la última antes de llegar a las faldas del pico Encarnado, que disponía de un par de gavias de terreno cultivable. Aquella tierra era fértil, y la mujer dedicaba sus ratos libres a trabajarla. En una de las gavias plantó un pequeño huerto. En la otra siempre había habido frutales y allí siguieron, con los mismos cuidados que los ancianos recomiendan desde que el mundo es mundo: regar, abonar, podar y rezar. Estaba claro que la mujer lo hacía más bien por entretenerse y, acaso, por inculcar en el chico cierto sentido de la responsabilidad. De cualquier manera, no podía ser su ocupación principal, pues el terrenito apenas habría dado para el consumo de una familia y a ellos no parecía faltarles de nada. Así que la mujer debía de disponer de alguna fuente de ingresos regulares, aunque al principio nadie sabía exactamente cuál.

Lo que sí estaba claro era que no se asemejaba a ninguna de las mujeres de Nidocuervo. Respondía al nombre de Marta Ferrer, pero, a sus espaldas, casi todos la llamaban la Colorada, no solo porque vivía en pico Encarnado, sino por la melena de rizos ingobernables del color de la arcilla recién mezclada. Era amable y reservada, con ese tipo de seguridad que dan los estudios universitarios, la sofisticación urbana, el hecho evidente de haber visto mundo. Ese

carácter, al principio, fue interpretado como soberbia por la gente del pueblo; ella supo cambiar esa opinión prodigando sonrisas, regalando frascos de mermelada casera y llevando a casa en su Ebro Siata a viejitas que habían calculado mal sus fuerzas a la hora de hacer la compra. Y no tardó en ganarse la confianza de Rita, de Emilia y de don Andrés, que se sintieron privilegiados por su amistad y le fueron apañando las relaciones públicas, cada uno desde su lado del prestigio. Así, poco a poco, Nidocuervo se acostumbró a su cara lavada, su melena de rizos salvajes, sus pantalones vaqueros y sus camisas de leñador, todas aquellas cosas que podrían haberle dado una apariencia menos femenina y que, paradójicamente, la hacían inolvidable.

Por supuesto, cuando comenzó a aparecer por los comercios de la plaza, algunos se preguntaron por qué una mujer que parecía educada y de posibles había venido a vivir a uno de esos sitios de los que la gente tiende más bien a marcharse. Pero alguien se la encontró un día en San Expósito, recogiendo al chico a las puertas de la escuela especial, y no tardaron en entender que ese debía de ser el motivo, porque se sabía que aquella escuela era buena para chicos como él. Tan buena que su fama sobrepasaba los límites de la comarca.

También, y en relación con el chico, se especuló mucho sobre su estado civil. Los biempensantes quisieron creerla viuda. No obstante, ya hacía unos años que se había aprobado la Ley del Divorcio y, como dijo Blas una tarde desde detrás de su vaso de ron, por buena que estuviese la Colorada, era normal que, con un crío así de por medio, el padre hubiera salido por patas dejándole el paquete. ¿Quién lo habría culpado de no querer comerse aquel marrón? Por supuesto, la Emilia lo mandó callar, pero nadie se tomó la molestia de contradecirlo.

De sus paseos vespertinos, el chico era capaz de regresar con los objetos más insospechados: pétalos de buganvilla, hojas, trocitos de cristal tallados por los elementos, el caparazón de una cucaracha devorada por las hormigas, una piedra cuya forma le había recordado al pelo de la mujer, ramitas que hacían una cruz, caracoles resecos o semillas caídas de los árboles de la vereda. Esas eran las cosas con las que iba llenando aquella mochilita de nailon que vaciaba luego en el cajón de su mesa de noche. Allí era donde guardaba lo que él llamaba «la colección».

De ordinario, Marta lo dejaba hacer y, a la mañana siguiente, mientras él estaba en la escuela especial, vaciaba el cajón, aunque nunca del todo: siempre dejaba una piedra, un trozo de madera o una concha para que al chico no le doliese la ausencia.

Sin embargo, en cierta ocasión ocurrió algo desagradable: una mañana, al revisar el cajón, la mujer se encontró el cadáver de un pájaro depositado sobre un lecho de hojas de eucalipto. Ella no entendía de aves, no habría sabido decir si se trataba de un ruiseñor, un jilguero o un gorrión, pero ahí, patas arriba, estaba el pobre pajarillo de plumaje parduzco, con el pecho anaranjado buscando un cielo que ya no volvería a surcar, la cabecita orientada hacia un lado, las alas desplegadas como si un dios caprichoso lo hubiese petrificado en pleno vuelo.

La mujer pensó largamente en cómo abordaría el asunto. Al chico le conocía las mañas, los tiempos, el temperamento. No quería agobiarlo pero debía hacer algo.

A mediodía, cuando fue a recogerlo, obvió el asunto. Como siempre, le preguntó qué había hecho en el centro. También como siempre, él desplegó su anecdotario, que ese día incluía plastilina, la figurita de una pastora, un cuenco que Tito le había chafado a

Verónica.

Tampoco sacó el tema durante el almuerzo. No lo hizo hasta después, hasta que hubieron lavado y secado los platos (la rutina, el orden y la asignación de tareas eran importantes para el chico y por eso siempre lo hacían juntos: ella lavaba y él secaba y colocaba la loza en el aparador), hasta que se hubieron lavado las manos, la cara y los dientes. Entonces fue cuando ella lo llamó por su nombre y le dijo que la acompañara al huerto. El chico, que tenía aprendido lo que significaba aquel tono, la siguió con gravedad hasta un rincón sin cultivar del bancal de los calabacines, donde la mujer había colocado una banqueta. Sobre esta, encima de una hoja de periódico, había un par de guantes, una cuchara de plantar y un pajarillo muerto.

Marta esperó a que Abel comprendiese sucesivamente que aquello no era usual, que había algo que no estaba en su sitio y que lo que no estaba en su sitio era el cuerpecito del ave. Él lo había dejado la tarde antes en el cajón de la mesilla de noche donde guardaba la colección y ahora estaba ahí, sobre el periódico. Al adivinar en el rostro del chico la confusión y la inquietud, que él siempre expresaba mordisqueándose el labio sin dejar de sonreír, le dijo:

—¿Sabes qué es esto, Abel?

—Un pájaro.

—¿Un pájaro?

—Un pájaro.

—¿Y de dónde salió?

—Del cajón.

—Del cajón —repitió ella, asintiendo—. ¿Y antes?

Abel pensó un poco. Luego respondió:

—De mi mochila.

—De tu mochila. ¿Y antes?

—Del camino.

—Del camino. Bien, ¿de qué parte del camino?

—De abajo. De donde los perros grandes.

—¿De las fincas?

—Sí.

—¿Y ya estaba muerto cuando lo encontraste?

Abel guardó silencio. Solo en ese instante pareció darse cuenta de que el pájaro era un pájaro muerto. Marta repitió la pregunta:

—¿Estaba muerto cuando lo encontraste?

—Sí —dijo Abel.

Ella se sintió aliviada por el hecho de que no hubiese sido Abel quien lo había matado. De esto último ahora ya no tenía dudas, porque el chico podía olvidar las cosas o callárselas, pero jamás mentía a una pregunta directa.

—Muy bien —dijo—. Tranquilo, no pasa nada, cariño. Pero el pajarito está muerto.

—Muerto —repitió él, como hacía cuando sabía que debía aprender algo.

—Y tú lo metiste en el cajón como si fuera una piedra.

—Sí. Lo junté en la colección. Como las ramas y las piedras.

—Eso es. Pero no es una piedra. Es un pájaro muerto. No es como una piedra, ¿entiendes? Este pájaro era un ser vivo.

—¿Y ahora es un ser vivo?

—No. Ahora ya no está vivo. Está muerto.

—Como una piedra.

Marta amplió su sonrisa e intentó explicárselo.

—Sí, pero no es lo mismo. La piedra nunca ha tenido vida. Siempre ha estado muerta. El pájaro no. El pájaro, antes, estaba vivo. Volaba, comía, cantaba. Pero luego se murió. Y no lo puedes tratar igual que tratamos a las cosas que no tienen vida.

—Pero no tiene vida.

—No, pero la tuvo.

El chico se quedó pensando. No terminaba de comprender. La mujer sabía que, llegados a ese punto, se imponía crear una norma que le sirviese al chico para guiarse.

—A partir de ahora, solo puedes añadir a la colección cosas que nunca hayan estado vivas.

—Cosas que nunca hayan estado vivas —repitió el chico.

—Muy bien —dijo ella entregándole los guantes—. Y ahora, vamos a enterrar al pajarito.

—¿Enterrarlo?

—Sí. Eso es lo que hay que hacer cuando un ser vivo deja de estar

vivo: hay que enterrarlo. Anda, ponte los guantes. Lo harás tú, que cavas muy bien.

Siguiendo las indicaciones de la mujer, el chico cavó un hoyo, depositó el cuerpecito en el fondo, lo tapó con la tierra suelta y la aplanó. Luego le preguntó si debían regarlo y ella, reprimiendo una risita, le dijo que no, que no era necesario. Aunque, si quería, estaría bien plantar sobre él alguna planta bonita.

—¿Por qué? —preguntó el chico.

—Si estuviese vivo, seguro que al pájaro le gustaría estar en un sitio lindo, con flores.

Esa tarde continuaron con su rutina habitual: ella volvió al estudio y Abel salió a su paseo, volvió con anécdotas y objetos, merendó y se puso a trabajar un rato en el huerto. Al anochecer, cuando ella salió al patio trasero para fumar un cigarrillo antes de preparar la cena, descubrió que faltaba una maceta en el porche, mientras que allá donde habían enterrado al pajarillo había unas gerberas.

Detrás del perro vino el hombre. El chico tampoco lo vio llegar, pero debió de salir de entre los mismos matorrales y, entretenido en los jugueteos con el animal, él no se percató de su presencia hasta que lo oyó llamar:

—¡Roco! ¡Aquí!

El perro atendió enseguida y corrió a sentarse junto a su dueño, aunque continuó sin quitar ojo al chico con la mirada brillante y la lengua fuera.

Intimidado por la presencia del desconocido, el chico se levantó. El hombre constató su inquietud y decidió no moverse de donde estaba, mantener aquella distancia respetuosa, inspirar confianza sacándose la mano del bolsillo y rascándose la nuca, sonriendo. No era demasiado alto, pero sí cargado de espaldas. El pelo lo había ido abandonando hasta despejarle la frente, salvo por unos cabellos frágiles y unas gruesas patillas que acentuaban aquella alopecia. El bigote negro recortado con precisión intentaba sin éxito disimular la prominencia de su nariz, y las cejas pobladas enmarcaban unos ojos oscuros y brillantes.

—Roco es muy juguetón. Espero que no te haya asustado —dijo.

Abel fingió no reparar en él. Se mordisqueó una y otra vez el labio a la vez que se sacudía el polvo del chándal. Luego dio media vuelta y regresó hacia el pueblo, mientras la voz del hombre, que lo llamaba y le preguntaba si se encontraba bien, se hacía cada vez más lejana.

El hombre, finalmente, se calló, se encogió de hombros y volvió a internarse en la espesura. El perro lo siguió.

Esa tarde, ella trabajaba cuando el chico entró en el estudio y ocupó el silloncito que le estaba reservado para leer tebeos. El estudio era amplio y el escritorio estaba situado de espaldas a la puerta, frente a un gran ventanal que daba a la carretera. La mujer no se volvió hacia el chico, pero levantó la vista al ventanal y dijo:

—Qué temprano vienes hoy. ¿Te aburriste en el paseo?

El chico guardó silencio y la mujer repitió la pregunta. Sabía que en ocasiones había que insistir para atraer su atención. Como tampoco contestó esta vez, se giró y observó cómo movía la cabeza arriba y abajo. Hacía eso cuando algo lo alteraba. Así que la mujer se puso en pie, llegó hasta él y se agachó.

—¿Qué te pasa, Abel? ¿Te ha ocurrido algo?

Aún le quedaba polvo del camino en el pantalón del chándal y ella se lo sacudió varias veces, con suavidad, mientras le preguntaba de nuevo.

—Vi un perro —dijo el chico al fin, sin dejar de balancearse.

El rostro de la mujer se iluminó un instante. Sabía que le tocaba hacerse la sorprendida, comenzar a preguntarle para jugar a uno de los juegos favoritos de Abel.

—¿Ah, sí? ¿Viste un perro?

—Sí.

—¿Un perro pequeñito?

—No.

—¿Un perro grande?

—Sí.

—¿Un perro blanco?

—No.

—¿Un perro… marrón?

—No.

—¿Un perro… ¡verde!?

—¡No!

Ambos se rieron y entonces, con la risa, se acabó la partida, como siempre. También cesó el balanceo convulsivo del chico.

—Negro. Un perro negro —dijo.

—¿Y dónde estaba el perro?

—Por ahí.

—¿Y te ladró?

—No. Me lambió.

—Te lamió. Se dice «me la-mió».

El chico miró al techo, como siempre que memorizaba una enseñanza de Marta. Marta sabía mucho y, cuando lo tomaba por los hombros y lo miraba a la cara para enseñarle algo, él sabía que debía intentar memorizarlo.

—Me la-mió —repitió.

—Muy bien. Te lamió.

—Y jugó conmigo.

—Qué bien. ¿Y luego?

—Vino un señor y lo llamó. Se llamaba Roco.

—¿El señor?

—No, tonta. El perro.

—¿Y cómo se llamaba el señor?

—No lo sé.

—¿No lo conocías? Al señor ¿no lo conocías?

El chico negó con la cabeza.

—¿No era del pueblo?

Abel volvió a negar. Marta perdió la sonrisa. Aún no estaba segura de si debía inquietarse, pero no le pareció cosa de poca importancia:

—¿Cómo era el señor?

—No sé bien. Mayor. Calvo. Tenía bigote.

—¿Te habló?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—No me acuerdo.

—¿Y tú hiciste lo que yo te tengo dicho?

—Sí.

—¿Y qué es lo que te tengo dicho?

—Que no hable con desconocidos.

—¿Y…?

—Que si un desconocido me quiere hablar, me dé la vuelta y corra pa casa.

—Pa-ra casa.

—Para casa.

—Eso es, mi amor: para casa.

—Para casa.

El chico se quedó mirando al techo. La mujer, aún en cuclillas ante él, le acariciaba los hombros y lo miraba a la cara, pensando en quién podría ser el individuo del perro. Se aproximaba el verano. El del perro podía ser un turista. A fin de cuentas, llevaban ya bastante tiempo allí. Lo más probable era que se hubieran olvidado de ellos. De ella. Seguro que tenían asuntos más urgentes de los que ocuparse. Así que dio una última sacudida al chándal y se puso en pie.

—Anda, que te has puesto bonito de tierra. Venga, marchando a la ducha, guarrete. Luego merendamos.

Abel salió del estudio y recorrió el pasillo hasta el cuarto de baño. La mujer aprovechó para cambiar el disco, que se había terminado poco antes de la llegada del chico, y volvió al escritorio. Mientras él se duchaba, podía trabajar un poco más. Decidió que no tenía por qué preocuparse. El desconocido del perro tenía que ser un turista. Sí, eso era: un turista.

El hombre no era un turista. Decía llamarse Tomás Laguna y había alquilado, a través de una inmobiliaria de Los Álamos, la antigua casa de los guardeses de la finca de la Condesa. Él y su perro habían desembarcado del ferri en San Expósito a bordo de un Jimny azul y ascendido por la carretera de Nidocuervo como si la conocieran de toda la vida. Tampoco existía mucha posibilidad de perderse: la casa era la primera del pueblo si se venía desde la costa, la que se encontraba a la derecha en la intersección con una pista que se internaba en las plataneras.

Al llegar, Laguna comprobó que todo estaba en orden, revisó el agua corriente y la electricidad, exploró el patio trasero, donde había una pileta y un gallinero abandonado. Una valla de un metro de altura lo separaba simbólicamente de un camino real. Se le ocurrió que estaba muy expuesto, pero después pensó que no tenía nada que temer. Volvió a la parte delantera y se sentó un rato en el porche, fumando un cigarrillo, haciéndose al sitio mientras Roco inspeccionaba los alrededores. El poyo de piedra estaba a cubierto, no era incómodo y ofrecía una vista perfecta de la carretera. Compraría una mesita de *camping* y la pondría allí. Sería un buen puesto de vigilancia.

Apagó el cigarrillo en un macetero donde agonizaba un geranio y comenzó a sacar del vehículo los pocos bultos que constituían su equipaje.

La primera vez que Marta Ferrer vio a Tomás Laguna fue al día siguiente del encuentro de Abel con Roco. Ocurrió por la mañana temprano, cuando llevaba al chico a la escuela. Al salir del pueblo y mirar a su izquierda descubrió varias cosas al mismo tiempo: que alguien estaba viviendo en la casa de los guardeses, que tenía un todoterreno azul y un perrazo negro, y que ese alguien tenía que ser el hombre a quien había visto Abel, porque, sentado en el porche de la casa, había un tipo de cabello escaso y bigote negro que miraba a la carretera. No pudo ver más en ese momento, aunque el chico, desde el asiento del copiloto, confirmó el descubrimiento al señalar al perro, gritando:

—¡Mira! ¡Es Roco!

La mujer no detuvo la furgoneta. Siguió camino, pero preguntó al chico:

—¿Ese era Roco?

—Sí.

—¿Y ese era el hombre que viste ayer?

—Sí.

No preguntó nada más. Prosiguió con su rutina diaria: dejó a Abel en la escuela especial, fue a la oficina de correos y a la papelería antes de regresar a casa para trabajar hasta que se hiciese la hora de recoger al chico. Al pasar de nuevo ante la casa de los guardeses, ralentizó un poco la marcha. El hombre continuaba allí sentado, fumando, con un libro en las manos. Levantó la cabeza al oír el motor y la miró. Ella pitó a modo de saludo y continuó.

Durante el resto de la mañana le costó concentrarse. Pensaba en el perro, en el todoterreno, cuya matrícula había olvidado anotar, en el hombre tranquilo concentrado en el libro, pero tan atento a la carretera.

A mediodía, cuando bajó para traer al chico, no estaban ni el hombre ni el perro.

En uno de sus primeros paseos por Nidocuervo, Tomás Laguna se acercó al cementerio y se entretuvo un buen rato leyendo las inscripciones de las lápidas. Luego volvió sobre sus pasos y rodeó la ermita de San Agustín, contemplando los sobrios muros de piedra, el techo en bóveda, la pequeña campana de bronce que no se elevaba más de ocho metros del suelo. Le echó un último vistazo a la doble puerta de madera antes de subir la calle del Responso para regresar al casco. Don Andrés, sentado en un murete que había en la esquina, lo había estado observando y aprovechó que Roco se le acercaba para saludar al recién llegado.

—¿Quería ver la ermita por dentro? —le preguntó.

—Curioseaba, más bien.

—Aún se oficia, ¿sabe? —dijo don Andrés señalando el pequeño templo.

—¿De verdad?

—Una vez a la semana. Los sábados por la tarde. Viene un cura para confesar y decir misa. Para la gente mayor y la que no puede desplazarse a San Expósito.

—No está de más saberlo —dijo Laguna—. Igual me acerco este sábado.

—De todos modos, si quiere ver la ermita, yo se la enseño —dijo don Andrés sacándose del bolsillo un manojo de llaves—. Da la casualidad de que hago las veces de sacristán.

No esperó una respuesta a su ofrecimiento. Simplemente, empezó a bajar la calle hacia la ermita. Tomás lo siguió.

—En realidad, no hay mucho que ver. Ya vio cómo es por fuera: no es una joya arquitectónica, que digamos —comentó mientras encontraba la llave adecuada y la introducía en la cerradura.

—Bueno, será austera, pero tiene su belleza —dijo Laguna—.

Además, no es la arquitectura lo que me interesa.

Don Andrés ya había abierto la puerta y se quedó mirándolo con las cejas enarcadas.

—Ah, entonces, lo que le interesa es la fe.

Tomás Laguna asintió. Pensó, pero no dijo, que, aunque él no lo habría expresado así, era esa la forma más exacta de hacerlo. El viejo sonrió y, con un gesto de la mano, le franqueó el paso.

—Pues ha venido al lugar adecuado —dijo al mismo tiempo—. Esto es tan pequeñito que aquí solo cabe la fe.

Laguna no supo si se refería a la ermita o al pueblo entero. Estuvo a punto de preguntárselo pero no lo hizo. Tomó el camino que se le indicaba y enseguida se encontró en la penumbra del templo. Cuatro banquitos ofrecían espacio para diez, acaso quince personas. Calculó que, de pie, bien organizadas, cabrían otras diez más. A la derecha de la entrada, había un pequeño confesionario. Enfrente, una pila de agua bendita hecha de la piedra gris que abundaba en las casas de la zona. Avanzó hacia el altar, presidido por un crucifijo de madera donde expiraba un cristo de bronce. A un lado, había una imagen de san Agustín. Al otro, una talla de la Virgen de Coromoto. El sacristán en funciones no había mentido: el interior era de una sencillez devastadora.

Y, sin embargo, la ermita resultaba acogedora. Dios prefiere los rincones humildes, solía decirle Carmela. Al recordar esto, Laguna reparó en que el viejo no había entrado tras él: se había quedado fuera y ahora, a través de la puerta, lo vio agachado, haciéndole cariños a Roco. El hombre le regaló una mirada fugaz y luego le dio la espalda, concediéndole un permiso tácito, una implícita intimidad. Tomás Laguna comprendió: se persignó, se arrodilló ante uno de los bancos y rezó.

Cuando salió y le dio las gracias, el anciano se presentó como Andrés Luján Domínguez.

—Practicante, alcalde pedáneo de Nidocuervo y sacristán cuando hace falta —añadió, con cierta sorna.

—Tomás Laguna. Corredor de seguros jubilado.

—¿Tan pronto?

—Una retirada a tiempo es una victoria.

—Así que no está jubilado, sino jubiloso. Suerte la suya.

Sin consultarse, habían echado a andar hacia el pueblo.

—¿Vino de vacaciones? —preguntó don Andrés.

—A quedarme un tiempo. Para ver qué tal me va. Alquilé una casa que hay a la entrada del pueblo.

—La de los guardeses.

—Esa.

—Pero ¿cómo es que eligió Nidocuervo?

Tomás Laguna se encogió de hombros:

—No sé. Lo que quería era un sitio tranquilo. De lo que me ofrecieron en la inmobiliaria, era lo que mejor me venía.

Don Andrés hizo un mohín de sorpresa. Pero solo comentó:

—Bueno, si lo que busca es tranquilidad, dio con el sitio adecuado.

Más tarde, compartiendo un café con gotas en el bar de Emilia, don Andrés le contó a Laguna que la casa que él había alquilado era, como la ermita, un vestigio de otros tiempos que no volverían. No sabía si mejores o peores, pero tiempos idos al fin, aquellos en los que la Condesa y su familia hacían y deshacían, no solo en Nidocuervo, sino en la mitad de la comarca. Las plataneras se mantenían, pero las explotaba la empresa a la que la Condesa las había vendido antes de mudarse al continente. Ahora daba poco empleo fijo. La plantilla estable era una cuadrilla pequeña que se ocupaba de podas, trasplantes y fumigaciones. El invento del riego por goteo permitía que un solo hombre controlara el agua de toda la plantación. Cuando apretaba la demanda y no daban abasto, traían aparceros de fuera para unos cuantos días. Pero eso era todo, salvo un par de arrendatarios que habían continuado manteniendo sus fincas en las afueras del pueblo. Por eso los jóvenes se habían ido marchando a San Expósito o a Los Álamos, a trabajar en la hostelería o la construcción. Claro que subían a Nidocuervo, los menos descastados, los fines de semana, por Pascua o en verano, para visitar a los padres o para que estos pudieran disfrutar de los nietos.

—Por eso —añadió don Andrés señalando a la plaza desierta— el sábado o el domingo podrá ver a algún chiquillo correteando por ahí. Pero, que yo recuerde, en esa ermita que vio usted no se bautiza a nadie desde el año del Mundial.

Tomás Laguna, acodado junto a él en la barra, miró hacia la plaza.

—Eso no me viene mal —comentó—. Lo que busco es precisamente un sitio donde envejecer tranquilo.

—Aquí nos dedicamos sobre todo a eso: a hacernos viejos.

Tras decir esto, don Andrés intercambió una mirada de complicidad

con Emilia, que los había estado escuchando mientras repasaba vasos.

—Hable por usted, don Andrés —dijo ella con socarronería—. Que algunas estamos en la flor de la vida, oiga.

Tomás Laguna se fijó por primera vez en la mujerona y le calculó unos cuarenta y tantos bien despachados.

—Es verdad, mi hija —concedió el alcalde pedáneo—. Tú estás mocita todavía.

—Para unos cuantos bailes doy, no me diga que no —dijo Emilia agitándose en un par de meneos de cadera como si alguien hubiese empezado de pronto a tocar una cumbia.

Ambos se rieron y Laguna se permitió esbozar al menos una sonrisa.

Como el roce hace el cariño, Tomás Laguna procuró rozarse todo lo posible durante sus primeras semanas en Nidocuervo. Ni era ingenioso ni particularmente locuaz, pero nunca se ahorraba una sonrisa, un gesto amable, un ademán cordial. Y no dejaba pasar un día sin acercarse al bar de Emilia para invitar o dejarse invitar a algo, hacer un poco de tertulia, jugarse unos cuantos duros al dominó con don Andrés y algún otro de los habituales. No desdeñaba charlar con Blas y los otros hombres de su edad, aunque prefería la compañía de los ancianos, entre los que parecía sentirse más a gusto. Las compras las hacía, siempre que podía, en el pueblo, o, si lo que necesitaba no podía encontrarlo allí, pedía consejo sobre a qué comercio de San Expósito dirigirse para conseguirlo. Por lo demás, podía vérsele recorriendo el monte con Roco por los caminos vecinales, los escarpes esforzados, los lentiscales y la laurisilva o, incluso, los secarrales interminables de los campos abandonados que morían de hambre, de sed, de olvido.

No faltaba nunca a misa. Cada sábado ocupaba un lugar en el último banco, entre los dos o tres matrimonios mayores y las cuatro viejitas que solían acudir al servicio.

A don Santiago, el párroco, le extrañaba que Laguna no comulgara, que jamás se confesase. Sin embargo, se cuidó mucho de preguntarle por qué no lo hacía. Era uno de esos curitas jóvenes que visten de seglar y se dejan crecer el pelo más de la cuenta. Se acercaba a oficiar cada semana en una Vespa de segunda o tercera mano y hacía tertulia en lo de Emilia tras la misa. Para él, lo importante era que el nuevo vecino se había acercado a la parroquia. Ya se acercaría al confesionario y al altar cuando estuviese preparado. Al fin y al cabo, no estaba el negocio de la fe como para andar espantando a los feligreses con preguntas

incómodas.

Marta Ferrer no iba a misa, pero solía ver al recién llegado leyendo en el porche o se lo encontraba por los caminos, siempre acompañado por el perrazo negro y manso. Además, alguna vez vio el Jimny azul en San Expósito, estacionado cerca de la biblioteca municipal o del barrio donde estaban las librerías. Eso le inspiraba simpatía. Los libros que leía el hombre cada mañana parecían baratos y muy usados. Al pasar con el coche, nunca alcanzaba a leer el título de ninguno, aunque sí llegó a reconocer, por los colores de las tapas, alguna de las colecciones de bolsillo que reeditaban clásicos o introducían títulos vetados durante años en el país. Ella misma había trabajado para una de aquellas editoriales, que incluía en su catálogo a autores franceses y belgas. Pero sus trabajos de traducción los firmaba solo con sus iniciales, y los anteriores, los pocos que había hecho antes de romper con todo, probablemente estaban ya descatalogados. Paula Artigas, que era quien le conseguía aquellos encargos, era la única que sabía quién era ahora y quién había sido antes. Y nunca la habría traicionado.

La primera vez que hablaron fue en la tienda de Rita. Ella y Abel estaban a punto de irse cuando el chico descubrió a Roco ante el establecimiento. Soltó las bolsas y salió a la carrera para acariciar al perro, que lo saludó meneando el rabo.

La mujer, en el umbral del comercio, recogió las bolsas del chico y se detuvo un momento a mirar la escena: Abel abrazado al perro lambución y el hombre, frente a ellos, contemplándolos con actitud benévola. Cuando Tomás Laguna le sonrió, ella le devolvió el gesto por cortesía. Se dieron las buenas tardes y el hombre comentó algo sobre lo bien que se llevaban el perro y el chico. Ella dijo que era cierto que se llevaban muy bien y que también era raro, porque a Abel no siempre le gustaban los animales.

—A veces le dan respeto —añadió.

—Roco es poco respetable —bromeó Laguna, y ambos rieron.

Solo entonces reparó el chico en la presencia del desconocido. Se puso en pie, muy serio, y miró alternativamente al hombre y a la pelirroja, esperando su permiso. Marta, con un asentimiento, se lo concedió y él volvió a abrazar y acariciar al perrazo.

—Le tengo dicho que no hable con desconocidos —explicó ella.

—Hace usted bien.

A continuación se presentó, tendiéndole la mano con ademanes algo anticuados, a los que ella correspondió. Marta comentó que lo había visto en el porche de su casa, leyendo. El hombre señaló la Siata beis, que ella había dejado aparcada junto a la tienda.

—Claro: es usted la que pasa por las mañanas. —La Colorada asintió y él observó aquel rostro que había visto docenas, quizá un centenar de veces antes de ese día. Lo escrutó con detenimiento para comprobar semejanzas y diferencias, permanencias y cambios. Y la piel se le erizó al reparar en el hecho de que por fin la tenía ahí,

en persona, tan cerca. Sin embargo, la pelirroja no se percató de nada, porque el hombre era de los que sabían resultar impenetrables —. Ese porche me da la felicidad. Después de pasarse uno la vida viviendo en bloques de pisos, no sabe usted lo que es eso.

—Sí que lo sé. Nosotros también vinimos hace poco. Hará un par de años este verano.

—¿Desde dónde?

—¿Perdón?

—Desde dónde vinieron, quiero decir.

—Ah, pues desde un montón de sitios. Me costó encontrar un buen lugar para él —dijo. Señaló con la mirada al chico, que ahora corría de un lado a otro de la plaza con el perro detrás.

—Comprendo —dijo Laguna antes de aproximarse a la puerta del comercio—. Bueno, encantado de conocerla, Marta. Y ya sabe dónde me tiene para cualquier cosa que necesiten.

Volvieron a sonreírse. Ella se dirigió a la furgoneta llamando al chico. El hombre, desde el vano de la puerta, también llamó a Roco. Ambos se separaron con desgana. Cuando Abel entró en el vehículo, el perro se quedó sentado a la puerta de la tienda, mirándolo con nostalgia. Mientras la camioneta arrancaba y tomaba la salida del pueblo, Tomás le dio una palmadita en la cabeza al animal diciéndole:

—Tranquilo, Roco. Lo volverás a ver.

Roco no era el único perro en Nidocuervo. Casi todas las fincas de las afueras estaban guardadas por presas, dogos, pastores alemanes o *rottweilers*, perrazos enormes y brutales que atemorizaban al chico cuando se lanzaban contra las verjas a su paso. Y Paco el Tuerto, que cazaba, tenía siempre cuatro o cinco podencos dormitando en el patio delantero o metidos en un remolque que acoplaba a su coche en cuanto se abría la veda. Además, algunas de las viejitas que vivían en el casco tenían chuchos pequeños o medianos, con ojos saltones y dientes desordenados. El de seña Marusela, por ejemplo, era un mil leches de pelo áspero y marrón que miraba a Abel con dos boliches negros que parecían a punto de saltársele de las órbitas en cualquier momento. Y el de Ma Carmita, una especie de chihuahua negro y nervioso, se ponía a ladrar como un loco nada más verlo.

Roco era distinto a todos aquellos perros. Por eso, ahora que Tomás Laguna no era un desconocido, Abel tomó la costumbre de llegarse en sus paseos hasta la casa de los guardeses o, si el hombre y el perro no estaban allí, caminar hacia las zonas donde sospechaba que pudiesen encontrarse. A veces daba con ellos y entonces Laguna se sentaba por ahí a echar un cigarrito para dejarlos jugar un rato. En algunas ocasiones sucedía en el pueblo. En otras, en medio del campo o de un camino vecinal. Pero siempre aguardaba a que el chico y el perro jugaran hasta que uno u otro se cansase.

Roco sabía muchos trucos y Tomás Laguna se los fue mostrando encuentro a encuentro. Podía sentarse y dar ambas patas, alternativamente. Podía señalar la mano en la que se escondía una golosina sin equivocarse jamás. Podía tumbarse, hacerse el muerto, ponerse a dos patas y arañar el aire hasta que se le ordenaba volver

a sentarse. Lo que más le gustaba a Abel era arrojarle un palo lo más lejos posible. Roco corría a buscarlo y regresaba con él entre los dientes, lo ponía a sus pies y esperaba sentado a que volviera a lanzárselo.

A la hora de la merienda, el chico contaba a la mujer todas aquellas hazañas: Roco se había sentado, Roco le había dado una pata primero y después la otra, Roco había adivinado dónde tenía la golosina, Roco se había hecho el muerto, Roco había ido a buscar el palo que él le había tirado muy muy muy lejos y se lo había traído y él lo había tirado más lejos todavía y Roco lo había traído otra vez.

Marta lo escuchaba y fingía asombro y le preguntaba para que le siguiese contando, mientras él bebía leche rizada y se comía su sándwich de jamón York. Le gustaba verlo así, locuaz, entusiasmado con el animal. De hecho, hacía tiempo que no lo veía tan interesado en algo, ni tan contento. Hasta barajó la idea de conseguirle un perro, pero nunca veía la oportunidad y, a fin de cuentas, no sabía si otro animal le gustaría tanto como Roco. Así que prefirió dejarlo estar, permitirle jugar con Roco cuando lo viera. Aunque no supiera mucho sobre Tomás Laguna, acabó pareciéndole que no era una amenaza.

Y, sin embargo, un día, tras dejar a Abel en la escuela, paró en una cafetería de San Expósito y usó el teléfono público para llamar al continente. Paula Artigas trabajaba sola, así que fue ella misma quien descolgó. Se saludaron con el cariño de siempre y luego Paula le preguntó cómo estaba.

—Bien —contestó Marta.

—¿Te llegó el último pago?

—Sí, sin problema. Consulté el saldo ayer y todo está en orden.

—Ha surgido otro trabajo más, aparte de lo que tienes pendiente. Un autor belga.

—Estupendo. Pero no te llamaba por eso.

—Tú dirás.

—Te quería comentar una cosa. ¿Alguien ha preguntado por mí?

Durante el silencio subsiguiente, Marta casi pudo ver a Artigas haciendo aquel gesto tan suyo de quitarse las gafas y ponerlas sobre el escritorio cuando algo requería de toda su atención. De hecho, creyó oír el ruido de la montura de metal contra la tabla antes de que Paula contestase:

—Pues no. Te lo habría dicho. ¿Por qué me preguntas? ¿Andas en problemas?

—No, no —se apresuró a responder—. Todo lo contrario. Era solo por si las moscas.

—Pues, por ese lado, puedes estar tranquila.

—Gracias.

—Me has asustado. Pensé que…

—No, en serio, todo está bien. Yo y mis paranoias, ya sabes.

—Es normal. Pero no te preocupes, que, si ocurre algo, te aviso enseguida. Te puedo seguir dejando recado en ese sitio, en lo de Emilia, ¿no?

—Sí, eso. Para cualquier cosa, déjame aviso allí.

—Perfecto. Así lo haré.

—Gracias —repitió Marta.

—Oye, ya que llamas, cuéntame: ¿cómo está mi niño?

—Mejor que nunca. El centro de aquí está muy bien. Y le gusta el sitio.

—Me alegro. Y tú ¿qué tal? ¿No te aburres?

—No. Aquí se está muy bien. Es bonito. Y la gente es agradable. Ojalá pudieras venir.

—Ojalá.

—Sí. Ojalá.

Las dos se quedaron calladas. Sabían que aquella visita era imposible, pero, por un momento, ambas acariciaron la idea. Después se despidieron y Marta volvió a la barra, a tomarse el café que justificaría su presencia en el local. Recordó la última noche que pasó en la ciudad en la que aún vivía Paula Artigas. Se recordó a sí misma escondida con Abel en un cuartito, mientras Paula volvía con los documentos que ellos necesitaban para huir. Ya hacía tiempo de aquello. Y casi dos años desde el último traslado, la última fuga, la última mudanza apresurada. Aunque esta, como había reconocido ella misma hacía un tiempo, se había debido más a una prudencia exagerada que a un peligro real. De todos modos, no se arrepentía. En situaciones como la suya, más valía pecar de prudente y, de todos modos, el cambio había sido para mejor. Ahora se sentía casi libre.

De ordinario, el chico se acostaba temprano. Después de cenar, Marta lo dejaba ver un rato la televisión, pero lo mandaba a la cama a las nueve y media. Él se lavaba los dientes, se ponía el pijama y ella lo arropaba y le daba las buenas noches.

Ella trasnochaba un poco más. Aprovechaba para ver alguna película alquilada en San Expósito o algo interesante que diesen en el Segundo Programa. Luego, sobre la medianoche, se iba a su cuarto a leer hasta que la vencía el sueño. No solía ser antes de la una o la una y media de la madrugada. Le costaba dormir y casi siempre se despertaba antes del amanecer, perturbada por alguna pesadilla. La más recurrente era aquella en la que dos hombres tomaban al chico por las muñecas en una playa de piedra y lo arrastraban hacia la marea. Los hombres llevaban los trajes baratos y las camisas estampadas que solían vestir los Hijos de Satanás y, de hecho, sabía que Satanás mismo los había enviado para arrebatarle al chico. Y Satanás no era un hombre, sino una especie de núcleo cósmico del mal, el centro que irradiaba toda la iniquidad del mundo. Marta sabía esto en el momento en que perseguía a los hombres que se llevaban al chico, pisándoles literalmente los talones (sentía en los dedos de sus pies desnudos el contacto con los mocasines baratos) aunque sin conseguir alcanzarlos antes de que los hombres lo arrojaran a las profundidades. Entonces ella, cuando llegaba hasta él y lo agarraba para salvarlo, recordaba que, en aquel sueño, ninguno de los dos sabía nadar, y se sentía morir en medio de la soledad azul que los rodeaba a ambos. Abel sonreía, como hacía siempre, a medida que se iba ahogando. Marta, en cambio, lloraba, pero sus lágrimas se mezclaban con el agua del mar. Y eso le hacía comprender lo que quería decir la gente cuando hablaba de un mar de lágrimas. Pero también le desvelaba un hecho secreto e

ineluctable: en cada lágrima hay un mar.

Había otras pesadillas recurrentes, como una en la que Diego la golpeaba con una muleta, u otra en la que aparecía un fraile con ocho brazos, aunque esta en la que se ahogaban era la que más se repetía y la que mejor recordaba al despertar.

Cuando sonaba el despertador del chico, ella solía ya estar tomando el segundo café. Desayunaban en la cocina amplia y luminosa y Marta lo hacía apresurarse para que se vistiese a tiempo de salir para la escuela.

Después de dejarlo en el centro y de hacer gestiones inevitables, volvía a la casa para trabajar en la traducción que se trajese entre manos en esos días. Ponía discos para acompañarse, casi siempre música de cámara o sinfónica, sin letra, lo cual le evitaba distracciones. De vez en cuando, paraba de trabajar, salía al huerto, fumaba en el porche trasero o cocinaba. A mediodía, volvía a San Expósito para recoger al chico y almorzaban en casa. No eran de echarse la siesta. La hora del café la pasaban en el huerto o, si hacía mal tiempo, jugando a la oca en el salón. Luego el chico se iba a caminar y ella volvía al trabajo hasta la hora de la merienda.

Así gastaban la semana. Los sábados y los domingos, después de hacer limpieza, se permitían socializar en el pueblo tomando algo en lo de Emilia. A veces, en días soleados, bajaban a San Expósito y se iban a la playa. Cerca del muelle había un restaurante con terraza al que iban a comer pescado y ver los barcos que zarpaban o arribaban. Aunque al chico no le gustaba demasiado el pescado, porque le daban asco las espinas, le encantaban los calamares fritos. Cuando era más pequeño resultaba complicado salir a comer con él, pero la terapia ocupacional que aplicaban en el centro iba dando buenos resultados: ahora ya no sentía pánico ante las cosas más inofensivas, no le daban rabietas ni gritaba.

Quien no había cambiado sus antiguas costumbres era ella. Si entraban en un local, elegía indefectiblemente un sitio que le proporcionase perspectiva sobre todas las entradas y salidas. Seguía intentando memorizar todas las caras que veía, todos los vehículos que le salían al paso o que estaban aparcados cerca de donde estuviese. Era capaz de calcular casi por instinto cuántos pasos

había entre el lugar en el que se encontrara y la puerta, y entre esta y la furgoneta, donde, además, continuaba llevando, bajo el asiento, el cacharro que mantenía oculto de la vista del chico pero del que jamás se había separado más de unos metros. Lo ponía allí antes de salir y, al regresar, se las arreglaba para volver a guardarlo en la gaveta de la mesita de noche sin que él llegara a verlo. Y, en casa, continuaba aparcando la vieja Ebro Siata del mismo modo: paralela a la fachada, algo oblicua con respecto a esta.

Por supuesto, analizando las cosas desde un punto de vista racional, pesaban mucho el tiempo transcurrido, la tranquilidad de su vida en Nidocuervo, la ausencia de personas o situaciones sospechosas. Sin embargo, sentía que aquellas obsesiones, aquellos vicios de la costumbre, eran lo único que podía mantenerlos a salvo.

Para Tomás Laguna, el sueño era un enemigo anhelado con el que entablaba cada noche un combate que ya se había resignado a perder.

Como todos los insomnes crónicos, había aprendido a ser noctámbulo y, tras probar un sinfín de remedios, había acabado desarrollando ciertos hábitos que, al instalarse en Nidocuervo, convirtió en una rutina que repetiría ya hasta el fin de sus días.

Cuando la noche cerraba por completo, después de una cena frugal y de tomar un poco el fresco en el porche, se iba al escritorio. Bajo la luz del flexo, volvía a leer fichas e informes, cruzaba datos, tomaba notas, mecanografiaba algún folio para incluirlo en una carpeta que iba engordando absurdamente, como si su contenido fuese a servir de algo. Mientras tanto, procuraba atontarse con Tres Cepas hasta que, hacia la una y media o las dos de la madrugada, se metía en la cama con sus oraciones, un vaso de leche y un libro, con frecuencia el mismo que le había entretenido las primeras horas de la mañana. A veces lo acababa y comenzaba otro. La biblioteca de San Expósito y una librería de segunda mano cercana al puerto lo mantenían bien surtido. Sus gustos eran variados y poco exigentes. En general, leía novelas editadas en formatos baratos, realistas o fantásticas, románticas o de aventuras, históricas o de ciencia ficción. Las que menos le gustaban eran las policiacas. Solían parecerle falsas, impostadas, demasiado simétricas para ser creíbles. En cualquier caso, le gustaran o no, las leía hasta el final. Durante sus años en activo, había sido refractario a la lectura: en el poco tiempo que el trabajo le dejaba no tenía ni ganas ni fuerzas para concentrarse en un libro. Prefería ocupar esos ratitos en salir a comer y beber con los amigos. O en estar con Carmela. Pasar horas a su lado en casa, viendo la televisión, jugando al parchís y la baraja

o yendo al cine, al teatro, a dar largos paseos por la ciudad bulliciosa. Era ella quien proponía, quien elegía; a él le resultaba indiferente. Pero luego comenzaron las largas esperas en los consultorios, las pruebas y las operaciones, las noches de vigilia en el hospital, el ejercicio de la paciencia mientras los goteros se vaciaban lentamente, y él se acostumbró a llevar encima una novelita. Fue Carmela quien se lo sugirió y, como en casi todo lo demás a lo largo de los años, también al decirle eso tuvo razón.

El problema era que no sabía si leer lo ayudaba a combatir el insomnio o si, por el contrario, contribuía a agravarlo. El conductista al que visitó tras lo de Carmela le dijo que, si quería leer, ver la tele, oír la radio, hacer calceta o lo que quiera que se le ocurriese hacer para entretenerse, no lo hiciese en la cama. Que relacionara la cama única y exclusivamente con el descanso y no se metiera en ella para nada que no fuese dormir o fornicar. Alguna vez pensaba en aquel consejo. No le parecía desatinado, pero la alternativa era permanecer tumbado en un cuarto a oscuras, a solas con el temor, con la culpa, con los fantasmas. Así que, tras rezar su oración nocturna, prefería leer y esperar a que los efectos combinados del Tres Cepas, la leche tibia y la lectura lo derribasen.

Y lo cierto era que, dijera lo que dijese el psicólogo, solía dar resultado: hacia las tres y media o las cuatro, empezaba a perder el hilo del texto y, cuando se sorprendía a sí mismo recomenzando un párrafo por segunda o tercera vez, dejaba el libro en la mesilla y apagaba la luz. Poco a poco, se iba adentrando en un letargo que no le impedía escuchar el viento que sacudía el aguacatero del patio o a Roco, rascándose y resoplando al cambiar de postura, pero que le permitía descansar al menos la vista, relajar los músculos. A ese estado le sucedía una pesadez insoportable, una sensación de parálisis que lo aterraba y, en ocasiones, le llevaba a dar un grito para intentar hacer reaccionar a su propio cuerpo. Eso duraba hasta que conseguía mover un brazo o una pierna y comprobaba que no había muerto. Entonces volvía el relax, el sueño ligero que lo introducía de nuevo en aquella sensación de enclaustramiento. El proceso se repetía una y otra vez, hasta que un último ciclo lo llevaba a un sueño profundo que, con frecuencia, era más temible

que la rigidez, pues acababa saliendo de él sudoroso, con horrorosos gemidos, en los momentos más terribles de las más sórdidas pesadillas, las cuales, por fortuna, olvidaba casi de inmediato. Hasta que decidía que ya había sufrido bastante y se levantaba.

Le abría la puerta a Roco para que hiciera sus necesidades y él mismo iba a orinar, a lavarse la cara y enjuagarse la boca. Desayunaba en la cocina: algo de fruta, un tazón de café y un par de tostadas que compartía con el perro, hablando con él de tiempos mejores. Había desarrollado también ese hábito: el de hablar con el animal como si pudiera contestarle.

Tras el desayuno, se servía una segunda taza de café y se iba al porche a leer, a fumar, a disfrutar de la mañana antes de que el calor apretara demasiado. A esas horas se sentía despejado, capaz de concentrarse, de mantener los sentidos preparados para que no se le escapase nada. Y era capaz de continuar en ese estado de alerta casi todo el día. Aquellos momentos en los que decaía los ocupaba en limpiar la casa, cocinar o pasear, para así volver a animarse. Casi nunca dormía la siesta y, si lo hacía, era en el propio porche, donde lo despertaba el ruido del primer coche que pasara.

Cualquier persona razonable que hubiese conocido su mal le habría recomendado somníferos, hipnóticos suaves, algún tipo de barbitúrico. Pero si había algo que lo aterraba más que su tortura nocturna era la posibilidad de una medicación que lo aletargase, que abotargara sus sentidos y le impidiese estar atento, vigilante, concentrado en aquello que debía hacer.

Un martes, Tomás Laguna recibió una visita. Sin levantarse de su asiento en el porche, reconoció el automóvil negro que ascendía desde San Expósito: era el Saab 99 de Sebastián Ortega, que tomaba las curvas abriéndose hasta invadir el otro carril, como si la carretera serpenteante fuese de un solo sentido. Sí: pese a la distancia, reconoció de inmediato la cucaracha de dos puertas y, sobre todo, la prepotencia al conducir.

En el momento en que el coche se aproximaba a la casa, llamó a Roco para que el otro pudiera estacionar cómodamente junto al todoterreno. Ortega estaba igual de gordo que siempre. Iba en mangas de camisa y se había aflojado el nudo de la corbata. La americana gris, a juego con los pantalones planchados con raya, se quedó en el asiento del acompañante. Rodeó los coches mirando el entorno con los ojos regañados por el sol y caminó pesadamente hasta llegar a la entrada. Una vez allí, se detuvo a observar a su antiguo compañero, que, sin levantarse, le sostuvo la mirada en silencio. Roco se acercó a saludarlo y el gordo se agachó para darle un par de palmaditas en el lomo, llamándolo por su nombre y haciéndole fiestas. Después se incorporó y mostró una expresión socarrona.

—Al culo del mundo te has venido a vivir, tío.

Laguna se encogió de hombros y, por fin, se puso en pie y le preguntó si había desayunado ya.

—Sí. Pero no le haría ascos a un cafecito.

Mientras Tomás preparaba la cafetera, Sebastián Ortega esperó en la única sala de la casa, que hacía las veces de cuarto de estar, comedor y biblioteca. En un rincón, junto a una estantería con libros, descubrió el pequeño bufete atestado con recortes, documentos y fotografías. Se acercó y echó un vistazo al material desordenado en torno a una máquina de escribir portátil. Reconoció los papeles y, al volver de la cocina, Laguna lo sorprendió dejando en el escritorio una fotografía que había estado examinando. Ortega lo miró inquisitivo.

—Es solo para entretenerme —explicó Laguna poniendo la bandeja sobre la mesa de comedor. Además del café y las tazas, había traído un par de vasos y una botella de Tres Cepas que los ojos del gordo registraron con agrado.

—¿Estás escribiendo un libro o qué? —preguntó Ortega.

Tomás se alegró de que el propio Ortega le proporcionara una excusa.

—Lo intento —mintió—. Con lo que tú y yo hemos visto, se podrían volver a escribir los *Episodios nacionales.*

—Pero tú sabes que hay cosas que no puedes contar, ¿verdad?

—Por ese lado, nadie debe preocuparse. No creo que llegue a terminar nada que valga la pena. Entre tú y yo, se me da fatal. Es un *hobby* nada más.

Tomás sirvió el café y Ortega se quitó la corbata, la colgó del respaldo de una de las sillas y se sentó. Laguna, con la botella en la mano, preguntó:

—¿En el café o aparte?

—Aparte. Sin disimulos.

Tomás vertió dos dedos de coñac en cada uno de los vasos que había traído y esperó a que el otro recuperara el resuello y probara

el café antes de preguntar:

—¿Cómo diste conmigo?

—Tu casera en Madrid y, luego, la mutua de pensiones —dijo el gordo haciendo un mohín para quitarle importancia a su pesquisa—. Al fin y al cabo, tampoco te molestaste mucho en esconderte.

—No había motivo.

—Cierto. Por eso me pareció raro que te fueras así, sin avisar, como un ladrón. Pero más me extrañó que te vinieras tan lejos.

—Ya no tenía nada allí. ¿Para qué me iba a quedar?

Ortega bajó la vista, asintió, se puso serio unos segundos. Sin embargo, enseguida volvió a la carga:

—Vale, pero ¿por qué precisamente aquí?

—Me gusta. Es tranquilo. Un buen sitio para disfrutar del retiro.

—Esa es otra. No entendí ese empeño en pedir la anticipada.

—Me he quedado con una buena pensión.

—Si hubieras esperado un par de años, sería mejor.

—Casi no tengo tiempo de gastarme esta.

El gordo dio una palmada suave sobre la mesa:

—Está bien —concedió—. Pero me tienes preocupado. Yo sé que lo de Carmela fue duro, pero…

—Déjate ya de peros, Sebas. Yo estoy bien. Lo que pasa es que necesitaba alejarme, dejarlo todo.

Ortega señaló la mesa de trabajo:

—Pues parece que lo tienes todo muy presente.

—Ya te lo dije, es solo para pasar los ratos muertos. Aunque lograra escribir algo, nunca lo publicaría sin permiso.

—Y nunca te lo darían.

Ahí se agotó el tema y ambos se callaron. Roco apoyó el hocico en el muslo de su amo y Laguna le acarició la cabeza, le quitó una legaña. Luego, el perro salió al patio y él preguntó:

—Cuéntame, ¿cómo está la familia?

—Las niñas bien, creciendo. La pequeña, acabando EGB. Y Anita está preparando la selectividad. Quiere estudiar Derecho. A ver qué nota me saca, porque no estamos para pagar una privada.

—¿Y Maribel?

—No me hables. Ahora le ha dado por el ejercicio. El otro día llego

a casa y me la encuentro con todo el salón desbaratado y ella, en medio, a cuatro patas, en mallas y calentadores, haciendo los ejercicios de la hija de Henry Fonda.

—*En forma con Jane Fonda* —canturreó Laguna, burlón.

—Eso mismo. Se ha comprado todos los vídeos. Pero no se da cuenta de que ya tenemos una edad, coño. Cualquier día da un mal paso y se rompe la cadera.

—Bueno, no te pases. Maribel siempre se ha conservado bien.

—Venga, carajo, no me toques los huevos. Maribel, como tú y como yo, se renueva el carné de identidad en el Museo Arqueológico.

Tomás Laguna se echó a reír y al gordo se le acabó contagiando, contento de haber roto por fin el hielo. Luego hubo una pausa, encendieron cigarrillos, se sirvieron más coñac.

—¿Y la brigada? —preguntó Laguna.

—Ahí vamos. Han entrado un par de muchachos nuevos. Buenos tipos, preparados. Pero les falta calle. No han visto lo que hemos visto tú y yo.

—Ya aprenderán.

—Sí, a base de hostias. La cosa es que no saben sortear la burocracia, usar la puerta de atrás. Y cada vez hay menos puertas de atrás. Demasiada ley de por medio, demasiado garantismo. Para poner una escucha tienes que llevarle al juez de guardia hasta la partida de nacimiento de tu abuela. Y como tengas la desgracia de que a un detenido se le rompa una uña en el calabozo, te puedes buscar un problemón de tres pares.

Tomás Laguna se mantuvo callado.

—Se te echa de menos. Necesitamos tipos como tú, listos, con sangre fría. Y con experiencia, joder, que la veteranía es un grado.

—Estoy jubilado, Sebas. —Orientó la mano hacia la ventana que daba al valle—. Ahora mi vida es esto.

—Aunque estés jubilado, nos podrías echar una mano de vez en cuando, ¿no?

Laguna comenzó a entender cuál era el verdadero motivo de la visita. Por cortesía, por hacer honor a viejas lealtades, permitió que Ortega continuara hablando.

—Con la FRADA, el asunto está más o menos controlado. Sobre todo, gracias a ti. La operación aquella los descabezó, aunque luego pasara lo que pasó en Valladolid. Pero ya casi no nos preocupan. Otra cosa es lo del norte. Allá la cosa está cada vez más complicada, ya lo sabrás. —Tomás Laguna alzó las cejas y su gesto mostró que no sabía con exactitud a qué se refería—. ¿No ves las noticias?

Al mismo tiempo que decía esto, Ortega miró a su alrededor, buscando algo que solo en ese instante había comenzado a echar en falta. Con asombro, se volvió hacia Laguna:

—Tío, ¿no tienes televisor?

Tomás negó con la cabeza y señaló el tres en uno que había en un rincón.

—A veces escucho la radio. El Segundo Programa de Radio Nacional o el fútbol, si hay algún partido importante. Y leo algún periódico.

El gordo resopló.

—Puto ermitaño —se limitó a comentar, y como Laguna no hizo otra cosa que encogerse de hombros una vez más, prosiguió—: Pues bueno, los del norte nos están dando pero bien. Secuestros, tiros en la nuca, coches bomba, de todo. Y no solo allí: en Madrid, en Barcelona. Hasta en Alicante hubo el otro día un tiroteo.

—¿Están identificados?

—Identificados y localizados, la mayoría. El problema es que se refugian allá arriba. Santuario, lo llaman. Bajan, hacen la faena y se vuelven a Biárriz, a Hendaya, a San Juan de Luz. Y allí ni se esconden. Los he visto yo mismo, a plena luz del día, dándose su paseíto y bebiendo pastís en los cafés sin que la gendarmería vaya a por ellos.

—Pues si Francia no colabora…

Antes de volver a hablar, Ortega se levantó y miró por la ventana que daba al valle. Se dirigió a la puerta y observó la carretera desierta, el patio, donde el perro levantó la cabeza con poco interés antes de continuar sesteando al sol. Solo cuando se hubo asegurado de que no había nadie cerca, volvió a su asiento y miró fijamente a Laguna, que lo había dejado hacer porque sabía que ese era el momento de las verdaderas confidencias.

—Por una vez, los de arriba nos han hecho caso. Han liberado fondos y nos han dado permiso para actuar. Hay un operativo en marcha. El asunto es llevar la lucha allí, que aquello deje de ser un sitio seguro para ellos. Si logramos arrasarlos, bien. Si no, al menos presionaremos para que los gabachos dejen de hacerse los despistados. Ya ha habido un par de operaciones en Hendaya, en San Juan de Luz. Ahora se prepara una en Pau.

—¿Y qué tal han salido?

La diestra de Ortega osciló en el aire entre el pulgar y el meñique.

—Así así. Ha habido que contratar a gente de fuera.

—¿De fuera del Cuerpo?

—Y de fuera del país. Hay un par de portugueses, un exlegionario francés y hasta un marroquí. Tipos con muchos huevos y poco cerebro. Por ponerte un caso: hace un par de meses, los mandamos a trincar a un pistolero. Les dimos fotos, nombres, direcciones. Todo clarito. Subieron, lo cogieron, volvieron a cruzar la frontera y nos lo entregaron. ¿Y sabes qué pasó?

—Que se equivocaron de tío —adivinó Laguna.

El gordo dio una nueva palmada en la mesa.

—Eso es. Se equivocaron de individuo, los muy paletos. Tres días de interrogatorio en un caserío. Hubo tiempo de hacerle el tratamiento completo. Hasta que los nuestros se convencieron de que el presunto comando era un comercial de ferretería, hijo de español pero ciudadano francés. Y luego, cuando se dieron cuenta, entre si decidían si nos lo decían o no y nosotros consultábamos con los de arriba para ver qué se hacía con el pobre hombre, pasaron dos días más. Imagínate el trifostio.

Ortega se rio contando la anécdota. A Laguna, en cambio, no le hizo gracia. Pensó en un hombre, inocente o culpable, encerrado en un sótano o en una casa de campo aislada, una casa como aquella, soportando insultos, amenazas, golpes, vejaciones que eran peores y más humillantes que los golpes. Él conocía a la perfección en qué consistía lo que Sebas había denominado el tratamiento completo. En su época de trabajo de campo, se había hecho célebre por su maestría al poner en práctica esos conocimientos. Pocos mejor que él sabían cómo usar una simple bolsa de plástico o una palangana

con agua sucia para mostrarle a alguien el noveno círculo del infierno de la asfixia o cómo hacer que hombres enormes llorasen como niños con la única ayuda de un alfiler convenientemente introducido en los orificios adecuados. Pero también sabía que todo aquello no era más que crueldad inútil si, para empezar, te habías equivocado de individuo.

—Una chapuza —comentó.

—Una chapuza de las grandes —reconoció el gordo—. Por eso necesitamos a alguien con cabeza. Alguien que ya no esté oficialmente en el cuerpo, que tenga experiencia, cataplines y sangre fría. Que sepa cómo actuar y cuándo.

—¿Qué me estás intentando decir, Sebas?

—Tú eres el hombre perfecto para esto. Podrías dirigir las operaciones allá arriba. De cara a la galería, seguirías jubilado. Y, aparte, se te retribuiría bien, claro. Ya te he dicho que hay presupuesto. El que necesites. Una partida de fondos reservados. No se puede rastrear. Y no tendrás que justificar los gastos. Así que fíjate: tendrás medios, armas, libertad para contratar y elegir a quien te resulte más adecuado. Y yo creo que, haciendo las cosas bien, no sería mucho tiempo. Estos tíos, cuando les das de verdad, se cagan encima. Con unas cuantas operaciones bien ejecutadas, los descabezamos. O, como poco, conseguimos que la gendarmería empiece a colaborar. En cuanto eso ocurra, levantamos el operativo y te vuelves aquí a escribir tu libro. Pero, ahora mismo, te necesitamos.

Tomás Laguna había estado negando suavemente con la cabeza mientras Sebastián Ortega hablaba. Ahora dio un suspiro de hastío, se atusó el bigote y miró de fijo a su antiguo compañero.

—El tipo que necesitas no…

—No me jodas —lo interrumpió Ortega—. El tipo al que necesito lo tengo delante. Ya sé que ahora te haces llamar con otro nombre. ¿Cómo era? ¿Tomás Laguna?

—No es oficial.

—Lo sé.

—Es para que no se sepa por aquí.

—Te entiendo: hay muchos malos a los que les gustaría trincarte

con el culo al aire. Pero, quitando lo del nombre, yo te miro y veo al mismo tío con los huevos cuadrados.

Laguna frunció los labios, negó una y otra vez con la cabeza y dio un bufido antes de decir:

—Hemos hecho cosas muy malas, Sebas.

—Y también muchas cosas buenas.

—Pero las malas también son muchas.

—Fueron por una buena causa.

—Ya no estoy seguro ni de eso.

—Estás deprimido, hombre. Yo sé que estás jodido y es normal. Pero lo que…

Laguna alzó una mano para pedirle silencio.

—No —dijo—. Se lo juré a Carmela. Le juré que no volvería a eso. Ese juramento lo hice ante Dios. —Al decir esto, Tomás Laguna miró hacia arriba, se persignó y se besó el pulgar.

Ortega no era especialmente religioso, pero se había criado en un país católico, apostólico y romano. Además, conocía bien al hombre que ahora se llamaba Tomás Laguna. Por eso entendió que aquella era su última palabra, que le habría resultado inútil insistir, que lo único que podía hacer era respetar su voluntad. Asintió un par de veces, se sirvió un coñac para el camino y, tras dar un sorbo, dijo:

—Está bien. Ya sabes que no estoy de acuerdo y ni siquiera sé si te entiendo del todo, pero está bien. Lo único que te voy a pedir es que esto quede entre nosotros.

—Por supuesto.

—No necesito decirte lo delicado que es este asunto. No me gustaría que acabara saliendo en tu libro.

—Por el libro no te preocupes. Ya te dije que no va a ningún lado. Pero me hago cargo de lo delicado que es. Esta conversación no la hemos tenido.

Se despidieron junto al coche de Ortega.

—Da recuerdos a Maribel y a las niñas.

—De tu parte. Si algún día te cansas de vivir en esta cueva, vente a pasar unos días. Tú sabes que en casa hay sitio hasta para Roco.

—Lo tendré en cuenta.

Al estrecharse la mano, Ortega le mantuvo la mirada y le dijo:

—Y, sobre lo otro, si te lo piensas dos veces, llámame. Podrías ser muy útil.

—¿Para quién?

—Para todos. Para el país.

Laguna puso una sonrisa triste.

—Para el país ya he sido útil muchos años. Ahora prefiero ser un inútil.

Ortega le rio la broma. Se ajustó la corbata y se metió en el coche. Con Roco a su lado, Tomás Laguna lo vio maniobrar para enfilar el camino a San Expósito y volvieron a decirse adiós con la mano.

Cuando el Saab se perdió de vista, el hombre y el perro se quedaron todavía un rato más al borde de la carretera. Roco se tumbó. Laguna, mareado por el coñac mañanero, encendió un cigarrillo y observó las nubes que ascendían desde la lejanía. Se preguntó si por fin llovería.

LA SANGRE DERRAMADA

Hubo pocos preámbulos: una huida de moscas hacia el interior de las casas, un paredón de nubes avanzando sobre la costa y arrastrándose valle arriba, un breve enrarecimiento del aire. Minutos después de que el cielo se oscureciera, cayeron las primeras gotas, gruesas, aisladas, casi gandulas, levantando besos de polvo en la tierra sedienta.

Blas se asomó a la puerta del bar y, sin girarse hacia Emilia, le dijo:

—Niña, apúntame lo mío. Me voy a casa, que para mí que va a caer la del pulpo.

Don Andrés y los demás dejaron de jugar al dominó y miraron hacia la puerta, a la que se había asomado ya la dueña. Justo en ese instante se oyó un trueno largo como el paso de un tren de mercancías y Nidocuervo se preparó para uno de sus chaparrones formidables, uno de esos que caían solo cada muchos años para devastar los campos y llenar la memoria.

—Tierra de mierda. O nos morimos de sed o nos ahogamos —dijo Blas antes de correr a meterse en el coche.

Sabía, como sabía toda la comarca, que llovería el resto de la mañana y toda la tarde y casi toda la noche. Y que era posible que al día siguiente también lloviese todo el día. El agua desbordaría acequias, estanques y barrancos. El cielo la vomitaría con tal fuerza que arrasaría cultivos, derrumbaría salientes, arrastraría tierras y rocas hacia la costa, borraría carreteras y finalmente se echaría como una estampida de búfalos sobre San Expósito, cuyas alcantarillas ya estarían para ese momento absolutamente anegadas.

Por supuesto, Nidocuervo aguantaría y San Expósito se llevaría lo peor. Al fin y al cabo, Nidocuervo estaba en pendiente, era un villorrio edificado como vivían sus gentes, cuesta arriba o cuesta abajo, según y como se mirase. Los pueblos así siempre están

preparados para la lluvia. Una ciudad costera y soleada que vive del turismo jamás lo está.

Hacia mediodía, ya diluviaba y la radio comenzó a emitir avisos de las autoridades. Marta Ferrer los escuchó en una de las pausas para el café y, por primera vez desde que se había ido a vivir a pico Encarnado, lamentó no tener teléfono en casa. Llegó al pueblo con la Siata y aparcó ante el bar, donde Emilia y don Andrés miraban la lluvia con asombro expectante. Los demás se habían ido a cerrar sus casas, a proteger sus ganados, a vigilar tejados y plegar toldos. Don Andrés se había quedado allí porque allí era donde tenía su oficioso despacho de alcalde pedáneo y podía estar pendiente de la situación por si se lo necesitaba. Marta usó el teléfono para llamar a la escuela especial. Le dijeron lo que ya se sospechaba: que se suspendían las actividades, que iban a evacuar.

Diez minutos más tarde, Tomás Laguna vio pasar la camioneta, con las ruedas levantando estelas en los cinco dedos de agua que ya alcanzaba la riada. Al comprender adónde iba, se preguntó si podría llegar a tiempo y si, en caso de hacerlo, lograría regresar. Él también había puesto la radio en una emisora local y sabía que la cosa no pintaba bien.

Salió en los informativos de la noche. Todo el país vio las casas y los comercios inundados; los botes de salvamento cruzando los canales en los que las calles se habían convertido; el agua arrastrando vehículos y mobiliario urbano hasta la desembocadura del barranco de las Lágrimas, que traía desde las cumbres, hecha lodo, la tierra de años de sequía y la maleza que nadie había limpiado en un lustro; los habitantes atrapados en la parte baja de la ciudad refugiados en los pisos de los vecinos de arriba o en las azoteas de sus casas terreras hasta que el mar lograra absorber el torrente o alguien viniera a sacarlos de allí.

La escuela especial estaba en uno de esos barrios, cerca de la iglesia de los Remedios. Tenía una sola planta y, en cuestión de minutos, el patio de la instalación se transformó en una piscina. Por fortuna, personal y alumnado fueron evacuados a tiempo gracias a la previsión de un policía municipal cuya sobrina con síndrome de Down acudía al centro.

Se los trasladó al salón parroquial de la iglesia, y el párroco y su asistenta prepararon una chocolatada para entretenerlos hasta que sus familiares pudieran ir a buscarlos.

Esa fue una de las imágenes que una cámara de televisión captó y que los especiales informativos reprodujeron hasta la saciedad: la del cura, su asistenta y los educadores repartiendo chocolate y lenguas de gato a los adolescentes ajenos al desastre que se cernía sobre la ciudad. Otras fueron las de los padres y madres que conseguían llegar hasta la iglesia y se abrazaban a sus chicos y se los llevaban. Y, entre todas, destacó la de una mujer anónima a quien, al salir de la iglesia cubriendo con un paraguas a un chico gordito en chándal, el viento le echó hacia atrás la capucha del chubasquero, revelando una llamativa melena rojiza tan hermosa

como el rostro serio de la mujer, todo lo cual supuso un estallido de belleza en medio de la gris fealdad del temporal, un poema sobre el amor frente al azote de la naturaleza. Un reportero gráfico con buen ojo supo captar esa estampa y, tras ser distribuida por una agencia, se convirtió en la imagen simbólica del desastre para un periódico de una ciudad lejana donde aquella mujer no era anónima para todo el mundo.

En aquella ciudad, un hombre vio esa foto mientras tomaba café en el bar. El hombre sabía fingir y fingió indiferencia mientras leía la noticia en el manoseado ejemplar del establecimiento y examinaba la foto una y otra vez. Cuando ya no le cupo duda, apuntó mentalmente el nombre del sitio, San Expósito. En la otra punta del país. Siempre imaginó que, en su momento, la mujer habría cruzado los Pirineos o que se habría escondido en algún pueblucho de la Meseta. Pero no: había elegido la costa, el Atlántico, el sur, otra muy diferente sucursal del hambre.

El hombre pagó su café y se marchó. Cojeaba de la pierna derecha, cuya rodilla no se doblaba como debería, pero no usaba bastón y era capaz de alcanzar un buen ritmo. Buscó un quiosco, compró un ejemplar del diario y, con el cambio, hizo una llamada telefónica desde una cabina situada en una calle discreta. Al otro lado de la línea, una mujer joven preguntó quién era y él dijo:

—Soy yo.

La mujer reconoció la voz.

—¿Quieres hablar con el Abuelo?

—Ajá.

El hombre escuchó cómo la mujer dejaba el auricular descolgado y se alejaba. Luego, un cuchicheo, unos pasos que iban hasta el teléfono, la voz rasposa del hombre mayor, curtido, con los acentos entreverados de media docena de regiones, diciendo:

—Atanasio, hijo, qué poco te prodigas. Ya estaba yo pensando que te habías olvidado de la familia.

—El trabajo. Tú sabes cómo es la cosa. Uno se lía y se olvida de llamar. ¿Viste a mi prima? Salió hoy en el periódico.

—La vi. Muy guapa, la chiquilla, ¿verdad?

—Mucho. Precisamente estaba pensando en ir a verla.

El abuelo de la voz de lija emitió algo parecido a un gruñido antes de decir:

—No creo que esté para recibir visitas. Pero tu abuela le quiere mandar el suéter que le hizo.

—Por eso. Se lo puedo llevar yo —insistió Atanasio.

—A ti no te quiere ni ver. Mejor que vaya tu hermano. El más pequeño.

—¿Fede?

—Sí.

Ahora fue el hombre quien se demoró unos segundos. Estuvo a punto de intentarlo nuevamente, pero entendió que no lograría convencer al Abuelo.

—Está bien. Se lo diré de tu parte.

—Que se venga a recoger el suéter. Así le veo el pelo.

—De acuerdo. Te dejo, que esto se corta.

—Vale, hijo. Y, si puedes, vente tú también, carajo, que tengo ganas de darte un abrazo.

—Lo intentaré. Besos a la abuela.

—De tu parte.

El hombre colgó, consultó la hora y calculó dónde podría encontrar a Fede en ese momento. El tugurio que se le ocurrió no quedaba lejos. Rengueó dos manzanas por entre la multitud de transeúntes del centro; luego giró en una esquina y prosiguió hasta internarse en un barrio de mala reputación. Una nube de humo envolvía el antro donde tres mesas de tronera de tapetes ajados entretenían a unos cuantos tipos con pinta de haber escapado de prisión diez minutos antes. El sonido de las máquinas tragaperras llegaba desde el fondo, con su reclamo de sirena de feria. El hombre avanzó más allá de los billares, hasta el rincón de la barra en el que el tal Fede bebía una jarra de cerveza intentando, sin conseguirlo, no mancharse la barba con la espuma. Se saludaron con un gesto y el hombre le mostró el periódico.

El otro miró la foto, leyó el titular, buscó la noticia en el interior y la leyó antes de volver a mirar la portada. Finalmente dijo:

—¿Es ella?

El cojo asintió.

—¿Y cuál es el plan?

—Tenemos que ir a ver al Abuelo. Pero te digo ya que lo más probable es que te toque ir a ti.

—¿Y tú?

—A ti no te ha visto nunca.

—Igual me vio alguna vez.

—Pero no se acordará.

—No, no se acordará.

Fede se acarició la barba y formó un arco con las cejas.

—¿Tendré que ir solo?

—Seguramente. —El otro dio un trago largo a su cerveza y volvió a mirar la portada. Parecía poco convencido—. Aquello es pequeño, pero es mejor reconocer primero el terreno.

Fede utilizó tres dedos para juguetear con los rizos de su barba antes de dar un suspiro y dejar la jarra ya vacía.

—Está bien. Vamos a ver al Abuelo.

Salieron a la calle y comenzaron a atravesar juntos el centro de la ciudad populosa, que, como el océano, ignoraba su capacidad para albergar monstruos.

Las autoridades de San Expósito demandaron del Gobierno la declaración de zona catastrófica y la aceleración de los trámites de solicitud de ayudas y subvenciones a los damnificados.

En Nidocuervo el suceso no fue tan grave: algún huerto donde los plantones recientes y las verduras de hoja se vieron dañados, alguna cabra perdida en las fincas del barranco, dos o tres viviendas cuyos propietarios lamentaron no haber repasado la impermeabilización de los tejados durante la seca. Para remediar esos percances, los vecinos, como acostumbraban a hacer, se ayudaron entre sí.

Tomás Laguna y Marta Ferrer arrimaron el hombro como todos. Ella y Abel pasaron unas horas en la tienda de Rita, ayudándola a secar y a separar la mercancía dañada, que, hecho el inventario, al final fue muy poca. A Laguna se le vio ese mismo día, fregona en mano, en casa de seña Marusela, primero, y, después, en la ermita, donde las goteras habían mostrado la debilidad del tejado. Coincidieron los tres por la tarde en casa de Eulogio, a quien se le había inundado el sótano, donde guardaba aperos y papas. A Marta le llamó la atención entonces algo que no había supuesto en Tomás Laguna: su resolución y su capacidad para el trabajo duro. Secretamente, él constató algo similar en la pelirroja, quien parecía disponer de una fuerza física que nadie le habría adivinado. Sin embargo, eso no lo sorprendió. Él sí sabía quién era ella. Sabía de lo que era capaz.

En un cajón de su escritorio, Tomás Laguna guardaba una carpeta de cartón verde. De vez en cuando la sacaba y revisaba su contenido. Para recordarse lo que ya sabía. Para añadir algún dato nuevo que había averiguado o supuesto sobre la mujer que ahora se hacía llamar Marta Ferrer pero que había sido bautizada con el nombre de María Eugenia Abarca Miranda, Gini para los padres, Maru para los compañeros de facultad, camarada Marcela para los de militancia. Segunda de las dos hijas tardías de un matrimonio gallego (médico militar él, ama de casa ella), había nacido en Cádiz como podría haber nacido en cualquier otro sitio del país que dispusiera de guarnición, pues la profesión del padre llevó a la familia de un lado a otro durante su infancia (desde Cartagena a Torrejón, desde Fuerteventura a Ceuta), hasta que fijaron residencia en La Coruña, donde el para entonces coronel consiguió su destino definitivo.

Como la niña había salido estudiosa y ganó una beca, aprovecharon que la madre tenía una hermana en Francia para que Gini empezase la carrera de Filosofía y Letras en París. Y allí, en París, comenzó a torcerse. Por un lado, por una cierta proclividad que parecía característica en ella; por otro, porque resultaba natural torcerse si se era joven y estudiante en la capital francesa en 1968; y, finalmente, porque entabló relaciones con la izquierda en el exilio. Estas relaciones, al parecer, se convirtieron en carnales con un tal Eduard Vergès, profesor de Ciencias Políticas de la edad de su padre y combatiente republicano. Sabiendo que tanto el padre como el querido habían participado, en bandos distintos, en la batalla del Ebro, Tomás Laguna solía divertirse con la posibilidad de que ambos se hubiesen disparado el uno al otro desde trincheras enfrentadas y que, cosas del destino, el perteneciente al bando perdedor se

vengara en secreto pervirtiendo a la hija de su antiguo enemigo. Aunque no menos probable era la posibilidad de que Maru hubiese elegido como amante a Vergès precisamente para hacer daño al padre, contra el que estaba en época de rebelarse.

Nada de aquello duró mucho; ni el lío con el profesor ni el padre. Al primero, Maru lo abandonó un par de años más tarde para ir a amancebarse con un maoísta francés algo más joven pero no tanto como ella. Al padre lo fulminó una apoplejía en 1975, justamente el año en que le correspondía pasar a la reserva.

Laguna ignoraba si la hija descarriada había vuelto a España para enterrarlo, pero si fue así no se entretuvo demasiado: un mes más tarde participó en Francia en un congreso del PCE del cual surgió una de las escisiones que hubo por entonces, a raíz del revisionismo del que los más radicales acusaban a la dirección del partido y a Moscú. La camarada Marcela fue la más joven de los fundadores de esa Unión Marxista-Leninista Ibérica, la UMLI, que perseguía la instauración del socialismo mediante la acción directa. Y, así como cambió de partido, pronto cambió de amante. El afortunado fue, a partir de entonces, Diego Cruz, alias Atanasio, otro de los fundadores de lo que por entonces era solo una cuadrilla de disidentes. Durante un tiempo, el grupo pareció dedicarse a conspirar, publicar revistas, hacer mítines y lanzar soflamas desde Francia. Pero habían comenzado también a reclutar militantes en España, a organizarse y adiestrarse, esperando el momento de entrar en sociedad. Y a finales de 1976 se pusieron de largo asesinando a un policía municipal que controlaba el tráfico en Getafe. Aquel fue el primer crimen reivindicado por la Federación Revolucionaria Antifascista Diez de Agosto, la FRADA, brazo armado de la UMLI. A partir de ahí comenzaron los tiroteos, las explosiones, los secuestros y los atracos por todo el país: Madrid, Barcelona, Sevilla, Santiago o Valencia. Pronto se comprobaría que eran capaces de atentar en cualquier punto de la geografía nacional y, de hecho, en varios al mismo tiempo, porque, a diferencia de los grupos del norte, ellos habían establecido una intrincada red que recorría la Península y que contaba con células en las ciudades más importantes de una punta a otra.

A Laguna le constaba que Marcela había intervenido directamente en varias de las acciones armadas, pero capturarla era crucial por otro motivo: había participado en el diseño de la red de comandos y solo ella y los máximos dirigentes disponían del mapa completo.

Por eso, en aquellos años, dar con Marcela se convirtió en un objetivo tan vital que acabó desembocando en la obsesión. Y en la desgracia.

El tipo de la barba se inscribió en el hostal Maresía como José Ramón Guzmán Rodríguez y preguntó al recepcionista si su ciclomotor estaría seguro en el aparcamiento del negocio. El hombre le aseguró que, aunque ahora estuviese hecho unos zorros por los estragos del temporal, por lo demás San Expósito era un sitio tranquilo. Luego, rutinariamente, le informó de que el servicio de limpieza pasaba por las habitaciones cada tres días, pero que, si necesitaba toallas o algún artículo de aseo, solo tenía que decirlo. Para finalizar, por parecer amable, le preguntó si era la primera vez que venía. El otro respondió que sí y el recepcionista continuó inscribiéndolo sin notar nada extraño en su documento de identidad. Habría sido muy difícil que eso ocurriera, porque la falsificación era buena y el huésped de pelo negro y rizado se había dejado crecer, en los últimos meses, una barba a juego. Todo eso impedía reconocer en él a Juan Jesús Ortiz González, alias Paisa, alias Lagarto, camarada Federico por nombre de guerra.

Tenía buenas razones para ocultar su identidad: se le atribuían tres atracos a sucursales bancarias y un robo de explosivos. Además, se decía que no era improbable que estuviese relacionado con un secuestro y se sospechaba que podía deber, al menos, dos muertes. Y todo ello con fines políticos, incluidos los atracos, destinados a financiar la lucha armada.

En los últimos tiempos había intentado mantener un perfil bajo, pero solo había que prestar la debida atención para entender que su cuerpo delgado y fibroso continuaba listo para la acción, para la agresión, para la huida.

Le dieron un cuarto en la tercera planta. No era gran cosa: una cama, un armario empotrado, una mesita con silla, un baño minúsculo. No obstante, desde la ventana se divisaban los muelles,

las aguas plateadas que separaban San Expósito de Los Álamos, la ciudad que ocupaba el horizonte. No deshizo la mochila. Se limitó a refrescarse un poco y a cambiarse de camiseta. Después salió a dar una vuelta por la ciudad para hacerse a ella.

Pequeña y no mal trazada, San Expósito se recuperaba de la riada reciente. Los muebles y enseres que la lluvia había arruinado se amontonaban ante las casas de la parte baja, las grúas retiraban coches arrastrados hacia los desaguaderos de la costa, los comerciantes de la calle mayor luchaban contra la pátina de barro rojizo que se incrustaba en los suelos de sus locales. Entre todo aquel paisaje tras la batalla, el Paisa no tardó en encontrar la iglesia de los Remedios y, cerca de allí, bajando una calle adyacente, la escuela especial. Por los operarios del ayuntamiento que trabajaban en acondicionarla se enteró de que no volvería a abrir hasta el lunes. Frente a la escuela había una cafetería con terraza que ya había vuelto a abrir. Constituiría un buen lugar en el que apostarse desde el lunes a primera hora.

Buscó una cabina telefónica y llamó a un número en el que saltó un contestador.

—Soy yo —dijo—. Quedé con la prima el lunes. Ya volveré a llamar. Besos a la abuela.

Nidocuervo comenzó a disfrutar de los beneficios de las lluvias cuando aún se recuperaba de sus estragos. El sábado, Marta levantó la vista de su escritorio y contempló el pico Encarnado, donde el monte bajo había reverdecido y se había llenado de flores. Abel, que en ese momento leía sus tebeos, la vio levantarse y decir con alegría:

—Nos vamos de excursión.

Llenaron sus mochilas con sándwiches, cantimploras y algo de fruta y echaron a andar por la pista sinuosa que ascendía al pico. A mitad de camino, el chico le mostró un sendero que conocía bien y se adentraron entre los árboles. Más allá del bosquecillo de laurisilva, un caminito iba a dar a una explanada oblonga, tan llana que parecía tallada por la mano del hombre, aunque en realidad era un accidente orográfico que recorría ese lado de la montaña a una veintena de metros de la cima. En el pueblo la llamaban la mesa del Vigía, seguramente porque su extremo oriental constituía un perfecto mirador sobre el valle. Al llegar, se detuvieron a contemplar el paisaje.

—Eso es casa —dijo Abel señalando hacia abajo.

—Sí.

—Se ve como un cuadradito.

—Sí.

—Y allí es donde las fincas.

—Sí —repitió ella mirando hacia las fincas de los arrendatarios del barranco de Las Lágrimas.

También se veían el pueblo y sus alrededores, la finca de la Condesa y el roque del Malo a la izquierda y, a la derecha, la carretera que llevaba a la costa. De San Expósito, oculta por el relieve, no podía divisarse más que el puerto y, más allá, el mar,

pero, al otro lado, la ciudad de Los Álamos se perfilaba con extraña nitidez. Abel fue señalando y nombrando todo aquello y Marta prosiguió asintiendo a cada descubrimiento, procurando estar a la altura de su entusiasmo inagotable.

Sentada sobre una piedra, entretenida en sacar la comida mientras Abel continuaba con un inventario que ahora, además de prolijo, se había vuelto minucioso (ya señalaba a los perros de las fincas, el cementerio, la torre de la ermita), pensó que el chico no podía ser más feliz. Se equivocaba: de pronto, escucharon un movimiento entre la maleza y, al volverse, vieron aparecer a Roco en la explanada, proveniente del mismo sendero por el que ellos habían venido un rato antes. El chico corrió a su encuentro y se olvidó del paisaje y ya todo fue para él Roco y los trucos de Roco.

Tomás Laguna, que venía a unos pasos del perro, celebró el encuentro mirando los sándwiches, mostrando el morral que pendía de su hombro, diciéndole a Marta que parecían haber tenido la misma idea. Tras los saludos, tras la constatación de la coincidencia, Laguna se mostró algo embarazado por la situación. Por un momento, hizo ademán de buscar otro sitio para comer para dejarlos solos. Pero Marta le indicó la roca donde había puesto su comida.

—Si le parece bien, podemos hacer rancho común —dijo.

—Si a usted no le molesta.

—Todo lo contrario —contestó ella. Luego señaló al centro de la explanada, donde el chico jugaba con el perro—. Además, a ver quién separa ahora a esos dos.

Ambos rieron por el comentario y Laguna sacó del morral un enorme bocadillo de tortilla y una botella de vino que había comprado a granel en lo de Rita. Con su navaja, cortó el bocadillo y, cuando la pelirroja se la pidió, se la prestó para que hiciera lo mismo con los sándwiches. También le cedió su vaso para que tomara vino. Él podía beber perfectamente de la botella.

—De hecho, lo prefiero —dijo, festivo, antes de dar el primer trago.

Se sentaron a beber en unas rocas mientras Roco y Abel seguían jugando.

—Qué bonito se ha puesto todo, ¿verdad? —dijo Marta.

—Las tierras tan secas son muy agradecidas. Una vez estuve en

Fuerteventura, en las islas Canarias. ¿Conoce Canarias?

—Nunca he estado. Por desgracia —mintió Marta.

—Bueno, pues una vez tuve que ir allá, por trabajo. Fuerteventura es una de esas islas volcánicas, ¿sabe usted? Un secarral absoluto, un desierto. Y, estando allí, dio la casualidad de que llovió. Nada, un chisporrón, cuatro gotas. Pues al día siguiente toda la isla estaba llena de brotes verdes. Se puso preciosa. Y veo que esto es igual.

—¿Viajaba mucho?

—Bastante.

—¿A qué se dedicaba?

—Corredor de seguros.

—No sabía que viajaban tan lejos.

—Uno va donde lo mandan —se le ocurrió decir a Laguna—. La empresa fue a implantarse allí y me enviaron para montar la oficina.

Marta asintió. Tenía sentido.

—¿Cómo fue que se jubiló tan joven?

Tomás Laguna meneó la cabeza y dio un bufidito, buscando un modo de explicarlo brevemente. Como no lo encontró, se conformó con encogerse de hombros y decir:

—Una regulación. Me ofrecieron buenas condiciones y las acepté. Si no las hubiera aceptado, me habría ido peor, supongo. Ya sabe cómo son las grandes compañías.

Marta Ferrer asintió, mordió un trozo de sándwich y lo empujó con un trago de vino.

—Bueno, y usted ¿qué? —lo oyó decir.

—¿Yo?

—¿A qué se dedica? ¿Cómo es que acabó aquí?

—Yo soy traductora.

—¡Vaya! ¿Traducciones juradas y esas cosas?

—No. Literarias. Novelas, sobre todo. Del francés. No se gana demasiado, pero me sale bastante trabajo y puedo hacerlo desde casa.

—¿Y cómo es que se vino a Nidocuervo?

Marta miró hacia el chico, que ahora se había tumbado junto a Roco y lo acariciaba, susurrándole algo que no conseguían entender.

—El centro que hay en San Expósito es de lo mejorcito. Aplican

terapias muy avanzadas. Es bueno para él. Y, ya puestos, me salía más barato vivir en Nidocuervo que abajo.

—Y es más tranquilo, ¿verdad?

—Sobre todo eso. Yo tengo tranquilidad para trabajar y Abel tiene campo para recorrerlo caminando. Y hasta chico se le hace.

Volvieron a reír y luego continuaron comiendo y charlando sobre asuntos menos personales: sobre cómo había afrontado Nidocuervo la riada; sobre la ermita, que Laguna se había comprometido a impermeabilizar en cuanto se hubiese secado la mojadura del techo; sobre una nueva ferretería que habían abierto en San Expósito; sobre la librería de saldo que solía frecuentar Laguna y, de ahí, saltaron a hablar de libros y Laguna le preguntó si podía ser que hubiese leído alguna de sus traducciones y ella contestó que entraba en lo posible, y citó títulos y autores y él repuso que no, que no los conocía, aunque pensaba buscarlos. Y así siguió la charla, agotando la mañana y encaminándolos hacia la tarde, pero antes de pasar a aquellos temas más generales (las lluvias, las ferreterías, los libros), en los que fueron del todo sinceros, tanto él como ella habían contado alguna verdad y unas cuantas mentiras. Y al menos uno de ellos lo sabía. Sin embargo, durante el rato que compartieron allí, ambos se sintieron improbablemente cómodos, como si en realidad fuesen viejos amigos, como si pudiesen confiar el uno en el otro.

Cuando Marta decidió que ya era hora de volver a casa, Tomás Laguna le dijo que se quedaría en el monte porque tenía previsto llegar a la cima. Se despidieron en una bifurcación del sendero. Mientras Abel caminaba delante de ella, contándole las cosas que había hecho con Roco, Marta se detuvo un momento para ver caminar al hombre, que arrastraba su madurez cuesta arriba en pos del perro, perdido ya entre la espesura. Por un instante, pensó que parecía un hombre triste pero en el que se podía confiar. Luego se corrigió y volvió a su original estado de alerta: no se puede confiar en nadie, se dijo volviéndose hacia Abel, que ya casi había alcanzado la cañada que marcaba el descenso.

Laguna, por su parte, no se volvió a mirarla, aunque no dejó de reprenderse a sí mismo a cada paso: si quería que todo aquel esfuerzo sirviese de algo, ella no podía averiguar jamás quién era él

ni lo que hacía allí. En su camino hacia la cumbre iba repitiéndose que debía ser más cuidadoso cuando subía a vigilarla. Ese día, por ejemplo, si no hubiese sido por las provisiones que llevaba en el morral, se podría haber visto comprometido. Había sabido salvar los muebles, pero aquello no debía volver a suceder.

El lunes regresó la rutina que pronto iba a quebrarse. Marta dejó a Abel en la escuela especial, hizo algunas compras, se tomó un café, telefoneó a Paula Artigas. Después volvió a casa para trabajar.

Como cada mañana, pitó al pasar ante la casa de Laguna y este, desde el porche, alzó la mano a modo de saludo. Pero el sonido del motor de la Siata aún no se había perdido carretera arriba cuando pasó el motorista. Un mochilero barbudo con casco de medio huevo. En una Derbi. Laguna se preguntó quién sería, qué carajo haría por allí un lunes por la mañana, ni hora ni día de turistas.

La Colorada, en cambio, tardó en percatarse de que el ciclomotor no se detenía en el pueblo, sino que seguía tras ella, a cierta distancia, por la carretera que conducía a la casa de Clemente. En el instante en que se dio cuenta, sintió una punzada en el cogote, un vacío en la boca del estómago, y enseguida supo qué hacer. Aunque paró, como siempre, en el patio delantero, no salió de la furgoneta. Alcanzó la pistola que llevaba bajo el asiento, la desembarazó del paño que la envolvía, la amartilló y le quitó el seguro antes de colocársela entre las piernas. Sin apagar el motor, puso ambas manos sobre el volante y se quedó pendiente del retrovisor, sintiendo entre los muslos el bulto duro del arma, que podría empuñar en cuestión de segundos.

El ruido anunció la llegada del motorista y, al verlo aparecer en la loma, se preparó para cualquier cosa. No obstante, el tipo continuó pista arriba sin variar la velocidad. Cuando el ronroneo se alejó hasta la extinción, ella dio un suspiro. Falsa alarma. Un excursionista. Por esta vez, podía respirar tranquila. Desamartilló la pistola, volvió a ponerle el seguro, a envolverla en el paño. La metió en su bolso antes de sacar la llave del contacto y entrar en casa.

El Paisa no tenía una idea precisa de dónde estaba. Una señal le informó de que el monte al que llevaba la pista forestal se llamaba pico Encarnado, pero ignoraba que la casa que acababa de dejar atrás había sido la de Clemente e, incluso, que la pelirroja se hacía llamar Marta Ferrer. Lo que sí sabía, y ahora con seguridad, era que Atanasio y el Abuelo no se habían equivocado: aquella era la mujer a quien andaban buscando.

Solo la había visto bien una vez. Eso había ocurrido hacía años, en Toulouse, cuando él estaba a punto de integrarse en la lucha armada y ella ya era una leyenda. A la pelirroja aún la llamaban Marcela y el Paisa era uno más de los anónimos militantes que abarrotaban el pequeño auditorio para una asamblea de la UMLI que en su país estaba prohibido hasta imaginar.

El Paisa era incapaz de acordarse del contenido del discurso de la camarada Marcela aquella tarde, y, menos aún, de sus exactas palabras, pero sí recordaba bien el cabello corto y teñido de negro azabache que llevaba entonces, su pálida delgadez y, sobre todo, la violenta belleza de su figura, allá arriba, llamando a un combate que, en sus labios, sonaba a esperanza. Así era Marcela por entonces: un faro para la joven militancia. Todas las compañeras querían ser como ella. Todos los compañeros deseaban merecerla.

Por eso su traición había ido adquiriendo el color de los amores contrariados. Por eso su abandono del grupo resultó mucho más doloroso que los de otros que un día decidieron que no podían o no querían continuar. Por eso su fuga se hizo imperdonable.

Además, ocurrió en el momento de más debilidad, en medio de la escalada que había descabezado la organización, aquel golpe brutal del que aún no habían podido recuperarse. Y, así como muchos se habían implicado en la lucha por seguir su ejemplo, también muchos

la siguieron en la deserción y salieron en desbandada en cuanto tuvieron oportunidad. A Fede no le extrañaba que el Abuelo y Atanasio le guardaran un rencor que iba mucho más allá de la necesidad de recuperar lo que se había llevado. Él mismo, que en sus sueños adolescentes la había deseado, habría querido despedazarla, pues, si Marcela había sido un símbolo de la pureza, de la fuerza de la organización, ahora representaba, en cambio, la aflicción, la deslealtad, el oprobio, la ignominia más absoluta. El mensaje que supondría acabar con ella sería inequívoco: el grupo continuaba en la lucha, resurgía de sus cenizas para enfrentarse nuevamente al enemigo.

Pensó en todo esto mientras abandonaba el ciclomotor al borde del camino y dejaba el casco colgando del manillar, antes de internarse en el bosque y avanzar a trompicones por entre los árboles, buscando un sitio apropiado para vigilar la casa. Aunque le costó orientarse, logró hallar algo parecido a un sendero y acabó llegando a un saliente en el que un eucalipto lo protegía con su sombra. Desde allí veía el huerto, la casa, la furgoneta aparcada ante ella. Notó la excitación que ha de sentir un cazador al dar con la pista de su presa. De buen grado habría bajado a aquella casa donde ahora mismo se encontraba Marcela, seguramente sola, y le habría hecho pagar su decepción. Con creces. Pero el Abuelo se lo había advertido: si lo intentaba por su cuenta, podía echarlo todo a perder. Su única misión, por el momento, consistía en localizar, vigilar e informar. Así que sacó de su mochila la cámara fotográfica y, durante un rato, se dedicó a disparar una y otra vez, variando encuadres y distancias. Luego, en una libretita, fue anotando a lápiz lo que había ido averiguando en el transcurso de la vigilancia. Se permitió, por ejemplo, dibujar un pequeño mapa del camino que llevaba desde San Expósito hasta la casa. Descubrió, a su derecha, un poco más arriba, un saliente amplio y despejado que, pensó, podría ser un puesto de observación mejor que aquel en el que estaba. Pese a ello, prefirió continuar sentado bajo el árbol. Dejó transcurrir la mañana así, sin quitar ojo a la casa.

Hubo pocos movimientos, pero los captó gracias al teleobjetivo de la cámara y luego los anotó en su libreta: hacia las once de la

mañana, la pelirroja fue al huerto, deambuló entre las matas recogiendo lo que parecían tomates y regresó a lo que debía de ser la cocina; volvió a salir, una hora más tarde, con una taza en la mano y se tomó el contenido sentada a la sombra del porche trasero, fumando un cigarrillo.

Por fin, a la una y media, la mujer que había sido Marcela entró en la furgoneta y el Paisa corrió hacia donde había dejado la moto. Descendió por la pista calculando que ella ya habría arrancado. Si se daba prisa, aún podría seguirle las huellas. Así fue: poco después de atravesar el casco del pueblo, la divisó perdiéndose por el camino a San Expósito. Concentrado en no perderla de vista, no se percató de que, a su paso, un hombre había salido a la carretera desde el porche de su casa para poder ver bien la matrícula del ciclomotor.

Los teléfonos de los que disponía Nidocuervo (los del bar de Emilia, el colmado de Rita o la cabina en medio de la plaza) eran demasiado indiscretos. Así que Laguna dejó a Roco en casa. Al perro no le gustaba nada, pero la cadena que lo fijaba a la base de la pileta era lo bastante larga como para que pudiera pasearse a gusto por el patio de atrás. Al llegar a San Expósito, Laguna aparcó cerca de la biblioteca municipal (que constituiría una excusa perfecta si alguien del pueblo lo veía por allí), buscó una cabina discreta e hizo una llamada nacional a un número que se sabía de memoria.

La secretaria de Ortega lo reconoció enseguida, pero le dijo que el jefe estaba reunido y que, si no era molestia, volviese a llamar en diez minutos. Para pasar el rato, se acercó al quiosco, compró tabaco y fumó sentado en un banco. Luego repitió la llamada y, ahora sí, Ortega se puso al teléfono.

—Hombre, el señor Laguna —le dijo en tono burlón—. ¿Te lo has pensado mejor?

—No. Te llamo para otra cosa. Necesito que me hagas un favor, si no es inconveniente. Una matrícula.

—¿Y eso?

Tomás desplegó la explicación que traía preparada:

—Nada importante. Unos gamberros que están subiendo al pueblo a hacer trastadas. Y pasan a las tantas, montando escándalo con las motos.

—¿Quieres que avise a alguien del puesto de San Expósito?

—Qué va. No vale la pena la molestia. Y tampoco los quiero meter en problemas. Sabiendo la dirección, ya me paso yo a hablar con los padres y les doy un susto.

—Está bien. Como quieras. Dame los datos.

Laguna le dictó la matrícula y Ortega le pidió que volviese a

llamarlo en media hora. Para entretener la espera, buscó un bar, pidió una cerveza y se puso a leer los periódicos. Entre trago y trago, entre cigarrillo y cigarrillo, se fue enterando de un escándalo de evasión de divisas, de una crisis interna en Alianza Popular y de que Dolores Ibárruri consideraba a Santiago Carrillo «autoexcluido» del PCE por sus declaraciones contra Gerardo Iglesias, a quien había acusado de «travestismo renovador». Esta última noticia le pareció al principio una broma y, después, lo hizo reflexionar. Jamás pensó que llegara a vivir en un mundo en el que el propio y todopoderoso Santiago Carrillo sería expulsado del Partido Comunista. Las cosas estaban cambiando. Ya había teléfonos que no necesitaban cables para funcionar, las computadoras eran cada vez más pequeñas y las noticias recorrían el mundo por télex en un instante. Carrillo, la Pasionaria, los comandos armados que él y Ortega habían perseguido, con sus vinculaciones políticas y sus lealtades y disidencias, las juras de bandera y los discursos sobre la patria, o él mismo, con su historial y las distinciones que no le convenía mostrar en público, eran anacronismos, vestigios de una época que se había acabado y ya no volvería jamás. En el nuevo tiempo que se abría ante él, en este nuevo país que avanzaba, cojeando, hacia el futuro, solo existían ya dos instituciones de las que no podía dudarse: El Corte Inglés y la Corona. Y por el futuro de esta última, él no habría puesto la mano en el fuego.

Se acabó la cerveza, volvió a la cabina. Anotó los datos que Ortega le dio: correspondían a un ciclomotor Vespino ALX sustraído en Hospitalet hacía un mes.

—Parece que tus chiquillos viajan mucho.

—Jodidos golfos —se limitó a decir Laguna, con la benevolencia de quien comenta la gamberrada de un niño.

—¿Seguro que no quieres que dé aviso a la gente de ahí?

—No. Seguro. Ya me ocupo yo.

—Coño, Tomás, trigo limpio no pueden ser. Ese Vespino lo han robado en la otra punta del país.

—Ya lo sé. Pero no te preocupes. Ya intento yo localizar a los padres. No hace falta buscarles la ruina.

—Va a ser verdad que eres otro, ¿eh? El que yo conocía ya los

habría empurado.

—El que tú conocías no habría tenido que pedirte el favor. Por cierto, te debo una, Sebas. Muchas gracias.

—Las gracias échaselas al gato. Si necesitas algo más, ya sabes dónde estamos.

Para empezar, no solo se trataba de un ciclomotor robado, pensó Laguna mientras conducía de regreso. Se trataba de que las placas de un Vespino robado habían ido a parar a una Derbi FDS, probablemente también robada en la misma Hospitalet u otra población de esa zona. Esa era otra de las costumbres de aquella gente: el robo de vehículos nunca se producía en la ciudad donde tenían el escondrijo, sino en alguna localidad cercana. Y el escondrijo, la madriguera, el piso franco, solía estar siempre en alguna ciudad grande que les garantizase el anonimato. Los del norte preferían caseríos perdidos, cabañas o granjas abandonadas en tierra de nadie en las inmediaciones de la frontera. Estos no: estos eran más bien de ocultarse entre la multitud, en cualquier bloque anónimo de barrios más o menos proletarios, más o menos céntricos. Así que sí: casi con toda seguridad, era en Barcelona donde estaban. Por lo tanto, el elemento había cruzado medio país para venir a Nidocuervo. ¿En ciclomotor? Lo dudaba mucho.

Al llegar a casa, solo se entretuvo en soltar a Roco. Inmediatamente después, entró, tomó del revistero un par de periódicos viejos y buscó las páginas en las que se relacionaba el tráfico marítimo. Había líneas regulares de pasajeros que llegaban a Los Álamos procedentes de Barcelona. Eso era: el tipo habría tomado primero un barco a Los Álamos y, luego, el ferri a San Expósito. Debía de estar parando allí, en algún hotel modesto, en alguna pensión discreta, porque era poco probable que la banda dispusiera de infraestructura en aquella ciudad tan pequeña, tan alejada de todo.

Bien, ya tenía una idea de cómo había venido el elemento. Era el turno de preguntarse para qué. Y, para responder a esto, debía contar con diversas posibilidades.

La primera, que, vaya usted a saber cómo, la FRADA se hubiese enterado del paradero de la mujer que ahora decía llamarse Marta Ferrer y estuviesen realizando tareas de vigilancia, buscando el hueco más adecuado para sacudirle un buen picotazo. Ese picotazo no serviría solo para castigarla por su deserción, sino también como un aviso para navegantes. En ese caso, él se había percatado a tiempo y contaba con cierto margen para organizar la contravigilancia.

La segunda posibilidad se le antojaba más indeseable y, al mismo tiempo, tremendamente inverosímil: que la pelirroja no hubiese abandonado jamás el grupo. En ese caso, el tipo habría venido a reunirse con ella, a darle instrucciones o entregarle algo. O quizá era al revés: quizá su tarea era recoger algo que ella debía entregarle o recibir instrucciones. El corolario de esta última opción lo enervó: ¿era posible que en la casa de Clemente, donde habitaba con el chico, la camarada Marcela almacenase armas, explosivos, detonadores? Y, en caso contrario, ¿cabía la posibilidad de que hubiese escalado puestos en la organización y, desde allí, desde aquella cifra del olvido que era Nidocuervo, impartiese órdenes a células del resto del país? Esto le resultó difícil de creer. Hasta donde él sabía, eran Paco Bermejo y Diego Cruz quienes dirigían lo que quedaba del grupo en el territorio nacional.

Sin embargo, en caso de que la mujer continuase en la lucha armada, tendría que contar con otra variable: que lo hubiese reconocido, que no se hubiese tragado lo que le contó acerca de sí mismo y hubiese puesto en alerta a los suyos, que el objetivo no fuese ella, sino él. Entender que no podía descartar esta última hipótesis le produjo una profunda sensación de tristeza, pero también despertó en él un atisbo de alarma.

Mientras pensaba en todo esto, casi sin darse cuenta, había ido dirigiéndose a la alcoba. Ahora, de lo alto del ropero, sacó una bolsa de tela y la vació sobre la cama. Encima de la colcha quedaron una baqueta, un paño, una latita de aceite, una caja de cartuchos del calibre .38 Spl y un pequeño revólver Llama con cañón de dos pulgadas.

Lo que no te mata te hace más fuerte. Pero lo que no te haga más fuerte puede acabar matándote. Y a ella no la hacía más fuerte tener al tipo del Derbi pegado al culo. Lo pensó cuando bajaba a San Expósito a recoger a Abel y volvió a verlo en el retrovisor. La distancia que el motorista mantenía ahora era mayor que por la mañana; pese a ello, no acababa de sentirse cómoda.

Optó por un procedimiento clásico: en una curva, paró en el arcén y sacó de nuevo la pistola. Esperó a que él la rebasara y, aún con el arma entre las piernas, volvió a arrancar.

—Así vamos mejor, bonito —susurró al incorporarse otra vez a la carretera.

Situada tras él, intentó memorizar la matrícula del ciclomotor y el aspecto del individuo. Larguirucho y flaco, quizá más vigoroso de lo que parecía. Cabello negro y rizado que no se había cortado desde hacía tiempo, porque sobresalía del casco de medio huevo. Barba descuidada. Zapatillas deportivas, vaqueros, camiseta gris. Llevaba una mochila que podía servir para llevar prismáticos y cuadernos de ornitólogo aficionado, o bocadillos y cantimplora de excursionista, pero también una pistola con la que descerrajarle un tiro en la cabeza. O una bomba lapa que, bien situada, hiciera saltar la furgoneta por los aires en cuanto ella se sentase al volante. Conocía los métodos; ella misma los había utilizado. Así que no se confió, mantuvo la misma velocidad hasta que entraron en San Expósito. Empezó a serenarse cuando el tipo se perdió por las calles que conducían al puerto, aunque solo se quedó conforme tras dar un par de vueltas por el centro de la ciudad y comprobar que no volvía a cruzarse con él. Únicamente entonces se permitió detener la camioneta y guardar el arma en su sitio. Aprovechó para anotar en su libreta la matrícula, que había estado repitiéndose una y otra vez,

para no olvidarla.

Después de recoger a Abel, condujo hacia casa sin desatender el retrovisor. La presencia del motorista podía no suponer nada más que un azar, una casualidad, una nueva proyección de sus fobias. Aunque también podía indicar que la habían localizado, que la vigilaban. Y, en ese caso, lo lógico habría sido volver a hacer la maleta. Pero se había cansado de eso: si, ahora que había encontrado un sitio donde olvidarse del mundo, el mundo no quería olvidarse de ella, quizá fuese mejor decir basta, ya no huyo más, aquí me quedo y me enfrento a lo que sea. No obstante, en caso de que esa jugada le saliera mal, ¿qué iba a pasar con el chico? Regresaría, sin duda, a donde estaba cuando ella se lo llevó. Lo imaginó nuevamente entre los muros del viejo caserón del que lo había sacado, aquel trastero social donde lo había aparcado la abuela. Casi pudo verlo dando vueltas y más vueltas al patio de jardines mortecinos, custodiado por monjas bienintencionadas e ignorantes.

Quizá estaba imaginándose un cuento de la lechera a la inversa, porque el tipo del ciclomotor se había hecho humo. Aparte de su presencia, tampoco había observado nada extraño. Una vez que dejaron atrás la ciudad, solo se cruzaron con gente de Nidocuervo que iba o venía. La casa de los guardeses estaba cerrada, pero el todoterreno de Laguna permanecía aparcado en la puerta. Supuso que el hombre estaría almorzando y continuó pensando en lo suyo. Se dijo que valía la pena tomar precauciones. Para empezar, le convenía tener a Abel consigo. Así que empezó a darle vueltas a cómo ingeniárselas para que el chico no saliera ese día. Eso ocurrió cuando ya atravesaban el pueblo y tomaban el camino del Encarnado. Justo entonces, el chico le preguntó por qué estaba tan callada. Ella vio, en esa pregunta, la oportunidad perfecta:

—Perdona, Abel. Es que no estoy muy fina. Creo que estoy incubando algo.

El chico la miró con seriedad:

—¿Estás mala?

—Puede que sí.

No dijo nada más. Lo dejó pensar en ello entretanto llegaban a casa, salían del coche y él, tras dejar la mochila en su cuarto, venía a tender la mesa.

Ella ya estaba calentando la merluza en blanco y fingió reprimir un estornudo mientras servía las papas.

Durante la comida, se llevó los dedos a las sienes un par de veces como si le doliera la cabeza y se las ingenió para encajar alguna tosecilla entre bocado y bocado.

Y, después de fregar los platos, en el momento en que él estaba a punto de decirle que iba a salir, aprovechó para sorberse los mocos y decir con voz quebrada:

—Ay, definitivamente, creo que sí, que estoy malita. ¿Te quedarás para cuidarme?

El chico se puso muy serio, la miró con atención y le posó la mano en la frente para tomarle la temperatura.

—Sí, estás destemplada —dijo con voz de experto—. Túmbate, que yo te cuido.

Ambos conocían bien el ritual, establecido con los primeros resfriados de Abel, que él repetía, con perfecta mímesis, como un juego en el que asumía su responsabilidad con la cariñosa severidad de una madre. Así que Marta cogió su manta favorita y se tendió en el sofá del salón y él le preparó una infusión de menta poleo con miel.

—Ay, Abel, qué mal día para enfermarse —dijo ella cuando se la trajo.

—¿Por qué?

—Por el huerto. Hoy toca regar y quitar los chupones de las tomateras. ¿Lo harías tú?

—Pues claro. Tú no te preocupes. Yo hago lo que haiga que hacer.

—Ha-ya. Lo que ha-ya que hacer.

—Lo que haya que hacer.

—Eso es.

Cuando comenzó a oírlo ir y venir, llenando la regadera, se levantó y cogió la pistola. La ocultó bajo el cojín del sofá y volvió a tumbarse, comprobando que, desde donde estaba, se veía la carretera.

A lo largo de la tarde, el chico se sentó a sus pies y leyó tebeos. A la hora de la cena, la deleitó con una de sus especialidades culinarias: una sopa de sobre que ella le festejó. La tomaron allí, en el salón, en los tazones que a él le gustaba usar para el desayuno, viendo una película japonesa en blanco y negro que daban en el Segundo Programa. Trataba sobre un gris funcionario municipal que decidía cambiar de vida después de que los médicos le dijesen que estaba muy enfermo y que iba a morir. Como era antigua y lenta, el chico enseguida comenzó a aburrirse y prendió la lámpara para volver a sus tebeos. Se le habían acabado los nuevos, pero le gustaba mucho un especial de *Mortadelo* que releía a todas horas.

La película acabó y ella le propuso que fueran a dormir. No sabía si se encontraría lo suficientemente bien al día siguiente y era posible que él tuviese que quedarse sin cole para cuidarla. Abel asintió, le dio el beso de buenas noches y cada uno se fue a su habitación. Pero, diez minutos más tarde, cuando el chico apagó la luz, la Colorada se levantó. Se sentó en uno de los sillones de mimbre del porche delantero, se tapó las piernas con la manta y se puso a leer un libro que había traído consigo.

Cualquiera que la hubiese visto, habría disfrutado con la imagen de la pelirroja, serena, en el sillón, leyendo a la luz del farol de la entrada, disfrutando de la frescura de la noche tranquila. Nadie habría podido sospechar que, en realidad, no leía, sino vigilaba; que, bajo aquella manta, había una pistola CZ 75, un cacharro que pesaba un kilo y podía servir, en sus manos, para reventarle la cabeza a un topo a cincuenta metros.

Pero no fue cualquiera quien la vio. El único que lo hizo fue Tomás Laguna, que, campo a través, había llegado a la mesa del Vigía poco antes de anochecer y, como ella en el porche, permanecería allí toda la noche.

Alguna vez, durante su vigilancia, Tomás Laguna se levantó y estiró las piernas en el llano, fumó un cigarrillo ocultando la brasa en el hueco de la mano o se fue a orinar entre los arbustos. El resto de la noche lo pasó al borde del precipicio, sentado entre el pasto y con la espalda contra una peña, dejándose vencer en un par de ocasiones por aquel sueño blando y tortuoso del que se despertaba poco después para comprobar que Marta Ferrer permanecía en el porche, pasando una noche tan en vela como la suya.

Se iba anunciando el alba cuando despertó de una última pesadilla, trayéndose de ella el olor profundo de la sangre. Observó que la luz del porche se había apagado, que ni la Colorada ni su manta estaban ya allí, que ahora eran las ventanas de la cocina y las habitaciones las que estaban iluminadas.

Aprovechó para incorporarse, desentumecerse las piernas, intentar aplacar el temblor de debilidad que le había invadido las manos. Roco, que había dormido casi toda la noche hecho un ovillo junto a él, también se desperezó y lo saludó con lametones y meneos de rabo.

Laguna comprobó que el cuenco con agua que le había puesto estaba vacío y, alegrándose de haber venido bien provisto, volvió a llenárselo. El perro casi no esperó a que terminara de hacerlo para beber. Él, por su parte, se sirvió el café que le quedaba en el termo, lo bautizó con los restos de Tres Cepas del fondo de su petaca y compartió con Roco su último sándwich. Aún no se había librado completamente del hormigueo en las piernas, pero el brandi contribuyó a combatir el temblor.

—Nos hacemos viejos —le dijo al perro—. Ya no tenemos cuerpo para guardias nocturnas.

Roco se había quedado mirándolo con algo que él quiso interpretar

como compasión y que, en realidad, era interés por el trozo de pan con jamón que aún sostenía entre los dedos. Se lo entregó y, mientras el perro se relamía, añadió:

—No sé por qué lo digo en plural. El que está viejo soy yo. A ti se te ve de puta madre. ¿Qué tendrás ahora? ¿Cuatro, cinco años? Eso, en años de perro, ¿cuánto es?

Como ya casi era de día, se permitió fumar un cigarrillo, esta vez sin ocultarlo. Además, nadie miraba hacia la mesa del Vigía. Allá abajo, en la casa, las luces se encendían o apagaban, y, según ocurría esto, veía pasar las figuras de la mujer y el chico de una estancia a otra. Estarían desayunando, yendo al baño, vistiéndose, haciendo la mochila.

Hacia las siete y media se metieron en la camioneta y se fueron a San Expósito. Tomás Laguna también se puso en marcha. Para empezar, volvió a meter sus cosas en el morral.

—Vamos, Roco.

La tarde antes, habían llegado hasta allí bordeando la finca de la Condesa desde la parte trasera de la casa de los guardeses, para evitar que la mujer se percatara de su presencia. Ahora, en cambio, por el camino. Al llegar a la casa de Clemente, Laguna la flanqueó por la izquierda y saltó sin problema el murete que la rodeaba por ese lado.

—Quieto ahí —le dijo a Roco.

El perro obedeció: se sentó y se dispuso a esperar. Laguna sabía que el animal no haría ruido, que, cuando saliera, estaría allí, aguardándolo. Al volverse, se encontró junto a un cuarto de aperos. No estaba cerrado con llave ni era mucho más que una caseta de fibra de un par de metros cuadrados. En su interior solo había lo que se podía esperar: herramientas, botes de insecticida, sacos de fertilizante o de turba. Todo ello distribuido, con la dejadez de quien no vive de un oficio manual, entre una estantería metálica y el propio suelo, que estaba cubierto por una alfombra de goma negra.

No era la agricultura lo que le interesaba. Atravesó el patio y buscó una manera de entrar en la vivienda. Le habría resultado fácil romper el vidrio de la puerta acristalada. O, simplemente, forzarla de una patada, porque la cerradura no era de seguridad. Pero era

importante no dejar rastro de su visita. Por suerte, también para esto había venido preparado. Para deslizar el pestillo le bastó con introducir la hoja de su navaja entre la puerta trasera y el bastidor y moverla un poco.

Después de dejar a Abel, Marta comenzó a notar los efectos de la mala noche. La vigilia y el agotamiento habían venido a unirse a su natural tendencia a la paranoia para embotarle los sentidos. Aparcó en una calle del centro y anduvo hasta una cafetería del paseo marítimo. Desde la mesa que ocupó al fondo del local podía ver al mismo tiempo la puerta de entrada y el exterior a través de la cristalera rotulada con los reclamos que anunciaban desayunos y meriendas. Se sintió lo suficientemente segura para pedir un café doble bien cargado y unos churros. Pensó otra vez en el tipo de la moto. Su sentido común le repitió que era una pasapenas, que no había, viéndolo de forma objetiva, ningún motivo para alarmarse. Durante la noche se lo había dicho a sí misma mil veces: lo más probable era que se tratase de un excursionista despistado o de un *hippie* trotamundos. Podía ser hasta un agrimensor o un aficionado a la botánica. Pero ella se había propuesto no bajar la guardia hasta no disponer de alguna certeza.

Se acabó los churros e hizo lo propio con el resto de café, acompañándolo con un cigarrillo. Luego pidió la cuenta, fue al baño para refrescarse la cara y el cogote y, al salir de la cafetería, la brisa acabó de despejarla. Por el paseo solo se veía a gente que iba al trabajo, a algún turista que había madrugado para coger buen puesto en la playa, a ancianos que mataban el tiempo antes de que el tiempo los matara a ellos. Nadie sospechoso. Nada fuera de lugar. Era un buen momento para volver a casa, olvidarse del tipo de la moto y dormir una siesta antes de la hora del almuerzo.

Cuando estaba a punto de llegar a la casa de los guardeses, Laguna se cruzó con la Colorada, que regresaba de San Expósito. Al verlo venir con el zurrón, andando por el margen de la carretera, la mujer detuvo la furgoneta para preguntarle si estaba bien.

—Sí, perfectamente —dijo Laguna acercándose a la ventanilla—. Salí temprano a dar un paseo con Roco.

Ella asintió, registrándole la mala cara, el polvo que le manchaba la ropa aquí y allá. Su sonrisa se convirtió en una pantalla que pretendía ocultar la incredulidad. Laguna lo notó y creyó oportuno reírse y decir:

—Pero me parece que ya estoy viejo para seguirle el ritmo a este animal. Las cosas como son: uno hace apuestas que el cuerpo ya no puede cubrir.

Compartieron una carcajada de compromiso. Luego, ella preguntó:

—¿Estuvo por el Encarnado? —Laguna asintió—. Qué raro. No lo vi esta mañana.

—Salí muy temprano, casi al amanecer —dijo Laguna antes de señalar hacia el oeste—. Y subí por detrás, por la margen de la finca de la Condesa. Me habían dicho que era un paseo bonito y todavía no lo había hecho. —Ella asintió a su vez, aceptando la explicación y él pensó que era buena oportunidad para cambiar de tema—: Y usted ¿qué? ¿Viene de dejar al chico en la escuela?

—Como siempre. Ahora voy para casa, a ver si echo un rato trabajando hasta el mediodía.

Tomás Laguna también le observó la palidez, las ojeras de la mala noche. Estuvo por decirle que se la veía cansada, pero prefirió no tocar el tema. Se limitó a dar una palmadita en el bastidor de la puerta.

—En fin, me voy a casa a asearme, que me he puesto perdido de

polvo. Que tenga un buen día, hija.

—Lo mismo digo.

Ella arrancó y él volvió a decirle adiós con la mano. No sé si te he convencido, pero por lo menos no me has pillado en un renuncio, pensó. Jamás sabría que justo en ese instante, mientras aceleraba para cruzar el pueblo, la mujer pensaba exactamente lo mismo.

Tomás Laguna se dio una ducha larga, se cambió de ropa, hizo café y se sentó a tomarlo en el escritorio, lo bastante despejado como para pensar en lo que había visto en la casa de Clemente. O, más bien, en lo que no había visto, porque el interior de la vivienda le había parecido, en principio, de una normalidad absoluta. Una casa de campo ocupada por gentes de ciudad. Una morada respetable donde había también un despacho, en el que él se había concentrado un buen rato, porque había pensado que allí, en el estudio abarrotado de libros y papeles, quizá daría con algo interesante, con alguna señal de a qué se dedicaba en realidad Marta Ferrer si es que se dedicaba aún a algo que no fuera traducir y cuidar del chico.

Encima del escritorio no había encontrado nada: un libro en francés plagado de subrayados y anotaciones y las últimas páginas de lo que debía de ser la traducción que ella estaba haciendo en esos días. Leyó unas líneas del folio que permanecía introducido en el rodillo de la máquina de escribir. Una novela sobre gente triste, evidentemente.

El escritorio tenía dos cajones. En uno de ellos, en desorden, había bolígrafos y lápices, gomas y afiladores, cajitas de grapas y de clips. Encontró una estilográfica de plata con la tinta reseca que, en el capuchón, tenía grabado un nombre con finas letras cursivas: «Ana». Le dolió leer aquel nombre. Como tantas otras veces, volvió a sentir culpa y vergüenza, ganas de no ser quien era, de no haber hecho lo que había hecho.

El otro cajón contenía una grapadora, un bote de típex, una perforadora de papel, un mechero sin apenas gas, un repuesto de cinta para la máquina de escribir, un plumier de madera con el cierre roto.

Le interesaron más los archivadores metálicos. Eran tres cajones dispuestos verticalmente, provenientes de algún saldo de muebles de oficina, y no estaban cerrados con llave. Los dos primeros albergaban carpetas con copias a carboncillo de las traducciones que hacía la pelirroja. En el inferior, un sistema de subcarpetas ordenaba los contratos de las traducciones por orden cronológico. Curioseó en unas cuantas subcarpetas para enterarse de cuánto cobraba la Colorada por cada una. No era demasiado. Las editoriales variaban, pero los documentos siempre estaban firmados, como representante de Marta Ferrer, por una tal Paula Artigas Ruiz. Comprendió que podía tratarse de alguien interesante. Por eso anotó su nombre, su número de DNI y su dirección en el pequeño bloc que solía llevar encima. Aparte de eso, en el cajón solo había una carpetita que contenía un libro de familia, pasaportes y documentos de la seguridad social a nombre de Marta y Abel. Laguna supo enseguida que eran falsos y se maravilló ante el trabajo de quien los había elaborado.

El resto del despacho ofrecía poco interés para él: estanterías plagadas de libros, un sillón de orejas con una mesita en la que había tebeos, una caja con folios y papel carbón. Pasó la mano por detrás de algunos de los volúmenes para ver si los anaqueles ocultaban algo detrás de ellos, pero lo único que halló fue polvo viejo.

La casa solo tenía un cuarto de baño, situado al fondo del pasillo. No le prestó mucha atención. Prefirió concentrar sus esfuerzos en el dormitorio de la mujer. Fue abriendo los cajones de la cómoda, hurgando entre la ropa interior para ver si había por allá algo que no debiera estar. Dio con un par de billetes de cinco mil pesetas, enrollados dentro de un calcetín viejo. Dinero para una urgencia, nada fuera de lo común, pensó. En el ropero tampoco encontró nada que no resultara normal. Pocos vestidos y ningún zapato de tacón. La Colorada, ya se sabía, era más bien de camisas, camisetas y vaqueros. Más libros, en francés y en español, en la mesilla de noche. En la gaveta, vino a dar con lo único reseñable: una botellita de lubricante para armas. Era de una marca que él había usado alguna vez. Eso le hizo volver a rebuscar en el ropero, pasar la mano

entre el somier y el colchón, comprobar que no había ningún zócalo o baldosa sueltos. Por eliminación, dedujo que el sitio que de ordinario ocupaba el arma tenía que ser la gaveta. Anotó mentalmente lo que la ausencia del arma quería decir.

Laguna le conocía los horarios a la Colorada. Sabía que le quedaba poco para volver a Nidocuervo, si no lo estaba haciendo ya. Pero no quiso marcharse sin echar un vistazo rápido a la habitación del chico, pequeña y ordenada, decorada con dibujos y manualidades que había hecho él mismo. Tenía un escritorio plegable donde había lápices, libretas y cuadernos Rubio de caligrafía. Un par de ellos estaban aún por estrenar. Laguna calculó que el chico debía de tener unos quince o dieciséis años y sintió lástima al imaginarlo haciendo aquellos cuadernos de 1.º de EGB.

Ahora, en su casa, al pensar en ello, se le ocurrió que Carmela habría sentido mucha ternura por aquel chico. Ella era así, una de esas personas llenas de amor hacia quienes no habían sido favorecidos por la suerte, por la naturaleza, por el mundo. Decía que Dios amaba especialmente a los más débiles, los más frágiles. Que los ancianos, los niños, los inválidos tenían siempre un sitio reservado en el cielo. El mejor, solía añadir, y los demás tenemos que ganarnos nuestro propio hueco, nuestra parcelita. Y que la parcelita de cada uno estaría más cerca de ese sitio privilegiado según y cómo nos hubiésemos comportado con ellos aquí. Cuanto mejor, concluía, más cerca vamos a estar de ese trocito especial de paraíso.

La fe de Carmela carecía de límites. También su capacidad para imaginarle detalles a la Gloria Eterna.

Se obligó a dejar de pensar en ella. Cuando lo hacía, no había en su mente espacio para nada más y ahora debía juntar lo que había supuesto con lo que había visto para averiguar lo que realmente sabía. Y lo que sabía era que sí, que no se había equivocado, que Marta Ferrer era, en efecto, María Eugenia Abarca Miranda, Maru Abarca, alias camarada Marcela. Que, por lo tanto, el chico era el chico, Ángel Suárez Abarca. Y también sabía que, aunque era poco probable que almacenase documentos o armas de la banda en su casa, Maru, la camarada Marcela, iba armada. Se dijo que no debía

olvidarlo en ningún momento: Marcela iba armada.

En cuanto al desconocido, el tipo del ciclomotor robado, si hubiese sido de Información, Sebas se lo habría dicho. Así que era de la banda y, por tanto, ahora solo cabían dos posibilidades: o había venido para recibir instrucciones o la estaba siguiendo. Y de eso dependía decidir sobre algo especialmente relevante: saber si la mujer continuaba siendo Marcela, una de las lugartenientes del grupo, o si, por el contrario, era cierto que había abandonado a su comando y había huido con el chico para no tener nada más que ver con ellos.

El hecho de que ella hubiese pasado la noche de guardia lo hacía inclinarse por la segunda posibilidad, aunque no podía estar seguro: era la primera vez que la vigilaba a esas horas; bien podía tratarse de un hábito. Al pensar en esto, entendió que su siguiente paso tenía que ser localizar al tipo del Derbi.

Paraba en San Expósito. No había duda. Si hubiese ocupado cualquiera de las casas que se alquilaban en los alrededores de Nidocuervo se le habría visto por el pueblo, haciendo compras o yendo de aquí para allá. Así que era en San Expósito donde había que buscarlo. Y eso lo hacía todo más sencillo y, a la vez, más arduo.

Tomás Laguna estacionó en la explanada del puerto, sacó a Roco del Jimny y enseguida se convirtió en un señor que paseaba a su perro con correa por la ciudad costera y luminosa, mirando a su alrededor en la zona de los apartamentos y las viejas casas de pensión reconvertidas en modestos hoteles de paso. No fue a ninguno de los nuevos complejos hoteleros, demasiado lujosos y demasiado vacacionales para la gente de la FRADA. No se adentró en los barrios de viviendas; era difícil que dispusiesen de un piso franco allí. Le interesaban más las zonas de estacionamiento de los hostales y los apartamentos por días, porque se le antojaba más fácil encontrar antes el ciclomotor que al individuo. Al fin y al cabo, la ciudad no era tan grande. Bastaba media hora para recorrer la avenida que surcaba de punta a punta su lado de costa. Laguna gastó casi dos horas callejeando con calma por el barrio cercano al puerto. Pero al fin dio con el hostal Maresía y con el solar anexo que los clientes usaban como aparcamiento. Así lo indicaba la pintada a brocha en uno de los muros que delimitaban la explanada de tierra: estaba reservado para los huéspedes. Y allí estaba el Derbi. Como si fuera él quien seguía a Roco y no Roco quien lo seguía a él, se acercó hasta el vehículo y comprobó que el motor estaba completamente frío. Luego volvió a tirar del perro hacia la calle, cruzó y observó la fachada del edificio, preguntándose si el elemento estaría allí. Entonces comprendió que no podría colarse con Roco en

el establecimiento para intentar dar con su habitación. Pero se alegró de, al menos, haber podido averiguar dónde se alojaba.

No habría podido jurarlo, pero, al sentarse a trabajar, la mujer sintió que un extraño había estado en la casa. Todo estaba en su sitio y, sin embargo, no lo estaba: como si alguien hubiese sustituido los objetos que había sobre la mesa por otros exactamente iguales. Abrió los cajones del escritorio: no echó nada en falta y, cierto era, las cosas que había en ellos se desplazaban siempre al abrirlos o cerrarlos. Aun así, la sensación persistía. Podía ser que la mala noche estuviese haciéndole una jugarreta. Quizá lo más adecuado fuese dejar el trabajo por ese día e ir a echarse la siesta que había decidido postergar.

Pero no se fue a la cama. Una a una, fue comprobando todas las entradas: ni las puertas ni las ventanas parecían forzadas. Pese a que tampoco en el resto de la casa había nada fuera de lugar, la sensación se hacía más persistente conforme recorría las estancias, abriendo y cerrando roperos, gavetas y cajones. Finalmente, una punzada la llevó hasta el cuarto de aperos. Empezó a mover las cosas que había en el suelo: la pala, el rastrillo, el azadón, el saco de guano, los sacos de turba. En el piso, la alfombrilla de goma continuaba en su sitio. Aun así, quiso asegurarse: la levantó y comprobó que todo seguía en orden.

Se detuvo un rato allí, agachada, a respirar tranquila, secándose el sudor de la frente, recuperando la serenidad, antes de volver a colocar la alfombrilla en su sitio e ir poniendo encima, de nuevo, los sacos de turba, el de guano, el azadón, el rastrillo, la pala.

Marta Ferrer no añoraba a Maru Abarca. De hecho, de ordinario ni siquiera la recordaba. Cuando has logrado construirte una vida en la que casi eres feliz, no es difícil olvidar un tiempo en el que no te gustabas.

Tampoco había sido difícil que Ángel se convirtiese en Abel. Confiaba en ella, era obediente, olvidaba pronto y se adaptaba bien a los cambios cuando estos se vestían de rutina. En cuanto a ella, ya había vivido muchas veces con nombres prestados, identidades de segunda mano que le permitían vivir en la clandestinidad. Sin embargo, en aquellas ocasiones solo le proporcionaban soporte para continuar la lucha y, aunque se llamase Julia, Mari Carmen o Rosa María, bajo la impostura ella continuaba siendo Gini, Maru, la camarada Marcela. Ahora era distinto. Ahora casi había olvidado los conciliábulos, las reuniones eternas en cuartuchos llenos de humo, los comités inútiles, los cambios de orientación que seguían a las órdenes inesperadas que llegaban por cauces no menos inesperados, las suspicacias, las largas esperas y las huidas, las huidas posteriores a las acciones cada vez más audaces, cada vez más estériles, cada vez más absurdas, cada vez más crueles. La última no había sido la peor, acaso, pero para ella tuvo cierta cualidad de sacrificio postrero, de rito indeseable que hay que cumplir para poder poner en práctica algo decidido tras largos meses de secreta reflexión.

En ocasiones, en el duermevela del amanecer, antes de darle el último codazo al sueño, o cuando sentía que algo no andaba bien y la corazonada la obligaba a vigilar sus espaldas, como le había ocurrido hoy, recordaba aquella última ocasión en que disparó un arma contra alguien. El recuerdo era doloroso y liberador a un tiempo. Porque, al apretar el gatillo, había comenzado a dejar de ser

Marcela y había empezado a convertirse en otra que aún no era exactamente Marta Ferrer (eso lo sería más tarde), pero que ya no era la militante, la comando, la asesina.

No obstante, Maru Abarca, la camarada Marcela, aquella asesina, continuaba viviendo allí, agazapada en su interior, escondida en la misma gaveta donde ocultaba el arma, y volvía a ocuparlo todo cuando se sentía amenazada, cuando sentía que debía controlar a un motorista o revisar la casa o ir al cuarto de aperos. Luego volvía a su cubil, era olvidada nuevamente, como eran olvidadas tantas otras cosas. Pero solo dormía. Y Marta Ferrer temía el momento en que se viese otra vez obligada a despertarla.

—Es ella. Es ella y está allí —dijo Atanasio.

Sentado frente a él, el Abuelo permaneció mirándose los dedos entrelazados sobre el tapete de hule, asintiendo, pensando en lo que aquella confirmación significaba. Pilar también lo había oído, mientras se acercaba a la mesa con la botella de orujo y los vasos. Sirvió tres tragos antes de decir:

—Vale: es ella y está allí. ¿Y qué hace allí?

—Parece que nada fuera de lo normal —dijo el cojo—. Lleva al chaval a un centro de esos para niños con retraso. No viven en San Expósito, sino en un pueblucho que hay hacia el interior. Nidocuervo, se llama el sitio. Y ni siquiera exactamente allí. Más bien en una finca apartada, a un cuarto de hora del pueblo.

Pilar miró al Abuelo. Atanasio también se le quedó mirando. Pero la única reacción de Paco Bermejo fue tomarse su orujo de un trago y volver a servirse. Solo después de esto preguntó:

—¿Qué le has dicho al Paisa?

—Que espere.

—¿Y esperará? —preguntó Pilar.

—Fede es un tío disciplinado —respondió Atanasio. Luego sorbió un buche de orujo y se dirigió al Abuelo—: ¿Has hablado con Francia?

—Sí.

—¿Y qué dicen?

—Que lo resolvamos como nos parezca. En esto tenemos carta blanca.

Atanasio mostró una media sonrisa. Pilar sabía que se sentía complacido. También sabía lo que pretendía. Por eso se apresuró a decir:

—¿Y por qué no le dices al Paisa que haga el trabajo y en paz? Ya

que lo tenemos allí, sobre el terreno, sería lo más eficiente.

—No estoy seguro —dijo Atanasio—. No es solo ella. Queda la otra cuestión.

—De eso puedes olvidarte —repuso Pilar, y buscó la aprobación del Abuelo girándose hacia él—: ¿No te parece, Paco?

—No lo sé —dijo el Abuelo—. Era un pastón. Algo quedará.

—Ni un duro, acuérdate de lo que te digo.

Pilar notó las miradas que intercambiaban los dos hombres. Sabía que no podría imponerles ni un poco de cordura. Aun así, lo intentó.

—Yo no me arriesgaría. Y, aunque fuera así, lo puede hacer el Paisa, igualmente.

—Mucho lío para él solo —dijo Atanasio.

—Eso es cierto —convino el Abuelo—. Vete a saber qué dificultades le surgen. Deberíamos ir.

—Vamos, Paco, no estamos tan mal. Aún quedan comandos que enviar.

—Esto debemos hacerlo nosotros —intervino Atanasio.

—Conmigo no cuentes —le dijo ella.

El Abuelo quiso serenar las aguas:

—No, claro que no. Tú tienes que quedarte aquí. Alguien tiene que defender el fuerte.

—Pero tú tampoco tienes por qué ir, Paco.

—Si alguien debe ir, ese soy precisamente yo.

—¿Por qué precisamente tú?

—Yo la formé. Yo le di responsabilidad. Fui yo quien la apoyó y dio siempre la cara por ella.

Pilar hizo un aspaviento de sarcasmo antes de decir:

—Ah, pobre padrecito defraudado. El patriarca traicionado. El Tarás Bulba del marxismo-leninismo.

—Tómatelo con toda la coña que quieras, pero hay que mandar un mensaje.

—¿Un mensaje? ¿A quién? Abre los ojos, coño. Mira a tu alrededor. Ya no hay nadie a quien mandar ningún mensaje. Estamos más solos que la una. Tendríamos que hacer algo. Marcharnos a algún sitio seguro, volver a organizarnos. Aguantar aquí es una huida hacia delante. O, peor, esperar a las puertas del matadero, como los

corderos, mientras los de Francia se dan la vida padre.

Tanto Atanasio como el Abuelo le habían oído el mismo discurso en más de una ocasión. Esta vez, ni siquiera se molestaron en intentar contradecirla. Se quedaron esperando a que se calmara un poco. Luego fue Atanasio quien dijo:

—Vale, Pilar. Pongamos que sí, que lo mejor es pirarse a Francia, por ejemplo. Para eso, nos vendrían muy bien los fondos…

—Si todavía existen.

—Déjame terminar: nos irían muy bien los fondos, pero también cerrar heridas. Y atar cabos sueltos: no conviene dejar a alguien así en la retaguardia.

Pilar dio un bufido, lo miró odiándolo sordamente y dijo:

—Yo sé cuál es la retaguardia que te preocupa a ti, Diego. Y, por culpa de eso, puede que nos acabes buscando la ruina a todos.

El día anterior, el camarada Federico había comido en un bar cercano a su hostal. Luego encontró un laboratorio fotográfico que prometía entregar los trabajos en veinticuatro horas y encargó que le revelaran el carrete que había gastado por la mañana. A primera hora de la tarde, telefoneó a Atanasio e informó. Se le ordenó permanecer allí, pasar desapercibido, volver a llamar en unas horas.

Sin nada que hacer en la ciudad desconocida, el hombre al que también llamaban Paisa decidió aprovechar la tarde para darse un baño de mar y de sol en la playa del municipio. De vuelta al hostal, compró planos y una guía de senderos de la región. Por la noche, se metió en el único cine de la ciudad y vio una película norteamericana sobre robots y viajes en el tiempo.

Volvió a llamar desde una cabina, nada más salir del cine. Le dijeron que esperara sin hacer nada, que irían para allá en un par de días. Protestó, dijo que no hacía falta que vinieran, que lo que había que hacer podía hacerlo él mismo, pero obtuvo una negativa: espera ahí. Colgó con cierta sensación de impotencia. De camino al hostal, se compró un bocadillo y un par de cervezas que consumió en su cuarto, ante un televisor encendido que solo miraba de reojo. Hacia la medianoche, el sueño lo alcanzó mientras leía una novela tumbado en la cama, que no había deshecho.

Despertó al amanecer e hizo tiempo mirando por la ventana los colores con los que el alba iba pintando el barrio portuario. Después se aseó y se dirigió a pie al bar que había frente a la escuela especial. Desde una mesa discreta en el interior, observó cómo Marcela acompañaba al chico hasta la puerta antes de volver adonde había estacionado. Esta vez no la fotografió ni la siguió. Le habían dicho que pasara desapercibido, y acercarse a esa zona era un riesgo que había tomado por su cuenta, llevado por el ánimo de

verla inadvertidamente una vez más antes de que ocurriese lo que podía ocurrir. Continuaba pareciéndole hermosa, pese a que pretendía ocultar su atractivo y a la mala cara que parecía tener ese día. Fantaseó con la posibilidad de aproximarse a ella fingiendo ser cualquiera, entablar conversación, amigarse. Pero sabía por experiencia que cuando existe la posibilidad de tener que participar en la ejecución de alguien no conviene hacer ese tipo de cosas. Un cirujano no puede ver a un ser humano en su paciente en el momento en el que tiene que rajarlo.

La mañana se le hizo muy larga. La dejó transcurrir recorriendo una y otra vez el paseo marítimo, estudiando los planos y la guía sentado en alguno de los bancos, viendo cómo llegaba el ferri de Los Álamos y descendían pasajeros y vehículos y cómo nuevos vehículos y pasajeros se introducían en él y cómo el ferri zarpaba nuevamente para hacer una más de sus ocho travesías diarias. En un restaurante del mismo paseo, almorzó una parrillada de pescado con media botella de vino de la región y luego, abotargado, decidió volver al hostal y regalarse una siesta. Al despertar, examinó sus notas, se encontró con el resguardo y se dio cuenta de que había olvidado ir a recoger las fotos. Pero el laboratorio ya habría cerrado. Lo dejó todo sobre la mesa y se vistió.

Cuando volvió a salir, ya estaba anocheciendo. Bajó a la recepción, dijo que se quedaría al menos dos noches más y las pagó por adelantado. El recepcionista lo vio salir con su mochila al hombro y el casco colgando del brazo un poco antes de escuchar el petardeo del ciclomotor al arrancar. Y esa fue la última vez que alguien lo vio en San Expósito.

Nadie lo vio subir a Nidocuervo. Nadie lo vio seguir la desviación hacia la finca de la Condesa. Nadie lo vio tomar con su ciclomotor robado el camino de tierra que había estudiado en la guía, la pista que recorría la linde occidental, ascendiendo suavemente hasta llegar a las faldas del otro lado del pico Encarnado. Nadie lo vio o, para ser exactos, nadie se fijó en él porque para entonces ya había anochecido, porque todo el mundo andaba a lo suyo en el pueblo, dirigiéndose al hogar o pensando en qué haría de cena esa noche, viendo, en el bar de Emilia o en casa, el partido de fútbol que acababa de comenzar. Nadie supo que el tipo de la barba, inscrito en el hostal Maresía como José Ramón Guzmán Rodríguez pero cuyo verdadero nombre era Juan Jesús Ortiz González, alias Paisa, alias Lagarto, camarada Federico por nombre de guerra, había llegado hasta las faldas del Encarnado cuando ya el sol se ocultaba del todo y había encendido la pequeña linterna que había tenido la precaución de traerse para subir el camino que desembocaba en la mesa del Vigía. Nadie, salvo el hombre que venía siguiéndolo a distancia desde el hostal y que, cuando lo vio dejar el ciclomotor, regresó con su todoterreno hasta la casa de los guardeses para dejarlo aparcado allí y volver al Encarnado andando.

Tras alcanzar el mirador, Fede había apagado la linterna. Al fin y al cabo, una luna redonda y enorme arrojaba su manto plateado sobre ese extremo del mundo. No sabía con exactitud hasta cuándo se quedaría; quizá solo hasta que se apagaran las luces de la casa, hasta el momento en que Maru y el chico se fuesen a dormir. Por si tardaban en hacerlo, había venido preparado: en su mochila había agua y sándwiches, comprados en una gasolinera a las afueras de San Expósito. No necesitaba más para parecer el perfecto excursionista que se había demorado en el monte.

Claro estaba que él no tenía por qué estar allí. Podría haber permanecido en el hostal, leyendo o viendo la tele. Incluso podría haber callejeado hasta encontrar un bar y, en ese bar, a alguna turista con la que ligar. Se le daban bien las mujeres. No habría sido difícil entretenerse, al menos, con un flirteo. Pero algo lo había empujado hacia el capricho que se le había ido metiendo en la cabeza mientras estudiaba la guía y los mapas.

Por supuesto, había explicaciones racionales para todo: buscaba rutas alternativas, un conocimiento más profundo del terreno por si se le ordenaba pasar a la acción; el mapa nunca es el territorio, los montes y los valles no están hechos de papel. Pero él sabía que no era cierto, que eso no constituía más que un pretexto para, llegado el caso, justificarse ante Atanasio y el Abuelo. Ante sí mismo. Porque lo cierto es que era una rara suerte de pulsión lo que lo había llevado hasta ahí, lo que hacía de la silueta de la casa un imán y pintaba en su imaginación la escena de la mujer tumbada en su alcoba. En su fantasía, ella no había deshecho la cama y permanecía sobre el lecho leyendo un libro, vestida solo con una camiseta y unas braguitas blancas. El libro era una de aquellas colecciones de cuentos calenturientos de Anaïs Nin. Y ya no era la pelirroja de

mediana edad, sino que volvía a ser Marcela, la muchacha teñida de negro y con el pelo cortado a la egipcia, la amazona del proletariado con la que había soñado años antes. Se preguntaba cómo olería. Jamás se había acercado lo suficiente a ella como para comprobarlo. Atanasio sí. Y él, debía admitirlo, lo envidiaba por ello.

De pronto, algo se movió a sus espaldas y, aun antes de girarse, entendió que una criatura viva había alcanzado el mirador. El perro solo lo inquietó un momento, hasta que se le acercó meneando el rabo para olisquearlo, al mismo tiempo que él distinguía la silueta del hombre que venía detrás, jugueteando entre sus manos con la correa de la que acababa de liberar al animal.

—Buenas noches —saludó el hombre.

—Buenas —respondió sin levantarse, acariciando al perro.

—Disculpe si lo ha asustado. No pensé que fuéramos a encontrarnos a nadie por aquí a estas horas.

El recién llegado dijo esto de modo amistoso, cordial como un aldeano que quiere ser hospitalario con un visitante. Cuando entendió que el plural solo incluía al hombre y al perro, el Paisa se ajustó de inmediato al rol que se le había adjudicado.

—Tendría que haberme ido hace un rato, pero me quedé tonto viendo el atardecer —dijo señalando a poniente con una sonrisa.

El hombre asintió, le devolvió la sonrisa y él, ahora que lo tenía más cerca, registró las facciones algo vulgares, el bigote y el corte de pelo anticuados, la riñonera deportiva que no casaba con su atuendo más bien clásico, la gestualidad, que le resultaba vagamente desagradable. Militar, guardia civil o somatén retirado, pensó. De momento, no le preocupó demasiado ese extremo.

El perro se fue a jugar entre los arbustos y ambos hombres se quedaron solos: el joven, sentado, girado a medias, dando la espalda al precipicio; el otro, en pie, a su izquierda, mirando al horizonte. Fede hizo ademán de levantarse, pero Tomás Laguna se le adelantó, sacando cigarrillos del bolsillo de su camisa y sentándose a su lado con una agilidad digna de alguien con menos años.

—Si no le importa, me echo un cigarrito con usted antes de seguir el paseo —dijo—. La verdad es que da gusto esta tranquilidad.

El Paisa aceptó el tabaco, la lumbre y la compañía con ganas de mandar a la mierda a aquel tipo raro, aunque se esforzó por fingir amabilidad. Al fin y al cabo, quizá no fuera más que un viejo loco solitario. En cada pueblo hay uno. O unos cuantos.

—Mire las luces —señalaba ahora el hombre, tras ponerse sobre el regazo la correa del perro—. Allá. Eso es Los Álamos. Esa ciudad es más bonita de noche que de día, ¿no le parece a usted? —Sin esperar respuesta, volvió a preguntar—: ¿Usted viene de allá?

—Pasé por allí. Pero no. Yo paro por San Expósito.

—Quiero decir, ¿de dónde es? Porque de por aquí no es.

—Yo soy de Cuenca.

—Bonita ciudad. Con mucha cuesta, pero bonita.

—Es verdad.

—Yo tampoco soy de aquí. Me vine después de jubilarme.

—¿A qué se dedicaba? —preguntó Fede. Era su oportunidad de confirmar sospechas.

—Matarife.

—¿En serio?

—Sí. ¿Le parece raro?

—No. Pero es la primera vez que…

—¿Que conoce a uno?

—Sí.

—A lo mejor conoce a más y no lo sabe. En cuanto nos lavamos las manos y guardamos los cuchillos, es difícil distinguir a un matarife de cualquier otra persona.

—Supongo que sí.

—Aunque la sangre siempre se te queda un poco ahí, ¿sabe? Es como la grasa para los mecánicos: se te mete en los poros y cuesta sacarla.

—Entiendo.

—Puede que sea la forma que tiene Dios de castigarnos por quitar tanta vida. Digamos que uno piensa que tiene las manos limpias, que después de lavarse bien no ha quedado ni rastro. Pero no: la sangre derramada siempre se le queda a uno bajo la piel. No hay manera de limpiarla. —Laguna hizo una pausa y cambió de tono—: No me haga caso, hijo. A veces me pongo muy pesado.

—No, si me parece muy interesante lo que dice.

—Nada, tonterías de viejo. Y, dígame, ¿a qué se dedica usted?

Ahora le llegó al Paisa el turno de mentir:

—Soy electricista. Pero estoy en paro.

—La desgracia nacional.

—Eso es verdad.

—¿Y qué le trae por aquí?

—Aprovecho para hacer turismo. Ya saldrá algo, pero, mientras tanto, no me voy a quedar metido en casa criando telarañas.

—Hace bien. Aproveche ahora, que todavía tiene juventud.

Se hizo un silencio y Tomás Laguna volvió a cambiar de tercio:

—Pues, como le decía, yo no soy de aquí. Y no soy el único: aquí vivimos unos cuantos que nos vinimos hace un tiempo. Ahí abajo, por ejemplo, en esa casa, vive una mujer con un chico. Vinieron antes que yo. El chico es algo lento. Pero son gente buena. No se meten con nadie, ayudan a los vecinos, ¿comprende?

—Sí.

—A veces pienso en lo vulnerables que son. En lo fácil que sería para cualquier sinvergüenza acercarse a esa casa y hacerles daño. Ahí, tan aislados, sin teléfono. Pienso en eso y se me revuelve la sangre, ¿lo entiende?

—Pero ¿alguien quiere hacerles algo?

Fede vio al hombre tirar el cigarro, coger de nuevo la correa del perro y levantarse mientras negaba con la cabeza.

—No, no. Son solo imaginaciones mías. Aunque la verdad es que me preocupan. El mundo está lleno de gente mala. Y más hoy en día, que se ha perdido el respeto. Cualquiera podría venir aquí, donde estamos usted y yo, y vigilar la casa para comprobar que están solos. Y luego, no sé, encontrar el momento adecuado. Bajar a la casa. Hacerles daño. Tal y como va el mundo, con la cantidad de maleantes que hay por ahí, podría suceder, ¿no?

El Paisa se encogió de hombros y apagó también su cigarrillo. Había entendido que el individuo estaba sonado como unas maracas. Como si quisiera confirmarlo, el hombre se había puesto a caminar de un lado a otro, repitiendo su pregunta:

—¿No le parece que podría pasar eso? ¿Eh? ¿No cree que alguien

podría hacerles daño?

El camarada Federico comenzó a no estar a gusto. Decidió que era mejor no darle la espalda al tipo y apoyó las manos en el suelo para levantarse, mientras contestaba, para seguirle la corriente:

—Supongo que sí. Pero ¿qué podría hacer uno?

—Esto —oyó a sus espaldas.

Casi al mismo tiempo, notó la correa de perro cerrándose sobre su cuello en un nudo corredizo. Quiso interponer las manos, aunque fue inútil: apoyadas como las tenía en el suelo, no llegó a tiempo. Así, a cuatro patas, notó el peso del hombre empujándolo hacia delante con una rodilla al tiempo que sus manos tiraban hacia atrás del extremo de la correa. Poco pudo hacer antes de que una miríada de chiribitas le fuese nublando la vista hasta la inconsciencia.

Al volver en sí, Fede supo que lo que tenía ante los ojos era tierra, que estaba boca abajo en el suelo y únicamente podía ladear un poco la cabeza, porque solo de reojo podía ver, a su izquierda, el sitio donde había estado sentado, aún iluminado por la luna. Tampoco tardó en comprender que el agobio que sentía era lógico: una ligadura (seguramente la correa del perro) le tiraba del cuello hacia atrás, donde se unía a sus muñecas, amarradas a la espalda con algún tipo de soga y atadas, a su vez, a los tobillos con una tirantez que lo obligaba a mantener las piernas dobladas. El enlace había sido hecho de tal modo que, si intentaba estirar las extremidades inferiores, la correa lo estrangulaba con más fuerza. Así que la única manera de no asfixiarse era mantenerlas en aquella flexión dolorosa y antinatural. Había oído hablar de este tipo de inmovilización, que podía llegar a ser letal, pero nunca la había visto personalmente ni, mucho menos, había sido víctima de ella. Probó a intentar ponerse de lado para ver si eso le facilitaba la respiración. Sin embargo, en cuanto intentó moverse sintió una rodilla que se le clavaba entre los omóplatos y una voz que decía:

—Quieto.

La voz, por supuesto, era la del matarife solitario. La rodilla debía de ser también suya, igual que el cilindro que notó presionándole la nuca y que, tras escuchar un clic inconfundible, identificó con el cañón de un arma de fuego. Casi al mismo tiempo, el perro gruñó más allá de su campo de visión, aunque muy cerca.

—Tranquilo, Roco. Todavía no. Échate —dijo el hombre. El Paisa oyó al perro alejándose. El hombre dejó de pisarle la espalda, aunque no le quitó el arma de la cabeza, antes de decir, divertido—: Este Roco es de lo que no hay. Huele a terroristas hijos de puta a media legua. Ahora mismo, le encantaría comerte la cara. Pero no te

preocupes. No lo voy a dejar.

—Yo no soy… —llegó a decir.

No dijo nada más, porque un golpe del cañón en la cabeza le indicó que le convenía guardar silencio.

Ahora el hombre se había sentado en el suelo a su izquierda. Tenía en la mano un revólver, una linterna y una cartera. Su cartera. El revólver era negro, de cañón muy corto, como los Colt Cobra que usaban en los telefilmes yanquis. El improbable matarife lo dejó en el suelo y encendió la linterna para poder leer los documentos que había sacado de la cartera.

—«José Ramón Guzmán Rodríguez» —leyó con una sonrisa de sarcasmo—. «Hijo de José y de Nieves María. Nacido en Cuenca». Vaya mierda de identidad que te consiguieron, con ese acento gallego que tienes. ¿El año de nacimiento sí coincide? ¿Naciste en el cincuenta y cuatro?

El Paisa se atrevió a decir que sí.

—Vaya —dijo el otro. Volvió a guardar la documentación, dejó la cartera a un lado, apagó la linterna—. Fíjate, podrías ser hijo mío. Y no solo por la edad: en los años cincuenta yo andaba por Galicia y me follé a muchas putas. De las más arrastradas.

Después de decir esto aguardó unos segundos, escrutando lo que podía ver del rostro del barbudo. Pero este permaneció impasible, a la espera.

—Te adiestraron bien. ¿Argel o Libia? Bueno, a lo mejor arriba, con los gabachos. Pero todo eso me la sopla. Porque a ti te entrenaron para resistir un interrogatorio en una comisaría. Y esto no es una comisaría. Ni yo soy policía. Lo fui. Pero ya no lo soy. Mi unidad ya ni existe, fíjate. Tú sabes qué unidad era, ¿verdad? Venga, no te hagas el sueco, claro que lo sabes, esa misma. Pues nos disolvieron. Cosas de la democracia. O de la burocracia. Querían que yo acabara en una comisaría, haciendo trabajo de oficina. Y yo me dije: «¿Qué vas a hacer tú aquí, compulsando fotocopias, con lo que tú has sido?». Así que me fui. Por eso ahora puedo hacer contigo lo que me salga de los huevos.

Fede vio al hombre sonreír nuevamente, con aquella expresión que comenzaba a resultarle escalofriante, antes de dejar la linterna junto

a la cartera y el revólver, sacar un cigarrillo y encenderlo. Dio un par de caladas antes de decirle:

—Podrías acabar en una. En una comisaría, quiero decir. No te voy a mentir: jodido estás bien jodido. Pero podrías acabar en una comisaría, en una celda, en un tribunal. Todavía tengo contactos. Hago una llamada y ya está. Sería una cosa civilizada. Respetando tus derechos y toda esa mierda. O bien podemos hacerlo a mi manera.

El barbudo no se atrevió a preguntar cuál era esa manera, pero Laguna adivinó en sus ojos la curiosidad y dio la pregunta por formulada:

—No te voy a explicar ahora cómo hago las cosas, aunque ya te digo yo que no te va a gustar. Así que más vale que contestes a lo que te pregunte. Si lo que me cuentas me deja contento, hago esa llamada. Si no, vas a saber lo que es el dolor de verdad.

Tras decir esto, Laguna sacó del bolsillo de su pantalón algo que Fede no pudo ver hasta que el otro lo abrió. Entonces identificó la pequeña navaja, el cortaplumas en cuya hoja bailó por un momento la luz de la luna. Como pudo, asintió, y el excomisario se acercó un poco más a él y se puso en cuclillas. Ahora no podía verle la cara, pero casi podía sentir su aliento.

—¿Qué tenías que hacer: matarla o nada más que controlarla?

—¿A quién?

Fede tardó poco en arrepentirse de haber hecho aquella pregunta. Empezó a hacerlo en cuanto notó que Laguna le agarraba la mano derecha y metía la punta de la navaja entre la uña y la carne del pulgar. Duró solo los segundos necesarios para hacerle entender que se trataba de una advertencia. Laguna esperó a que dejara de gritar antes de volver a tomar la palabra.

—A ver, para que nos entendamos —lo oyó decir—, yo sé que la que vive ahí abajo es Maru Abarca, la compañera Marcela. Y sé que tú eres un comando, ¿de acuerdo? Toda esa mierda la tengo clara. Ahora quiero saber si la ibas a matar o si solo la estabas vigilando.

—Vigilando.

—Bien. ¿Por orden de quién?

—No lo sé. Me contactan por…

Fede no pudo continuar hablando. Su voz se convirtió en un berrido mientras sentía cómo la hoja de la navaja se introducía bajo la uña y el otro hacía palanca. Sintió un dolor espeluznante, una dentera indescriptible y, después, el aire de la noche sobre la carne viva. Laguna se incorporó un momento, como si necesitara estirar las piernas, y luego volvió a agacharse, esta vez ante él, mostrándole la navaja en una mano y, en la otra, la uña arrancada. Burlón, canturreó:

—Con las uñas de las manos y las uñas de los pies, la pilila y los cojones, todo suma veintitrés. —Rio su propia broma obscena y a continuación, con frialdad, añadió—: Te quedan diecinueve uñas. Después puedo ir a por los cojones. Yo sé que ya no tenéis infraestructura suficiente como para que haya muchos intermediarios. Te contacta uno de los de arriba, directamente. ¿Quién? ¿Atanasio o el Abuelo? ¿O tratas con los dos?

La mujer se despertó ese día con la sensación de no haber descansado del todo bien. Y eso la puso de mal humor, porque la noche anterior a esa también la había pasado prácticamente en vela y no entendía por qué, cuando por fin había decidido que podía dormir tranquila, se sentía tan poco repuesta. Durante el desayuno, el chico le preguntó algo que le hizo entender a qué se debía:

—¿Oíste al gato?

—¿A qué gato?

—Al gato. Anoche. Ahí derriba.

—Ahí arriba. A-rri-ba.

—Arriba. Eso. Arriba. En el pico.

Hacía tiempo que ambos se habían acostumbrado a las lechuzas, los alcaravanes y hasta las pardelas que, dependiendo de la época del año, rasgaban el silencio de la noche; a los perros de las fincas que ladraban o aullaban en la lejanía, a los gatos asilvestrados que exhibían su celo peleándose en medio del monte y la oscuridad. El ruido de esa ocasión había sido diferente, según el chico. Y, mientras se lo oía decir, la mujer recordó que tenía razón, que hacia las doce y media o la una la habían despertado unos berridos lejanos. Pese a que no sabía si se trataba de gatos riñendo o de alguna alimaña desconocida para ella, era cierto: había habido lío en el monte durante un buen rato, con gritos horrísonos que podrían haber sido de jabalí si no fuese porque en aquellas latitudes jamás había habido jabalís. En cualquier caso, a eso podía deberse aquella sensación de noche arrastrada por entre pesadillas.

Entretanto el chico se preparaba, salió, como siempre, a terminarse el café fumando un cigarrillo. Miró hacia el monte y no notó nada fuera de lo normal en el risco, ni en la zona de la mesa del Vigía. La mañana fresca y luminosa se había llevado por delante

cualquier vestigio de la revoltura nocturna.

Entendió que no eran los únicos que habían dormido mal cuando pasó ante la casa de los guardeses y vio que, aunque el todoterreno estaba aparcado en la entrada, la casa permanecía cerrada y no se veía por ningún lado ni a Laguna ni al perro.

Su insomnio habría estado en esa ocasión más justificado que nunca. Sin embargo, Laguna durmió seis horas seguidas. A media mañana lo despertó el ladrido de Roco, que respondía al paso de algún automóvil por la carretera. Pero aún permaneció en la cama un rato más, al comprobar, con estupor y regocijo, que recordaba un sueño en el que aparecía Carmela: se encontraban juntos en la cocina, preparando la cena de Nochebuena. Ella cortaba verduras para un asado y él hacía montaditos de atún con pimientos. El sueño tenía lugar el 24 de diciembre de 1954 (recordaba haber mirado el calendario) y, no obstante, eran ancianos, aunque las marcas de los productos enlatados, los envases de las bebidas, los utensilios de la cocina y hasta la ropa que llevaban eran actuales. Incluso disponían de un moderno horno de microondas. Lo más hermoso del sueño era que estaban a punto de recibir para cenar a su hijo, a su hija, a su nuera y su yerno, a sus nietos; ellos, que no habían podido tener hijos. Pero ni siquiera al pensar en esto lo entristeció el sueño. En él era veinte años más viejo que ahora, y Carmela, mucho mayor de lo que jamás llegó a ser, y se sentían felices y entusiasmados. Bebían anís y se daban pellizcos o intercambiaban una caricia al cruzarse en la cocina. Hacia el final, ella le pedía el pelador de gambas, y él no recordaba dónde lo había puesto ni lo encontraba por ningún lado. Entonces, ambos se ponían a revolver cajones y alacenas en busca de aquel artilugio que él no estaba seguro de que existiera. El sueño acabó justo cuando Carmela sacaba del congelador el revólver de su marido y se lo mostraba, cogido con dos dedos por el cañón, diciéndole: «Mira dónde lo habías dejado, cabecita loca».

La suerte de poder recordar un sueño feliz no se le presentaba casi nunca, así que no se incorporó en la cama hasta que no pudo hacerse a sí mismo un relato más o menos cronológico de lo soñado.

Durante unos segundos, sentado en el borde, buscando las zapatillas a tientas con los pies, todavía retuvo la imagen de Carmela meneando el revólver ante él como un juguete, con aquella sonrisa picarona que ponía cuando lo reprendía del mismo modo que se reprende a un niño. Entonces se preguntó si el sueño era de verdad amable, si no estaría a punto de convertirse en una pesadilla en el instante en que se despertó. Y aquella estampa fue desplazada blandamente hacia el olvido por los recuerdos de la noche anterior, los viajes con el todoterreno y con el Derbi, deambulando por entre las venas de la noche y el silencio del monte.

El individuo había resultado ser terco y resistente. Tomás Laguna, que le había tomado la medida, ya suponía lo segundo, pero no había previsto tanta tozudez. Le costó casi una hora y dos uñas más conseguir que desembuchara, aunque, por supuesto, acabó haciéndolo. Así fue como Laguna se enteró, entre otras cosas, de que no se trataba de un cualquiera, sino del mismísimo Juan Jesús Ortiz González, el Paisa, el camarada Federico. Luego, cuando averiguó todo lo que necesitaba, cuando terminó de hacer notas apresuradas en su bloc, se lo guardó en la riñonera y dejó al tipo ilusionarse con la posibilidad de que él llamase a sus contactos para que vinieran a detenerlo. Era mejor tenerlo así, esperanzado, que gritando, convencido de que iba a morir o intentando oponer una resistencia inútil mientras él elegía una piedra de la forma y el tamaño adecuados. En un principio había previsto estrangularlo: habría resultado práctico, rápido y fácil, tan sencillo como tirar un poco más de la correa. Sin embargo, no hubiese encajado en el escenario que pensaba preparar. No, no podía asfixiarlo; la cosa debía hacerse de otro modo si no quería despertar sospechas.

Para hundirle el cráneo, le bastó con descargarle un solo golpe. Al Paisa ni siquiera le dio tiempo de gritar. En el momento en que lo desató, aún convulsionaba y, para entretenerse hasta que se quedara tieso, Laguna se puso a recoger. Para cuando lo hubo metido todo en la mochila, ya solo temblaba ligeramente un pie.

Entonces se le planteó una situación complicada: debía ir con el ciclomotor hasta su casa, volver con el coche, cargar al muerto en el portabultos y bajar de nuevo sin que nadie lo viese. Y, a todo esto,

surgió un problema secundario: ¿qué haría con Roco, que ahora olisqueaba el cadáver? No podía llevarlo en el Derbi, pero tampoco podía dejarlo suelto por allí.

La solución fue sencilla, pero desagradable para el perro, acostumbrado a la libertad: lo ató a un árbol y lo acarició un poco para tranquilizarlo. Roco lloriqueó un rato cuando él inició el descenso hacia el ciclomotor, pero después se tumbó y se quedó tranquilo.

Los perros no tienen reloj. No saben lo que es el tiempo, acaso porque tampoco saben lo que es la muerte. Pero Laguna sabía que no había tardado ni veinte minutos en llegar a su casa, esconder el Derbi en el patio trasero y regresar con el todoterreno por el camino de la Condesa, que conocía lo suficientemente bien como para poder hacerlo sin prender los faros. Desató al animal, que le hizo la fiesta como si llevaran días sin verse, y se dispuso a acometer la parte más pesada del trabajo. Amarró por los pies el cuerpo del Paisa con soga de pita y tiró de ella, arrastrándolo por el polvo hasta llegar al coche. Calculó que eso le había llevado un cuarto de hora más. No obstante, en cuanto hubo metido el cadáver en el vehículo, todo fue sobre ruedas. Literalmente. Sobre las cuatro ruedas del todoterreno llegó hasta su casa. Sobre las dos ruedas de una carretilla de obra transportó el cadáver hasta el mirador del Charco, que no estaba a más de un kilómetro. Se arriesgó a dejarlo allí, en el mirador, mientras regresaba a su casa y volvía con el ciclomotor y la mochila. Entonces, por primera vez, le fallaron las fuerzas. Se detuvo cinco, acaso diez minutos a coger resuello y fumar un cigarrillo, sentado entre el cadáver y Roco, que lo había seguido en su ir y venir entre la casa y el mirador. Abajo, San Expósito dormía como más arriba lo hacía Nidocuervo y, acuclillado, acariciando al perro, a Laguna le pareció que nadie más en el mundo estaba despierto.

Primero se ocupó del Derbi. Lo llevó hasta el borde, lo arrancó y lo dejó caer por el precipicio. El ruido del motor se apagó enseguida, tras chocar con las rocas y caer, por entre las ramas de los eucaliptos, al fondo del barranco. Luego, arrastró el cadáver hasta el lugar adecuado, le puso la mochila a la espalda y lo desriscó por el abismo. Las copas de los eucaliptos se lo tragaron como se habían

tragado el ciclomotor.

Cuando llegó por fin a la casa de los guardeses eran las tres de la madrugada. Pero no se acostó. Puso toda su ropa en una bolsa de basura, se duchó, se sirvió un coñac y se sentó al escritorio, con su bloc, a repasar la vida y milagros del Paisa.

Ahora, mientras desayunaba, volvió a mirar la ficha. No se sorprendió de no haberlo reconocido hasta que no le dijo su nombre. La única foto suya de la que disponía la tenía ahora entre las manos y había sido tomada hacía una década. En ella aparecía sin barba, con patillas y con el pelo más corto: la cara de un adolescente paliducho y ojeroso recién detenido en una manifestación. Había comenzado como activista para convertirse, más tarde, en un soldado más, y, en los últimos tiempos, había ascendido dentro de la organización. Aunque no pertenecía a la cúpula, recibía órdenes directas de esta.

Buscó las otras carpetas, las tres que correspondían a los nombres que Federico le había soltado antes de que él lo enviase a chuparle el culo al diablo.

LOS MONSTRUOS

A Paco Bermejo lo llamaban el Abuelo por las canas que le habían salido desde la treintena, por las bolsas en los ojos y por la veteranía, la cual le había puesto en la voz un cinismo que podía confundirse con sabiduría. A él no le había molestado usar ese apodo como nombre de guerra, aunque en realidad acababa de cumplir cincuenta y conservaba gran parte de la energía de hacía quince años. Con esa vitalidad se movía de un lado a otro del dormitorio, cogiendo mudas de ropa y echándolas en el bolso de viaje, abierto sobre la cama.

Pilar permanecía apoyada en el vano de la puerta, observándolo. Él sabía que desaprobaba lo que estaba haciendo y por eso procuraba no devolverle la mirada. Pero, en algún momento, tuvo que ir al cuarto de baño para coger su neceser y no le quedó otra que enfrentarse a ella. Intentó acariciarle la mejilla. Ella le apartó la mano.

—Quita, Paco.

—No te pongas así, mujer. Si hay que hacerlo, hay que hacerlo.

—No me jodas, Paco —dijo ella volviendo al recibidor, segura de que él la seguiría—. El Paisa lo puede hacer él solito.

—Una parte sí, pero la otra…

Pilar se sentó en el brazo de uno de los viejos sillones de escay y encendió un cigarrillo.

—De la pasta olvídate, Paco. Ya hace tres años.

—No estoy yo tan seguro —dijo él—. Ya oíste lo que dijo Diego: que Maru es de las que se administran.

—El dinero no es lo que le jode a Diego, y lo sabes.

—A mí tampoco me jode tanto el dinero, Pilar. Es la traición.

—Como a mí. Como a todos. Pero ese es otro tema. La cuestión es: ¿por qué tienes que ir tú? ¿Qué ganamos con eso y cuánto

arriesgamos a cambio?

El Abuelo paseó la vista por la estancia cochambrosa en la que Pilar había puesto unas cortinas de color amarillo y un par de jarrones con flores artificiales. Una más de las muchas moradas provisionales por las que habían pasado en aquellos años, pisos vacíos o a medio amueblar en los que, si se quedaban lo suficiente, iban metiendo atrabancos de segunda mano para crear la ficción de que se trataba de viviendas normales. No era el primer cuchitril que intentaban adecentar para que no los ganara la tristeza y no sería el último. Al principio eran masías o caseríos más o menos dignos, apartamentos cedidos por camaradas, chalecitos que pertenecían a la abuela de algún simpatizante. Hoy, en cambio, ya iban quedando pocos camaradas y casi ningún simpatizante. El Estado les iba ganando una batalla que, sin embargo, ellos se resistían a abandonar. Al Abuelo no le apetecía dejar a Pilar sola entre aquellos muebles de rastro, decorados con los horribles jarrones y figuritas que ella había conseguido aquí y allá, en los ratos libres que le dejaba un empleo de camarera que en los últimos meses ya no era una fachada, sino su principal fuente de ingresos. Y, no obstante, dejarla sola era un paso que se le antojaba imprescindible para sacarla de allí. Sí, arriesgaban mucho, pero también podían ganar bastante, y así se lo dijo a Pilar, tomándola de la mano. En primer lugar, autoestima. En segundo, mostrar públicamente que no estaban vencidos, que la lucha continuaba, que la FRADA seguía en marcha y no perdonaba traiciones. Por último, existía la posibilidad de que Diego tuviese razón y aún quedara algo de dinero.

—No nos vendrá mal una inyección de fondos —concluyó.

Pilar se puso en pie. Estuvo a punto de decirle que los fondos podían conseguirlos como otras veces, pero imaginó lo que él le diría: que en ese momento carecían de medios, de infraestructura, de logística e, incluso, de personal para planear nada que no acabara siendo una chapuza. Así que se limitó a mirarlo con sarcasmo e irse a la cocina. Paco se disponía a ir tras ella cuando se escucharon los dos timbrazos seguidos en la puerta de calle. Abrió él mismo y Atanasio entró sin saludar.

—¿Ya estás? —preguntó el recién llegado.

—Casi. ¿Qué has conseguido?

—Un Fiat.

—¿124?

—131. Supermirafiori. Me lo apañó Benito. Está limpio, con papeles y todo.

—Cojonudo.

—¿Dónde está Pilar?

El Abuelo señaló con la cabeza hacia la puerta de la cocina y, por su expresión, Diego entendió enseguida cómo estaban las cosas. Mientras el otro se iba a terminar de prepararse, entró a hablar con ella. La encontró apoyada en la alacena, esperando a que subiera la cafetera que acababa de poner al fuego.

—¿Cómo estás, camarada?

Pilar no se volvió hacia él para responderle:

—Hasta el coño de vosotros. Así estoy.

—Mujer, tienes que entenderlo.

Al decir esto, sí que hubo de enfrentarse al rostro endurecido de la mujer, al oscuro brillo de sus ojos, al rictus que invadió sus labios antes de que ella contestase:

—No me tomes por gilipollas, Diego. Lo entiendo mejor de lo que tú te crees. Y esto no va de castigar a Maru o de conseguir el dinero. Esto va, sobre todo, del puto dolor de cuernos que se te quedó cuando te dejó con un dedo metido en el culo.

—Y una bala en la rodilla, no te olvides.

—No me olvido. Pero habría preferido que te la metiera en la cabeza, si llego a saber que ibas a enredar a Paco en toda tu mierda.

—Lamento que pienses así, pero te equivocas. A mí lo de ella…

—A ti lo de ella no se te olvida —lo cortó Pilar—. Y por tu puto encoñamiento nos vas a joder a todos.

Diego sopesó la posibilidad de darle una hostia. Antes de que pudiera decidirse, Bermejo apareció en la puerta de la cocina con el bolso en la mano.

—Ya está bien —le dijo a Pilar.

El rengo aprovechó para escabullirse hacia el recibidor. El Abuelo, entonces, logró vencer la resistencia de Pilar hasta poder darle un

abrazo.

—No me quiero marchar dejándote cabreada. Mañana o pasado estamos de vuelta. Y, si hay suerte, después nos piramos de aquí.

A Pilar se le había puesto un nudo en la garganta.

—Esto me da muy mala espina, Paco. No sé, tengo un mal pálpito.

—Vaya, a estas alturas te vas a poner supersticiosa. Si te parece, me agencio una pata de conejo.

Casi se rieron de la broma estúpida. Al final se despidieron con un beso largo, que él sintió como una promesa y ella, como un punto final.

—Si llama el Paisa, dile que las órdenes son las mismas. Que espere, que va a haber reunión familiar.

Pilar, en medio de la estancia, asintió mientras ellos salían y cerraban la puerta, y luego, cuando sus pasos se perdieron escaleras abajo, se detuvo un momento a mirar a su alrededor con una tristeza que le llegaba desde más allá de lo consciente. Fue a la cocina, a retirar el café, ya hervido. No lo tomó. De hecho, dejaría la cafetera allí, tal cual estaba.

Entró en el dormitorio, sacó una maleta y la llenó con unas cuantas prendas y con las cuatro cosas que le importaban. Pensó en escribir una nota de despedida, una explicación que Paco se encontrase bajo un cenicero o en la puerta de la nevera, pero entendió que, si se sentaba a escribir aquella explicación, no se marcharía. Antes de meterlos en el bolso, revisó sus documentos y contó el dinero que tenía. No era demasiado, pero sí lo suficiente para comprar un billete hasta la frontera. Más allá, aún tenía amigos que podrían echarle una mano.

Tomás Laguna volvió a su cabina favorita en San Expósito, la que estaba cerca de la biblioteca y del quiosco. Con la correa de Roco en una mano y su bloc de notas en la otra, introdujo en la ranura dos monedas de diez duros y puso otras dos en la repisa, porque entraba en lo posible que la conversación fuese larga. En esta ocasión, Ortega debía de tener un día desahogado, porque la secretaria lo pasó de inmediato. A modo de saludo, el comisario le preguntó si había seguido teniendo problemas con sus moteros adolescentes.

—Eso está solucionado. De hecho, te llamo para devolverte el favor. ¿Tienes algo para anotar?

—Claro.

—Pues anota.

Aguardó unos segundos a que allá, al otro lado del hilo, Sebas se preparara, y le dictó la dirección que había apuntado casi a oscuras la noche antes.

—¿Lo tienes todo?

—Sí. ¿Qué es esto?

—Un piso franco de la FRADA en Barcelona.

—No me jodas. ¿Y de dónde lo has sacado?

—Revisando papeles. Es largo de explicar, pero creo que ese piso se nos pasó hace tres años. Y, por eliminación, haciendo cábalas, me he dado cuenta de que ahí podrían parar Paco Bermejo y Pilar Escribano, si no han salido del país.

—No jodas —se sorprendió Ortega.

—Y hasta puede que, con un poco de suerte, ande también por allí Diego Cruz.

—¿Atanasio?

—Ese.

—Pero ¿tú crees que después de tanto tiempo…?

—Como ese sitio no cayó en aquella operación, supongo que lo consideran «no comprometido». Y no están para buscar escondites nuevos.

—No sé yo.

—Con que los de Información le echen un vistazo no se pierde nada, Sebas.

Ortega no respondió enseguida. Laguna lo imaginó reflexionando sobre lo que acababa de contarle.

—Si estás en lo cierto —dijo al fin—, podría caer la organización interior.

—Y el secretariado militar. Ese puesto lo tenía Diego Cruz, al menos por aquella época.

—Sí. Pero yo creo que no van a estar allí.

—Si no están, algún rastro habrán dejado.

—Eso es verdad. —Volvió a guardar silencio unos momentos. Luego dijo—: Óyeme una cosa: ¿seguro que esto lo has averiguado buscando en los papeles?

Tomás Laguna tenía una respuesta preparada para esa pregunta:

—No lo estaba buscando. Me saltó a la cara de repente, contrastando información. Comparando entre los sitios de los que tenía información en aquella época y las órdenes de entrada y registro.

—No me refiero a eso. Me refiero a que no cabe la posibilidad de que tú estés haciendo tus cositas por tu cuenta, ¿verdad? Quiero decir, tú sabes que estas guerras no las puede librar uno solo, ¿no?

También la risa que soltó Laguna estaba preparada desde antes de llamar.

—Pero, Sebas, ¿tú te crees que yo soy gilipollas? ¿Quién te piensas que soy? ¿El Guerrero del Antifaz? Yo estoy retirado. Y retirado significa retirado. Lo que pasa es que me di cuenta de esto y creo que te puede ser útil.

—Y lo será. Gracias, hermano.

—Las gracias échaselas al gato.

—Joder, cómo te gusta devolvérmelas, mamón. —Ambos rieron la broma. Después, Ortega repitió en voz alta la dirección que Laguna

le había proporcionado y añadió—: Está bien. Llámame mañana y te cuento lo que averigüemos.

Laguna volvió al todoterreno, acomodó a Roco en la parte de atrás y arrancó para volverse a casa. Se lo había pensado mucho antes de decidir darle a Sebas el paradero de Bermejo y Cruz. Su principal preocupación en ese sentido era que ellos hablasen acerca de Maru, que contaran que ella seguía en el país, que vivía en Nidocuervo. Pero acabó entendiendo que lo más importante era quitarlos de en medio, eliminarlos de la ecuación, porque, aunque esta vez no lo consiguiesen, mientras estuviesen operativos, continuarían enviando a un comando tras otro hasta que al fin alguno de ellos acabara cumpliendo con su cometido. Por eso determinó que era mejor no dejar sueltos aquellos cabos, que eran largos y podían enredarse en demasiados lugares imprevistos.

Pensando en esto, salió de San Expósito y comenzó el camino de ascenso. A su izquierda tenía el barranco de las Lágrimas. Allí, en algún lugar oculto entre el terreno abrupto y la vegetación, junto a su ciclomotor robado, estaría el cadáver del camarada Federico, comenzando ya a oler. Lo imaginó hecho un guiñapo entre unas rocas, oculto por arbustos, con la enorme hendidura en la cabeza invitando a los insectos de la muerte a alimentarse, poner en ella sus huevos, colonizarla con sus larvas.

Ahora le tocaba esperar y confiar. Esperar a que alguien encontrase el cadáver y confiar en que las autoridades no se molestasen en investigar si la de José Ramón Guzmán Rodríguez era su verdadera identidad. Esperar a que le hiciesen la autopsia cuando ya se hubiese deteriorado lo suficiente como para que las laceraciones del cuello, las muñecas y los tobillos no llamasen la atención y confiar en que la caída por el risco sirviese como explicación para la ausencia de tres de sus uñas. Esperar a que Información localizara el piso franco y confiar en que Atanasio y el Abuelo estuviesen

demasiado interesados en salvar su propio pellejo como para preocuparse de delatar a la camarada Marcela. Esperar a que las aguas volviesen a su cauce y confiar en que ninguna de las noticias (el hallazgo del cadáver y la caída de la comisión de interior de la FRADA) alarmase a la pelirroja lo suficiente para huir. Porque él no la quería huyendo. Él la quería allí, donde había pasado los últimos tiempos, viviendo en la finca de Clemente, como Marta Ferrer, la Colorada, la traductora dedicada a cuidar del chico.

Aparcó ante la casa de los guardeses y dejó salir a Roco. En el portabultos del Jimny aún estaba tirado el blanco casco de medio huevo. Para que todo fuera coherente en el escenario, había decidido no incluirlo en el cuadro. Pero había olvidado deshacerse de él cuando tiró la ropa que había llevado puesta en un contenedor de San Expósito y ahora seguía ahí. Era lo único que lo relacionaba con lo que había ocurrido la noche anterior. Sin embargo, era ya mediodía y él necesitaba un coñac y algo de comer. Se prometió a sí mismo hacerlo desaparecer en cuanto hubiese oportunidad. Al segundo trago de coñac, se olvidó de su promesa.

El chico no sabía qué hacer, porque nunca había visto algo así. Se acercó con andares presurosos hasta el borde del socavón. La moto estaba tirada de lado en el fondo. Se preguntó si él sabría conducirla y correr con ella como en las películas y se respondió que no, que no sabría. Y, en todo caso, seguro que estaba rota y él no podría arreglarla. Y, además, no era suya. ¿De quién? Tampoco lo sabía. Pero no suya. No, no era suya. Se lo repitió un par de veces, en voz alta, hasta que vio el otro bulto, el que atrajo realmente su curiosidad hasta hacer que se olvidara del vehículo. El otro bulto estaba más allá, al pie de un árbol, y, al acercarse, vio que era un señor. Aquel señor se había quedado dormido en una postura muy extraña, boca abajo, sin ni siquiera quitarse la mochila de la espalda, con las piernas sobre una roca y la cabeza hacia el fondo de la ladera, hundida entre unos crecidos rabos de gato. Las moscas zumbaban a su alrededor, pero no se movía para espantarlas. Tenía un brazo oculto bajo el cuerpo y el otro extendido hacia la izquierda. Sí, el señor tenía que estar incómodo. Cuando se despertase, le iba a doler todo, especialmente el cuello.

No, el chico no sabía qué hacer. Lo mejor sería despertarlo, decirle que cogiera una postura adecuada, dejarlo dormir de nuevo. Eso era lo que hacía Marta con él cuando se quedaba dormido viendo la tele. Pero ¿y si se enfadaba?

Transcurrieron cinco, diez minutos. Y él permaneció todo ese rato allí, en pie, mirando al hombre, mordiéndose el labio inferior, con los pulgares metidos en las correas de la mochilita, hasta que por fin se atrevió a acercarse un poco más.

No lo tocó enseguida. Encontró un palo y, con él, le presionó el hombro. Solo entonces vio la enorme herida en la cabeza, la sangre que le surgía de un lado y le había apelmazado el pelo. Ahora estaba

seca. Marrón. Muy oscura. Casi negra. El señor no reaccionó tampoco la segunda vez que el chico lo empujó con la punta del palo. Ni la tercera. Ni la cuarta. Cuando por fin se atrevió a ponerle la mano encima, primero sobre un hombro y en la frente después, notó que estaba frío. Y sucio, muy sucio. El rocío y la tierra habían formado una capa que le cubría la piel. El señor tenía barba. Una barba muy tupida. Y en la barba también tenía sangre y tierra. Con un dedo, intentó abrirle un ojo (el otro lo tenía contra el suelo) y el párpado volvió cerrarse en cuanto lo soltó. Miró la herida. Tenía los bordes negros y luego había algo blancuzco y, más al interior, una especie de masa rosácea en la que se posaban las moscas.

Ya no le cupo ninguna duda de que el señor estaba muerto. No, definitivamente, no estaba vivo. Había estado vivo, pero ya no lo estaba. Y él sabía lo que hay que hacer cuando un ser vivo deja de estar vivo.

La mujer trabajó hasta tarde. La inundación, las malas noches, el espacio mental ocupado por suspicacias habían retrasado la traducción con la que andaba en esos días y la fecha de entrega estaba a punto de echársele encima. Por eso ya había comenzado a oscurecer cuando se levantó del escritorio. Entonces cayó en la cuenta de que el chico no estaba allí, en el estudio, leyendo sus tebeos en silencio para no molestarla, como solía hacer a esas horas. Sintió un leve atisbo de alarma al pensar en la posibilidad de que no hubiese regresado aún de su caminata. Pero se lo encontró en el pasillo. Venía, con su sonrisa eterna y su corpulencia, desde la parte trasera de la casa. Debía de haber estado en el huerto, porque llevaba el chándal muy manchado de tierra y con flores de rabo de gato pegadas a las mangas.

—Mira cómo me vienes, Abel —lo reprendió sin enfado. Luego, como otras veces, le tomó la cara entre las manos y, antes de plantarle un beso en la nariz, le dijo—: Aaaay, vaya muchacho más desastrado.

El chico, también como otras veces, se liberó fingiendo pudor, pero muerto de risa.

—Anda a la ducha.

Mientras él se iba a coger ropa limpia, Marta salió al patio trasero. Quería ver qué había estado haciendo el chico en el huerto. Sin embargo, no logró hallar ningún cambio significativo. Se acercó al cuarto de aperos. Normalmente estaba desordenado, pero ella se percató enseguida de que la pala había sido utilizada, porque estaba sucia de tierra. Comprobó, por costumbre, que la alfombrilla de goma continuaba en su sitio. Volvió al porche, se sentó y encendió un cigarrillo. Fumó preguntándose qué habría estado haciendo el chico. Sabía que debía controlarlo, pero también le gustaba darle su

espacio, permitirle tener sus pequeños secretos, siempre que no dañara a nadie ni se hiciera daño él mismo. Le preocupaba más lo segundo que lo primero. Abel no le haría daño ni a una mosca. En cuanto a las autolesiones, hacía mucho desde la última vez. El cambio de aires le había sentado bien. Seguro que los terapeutas tenían razón y estaban más relacionadas con la inestabilidad y la escasa atención que recibía en el asilo (las monjas lo llamaban hogar, pero no era más que un asilo) que con su forma de ser o su trastorno. No: Abel era feliz aquí, con el huerto, con sus paseos, con sus educadores y sus compañeros de la escuela especial. Y con Roco, desde que Laguna se había venido a vivir al pueblo. Estaba centrado y tranquilo. No tenía por qué ponerse a hacerle preguntas que lo incomodaran si no era estrictamente necesario y, en esta ocasión, no parecía serlo. Se rio ante la posibilidad de que por allí, más allá del huerto, el chico se hubiese puesto a cavar agujeros sin ton ni son. Y, bueno, no molesta a nadie y, al fin y al cabo, siempre le viene bien un poco de ejercicio, se dijo mientras apagaba el cigarrillo y regresaba al estudio. Allí, contó las páginas que le faltaban para acabar la traducción. Había adelantado, pero no le daría tiempo a entregarla en el plazo fijado. Tendría que telefonear a Paula para pedirle un par de días más.

Llegaron al hostal Maresía cuando acababa de cerrar la noche. El recepcionista les dio una habitación doble en la cuarta planta. Se extrañó cuando, tras inscribirse, aquellos dos tipos con pinta de viajantes de comercio preguntaron por el mochilero de la 301, pero, con profesionalidad digna de mejor establecimiento, se volvió hacia el casillero para comprobar que no estaba en su habitación.

—Habrá salido a cenar —dijo el cojo, el que acababa de inscribirse como Lorenzo Hernández.

—No sabría decirle —comentó el recepcionista, encogido de hombros—. No coincido con él desde ayer.

—Pero no ha dejado el hostal, ¿no? —preguntó el del pelo canoso.

El conserje consultó su fichero:

—No, señor. Se supone que se queda al menos hasta mañana.

—Bueno, ya coincidiremos con él —concluyó el supuesto Lorenzo Hernández cogiendo la llave y su bolso de viaje antes de encaminarse al ascensor.

El otro lo siguió.

El cuarto era tan triste como el resto del establecimiento, pero no habían venido de vacaciones. Se sortearon las camas y deshicieron las maletas en diez minutos. Luego, Diego se tumbó. Necesitaba, según dijo, descansar un poco del viaje en coche. Bermejo, en cambio, prefirió darse una ducha y cambiarse. Al salir del baño, descubrió que Atanasio se había quedado dormido y lo despertó dándole un manotazo en el pie.

—Vamos a ver si el Paisa ha regresado ya.

Bajaron a la tercera planta y tocaron en la habitación del camarada Federico un par de veces, hasta que entendieron que seguía sin estar allí.

—¿Qué hacemos? —preguntó Diego.

—A tomar por culo. Vámonos a cenar algo nosotros también. Igual hasta nos lo encontramos por ahí. Esto es pequeño.

Cenaron en un restaurante del paseo marítimo. Efectivamente, San Expósito era una ciudad pequeña, pero ni en el camino hasta el restaurante ni después, en los bares que fueron visitando hasta medianoche, se encontraron con el camarada Federico. Desde una cabina, telefonearon a Pilar para preguntarle si el Paisa había llamado. Pero nadie contestó.

—Es raro —dijo el Abuelo.

—Bah, se habrá ido al cine. Me preocupa más lo del Paisa. Se suponía que nos estaba esperando.

De regreso al hostal, comprobaron que el Derbi seguía sin estar en el aparcamiento y que la habitación continuaba vacía.

Estuvieron tentados de entrar, pero, al fin y al cabo, el Paisa era joven y podía haberse ido de fiesta.

—Habrá ligado —dijo Atanasio.

—Supongo. De todos modos, le hemos dejado recado en recepción. Vámonos a dormir y mañana ya veremos.

Tomás Laguna no tenía nada que hacer, salvo esperar. Y a eso se dedicó. Mientras tanto, aprovechó para revisar sus archivos atizándose buches de Tres Cepas que alternaba con café recalentado, pendiente de quien circulara por la carretera, lo cual podía hacer con cierta comodidad porque el valle amplificaba el ruido de los motores y eso le permitía llegar a tiempo a la ventana. Al repasar los papeles ahora, lejos del trabajo, sin la necesidad constante de conseguir resultados o redactar informes, intentaba beneficiarse de la perspectiva que confiere la distancia. A lo que ya sabía añadió sus descubrimientos recientes. Por lo que el Paisa le contó, él había tenido razón en un principio: Maru había dejado la banda. Los había traicionado y se había ido así, sin más, sin que hubiese explícita disensión previa o alguno de los largos debates sobre táctica y estrategia que solían desarrollarse en el seno de la organización antes de deserciones o escisiones. Simplemente, les clavó un puñal por la espalda y se mandó a mudar, se hizo humo dejándolos descompuestos, con un herido y atenazados por un cordón policial que ella supo saltarse pero que ellos fueron incapaces de romper para poder seguirla. Y no se había ido con las manos vacías. Se había llevado el botín del asalto en Valladolid, el más sonado y el más cruento de los que había perpetrado la organización.

Laguna buscó informes sobre aquello entre sus papeles y no tardó en dar con el saldo luctuoso: dos vigilantes muertos más un tercero herido de gravedad. Casi sesenta millones de pesetas en papel moneda de diverso valor. Eso fue lo que se llevó Maru Abarca, dejando a la banda con el culo al aire. Y ese precio de sangre, pensó Laguna, debía de ser el que le había permitido convertirse en Marta Ferrer. O el que la había obligado a hacerlo, se corrigió

inmediatamente.

Sí, lo de Valladolid, un asunto gordo. Ellos lo llamarían «expropiación», pero, en su opinión, el eufemismo comunistoide era lo único que lo diferenciaba de un vulgar atraco a mano armada. En los últimos años, había sido la fuente de financiación preferida de la banda: más rápida y con menos complicaciones que el secuestro; más eficiente que el método del impuesto revolucionario, que su logística depauperada les impedía cobrar a empresarios cada vez menos amedrentados.

De ordinario, mostraban cierta predilección por cajas de ahorros con oficinas poco vigiladas en ciudades pequeñas o medianas, capitales de provincia o cabeza de comarca. Sus métodos habituales incluían la violencia y la intimidación, pero, al contrario de lo que ocurría cuando atentaban, casi nunca eran letales. Solían vigilar al director de la sucursal, lo seguían a primera hora de la mañana y lo obligaban, a punta de pistola, a vaciar la caja fuerte. Después huían en un utilitario robado que los esperaba en las inmediaciones. En toda la operación intervenían en total dos, a lo sumo tres comandos con armas cortas. La cifra del botín solía ser alta, pero no exorbitante; oscilaba, de ordinario, entre el millón y los diez millones de pesetas y, pasado el susto, las únicas realmente jodidas eran las aseguradoras.

Sin embargo, lo de Valladolid fue un asalto a un furgón blindado custodiado por guardias con licencia de armas. Quedaba claro que algo había cambiado tras la operación que dirigió Laguna contra la FRADA, la cual, aunque podría haberla erradicado, no lo consiguió del todo. Por supuesto, se sabía que intentarían algún tipo de represalia, algo gordo para demostrar que aún seguían en el juego, pero se esperaba un atentado, una bomba en algún lugar público, el asesinato de algún miembro de las fuerzas del orden o algún político. Ni sus superiores ni sus subordinados ni él mismo tuvieron en cuenta que, además de derribar como un castillo de naipes el organigrama de la banda, la operación había dejado a la FRADA casi sin fondos. Así que tampoco nadie imaginó que la respuesta consistiría en un atraco. Un atraco diferente, más ambicioso y, esta vez, muy violento, con métodos que la FRADA nunca había

empleado, con bombas lapa para detener el furgón, dos autos y un camión para cortar las salidas de una calle y la intervención de al menos seis comandos armados con pistolas, subfusiles Z-70 y hasta un chopo.

En su momento se pensó que aquel dinero permitiría a la banda reorganizarse y financiar nuevas acciones inusitadamente temerarias. Pero no fue así. Después de aquello, solo hubo algunos pequeños atentados y los atracos a sucursales de siempre. En ese momento, entre trago y trago de coñac, Laguna se explicó por qué. Y, al mismo tiempo, comprendió el motivo de que hubiesen enviado a Ortiz González para localizar a la camarada Marcela. Lo que no acababa de entender era por qué ella había hecho eso, cuándo decidió abandonar la banda, traicionar a su gente (incluido Diego Cruz, que era su pareja y al que, al parecer, le pegó un tiro en una pierna) y huir con el percal. Cuáles habían sido, en definitiva, sus exactas razones para coger aquel dinero, llevarse al chico y crearse aquella nueva vida. Y necesitaba entenderlo, porque podía ser que, en el fondo, los motivos de la pelirroja no fueran muy diferentes de los suyos.

Hizo una pausa. Salió al porche, fumó un cigarrillo acariciando a Roco, que se dejó mimar hasta casi dormirse con la cabeza en su regazo. Y luego apagó el cigarrillo, le hizo una última caricia al perro y volvió a la mesa pensando en lo que sabía sobre los años de militancia de la mujer, en la información cierta y comprobable de la que disponía sobre el tiempo en que aún no era Marta Ferrer.

Maru Abarca había sido primero militante del Partido Comunista de España en el exilio y, después, de la Unión Marxista-Leninista Ibérica, para pasar luego a formar parte de su brazo armado, la Federación Revolucionaria Antifascista Diez de Agosto. Para la UMLI y la FRADA, el Partido Comunista de España, siempre a sueldo de Moscú, había caído en el revisionismo y se había convertido en colaboracionista con el régimen de Franco. Acabado este, con los partidos de izquierda apoyando la Constitución, su postura se había radicalizado aún más. Igual que la RAF alemana, los GRAPO o los grupos maoístas que habían surgido en Hispanoamérica, buscaban una supuesta pureza, un retorno a los orígenes en la lucha política.

Y eso, como les había ocurrido a los alemanes, los había ido aislando, sumergiéndolos en una espiral de violencia que los alejaba cada vez más de las masas a las que pretendían despertar. Con escaso apoyo social, rotos sus puentes con otras organizaciones, a la FRADA solo le había quedado un camino: la huida hacia delante.

Los atentados mortales se hicieron frecuentes. Con bombas o con tiros en la cabeza, la FRADA asesinó a policías, guardias civiles o militares profesionales. Pero alcanzó un punto de no retorno al atentar en el Florida, un restaurante del centro de Valencia donde se reunían simpatizantes de Fuerza Nueva. Allí saltaron por los aires diez kilos de Goma-2 un jueves por la tarde, llevándose por delante a ocho personas e hiriendo a otras treinta y dos, en su mayoría familias que no habían pisado un mitin de la extrema derecha en su vida y que estaban en el local solo para merendar. Dos de los muertos eran niños y, durante aquellos años en los que su principal objetivo fue la FRADA, Tomás Laguna tuvo siempre sus fotografías sobre la mesa. Lo ayudaban a no olvidar a quién perseguía y, sobre todo, a justificar ante sí mismo cualquier cosa que hiciese para acabar con la banda. Él y su equipo consiguieron detener y poner ante el juez a los autores materiales, pero jamás a quien dio la orden, que provenía, sin lugar a dudas, de Diego Cruz.

Eso le jodía de forma particular, porque él conocía a Atanasio. Lo había interrogado personalmente en una ocasión, después de que lo detuviesen con propaganda. Pero, claro, aquello había ocurrido en 1970, cuando él todavía era inspector y Cruz ni siquiera había pensado en abandonar el Partido Comunista. Dieguito, por entonces joven y blandengue, había cantado ópera después de solo media hora esposado a un radiador. Lo que ocurría era que sabía poca cosa, aparte de la ubicación de una multicopista y de los nombres de cuatro gatos tan poco importantes como él.

A veces pensaba en aquel interrogatorio. Imaginaba lo que habría hecho de saber en quién se convertiría aquel mindundi, en lo que haría y lo que ordenaría hacer unos años después. Y lo que habría hecho hubiese sido lo que hizo en tantas ocasiones con tantos individuos peligrosos, porque en aquellos años no era infrecuente que los elementos subversivos fuesen excarcelados bajo palabra y

no se los volviese a ver más o fallecieran por traumatismos debidos a su resistencia en el momento de la detención o poco más tarde, mientras se encontraban en custodia, a causa de padecimientos cardiacos o pulmonares no notificados previamente. Eso siempre y cuando no se precipitaran al vacío desde el cuarto piso de una comisaría en un absurdo intento de fuga.

Y sí, acabar con Atanasio antes de que ascendiera en la organización habría evitado mucha muerte y mucho dolor, pero al pensar en aquellos eufemismos que él solía hacer constar en los informes cuando se les iba la mano o dejaban que se les fuera le saltaban a la cara sus propios pecados, sus propias barbaridades, y entendía, con rabia sorda, con infinita vergüenza, que él y Atanasio no eran tan diferentes. Pese a sus excusas, pese a sus consuelos inútiles, pese a las cantinelas del deber y de que el fin justifica los medios, al final un hombre no es lo que dice de sí mismo que es, sino la suma de sus acciones. Y en sus acciones también habían caído inocentes, porque las prisas son malas consejeras y la presión desde arriba es una maquinaria entre cuyos engranajes siempre perece aplastada la verdad.

Aquellos pecados que él y los suyos habían llamado errores, aquellos crímenes (sí, crímenes: no eran otra cosa), siempre lo inquietaron cuando bajaba la guardia, pero lograba domesticar los remordimientos utilizando la razón de Estado o el estado de la razón. Sin embargo, ya no pudo seguir haciéndolo cuando comenzó lo de Carmela.

Durante el proceso interminable de la enfermedad, mientras la veía marchitarse poco a poco, se preguntaba una y otra vez por qué debía ser precisamente ella, que jamás había hecho mal a nadie, quien pasara por aquel sufrimiento. No lograba entender los motivos de Dios (Laguna era de los que piensan que Dios jamás actúa sin motivo) para hacerla víctima de aquel horror, en lugar de cebarse con él, que tanto pecado mortal acumulaba a sus espaldas. De pronto, una madrugada, tras haber pasado la noche velándola en el hospital, hubo un momento de lucidez en el que logró entender que era a él a quien Dios castigaba, despojándolo de lo único bueno que tenía en el mundo.

Lo supo así, de golpe y sin avisar: Carmela era el instrumento para castigarlo por sus pecados. Era ella quien sufría por todo el mal que había causado él. Una de las últimas veces que hablaron, antes de que entrase en el coma del que ya no despertaría más, se lo dijo. Carmela lo entendió y no se molestó en contradecirle. Incluso en instantes como aquel, para ella jamás existían los problemas; solo las soluciones.

—Entonces, debes redimirte —le dijo—. Redimirse es remediar.

—¿Cómo, cariño? ¿Cómo puedo remediar todo el mal que hice a tanta gente?

—No puedes remediar todo el mal que hiciste, mi vida. Pero puedes intentarlo. Elige a una persona, solo a una de todas aquellas a las que dices que les hiciste daño. Elige a una y hazle el bien.

Eso fue lo que hizo. Elegir. Eligió a una. A la más inocente. Y esa elección lo había llevado a otras elecciones, las cuales lo habían conducido hasta allí, hasta aquel purgatorio de la humanidad que era Nidocuervo, hasta esa mañana en la que revisaba papeles no lejos de su revólver, horas después de haber cometido nuevos pecados que, para él, no contradecían la pureza de la tarea que se había propuesto, pues había entendido que, para cumplir su propósito, él podía asumir cualquier nueva culpa, sumarla a las que pesaban desde siempre sobre aquella alma suya ya condenada.

Durante el desayuno, Diego Cruz y Paco Bermejo hablaron de lo que harían si el Paisa seguía sin dar señales de vida. Por eso, al volver al hostal y comprobar que no había regresado, no necesitaron decirse nada más: se miraron un instante con complicidad y luego el Abuelo se puso a vigilar el ascensor y las escaleras mientras Diego Cruz sacaba de su cartera un trozo de radiografía. La puerta no tardó en abrirse con un chasquido.

En el cuarto del camarada Federico reconocieron algunas prendas de ropa, la marca de la cajetilla vacía de cigarrillos en la papelera, sobre el envoltorio grasiento de un bocadillo que olía como huelen los envoltorios grasientos de bocadillos baratos tras un par de días. El Paisa no había dormido allí.

El Abuelo se puso a mirar los papeles que había sobre la mesa y el cojo revisó dentro del ropero y debajo de la cama. Al pasar la mano entre el colchón y el somier, encontró la pistola y la sacó.

—Por lo menos sabemos que no ha hecho nada por su cuenta.

—Y que cumplió la orden —repuso el Abuelo antes de mostrarle el cuaderno que había estado ojeando y, en la otra mano, un pequeño cartón coloreado. Era el resguardo de un laboratorio de revelado fotográfico. Al dorso, venía la dirección del negocio.

De camino a recoger al chico, Marta Ferrer hizo parada en lo de Emilia para llamar a Paula Artigas. Saludó a don Andrés y a la dueña, que hacían tertulia en la barra, y pidió cambio para usar la cabina. La conversación fue corta: Paula accedió a ampliarle el plazo de entrega, pero le pidió que no se demorara mucho más. La pelirroja se despidió diciendo que la llamaría para avisarla en cuanto enviase el trabajo por correo. Al pasar por la barra, camino de la calle, oyó a Blas, que había entrado en el bar mientras ella telefoneaba, pronunciar las palabras «pues allá abajo están los picoletos, rebuscando», que atrajeron inmediatamente su atención. Por eso se detuvo junto a don Andrés, que, como Emilia, escuchaba el chisme.

—Pero no lo encuentran por ningún lado —decía ahora el agricultor.

—¿A quién? —preguntó Marta.

Blas la miró con sus ojillos marrones como si llevara todo el rato allí con él.

—Al dueño de la moto —contestó.

—¿Qué moto?

—La moto. Una Derbi, creo.

Marta frunció el ceño, sin acabar de comprender. Emilia se volvió hacia ella:

—Por lo visto, han encontrado una moto abandonada, ahí abajo, en el barranco de las Lágrimas.

—Bueno, si es un Derbi, será una de esas pequeñas, un ciclomotor —precisó don Andrés.

—Lo que sea —prosiguió Emilia—. El caso es que por lo visto se la encontraron allí tirada y la Guardia Civil está investigando, porque se barruntan que le ha pasado algo al conductor.

La pelirroja comenzó a entender y a hacerse preguntas. Blas, pensando que estaba interesada en la novelería, vio una oportunidad perfecta para tener contacto con la Colorada y, sin que nadie se lo pidiera, se avino a recapitular.

—Yo me enteré esta mañana por Sinesio, el de las plataneras, que fue el que la encontró. Él estaba por allá, por el barranco, por debajito del mirador del Charco, recogiendo eucalipto, y la vio, tirada en una especie de zanja. Tenía una marcha puesta y todo. Así que llamó a los del cuartelillo de San Expósito y para allá que se subieron. Dizque andan pensando que puede ser de alguno al que se llevara el barranco cuando la tromba de ahí más allá. Pero yo me bajé antes a olisquear y la vi y para mí que no puede llevar tanto tiempo allí y tampoco tiene pinta de que la haya arrastrado la riada. Aunque vaya usted a saber. Igual es una moto robada que algún chiquillaje dejó tirada cuando se le acabó la gasofa.

Marta Ferrer había ido asintiendo a todas y cada una de las afirmaciones de Blas, hasta que a este no le quedó nada por contar y comenzó con sus elucubraciones. Entonces las cortó encogiéndose de hombros, mirando el reloj y diciendo:

—Bueno, seguro que no es nada. Me voy, que llego tarde a recoger a Abel.

En cuanto salió del bar y se metió en la furgoneta, Blas hizo un gesto de imitación y dijo:

—Joder con doña Importante…

—Eso querrías tú —le soltó Emilia yéndose a la cocina.

Don Andrés se aguantó una risita mientras Blas le gritaba a Emilia defensas de su propio orgullo a las que nadie atendió.

Marta Ferrer condujo como siempre hacia San Expósito, pero más lentamente. Al pasar ante el mirador del Charco, vio que allí estaba Tomás Laguna. Con el perro a su lado, el hombre miraba hacia lo hondo del barranco. Se volvió un momento a saludarla con la mano y siguió a lo suyo. Ella también. Continuó el descenso hasta el tramo que dominaba el lecho. Casi se detuvo hasta ver, por entre los árboles, el furgón de atestados y la grúa donde un operario estaba cargando ya el ciclomotor lleno de barro y hojas que sí, era el mismo que días atrás conducía el tipo de la barba.

Cuando regresó con el chico, no estaban ya ni la grúa ni el furgón, pero pudo ver, más allá de los árboles, el color naranja de unos hitos que marcaban el lugar donde había aparecido el ciclomotor.

No le gustaba un pelo el asunto, pero la explicación acertada suele ser la más sencilla. Y la explicación sencilla era, para variar, la del salvaje de Blas: un pirado había robado un ciclomotor para darse un par de vueltas y lo había abandonado al quedarse sin combustible. No solo era sencilla, sino que resultaba reconfortante, porque, en ese escenario, ella no tenía nada que ver, salvo por el hecho de haber coincidido en el trayecto del ciclomotor y el barbudo del casco de medio huevo. Se aferró, por el momento, a esa posible explicación. Otras más complejas habrían provocado que se tambalease el mundo.

Tomás Laguna metió a Roco en el todoterreno y bajó a telefonear a San Expósito preguntándose qué carajo había pasado con el Paisa. Por lo que había visto desde el mirador, habían encontrado el Derbi pero no el cadáver. De lo contrario, la cosa no se habría solucionado con un furgón de atestados y una grúa, sino que todavía a esas horas habría habido un buen trifostio en el barranco, con la comitiva judicial y los de Criminalística buscando indicios. Y no había nada de eso, así que alguien había movido el cadáver. Porque el Paisa estaba muerto. Y los muertos no se levantan de repente y se van andando. Sin embargo, ahora dudó: ¿podía ser que se hubiese equivocado y que el tipo no estuviese muerto del todo? ¿Era posible que, milagrosamente, se hubiese salvado, vuelto en sí y huido?

—¿Tú qué dices, Roco? —le preguntó al perro, que, desde el asiento del acompañante, dejó de mirar por la ventanilla un momento para atender a su nombre—. ¿Tú crees que el tipo nos la pegó? ¿Que seguía vivo? Yo lo veo difícil. Es más fácil que a mí me crezca una segunda polla, fíjate lo que te digo.

Roco lo miró un par de veces, pero su interés estaba puesto en cómo pasaban los coches, los árboles, las naves de almacenaje que había a las afueras de San Expósito, las viviendas sociales que ya formaban parte de la ciudad aunque todo el mundo quisiera olvidarlo, las calles del centro, con gente que recorría aceras y plazas a solas o en grupo, niños que volvían a sus casas desde colegios donde no había comedor, perros que dormitaban al sol o se dejaban pasear por sus dueños. Cuando Laguna detuvo el todoterreno y le puso la correa para pasearlo a él, Roco olisqueó aquí y allá y meó contra una farola indolente antes de que el hombre se echase a caminar. Después soltó por el camino un par de chisguetes más, aquí y allá, por donde intuía que habían pasado otros animales, para

dejar su personal grafiti de orín, su «Roco estuvo aquí». Pero una vez frente al teléfono público, cuando Laguna levantó el auricular y se puso a introducir monedas, se tumbó. Sabía que tocaba esperar a que el amo hiciese sus cosas antes de volver a pasear. Era una pesadez aquello de estar parándose cuando él quería, pero venía con el cargo: si uno tiene un amo, debe dejarlo que se detenga de vez en cuando para que satisfaga sus necesidades.

Sebastián Ortega comenzó su conversación con Laguna dándole la razón:

—Cantaste bingo: era un piso franco.

—¡Bien! —exclamó, sin poder evitarlo, Laguna.

—Pero estaba vacío.

—Entonces, el bingo se nos queda en línea.

—Lo dejaron hace poco, de pronto. Vete tú a saber, igual alguien de Información no hizo bien su trabajo y enseñó la patita y ellos se olieron la tostada. La cosa es que, cuando los nuestros entraron, no había nadie. Con el puerta a puerta hemos averiguado que allí vivía un matrimonio. Ella trabajaba de camarera. Él no se sabe, pero era mayor que ella, un tipo de pelo canoso.

—El Abuelo.

—Alguna vez tenían visita: un tipo cojo y algún elemento más. En fin, para decírtelo pronto: hay impresiones confirmadas de Pilar Escribano, de Paco Bermejo y de Diego Cruz. Pero han salido más juegos. Todavía los están procesando. Además han encontrado una cacharra del nueve largo y, sobre todo, munición. No toda del nueve largo. También había del veintidós y del nueve Parabellum.

—Más armas sin localizar.

—Vete a saber.

—¿Y documentación?

—Algo ha aparecido: correspondencia, una agenda telefónica, extractos. Mi gente está atando cabos ahora con todo eso.

—Es raro.

—¿El qué?

—Que se hayan dejado atrás un hierro, la munición y los papeles. No tiene pinta de que estuvieran avisados.

—No lo sé. A lo mejor tienes razón, y solo es que entramos en mal

momento, cuando estaban fuera. Pero también puede ser lo que te dije: que se vieran venir el asunto y salieran por pies con lo puesto. En todo caso, hemos desmantelado otro piso franco. Y estamos más cerca de pillar a los de arriba. Y todo gracias a ti. ¿Ves la falta que nos haces?

Tomás Laguna asintió en silencio como si el otro pudiera verlo. Pensó en que «a los de arriba» ya los habían trincado hacía tres años y que ahora volvía a haber alguien arriba. Que aquello nunca se acababa del todo, porque, cuando le cortaban la cabeza a la culebra, enseguida le crecía otra entre las malezas y ellos debían encontrarla para cortarla también y que, cuando lo hicieran, volvería a crecer una nueva cabeza y así una y otra vez, hasta que ellos se cansaran o no quedara culebra. Pero no dijo nada de eso.

Al otro lado del hilo, Ortega abundaba en detalles que ya no le interesaban y reiteraba agradecimientos que le sobraban. Prefirió concentrarse en los hechos que en ese momento le resultaban útiles: no estaban en el piso franco y, por tanto, podían estar en la comarca, en Los Álamos o en el mismísimo San Expósito. Tal y como había contado el Paisa, habían preferido dejar de delegar y hacer ellos mismos la faena. Y no era extraño: al menos en lo tocante a Diego Cruz, la cosa tenía un aspecto personal. Estuvo a punto de sugerírselo a Ortega, de decirle lo que sabía, de pedirle ayuda. Pero eso habría implicado quitarle la careta a Marta Ferrer, dejar a la camarada Marcela al descubierto. Así que determinó que debía bregar él solo con Cruz, con el Abuelo, incluso con Pilar Escribano, si ella también había venido. Y esa determinación coincidió casi con el momento en que un pitido los avisó de que el saldo de la cabina estaba a punto de agotarse. Tenía más monedas a mano; no las introdujo. Interrumpió la perorata de Ortega diciendo:

—Oye, Sebas, esto se corta.

—Bueno. Llámame en un par de días y te cuento más.

—Te llamaré, pero solo para saludar. Esto ya no me interesa.

—El viejo ermitaño.

—Recuerdos a Maribel y a las niñas.

—Serán dados.

Tras colgar, miró a Roco, que le devolvió la mirada con impaciencia.

—Vamos —dijo.

Roco se alegró de que el amo terminara de hacer sus tonterías. Todavía quedaba mucho terreno por explorar y mear.

Si Maru le había hecho una jugarreta al Paisa, sería mejor reunir toda la información disponible antes de ponerse en marcha. En su cuarto del hostal, sentado Atanasio al borde de una de las camas y el Abuelo ante el aparador, donde se había organizado una especie de escritorio, estudiaron el cuaderno y las fotografías de la forma más minuciosa posible, relacionando las anotaciones con las fotos. La mayoría eran planos generales, pero algunas habían sido tomadas haciendo *zoom* sobre la pelirroja mientras acompañaba al chico a la escuela, salía de la Ebro ante su casa o fumaba en el porche trasero. En una de ellas se la veía con bastante nitidez, andando con el chico hacia la furgoneta. El Abuelo se dio cuenta de que, mientras él hacía unas anotaciones, Diego Cruz se había demorado con aquella foto entre las manos. Entendió que en su contemplación había una rabia y una nostalgia que no se había molestado en disimular: quizá el Abuelo era la única persona ante quien no necesitaba hacerlo.

—Hay que ver, Paco. Quién nos lo iba a decir.

—Está bien conservada.

—No ha pasado tanto tiempo —dijo Cruz.

—Aun así. Pensé que estaría un poco más castigada. A nosotros el tiempo sí que nos ha pasado factura.

—Tú ya eras viejo en la facultad. Y yo… No sé… —Cruz se dio un par de palmaditas en la pierna herida—. Después de esto, supongo que ya no he sido el mismo.

Era cierto: Diego había cambiado después de aquello. Todos lo habían hecho. Era como si Marcela, al pegar aquel tiro, los hubiese alcanzado a todos. De aquel día, el Abuelo recordaba, sobre todo, una mirada cómplice: la de los ojos de Pilar, mientras ambos inmovilizaban a un Diego sollozante y maldiciente para que se dejase rajar y coser por el veterinario que estaba intentando curarlo.

Aquella mirada le indicaba precisamente eso: que ya todo había cambiado para siempre. Pero ahora no quiso hablar de ese recuerdo. Tampoco de lo que le podía haber ocurrido al Paisa, a quien no imaginaba huyendo de allí sin las fotos, sin sus notas, sin la pistola. Y, sin embargo, debía decir alguna cosa, porque Atanasio aguardaba con la foto en una mano y la otra sobre la rodilla. Así que comentó algo a lo que daba vueltas desde hacía días:

—Lo que me deja en treinta y tres es lo del crío.

—¿A qué te refieres? —preguntó Diego.

—Es el hijo de la hermana, ¿no?

—Sí, Angelito. El de Ana.

—Pues eso, que me deja flipado que se lo llevara con ella cuando se largó.

—Todavía no lo has entendido, ¿verdad, Paco? —El Abuelo lo miró sin saber qué era, en concreto, lo que debía entender—: No es que se llevara a Ángel cuando se largó, sino que se largó precisamente para llevarse a Ángel.

Bermejo hizo un mohín de incredulidad.

—¿Tú crees, Diego? Quiero decir, ¿quién querría…?

—¿Cargar con eso? —completó Cruz.

—Bueno, si lo quieres decir así…

—A Maru se le metió en la cabeza cuando nos enteramos de lo de Ana. Me estuvo dando la brasa durante meses: que si era culpa de ella, que si era su responsabilidad, que si la abuela del crío lo había metido en un asilo, qué sé yo… Lo iba a ver donde las monjas y cada vez venía más jodida. En fin, así estuvo un tiempo, insistiendo para que lo sacáramos de allí. Pero yo le decía que no podía ser, que esta vida de vivir al día, a salto de mata…

—Y, aparte, a ti no te apetecería mucho, ¿no? —dijo el Abuelo con malicia.

Cruz se rio de su propia mezquindad:

—A mí me apetecía lo mismo que cortarme un brazo. Si hubiera sido mío, nuestro, todavía. Pero cargar con el hijo de otro, ni de coña. Lo que pasa es que Maru se sentía culpable. Resabios de colegio de monjas, supongo. Pero, de todos modos, ¿qué culpa iba a tener ella? Una puta casualidad. Una metedura de pata de la

hermana. No, señor: Ana se buscó la ruina ella solita. Y ni siquiera eso, porque tampoco sabía que Maru estaba en busca y captura.

Paco Bermejo había notado cómo Diego Cruz se iba encendiendo. Entendió que hablaba para sí mismo más que para él, como si estuviese solo y no tuviese a nadie delante o, para ser más exactos, como si tuviese ante sí al fantasma de Maru, un recuerdo hecho alucinación de la Maru de antaño o, al menos, de hacía un par de años; el espectro mudo al que debía de haber soltado aquella misma arenga en cualquiera de sus noches de clandestina soledad.

—Me cago en la puta —continuaba Cruz, arrabiado, notando cómo las palabras le ascendían hasta la boca como una acidez de estómago—. No podía dejarlo estar. Yo creí que sí. Durante años lo pensé: que se había conformado, que había comprendido que no era asunto nuestro, que el chaval habría sido un lastre. Incluso, cuando hizo lo que hizo, cuando nos dio por culo, no se me ocurrió que fuera por eso. Y, sin embargo, fíjate —insistió mostrándole la foto por última vez antes de arrojarla sobre la cama—: Al final toda esa traición fue para poder llevarse al crío, jodida cabezota de los cojones.

Bermejo aprovechó que Atanasio parecía haber vuelto a reparar en su presencia para ponerse en pie y mirarlo con gravedad.

—Oye, Diego, ¿tengo que preocuparme?

—No sé qué quieres decir —dijo el otro con la misma expresión que habría puesto de haber llegado en ese instante a la habitación.

—En un momento determinado, ¿podré contar contigo? Quiero decir: no me apetece verme en una movida sentimental.

—No me jodas, Paco.

—No. No me jodas tú. No estamos de excursión. Aquí hay que andar fino y con cojones: la Maru no es manca y, por lo que sabemos, puede haberle dado finiquito al Paisa y, si no se ha pirado ya, puede estar esperándonos para aplicarnos el mismo tratamiento. Así que, si me voy a tener que estar preocupando de que me falles a última hora, prefiero ir solo.

Diego Cruz no se puso en pie, pero al alzar la cabeza para mirar al Abuelo a la cara pareció crecer muchos centímetros cuando dijo, con todo el aplomo que fue capaz de reunir:

—Yo soy un guerrillero, Paco.

Paco Bermejo no respondió nada. Se limitó a asentir, a volver a sentarse ante la cómoda, a continuar leyendo las notas. Desde hacía rato, no dejaba de pensar en Pilar, en la última conversación que habían tenido y en que, muy probablemente, ella tenía razón. No obstante, él no era de los que cambian de caballo a mitad de la carrera. Prefería fingir que creía a Atanasio a tener que preocuparse.

EL ÚLTIMO ALMUERZO

Ese día comieron albóndigas. Marta Ferrer las bañaba en una salsa de tomate a la que añadía cebolla, ajo y guisantes y las servía con un poco de arroz blanco como guarnición. Cuando comían ese plato, Abel tenía un ritual muy específico: antes de empezar, usaba una cuchara para verter abundantes cantidades de salsa sobre el arroz y observaba cómo el líquido rojo y espeso iba impregnando la superficie blanca. En el momento en que ya se había extendido, removía el arroz con el tenedor hasta teñir cada grano. Entonces, una vez mezclados, la salsa y el arroz formaban una especie de pasta de un color terroso donde el rojo ya no era rojo ni el blanco era blanco ni volverían a serlo jamás. En cierta ocasión, unos meses antes, habían hablado sobre eso y el chico había sorprendido a la Colorada con aquella reflexión, hecha a su manera: el arroz no es arroz y la salsa no es salsa.

Como tenía en cuenta lo que el chico decía, como se lo tomaba en serio (probablemente, era la única persona que lo hacía), Marta Ferrer ya estaba acostumbrada a que sus comentarios la llevaran a pensar en cosas en las que, de no ser por eso, no habría reparado. De ordinario eran asuntos de poca enjundia, pero, en ocasiones, algunas ideas se le quedaban en la cabeza dando vueltas, estableciendo una relación dialéctica con sus creencias, con sus recuerdos, con otros ámbitos de su conocimiento sobre el mundo. Ahora, viendo cómo el chico vertía la salsa con lenta generosidad por encima de su montañita de arroz, volvió a recordar aquella conversación, a repetirse que él estaba en lo cierto: una vez vertida la salsa sobre el arroz, comenzaba el camino inexorable del cambio de arroz y salsa en otra cosa, enseñanza culinaria básica que, sin embargo, a ella la llenaba de angustia, acaso por la semejanza entre la salsa sobre el arroz y la sangre sobre la nieve. Ella había visto

sangre sobre la nieve. Ella había derramado sangre sobre la nieve.

Después de comer, levantaron el mantel, fregaron los platos, hablaron de lo que harían cuando el chico volviera de su paseo, porque era día de riego en el huerto y, además, la mujer quería podar y entutorar unas berenjenas que no estaban creciendo hacia donde debían.

—¿Yo riego y tú podas? —preguntó el chico.

—Eso.

Luego, la Colorada se sentó en el porche trasero con su café y su cigarrillo, escuchando cómo, en el interior de la casa, el chico se lavaba las manos y los dientes, se ponía las deportivas y cogía otra vez su mochilita.

—Me voy al paseo —le dijo al aparecer, instantes más tarde, junto a ella.

Marta le alisó innecesariamente el flequillo y le plantó el acostumbrado beso en la mejilla.

—Pórtate bien. Y no vengas tarde, que luego nos da la noche y no podemos hacer nada.

El chico asintió, negó y volvió a asentir con la cabeza según ella hablaba antes de marcharse diciéndole adiós con la mano. La mujer lo vio alejarse por el camino que iba a dar al paso de servidumbre que atravesaba la finca de la Condesa. Adivinó su trayecto de esa tarde: pasaría por la parte trasera del pueblo, rodeándolo, hasta acabar en las cercanías de la casa de los guardeses. Sonrió ante la idea de que cada vez disimulaba menos cuando tenía ganas de ver a Roco. Se demoró allí un rato más, acabándose el café, fumando otro cigarrillo, contemplando el huerto y, más allá, el pico Encarnado, tan alto y tan acogedor a un tiempo.

A Ana le habría gustado, se le ocurrió pensar, y al hacerlo sintió aquella punzada de amor y de dolor que experimentaba cada vez que se acordaba de ella.

Hay tareas que no conviene emprender con el estómago vacío pero que tampoco deben hacerse después de un banquete. Por eso Paco Bermejo y Diego Cruz pidieron un menú de quinientas pesetas en un bar del paseo marítimo de San Expósito: una sopa de pollo y media ración de pescado a la plancha. Comieron casi en silencio, antes de descansar un rato al sol tomando café en la terraza que daba a la playa. Allí ultimaron detalles, hicieron ajustes, calcularon tiempos, imaginaron posibles soluciones a probables imprevistos. En realidad, su plan casi no era ni un plan: sabían lo que había que hacer, aunque no cómo lo harían o cuánto tiempo iban a tardar. Lo único que tenían claro era cuál debía ser el resultado.

Rumiando aquella idea general, volvieron al hostal, recogieron sus cosas y dejaron la habitación. Saliera como saliese su acción, ni debían ni deseaban volver.

Atanasio fue quien se puso al volante. Bermejo le pidió que se detuviera en una cabina telefónica para hacer un último intento de hablar con Pilar. Desde el asiento del conductor, fumando con parsimonia, Cruz lo vio marcar de manera sucesiva uno, otro y hasta un tercer número sin conseguir que nadie le contestara. A la cuarta, logró hablar con alguien, pero, evidentemente, no fue con ella, a juzgar por la brevedad de la conversación y la violencia con la que colgó el auricular.

—Me cago en su puta madre —dijo tras entrar de nuevo en el vehículo dando un portazo.

—¿Qué pasa?

—Arranca.

—Pero ¿qué…?

—¡Arranca, coño!

Un manotazo en el salpicadero, brutal, acompañó la orden y Diego

Cruz decidió que era mejor obedecer.

—He llamado a lo de Benito. El piso está comprometido —se lamentó el Abuelo.

—¿Cómo de comprometido?

—Del todo.

—¿Y Pilar?

—No estaba allí cuando entraron, por lo visto. Pero tampoco ha ido a la reunión de seguridad.

—¿Y entonces?

—¿Y yo qué coño sé?

—¿El Paisa?

—¿Tú qué crees?

Acababan de salir del casco. En un tramo que pasaba entre descampados, el Abuelo le ordenó parar, pero Atanasio hizo caso omiso hasta que el otro le dio un grito.

—¡Para, cojones! Tenemos que pensar.

Diego Cruz obedeció al fin. Salió de la carretera y se internó unos metros en un solar lleno de maleza y basuras. Solo entonces detuvo el vehículo.

—A ver, ¿qué hay que pensar?

—A lo mejor Maru no le hizo nada al Paisa. A lo mejor al Paisa lo han trincado.

Ambos sabían lo que suponía aquello. Una detención de Fede y un interrogatorio hábil explicaban, no solo su desaparición, sino la entrada de la Policía, justo ahora, en el piso donde Paco y Pilar habían estado viviendo casi tres años sin que nadie pareciese sospechar de ellos. Y si el Abuelo estaba en lo cierto, si al Paisa lo habían detenido y había cantado, la Policía tenía que estar también al tanto de dónde estaban ellos, adónde se dirigían, qué pretendían hacer.

Al escuchar esto, Diego Cruz miró instintivamente a su alrededor. Pero a sus espaldas no vio más que la ciudad y, ante ellos, las malezas y basuras que rodeaban el coche, el nacimiento del barranco atravesado por un puente un kilómetro más adelante.

—Todo cuadra, Diego —concluyó el Abuelo.

—No del todo.

—¿Qué quieres decir?

Atanasio procuró ser didáctico:

—Pongamos que sí, que han trincado al Paisa. Que lo han interrogado. Que le han hecho el tercer grado o, yo qué sé, que el cabrón se ha cagado encima y nos ha vendido, que también es posible. Si esto es una encerrona, si nos están vigilando desde que llegamos o nos están esperando arriba, en Nidocuervo, ¿por qué entrar en el piso franco?

—¿Qué?

—Sí: si sabían que no estábamos allí, sino que habíamos venido para acá, ¿para qué iban a entrar? Eso supone ponernos sobre aviso. ¿Por qué iban a joder su propia emboscada?

—No lo sé, Diego. Igual son más torpes de lo que te piensas. Igual alguien ha hecho las cosas al revés.

—Puede ser. No te digo que no. Pero también es posible que no sea el Paisa quien comprometió el piso. Piénsalo: nos hemos recorrido medio país, hemos tomado un ferri, llevamos desde ayer en la misma pensión donde se alojaba el Paisa. Y en su habitación nadie había tocado nada. Estos, cuando entran, entran a saco.

Ambos guardaron silencio durante un buen rato, fumaron, miraron el triste paisaje, los roquedales que se alzaban más allá del barranco. Diego le tenía la maña cogida a la forma en que el Abuelo pensaba. Por eso, tras concederle ese tiempo, volvió a hablar como quien comenta algo que no tiene que ver con él.

—Sí, puede que hayan trincado al Paisa. Y puede que haya soltado lo del piso. Para darles algo que masticar, para darnos tiempo…

—Pilar…

—Ella está bien. Si la hubieran detenido ya nos habríamos enterado. —Bermejo asintió para darle razón—. Pero, de cualquier manera, en el caso de que tengan al Paisa, no creo que les haya contado que íbamos a venir. Es más, estoy hasta dudando de que lo hayan cogido. Le habrían registrado la habitación, habríamos notado un seguimiento… No sé, algo.

—Y, entonces, ¿dónde está? ¿Qué ha sido de él?

—Puede que haya ocurrido lo primero que pensamos: que Maru le haya jugado una mala pasada.

—Y, en ese caso, nos está esperando.

—Razón de más para centrarnos en lo que nos tenemos que centrar.

—También podemos abortar la acción.

—¿Ahora? ¿Ahora que estamos tan cerca? ¿Y marcharnos con las manos vacías? Y después ¿qué?

Tomás Laguna no cocinó ese día. Cuando vio volver a la Colorada y al chico en su furgoneta, se sentó en el poyo de la entrada y se comió un par de sándwiches de mortadela y una manzana sin quitar ojo a la carretera. Luego, sacó una novelita de ciencia ficción, café y tabaco, y se quedó allí sentado, esperando y temiendo que pasase por la carretera algún vehículo desconocido.

Había hecho sus cálculos: al Paisa le habían dicho que esperara un par de días; si había de ocurrir algo, ocurriría ese día o al día siguiente como tarde. Si no, eso significaría que habían desistido de ir a por ella, que se habían olido la tostada y se habían largado.

Hacia San Expósito bajaron tres vehículos: el camión de reparto del agua embotellada, el coche del hijo de Ma Carmita, que habría venido a almorzar con su madre, y el furgón de Colás el fontanero. Desde la ciudad subieron Eulogio el mecánico y Abelardo, que regresaba de recoger mercancía y se detuvo a echar una parrafada con Laguna y a saludar a Roco, que apoyó sus dos patas delanteras en la ventanilla del conductor para dejarse acariciar la cabeza mientras el amo y Abelardo charlaban sobre el tiempo, sobre lo a gusto que se estaba en aquel porche, sobre el ciclomotor que había aparecido en el barranco y cuyo legítimo propietario, según Abelardo, debía de estar cagándose en los muertos más frescos de quien se lo robó.

Marta Ferrer apagó el cigarrillo, dejó en la pila la taza sucia y se fue al escritorio. Durante un rato, intentó trabajar. Pero existen ciertos oficios que resulta muy complicado ejercer si tienes la cabeza llena de recuerdos. El suyo era de ese tipo. Buscó en el cajón, acaso solo para comprobar que aún estaba allí, la estilográfica y leyó, como siempre, el nombre de Ana.

Ana y ella se llevaban un año y once días, pero parecían gemelas y así las había criado su madre. Siempre con los mismos vestiditos, con idénticos peinados en sus cabelleras rojizas, con muñecas similares que llevaban en iguales cochecitos. Pero Ana había llegado antes, un año y once días antes. Por eso María Eugenia fue heredando con naturalidad cuadernos, libros escolares y hasta algún primer amor que casi llegó a confundirlas, como las confundían las visitas al ver sus fotos de primera comunión, con el mismo vestido y el mismo devocionario usados primero por Ana y luego por Maru, quien había imitado a su hermana hasta en la angelical postura de oración. En el instituto, en cambio, fue Ana quien pareció heredar de ella los libros, las ideas, las estratagemas para evadirse de la vigilancia paterna y vulnerar las estrictas normas que la familia imponía a unas verdaderas señoritas. Ana jamás se atrevió a ir tan lejos como Maru, ni geográfica ni políticamente: decidió estudiar una carrera de letras sin salir de La Coruña, y la militancia comunista de la hermana menor se le quedó a la mayor solo en unas simpatías vagamente progresistas. Y hasta estas fueron languideciendo conforme realizaba sus estudios y comenzaba un largo noviazgo con un alumno de Económicas por quien se dejó preñar poco antes de que ambos se licenciaran. Ella, que había previsto ejercer como profesora y como mujer libre durante un tiempo antes de atarse, se encontró un día casada de penalti, embutida en el corsé marital y

maternal. Maru ni siquiera asistió a la boda. De hecho, cuando Ana escribió contándole que estaba embarazada, la ya por entonces camarada Marcela no se alegró con la noticia: ella misma había renunciado a tener familia porque los hijos encadenan, suponen una carga material y, sobre todo, un lastre sentimental para quien ha de consagrarse a la lucha. Por eso se demoró en responder y, cuando lo hizo, convirtió a Ana en el blanco de una cínica vehemencia de la que hoy, como de tantas otras cosas, se arrepentía.

Ana se sintió tan dolida que no volvió a comunicarse con ella hasta mucho después. Entonces fue cuando Maru supo que el parto no había ido bien, que el bebé había tenido lo que denominaban sufrimiento fetal, que Ángel (porque su sobrino se llamaba Ángel) tendría ciertas dificultades para salir adelante, que el padre de la criatura, empleado como viajante de comercio, había ido haciéndose argonauta en un mar de alcohol y perfume barato y poniendo cada vez más distancia entre visita y visita al domicilio conyugal, al cual un día, sin más, no regresó. Como en un aria de ópera, Ana se vio de pronto sola, perdida y abandonada, así que se resignó a volver a la casa paterna y aceptar un puesto como profesora de Latín en un colegio católico.

Maru conoció al chico cuando este tenía cinco años, el día del entierro de su padre. Casi no reparó en él, empeñada como estaba en intentar reconocer en Ana a la hermana a la que había dejado en La Coruña cuando se marchó a estudiar a París, y a quien no logró encontrar por ningún lado. Quien sí continuaba siendo exactamente la misma era la madre de ambas, aquella esclava contenta de su condición, marinada ahora en su rol de abuela enlutada de una criatura que-no-era-normal.

Tras el funeral, en la oscura casa materna, más llena de suspiritos y de manzanillas que nunca, Maru no tardó en comprender que el niño acabaría donde la abuela había decidido que acabara: internado en una casa de salud regentada por monjas, donde un primo lejano, a la sazón padre carmelita, había movido hilos para conseguirle plaza, cosa, según la viuda reciente, muy difícil en aquellos tiempos. A Maru el asunto le resultó indiferente, pero, por si se sentía tentada de opinar, la matriarca se aseguró de recordarle que ella había

elegido quedarse en Francia, alejarse de aquella familia que se lo había dado todo y a la que nada le había devuelto.

Esa fue la última vez que Marta Ferrer, que para ella aún era Gini, habló con su madre. Con Ana, sin embargo, hubo a partir de entonces una cierta reconciliación materializada en algunas cartas, varias conversaciones telefónicas con motivo de fiestas o cumpleaños, una última charla, que tomó el carácter de confidencia, en la que la hermana mayor le contó a la pequeña que había conocido a alguien, un hombre casado, aunque capaz de despertar su ilusión como no le ocurría desde niña. Pero, en general, se escribían poco y se telefoneaban menos, porque (y eso Ana no lo sabía) Maru había pasado del todo a la clandestinidad y cambiaba continuamente de casa, de identidad y de oficio conocido mientras la FRADA comenzaba a organizarse y a atentar. Y también empezaron a seguir su rastro los perros de presa de la Brigada Político-Social y, de entre ellos, la unidad dirigida por Sarabia, el perro más viejo y más fiero de todos, tan peligroso y tan listo que casi se había convertido en una leyenda cuya existencia algunos del entorno socialista incluso negaban. Por eso a alguien, antiguo seminarista, se le ocurrió apodarlo Satanás, porque también este utilizaba el truco de convencer a los hombres de que no existía. Pero Sarabia, Satanás, era de carne y hueso. Diego lo había visto una vez en persona, en Madrid, donde aquel lo había interrogado en una oscura comisaría. Él y su unidad, a la que por extensión llamaron los Hijos de Satanás, se habían convertido en un grupo de élite dentro de la BPS, los más tercos, los más crueles, los que menos reparos tenían de entre todos sus perseguidores, ya en general caracterizados por tener pocos escrúpulos. Llegaron a conocer bien a alguno de los Hijos de Satanás, pero a Sarabia solo lo habían visto un par de camaradas veteranos, como Diego. Y de eso hacía muchos años, cuando el otro aún era inspector. El muy malnacido sabía protegerse, mantenerse en la sombra. Después del 78, la unidad se había disuelto como se había disuelto la BPS, al menos formalmente. A nadie se le escondía que, tras la llegada de la supuesta democracia, las fuerzas represoras se habían retocado el maquillaje. Pero al fin todo era mismo perro, distinto collar, y en la FRADA todos estaban

seguros de que Sarabia y su gente, se llamasen como se llamaran ahora, eran quienes habían causado el descalabro de hacía unos años.

Al acordarse de sus tiempos en la lucha armada, la pelirroja siempre pensaba en la vida que debía de haber llevado Ana por aquella misma época. La imaginaba corrigiendo exámenes sobre la mesa del comedor familiar entre los oscuros muebles de los que la madre jamás había querido desprenderse; yendo a trabajar al no menos oscuro colegio donde intentaba despertar el amor por las lenguas clásicas en los hijos de algo destinado a formar parte de la nueva élite; visitando los domingos, los sábados, cuando se pudiese, al niño del que la abuela la había separado. Y, al mismo tiempo, deseando no ser aquella mujer de orden, la mujer abandonada y marchita que hacía lo que había que hacer y se comportaba como había que comportarse para expiar unos pecados que no había cometido. Ese deseo de ser otra debió de ser el que la condujo a cultivar primero la cercanía y luego la callada sexualidad de aquel compañero de trabajo casado con quien se acostumbró a citarse los jueves en una discreta pensión de la calle Estrella. Eso, el amante, fue lo que la perdió, quería pensar Marta: los encuentros de los jueves por la tarde en la triste casa de citas adonde ambos llegaban por separado. Pero todo esto lo supo o lo imaginó después. En su momento, no lo sabía, igual que Ana ignoraba que, para ese entonces, su hermana ya había cometido delitos de sangre, que la DGS, la BPS y los Hijos de Satanás la buscaban con discreción pero con ahínco a ambos lados de la frontera. Por eso fue por lo que cometió el más grave de los muchos errores que había cometido en su vida: utilizar la identidad de Maru para inscribirse en la pensión, aprovechando un viejo carné, un documento que en su momento se consideró perdido y que, al final, había aparecido entre las cosas suyas que quedaban en la casa familiar. La última vez que se habían visto, Maru ya era una chica de pelo negro cortado a la egipcia, mientras que Ana continuaba teniendo la cabellera color teja que siempre las había asemejado, así que Ana se parecía más a la Maru del carné que la propia Maru. Eso, el parecido de ambas en la foto, debió de ser lo que la llevó a tomarle prestado el nombre. Y eso fue

lo que le atrajo la última de su larga serie de desgracias.

Marta no supo con exactitud lo que había ocurrido hasta mucho después. La realidad fue alcanzándola poco a poco. Primero, Diego llegó al piso franco con una noticia absurda: se decía que la secreta la había detenido a ella, a Maru, en una operación en La Coruña. Todos se rieron. Los señuelos y las tergiversaciones propias del bloqueo informativo formaban parte del clásico repertorio de estrategias de la Brigada, en especial de la gente de Sarabia. Aunque también cabía en lo posible que algún tonto con uniforme se hubiese equivocado de persona. En casos así, el protocolo de actuación dictaba no mover un dedo, esperar a que se desarrollasen los acontecimientos: si se trataba de un error, la Policía o el Tribunal de Orden Público acabarían aclarándolo; si era un señuelo, la propia inacción lo desactivaría; si resultaba ser una estrategia de propaganda, ya habría una oportunidad futura de ponerla en evidencia.

Así que lo que hicieron fue no hacer nada. Al menos durante los diez o quince días que transcurrieron entre aquella primera noticia y la segunda, que llegó en forma de recorte de periódico traído por un camarada que acababa de volver de España. Según leyeron, una militante de la FRADA había fallecido al precipitarse al vacío desde un sexto piso en un intento de fuga de la comisaría donde permanecía custodiada a la espera de pasar a disposición judicial. Traducido a román paladino: a alguien se le había ido la mano en el interrogatorio. La noticia no daba el nombre de la detenida, pero, por las fechas y la referencia a La Coruña, entendieron que se trataba de la supuesta Maru, la equivocada Maru, la ya imposiblemente inventada Maru, pues ahora sabían que no era un farol ni un señuelo, sino un error. Por eso sintieron lástima por la pobre desgraciada desconocida, otro de tantos daños colaterales de aquella guerra en la que, de seguro, habría muchos más.

Sin embargo, unos días después, llegó otro recorte. Y este fue el que arrojó la obscena luz de la verdad sobre el suceso, porque, según este, la terrorista fallecida en su intento de huida era Ana Abarca Miranda, hermana de la peligrosísima María Eugenia Abarca Miranda, a quien se buscaba por numerosos delitos. Ana Abarca

Miranda había sido detenida en la pensión de la capital coruñesa donde se escondía, en el marco de una operación policial que tenía por objeto desarticular las redes de información de la FRADA en el norte del país.

Marta Ferrer no conservaba aquel recorte. Se había deshecho de él como se había ido deshaciendo de tantas otras cosas para poder convertirse en quien ahora era, pero su memoria había retenido el texto con la misma precisión que el momento en el que lo leyó, aquella caída al abismo del horror, de la ignominia, de la culpa. Y esta, la culpa, fue devorándola desde lo más profundo, como un cáncer silencioso, como un moho que iba impregnando todo lo que ella identificaba consigo misma y que, en realidad, no era ella. El proceso fue largo, aunque se inició de repente, con la mera lectura de aquella noticia de sucesos de un periódico local. A partir de ese momento, aquella infección se desarrolló, imperceptible e implacable, conquistando día a día los territorios de su identidad a lo largo de los meses y los años, hasta que ya no quedó en ella nada de la camarada Marcela y muy poco de la propia Maru, la joven idealista que pensaba que se podía cambiar el mundo y que había posibilitado que aquella alguna vez existiera.

También así, poco a poco, fue como entendió lo que debía hacer, lo acabaría haciendo cayese quien cayese, sacrificase a quien tuviera que sacrificar. Y, una vez tomada esa decisión, y sondeado Diego hasta la comprensión de que no podría contar con él y de que, en ese caso, él era igualmente sacrificable, ya no hubo marcha atrás.

Lo demás consistió en ser tan pragmática como sigilosa: informarse sobre el chico, vigilarlo de lejos, ir preparándose. Volvió a tomar contacto con Paula (a quien había querido proteger rompiendo lazos al pasar a la clandestinidad), buscó nueva documentación en redes ajenas a la FRADA y esperó una oportunidad que tardó en presentarse, aunque al fin lo hizo. Aquel día, en Valladolid, a ella y a Diego les tocó marcharse con el botín para entregarlo luego en una vieja finca abandonada. Jamás llegaron, porque ella aprovechó el cambio de vehículo que debían hacer en los suburbios para huir con el dinero después de pegarle un tiro en la pierna y desarmarlo.

También recordaba aquel momento. Había pensado que le dolería ver en el rostro de Diego el asco y la repulsión al descubrir que ella lo traicionaba. No obstante, fue solo sorpresa, la más absoluta incredulidad, lo que se pintó en la expresión de Atanasio y, absurda y algo cruelmente, Maru no logró reprimir una carcajada mientras salía del coche con las armas de ambos y lo dejaba sangrando y maldiciendo en el asiento del copiloto. Nunca sintió remordimiento alguno por haberle disparado. Siempre era mejor que volarle la cabeza, opción que, acaso, le habría garantizado más tiempo para huir. Así pues, sacrificó algo de seguridad a cambio de respetarle la vida a un hombre a quien había amado.

El resto fue relativamente sencillo: tomar un nombre prestado, ir a buscar al chico y sacarlo de aquel puto sanatorio donde la abuela lo había encerrado para poder olvidarse de él, esconderse en casa de Paula hasta que fuese seguro volver a salir, esta vez con otro nombre prestado que ya sería el definitivo, Marta Ferrer, ese nombre que, había decidido, sería ya el suyo de ahí en adelante, porque la mujer que era con él era más ella que ella misma, porque las otras (María Eugenia, Gini, Maru, Marcela, sobre todo) no eran más que pesadillas de las que había huido, que había dejado atrás. Para siempre.

Laguna estaba encendiendo un nuevo cigarrillo cuando escuchó el motor y, al mirar hacia el fondo del valle, vio venir el utilitario. Era un Supermirafiori gris y petardeaba, pero el conductor cambió una marcha al enfilar la cuesta y el coche pasó ante la casa de los guardeses como una ráfaga. Aunque no pudo distinguir los rostros de los ocupantes, sí logró ver que eran dos y supo que no eran del pueblo porque no lo saludaron pitando. Con saber eso le bastaba.

Entró en la casa, cogió el revólver, se lo encajó en el cinturón y se sacó los faldones de la camisa para ocultarlo. Después cogió las llaves y se dirigió a la puerta. Fue entonces cuando sintió la mirada de Roco. Lo había seguido todo el rato, meneando el rabo, creyendo que salían a pasear.

—Hoy no —le dijo—. Hoy no puedes venir.

Le puso la cadena y la fijó, como otras veces, a la pileta del patio trasero. Roco lo miró otra vez como si de pronto no lo creyera capaz de abandonarlo allí.

—No me mires así, mamón. Hoy no puedes venir. La cosa se puede poner mal.

Rodeó la casa para marcharse, llegó al todoterreno y abrió la puerta, escuchando los quejidos de Roco. Pensó en el perro y en lo que él mismo le acababa de decir. No sabía cuándo iba a volver. Si las cosas no salían bien, podría pasar mucho tiempo hasta que alguien viniese y se ocupara del perro. Volvió a la cocina, llenó un cuenco con pienso y se lo llevó. Luego cogió el cacharro para el agua y lo rellenó en la pileta.

Finalmente, se acuclilló hasta que su cabeza quedó a la altura de la de Roco. Lo agarró con suavidad por las orejas y pegó la frente a la cabeza del perro. Sintió el olor acre y familiar, aquel aroma a hogar y leña, su aliento amargo y cálido.

—Vengo enseguida y luego nos vamos tú y yo a pasear, ¿eh? —le mintió, acaso por primera vez desde que andaban juntos.

Roco levantó la cabeza y le dio un lametón en la frente y Laguna lo acarició, le palmeó el lomo, lo apretó contra sí. Ya iba a incorporarse cuando algo llamó la atención del perro. Allí, tras él, había alguien más. Por un instante, estuvo a punto de sacar el revólver, porque se le ocurrió que podía estar equivocado, que podría ser que la gente de la FRADA anduviese por allí, no por la Colorada, sino por él. Pero Roco se puso a menear el rabo y, al girarse, Laguna descubrió la corpulenta figura del chico, que sonreía con su dulce timidez junto a la puerta de la valla. Se le ocurrió que, en caso de que las cosas se pusieran feas, eso era lo mejor que podía pasar.

—¡Hala, Roco! —le dijo al perro para que el chico lo oyera—. Pero si es el amigo Abel.

El chico se acercó al mismo tiempo que Laguna se apartaba para hacerle sitio. Mientras aquellos dos se saludaban, Laguna sacó su manojo de llaves.

—No sabes lo bien que nos vienes, Abel. Justo ahora estábamos pensando en ti.

—¿En mí? —El chico no dejó de juguetear con Roco para preguntar aquello.

—Sí. Necesito que me hagas un favor muy grande.

—¿Un favor?

—Sí, un favor. Tengo que salir a un recado urgente. ¿Podrías cuidar de Roco? Sería solo un rato.

Abel se incorporó. Se quedó mirando las llaves que el hombre le tendía.

—Te dejo las llaves de casa, por si quieres entrar y hacerte un bocadillo.

El chico continuó mirándolo. El perro, ahora, también lo miraba, sentado sobre sus cuartos traseros.

—Será solo un ratito —repitió Laguna—. Pero lo importante es que te quedes aquí cuidando de la casa. Y que Roco se quede contigo. ¿Qué me dices? ¿Me harías ese favor?

El chico dijo que sí con la cabeza. Cogió las llaves, se quitó la mochilita, metió en ella el llavero y volvió a colgársela.

Laguna acarició por última vez a Roco. Luego miró al chico con seriedad:

—Ahora está a tu cargo. Lo vas a cuidar bien, ¿verdad?

—Sí.

—Hay algo que nunca te he dicho: los sábados, le compro un poco de hígado y se lo doy frito. Es como una golosina para él.

—Hoy no es sábado.

—Lo sé. Pero acuérdate de que eso le gusta mucho: los sábados, hígado.

—Los sábados, hígado.

—Bien.

—Bien.

—Cuando me vaya, suéltalo de la correa, pero no dejes que me siga.

El chico volvió a asentir. Laguna le sonrió y estuvo a punto de darle una palmadita en el hombro, pero recordó que eso lo incomodaba. Así que se dio la vuelta y se fue. No quiso mirar atrás ni escuchar los gemiditos de Roco mientras él rodeaba la casa, entraba en el todoterreno y arrancaba.

LA VOZ Y EL BOSQUE

—Esa tiene que ser —dijo el Abuelo.

Señalaba hacia delante, a la derecha, y comparaba lo que veía con una foto que había llevado en la mano desde que cruzaron el barranco. Diego no detuvo el coche, pero aminoró la marcha para poder pasar lentamente ante el edificio de piedra y cal. Sus ojos registraron la furgoneta Ebro de color beis estacionada, el porche delantero, las macetas con helechos, geranios y gerberas. Todo estaba como y donde las anotaciones del Paisa decían que estaba. Avanzaron un poco más y aprovecharon el desvío en el que nacía la pista de tierra para cambiar de sentido y volver en dirección al pueblo.

Nada parecía haberse movido en la casa cuando volvieron a pasar. Recorrieron trescientos, acaso cuatrocientos metros y entonces Diego sacó el coche de la carretera y lo estacionó en un hueco que había en el arcén, protegido de la vista desde la casa por un bosquecillo de lentiscos.

Sacaron las armas del portabultos. Paco Bermejo, nada más apearse, se había puesto unos viejos guantes de napa que solía usar para estas ocasiones. Eran marrones, se adaptaban perfectamente a sus manos y el cuero tenía manchas grasientas a la altura del pulpejo de la mano derecha. Diego Cruz no usaba guantes, no hizo más preparativos que montar el cerrojo y encajarse la pistola, asegurada, en el cinto a la altura del riñón derecho. Le pareció el sitio apropiado, porque no tenía previsto sentarse antes de empuñar la pequeña Erma semiautomática.

Para que no se les viera llegar, se acercaron atravesando el lentiscal por un sendero paralelo a la carretera. No les costó llegar a la casa desde el sur. La vieron después de coronar una lomada que descendieron procurando no hacer ruido. La sencilla construcción

carecía de puertas o ventanas por ese lado. Una vez allí, el murmullo que habían estado oyendo en el último tramo se convirtió en música. Dentro de la casa, había un aparato funcionando a todo volumen. Y lo que reproducía era música sinfónica. Algún tipo de melodía heroica o épica o, simplemente, grandilocuente; Brahms o Schumann, no importaba cuál de los dos. Como pretendían entrar de manera inadvertida, entendieron que el escándalo les resultaba conveniente.

Se separaron: el Abuelo fue por la parte delantera y Diego Cruz rodeó la vivienda y cruzó por el lado del huerto hasta llegar al porche trasero. Echó un vistazo descuidado al banquito en el cual había un cenicero a medio llenar con colillas de cigarrillos de la marca que solía fumar Maru. La puerta estaba entreabierta y no le pareció extraño; supuso que, si uno vive en una casa apartada en el campo, puede descuidar la puerta de atrás (la que da al huerto y a un camino real por el que no podría pasar ningún vehículo) mientras escucha música.

Al entrar, se encontró en un espacio diáfano compartido por un saloncito y un comedor al que daba una cocina. En el otro extremo de la estancia vio la puerta principal, que se abrió sin dificultad. El Abuelo apareció en el vano, con las cejas enarcadas y Diego le devolvió el gesto: a él también lo había sorprendido que la puerta principal estuviese abierta. Se ha vuelto descuidada, pensó. Pero no dijo nada. Se reunieron en la cocina y miraron hacia el pasillo que daba a las habitaciones. Si se encontraba en alguna de ellas, no podían adivinar en cuál, porque la música lo cubría todo. Paco Bermejo encabezó la marcha, apuntando al aire con su pistola. Atanasio sacó la suya y le quitó el seguro. La primera habitación era un estudio y tenía la ventana abierta. Allí había estanterías llenas de libros, archivadores, un escritorio y, en un rincón, una mesita, donde estaba el tocadiscos. También un silloncito, una mesita con tebeos.

Se separaron de nuevo: Atanasio entró en la habitación más cercana, que debía de ser la alcoba de Maru; el Abuelo registró la otra, el cuarto del chico. Ninguno de ellos vio nada excepcional, así que se encaminaron hacia la puerta del fondo, la única que estaba cerrada. Y, al acercarse, fueron distinguiendo, al otro lado, por

debajo de la música escandalosa, el sonido inconfundible de un grifo abierto, el chapoteo del agua cuando se le agrega más agua de forma constante. Enseguida entendieron que allí estaba el cuarto de baño: Maru aprovechaba la ausencia del chico para darse un baño escuchando música.

Música a toda pastilla y Maru indefensa en la bañera. No habrían podido tener más suerte. Se sonrieron con alivio, con malicia, antes de inspeccionar la cerradura, que no parecía cerrada con llave y, por señas, trazaron un plan.

Contaron hasta tres, Paco Bermejo accionó el picaporte y se apartó y Diego Cruz entró de golpe con el arma en ristre para sorprender a Maru metida en la bañera o preparándose para meterse en ella. Se dio de bruces con un aparador de mimbre sobre el que había toallas, neceseres, un secador, repuestos de papel higiénico. El mueble se tambaleó pero no llegó a caerse y Diego se orientó en cuanto pudo hacia su derecha, donde vio un lavamanos, un retrete, un bidé, una bañera con cortinas de hule de color azul quirófano. Allí era donde caía el agua caliente, generando un vapor que lo llenaba todo y todo lo volvía confuso, como la música heroica o épica o grandilocuente que estaba empezando a tocarle seriamente los cojones, porque la adrenalina le impedía pensar con la suficiente claridad como para averiguar qué era con exactitud lo que no iba bien en todo aquello y el estruendo no ayudaba. Y es que, eso era indudable, algo había empezado a no ir bien: al irrumpir en el baño él había hecho el ruido suficiente como para que quien estuviese en la bañera reaccionara y, sin embargo, nadie había dado señales de vida. Se aproximó y descorrió las cortinas para comprobar que, dentro de la bañera, solo había agua a punto de rebosar. Con un gesto mecánico, cerró el grifo y se volvió para decírselo a Paco Bermejo.

—Jodida Maru. Nos ha hecho la trece catorce.

Volvieron por el pasillo, sin guardarse las armas. Entonces, de pronto, la música se acabó por fin y el disco permaneció reproduciendo el siseo de la aguja sobre el vinilo.

—¿Dónde cojones puede…? —comenzó a decir el Abuelo, pero Diego lo atajó con un gesto mientras renqueaba hacia el estudio.

Ambos oyeron cómo arrancaba la furgoneta y, un instante después,

a través de la ventana abierta, la vieron pasar a toda máquina.

—¡Hija de puta! —escupió Bermejo corriendo hacia la entrada.

Diego Cruz no dijo nada. Necesitaba de todo su aliento para trepar al escritorio y saltar por la ventana. No contó con que un pie se le engancharía en el vano y acabaría cayendo de mala manera junto al arcén. Para cuando consiguió levantarse ya era imposible tener un blanco claro de la furgoneta, que se perdía carretera arriba.

Le arrojó las llaves del Supermirafiori al Abuelo, que ya había salido de la casa y se le aproximaba.

—¡Vete a por el coche y me recoges por el camino! —le gritó subiendo por la carretera.

El Abuelo corrió en sentido contrario, preguntándose en qué momento de sus vidas se habían vuelto los dos tan torpes.

Si no hubiesen tenido tantos remilgos, si no hubiesen tomado tantas precauciones y hubiesen ido directamente a la casa, la habrían sorprendido trabajando en el escritorio y con la cabeza metida en el fondo de un saco de recuerdos. El ruido de la máquina de escribir y el del alboroto de su memoria les habría dado cobertura. No habría tenido tiempo de hacer nada. En cambio, tanta prevención había jugado a su favor, porque, no solo oyó el coche, sino que lo vio pasar con toda tranquilidad por la carretera. La primera alerta fue esa: un auto desconocido que circula con lentitud hacia el pico Encarnado. La segunda fue el regreso del coche hacia el pueblo cuando ya estaba preparada para fijarse en el interior. Fue solo un segundo, pero enseguida distinguió al conductor.

Había ocurrido mil veces en su cabeza, con más o menos detalles. Ahora iba a ocurrir de verdad, la salsa se había vertido sobre el arroz y no había vuelta atrás, así que no se detuvo a pensar en nada, salvo en una cosa: había tenido suerte de que ocurriese en un momento en el que el chico no estaba allí. Por lo demás, su cuerpo se limitó a repetir lo que su mente había hecho tantas veces. Fue al baño, abrió el grifo del agua caliente en la bañera y corrió las cortinas. Salió, cerrando tras de sí. De la gaveta del dormitorio, cogió la pistola y la montó mientras volvía al estudio. El disco casi se eligió solo: la *Sinfonía n.º 3* de Schumann. Los dos primeros movimientos ocupaban la primera cara del disco. Más de un cuarto de hora de música a toda hostia. Abrió la puerta que daba al huerto, cogió las llaves de la furgoneta y salió por la principal. Al cerrarla, colocó un trozo de papel doblado en el hueco del pestillo, de forma que la puerta se abriese nada más empujarla.

En el camino aún no se veía a nadie. Entró en la Siata por la puerta trasera. Podría haberse asomado por las ventanillas, pero

habrían podido verla. Prefirió ir hacia delante, situarse, agachada, tras el asiento del acompañante y aprovechar la perspectiva que le daba el retrovisor derecho. Lo había probado muchas veces y ahora comprobó que funcionaba, que el espejo le mostraba la esquina sur de la casa. Muy mala suerte habría de tener para que solo fuesen por el lado posterior. Y, hasta en ese caso, dispondría de margen de maniobra.

Pasados unos minutos, vio la figura del hombre que atravesaba el porche delantero. Identificó enseguida los cabellos grises, el cuerpo engañosamente frágil, los gestos pacíficos que ocultaban una primordial aptitud para la crueldad. Paco Bermejo, el Abuelo en persona. Podría haber salido de la furgoneta y haberle pegado un tiro en la nuca, pero prefirió ser prudente: si el Abuelo estaba allí, Diego debía de encontrarse en ese momento entrando por el otro lado; no iba a levantar la liebre antes de tiempo y a proporcionarle la oportunidad de hacerse fuerte dentro de la casa.

Así que esperó a que el Abuelo hiciera lo que ella quería que hiciese: abrir la puerta y entrar. Y fue entonces cuando se pasó al asiento del conductor, introdujo la llave en el contacto y se dispuso a esperar.

Por supuesto, podría haber arrancado en cuanto entraron en la casa. La música quizá habría enmascarado el sonido del motor, permitiéndole huir antes de que se diesen cuenta. También podría haberlos sorprendido por la espalda. Sí, podría haberlos despachado rápidamente entrando con sigilo, sorprendiéndolos en el pasillo y descargándoles el peine encima. Pero nadie quiere seguir viviendo allí donde ha derramado sangre. Y a ella le gustaba aquella casa.

No. Ni los liquidaría en la casa ni huiría. Ya llevaba demasiado tiempo huyendo: primero, cuando era Gini, de su padre, de su familia, de todo aquel pasado familiar con olor a cera, anís y naftalina; luego, cuando adoptó el nombre de Marcela, de la Policía, de la Guardia Civil, de la Gendarmería, de la Político-Social y los Hijos de Satanás; en los últimos años, como Marta Ferrer, no solo de todo aquello, sino también de quienes habían sido sus camaradas y hasta de alguien a quien un día amó. Y, a cada nuevo nombre, algo o alguien se unía a la persecución, un nuevo perro se sumaba a la

jauría. No continuaría huyendo. Estaba hasta el mismísimo coño de huir. Aquello se acababa allí y se acababa esa misma tarde, aunque tuviese que matar, aunque hubiese de morir. Por eso no arrancó en cuanto entraron en la casa. Por eso esperó a que cesara la música y entonces, asegurándose de que la oyeran, de que viesen bien adónde se dirigía, puso en marcha el motor, metió primera y pisó el acelerador.

Tenía que asegurarse de que la seguían. La mejor manera de cazar a un lobo es atraerlo dándole a oler el rastro de una presa.

Cuando Paco Bermejo llegó con el Fiat, Diego ya había alcanzado el camino al pico Encarnado. Se subió al coche y continuaron por la pista de tierra, levantando polvo y gravilla hasta que, tras una curva, se encontraron la furgoneta abandonada en medio de la cañada. El auto derrapó un poco al frenar y, antes de apearse, el Abuelo advirtió:

—Ándate al loro, Diego. Puede estar todavía ahí.

Rodearon la Siata cada uno por un lado. Tras comprobar que estaba vacía, se internaron en la arboleda que había en la zona alta. Si Maru se ocultaba en algún lado, tenía que ser allí, en aquel bosque.

Ni estaban habituados al monte ni conocían la región. Por eso ignoraban que habían entrado en el territorio de la laurisilva, que tendrían que abrirse paso a través de una maraña de lianas y bejucos que se extendía entre tilos y laureles gigantescos; e ignoraban que las sombras y la humedad irían acrecentándose según se adentraran en aquel territorio que había albergado especies extinguidas hacía siglos. Ignoraban también los nombres de las plantas entre las que caminaban y los de las aves que huían espantadas a su paso, el significado de los sonidos con los que el bosque les hablaba. Quizá por eso empezaron a sentirse inseguros en cuanto comenzaron a avanzar entre la umbría, a tropezar con las piedras y las raíces ocultas por la hojarasca a medio pudrir, a rozarse con plantas espinosas o mancharse los pantalones con la savia de las hojas que quebraban a su paso. Y, al mismo tiempo, se percataron de que el terreno se iba elevando poco a poco, de que el cerro oculto por la vegetación se empinaba cada vez más. La altura y la humedad se aliaban para estrujarles los pulmones, para espesarles la sangre y presionarles la frente, para agotarlos.

Maru, en cambio, debía de conocerse de memoria cada uno de los senderos que ellos no sabían encontrar. En el instante en que la oyeron llamarlos por primera vez comprendieron que su intención no era huir, sino atraerlos. Los llamaba por sus nombres de pila y por sus nombres de guerra y hasta por algunos de los nombres que habían tomado prestados a lo largo de los años. Los llamaba, cantarina, burlona, como un hada Morgana que se ocultase en las profundidades del bosque, y su voz, amplificada por los ecos de la desriscada, entremezclada con la voz de la laurisilva, llegaba desde todas direcciones y desde ningún lado en concreto. Le dijo a Paco que lo veía viejo para esos trotes, que era sorprendente cómo la gente podía desmejorarse en solo un par de años, que ahora el nombre de guerra le venía que ni pintado. A Diego, sin embargo, no lo veía tan mal, avanzaba a buen ritmo para ser un tullido.

No respondieron. Prosiguieron el ascenso sin separarse, con las armas prestas pero sin dejar de sufrir la dificultad del terreno y la presión de la altura. Y ella continuó llamándolos, diciéndoles que ya quedaba poco, animándolos con sarcasmo.

Tras cruzar un claro, el Abuelo vio a Diego Cruz detenerse, apoyar la mano contra un laurel y apretar las mandíbulas. Pensó que lo que Maru pretendía era ponerlos nerviosos, hacerles perder el control; aunque haberse percatado resultaba irrelevante, no les concedía ningún tipo de ventaja, porque ella estaba igualmente a punto de conseguirlo. Lo supo cuando Cruz pegó el pecho al tronco que apenas lo cubría y atisbó más allá, adelantando la pistola, buscando la improbable figura de Maru entre las frondas. «¡Traidora de mierda!», lo oyó gritar antes de malgastar un par de tiros disparando a la nada verde.

Lo tomó por el hombro para contenerlo:

—No le hagas caso, Diego. Lo que quiere es jodernos…

—¡Pues prueba superada, joder! ¡Que le den por culo! —le contestó, desasiéndose, y continuó gritando hacia lo alto de la loma, donde suponía a Maru—: ¿Me oyes, cabrona? ¡Que te den por culo, zorra traidora! Porque eso es lo que eres, una puta traidora. ¡Solo estabas esperando tu oportunidad para rajarte con la pasta!

La voz de Maru pareció acercarse más al decir:

—¿La pasta? Yo pensaba que esto era una ejecución. Pero, claro, ya entiendo. La pasta.

Maru hizo un silencio y, mientras duró, ninguno de los otros dijo nada. Luego ella volvió a hablar:

—Bueno, Diego, si todo esto es por el dinero, todavía queda algo. Ya sabes que me administro bien.

Ahora fue Paco Bermejo quien gritó:

—¿Dónde está, Maru?

—¿El dinero? A buen recaudo. Eso sí, si me pasa algo, no lo vas a encontrar en tu puta vida. —Hubo una pausa y luego volvió a hablar desde otro sitio, como si se hubiera desplazado rápidamente al lado contrario del cerro—. Aunque, te lo digo ya, a mí no me va a pasar nada.

Ambos hombres se habían detenido. Atanasio había relajado la postura y el Abuelo le dijo con la mirada que valía la pena aguardar. Se sentían casi seguros allí, tras el laurel, rodeados de una masa de adelfas y helechos que los cubría casi hasta la cintura.

—No tiene por qué pasarte nada, Maru. Podemos llegar a un acuerdo. Igual hemos hecho mal las cosas. Nadie venía a hacerte daño, sino a negociar.

—Claro que sí. Yo, cuando voy a negociar con alguien, también me meto en su casa con la cacharra en la mano.

—No sabíamos lo que nos íbamos a encontrar. Anda todo el mundo muy nervioso, Maru. No te voy a negar que lo tuyo nos hizo daño. Pero igual podemos hablar.

—¿Ahora quieres hablar?

—Yo sé por qué lo hiciste, Maru. Lo hiciste por el chaval. Y por lo que le pasó a tu hermana.

—¡Como una perra! —aulló ella de repente y, por primera vez, sintieron que no hablaba para manipularlos, que habría preferido no decir eso, que sus palabras provenían de algún lugar situado más allá de su voluntad, porque surgían desgarradas, a borbotones, la hemorragia de una herida abierta—. ¡Murió como una perra! ¡Nadie la vengó! ¡Nadie hizo nada!

—¿Y qué podíamos hacer? —dijo Diego.

—Para conseguir dinero sí que había armas y gente. Para vengar a

Ana no. Ni para cuidar de Ángel. Daño colateral, dijiste. ¿Te acuerdas?

Al escuchar esto, se dieron cuenta de que la voz producía cada vez menos eco. Se movía. Aunque aún no pudieran verla, Maru se acercaba. Ambos se agacharon un poco y Diego Cruz le hizo una seña al Abuelo para que siguiera hablando.

—Ya sé que no fuimos sensibles con tus necesidades —dijo el Abuelo.

—¿Mis necesidades, cabrón?

—Con la situación. La situación del chaval, quiero decir. Por cierto, ¿cómo está?

—Como si te importara.

—Joder, Maru, yo no soy un monstruo. Más de una vez me he preguntado qué habría sido de él.

Ella permaneció en silencio, como si estuviese cambiando nuevamente de posición; sin embargo, en lo alto nada se movía. No podían saber con exactitud dónde se encontraba, si se había acercado aún más o permanecía por allí arriba, entre los arbustos o tras alguno de los troncos más gruesos. Así que Paco Bermejo continuó hablando:

—¿Sabes, Maru? Yo creo que nos hemos vuelto todos un poco locos. Lo hemos hablado alguna vez con Pilar: esta vida es dura, hay mucha presión, la gente se quema. En realidad, si quieres dejar la militancia, supongo que estás en tu derecho. Lo que pasa es que te llevaste lo que era de todos, y eso hay que arreglarlo. Nadie te dice que no te quedes una parte para ti, para ir tirando. No sé, yo creo que podemos llegar a algún tipo de acuerdo.

—Desde mi punto de vista, tú no tienes nada que ofrecer, Paco. —La voz llegó ahora desde algún lugar próximo, pero seguían sin poder precisar de dónde provenía.

—¿Y cuál es tu punto de vista, Maru? Dime, ¿cuál es?

Maru tardó en contestar. Un minuto, probablemente. Un minuto durante el cual ambos hombres afilaron los sentidos, pendientes de la parte alta del cerro, esperando ver moverse una hoja, una rama, un ave o algún animalillo asustado por el movimiento de una mujer entre la espesura. Entendieron por qué no lograban descubrirla en lo

alto cuando pasó ese minuto y ella volvió a hablar y dijo:

—Uno desde donde te puedo abrir otro agujero en el culo.

El primer tiro no dio donde debía, porque Diego Cruz había iniciado el movimiento de agacharse al mismo tiempo que se giraba. La bala impactó en el tronco del laurel en el que había estado apoyado e hizo volar algunas astillas, una de las cuales le rozó la mejilla. Para ese entonces, el Abuelo se había arrojado ya entre los matorrales y buscaba, desde esa cobertura, la posición exacta de Maru. Sin embargo, ella seguía disparando, así que no le convenía incorporarse. Alargó la mano para intentar responder a través de las hojas enormes y frágiles, pero Diego Cruz se le adelantó. Lo oyó abrir fuego dos, tres veces, antes de descubrir que Maru había dejado de disparar contra ellos. Cuando se incorporaron vieron cómo aún se movían las hojas de una masa de helechos que había al otro lado del claro.

—Hija de puta —masculló Diego Cruz levantándose y corriendo hacia allí.

—¡No, Diego! —gritó Bermejo, inútilmente.

Movido por las tripas más que por la cabeza, Diego Cruz atravesó el claro para hundirse en su propia perdición. La bala que le estaba destinada lo alcanzó desde la izquierda. El Abuelo lo vio caer ante un acebiño cuyo nombre ambos ignoraban igual que otras tantas cosas y volvió a echarse cuerpo a tierra. Así fue como se salvó de los dos disparos que le buscaron el pecho un segundo después. Ahora comprendió que Maru disparaba desde detrás de una roca, que debía de tirar rodilla en tierra; que se asomaba, buscaba blanco, disparaba un par de veces y se escondía; que, justo en ese instante, tenía que estar allí, con la espalda apoyada contra la piedra, calculando cuánta munición le quedaba y esperando a que él se moviese para darse la vuelta, arrodillarse y disparar de nuevo.

Podía ver bien la roca, con forma de huevo y de la altura de un metro o metro y poco. Con lentitud, con el cuidado de quien se hurga en una herida, comenzó a gatear hacia su izquierda para intentar rodearla hasta tenerla a tiro cuando ella volviese a disparar. A su derecha, por entre las hojas, vio cómo, en el otro extremo del claro, el bulto de Diego Cruz se movía muy débilmente. Estaba vivo,

aunque no aguantaría mucho tiempo. Él no podía acercarse a socorrerlo. No podía cruzar el claro sin ofrecerse a Maru para que lo despanzurrara a tiros como a una codorniz. Su prioridad era eliminar la amenaza que ella suponía. Luego vería qué hacer con Diego o lo que quedara de él. No le preocupaba en ese momento. Ya ni siquiera le importaba el dinero. Se conformaba con salir de la situación con el pellejo más o menos intacto.

Casi había llegado al costado de la roca cuando la vio asomar por encima. Primero atisbó el arma y el brazo. Después el hombro derecho y la cabeza con la melena roja recogida en un moño que apenas lograba domesticarla. Maru se orientaba hacia el sitio donde él había estado la última vez que disparó, observaba, buscando un blanco y brindándole, sin saberlo, su flanco derecho. Desde donde se encontraba, casi tenía ángulo para intentar acertarle en la cabeza, pero era más seguro disparar al torso. Por eso se incorporó un poco, remetió las piernas debajo del cuerpo, se puso en cuclillas y, de un golpe, se enderezó hasta quedar en pie. Ahora sí que la tenía a su merced. Por supuesto, ella escuchó el movimiento y comenzó a girarse hacia allí. Sin embargo, el Abuelo ya lo había previsto y contrajo el índice sobre el gatillo para descerrajarle un tiro. De hecho, murió pensando que había disparado. Pero lo que sucedió fue que una bala le entró en el cráneo desde detrás de la oreja izquierda y le sacó el alma al salir envuelta en sangre y astillas de hueso por el lado contrario de la frente y él se desplomó sin llegar a disparar y sin tan siquiera llegar a oír el tiro que lo había matado.

Marta Ferrer escuchó algo a su derecha pero, antes de que su visión periférica le mostrase al Abuelo en pie, con sus guantes de matar y su pistola de lo mismo apuntando hacia ella, oyó el tiro que provenía de esa dirección y se asombró de no estar muerta, de que no fuese Paco Bermejo quien hubiese disparado, de que, justo en el mismo momento en que logró verlo bien, su frente reventase en una rosa que brilló por un segundo en el aire y se extinguió luego con la misma efímera belleza de un fuego artificial.

Mientras él caía se aprestó a buscar al tirador que lo había ejecutado. Entre unos arbustos, descubrió una cabeza de cabellos ralos, una camisa de cuadros, una cosa negra en una mano que apuntaba todavía en la trayectoria que le había reventado la cabeza a Bermejo y que la incluía a ella. Lo fijó en el punto de mira incluso antes de reconocer la camisa, la cabeza, el bigote, la cara del hombre que ahora se irguió mostrándole el perfil del revólver para que ella pudiese ver que sus dedos ya no se cerraban sobre la culata y el gatillo.

Ninguno de los dos dijo nada. Se limitaron a bajar las armas y aproximarse el uno al otro mirándose a los ojos con la lentitud de dos animales que se estudian tras encontrarse en la soledad del bosque. El cadáver de Paco Bermejo había quedado tendido boca abajo, con un brazo doblado bajo el cuerpo y el otro estirado. Empuñaba todavía la pistola que no había llegado a disparar. Tomás Laguna se agachó y la desembarazó de sus dedos enguantados. Era una Star BM. Conocía bien esa arma. Con mano experta, la desamartilló, desmontó el cerrojo y la aseguró. Luego se la encajó en el cinturón y empuñó otra vez su revólver, que había dejado sobre la espalda del cadáver.

La mujer lo observó hacer todo aquello, más enmudecida por la

prudencia que por el estupor. Solo cuando Laguna se incorporó, lo interrogó con la mirada. Él no dijo nada; atravesó el claro hacia donde permanecía tirado Diego Cruz. La Colorada le siguió los pasos.

Después de caer, Atanasio se había movido poco, pero se había movido. Ahora ya estaba más quieto. En posición fetal, mostraba el costado donde había sido alcanzado. Ambos miraron la gran mancha roja de la camisa alrededor del orificio y, como si hubiesen deliberado sobre ello, fue Laguna quien se inclinó sobre el cuerpo para darle la vuelta. Entonces se produjo la detonación. La mujer vio cómo el cuerpo de Tomás Laguna se contraía y supo que lo impensable había ocurrido y que no disponía de tiempo ni posibilidad de buscar explicaciones. Laguna caía ya hacia su izquierda y ella dio un paso al lado contrario para ganar a Diego por la espalda y gastar sobre él los tres cartuchos que le quedaban en el cargador. Después se le echó encima y lo volvió, preparada para rematarlo a golpes si hacía falta, pero el cojo ya había soltado la pistola. Quebrado por el dolor, manchado de tierra y hojas amalgamadas con la sangre que le salía de la boca a borbotones, aquel rostro que la mujer había amado y odiado y que había poblado sus pesadillas durante tanto tiempo se orientó un momento hacia ella, incrédulo, antes de que sus ojos miraran más allá y el dolor diese paso al asombro, dibujando en sus labios su última palabra: «Satanás». Inmediatamente después, el hombre que había suscitado esa palabra le dio un fuerte empujón a Marta Ferrer, se puso en pie y le disparó a Diego Cruz dos tiros a bocajarro, borrándole la cara.

La Colorada se había quedado sentada en el suelo, con la pistola descargada aún en la mano. Tomás Laguna (o, más bien, el hombre que había dicho llamarse Tomás Laguna) estaba allí, al otro lado del cadáver de Atanasio, en pie, aunque algo encorvado, sujetándose con la mano izquierda la herida del vientre y empuñando con la otra el revólver que apuntaba hacia ella. Aunque estaba malherido, ella no habría podido intentar nada antes de que él le pegase un tiro. Por el momento, estaba a su merced. Y, si era cierto aquello, si estaba ante el mismísimo Satanás, estar a su merced era lo peor que podía ocurrirle. Sin embargo, él no le había disparado antes, en el momento en el que había tenido la oportunidad perfecta. Decidió esperar, inmóvil, pero primero tomó la precaución de soltar la pistola; no podía estar segura de que él supiese que ya no tenía munición.

Laguna retrocedió hasta llegar a la roca tras la cual ella se había protegido antes. Únicamente entonces se levantó la camisa y miró su propia herida. La bala le había entrado por el lado izquierdo, a un par de centímetros del ombligo, y debía de haber dado con algo importante, porque no parecía haber orificio de salida y el agujero, pequeño, sangraba en abundancia. Por el momento, lo taponó con el dedo corazón de la mano libre. Un gesto de dolor le agrió la expresión y por unos instantes se le cortó el resuello, pero logró sobreponerse.

—Necesito un descanso —dijo.

Fue reculando con la espalda contra la roca hasta quedar sentado.

La Colorada no se había movido. Parecía estar esperando a que se desangrase.

—Sarabia —dijo. Lo afirmó; ya no valía la pena preguntarlo.

—Camarada Marcela —dijo el hombre, y se detuvo unos segundos

a disfrutar del estupor y la rabia que habían invadido la expresión de la pelirroja. Después de tantos años y tanta sangre y tanto dolor, al fin la tenía allí, frente a él, indefensa—. Me cago en la leche. Y que justo ahora ya no te pueda hacer nada… —dijo, más para sí que para ella, antes de sonreírse por la ironía. Luego, ahora sí dirigiéndose a ella, añadió—: No, no te voy a hacer nada. No te voy a disparar ni nada por el estilo.

Dio un resoplido. La herida le escocía.

—¿Cuándo van a venir los otros? —preguntó ella.

—¿Qué otros?

—Los otros. La Policía.

—No hay nadie más.

—Pero tú eres policía.

—Ya no. No hay nadie más. Solo estoy yo. Y, por si te lo preguntas, no voy a por ti.

La Colorada se le quedó mirando, expectante. Él escupió a un lado y vio que había sido un escupitajo de sangre.

—El chico está a salvo. En mi casa. Lo dejé con Roco. —Marta Ferrer fue a decir algo, pero Laguna reclamó paciencia alzando la mano armada—. Llegó justo después de que subieran estos dos. Por eso tardé en llegar. Pero me pareció que valía la pena asegurarme de que no estuviese por en medio si iba a haber jaleo. Además, está claro que tú te sabes defender sola.

Una punzada de dolor lo hizo interrumpirse. Marta Ferrer se movió un poco. Cuando volvió a mirarla, ella estaba a un paso del cuerpo de Atanasio y de la pequeña pistola que había quedado a su lado.

—Cógela si quieres —dijo de pronto el hombre—. O, mejor, coge esta.

Marta Ferrer lo vio sacarse del cinturón la que le había quitado al Abuelo y arrojársela. La Star quedó a sus pies y ella la miró como si fuera una rata muerta mientras el hombre le hablaba entre resoplidos.

—Tú eliges: puedes intentar acabar lo que empezó Atanasio. No creas que en realidad no me apetece volarte la cabeza. Pero el chico se quedaría solo. También puede ser que falle el tiro, que me mates tú, pero tendrías que salir corriendo de nuevo. Y nadie se carga a un

comisario y se va de rositas: esta vez irían a por ti con todo y te acabarían trincando. Y el chico se quedaría solo. O podemos morir los dos. Sí, eso es lo más probable, que nos matemos los dos. Y el resultado seguiría siendo el mismo: el chico se quedaría solo. Y yo no quiero eso. Y sé que tú tampoco.

La mujer se acuclilló ante la Star, pero no llegó a cogerla. Se quedó pensando un momento y luego dijo:

—El puto Sarabia. Si lo llego a saber. Quiero decir… ¡Joder! Me habría encantado enterarme antes.

—Seguro que sí.

—Te habría hecho pagar.

—Soy tan Sarabia como tú eres la camarada Marcela. El policía y la terrorista.

—O la combatiente y el torturador.

—Llámalo como quieras. Durante años yo también quise hacerte pagar a ti. Pero al final solo me sirvió para acabar haciendo barbaridades. O para dejar que se hicieran.

Marta Ferrer, entonces, abrió mucho los ojos y las aletas de la nariz se le expandieron como para robarle el aire al bosque entero. El hombre supo que, si hubo un momento en el que ella estuvo a punto de coger la pistola y finiquitarlo, fue ese. Pero no lo hizo. Se quedó esperando hasta que él le adivinó los pensamientos.

—Ella te tomó prestado el nombre y, para cuando me di cuenta del error, ya era tarde. No lo hice yo personalmente; fue cosa de otros. Pero esos otros estaban bajo mi mando.

De nuevo el dolor lo dobló en dos y lo enmudeció. Para cuando reaccionó, ella ya había cogido la Star. Sin embargo, no le apuntaba. La miraba en sus manos como si fuera un manual de instrucciones que debía leer antes de realizar una complicada operación.

—No creas que no he pagado ya. Lo pagué caro. Pagué con todo lo que me importaba en la vida. Pero dio igual. Da igual con lo que pagues. Tú lo sabes: nada borra la sangre —dijo él bajando el revólver, dejándolo en el suelo, entre sus piernas—. Nada borra el pecado. Solo queda el arrepentimiento. La expiación. La redención. ¿Me entiendes?

La pelirroja lo miró y le soltó a bocajarro:

—Hablas como un cura.

Se sostuvieron la mirada unos segundos. Y, de repente, algo surgió desde lo más profundo del interior de aquel hombre malherido, algo efímero hasta la estupidez y que, sin embargo, supuso una liberación, una catarsis, una tregua al dolor físico y al otro dolor, el que lo había acompañado desde hacía tanto. Y ese algo, irreprimible y sincero, fue una carcajada, que le produjo más dolor y que acabó en una crisis de tos.

Marta Ferrer también se rio.

—¿Cómo diste conmigo? —preguntó después.

—No te buscaba a ti. Buscaba al chico. Al saber que se lo habían llevado de lo de las monjas empecé a atar cabos. Probé a pensar bien de ti, por una vez. En el país solo hay cinco centros de educación especial como el de San Expósito. Era cosa de cruzar información, nada más. Y eso siempre se me ha dado bien.

—No lo dudo.

—Tu madre murió. El año pasado.

—Ya.

—Así que eres la única familia que le queda al chico.

Pareció que Marta Ferrer iba a decir algo, probablemente sobre su madre, sobre cómo se había quitado de encima al chico metiéndolo donde las monjas o cómo la vieja había amado siempre sus cadenas, pero no dijo nada, porque se le ocurrió que Sarabia debía de ser de esos que procuran no hablar mal de las viejas muertas. Dejó la pistola en el suelo, arrancó un trozo del faldón de la camisa de Diego Cruz y se acercó al hombre. Le separó la mano y, al sacar el dedo de la herida, vio cómo la sangre surgía a borbotones. Le introdujo la punta del trapo en el orificio y le dijo que se lo mantuviese presionado. Aprovechó para palparle la espalda y él entendió lo que buscaba.

—No ha salido. Está ahí, mordiéndome por dentro, la muy cabrona.

—Es un veintidós, pero a esa distancia…

—Lo sé.

Laguna intentó levantarse. No lo consiguió a la primera. Ni a la segunda. Después, ella lo ayudó y al fin logró permanecer en pie, apoyado en la roca.

—Habrá que darse garbo, porque no sé cuánto voy a poder aguantar. Tengo el coche abajo, en la cañada. Hay que coger las cacharras. ¿La tuya está limpia o tiene alguna ruina de antes?

—Está limpia, que yo sepa.

—Bien. Dámela a mí. Diré que se la quité a ellos. La historia es esta: vinieron a por mí, pero yo los madrugué. Todavía van y me condecoran.

Comenzó a descender el cerro. Caminaba lentamente, pero conseguía avanzar apoyándose en la pelirroja.

—¿Colará?

—¿Por qué no? Me siguieron hasta el monte. Yo estaba paseando. Tienes que llevarme hasta mi coche. Luego ve a mi casa y coge al chico y a Roco. ¿Me lo cuidarás?

—¿A Roco?

—Una temporada de hospital no me la quita nadie. Diré que os había dejado el perro. ¿De acuerdo?

Ella asintió.

—Por si la cosa se pone peor, en mi casa hay una carpeta verde. Ahí está lo que tengo sobre ti y sobre el chico. Llévatela. Nada más que eso, la carpeta verde. Si te lo llevas todo, sabrán que estuviste allí. Está en el cajón del escritorio.

—¿Y cómo entro?

—Le di las llaves al chico.

Al llegar a la cañada, lo ayudó a meterse en el todoterreno y le entregó la pistola, que había limpiado descuidadamente con el faldón de su propia camisa.

Antes de arrancar, el hombre le dijo:

—Calculo que dispones de media hora. Puede que un poco más.

Giró la llave en el contacto. A través de la ventanilla, ella le tocó el hombro.

—No termino de entenderte. Todo esto ¿por qué?

—Porque lo prometí.

—¿A quién?

Laguna arrancó sin responder. Estaba demasiado ocupado en no desmayarse antes de llegar a San Expósito.

Cuando Laguna se fue, la mujer pasó junto al Supermirafiori en dirección a la furgoneta, pero se lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos para hacer un rápido registro del coche, que el Abuelo y Atanasio habían dejado abierto. Encontró un cuaderno, un sobre con fotografías, un mapa en el que estaban señalados Nidocuervo y el pico Encarnado. Dejó en la guantera el mapa y se llevó todo lo demás tras limpiar las superficies que recordaba haber tocado.

Maniobró con cuidado para no rozar el coche al dar media vuelta en la cañada. Después aceleró.

El chico no se sorprendió tanto de verla como de saber que se llevaban a Roco a casa. A la sorpresa la siguió la alegría.

—¿Toda la tarde?

—Seguramente más tiempo.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Un par de días, por lo menos.

El rostro de Abel se iluminó y eso a ella la hizo sentirse, por unos segundos, feliz. Después recordó que había sangre y había muertos, le dijo al chico que se apresurara, que cogiese las cosas de Roco mientras ella buscaba unos documentos que Laguna le había pedido.

Antes de marcharse, cerraron y dejaron las llaves detrás del macetero del geranio moribundo. El chico le preguntó por qué las había limpiado con la manga de la camisa y ella respondió que era porque las cosas prestadas siempre hay que limpiarlas antes de devolverlas. Él asintió e intentó memorizar aquella nueva norma.

Tomás Laguna logró conducir hasta el puesto de la Guardia Civil de

San Expósito. Una vez allí, casi se derrumbó sobre el guardia que custodiaba la puerta. Se identificó e hizo una apresurada declaración. Cuando la ambulancia llegó, ya se había desmayado.

Media hora más tarde, Nidocuervo se sobresaltó con las sirenas que cruzaron el pueblo hacia el pico Encarnado. Luego, durante horas, la zona fue un continuo ir y venir de vehículos oficiales de la Guardia Civil, la oficina forense y los juzgados.

VERSIÓN OFICIAL

El excomisario José Manuel Sarabia Gómez, conocido en Nidocuervo como Tomás Laguna y en los ambientes de la disidencia política como Satanás, jamás recuperó el conocimiento. Falleció unas horas después del tiroteo, en el quirófano donde los médicos intentaban inútilmente salvarle la vida.

Cuando Sebastián Ortega se enteró, envió a los mejores hombres de Información para investigar el asunto. Por eso al día siguiente, a media tarde, dos agentes de paisano tocaron en la casa de Clemente. La mujer que allí vivía, Marta Ferrer Rodríguez (traductora literaria de profesión, separada a la espera de divorcio, con un hijo a su cargo, sin antecedentes penales), los hizo pasar y les sirvió café mientras su hijo adolescente jugaba en el patio trasero con un perrazo negro y manso.

La mujer declaró estar impresionada. Justo antes de los hechos, el señor Laguna les había dejado el perro para que se lo cuidaran, como solía hacer a veces cuando subía al monte. Los agentes ya sabían que José Manuel Sarabia se hacía llamar Tomás Laguna y no se molestaron en corregirla. Ella les explicó que a Abel, su niño, le hacía mucho bien la compañía del perro y que a Laguna, un hombre muy agradable, le convenía que se lo cuidaran de vez en cuando. Preguntada por si había oído disparos la tarde anterior respondió que sí, que ella y Abel estaban trabajando en el huerto cuando oyeron tiros por allá arriba, aunque no les había extrañado, porque al pico Encarnado subían cazadores de conejos. Uno de los agentes dijo que los disparos habían sido de pistola y la mujer respondió que ella no entendía de esas cosas y no habría sabido diferenciarlos. El otro preguntó si no le había parecido raro que Laguna bajase en el todoterreno sin pararse a recoger al perro, pero ella respondió que no lo había visto, que ella y Abel estaban, como ya le había dicho,

trabajando en el huerto, en la parte de atrás, que no se extrañó de nada hasta que subieron los de la patrulla con la sirena, que solo entonces empezó a olerse algo feo. Dicho esto, les preguntó, a su vez, qué había ocurrido en el pico, porque se hablaba de muertos y de terrorismo y eso a ella la preocupaba. Los agentes le dijeron que el juez había dictado secreto de sumario y no podían contarle nada, pero que no debía inquietarse. Uno de ellos comentó entonces con su compañero la posibilidad de interrogar al chico y la mujer dijo que Abel no sabía más que ella y que le costaba interactuar con desconocidos, que tenía problemas con las habilidades sociales y que, si no era estrictamente necesario, les agradecería que no lo hicieran pasar por ese mal trago. El agente quiso insistir, pero su compañero dijo que ya era suficiente y le dio las gracias a la mujer por su ayuda y por el café. La mujer los acompañó al porche delantero y los observó entrar en su automóvil y regresar por donde habían venido. Entonces volvió a atravesar la casa, pasó junto al chico, que seguía en el porche con el perro, y, como si necesitara un incentivo, fue al cuarto de aperos. Comprobó que las herramientas estaban en su sitio, que la alfombrilla de goma también, que, debajo de ella, nadie había tocado la trampilla que ocultaba el zulo donde conservaba el dinero.

La investigación no se prolongó demasiado en el tiempo, porque los hechos parecían bastante claros, todo en la escena se compadecía con lo declarado por Sarabia antes de morir y, al fin y al cabo, no quedaba vivo nadie a quien acusar y juzgar, así que tampoco nadie se preocupó excesivamente por el hecho de que los terroristas presentaran impactos por la espalda de dos armas distintas ni por la circunstancia de que, al parecer, Sarabia fuese armado a sus paseos por el monte.

La versión oficial, la que los subordinados de Ortega elevaron al juez y a sus superiores, fue que Sarabia venía siendo vigilado desde hacía tiempo por los comandos de la FRADA como un objetivo contra el que resultaría fácil atentar y que, tras ser descubierto un piso franco de la organización, esta decidió atentar contra él como represalia. Con la banda muy debilitada, los encargados del atentado fueron dos de sus dirigentes, Francisco Bermejo Fuentes, alias el Abuelo, y Diego Cruz Giráldez, alias Atanasio, quienes atacaron con arma de fuego a Sarabia durante una de sus habituales excursiones por las inmediaciones del pico Encarnado. Pero los terroristas no contaban con la capacidad y el arrojo del veterano policía, quien supo abatirlos en legítima defensa, no sin resultar lastimado con una herida que acabaría siendo fatal.

En esa versión, Sebastián Ortega obvió las llamadas que Sarabia le había hecho y, sobre todo, la única circunstancia que resultaba sospechosa: el hallazgo por parte de los agentes de un casco de motorista que un inspector pretendió relacionar con la aparición en esa zona de un ciclomotor con placas cambiadas acaecida poco antes y aún no aclarada. El comisario pensó que no había argumentos suficientes para empañar la investigación y la memoria de Sarabia con las especulaciones de un agente novato.

Sarabia fue enterrado con honores en el madrileño cementerio de San Isidro, en el mismo nicho que su esposa. Recibió a título póstumo la Medalla de Oro al Mérito Policial, que vino a sumarse a la Cruz con Distintivo Blanco y a otras distinciones que ya le habían sido otorgadas durante sus años en activo. El único familiar directo que asistió al sepelio fue un hermano suyo que vivía en Plasencia y a quien Sebastián Ortega se encargó de avisar personalmente.

En Nidocuervo organizaron su propia misa funeral, encargada por don Andrés y celebrada por don Santiago de una manera especial, con un hermoso sermón en el que habló del secreto milagro de la bondad que algunos ocultan como ocultan su pasado y de cómo lo que importa no es quien uno dice ser, sino quién es en realidad, lo cual se demuestra no en los documentos sino en el amor a Dios y a los demás que impregna cada gesto, cada día. Esa fue la única vez que Marta Ferrer y el chico pisaron la ermita de San Agustín.

El suceso ocupó las portadas de los periódicos, fue recogido por los informativos de televisión durante varios días e incluso motivó un reportaje de *Informe semanal* sobre la FRADA, organización que se había considerado casi extinguida hasta ese momento. Pero, a la semana siguiente, ETA hizo explotar un coche bomba al paso de un transporte de la Guardia Civil por la plaza de la República Dominicana en Madrid y el país volvió a olvidarse de la FRADA y de Sarabia.

En Nidocuervo, en cambio, el hombre que había dicho llamarse Tomás Laguna, su enigmática doble vida y su trágico fin fueron una historia que se contó durante años y que fue cambiando y creciendo hasta cuando era contada a alguien que la había vivido. Por eso la presunta amistad que Blas decía haber mantenido con Laguna llegó a hacerse íntima hasta la borrachera semanal y según Paco el Tuerto el hombre no había perdido jamás una partida de dominó y Emilia había sido pretendida por él, lo cual motivaba que fuese tanto a su bar. El único que callaba siempre cuando se hablaba de Tomás Laguna era don Andrés, que se limitaba a decir que sí a cuanto se contaba sin decir en voz alta lo que le pasaba por la mente cada vez que se acordaba de él. Y esto era la primera ocasión en que hablaron, el día en que él le abrió la ermita y le permitió rezar a solas y adivinó que aquel hombre ocultaba tanto dolor, acaso causado por él mismo, que era mejor no acercarse a aquel pozo de sufrimiento y dejarlo vivir en paz.

Una mañana, el Saab 99 volvió a cruzar el barranco de las Lágrimas y estacionó ante la casa de los guardeses. Ortega abrió con las llaves que sus hombres le habían entregado y fue directamente al dormitorio. Allí llenó una maletita con las cosas de su amigo que deseaba conservar: una biblia, un par de novelitas, su placa, su cartilla militar, algunas fotografías de Carmela y una última foto en la que él mismo y Sarabia posaban con toda su promoción. Antes de ponerla en la maleta, se quedó mirándola unos momentos, se sentó al borde de la cama y lloró dos o tres minutos. Luego se refrescó en el lavabo, llevó la maleta al salón y la dejó sobre la mesa donde habían tomado café y coñac no hacía mucho. Introdujo la máquina de escribir en su estuche y la colocó junto a la maleta antes de quedarse mirando los papeles de Sarabia: sus blocs, sus hojas mecanografiadas, sus carpetas. En un principio había pensado apropiarse de los papeles para examinarlos en su casa, pero ahora se le ocurrió una solución más sencilla: se los llevó al patio de atrás, rompió los cuadernos, vació las carpetas y echó todo, haciendo un montón, en el interior de la pileta. Lo hizo mirando hacia otro lado, casi a ciegas, para evitarse leer nada de aquello que (estaba seguro, aunque no habría podido explicarlo) le había causado la muerte a Sarabia. Después sacó su encendedor y prendió fuego en cuatro puntos distintos. Se apartó un poco para que el olor del papel quemado no le impregnara el traje y permaneció allí esperando hasta que la última palabra escrita por Sarabia se hizo humo. Finalmente, abrió el grifo y dejó correr el agua. Las cenizas se convirtieron en un cieno que el bajante se fue tragando poco a poco.

Puso la maleta y la máquina de escribir en el asiento de atrás del coche y arrancó. Un centenar de metros más adelante, al pasar junto al mirador del Charco, distinguió dos figuras que le llamaron la

atención. Detuvo la marcha y se apeó.

Roco dio unos pasos hacia él hasta quedarse parado en medio de la carretera, olisqueó el aire y vino a saludarlo. Ortega se agachó para acariciarle la cabeza y palmearle el lomo y hablarle, preguntarle cosas a las que ningún perro ha contestado jamás.

El chico se había quedado en el mirador. Era grande, y al comisario se le antojó algo rechoncho; llevaba un chándal azul marino y tenía cara de luna. Inmóvil, silencioso, le sonreía con timidez, mordiéndose el labio inferior y apretando lo que parecían ser las correas de una de esas mochilitas de nailon. Ortega percibió enseguida que el chico no era como los demás, que debía hablarle con palabras sencillas.

—¿Tú cuidas de Roco?

El chico no pronunció palabra, pero asintió.

—Era el perro de mi amigo.

Al escuchar esto, lo miró con curiosidad, pero también se dibujó en su rostro un destello de inquietud. Ortega comprendió que temía que quisiera llevarse a Roco.

—¿Tú lo quieres mucho?

El chico volvió a decir que sí con la cabeza.

—Claro que sí. Es un buen perro.

El comisario apoyó esta última afirmación dándole un par de palmadas más a Roco antes de incorporarse. El animal volvió junto al chico y este lo sujetó por el collar sin dejar de prestarle atención al hombre, que ahora se despidió con un gesto de la mano. Él correspondió.

Ortega metió su oronda humanidad en el Saab y volvió a ponerse en marcha. Tomó la carretera a San Expósito conduciendo con su arrogancia característica, abriéndose en las curvas hasta invadir el carril contrario, alejándose de allí para siempre.

El chico y el perro se quedaron observándolo mucho tiempo, hasta que el ruido del motor ya no se percibía y el coche fue ya solo un diminuto insecto negro que se aproximaba al puente que cruzaba el barranco. Únicamente entonces el chico se volvió hacia Nidocuervo y llamó a Roco para que lo siguiera y el perro lo siguió y así fue como acabó todo.

VIDA DE ROCO

Cuando Roco se encontró con el amo aún creía llamarse Sultán, pero hacía más de un mes que nadie lo llamaba así. Ese nombre lo había usado desde que llegó a una casa de Canillejas como regalo de Navidad para la hija menor de un empleado de banca. De antes de llegar al barrio solo recordaba una jaula en una tienda de animales donde los niños se pasaban horas contemplándolos a él y a sus hermanos, que iban siendo adoptados como lo fue él una mañana de diciembre en la que las fachadas, los escaparates de los comercios y los árboles de las alamedas ya estaban engalanados. Durante el año que vivió allí, aprendió a no hacer sus necesidades si no era en la calle, a acercarse por la mañana a la cocina y ponerse bajo la mesa del comedor a la hora de la comida, porque son los momentos y lugares en los que puede caer un piscolabis, a dormir con la niña y arrimársele para darle calor. Adquirió también otros conocimientos: que las esquinas de los lomos de los libros y las patas de las mecedoras son particularmente útiles para afilarse los dientes pero no conviene andar cerca en el momento en que el propietario del libro o la mecedora descubren el resultado de la tarea; que por mucho que escarbes en un sofá o una cama nunca podrás hacer un agujero en el que quepa un hueso; que parece estar muy mal visto cazar palomas en la vía pública; que el amor de un humano puede ir languideciendo hasta la extinción y que eso se nota en cómo se acortan el número y la duración de los paseos, en cómo molestas si intentas hacer aquello que antes te celebraban, en cómo disminuye la frecuencia con la que se te festejan las gracias.

Pasado aquel tiempo de primer aprendizaje, justo en la época en la que los árboles, los escaparates y las fachadas volvían a engalanarse, el empleado de banca lo llevó en el coche hasta las afueras, le arrojó una pelota de tenis a un descampado y le dijo:

«¡Cógela, Sultán!». Esa fue la última vez que lo llamaron por ese nombre. Al volver con la pelota, ya no estaban ni el empleado de banca ni el coche.

No logró dar con un rastro que lo llevara nuevamente a casa, pero sí que, poco a poco, día a día, fue acercándose a los arrabales de la ciudad, bebiendo el agua de los charcos, comiendo desechos de los basurales que unas veces compartía y otras disputaba con otros perros de más experiencia, salvándose de los atropellos gracias al miedo que había ido desarrollando a casi todo aquello que llevase un motor.

Se encontró con el amo hacia finales de enero. Pero no era aún el amo, sino el bulto de un borracho, con los pantalones meados y con la nariz rota durante una trifulca en un tugurio. Se había quedado dormido en un descampado tras tocar fondo en la apoteosis de su dolor, en el casi punto final de un largo duelo, de una depresión devastadora, aunque esto solo se lo contó más tarde, cuando él ya hacía tiempo que era Roco y el amo había adquirido el hábito de hablarle. En ese momento era solo eso, un bulto tendido de lado en un solar, que expelía un hedor a alcohol, meados y sangre. El perro, sin saber si estaba vivo o muerto, se arrimó a él para darle calor como hacía con la hija del empleado de banca en la época en que esta aún lo quería. De madrugada, al despertar el hombre, temió que este lo espantara como hacían otros. Pero el hombre, recuperado de la sorpresa de no estar solo, le habló y lo acarició y se lo arrimó hasta terminar abrazándolo y, un instante después, el hombre se echó a llorar y el perro entendió que el hombre lo necesitaba más a él de lo que él necesitaba al hombre y que no le quedaba mejor solución que adoptarlo como dueño.

Al principio, los días transcurrieron lentamente en un piso de Moratalaz lleno de recuerdos y donde se notaba la mano de una mujer que ya no estaba. El amo pasaba largas jornadas fuera, aunque nunca olvidaba sacarlo a pasear antes de irse y al volver. En ocasiones, salía de viaje y Roco pasaba ese tiempo en casa de un amigo suyo que era muy gordo y que tenía una mujer y dos hijas y un enorme jardín.

Durante alguna de aquellas estancias, llegó a pensar que el amo

no volvería. No temía por su bienestar: la mujer y las niñas y hasta el amigo gordo, si estaba en casa, lo mimaban mucho y el jardín era ideal para perseguir lagartijas y tomar el sol, pero él le había tomado el gusto a la sombría frescura del piso del amo, al hígado que este le obsequiaba una vez a la semana, a su olor a tabaco y coñac y sus largos monólogos, que jamás tenían más respuesta que una mirada, un lametón o una pata apoyándose en su regazo. No obstante, el amo jamás le habría hecho lo que le hizo el empleado de banca. Él, que parecía más tosco, más rudo, más vil, había resultado ser un amigo casi tan fiel y tan noble como podría haberlo sido un perro. Así que siempre acababa regresando a recogerlo.

Una vez, el amo salió vestido de una forma muy rara y regresó borracho y al día siguiente guardó para siempre aquella ropa con una funda especial dentro del armario. Y, a partir de ese día, no volvió a dejarlo solo en el piso de Moratalaz. Pasaba más tiempo con él o en su escritorio y solía llevárselo si salía a hacer gestiones o compras. Entonces, lo dejaba atado a una barandilla o un árbol de la vereda y, en cuanto hacía sus compras o sus trámites, regresaba a por él.

Así pasó algún tiempo más, hasta que el amo preparó un nuevo viaje. No ocurrió de repente. Primero comenzó a llenar maletas y cajas, a embalar unas cosas y tirar otras y fue llenando el coche con bultos y más bultos y Roco pensó que el amo se iría y lo dejaría en casa de su amigo gordo, el que tenía mujer y dos hijas y jardín.

No fue así. Entre las maletas y los bultos, el amo había reservado un sitio cómodo para él. Juntos, parando aquí y allá para comer y mear, viajaron por carretera muchas horas, hasta que llegaron a una ciudad con puerto y ahí se introdujeron, con coche y todo, en el vientre de un barco en el que viajaron más y, después de desembarcar, aún continuaron viajando, pero ya solo un ratito.

Ese fue el último viaje que hicieron y, cuando llegaron a su destino, Roco comprendió que el amo había buscado para él una casa mejor, con sitio para correr y en la que se pudiese entrar y salir sin depender de humanos que abrieran el portal o accionaran los botones del ascensor. Se sintió algo sobrepasado, porque él se habría conformado con bastante menos, siempre que viviesen

juntos. No obstante, se lo agradeció mucho: aunque la nueva casa no era tan grande como la del amigo gordo del amo, el jardín era inmenso, un jardín como nunca lo había visto, con un barranco, un mirador y kilómetros de carretera. Era tan grande que incluía una aldea, varias montañas y bosques y hasta una iglesia pequeñita a la que el amo iba a pasar un rato cada semana, justo el día en que él comía hígado. Y, lo mejor de todo, enseguida se hizo amigo del chico. No hablaba tanto como el amo pero, en cambio, era capaz de jugar con él durante horas sin cansarse.

Roco nunca fue tan feliz como en aquel tiempo, paseando con el amo, jugando con el chico. Para que no se aburriese, el amo rompía de vez en vez la monotonía llevándolo a la ciudad, que era más pequeña, más cálida y más luminosa que aquella de la que ambos procedían.

Hubo, eso sí, un par de momentos extraños, como la visita del amigo gordo una mañana. O aquella noche en la que el amo se peleó con aquel hombre en la parte alta del jardín, probablemente porque se disputaban a alguna hembra que había dejado su olor en la zona. Roco no llegó a identificar nada por el estilo; sin embargo, no se le ocurría otra explicación para la pelea.

Y luego, poco después, llegó aquella tarde en la que el amo se despidió de él y volvió a salir de viaje dejándolo a cargo del chico.

Desde entonces, Roco ha estado viviendo con él y con su madre y no ha notado gran diferencia, porque, sí, la casa está lejos de la casa del amo, en el otro extremo del jardín, pero el jardín sigue siendo el mismo y los paseos con el chico igual de largos que con el amo o más. De hecho, a él le gusta llegarse al barranco, adonde el amo ni se acercaba, y sentarse un rato a descansar en una pequeña hondonada donde hay una porción de tierra más oscura que la de alrededor. Allí, en medio, hay unas flores muy bonitas que el chico llama gerberas y que son iguales a las que tienen en la casa, en unas macetas del porche y plantadas a un lado del huerto, junto a los calabacines.

En cuanto a la madre del chico, ella también es amable. En realidad, se parece un poco al amo. Ella también pasa mucho tiempo con sus papeles y, en ocasiones, mientras el chico está en la escuela

y Roco le hace compañía en su despacho, alza la vista del escritorio y le habla, como hacía él. Pero esta mujer no le cuenta cosas, sino que le dice frases sueltas, sin sentido, como si en lugar de hablarle a él pensara en voz alta en un idioma que les hace cosquillas a las palabras.

Todo eso está muy bien, y a Roco no le importaría hacerse mayor y envejecer allí, junto a ellos, al otro lado del jardín. Pero, a veces, camino del mirador o del barranco, cuando pasan ante la casa donde vivían juntos, se acuerda del amo y de su olor a tabaco y coñac y siente un sí es no es de nostalgia y se pregunta cuándo regresará.

9 de junio de 2013-11 de septiembre de 2020

Agradecimientos

Debo dar las gracias a las personas que leyeron el manuscrito y creyeron en él. La primera fue Thalía Rodríguez (ella sabe por qué nunca le dedico mis libros), que, no solo me llevó a la exposición canina donde comenzó a nacer este libro, sino que examinó todas las versiones que tuvo a lo largo del tiempo, haciendo aportaciones y críticas, obligándome, como hace siempre, a ser mejor. También lo leyeron Antonio Rodríguez Marrero, Julia Rivero Padilla y Ella Sher, quienes me trasladaron observaciones que resultaron muy útiles y contribuyeron a mejorar considerablemente el texto original.